ESTUDIOS PÚBLICOS

Nº 66 *OTOÑO* *1997*

E. D. Hirsch, Jr.
La venganza de la realidad: Educación y las principales corrientes de investigación pedagógica

Robert E. Lucas, Jr.
Conversación con Robert E. Lucas, Jr.

Francisco Rosende R.
¿En qué está la teoría monetaria? Reflexiones tras la visita a Chile de Robert E. Lucas, Jr.

Rodrigo Vergara
Lucas y el crecimiento económico

Brian D. Clark
Instrumentos y técnicas para aplicar la EAE a planes de uso de suelos y estrategias de gestión de recursos

Keith Nicholson
Evaluación Ambiental Estratégica (EAE): La experiencia del municipio de Tonbridge and Malling

Ricardo D. Paredes Molina
Integración vertical: Teoría e implicancias de política pública

J. Samuel Valenzuela
Hacia la formación de instituciones democráticas: Prácticas electorales en Chile durante el siglo XIX

Ana María Stuven
Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: Concepto y valoración del orden social (1830-1860)

Jorge Larraín
La trayectoria latinoamericana a la modernidad

Humberto Giannini
Hospitalidad y tolerancia

Oscar Godoy Arcaya
Amigos, ya no hay más amigos

Agustín Squella
Velos, máscaras y disfraces

Pedro Morandé *Claudio Véliz:* The New World of the Gothic Fox. Culture and Economy in English and Spanish America

Sofía Correa *Zorobabel Rodríguez, católico liberal*

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

LA VENGANZA DE LA REALIDAD: EDUCACIÓN Y LAS PRINCIPALES CORRIENTES DE INVESTIGACIÓN PEDAGÓGICA*

E. D. Hirsch, Jr.

E. D. Hirsch analiza en estas páginas algunos de los resultados de las principales investigaciones en materia educacional en Estados Unidos, entre los que destaca la importancia del trabajo arduo, el aprendizaje de "hechos" y "datos" y la evaluación rigurosa de contenidos. Vale decir, orientaciones pedagógicas que son muy distintas de las teorías que han prevalecido en la enseñanza básica y media en los últimos cincuenta años en ese país. Dichas teorías, sostiene el autor, son las culpables de que hoy en día el sistema educacional estadounidense sea uno de los menos satisfactorios de los países desarrollados. El desdén por la enseñanza de "contenidos" y su consiguiente substitución por teorías sin asidero en la realidad —se señala—, en lugar de prepararlos para un mundo altamente competitivo y basado en la información, han restringido las capacidades y el interés por aprender de los alumnos.

E. D. Hirsch, Jr. Profesor de la Universidad de Virginia, Charlottesville. Presidente de Core Knowledge Foundation. Entre sus obras anteriores cabe destacar sus libros *Cultural Literacy* y *The Dictionary of Cultural Literacy*.

* "Reality's revenge: Education and mainstream research", capítulo 5 del libro de E. D. Hirsch, Jr. *The Schools We Need. Why We Don't Have Them* (Nueva York: Doubleday, 1996). Traducido del inglés por revista *Estudios Públicos* y reproducido con la debida autorización.

1. Las virtudes de las corrientes centrales de la investigación educacional

El uso que hace la comunidad educacional de términos aparentemente científicos, tales como "apropiado para la etapa de desarrollo", no ha sido realmente avalado por la investigación científica. En la primera parte de este trabajo se analizará la manera en que la comunidad educacional invoca la investigación científica en forma muy selectiva para conservar el *statu quo* intelectual de sus postulados. Posteriormente se abordarán algunos aspectos de las principales corrientes de la investigación que pueden proporcionar una orientación sólida para el mejoramiento de la educación.

Una orientación sólida depende de una investigación igualmente digna de confianza. En el campo de la educación, una gran cantidad de temas técnicos han sido transformados prematuramente en materia de contiendas ideológicas; el ejemplo más notable a este respecto es la actual pugna entre el método fonético y el método holístico o integral en la enseñanza de la lectura inicial. Muchos de los participantes en ésta y en otras disputas educacionales presumen con escepticismo, y a menudo correctamente, que a la investigación se la cita como un arma retórica para sustentar una posición sectaria, lo cual es deplorable. La ideología y la investigación deberían desvincularse una de la otra en la medida en que sea humanamente posible. Los resultados de las investigaciones que son exactos y confiables deben trascender el partidismo y deben demostrar que así lo hacen. Cuando la investigación se cita en forma selectiva y engañosa, o cuando es de segundo orden o poco confiable, al cabo de un tiempo deja de ser útil incluso como retórica.

Al analizar la investigación educacional haré un lento recorrido por algunos aspectos técnicos. Vale la pena realizar este trayecto debido a los beneficios prácticos que podemos extraer de las corrientes más sólidas de la investigación científica. Los estudios de alta calidad sometidos a arbitraje constituyen un compendio de la más confiable experiencia educacional acumulada de que disponemos. Esa experiencia, cuando se aplica en forma inteligente, funciona por lo general mucho mejor en la sala de clases que las meras corazonadas, porque las conclusiones de investigaciones reiteradas y bien realizadas suelen ser acertadas y no erróneas. La investigación de primer nivel representa el principio de realidad.

Sin embargo, puesto que gran parte de la investigación en educación se concentra en materias "blandas", tales como historia, sociología y psicología, necesariamente contiene factores desconocidos, variables no controladas e incertidumbres imposibles de erradicar. Con todo, *hay* con-

senso en torno a ciertos aspectos importantes, y en este trabajo me concentraré en las conclusiones ampliamente admitidas y desinteresadas.

Con el término "desinteresadas" me refiero a una disposición mental y no a una actitud de despreocupación. Puesto que la investigación educacional equivale a investigación aplicada, los temas estudiados habrán sido generados por objetivos directos y prácticos, pero las preferencias de un buen investigador no habrán predeterminado los resultados. También en la investigación médica de primer nivel los fines prácticos determinan las preguntas que se formularán y la inversión que se asignará, pero las respuestas y los resultados de la investigación aplicada son dictados por las realidades y no por las preferencias.

Las preguntas que le planteamos a la investigación educacional reflejan en ocasiones propósitos contradictorios; por ejemplo: ¿cómo educar para que todos alcancen un nivel de competencia relativamente alto sin impedir el progreso de nuestros alumnos más capaces y motivados? La investigación puede describir y cuantificar las soluciones de compromiso implícitas en las respuestas a esas interrogantes, pero no puede determinar cómo se debe proceder. Esta última tarea es un asunto de política educacional, y en una democracia la adopción de una política educacional debe ser decidida en forma abierta y empleando los conocimientos más sólidos de que pueda disponerse. La investigación no es el amo de las políticas sino que está a su servicio.

Aun así, en otro sentido la buena investigación *es* una suerte de amo que manifiesta cierta finalidad. Si bien no puede decidir sobre la adopción de una política, puede al menos conectarnos con la realidad. Una subtesis de este trabajo sostiene que nuestros fracasos en la educación básica y media son el resultado de la falta de adecuación entre nuestras teorías predominantes y las realidades que han pretendido representar. Nuestros fracasos educacionales reflejan la venganza de la realidad contra las ideas inadecuadas. La historia de la educación estadounidense desde los años treinta ha estado marcada por la obstinada persistencia de la ilusión frente a la realidad. La ilusión no ha sido derrotada. Pero como la realidad tampoco puede ser vencida y determina lo que realmente ocurre en el mundo, lo que se ha producido es un deterioro de la educación.

2. Uso selectivo de la investigación (I): Constructivismo

El objetivo que actualmente persiguen los reformadores de la educación es formar alumnos con "aptitudes de orden superior", capaces de

razonar de manera independiente sobre los problemas inéditos que enfrentarán en la era de la información, que lleguen a transformarse en "solucionadores de problemas" y hayan "aprendido a aprender", y que se encuentren en vías de convertirse en "pensadores críticos" y "aprendices permanentes". La metodología recomendada para adquirir estas "habilidades de orden superior" es "el aprendizaje por descubrimiento", mediante el cual los alumnos resuelven problemas y adoptan decisiones por sí solos a través de la "indagación" y el "análisis independiente" de proyectos basados en el "mundo real". Lo que en los años veinte Kilpatrick llamaba "metodología en base a proyectos" ahora se conoce como "aprendizaje por descubrimiento". Los objetivos y métodos aparecen resumidos en un libro de texto sobre la enseñanza en la escuela primaria, publicado en 1993. La finalidad de la escuela es:

> proporcionar los medios para que el alumno desarrolle las aptitudes intelectuales relacionadas con el pensamiento crítico y la solución de problemas. Si se pretende que el pensamiento sea el objetivo central de la educación estadounidense, como muchos estiman que debería ser, entonces es preciso concebir métodos que ayuden a los individuos a desarrollar esa capacidad. La indagación está destinada a cumplir esta tarea al concentrarse en el desarrollo de procesos mentales como identificación y análisis de problemas, formulación de hipótesis, recopilación y clasificación de datos pertinentes, comprobación de hipótesis y derivación de conclusiones. Con ella se procura desarrollar la independencia. Se alienta a los niños para que averigüen las cosas por sí mismos aplicando el método científico de la indagación. Gracias a ésta, ellos deberían *aprender a aprender*. La indagación hace hincapié en el descubrimiento de cosas en forma independiente[1].

Este atractivo panorama es contrastado implícitamente con las escuelas tradicionales de "producción en serie", las cuales generarían alumnos que piensan según lo que se les dice y se limitan a repetir como loros ideas preelaboradas o datos memorizados mecánicamente sin haberlos comprendido, y que son incapaces de hacer frente a nuevas situaciones y a nuevos conocimientos.

En su libro *Best Practice*, publicado en 1993, Zemelman, Daniels y Hyde resumen adecuadamente este consenso entre los reformistas de hoy:

---

[1] D. Jarolimek y C. D. Foster, *Teaching and Learning in the Elementary School* (Nueva York: Macmillan, 1993), p. 142.

> En prácticamente todas las asignaturas escolares disponemos ahora de recientes resúmenes informativos, metaanálisis de investigación didáctica, boletines de clases piloto y series de referencia con recomendaciones profesionales. Hoy en día hay una definición unánime de Práctica Óptima de la pedagogía en todas las áreas críticas [...] Ya sea que las recomendaciones provengan del National Council of Teachers of Mathematics, del Center for the Study of Reading, del National Writing Project, del National Council for the Social Studies, de la American Association for the Advancement of Science, del National Council of Teachers of English, de la National Association for the Education of Young Children, o de la International Reading Association, las percepciones fundamentales sobre la enseñanza y el aprendizaje son extraordinariamente coincidentes. En efecto, las recomendaciones emanadas de estas diversas organizaciones son unánimes con respecto a muchos aspectos clave.

Zemelman, Daniels y Hyde enumeran posteriormente 25 recomendaciones en las cuales coinciden todas estas entidades. Entre ellas pueden citarse las siguientes:

MENOS instrucción dirigida a toda la clase.
MENOS pasividad del alumno, es decir, que no se limite a sentarse, escuchar y recibir información.
MENOS tiempo dedicado por los alumnos a leer libros de texto.
MENOS intentos de los profesores por cubrir una gran cantidad de materia.
MENOS memorización mecánica de hechos y detalles.
MENOS énfasis en la competitividad y en las notas.
MENOS uso de pruebas estandarizadas.

MÁS aprendizaje empírico, inductivo y práctico.
MÁS aprendizaje activo, con el consiguiente ruido productivo de los alumnos cuando hacen cosas, conversan y colaboran.
MÁS estudios a fondo sobre un menor número de temas.
MÁS responsabilidad transferida a los estudiantes en la realización de su trabajo: fijación de metas, mantención de registros, supervisión, evaluación.
MÁS opciones para los alumnos; por ejemplo, escoger sus propios libros, etc.
MÁS atención a las necesidades afectivas y a los diferentes estilos cognitivos de los alumnos.
MÁS actividades cooperativas y de colaboración.
MÁS énfasis en de las evaluaciones que describen la evolución de los alumnos.

Los autores alaban el actual consenso en torno a estos principios "centrados en el niño" por ser "progresivos, apropiados para la etapa de desarrollo, basados en la investigación y eminentemente enseñables"[2].

Las alternativas a estas recomendaciones "basadas en la investigación" son descartadas porque "no concuerdan con lo que la investigación nos dice sobre cómo aprenden los alumnos". Pero estas afirmaciones no son más que pirotecnia verbal vestida con el ropaje de la autoridad de la ciencia, pues los resultados de las investigaciones contrastan manifiestamente con las "reformas" que actualmente recomienda la comunidad educacional. De hecho muchos reformadores han abandonado las corrientes centrales de la investigación educacional y han suscrito teorías que no despiertan consenso (como la de las "inteligencias múltiples"), las cuales sucede que respaldan objetivos y métodos progresistas. En secciones posteriores de este trabajo se describirán algunos resultados de las corrientes centrales de la investigación educacional. La finalidad de esta sección y de la próxima será infundir en los lectores un escepticismo informado que les permita defenderse cuando se les diga que una práctica probada e inveterada que apela al sentido común se contrapone a "lo que la investigación nos dice sobre cómo aprenden los alumnos".

Esas características expresiones de rechazo fueron formuladas por Mary Lindquist, presidenta del National Council of Teachers of Mathematics (NCTM), al objetar el contenido de algunos textos de matemáticas escritos por John Saxon[3]. Saxon es un ex piloto de la aviación estadounidense, que en sus años de juventud participó en 55 misiones en Corea y posteriormente fue profesor de ingeniería eléctrica en la Academia de la Fuerza Aérea. Ante los métodos progresistas que no habían logrado que sus alumnos aprendiesen nociones básicas de matemáticas, Saxon decidió hipotecar su casa y fundar una compañía editora de textos de estudio para oponerse a la tendencia predominante de aprendizaje por descubrimiento. Sin duda, Saxon es un pensador crítico de mentalidad independiente —justo el tipo de persona que los reformadores educacionales dicen que esperan producir. No obstante, tanto él como sus libros han sido rechazados enérgicamente por los reformadores en los principales círculos educacionales —especialmente por el NCTM:

> La presidenta del NCTM, Mary Lindquist, acusa a Saxon de "usar técnicas que han estado en práctica por años, de modo que lo que él

[2] S. Zemelman, H. Daniels y A. Hyde, *Best Practice* (Portsmouth. N. H.: Heineman, 1993), pp. 4-5.

[3] D. Hill, "Math's Angry Man", *Teacher Magazine*, septiembre de 1993, p. 27.

> hace no constituye una gran revelación". Ella estima que sus libros son "demasiado prescriptivos. No existe un único método correcto para enseñar matemáticas", señala. "No puedo concebir un currículum aplicable a todos los alumnos en cualquier situación". El programa de Saxon, añade [rematando su argumentación], "ciertamente no concuerda con lo que las investigaciones nos dicen sobre cómo aprenden los alumnos"[4].

Pero, en efecto, el enfoque de Saxon se aproxima razonablemente a lo que las investigaciones *nos están* diciendo sobre cómo aprenden los estudiantes —mucho más, como lo demostraré en la sección 6, que los métodos progresistas propugnados por el NCTM[5]. Las sensatas técnicas de Saxon han funcionado con la suficiente eficacia para persuadir a cientos de colegios a comprar sus libros, rechazando así lo dispuesto por el *establishment* en el campo de la enseñanza de las matemáticas. En la actualidad, Saxon es multimillonario y el volumen de ventas de sus libros y su participación en el mercado aumentan cada año, causando revuelo no sólo en el *establishment* de las matemáticas sino además en las principales casas editoras, que le rinden pleitesía. Si bien en la bibliografía educacional no se mencionan evaluaciones independientes de su programa (al parecer nadie desea emprenderlas), la mayoría de los profesores que usan los libros de Saxon señalan que sus actuales alumnos obtienen mejores resultados en matemáticas que sus alumnos anteriores[6]. Saxon encarna verdaderamente al típico representante de la cultura estadounidense y constituye un símbolo esperanzador de que con el tiempo el pragmatismo norteamericano y la independencia intelectual pueden socavar la ortodoxia progresista.

En el campo de las matemáticas, esa ortodoxia recomienda que en lugar de hacer que los alumnos aprendan mecánicamente las tablas de multiplicar y resuelvan una gran cantidad de problemas en sus cuadernos de ejercicios, se les debería instar a trabajar en la solución de problemas "de la vida real" y "concentrarse en el razonamiento matemático, abandonando el énfasis en la búsqueda mecanicista de respuestas"[7]. Aun cuando nadie en su sano juicio estaría en desacuerdo con el objetivo de desarrollar las aptitudes de razonamiento matemático de los alumnos, perfectamente se podría cuestionar la aseveración de que la incapacidad de las escuelas primarias estadounidenses para enseñar matemáticas en forma competente se debe a que han usado prácticas tradicionales como la memorización mecánica de las opera-

---

[4] Ibídem.
[5] Véase la sección 6 de este trabajo.
[6] D. Hill, *op. cit.*, p. 27.
[7] Ibídem.

ciones de suma y resta. Una de las quejas de los padres es que sus hijos no están dominando esas operaciones. ¿Cabe la posibilidad de que las ideas sugeridas por el NCTM sean las mismas que ya se han propagado en las escuelas que supuestamente deben transformar?

Tal hipótesis se ve reforzada por los métodos de enseñanza que tanto el NCTM como otros grupos reformistas preconizan para la adquisición de aptitudes de pensamiento de orden superior. Estos métodos "nuevos" incluyen atender a las necesidades y a los estilos de aprendizaje individuales, el aprendizaje por descubrimiento y el aprendizaje por temas. Sin embargo, estas técnicas de enseñanza corresponden esencialmente a las metodologías en base a proyectos y centradas en el niño que durante largo tiempo han dominado el pensamiento estadounidense en materia educacional y que han prevalecido por décadas en nuestras aulas.

Aquellos que mantienen su lealtad a las épocas pasadas se quejan con razón de la ingratitud demostrada hacia los pioneros del progresismo, como Kilpatrick y Rugg, cuando los actuales reformadores dan a entender que propugnan nuevas técnicas basadas en las últimas investigaciones. J. A. Beane y M. W. Apple formulan el siguiente reproche:

> ¿Cómo es posible que nuestra memoria colectiva falle tanto? La *enseñanza de la unidad temática* y del *currículum integral* se han convertido en expresiones de moda en los círculos educacionales, pero ¿acaso hemos olvidado que ambos conceptos tienen sus raíces en los enfoques "básicos" centrados en los problemas, recomendados por los precursores del reconstruccionismo social? ¿Son las prácticas "apropiadas para la etapa de desarrollo" una invención reciente, o bien se remontan a la época de las escuelas progresistas centradas en el niño que se crearon a principios de siglo? Cuando en la actualidad hablamos de aprendizaje cooperativo, ¿debemos limitarnos a ignorar el trabajo de proceso grupal y cooperativo realizado desde los años veinte en las escuelas y comunidades en el marco de los movimientos democráticos? ¿Cómo es posible que parezcamos confundidos por los métodos para vincular las escuelas con sus comunidades si en la bibliografía profesional de al menos los últimos sesenta años pueden encontrarse tantos casos de importantes proyectos de esa naturaleza? [...] Muchas de nuestras ideas más fundamentales y dignas de crédito sobre la enseñanza son el fruto de largos, arduos y denodados esfuerzos por lograr que nuestras escuelas sean más democráticas (véase, por ejemplo, Rugg, 1939). Nosotros somos los beneficiarios de esos esfuerzos[8].

[8] J. A. Beane y M. W. Apple, "The Case for Democratic Schools", en *Democratic Schools* (Alexandria, Virginia: Association for Supervision and Curriculum Development, 1995).

Aun cuando estas observaciones han sido formuladas por dos defensores de la tradición centrada en el niño, ello no compromete su rigor histórico. Los autores cuestionan con toda razón la afirmación de que las "nuevas" ideas reformistas son fundamentalmente distintas de la pedagogía progresista, que ya se encuentra establecida, e impugnan la idea de que las "expresiones de moda" tienen su origen en la ciencia pura y desinteresada. Por el contrario, los objetivos y métodos pedagógicos "anticontenidos" y centrados en el niño surgieron primero. Posteriormente, esos objetivos y métodos fueron incorporados en las teorías imperantes más acomodaticias, las que se adoptaron con el fin de respaldarlos.

La más importante de ellas es la teoría psicológica llamada "constructivismo". Ésta sostiene que los alumnos no son recipientes pasivos donde se acumulan conocimientos sino participantes activos que construyen conocimientos por sí mismos. Se afirma que esta teoría sirve de fundamento para la enseñanza "centrada en el alumno", el aprendizaje activo, el aprendizaje por descubrimiento y todos los restantes. El constructivismo es una teoría psicológica de la memoria y el aprendizaje. Tanto en sus líneas más generales como en sus elaboraciones más mesuradas, la teoría goza de amplia aceptación dentro de las principales corrientes de la psicología. Ya en los años treinta F. C. Bartlett demostró, en una obra fundamental sobre la memoria, que la capacidad de recordar que tiene el ser humano equivale rara vez a una perfecta recuperación de algo almacenado en nuestra mente, y más bien corresponde a una reconstrucción que en algunos detalles puede ser muy distinta de la experiencia original. Puesto que la enseñanza se basa en el aprendizaje recordado, y la memoria significativa no es un registro meramente pasivo sino una construcción activa, entonces el aprendizaje tampoco es recibido en forma pasiva sino construido en forma activa.

La nociones básicas del constructivismo se han visto confirmadas repetidamente. A partir de los años sesenta, una serie de experimentos han demostrado que lo que principalmente recordamos del discurso escrito o hablado no es la verdadera secuencia de palabras sino más bien su esencia. No nos limitamos a recordar palabra por palabra, sino que además las reconstruimos en parte, por lo general sobre la base del conocimiento y de las expectativas que teníamos antes de encontrarnos con ellas. A menudo no podemos establecer la diferencia entre lo que se dijo realmente y alguna versión de lo que se dijo y que creemos que significa lo mismo. Esta actividad creativo-constructiva de la memoria caracteriza todos los aprendizajes significativos y relacionales.

Por otra parte, si aprendemos y repetimos una serie de monosílabos carentes de significado como *puv, loa, rix,* es improbable que recordemos algo construido y recreado. De tal manera que resulta razonable que los educadores hagan una diferenciación gruesa entre el aprendizaje significativo y construido y la recordación sin sentido y memorística que no es construida. En consecuencia, el aprendizaje construido es, en líneas generales, algo positivo —más útil para la mayoría de los fines educacionales que la recordación puramente fotográfica o fónica. Los libros de psicología están repletos de casos de idiotas eruditos que exhiben la facultad de recordar palabra por palabra, pero que son incapaces de comprender. Si pretendemos que de nuestras escuelas egresen individuos competentes, entonces la mejor alternativa es el aprendizaje construido y significativo.

Ahora bien, el constructivismo no es sólo deseable sino además universal, pues caracteriza *todo* el aprendizaje significativo sin importar cómo se obtenga. La naturaleza de nuestro entendimiento construido es normalmente ajena a los medios utilizados para construirlo. Una vez que una persona ha construido el significado de 5 + 2 = 7, el procedimiento mediante el cual adquirió ese entendimiento se convierte en un asunto carente de importancia. La confusión de una meta con los medios empleados para llegar a ella es lógica y se denomina "falacia genética". El salto desde la teoría general del constructivismo hasta la defensa de la práctica particular del aprendizaje por descubrimiento es demasiado apresurado y lógicamente ilegítimo. *Cualquier* tipo de aprendizaje que implique el uso significativo del lenguaje es manifiestamente un aprendizaje construido —a menos que creamos en la transferencia de pensamiento o en la telepatía. La única manera de que un estudiante comprenda lo que un profesor o cualquier otra persona está diciendo es mediante una actividad compleja y a veces ardua que consiste en construir el significado a partir de las palabras. Para escuchar una conferencia —en caso de que comprendamos lo que en ella se está diciendo— se requiere una construcción activa del significado. El acto de escuchar, al igual que la lectura, dista mucho de ser una actividad pasiva y puramente receptiva.

Con todo, la propia universalidad del constructivismo conlleva ciertos inconvenientes para la aplicación práctica de la teoría. En vista de que la actividad de aprendizaje, incluido el acto de escuchar una conferencia, es en gran parte constructivista, el constructivismo proporciona una orientación incierta para la práctica de la docencia. Independientemente del método de enseñanza, el grado de actividad constructiva que en similares circunstancias realizan los alumnos puede variar de un estudiante a otro dentro de una misma sala de clases. En ocasiones su construcción es una construcción

activa de carácter erróneo, como cuando en el juramento a la bandera los niños de primer año prometen lealtad a la "República de los sesenta" en lugar de a la "República a la que representa". No existe necesariamente una relación entre el modo de instrucción ofrecido por el profesor y el porcentaje de construcción activa de significado que realizan los alumnos. De hecho, como lo demostraré más adelante, el grado de construcción y aprendizaje *útil* dependerá principalmente de la cantidad de conocimientos básicos pertinentes que el alumno ya posee y no del modo de instrucción.

Por otro lado, es cierto que el aprendizaje autogenerado, construido por el alumno (aprendizaje por descubrimiento), a veces se retiene más fácilmente y resulta más accesible que el aprendizaje construido que es inducido por el profesor. Con todo, si bien el aprendizaje por descubrimiento es de fácil retención, tiene también sus desventajas. Requiere más tiempo y a veces sus resultados son inseguros —no en cuanto a la durabilidad de lo que se recuerda sino al contenido de lo que se memoriza. Los alumnos "descubren" toda suerte de cosas, algunas ajenas a los objetivos inmediatos y algunas equivocadas. Escoger la técnica de descubrimiento en lugar de otra es elegir una aplicación del constructivismo en lugar de otra. Esas decisiones tienen un carácter práctico y deben adoptarse en cada ocasión, de acuerdo con los objetivos y los resultados educacionales y no en aras de una teoría psicológica de carácter neutro. El aprendizaje basado en el descubrimiento debe justificarse en última instancia por su eficacia, y en ese respecto los resultados, definitivamente, no justifican depender en forma extrema o exclusiva de lo que actualmente se denomina práctica "constructivista". Los educadores se apresuran demasiado al concluir que el constructivismo justifica "MÁS aprendizaje empírico, inductivo y práctico; MÁS aprendizaje activo, con todo el consiguiente ruido productivo de los alumnos cuando hacen cosas, conversan y colaboran", etcétera. Esta inferencia errónea se basa en la suposición de que otras formas de aprendizaje suponen una mera "transmisión" y "recepción" en lugar de la construcción activa de conocimiento. Pero todos los tipos de aprendizaje significativos, inducidos por todos y cada uno de los métodos, conllevan esa construcción activa.

En suma, el término "constructivismo" se ha transformado en una suerte de conjuro mágico empleado para defender el aprendizaje por descubrimiento, el cual no goza de mayor aprobación por parte de la teoría psicológica que cualquier otra forma de aprendizaje construido. Pretender que goza de esa aprobación ilustra lo que yo denomino el "uso selectivo de la investigación científica". Pese a las invocaciones entusiastas del término "constructivismo", ni el aprendizaje por descubrimiento ni cualquier otra forma de pedagogía son especialmente singularizados y validados por la psicología moderna.

3. Uso selectivo de la investigación (II): "Aptitudes de pensamiento"

Un uso igualmente selectivo de la investigación es lo que caracteriza al actual entusiasmo por la enseñanza de "aptitudes de pensamiento de orden superior", expresión global que abarca "habilidades de pensamiento crítico", "destrezas para resolver problemas" y "estrategias metacognitivas", todas las cuales serían supuestamente superiores a la enseñanza de contenidos específicos o de meros hechos. Sería útil resumir lo que dicen las principales corrientes de investigación científica sobre la eficacia de la enseñanza de esas aptitudes abstractas. Los resultados de esas investigaciones deberían afectar la credibilidad de la aseveración enunciada universalmente en nuestros institutos pedagógicos, según la cual poner énfasis en los procesos, actitudes y estrategias es más valioso que entregar mera información.

Los primeros defensores del pensamiento crítico alentaron a los estudiantes para que adoptaran una actitud escéptica, exploraran lo que hay debajo de la superficie y se guiaran por los cánones de la lógica formal o informal. Se exhortó a los estudiantes a evitar las falacias lógicas como *post hoc, ergo propter hoc*, las conclusiones demasiado apresuradas a partir de muestras inadecuadas y la atribución de significación causal a meras correlaciones. Sin embargo, en una época más reciente el movimiento a favor del pensamiento crítico ha ido más allá de su énfasis inicial en la coherencia lógica, y en su propaganda se sostiene que abarca casi todo lo que la "investigación actual" ha demostrado que sería conveniente, sin importar si los diversos desiderata están vinculados entre sí o con el pensamiento crítico:

> El pensamiento crítico es un elemento central cuando se trata de leer, escribir, hablar y escuchar en forma eficaz. Nos permite vincular el dominio del contenido con objetivos tan diversos como la autoestima, la autodisciplina, el multiculturalismo, el aprendizaje cooperativo eficaz y la solución de problemas. Permite que todos los alumnos aprendan a evaluar su propio aprendizaje. Permite que todos los instructores y administradores eleven el nivel de su enseñanza y capacidad de pensar[9].

Además, se afirma que el pensamiento crítico genera "métodos para comprometer a los alumnos en el aprendizaje activo" y desempeña un "papel clave como fundamento para el diseño de una enseñanza, aprendizaje y evaluación de orden superior"[10].

---

[9] *Chronicle of Higher Education*, 28 de abril de 1995, A-71.
[10] Ibídem.

Aquellos que favorecen la enseñanza directa de las así llamadas "aptitudes metacognitivas" abrigan esperanzas más modestas. Los investigadores han observado que una de las constantes diferencias entre expertos y novatos es que los expertos monitorean y evalúan conscientemente algunas de sus estrategias mentales a medida que las despliegan[11]. Si pudiera enseñarse a los novicios a supervisar *sus* estrategias, entonces tal vez su desempeño podría comenzar a aproximarse al de los expertos. A los estudiantes se les estimula para que monitoreen su propio proceso de pensamiento con el fin de mejorar sus competencias en lectura, escritura y solución de problemas. Se les pide que automonitoreen cómo leen para extraer la idea principal, cómo calculan de manera más eficiente, y cómo evalúan sus progresos en las diversas tareas secundarias de la escritura expositiva[12]. En la medida en que el automonitoreo permite que los alumnos lean, escriban y solucionen problemas de manera más reflexiva, entonces debiera fomentarse esa instrucción metacognitiva.

Ahora bien, si esa enseñanza directa del pensamiento crítico o de automonitoreo permite o no mejorar *efectivamente* el rendimiento, es algo que hoy se debate en la comunidad científica. Por ejemplo, la evidencia relacionada con el pensamiento crítico no es alentadora. La enseñanza del pensamiento crítico se ha mantenido en varios países por más de un siglo. Aun así, se ha descubierto que los estudiantes de naciones tan diversas como Israel, Alemania, Austria, Filipinas y los Estados Unidos, incluidos aquellos a los que se les ha enseñado a pensar en forma crítica, continúan incurriendo en falacias lógicas[13]. Mi propia observación informal confirma esa conclusión. Colegas que se dedican el estudio de la lógica no están exentos de emitir juicios descuidados y apresurados cuando opinan sobre políticas públicas y otros temas complejos de los que tienen pocos conocimientos. La causa principal del pensamiento acrítico no radica por lo general en la estructura lógica de las inferencias de la gente sino más bien en el carácter desinformado o mal informado de sus premisas.

---

[11] J. H. Larkin, "The Role of Problem Representation in Physics", en D. Gentner y A. L. Stevens, *Mental Models* (Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum, 1983).

[12] L. B. Resnick y L. E. Klopfer, "Toward the Thinking Curriculum: An Overview". En L. B. Resnick y L. E. Klopfer (editores), *Toward the Thinking Curriculum: Current Cognitive Research* (Alexandria, Virginia: Association for Supervision and Curriculum Development, 1989).

[13] E. Jungwirth y A. Dreyfus, "Diagnosing the Attainment of Basic Enquiry Skills: The 100-Year-Old Quest for Critical Thinking", *Journal of Biological Education*, 24 (primavera 1990), pp. 42-49.

La ineficacia práctica de la enseñanza general del pensamiento crítico se ha visto confirmada por experimentos controlados. Los alumnos que acaban de seguir un curso semestral de lógica sólo son levemente más lógicos que quienes nunca ha tomado clases de lógica. Otros experimentos demuestran que el aprendizaje de "aptitudes de orden superior" no mejora significativamente la facultad de pensar[14]. Un volumen considerable de datos pertinentes han sido reunidos en el llamado "problema de selección de cartas de Wason", el cual revela que, aun cuando se les den indicaciones y normas, rara vez las personas son capaces de aplicar apropiadamente reglas de procedimiento a nuevos problemas que pertenecen a ámbitos diferentes[15]. Así, pues, un tema clave que se está debatiendo en la comunidad científica es si acaso la enseñanza directa del pensamiento crítico es lo bastante eficaz como para justificar el gasto de una gran cantidad de horas de clase en inculcar conscientemente ya sea principios lógicos abstractos o bien estrategias generales de automonitoreo.

Por cierto que nadie cuestiona la sensatez de incluir consejos específicos de estrategias de procedimiento como parte integrante de la instrucción de una determinada materia. La mayoría de los profesores lo hacen como algo rutinario y con buenos resultados. Todos los buenos profesores de redacción proporcionan sugerencias estratégicas y de automonitoreo para escribir; asimismo, los buenos profesores de matemáticas hacen lo propio en lo referente a estrategias de solución de problemas, y hay algunos indicios de que inculcar estrategias de comprensión da resultado en la enseñanza de la lectura.

Pero aun cuando se sabe que el hecho de entregar orientaciones metacognitivas *específicas* en el marco de la enseñanza de una materia constituye una práctica didáctica provechosa, cabe cuestionar la reciente afirmación de que enseñar "aptitudes generales de orden superior" representa un *avance* con respecto a la enseñanza de contenidos. El entusiasmo por las metaaptitudes podría convertirse fácilmente en una versión actualizada y "basada en la investigación" de la tradición progresista y anticontenidos que ya ha provocado la decadencia de nuestras escuelas. El énfasis desproporcionado que recientemente se ha puesto en la metacognición a expensas del

---

[14] P. A. Klaczynsky y J. S. Laipple, "Role of Content, Domain, Logic Training, and IQ in Rule Acquisition and Transfer", *Journal of Experimental Psychology. Learning, Memory and Cognition*, 19 (mayo de 1993), pp. 653-672.

[15] C. George, "Facilitation in the Wason Selection Task with a Consequent Referring to an Unsatisfactory Outcome", *British Journal of Psychology*, 82 (noviembre de 1991), pp. 463-472.

contenido fue resumido por el superintendente escolar de Connecticut, quien señaló que sus alumnos estaban aprendiendo algo mejor que las materias, y que él denominaba "*plus* de conocimiento"[16]. Cuando la metacognición usurpa el lugar de los conocimientos, convendría comenzar a analizar en forma muy detenida lo que las investigaciones realmente dicen de la eficacia de la enseñanza de estas "aptitudes de orden superior".

En el caso del pensamiento crítico ha quedado demostrado que la instrucción directa redunda efectivamente en un aumento moderado del rendimiento en el Test de Pensamiento Crítico de Cornell[17], lo cual no causa gran sorpresa. La instrucción directa en cualquier materia suele provocar una leve mejoría en los resultados de los exámenes en esa asignatura. Y, después de todo, la lógica informal es una materia por derecho propio. En el debate aún no zanjado la duda es si acaso enseñar a pensar en forma crítica se traduce en un mejoramiento de esa forma de pensar en el mundo real. Si se llegara a comprobar la efectividad de esa transferencia de aprendizaje, podría justificarse el empleo de tiempo adicional para enseñar a pensar en forma crítica. Sin embargo, la evidencia al respecto no es alentadora. Los estudios sobre transferencia de aprendizaje siguen arrojando, tras un siglo de investigaciones, resultados débiles y ambiguos. Lo cual significa, al menos, que los leves efectos que tiene enseñar a pensar en forma crítica probablemente no justifican el empleo de horas de enseñanza adicionales para esos efectos[18].

Las investigaciones proporcionan un respaldo algo más sólido a la enseñanza de estrategias metacognitivas o de automonitoreo destinadas específicamente a aumentar el rendimiento en el ámbito de la lectura, de la escritura y de la solución de problemas matemáticos. Ese tipo de instrucción procura que los alumnos tomen conciencia de las técnicas que les permitirán mejorar su desempeño en operaciones propias de un área específica. Por ejemplo, enseñarles a los niños a multiplicar haciendo que se percaten de que la técnica de contar por saltos, como instrumento de verificación o automonitoreo, ha demostrado ser una herramienta muy útil para resolver problemas. Se puede multiplicar 5 por 3 al contar por saltos tres veces cinco o cinco veces tres. Es un método muy entretenido y una manera

---

[16] Ibídem, p. 318.

[17] J. E. McPeck, *Teaching Critical Thinking: Dialogue and Dialectic* (Nueva York: Routledge, 1990), pp. 54-74.

[18] P. A. Klaczynsky, H. Gelfand y H. W. Reese, "Transfer of Conditional Reasoning: Effects of Explanations and Initial Problem Types", *Memory & Cognition*, 19 (marzo de 1989), pp. 208-220.

adecuada para cotejar los resultados, así como para aprender el concepto de multiplicación. Del mismo modo, en la enseñanza de la lectura las técnicas metacognitivas denominadas "formulación de preguntas" y "enseñanza recíproca" han demostrado que mejoran ligeramente la comprensión. Enseñar estas estrategias metacognitivas específicas, orientadas hacia un área, ha resultado ser más útil para la solución de problemas que enseñar estrategias generales con la esperanza de que ellas conduzcan a una reconceptualización espontánea de diversos tipos de problemas[19].

Otro factor que limita seriamente la eficacia de la enseñanza directa de "aptitudes de orden superior" ha sido objeto de numerosos análisis. Una destreza clave para desempeñarse al nivel de un experto consiste en dominar una estrategia y además saber *cuándo* sería conveniente aplicarla[20]. Ese aspecto del conocimiento metacognitivo sólo es accesible tras mucho tiempo de práctica y experiencia, y se ha descubierto que no puede enseñarse de manera confiable mediante la instrucción aislada[21]. Las estrategias que se aplican a circunstancias y actividades específicas y repetidas, como la suma y la resta, han demostrado ser las más útiles para los alumnos (estrategias enseñadas dentro de un área y no estrategias generales para aprender y pensar). Al enseñar una estrategia que se encuentra a medio camino entre la estrategia general y la orientada hacia un área específica (por ejemplo, en la lectura, la enseñanza de habilidades de comprensión) se ha obtenido un

[19] Sobre los efectos positivos de algunos tipos de enseñanza recíproca, véase B. Rosenshine y C. Meister, "Reciprocal Teaching: A Review of the Research", *Review of Educational Research*, 64 (invierno 1994), pp. 479-530; y A. S. Palincsar, "Reciprocal Teaching: Can Student Discussions Boost Comprehension?", *Instructor*, 96 (enero de 1987), pp. 56-58. Y para su base teórica, véase K. E. Stanovich y A. E. Cunningham, "Reading as Constrained Reasoning", en R. J. Sternberg y P. A. Frensch (editores), *Complex Problem Solving: Principles and Mechanisms* (Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum, 1991), pp. 3-60. Para los beneficios positivos de otros tipos de enseñanza metacognitiva centrada en un área específica, véase D. Geary, *Children's Mathematical Development: Research and Practical Applications* (Washington, D. C.: American Psychological Association, 1994), pp. 72-78; H. Singer y D. Donlon, "Active Comprehension: Problem-Solving Schema with Question Generation for Comprehension of Complex Short Stories", *Reading Research Quarterly*, 17, pp. 116-186; L. Dansereau y otros, "Development and Evaluation of a Learning Strategy Training Program", *Journal of Educational Psychology*, 71, pp. 64-73; y J. H. Larkin y F. Reif, "Analysis and Teaching of a General Skill for Studying Scientific Text", *Journal of Educational Psychology*, 68, pp. 431-440.

[20] E. Jungwirth y A. Dreyfus, "Diagnosing the Attainment of Basic Enquiry Skills: The 100-Year-Old Quest for Critical Thinking", *Journal of Biological Education*, 24 (primavera 1990), pp. 42-49.

[21] R. J. Sternberg, "Criteria for Intellectual Skills Training", *Educational Researcher*, 12 (1983), pp. 6-12.

resultado práctico intermedio, una mejoría positiva pero modesta en las habilidades de lectura en comparación con grupos de control[22].

Un trabajo de muy buen nivel en que se analiza la naturaleza y la eficacia de las estrategias metacognitivas en los niños ha sido realizado por Robert S. Siegler, quien fue seleccionado por la American Psychological Association para escribir el capítulo final del libro *The Challenge in Mathematics and Science Education: Psychology's Response*, publicado en 1993. Siegler ha demostrado que las estrategias que el niño adquiere en forma espontánea son altamente adecuadas para el nivel de familiaridad que éste tiene con la materia específica. Asimismo, descubrió que la enseñanza directa de estrategias metacognitivas "eficientes", así como la supresión deliberada de las menos eficientes, tales como contar con los dedos, ¡pueden en realidad disminuir el ritmo de adquisición de aptitudes matemáticas a nivel de experto! Siegler utiliza el término "conocimiento asociativo" para referirse al conocimiento que tienen los alumnos de procedimientos adaptativos, y evita emplear la expresión "aptitudes de pensamiento de orden superior". Esto parece sensato, ya que el aprendizaje siempre está asociado con algún tipo de conocimiento sobre procedimientos, y no está claro por qué dicho conocimiento es de "orden superior" (y por ende mejor) que el conocimiento de contenidos con el cual está asociado[23].

A Siegler le preocupa que la enseñanza de estrategias de monitoreo a niños de aprendizaje lento o menos aventajados pueda dificultar en lugar de favorecer su progreso en el aprendizaje. Si bien la motivación implícita en la enseñanza de estrategias de monitoreo es acelerar el proceso de aprendizaje de la manera más eficiente posible, la investigación aún no ha demostrado que ese objetivo se logre impartiendo grandes dosis de enseñanza metacognitiva. De hecho hay fundadas razones para sospechar que un marcado énfasis en la instrucción metacognitiva a veces puede entorpecer el progreso de los alumnos, particularmente el de los niños de aprendizaje lento o menos aventajados. A continuación se mencionan posibles desventajas de un Énfasis en la Metacognición (EM):

— El EM puede obstaculizar el desarrollo ordenado de estrategias adaptativas para la solución de problemas.
— El EM puede acarrear la pérdida de numerosas oportunidades al usurpar la función de la enseñanza de contenidos.

---

[22] B. Rosenshine y C. Meister, *op. cit.*, p. 480.

[23] R. S. Siegler, "Adaptive and Non-Adaptive Characteristics of Low-Income Children's Mathematical Strategy Use", en Penner y otros (editores), *The Challenge in Mathematics and Science Education: Psychology's Response* (Washington, D. C.: American Psychological Association, 1993), pp. 341-366.

— El EM puede sobrecargar la capacidad de memoria operativa y de este modo dificultar el aprendizaje en lugar de facilitarlo.
— Todas estas potenciales desventajas pueden producir efectos sumamente adversos en alumnos de aprendizaje lento o menos aventajados[24].

El EM puede obstaculizar el desarrollo ordenado de estrategias adaptativas para la solución de problemas

Una de las razones de que esto ocurra es que aprender en forma consciente el principio abstracto implícito en una estrategia puede ser mucho más difícil que aprender implícitamente la estrategia misma, por lo que la enseñanza del principio abstracto puede hacer más lento el progreso de los alumnos de primer año. Por ejemplo, enseñarles a los estudiantes la estrategia de formular *consciente y sistemáticamente* preguntas sobre el texto que están leyendo puede resultar más difícil y menos provechoso que concentrar la misma energía mental en la comprensión implícita y en la formulación de preguntas explícitas, sólo en la medida en que surjan interrogantes reales. La instrucción metacognitiva puede incluso llegar a entorpecer el desarrollo ordenado del conocimiento de procedimientos adaptativos. Siegler entrevistó a profesores de primer año para averiguar por qué algunos de ellos prohibían a los niños contar con los dedos como "estrategia auxiliar". Algunos maestros argumentaron que puesto que los niños más capaces realizaban mentalmente las operaciones de suma usando su poder de retención, los estudiantes más lentos podrían adquirir mayor grado de destreza si se les *exigía* utilizar la estrategia más avanzada. De acuerdo con ese razonamiento, se prohibía que los niños recurrieran al método de contar con los dedos. Siegler comenta: "Cuando los niños saben las respuestas correctas con un grado suficiente de seguridad como para volver a enunciarlas, lo harán espontáneamente. El hecho de impedir que recurran a estrategias auxiliares cuando ignoran la respuesta arroja un alto porcentaje de resultados incorrectos. Cuesta apreciar la manera en que este enfoque puede fomentar el aprendizaje"[25].

[24] B. Rosenshine y C. Meister, *op. cit.,* p. 528.
[25] R. S. Siegler, *op. cit.,* p. 363.

El EM puede acarrear la pérdida de numerosas oportunidades al usurpar la función de la enseñanza de materias

Annemarie Palinscar y Ann Brown, quienes han realizado una excelente labor en lo referente a la enseñanza de destrezas de comprensión, informan que se destinan a la enseñanza de lógica informal o de lectura metacognitiva una serie de "sesiones de capacitación de 40 minutos"; en ellas los alumnos aprenden procedimientos diseñados para concentrarse en la esencia del material, para integrar la información a lo largo de todo el trozo, para generar preguntas y evaluarlas, para responderlas y para prestar atención a la estructura mientras leen. Ya que se ha señalado que este tipo de enfoque ha dado buenos resultados en la enseñanza de la lectura, el principal peligro radica en la actual aplicación indiscriminada de la instrucción metacognitiva. Mientras se está impartiendo la enseñanza abstracta (y algo compleja) de procedimientos, algunas veces las extensas sesiones metacognitivas podrían ocuparse más provechosamente para, por ejemplo, comprender más a fondo la materia y el vocabulario que se usará en la próxima lectura, o para entregar información básica sobre diversos temas mencionados en la lectura, lo que permitiría que la tarea resultara más atractiva y accesible para los alumnos. Emplear las horas docentes en una instrucción orientada a los contenidos no es necesariamente lo más óptimo en todos los casos, pero es bueno recordar que hay pros y contras en el hecho de aislar la enseñanza de estrategias o de asignarle mayor importancia que a la enseñanza de contenidos.

Sin embargo, mis reservas respecto del uso excesivo de las estrategias metacognitivas son menos tajantes que mis prevenciones contra la dependencia desmesurada en la enseñanza del pensamiento crítico y de otras aptitudes abstractas. La enseñanza de estrategias metacognitivas específicas para comprensión de lectura ha demostrado ser sumamente útil para los alumnos; aquellos que han sido adiestrados en el uso de esos métodos leen mejor que los niños que no han recibido ese tipo de instrucción. Por ejemplo, los alumnos que han aprendido a formular preguntas mientras leen y a fijarse metas precisas de comprensión dominan efectivamente el contenido con mayor facilidad que los alumnos que no han recibido esa formación[26].

[26] A. S. Palinscar y A. L. Brown, "Instruction for Self-Regulated Reading", en L. B. Resnick y L. E. Klopfer (editores), *Toward the Thinking Curriculum: Current Cognitive Research* (Alexandria, Virginia: Association for Supervision and Curriculum Development, 1989), pp. 19-39. Un uso más cuestionable de la instrucción de estrategias podría ser la instrucción aislada que se esboza en G. G. Duffy y otros, "The Effects of Explaining the Reasoning Associated with Using Reading Strategies", *Reading Research Quarterly*, 22 (1987),

El EM puede sobrecargar la capacidad de memoria a corto plazo y de este modo dificultar el aprendizaje en lugar de facilitarlo

Quienes se están iniciando en la lectura, las matemáticas y la escritura carecen de espacio suficiente en su memoria operativa para cualquier cosa que no sean los elementos esenciales de esa tarea. Con la decodificación y el reconocimiento de palabras, los principiantes se ven copados al máximo[27]. Las primeras etapas de las operaciones matemáticas son sumamente exigentes. En el aprendizaje de la escritura, el solo hecho de escribir las letras y deletrear resulta difícil. Incluso en cursos superiores de la enseñanza primaria estas tareas no son triviales ni mucho menos. Si además les pedimos a los niños que fuera de realizarlas monitoreen metacognitivamente su propio desempeño, es probable que esas exigencias recarguen aun más la memoria operativa e incluso empobrezcan el rendimiento en lugar de mejorarlo. Este problema adquiere especial gravedad en el caso de los alumnos principiantes o mal preparados.

El argumento básico en favor de la enseñanza de la metacognición parece ser que si los expertos monitorean su propio desempeño y se dedican a aplicar estrategias conscientes e inconscientes relativas a la tarea misma, los novatos lograrán acercarse más rápido al nivel de los expertos si aplican la misma estrategia. No obstante, ésta es una versión del error que Siegler identificó entre los profesores de primer año que pretendían que sus alumnos usaran estrategias de nivel superior en lugar de contar con los dedos. Puede ser que los partidarios de la metacognición a la manera de los expertos pasen por alto el hecho crítico de que los expertos en cualquier técnica han automatizado hasta tal punto los elementos básicos de sus tareas que poseen una enorme capacidad de memoria operativa, lo cual les permite encargarse de monitorearse a sí mismos. Jill Larkin y otros han notado que los expertos consideran aspectos muy distintos de los problemas en comparación con los novatos, quienes se encuentran demasiado absortos en las

pp. 347-368; y S. G. Paris y E. R. Oka, "Children's Reading Strategies, Metacognition and Motivation", *Developmental Review*, 6 (1986), pp. 25-56. Que la comprensión es una aptitud que debe separarse de la de decodificación es un argumento adecuadamente fundamentado en K. E. Stanovich y A.E. Cunningham, "Reading as Constrained Reasoning", en R. J. Sternberg y P. A. Frensch (editores), *Complex Problem Solving: Principles and Mechanisms* (Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum, 1991), pp. 3-60. Para un argumento de peso en favor del uso de métodos metacognitivos en la enseñanza de la comprensión de lectura véase E. Haller, D. Child y H. J. Walberg, "Can Comprehension Be Taught: A Quantitative Synthesis", *Educational Researcher* (diciembre de 1988), pp. 5-8.

[27] K. A. Pierce, M. K. Duncan y B. Golson, "Cognitive Load, Schema Acquisition, and Procedural Adaptation in Nonisomorphic Analogical Transfer", *Journal of Educational Psychology*, 85 (marzo de 1993), pp. 66-74.

operaciones básicas. Cuando los novatos intentan considerar aspectos de nivel superior y hacen caso omiso de los prerrequisitos, sus resultados son incluso peores que antes[28].

Alfred North Whitehead formuló una observación muy aguda a este respecto en su obra *Introduction to Mathematics*:

> Un axioma profundamente erróneo, repetido en todos los textos de ejercicios y por connotados personajes cuando pronuncian discursos, es que debemos cultivar el hábito de pensar en lo que hacemos. En realidad ocurre todo lo contrario. La civilización progresa al aumentar el número de operaciones que podemos realizar sin pensar en ellas. Las operaciones del pensamiento son como las cargas de caballería en una batalla: es decir, su número es estrictamente limitado, requieren caballos frescos y sólo pueden emprenderse en momentos decisivos[29].

Todas estas desventajas potenciales pueden producir efectos adversos en alumnos de aprendizaje lento o menos aventajados

Si Whitehead tiene razón (y gran parte de los trabajos en el ámbito de la psicología cognitiva sugieren que sí la tiene), un objetivo primordial en los cursos elementales es ayudar a los alumnos a automatizar la máxima cantidad posible de procesos básicos en la lectura, la escritura y las matemáticas. Una carga extra de monitoreo autoconsciente resulta mucho más gravosa para los estudiantes de aprendizaje lento que para aquellos que ya han automatizado muchos procesos. De manera que si bien el entusiasmo de los profesores por la metacognición puede obstaculizar y hacer más lento el progreso de todos los alumnos de educación primaria, puede resultar especialmente gravoso para los alumnos más lentos, ya que es probable que disminuya en forma desproporcionada su ritmo de aprendizaje. En lugar de pedirles a estos alumnos que se supervisen a sí mismos como si fueran expertos, tal vez deberíamos ayudarlos a "aumentar el número de operaciones que pueden realizar sin necesidad de pensar en ellas". Las investigaciones sobre la enseñanza eficaz demuestran que permitir que los estudiantes den pasos pequeños y sencillos es la manera más rápida para ayudarlos a transformarse en expertos.

---

[28] J. H. Larkin y R. W. Chabay, "Research on Teaching Scientific Thinking: Implications for Computer-Based Instruction", en L. B. Resnick y L. E. Klopfer (editores), *Toward the Thinking Curriculum: Current Cognitive Research* (Alexandria, Virginia: Association for Supervision and Curriculum Development, 1989), pp. 150-172.

[29] A. N. Whitehead, *An Introduction to Mathematics* (Nueva York: Oxford University Press, 1948), p. 41.

Teniendo en cuenta las investigaciones que he reseñado hasta aquí, podría ser útil recordarle al lector por qué me pareció importante ahondar en algunos de estos detalles. Es preciso que enfrentemos con un escepticismo informado las aseveraciones en favor del proceso y en contra de los contenidos que constantemente escuchamos de los educadores estadounidenses. Esta mañana del 25 de abril de 1995 me encontré con la siguiente carta en el *Washington Post*:

> Hay que reconocerlo. Ningún profesor puede enseñarlo todo en una disciplina académica. La verdadera pregunta implícita es si los profesores enseñan a alumnos o enseñan contenidos; después de todo, los estudiantes no son recipientes en espera de que un profesor los llene. La tarea más importante que deben asumir los docentes es ayudar a los alumnos enseñándoles a aprovechar al máximo sus estilos y potenciales individuales de aprendizaje para sistematizar y resolver problemas relativos a su ámbito [...] La explosión de potencial información en la supercarretera de la información es un indicio de la improbabilidad de que se aplique al currículum un enfoque basado en "datoides". A los alumnos se les debe alentar para que enuncien claramente las preguntas que son atingentes para la solución de un problema. Este pensamiento crítico resulta fundamental en la sociedad posindustrial basada en los servicios y en la información en que nos estamos convirtiendo rápidamente. Actualmente la educación es un proceso que dura toda la vida, de manera que los hechos de hoy difícilmente permitirán responder a las necesidades del futuro. Los alumnos no requieren ser instruidos sobre contenidos aislados; lo que ellos precisan es el espacio intelectual para desarrollar aptitudes que les permitan formular las preguntas pertinentes y saber dónde y cómo encontrar la información necesaria. En un día de clases hay una gran cantidad de minutos; en la medida en que se obliga a los alumnos a memorizar datos fragmentarios con exclusión de las aptitudes que pueden transformar tales datos en información, esos minutos preciosos —amén de la energía de los estudiantes— se habrán desperdiciado[30].

Los periodistas podrían fomentar de modo significativo el grado de conciencia pública si comenzaran a considerar esas aseveraciones anticontenidos con una pizca de escepticismo. El problema con estos planteamientos que nos resultan tan familiares no es que carezcan de sentido sino que sus premisas son profundamente erróneas. Es cierto que los alumnos pueden y deben aprender a formular preguntas del tipo "¿Cómo lo sabes tú?" con respecto a una amplia gama de afirmaciones. Sin embargo, resulta engañoso

---

[30] *Washington Post*, Cartas al Director, 25 de abril de 1995, A16.

sugerir que, aun cuando les falte por adquirir una enorme cantidad de conocimientos sólidos, es posible inculcar en los niños aptitudes abstractas y generalizadas para "enunciar y resolver problemas relativos a su mundo". Cuán afortunados seríamos todos si este principio de "aprender a aprender" fuera respaldado por las principales corrientes de investigación y por los resultados obtenidos en situaciones reales. Desafortunadamente, la enseñanza de habilidades generales para acceder a la información, metacognitivas y de razonamiento ha resultado ser una panacea prematura, un eslogan repetido continuamente sin una base firme en la realidad. En la era actual se requiere una educación muy distinta de aquella ilusoria que se propone en la carta citada anteriormente. La siguiente sección estará dedicada a reseñar lo que los principales estudios han revelado acerca de lo que entraña *verdaderamente* ser competente en la era de la información.

4. La estructura de la competencia en el mundo real

El objetivo tantas veces reiterado de la comunidad educacional —inculcar habilidades generales de razonamiento— carece, por tanto, de bases sólidas en la investigación. Y ésta es una forma muy suave de decirlo. La idea de que en la escuela pueden inculcarse aptitudes abstractas y generalizadas para pensar, acceder a la información y resolver problemas, y de que ellas pueden aplicarse fácilmente a situaciones del mundo real es lisa y llanamente una ilusión. Lo mismo puede afirmarse de la esperanza de que una aptitud de razonamiento en un área puede transferirse a otros ámbitos de manera confiable y sin dificultad. Con todo, sí existen las capacidades para razonar con una visión de amplio alcance. La mayoría de nosotros conocemos personas bien educadas, incluso algunas no muy brillantes, que poseen un alto grado de competencia general, pueden razonar críticamente sobre diversos temas, comunicarse eficazmente, resolver una diversidad de problemas y están capacitadas para afrontar desafíos inesperados. La creencia de que de nuestras escuelas deberían egresar regularmente personas con esas características apela tanto a la experiencia como al sentido común. Si el objetivo no fuera del todo sensato, difícilmente habría resultado atractivo para la comunidad educacional y para la opinión pública en general. Bien entendido, entonces, la finalidad de la competencia general *sí* define un importante objetivo de la educación moderna. La tarea no es cambiar ese objetivo sino interpretarlo correctamente, de manera que corresponda a la naturaleza de la competencia en el mundo real y pueda alcanzarse de manera efectiva.

En la sección 2 resumí de la siguiente manera la descripción estándar de los objetivos educacionales modernos, utilizando el lenguaje propio de los actuales movimientos reformistas:

> El objetivo que actualmente persiguen los reformadores de la educación es formar alumnos con "aptitudes de orden superior", capaces de razonar de manera independiente sobre los problemas inéditos que enfrentarán en la "era de la información", que lleguen a transformarse en "solucionadores de problemas" y hayan "aprendido a aprender", y que se encuentren en vías de convertirse en "pensadores críticos" y "aprendices permanentes".

Lo anterior es rigurosamente correcto. Lo erróneo es el modelo impreciso y abstracto de aquello en lo cual consisten esas aptitudes, así como el mal interpretado ataque emprendido por la comunidad educacional contra los meros "datoides", fundado en la suposición incorrecta de que las anheladas "aptitudes de orden superior" son independientes de una base amplia y formada por contenidos e información específicos. Hay un enorme caudal de evidencia —en realidad existe un consenso al interior de la psicología cognitiva— que sugiere que los individuos capaces de razonar independientemente sobre asuntos con los que no están familiarizados, y que pueden resolver los problemas con una visión de amplio alcance actuando como pensadores críticos y aprendices permanentes, son sin excepción personas bien informadas. También se dispone de numerosa evidencia de que muchos alumnos graduados recientemente de nuestras escuelas *no* están bien informados, no dominan satisfactoriamente las destrezas generales de orden superior y que su enseñanza ha estado dominada por teorías antidatos que se están propugnando como "reformas" para la era de la información. Si hemos de alcanzar el objetivo ambicionado, es menester que nos formemos una idea más precisa de lo que realmente supone el hecho de ser un pensador crítico y un aprendiz permanente.

Necesitamos reemplazar la metáfora educacional de las herramientas por otra más exacta como lo es la del capital intelectual[*]. Señalé que este último constituye la herramienta de las herramientas, el fundamento en el mundo real para las diversas aptitudes abstractas que están recomendando los manuales de educación que exhortan a las escuelas a

> facilitar los medios que le permitan al aprendiz desarrollar las aptitudes intelectuales relacionadas con el pensamiento crítico y la solución de problemas. Si, como muchos creen, el pensamiento ha de ser

[*] El autor desarrolla la metáfora del capital intelectual en el capítulo 2 del libro *The Schools We Need*. (N. del E.)

> el propósito central de la educación estadounidense, entonces deberán idearse los medios para ayudar a los individuos a desarrollar esas aptitudes[31].

La naturaleza de estas competencias propias del mundo real es altamente compleja. Sería engañoso pretender que los psicólogos cognitivos y los neurobiólogos han llegado a un acuerdo respecto de su descripción precisa. Incluso algunos de los modelos que gozan de la más amplia aceptación, como el denominado "esquema", han sido impugnados. Los detalles descriptivos y también los aspectos más generales de las funciones mentales de nivel superior siguen siendo objeto de controversias. Es más, a juzgar por lo que ya se sabe es dable esperar un panorama que con el tiempo se tornará aun más complicado y multiestratificado, por lo que probablemente no podrá ser englobado en modelos sencillos y eslóganes.

Aun así, hay vías funcionales más cortas para describir y comprender algunas de las características esenciales de las habilidades necesarias para desenvolverse en la era moderna. No es aventurado señalar, por ejemplo, que ninguna de esas destrezas son accesibles para una persona con habilidades de comunicación limitadas y un vocabulario altamente restringido. Las habilidades de comunicación se requieren ni más ni menos que para comprender los problemas y, necesariamente, para resolverlos. No podemos "aprender a aprender" sin haber aprendido a comprender lo que se nos enseña. Partamos desde ese planteamiento. No hay ejemplos reales de adultos con competencias propias de la era de la información que se desempeñen con un nivel de vocabulario de cuarto año de primaria. Si bien el hecho de poseer un vocabulario amplio no garantiza en sí la posesión de habilidades de pensamiento crítico, la falta de capital intelectual es un indicio innegable de la carencia de ellas.

La correlación entre nivel de vocabulario y habilidades intelectuales es aplicable no sólo a los adultos sino también a los niños en edad preescolar y a los alumnos de enseñanza primaria y secundaria. Sólo los niños con las habilidades de comunicación que les permitan participar íntegramente en actividades del nivel adecuado junto al resto de su clase se encuentran en condiciones de aprender una diversidad de cosas nuevas en ese ambiente. De acuerdo con su nivel, ellos *ya* han aprendido a aprender y se hallan capacitados para aprender aun más. Su disposición a aprender nuevas cosas en un área determinada depende sensiblemente de lo que ya saben sobre dicha área, como lo indica la posesión de un vocabulario a tono con los

[31] D. Jarolimek y C. D. Foster, *op. cit.*, p. 142.

conocimientos[32]. Jerome Kagan ha observado atinadamente que una de las capacidades de aprendizaje más importantes de los niños es su aptitud para captar una variedad de experiencias gracias a la función simbolizadora de la mente, función que las más de las veces se manifiesta con palabras[33]. Gran parte (por cierto no la totalidad) de las aptitudes intelectuales de los niños y adultos normales se correlacionan con su uso de las palabras.

La conexión entre las aptitudes para aprender a aprender y el dominio del lenguaje *no* implica que la educación deba consagrarse a enseñar a los alumnos listas de palabras, o que no deberían fomentarse muchos otros tipos de talentos y destrezas, o que los métodos de enseñanza diferenciados no deberían considerar las necesidades de los niños con inclinaciones más visuales o táctiles que verbales. Me apresuro a formular esta observación obvia para impedir que lo que digo se preste a malentendidos o caricaturas. No es más que un acto de prudencia. Entre los diversos reparos contra mi obra *Cultural Literacy*, el más obtuso afirmaba que en ella se aconsejaba a los educadores enseñar palabras y hechos inconexos, aprendidos mecánicamente. Esa interpretación hizo aparecer el razonamiento expuesto en el libro como algo a la vez irreal y estúpido, lo cual debe de haber sido la intención polémica de aquellos que así lo interpretaron.

Así, pues, permítaseme señalar de la manera más inequívoca posible que pretender que los niños posean un vocabulario extenso no equivale a propugnar la adopción de un método mecánico o inadecuado para lograr ese objetivo. Cualquier impugnación de las ideas actuales, misión que ineludiblemente cumple este libro, corre el riesgo de ser desacreditada como irreal o mal informada. Sin embargo, es preciso salir al paso de refutaciones demasiado superficiales, aunque sólo sea para imponer un grado mayor de complejidad y sutileza en la discusión. Así como en *Cultural Literacy* no se recomendaba que el índice de conocimiento compartido que ahí se presentaba fuera memorizado como una lista, tampoco el actual argumento en favor de la adquisición de un vocabulario amplio supone la memorización mecánica de listas de palabras. En una sección posterior me referiré a los métodos pedagógicos.

Mi insistencia en que la instrucción debería dotar a los niños de un vocabulario extenso es un requisito lógico que está implícito en el objetivo de inculcar aptitudes para la solución de problemas. Estas competencias

---

[32] R. J. Spiro, "Cognitive Process in Prose Comprehension and Recall", en R. J. Spiro, B. C. Bruce y B. C. Brewer (editores), *Theoretical Issues in Reading Comprehension* (Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum, 1981); R. C. Anderson y Z. Shifrin, "The Meaning of Words in Context", en R. J. Spiro, B. C. Bruce y B. C. Brewer, *op. cit.*; I. L. Beck, C. A. Perfetti y M. G. McKeown, "Effects of Long-Term Vocabulary Instruction on Lexical Access and Reading Comprehension", *Journal of Educational Psychology*, 74 (1982), pp. 506-521.

[33] J. Kagan, *The Nature of the Child* (Nueva York: Basic Books, 1994), p. 213.

propias del mundo real dependen de las habilidades de comunicación y aprendizaje, que a su vez dependen de la posesión de un vocabulario amplio. El prerrequisito lingüístico sirve de fundamento para una completa gama de competencias en áreas tales como las matemáticas, el arte, la historia, la ética, la política y la ciencia. Aun cuando estas aptitudes lingüísticas no son idénticas a otras competencias, constituyen los prerrequisitos para estas últimas. Un vistazo general a la manera como se desarrollan estas habilidades lingüísticas servirá para ejemplificar el proceso por etapas mediante el cual se adquieren la mayoría de las demás aptitudes para pensar y aprender.

En una entrevista televisada, Marilyn Jager Adams, autora de una obra de gran autoridad sobre iniciación a la lectura, opinaba que los niños que concluyen el primer año de enseñanza básica sin haber adquirido el nivel de lectura esperado para su curso tienen muy escasas perspectivas de éxito futuro tanto en su desempeño escolar como en su vida productiva[34]. Se trata de una afirmación sorprendente y memorable a la vez, que sin duda está sujeta a importantes acotaciones estadísticas. Aun así ella alude a una profunda verdad respecto de la naturaleza acumulativa de las habilidades lingüísticas: esto es, que ellas se desarrollan en forma rápida y decisiva durante los primeros años, y que resulta difícil compensar los déficit muy prematuros. Puesto que las aptitudes lingüísticas son fundamentales para dominar otras materias y aptitudes, vale la pena analizar las razones de fondo que explican por qué las habilidades lingüísticas más recientes dependen de las etapas anteriores en que fueron adquiridas.

La importancia decisiva de las condiciones iniciales recuerda la "teoría del caos", la cual sostiene que el aleteo de una mariposa en Brasil puede desatar una larga cadena de factores causales que determinarán el curso de una tempestad de truenos que ocurrirá seis meses después en la ciudad de Atlanta en los Estados Unidos. Pequeños cambios progresivos en la etapa temprana de aprendizaje del idioma pueden tener enormes consecuencias más adelante. Afortunadamente, *es posible* lograr que los niños pequeños que llegan a la edad preescolar con un vocabulario muy reducido, y por ende con una base de conocimientos limitada, adquieran un nivel de vocabulario acorde con su edad al prestarles un apoyo inteligente y focalizado, y a partir de esa base ellos podrán continuar sus estudios y rendir según el nivel esperado para su curso. Sin embargo, evidencias provenientes de

---

[34] M. J. Adams, entrevistada en "Falling Grades: Canadian Schooling in a Failing Economy", video producido por Joe Friedman, M. D., Society for Advancing Educational Research, Edmonton, Canadá. Para confirmar los datos véase también C. Juel, P. Griffith y P. Gough, "Acquisition of Literacy: A Longitudinal Study of Children in First and Second Grade", *Journal of Educational Psychology*, 78 (1986), pp. 243-255.

diversas fuentes indican que cuando este déficit de lenguaje y conocimientos no es nivelado en una etapa temprana, en los cursos superiores resultará casi imposible alcanzar las mismas destrezas que el promedio de los alumnos, aun sometiéndose a un intenso programa de recuperación[35]. El corolario político de estos hallazgos es que, teniendo en cuenta la eficacia de una temprana y eficaz intervención académica, sería preciso transferir una gran cantidad de fondos auxiliares a los programas de educación preescolar y de kindergarten y a programas de apoyo en los primeros cursos (aunque esa medida sería inapropiada mientras las doctrinas románticas del desarrollismo continúen impidiendo que los programas de educación escolar y de kindergarten lleguen a ser académicamente eficaces).

Hasta aquí he mencionado la importancia del dominio del lenguaje oral en una etapa temprana como la base para desarrollar gradualmente habilidades de comunicación y de aprendizaje, que a su vez constituirán el fundamento de muchas otras destrezas. Aún no me he referido a la lectura y la escritura. Ello, porque las capacidades para hablar y escuchar son primordiales. Hay una norma lingüística que merece denominarse "ley de Sticht" por haber sido descubierta gracias a una excelente investigación realizada por Thomas Sticht[36]. Él detectó que la capacidad de lectura de los niños que no son sordos no puede exceder su capacidad de escuchar. Si bien este principio no puede hacerse extensivo automáticamente a los lectores de nivel muy avanzado y a textos difíciles, sí es válido para las etapas tempranas de la lectura. Sticht demostró que para la mayoría de los niños a la altura del séptimo año de primaria, la capacidad de leer en forma veloz y comprensiva y la capacidad de escuchar habían alcanzado un nivel idéntico. Las aptitudes de comunicación oral y auditiva son esenciales y fijan un límite definitivo para las habilidades de lectura y escritura de una persona.

Este principio es fundacional debido a los aspectos de decodificación de la lectura, esto es, la capacidad para transformar en palabras los signos negros impresos en el papel, la cual, pese a ser una destreza en la que adecuadamente se hace especial hincapié en los cursos más bajos, no representa el verdadero límite superior de la capacidad de lectura una vez que se han dominado las habilidades de decodificación. Si bien el proceso de

---

[35] J. S. Chall, *Families and Literacy: Final Report to the National Institute of Education* (Washington, D. C., 1982); y especialmente J. S. Chall, V. A. Jacobs y L. E. Baldwin, *The Reading Crisis: Why Poor Children Fall Behind* (Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 1990).

[36] T. G. Sticht y J. H. James, "Listening and Reading", en D. Pearson y otros (editores), *Handbook on Reading Research* (Nueva York: Longman, 1984), pp. 293-318. Véase también T. G. Sticht y otros, *Auding and Reading: A Developmental Model* (Alexandria, Virginia: Human Resources Research Organization, 1974).

decodificación de las letras al lenguaje constituye el fundamento de la lectura, no corresponde a su esencia, que es la *comprensión* del lenguaje escrito. La ley de Sticht sostiene que para las personas que no son sordas la comprensión del lenguaje escrito no puede exceder la comprensión del lenguaje oral, que el discurso oral constituye el fundamento del discurso escrito. Si tanto el vocabulario oral y auditivo como las capacidades de comprensión oral y auditiva del niño no se desarrollan, tampoco se podrán desarrollar sus capacidades de lectura. Pero si las capacidades de comunicación oral y auditiva de un niño se desarrollan adecuadamente, el único obstáculo para que él se transforme en un buen lector es la falta de fluidez y precisión en sus habilidades de decodificación.

El aprendizaje inicial del lenguaje oral-auditivo es un proceso natural, de base evolutiva, que es universal para todos los grupos humanos. No obstante, desarrollar la capacidad de leer y escribir es un proceso innatural y específicamente cultural que no es universal[37]. De un modo similar, el aprendizaje de las matemáticas parte desde el sentido numérico, que es natural, determinado por la evolución, y que lo compartimos con algunos otros animales, y nos apoyamos en esa base para aprender las convenciones específicamente culturales de las matemáticas decimales[38]. El proceso de aprendizaje en la primera infancia consiste en un tránsito de lo natural a lo cultural, donde el lenguaje oral es la base de la lectura. Si las aptitudes de un niño para leer y escuchar son pobres por el hecho de haber crecido en un ambiente lingüístico limitado, no deberían escatimarse esfuerzos para que éste aumente esas capacidades básicas orales y auditivas como prerrequisito para que pueda desarrollar otras habilidades relacionadas con la alfabetización.

Si se realiza esa labor compensatoria y preparatoria, y si además el niño ha logrado fluidez para decodificar, comienza a verificarse una influencia inversa en los cursos superiores de la enseñanza primaria, después del segundo o tercer año. Aunque la capacidad de leer no puede exceder la capacidad de escuchar, la lectura puede transformarse —y generalmente lo hace— en una fuente de experiencia lingüística que permite mejorar en gran medida las aptitudes para escuchar y hablar. Una vez que un niño aprende a leer con facilidad y de manera comprensiva, el hecho de leer y de que le lean contribuye al aprendizaje de nuevas palabras y a la consiguiente adqui-

---

[37] C. Juel, "Beginning Reading", en D. Pearson y otros (editores), *Handbook of Reading Research*, Vol. 2 (Nueva York: Longman, 1991), pp. 759-788. Véase también P. B. Gough y M. L. Hillinger, "Learning to Read, an Unnatural Act", *Bulletin of the Orton Society*, 30 (1980), pp. 179-196.

[38] D. Geary, "Reflections of Evolution and Culture in Children's Cognition", *American Psychologist* (enero de 1995), pp. 24-36.

sición de nuevos conocimientos. A partir de entonces un sistema de retroalimentación entre el discurso oral y el escrito permite enriquecer la experiencia lingüística y de aprendizaje del niño, y proporciona nuevas oportunidades para adquirir un caudal más amplio de conocimientos y vocabulario .

Lo anterior significa que un niño que inicia su vida con un buen nivel oral y auditivo, pero sin habilidades tempranas de decodificación, queda privado de una serie de experiencias adicionales tanto lingüísticas como de aprendizaje a las que sí tienen acceso los niños con mayores capacidades de decodificación. Esa desventaja no sólo provocará que el niño se demore más en adquirir aptitudes de lectura sino que además limitará su bagaje total de experiencia lingüística y de aprendizaje. Los niños que llegan al colegio con una experiencia lingüística oral y auditiva menos variada suelen ser también los que han recibido un menor grado de instrucción fonética en el hogar y tienen menos experiencia de escuchar la lectura de otros. En comparación con los alumnos más afortunados, ellos continúan adoleciendo de pobreza lingüística, con experiencias lingüísticas domésticas menos ricas, un menor nivel de comprensión del discurso oral en la escuela y, a causa de deficiencias en la decodificación, un menor grado de acceso al discurso escrito. Estas desigualdades pueden disminuir significativamente al impartirse una enseñanza focalizada y de primer nivel desde la etapa preescolar hasta el primer año de enseñanza básica. Todo niño normal puede y debería alcanzar el nivel de lectura esperado para su curso al finalizar el primero o el segundo año de enseñanza básica, y en lo sucesivo al concluir cada año escolar. *Debido a que el progreso académico es sensible a las condiciones iniciales, el logro de este objetivo único y fácil de conseguir —todos los niños leyendo según el nivel esperado para el curso al final del primer o segundo año— será mucho más eficaz que cualquier otra reforma aislada destinada a mejorar la calidad y la equidad de la enseñanza estadounidense.*

Ahora bien, ¿qué significa "leer según el nivel esperado para el curso"? Si suponemos que la enseñanza de disciplinas lingüísticas en el primer año básico de una escuela ha permitido que todos los niños desarrollen capacidades necesarias tales como conciencia fonológica, reconocimiento preciso de letras y palabras, y otras aptitudes de decodificación, entonces el hecho de "leer según el nivel esperado para el curso" debe limitarse a la capacidad de hablar y escuchar según el nivel correspondiente al curso. Poseer una aptitud adecuada al nivel de su curso significa que el alumno ha llegado a comprender ciertas convenciones y expectativas respecto del uso y género del lenguaje; por ejemplo, que las lecturas que comienzan con "Había una vez" van a ser cuentos. Significa que se han llegado a dominar ciertas convenciones reiteradas de la gramática y de la

sintaxis, lo cual permite expresar y comprender estructuras oracionales más complejas.

Sin embargo, no todos los niños adquieren un nivel de lectura adecuado al de su curso, incluso después de haber recibido un enorme caudal de instrucción eficazmente focalizada para la tarea de decodificar y de haber llegado a dominar esa aptitud fundacional. Se requiere algo más para alcanzar ese nivel, y ello es la capacidad para comprender un número siempre creciente de significados de las palabras según el contexto en que se usen. Los significados de las palabras no son estructuras formales como la gramática y la sintaxis, sino símbolos que representan gamas de conocimiento y experiencias. No pueden adquirirse sin antes aprender lo que los educadores llaman despectivamente "datoides", pues incluyen palabras tales como "cumpleaños", "George Washington", "árbol", "1492", "gravedad" y "Kwaanza"[39].

Las pruebas de lectura que en la actualidad determinan si los niños están leyendo según el nivel esperado para su curso no sólo sondean la fluidez de decodificación y la capacidad sintáctica sino además la comprensión de palabras. Y puesto que las palabras incluidas en las pruebas representan conceptos y esquemas —esto es, conocimiento—, leer según el nivel correspondiente al curso también significa dominar palabras que representan conocimiento. No hay un modo preciso de describir la capacidad de leer como una aptitud puramente formal, o de erradicar de ella los conocimientos basados en hechos denominados peyorativamente "datoides". A medida que un alumno pasa de curso y que las aptitudes de decodificación y sintácticas maduran y se tornan automáticas, el vocabulario se transforma en un factor mucho más decisivo para determinar si el niño está o no leyendo de acuerdo con el nivel esperado para su curso. En suma, el elemento clave —el que se vuelve cada vez más importante para el desarrollo de aptitudes de comunicación y aprendizaje— es la base de conocimientos y vocabulario que tiene el niño. La noción de que la lectura es una aptitud mecánica divorciada del conocimiento de un área específica es tan ilusoria como la idea de que hay habilidades formales de "razonamiento".

Estas consideraciones indican que la enseñanza de habilidades de comunicación y aprendizaje, pese a ser completamente dependientes del dominio de los procesos de decodificación, no debería concentrarse exclusivamente en esos procesos. Siempre que se realicen concesiones para asignar tiempo a las habilidades lingüísticas en los primeros cursos de educación básica será preciso tener claramente presente la ley de Sticht. La capacidad

[39] R. J. Tierney y J. W. Cunningham, "Research on Teaching Reading Comprehension", en Pearson y otros, *op. cit.*, pp. 609-656; I. L. Beck, C. A. Perfetti y M. G. McKeown, *op. cit.*, pp. 506-521.

de lectura no puede exceder la capacidad de escuchar. Fomentar la fluidez y la comprensión oral y auditiva del niño es un objetivo al menos igualmente importante que practicar la mecánica de la lectura. Ambas tareas son imperativas. Los niños no deben quedarse rezagados en ninguno de esos tipos de aprendizaje. Una irreflexiva identificación de las aptitudes de comunicación y de aprendizaje con la mecánica de la alfabetización y el consiguiente descuido del conocimiento y el vocabulario constituyen, a la larga, un grave obstáculo para el desarrollo de las aptitudes de comunicación y aprendizaje. La preocupación por la mecánica de la lectura (por necesaria que sea) es un ejemplo muy ilustrativo de la inferioridad de la metáfora de la herramienta en comparación con la del capital intelectual. Una vez que se dominan, las herramientas de decodificación se transforman en una mera plataforma. Su potencial es más bien insignificante si se lo compara con el de las aptitudes de comprensión conferidas por el conocimiento y un vocabulario amplio.

¿Cuáles son estas aptitudes generales de comprensión orales y auditivas? Yo he sugerido que ellas están limitadas por nuestro vocabulario, un hecho evidente para la mayoría de las personas. No obstante, conviene recordar que el vocabulario por sí solo no es una llave suficiente para desarrollar aptitudes de comprensión, como se desprende de la anécdota de la persona que acudió a una conferencia dictada por Einstein y posteriormente se quejó de que conocía todas las palabras, sólo que la manera en que habían sido combinadas lo había confundido. El significado de fondo de la anécdota es que la aptitud para comprender o aprender no sólo requiere un extenso repertorio de palabras sino además un amplio bagaje de conocimientos en áreas específicas[40]. Este principio ha sido ejemplificado con tanta frecuencia en los estudios psicolingüísticos que resulta asombroso enterarse de que hay personas con un nivel cultural bastante elevado que siguen creyendo que las aptitudes de aprendizaje generalizadas no requieren de conocimientos amplios y de gran alcance o, para usar mi frase preferida, un rico legado de capital intelectual.

Antes de pasar a analizar otras competencias propias del mundo real, me parece conveniente hacer una última observación sobre la adquisición temprana de habilidades lingüísticas. El objetivo de la educación en los primeros años consiste no sólo en alcanzar un alto nivel de aptitudes de comunicación oral y auditiva sino además en lograr que las aptitudes de decodificación se aproximen con la mayor rapidez posible al nivel oral y auditivo. Lo anterior puede conseguirse sólo cuando las habilidades de

[40] J. D. Bransford y M. K. Johnson, "Contextual Prerequisites for Understanding: Some Investigations of Comprehension and Recall", *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 11 (1972), pp. 717-726; R. J. Spiro, *op. cit*.

decodificación se aplican adecuadamente y se tornan cada vez más instintivas y automáticas. Es necesario subrayar este aspecto porque sirve de ejemplo para la mayoría de las demás aptitudes intelectuales. Es preciso transformar cuanto antes los procesos básicos en algo inconsciente y automático con el fin de liberar la mente y dejar lugar para ejercer el pensamiento crítico y resolver problemas. En la década de 1950 George Miller sostuvo que la mente humana podía ocuparse conscientemente de sólo cinco a siete cosas diferentes al mismo tiempo; él denominó a esta esfera limitada de actividad mental "memoria a corto plazo"[41]. Actualmente se prefiere hablar de "memoria operativa" o "memoria de trabajo", y se piensa que la limitación no radica tanto en el número absoluto de ítemes como en la cantidad absoluta de tiempo durante el cual los ítemes pueden estar funcionalmente activos en la mente de manera simultánea. Es evidente que si pocas o ninguna de las operaciones de decodificación necesitan ser retenidas conscientemente en la mente, si se encuentran tan profundamente arraigadas como para llegar a automatizarse, entonces el niño dispondrá de más espacio en la memoria operativa y consciente para pensar en forma crítica y creativa en asuntos que requieren comprensión y solución de problemas.

El desarrollo de las aptitudes lingüísticas implica, por tanto, el dominio de destrezas funcionales que son extremadamente complejas en cuanto a su interacción, pero que pueden esquematizarse en tres aspectos para mayor facilidad: 1) el dominio de elementos del lenguaje que son repetidos continuamente hasta llegar a la automatización; 2) la adquisición de una base de conocimiento de gran riqueza y referida a un contexto, representada por significados de palabras y convenciones culturales específicos; y 3) el despliegue activo y eficaz de estos elementos en la comprensión y en la solución de problemas. Este patrón general no sólo es aplicable al acto de hablar y escuchar sino también al de leer, en el cual el dominio de habilidades de decodificación se inscribe en el ámbito de los elementos formales y repetidos constantemente que requieren transformarse en instintivos y automáticos[42]. El mismo esquema tripartito es válido para la caligrafía y la composición, donde se necesita un esfuerzo significativo para habituar al alumno a elementos formales repetidos constantemente y que son propios del trazado

---

[41] G. Miller, "The Magical Number Seven, Plus or Minus Two", pp. 81-97.

[42] C. Juel, *op. cit.*, pp. 759-788; D. La Berge y S. J. Samuels, "Toward a Theory of Automatic Information Processing in Reading", *Cognitive Psychology*, 6 (1974), pp. 293-323; C. A. Perfetti y A. Lesgold, "Discourse Comprehension and Sources of Individual Differences", en M. Just y P. Cartenter (editores), *Cognitive Processes in Comprehension* (Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum, 1977).

de letras y la escritura de palabras, de suerte que la formación de letras en el primer nivel llegue a convertirse en un proceso tan automático que no entorpezca el despliegue consciente de palabras escritas para transmitir un significado[43]. Debido a las limitaciones de la memoria operativa, mientras más automáticos se tornan estos procesos formales y fundacionales, más eficazmente pueden desplegarse los aspectos de comprensión, expresión y solución de problemas de cualquier aptitud intelectual. Las aptitudes de nivel superior dependen básicamente del dominio automático de actividades de nivel inferior repetidas de manera constante.

El patrón aplicable a la lectura y a la escritura es válido también para las matemáticas, donde lo que corresponde a los elementos reiterados de la gramática, la sintaxis, el deletreo y la formación de letras son las normas que rigen las operaciones empleadas para resolver problemas. Entre ellas se incluyen operaciones básicas de suma, resta y multiplicación, así como ecuaciones. Pero las matemáticas también contienen elementos correspondientes a significados particulares de vocabulario, tales como las operaciones numéricas básicas de la suma, la resta y la multiplicación, así como las convenciones especiales de distintos tipos de problemas. Los psicólogos han denominado "reglas" a las operaciones matemáticas repetidas que son similares a las de la gramática, y "esquemas" a los aspectos más similares al vocabulario y orientados hacia el contenido. Ellos sostienen que

> el desarrollo de habilidades para solucionar problemas algebraicos supone la adquisición de esquemas y la automatización de reglas. El proceso implícito en la adquisición de estas dos aptitudes, así como el bagaje de experiencia necesario para el desarrollo de aptitudes, parecen ser independientes. La automatización de las reglas se refiere al uso expedito de procedimientos algebraicos básicos, tales como la resta o suma de las variables en cada lado de una ecuación. Más específicamente, la *automatización* se refiere a la ejecución automática de un procedimiento sin tener que pensar en las reglas que rigen la aplicación de dicho procedimiento. Uno de los beneficios de la automatización de reglas es la disminución de las exigencias de memoria operativa asociada al uso de un procedimiento. La liberación de recursos de la memoria operativa permite que el procesamiento de otros aspectos del problema sea más fácil y menos propenso a errores [...] Tan pronto como las reglas han sido memorizadas y ejecutadas automáticamente para una serie de problemas, pueden aplicarse con facilidad a la solución de distintos tipos de problemas algebraicos. Antes de esta etapa, sin embargo, las reglas apren-

[43] J. Britton y otros, *The Development of Writing Abilities* (Londres: Macmillan Education Ltd., 1975); S. Perl, "The Composing Processes of Unskilled College Writers", *Research in the Teaching of English*, 13 (1979), pp. 317-336.

> didas en el contexto de un problema algebraico determinado no pueden transferirse fácilmente: esto es, no pueden usarse de buenas a primeras para resolver otros tipos de problemas algebraicos. En suma, la automatización de las reglas no sólo permite reducir los requerimientos de memoria operativa para resolver un problema, sino que además hace posible el uso de estas reglas para solucionar otras formas de problemas algebraicos. Aun así, la automatización de las reglas sólo parece lograrse a fuerza de una práctica intensa. La adquisición de esquemas, por otro lado, parece ocurrir de manera más bien rápida, es decir, tras un breve período de práctica[44].

La similitud de esta descripción del desarrollo de las habilidades matemáticas con el esquema para el desarrollo de aptitudes de comunicación y aprendizaje sugiere que hemos dado con una estructura general en la cual se inscriben las destrezas para solución de problemas del mundo real y las de pensamiento crítico. Primero, el grado de dominio de una habilidad depende de la automatización, tras un largo período de práctica, de los elementos formales y repetitivos de dicha destreza, lo cual permite despejar la mente consciente para dar paso al pensamiento crítico. En segundo lugar, el domino a nivel de experto depende de la adquisición del vocabulario, las convenciones y los esquemas relevantes que forman la base cognitiva pertinente para dicha aptitud. La pericia en la realización de operaciones formales se adquiere sólo después de mucha práctica, en tanto que la retención a largo plazo de conocimientos relevantes, que es igualmente necesaria para el pensamiento eficaz de orden superior, puede ocurrir algo más rápidamente y con menos experiencia. La investigación que reveló la existencia de estas características generales de las destrezas intelectuales del mundo real tiene algunas repercusiones para la política educacional, las que procederé a analizar en la siguiente sección.

5. ¿Qué es el pensamiento de orden superior?

Dos tradiciones de la psicología cognitiva resultan útiles para comprender la naturaleza de las aptitudes de pensamiento crítico y de solución de problemas que quisiéramos desarrollar en nuestros alumnos. Una tradición ha estudiado las diferencias características entre pensamiento a nivel de expertos y de novatos, a veces con el fin práctico de lograr que los

---

[44] D. Geary, *Children's Mathematical Development: Research and Practical Applications* (Washington, D. C.: American Psychological Association, 1994).

novatos piensen lo antes posible de una manera parecida a la de los expertos[45]. Otra tradición ha investigado las diferencias entre pensar de manera correcta e incorrecta en las actividades cotidianas, como la lectura de los diarios o el regateo, que todos nosotros hacemos en nuestra condición de no expertos[46]. Ambos tipos de estudio coinciden en la conclusión de que una vez que las aptitudes básicas subyacentes se encuentran automatizadas, la característica casi universal del pensamiento de orden superior sólido sobre cualquier tema o problema es la posesión de una base amplia y adecuadamente integrada de conocimientos esenciales relacionados con la materia. La afirmación anterior tiene la sospechosa apariencia de una simple muestra de sentido común (esto es, pensar correctamente en la vida cotidiana), pero los resultados de los estudios conllevan ciertos esclarecedores detalles y complejidades que son dignos de consideración. Más aun, puesto que los resultados contrastan con las imperantes consignas anticontenidos de la reforma educacional, será estratégicamente útil reseñar en forma breve lo que las investigaciones han revelado acerca de las bases que tiene el pensamiento de orden superior en el conocimiento.

El argumento esgrimido por los educadores para restar validez al conocimiento "meramente" factual y para exaltar los principios de pensamiento formales y abstractos consiste en sostener que el conocimiento está cambiando tan rápidamente que la información específica queda obsoleta casi tan pronto como ha sido adquirida. Esta afirmación se remonta al menos hasta la obra *Foundations of Method*, de Kilpatrick, publicada en 1925. Su carácter aparentemente razonable proviene de la observación de que la ciencia y la tecnología han progresado a pasos agigantados durante el presente siglo, por lo que la obsolescencia científica y tecnológica se ha convertido en una característica común de la vida moderna. Este argumento supone la existencia de una analogía entre la obsolescencia tecnológica e intelectual. Los educadores inscritos en esta tradición apoyaron esa analogía aduciendo además que el conocimiento factual se ha transformado en algo trivial debido al caudal cada vez mayor de nuevos hechos. En vista

---

[45] J. Larkin y otros, "Models of Competence in Solving Physics Problems", *Cognitive Science*, 4 (1980), pp. 317-348; A. H. Schoenfeld y D. J. Hermann, "Problem Perception and Knowledge Structure in Expert and Novice Mathematical Problem Solvers", *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory and Cognition*, 8 (1982), pp. 484-494.

[46] Algunos trabajos dentro de esta tradición: A. Tversky y D. Kahneman, "Availability: A Heuristic for Judging Frequency and Probability", *Cognitive Psychology*, 5 (1973), pp. 207-232; A. M. Collins, *Human Plausible Reasoning* (Informe Nº 3810) (Cambridge, Massachusetts: Bolt, Beranek y Newman, 1978); y B. Fischoff, "Judgment and Decision Making", en R. Sternberg y E. Smith (editores), *The Psychology of Human Thought* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1987), pp. 153-187.

del enorme torrente de datos que actualmente fluye por la carretera de la información, no tiene sentido acumular unidades de información sueltas. Después de todo, ¿cómo podemos saber cuáles van a perdurar? Una alternativa más eficaz es que los estudiantes dediquen tiempo a adquirir técnicas para organizar, analizar y acceder a esta interminable Niágara de información.

Al igual que la metáfora de la herramienta en el caso de la educación, el modelo que sugiere la adquisición de técnicas de procesamiento que tendrían una utilidad permanente —en contraste con el aprendizaje de meros datos que pronto se vuelven obsoletos— sería sumamente interesante si demostrara ser viable y efectivo. Pero la imagen según la cual las aptitudes de pensamiento de nivel superior consisten en técnicas de procesamiento y acceso a la información de utilidad general no es sólo una metáfora *parcialmente* inadecuada, sino un modelo del todo engañoso de la manera en que funciona realmente el pensamiento de orden superior. El pensamiento superior no aplica técnicas formales a los datos obtenidos; más bien, usa con eficacia diversas pistas, estimaciones y análisis pertinentes de conocimientos preexistentes. El método de aplicar técnicas formales a los datos consultados corresponde precisamente al mecanismo inadecuado y poco confiable para resolver problemas empleado por los novicios. Como modelo del pensamiento de orden superior del mundo real, dicha imagen no es simplemente inexacta sino que además invierte las realidades. Describe el pensamiento de orden inferior de los novicios en lugar del pensamiento de orden superior de los expertos.

Un ejemplo que sirve para ilustrar lo anterior lo proporcionan Jill Larkin y Ruth Chabay en un estudio sobre métodos usados por novicios y expertos para intentar resolver un sencillo problema de física[47]. En términos simples, el problema planteado por Larkin y Chabay consistía en determinar qué grado de fricción hay entre un trineo y el suelo cubierto de nieve cuando una niña está tirando del vehículo, ocupado por su hermanito, a una velocidad constante. El niño y el trineo pesan en conjunto 50 libras. La niña está jalando con una fuerza de 10 libras, y tira de la cuerda en un ángulo de 30° desde el plano horizontal. ¿Cuál es el coeficiente de fricción? El típico novato intenta resolver el problema con ecuaciones formales que pueden encontrarse en un libro, siguiendo así debidamente el principio fundamental para la solución de problemas. El alumno descubre que la fórmula aplicable es $f = {}_u N$, donde f es fuerza, N es la "fuerza normal" (generalmente igual al peso), y_u es el coeficiente de fricción, que es la cantidad que debe averiguar-

[47] J. Larkin y R. Chabay, *op. cit.*, p. 158.

se. El novato advierte que f = $_{u}$ x 50. El alumno supone que f = 10, la fuerza ejercida por la niña. Por tanto 10 = $_{u}$ x 50 y $_{u}$ = ^{10}/50, lo cual equivale a 0,2. La respuesta es incorrecta, no porque la ecuación o la operación matemática sean erróneas sino porque el novato carece de los conocimientos suficientes de física del mundo real para saber cómo relacionar la fórmula con el problema. El procedimiento seguido por el novicio revela no sólo que el modelo formalista es inadecuado sino también el el desmoronamiento del postulado de que los alumnos sólo necesitan aprender a buscar información, lo que se ha dado en llamar "destreza de búsqueda de información". En este caso típico, la habilidad de averiguar por sí solos las cosas simplemente añade una exactitud espuria a las ideas equivocadas que se ha formado el alumno.

El físico experto aborda el problema de manera distinta. Él o ella analiza los elementos esenciales de la situación antes de pasar a examinar las ecuaciones, y hace dos observaciones críticas incluso antes de ocuparse de las cifras. La primera observación es que el trineo avanza a una velocidad constante, por lo que, en efecto, no se están ejerciendo fuerzas residuales netas sobre el vehículo; hay un equilibrio exacto entre la fuerza ejercida horizontalmente por la niña que tira y la fuerza contraria ejercida por la fricción. Si hubiera habido alguna diferencia entre ambas fuerzas, entonces la velocidad del trineo habría aumentado o disminuido. De manera que la respuesta debe ser, por necesidad, que la fricción es exactamente igual al componente horizontal de la fuerza ejercida por la niña. El físico advierte también que puesto que la cuerda es tirada a 30°, parte de la fuerza de 10 libras ejercida por la niña es vertical. La respuesta será que la fricción equivale a la fuerza *horizontal* del tirón de la niña, que será de 10 libras menos su componente vertical. La estructura de la respuesta se resuelve sobre la base de múltiples pistas y de conocimientos pertinentes antes de que se busque y aplique cualquier fórmula. Larkin y Chabay formulan la siguiente observación (que viene mucho más al caso que los detalles físicos involucrados):

> *La solución de un problema por parte de un científico comienza por la redescripción del problema en función de los conceptos sólidos de su disciplina*. Como los conceptos se encuentran altamente interconectados, el problema redescrito permite cotejar las inferencias para evitar errores[48]. [El énfasis es mío.]

[48] Ibídem, pp. 150-172.

Una característica importante del pensamiento de orden superior es este "cotejo de inferencias", basado en una serie de conceptos "ampliamente interconectados". En el pensamiento de orden superior, situamos un problema en el espacio mental de la misma manera como nos situamos en el espacio físico: mediante un proceso de cotejo mutuo o triangulación entre hitos relevantes en nuestro paisaje de conocimientos preexistentes. Si analizamos un problema desde un par de ángulos distintos usando un par de indicadores diferentes, y si nuestras distintas estimaciones llegan a coincidir, adquiriremos confianza en nuestro análisis y podremos proceder con seguridad. Si por otra parte hay algún grado de discrepancia o conflicto entre nuestros indicadores, entonces se encienden las señales de advertencia y entramos a decidir cuál enfoque es más factible o provechoso. El procedimiento corresponde obviamente a una modalidad de pensamiento muy distinta y bastante más confiable que el método, proclive a errores, de aplicar técnicas formales a los datos recopilados.

El ejemplo también sirve para ilustrar la improbabilidad de la aserción de que la información basada en los conocimientos adquiridos en la escuela se torna rápidamente obsoleta. ¿Hasta qué punto perderán su vigencia los conocimientos empleados para resolver el problema del trineo? Un filósofo de la ciencia, Nicholas Rescher, observó alguna vez que la ciencia más reciente es en cierto sentido la menos confiable porque, al encontrarse en el límite, siempre estará en conflicto con otras teorías que rivalizan con ella y cualquiera de ellas puede resultar victoriosa. Por consiguiente, sostenía Rescher, la física más confiable es "la de la edad de piedra": si lanzamos la piedra hacia arriba, ella caerá. Para la mayoría de los problemas que requieren que las personas comunes piensen en forma crítica, ya sea que se trate de ética, política, historia e incluso de tecnología, el conocimiento más indispensable suele ser más bien básico, inveterado y de cambio lento. A decir verdad, así como la física es sometida a revisión al llegar a la zona límite, también la historia estadounidense está sometida a constantes revisiones en lo relativo a ciertos detalles (por ejemplo, ¿sostuvo Abraham Lincoln un idilio con Ann Rutledge?). Sin embargo, detrás de las siempre cambiantes líneas de vanguardia se encuentra un acervo de conocimientos confiables que no han variado y no cambiarán mucho en el futuro, y que resultan de gran utilidad, pues proporcionan un panorama que nos permite orientarnos en el espacio mental. Es cierto que el contenido de los conocimientos esenciales más significativos y útiles para el mundo de hoy sí cambia. Pero nunca me he encontrado con una defensa cuidadosamente razonada de la reiterada afirmación de que en esta nueva era el conocimiento factual está cambiando con tal rapidez que la adquisición de infor-

mación significativa se está volviendo innecesaria. Probablemente resultará imposible elaborar una apología cuidadosamente razonada de esta aseveración insensata.

Si analizamos en forma aislada el ejemplo del problema de física propuesto por Larkin y Chabay, podríamos utilizarlo para demostrar que el pensamiento de orden superior depende de conceptos abstractos y no de detalles factuales. Aun así, la mayoría de las investigaciones indican que si bien las operaciones mentales mediante las cuales extraemos conclusiones y resolvemos problemas no están plagadas de hechos recordados literalmente, tampoco están constituidas sólo por conceptos abstractos[49]. Los modelos, indicadores y esquemas por medio de los cuales pensamos en forma crítica no son ni meros conceptos ni una recordación literal de datos, sino una compleja y variada combinación de conceptos, estimaciones y ejemplos factuales. El rasgo esencial del pensamiento de orden superior que conviene recordar es su carácter mixto, consistente en facilidad operativa y conocimientos sobre un área específica.

Algunos de los estudios más útiles sobre el pensamiento de orden superior se han preocupado de mejorar nuestra capacidad para emitir juicios inteligentes y certeros, a partir de los cuales podamos adoptar decisiones en nuestra vida ética, económica y cívica[50]. Puesto que la mayoría de nosotros no somos capaces de recordar —y no estamos dispuestos a tomarnos el tiempo para asimilar— todos los detalles sobre el déficit presupuestario de los Estados Unidos y otros similares, seguimos los debates políticos y económicos con un grado de impresionabilidad que a muchos de nosotros nos vuelve receptivos a las consignas y a la demagogia. ¿Qué tipo de pensamiento crítico puede aumentar nuestra capacidad para llegar a conclusiones acertadas sobre esas materias? ¿Cómo podemos mantenernos a salvo, tanto nosotros como nuestros alumnos, de simplificaciones exageradas, mentiras y teorías de conspiración en que se busca un chivo expiatorio?

Cuesta entender por qué un escepticismo generalizado, que carece del respaldo del conocimiento sólido, es superior a una credulidad generalizada igualmente infundada. De hecho, el escepticismo desinformado y generalizado se expresa como una forma de credulidad, pese a nuestra tendencia a denominar "pensamiento crítico" a las posturas de los escépticos. Nuestra esperanza más cercana de generar pensamiento inteligente en mate-

---

[49] P. N. Johnson Laird, *Mental Models: Towards a Cognitive Science of Language, Inference and Consciousness* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1983).

[50] Z. Kunda y R. E. Nisbett, "The Psychometrics of Everyday Life", *Cognitive Psychology*, 18 (1986), pp. 195-224.

rias cívicas radica en nuestra capacidad de formarnos un buen juicio aproximado, lo suficientemente cercano a la realidad como para permitirnos adoptar decisiones bien informadas y acertadas. Pero la vida es demasiado breve, y cuesta mucho aprender, como para que todos los ciudadanos memoricen un enorme caudal de datos económicos y demográficos. ¿Cuál es el actual déficit presupuestario anual del gobierno estadounidense: alrededor de US$ 30, US$ 300 ó US$ 3.000 por familia? Obviamente podemos averiguarlo, pero pocos de nosotros lo harán. Si no somos capaces de hacer una estimación inteligente sobre la base de nuestros conocimientos previos, lo más probable es que no podamos hacer ninguna estimación inteligente. En gran medida, el pensamiento de orden superior requiere poseer la capacidad de realizar este tipo de cálculos, y de hacerlo bien. ¿Cómo se las arreglan algunas personas para lograr ese objetivo? Y ¿como podemos aprender a hacer lo mismo todos nosotros? De las respuestas a las interrogantes anteriores, ¿qué conclusiones pueden desprenderse con respecto al currículum desde el kindergarten hasta el término de la enseñanza media?

La mejor investigación sobre la materia indica que ni la memorización de una plétora de hechos ni las generalizaciones conceptuales de gran alcance constituyen modalidades de educación eficaces que permitan razonar en un nivel superior sobre las complejidades del mundo moderno. Por otra parte, ha quedado comprobado que las estimaciones certeras basadas en hechos resultan necesarias para comprender muchos temas. Norman Brown y Robert Siegler describen brevemente el problema subyacente que debe encarar la educación moderna:

> Enfrentados al problema de cómo inculcar esta información, los educadores han oscilado entre dos orientaciones: una ha consistido en exigir a los alumnos que memoricen grandes cantidades de datos cuantitativos. Y la otra ha consistido en restar importancia a las fechas, magnitudes y otras cantidades, concentrándose en la comprensión de las relaciones cualitativas. Cada una de estas dos orientaciones presenta, sin embargo, grandes desventajas [...] Existen demasiados de esos datos como para que alguien pueda memorizar un gran porcentaje de ellos. Por otra parte, resulta difícil, si no imposible, adquirir una comprensión algo más que superficial de un área determinada si en ella no hay cierto grado de complejidad cuantitativa[51].

El dilema de la extensión *versus* la profundidad siempre estará presente en nuestra existencia y siempre requerirá soluciones de compromiso y

[51] R. N. Brown y R. S. Siegler, "Metrics and Mappings: A Framework for Understanding Real-World Quantitative Estimation", *Psychological Review,* 100 (1993), p. 531.

sentido común. La concesión particular que hará cada persona dependerá del tema y de los objetivos. En la práctica, las personas autodidactas y bien informadas y los alumnos que tienen la fortuna de contar con profesores particularmente capaces han llegado a una transacción adecuada. Un método didáctico de probada eficacia, que ya ha sido seguido en muchos libros y por profesores de primer nivel, ofrece a los estudiantes un conjunto cuidadosamente seleccionado pero generoso de datos fácticos, consignados en una trama significativa de inferencias y generalizaciones sobre el ámbito más amplio en cuestión. Los investigadores han demostrado que esa instrucción factual generosamente selectiva conduce a inferencias acertadas no deducibles en forma directa de los hechos literales que fueron enseñados. Los mecanismos que nos permiten usar estas ejemplificaciones selectivas para realizar conjeturas factuales sorprendementemente certeras sobre materias no enseñadas son hoy objeto de afanosas investigaciones.

Cualquier cosa que resulten ser los mecanismos psicológicos subyacentes, la investigación ha demostrado que la enseñanza de una generosa cantidad de hechos ejemplares cuidadosamente seleccionados dentro de un contexto explicativo y significativo es un método más adecuado para inducir a pensar en forma aguda que cualquier otra alternativa propuesta. Entre las opciones sugeridas se incluyen: 1) la enseñanza de la totalidad del área factual; 2) la enseñanza sólo de los principios generales; y 3) la enseñanza de un único ejemplo en gran profundidad (la teoría de menos es más). Ninguno de estos métodos induce de modo tan eficaz a pensar con efectividad como una muestra de hechos coherentes y bien seleccionados en un contexto explicativo cuidadosamente preparado[52]. Este método de muestreo cuidadoso funciona adecuadamente incluso cuando (como suele suceder) los detalles literales de los hechos enseñados no son memorizados por los alumnos y no pueden ser recordados con precisión tras un período de varios meses. No obstante, el perfeccionamiento de la capacidad de pensar en forma acertada persiste si a los alumnos se les ha dado a conocer alguna vez una muestra cuidadosamente escogida de los datos fácticos.

Este hallazgo es de gran trascendencia para la elaboración del currículum. La conclusión que se desprende de la investigación cognitiva demuestra que hay una inevitable interdependencia entre el conocimiento relacional y el factual, y que la enseñanza de una amplia gama de conoci-

---

[52] Ibídem, p. 531. Pero véase también M. Scardamalia y C. Bereiter, "Computer Support for Knowledge-Building Communities", *Journal of the Learning Sciences*, 3, Nº 3 (1994), pp. 265-283; y M. Scardamalia, C. Bereiter y M. Lamon, "CSILE: Trying to Bring Students into World", en K. McGilley (editor), *Classrooms Lessons: Integrating Cognitive Theory and Classroom Practice* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1994), pp. 201-228.

mientos factuales resulta esencial para pensar en forma eficaz tanto dentro de un ámbito como entre un ámbito y otro. Pese a la popularidad de la consigna antidatos en la tradición de nuestra educación progresista, y pese a su fe en el poder de unos cuantos proyectos "del mundo real" con el fin de educar "holísticamente" a los alumnos para hacer frente al mundo moderno, ningún consejo de administración escolar, estatal o a nivel de distrito, ha abandonado aún el principio de exigir la enseñanza de una amplia gama de materias en la educación primaria. En todos los estados persisten aún requerimientos universales para asignaturas tales como matemáticas, ciencias, disciplinas lingüísticas y estudios sociales.

¿Es este conservadurismo curricular, acaso, un mero residuo del pensamiento tradicional, o bien un indicio de que el sentido común no ha sido derrotado por la teoría romántica? Yo me inclino por la segunda hipótesis. No obstante la vaguedad de la normativa estatal y distrital, su persistente actitud de parcelar la enseñanza en distintas asignaturas, en contraste con reiteradas demandas en favor de la adopción de un enfoque más "integrado" y holístico, nos indica que se subentiende que la amplitud de conocimientos constituye un elemento esencial del pensamiento de orden superior. Las juntas de educación han supuesto acertadamente que es necesario hacer un estudio topográfico y un cartograma del paisaje mental para permitir que en el futuro los ciudadanos sean capaces de analizar una gran variedad de juicios. Ningún sistema de enseñanza eficaz en el mundo ha dejado de aplicar este principio que aconseja enseñar una amplia variedad de materias en los primeros años de educación.

Sin embargo, en lo referente a los cursos más avanzados, un gran cúmulo de evidencia —presentada en la excelente investigación realizada por John Bishop, de la Universidad de Cornell— comprueba que en los dos últimos años de la enseñanza secundaria, y de allí en adelante, la balanza de la utilidad se inclina en favor de la instrucción más profunda y con mayor grado de especialización como el mejor sistema de educación para el mundo moderno[53]. Lo anterior significa que la diversidad de asignaturas en la primera etapa de la enseñanza es sumamente importante cuando se trata de desarrollar en nuestros futuros ciudadanos un pensamiento de orden superior adecuado, así como aptitudes para la vida. Si el día de mañana la instrucción ha de tender gradualmente a la especialización, resultará cada vez más importante delinear en forma precisa y adecuada un paisaje intelectual más amplio en los primeros años de enseñanza. De lo contrario no

[53] J. Bishop, "Expertise and Excellence", documento de trabajo 95-13 (borrador, 28 de abril de 1995), Center for Advanced Human Resource Studies, New York State School of Industrial and Labor Relations, Universidad de Cornell, Ithaca, Nueva York, 1995.

produciremos pensadores críticos sino individuos ignorantes y de mente estrecha, propensos a concebir ideas erróneas y a caer en la retórica. Jefferson tenía muy en mente este riesgo cuando propuso la enseñanza de Historia de la Humanidad durante los primeros años. En nuestra época el mismo argumento es aplicable a los campos relacionados con aptitudes matemáticas, científicas, tecnológicas y comunicacionales. Una amplia gama de conocimientos y un vocabulario extenso proporcionan herramientas que permiten adentrarse en ámbitos poco conocidos, posibilitando así el verdadero "aprendizaje permanente", tanto como la adquisición de nuevos conocimientos y su profundización según sea necesario. El corolario obvio que se desprende para la educación moderna es que, en lugar de postergar constantemente la introducción de conocimientos más complejos y de mayor alcance, lo que se necesita es adoptar el plan de acción inverso, aumentando a la vez el grado de desafíos y la amplitud de la enseñanza en los primeros años.

El hecho de comprender la importancia de la amplitud de los conocimientos entregados en los primeros años de instrucción refuerza la necesidad práctica de llegar a un acuerdo sobre la secuencia gradual en que aquéllos se imparten. El abandono del capital intelectual en favor de las herramientas individuales ha producido pautas para la elaboración de currículums de tal vaguedad que aseguran la ocurrencia de considerables lagunas y repeticiones en los conocimientos recibidos por nuestros alumnos, aun cuando permanezcan en el mismo colegio*. Las repercusiones adversas de este defecto del currículum en el pensamiento de orden superior son extremadamente graves. Los vacíos y las repeticiones significan ignorancia y estrechez de ideas; equivalen a la pérdida de grandes oportunidades. Si en los cursos superiores la educación moderna exige un grado de especialización cada vez más profundo y circunscrito, estas oportunidades perdidas al principio nunca serán recuperadas. La ciencia cognitiva ha demostrado que el pensamiento de orden superior requiere tanto de una amplia gama de conocimientos factuales como de puntos de profundidad. La herramienta más eficaz para el pensamiento de orden superior es el capital intelectual: vale decir, tener muchos conocimientos, no sólo sobre hechos sino además sobre los procedimientos y estrategias del área que sirven para analizar esos hechos. Los resultados de las investigaciones sobre el pensamiento crítico y el acto de aprender a aprender apuntan a una inferencia respecto del conocimiento factual que es completamente distinta de la que se suele extraer.

* El autor desarrolla este tema en el capítulo 2 de su libro *The Schools We Need*. (N. del E.)

6. Consensos de las investigaciones en el campo de la pedagogía

A partir de tres fuentes independientes, cuyos resultados coinciden en los mismos principios pedagógicos, ha surgido un consenso en los métodos pedagógicos más eficaces. Este modelo de convergencia independiente (un tipo de triangulación intelectual) es, junto con la predicción acertada, uno de los modelos más poderosos y sólidos en el ámbito de la investigación científica. Hay pocos o ningún ejemplo en la historia de la ciencia (ninguno que yo conozca) en que un mismo resultado, alcanzado por tres o más medios verdaderamente independientes, haya sido refutado.

Un maravilloso ejemplo de esta convergencia fue descrito por Abraham Pais en su biografía de Albert Einstein. A fines del siglo XIX, la existencia de átomos y moléculas aún era materia de debate entre los científicos. En 1811, un profesor de física, Amadeo Avogadro, planteó la hipótesis de que el mismo volumen de cualquier gas a la misma temperatura y presión debe contener la misma cantidad de moléculas. Si existen las moléculas, entonces un mol —es decir el peso molecular en gramos de cualquier substancia— debe contener el mismo número de moléculas, cualquiera sea la substancia. Esa cantidad, N, aún se conoce como "número de Avogadro". A principios del presente siglo, Einstein sostuvo que si usando métodos experimentales totalmente distintos para determinar N se llegaba al mismo resultado, entonces debían existir las moléculas. En marzo de 1905 presentó un trabajo en que se calculaba N sobre la base de la radiación antirradiante. En abril de 1905, su tesis para optar al grado de doctor en física describía un nuevo método teórico para determinar N a partir de datos sobre soluciones de azúcar. En mayo de 1905 Einstein publicó un artículo en que determinaba N sobre la base del movimiento browniano (los movimientos zigzagueantes de diminutas partículas suspendidas en un líquido). Más tarde, en 1910, presentó un trabajo sobre la "opalescencia crítica", en el que explicaba por qué el cielo es azul, y del cual se desprendía otro método para determinar N. Todas estas distintas inferencias matemático-empíricas coincidían en la misma magnitud. Señala Pais:

> El debate en torno a la realidad molecular concluyó sólo tras los descubrimientos realizados en la primera década del siglo XX. Lo anterior no sólo se debió al primer trabajo publicado por Einstein sobre el movimiento browniano o a algún método específico y eficaz para determinar N. Antes bien, el problema fue resuelto definitivamente debido a la extraordinaria coincidencia en los valores de N que se habían obtenido empleando varios métodos distintos. La discusión fue zanjada no por una determinación sino por una sobrede-

> terminación de N. A partir de temas tan diversos como la radioctividad, el movimiento browniano y el azul del cielo fue posible afirmar hacia 1909 que una decena de métodos independientes para medir N arrojaban resultados que fluctuaban entre 6 y $9x10^{23}$. [54]

La convergencia independiente que existe hoy en día en torno a los fundamentos de la pedagogía eficaz tiene un carácter menos matemático, pero de todos modos evidente. Las mismas conclusiones se han extraído a partir de tres fuentes completamente distintas e independientes: 1) pareos en pequeña escala de distintos métodos didácticos; 2) investigaciones básicas sobre cognición, aprendizaje, memoria, psicolingüística y otras áreas de la psicología cognitiva; y 3) estudios comparativos internacionales en gran escala. En los resultados obtenidos a partir de estas tres fuentes se observa un alto grado de coincidencia en lo referente a los principios pedagógicos más eficaces. Puesto que las observaciones de situaciones reales en la sala de clases se ven afectadas de manera tan compleja por tantas variables no controladas, el aspecto más persuasivo del actual panorama es la concordancia entre las observaciones basadas en la sala de clases y la psicología cognitiva —que actualmente constituye nuestra fuente más válida y confiable para ahondar en el proceso de aprendizaje.

La estrategia que seguiremos en la presentación de estas conclusiones consiste en examinar brevemente algunos de los estudios basados en el trabajo en la sala de clases y resumir sus puntos de coincidencia. Luego, relacionaré dichos puntos con resultados obtenidos en el campo de la psicología cognitiva. Por último, me referiré a su concordancia con los resultados de comparaciones internacionales. Es probable que no todos los lectores estén interesados en conocer estos detalles de las investigaciones, que se incluyen para efectos de documentación, y tal vez decidan pasar a revisar las conclusiones resumidas al final. Así pues, en primer lugar, analizaremos los estudios basados en el trabajo la sala de clases.

Estudios realizados en Nueva Zelandia

En una serie de estudios que relacionan los procesos con los resultados, efectuados entre 1970 y 1973, investigadores de la Universidad de Canterbury en Nueva Zelandia descubrieron que el tiempo dedicado a concentrarse en los contenidos y el volumen de contenidos enseñados eran factores más importantes que los métodos empleados para impartirlos. En el

[54] A. Pais, *"Subtle Is the Lord": The Science and Life of Albert Einstein* (Oxford: Oxford University Press, 1982).

caso de los alumnos de séptimo año no importaba si el profesor usaba el método de preguntas y respuestas, o bien optaba por la pura y simple exposición oral. Sin embargo, los estudiantes más jóvenes, por ejemplo los de tercer año, aprendían mejor con el método de preguntas y respuestas. Los investigadores descubrieron que las preguntas formuladas tenían que concentrarse en un tema específico, además de ser claras y fáciles de responder. Las altas expectativas y los elogios ocasionales eran más eficaces que la indiferencia o la falta de entusiasmo. Tanto si se recurría o no a la modalidad de la exposición oral o de las preguntas, la cuidadosa estructuración del contenido por parte del profesor, seguida de recapitulaciones, era el método de enseñanza más eficaz[55].

Estudios "de seguimiento"

Jane Stallings y sus colegas examinaron y evaluaron los resultados obtenidos en 108 cursos de primer año y en 58 de tercer año, en los que se aplicaban diferentes métodos pedagógicos. En los programas con un marcado énfasis académico, a diferencia de los que utilizaban el enfoque de la metodología en base a proyectos, se registraron los mayores progresos en cuanto a lectura y matemáticas. Brophy y Good resumen de la siguiente manera los resultados de Stallings: "Se detectó una correlación positiva entre el progreso escolar y casi cualquier método que se relacionara con la clásica modalidad expositiva en que el docente hace preguntas (particularmente preguntas directas, factuales, y no abiertas), luego los alumnos responden, y posteriormente el profesor formula sus observaciones". Al igual

[55] Los datos del estudio de Nueva Zelandia y de la mayoría de los demás estudios citados aquí fueron tomados de la excelente revisión realizada por Brophy y Good, quienes llevaron a cabo algunas de las investigaciones más significativas sobre métodos de enseñanza eficaces. Véase J. Brophy y T. L. Good, "Teacher Behavior and Student Achievement", en M. C. Wittrock (editor), *Handbook of Research on Teaching*, tercera edición (Nueva York: Macmillan, 1986), pp. 328-375. Parte de los trabajos realizados en Nueva Zelandia están descritos en G. Nuthall y J. Church en "Experimental Studies of Teaching Behavior", en G. Chanan (editor), *Towards a Science of Teaching* (Londres: National Foundation for Educational Research, 1973). La importancia de este tipo de investigaciones fue adecuadamente fundamentada por Gilbert T. Sewall en *Necessary Lessons: Decline and Renewal in American Schools* (Nueva York: The Free Press, 1983), especialmente en las páginas 131 a 133. Sewall cita resultados altamente similares obrenidos por el investigador británico Neville Bennett en N. Bennett, *Teaching Styles and Pupil Progress* (Cambridge, Massachussetts: Harvard University Press, 1976). Para una explicación de por qué los métodos progresivos como el aprendizaje por descubrimiento no han dado buenos resultados en la enseñanza de la ciencia, véase H. J. Walberg, "Improving School Science in Advanced and Developing Countries", *Review of Education Research*, 61 (1991), pp. 625-699.

que en los estudios de Nueva Zelandia, los alumnos que en la mayor parte de su tiempo eran instruidos u orientados por sus maestros obtenían resultados muy superiores que los estudiantes que realizaban proyectos o que debían aprender por sí solos[56].

Estudios de Brophy-Evertson

Entre 1973 y 1979, Brophy y sus colegas efectuaron una serie de estudios en los que primero determinaron que algunos profesores obtenían resultados constantemente positivos y otros constantemente negativos, a lo largo de los años. Observaron detenidamente el comportamiento de los profesores que obtenían resultados académicos positivos y de los que obtenían resultados negativos. Los docentes que consiguieron los mayores logros se habían concentrado en el aspecto académico y eran personas cordiales, pero formales. Los maestros que obtuvieron los logros más exiguos habían aplicado un enfoque "altamente afectivo" y se preocupaban más de la autoestima y del bienestar físico de los niños que del aspecto académico. Hacían hincapié en la cordialidad, utilizaban las ideas de los estudiantes, aplicaban un estilo democrático y fomentaban la interacción entre los alumnos. Los investigadores descubrieron, además, que el aprendizaje se desarrollaba mejor cuando los materiales eran de algún modo nuevos y estimulantes, pero a la vez podían incorporarse fácilmente a los conocimientos previos de los alumnos. El contraste más marcado no era entre las modalidades de instrucción académica sino entre la totalidad de dicha instrucción y el "aprendizaje por descubrimiento" y "centrado en el alumno", el cual era ineficaz. Paradójicamente, los alumnos se sentían más motivados y atraídos por la instrucción centrada en lo académico que por la enseñanza centrada en el alumno.

En 1982, Brophy y sus colegas resumieron algunos de sus más recientes hallazgos sobre la enseñanza eficaz de la lectura inicial. Los siguientes son los aspectos más destacados:

1. Concentración permanente en el contenido.
2. Todos los alumnos participan (predomina el método de instrucción dirigido a toda la clase).
3. Ritmo enérgico, con tareas suficientemente sencillas para que los alumnos tengan éxito al realizarlas.

[56] J. Stallings y D. Kasowitz, *Follow Through Classroom Evaluation, 1972-1973* (Stanford, California: Stanford Research Institute, 1974).

4. Los alumnos leen a menudo en voz alta y reciben los comentarios pertinentes.
5. Las aptitudes de decodificación se dominan hasta llegar al sobreaprendizaje (automatismo).
6. Con el paso del tiempo, cada niño solicita demostrar sus conocimientos y recibe inmediatamente un comentario desprovisto de juicio evaluativo[57].

Estudios de Good-Grouws

Por más de una década, Good y Grouws se dedicaron a realizar estudios de proceso-resultado que han respaldado las conclusiones de Brophy y Evertson. Su resumen de 1977 contenía las siguientes observaciones:

1. Los mejores profesores se expresaban con mayor claridad.
2. Introducían más conceptos nuevos y dedicaban menos tiempo al repaso.
3. Formulaban menos preguntas.
4. Sus observaciones a los alumnos eran rápidas y no evaluativas.
5. La mayor parte del tiempo empleaban la instrucción dirigida a toda la clase.
6. Eran exigentes e infundían grandes expectativas[58].

Los estudios de Gage

N. L. Gage y sus colegas de la Universidad de Stanford llevaron a cabo una serie de estudios de proceso-resultado entre los años sesenta y los ochenta. Sus resultados, que coinciden con los anteriores, se resumen en las siguientes recomendaciones para los profesores:

1. Presentar el material mediante un cuadro panorámico o una analogía.
2. Utilizar el repaso y la repetición.

---

[57] J. Brophy y C. Evertson, *Learning from Teaching: A Developmental Perspective* (Boston: Allyn and Bacon, 1976); L. Anderson, C. Evertson y J. Brophy, *Principles of Small-Group Instruction in Elementary Reading*, Occasional Paper Nº 58 (East Lansing, Michigan: Michigan State University, 1982).

[58] T. Good y D. Grouws: "Teacher Effects: A Process-Product Study in Fourth Grade Mathematics Classrooms", *Journal of Teacher Education*, 28 (1977), pp. 49-54.

3. Elogiar o repetir las respuestas de los alumnos.
4. Esperar las respuestas con paciencia.
5. Integrar las respuestas en la lección.
6. Asignar tareas que ofrezcan práctica y variedad.
7. Asegurarse de que las preguntas y las tareas sean novedosas y estimulantes, aunque lo suficientemente sencillas como para permitir que haya éxito tras haber realizado un esfuerzo razonable[59].

Otros estudios

En 1986, Rosenshine y Stevens hicieron una lista con otros cinco estudios "particularmente dignos de elogio" sobre métodos de enseñanza eficaces, en todos los cuales se obtenían resultados similares. El siguiente es el resumen de sus conclusiones:

1. Repasar los prerrequisitos del aprendizaje.
2. Comenzar con una breve exposición de los objetivos.
3. Introducir nuevo material en forma gradual.
4. Mantener una presentación clara y detallada.
5. Alcanzar un alto nivel de práctica activa.
6. Obtener respuestas y verificar la comprensión (VC).
7. Orientar en un inicio las actividades prácticas de los alumnos.
8. Formular observaciones en forma sistemática y continua.
9. Supervisar y entregar consejos específicos durante el trabajo individual[60].

El resumen Brophy-Good

En su recapitulación final de las investigaciones en esta área, Brophy y Good formulan un comentario que vale la pena citar textualmente. Ellos extraen dos conclusiones principales tras haber revisado todas estas investigaciones:

---

[59] N. Gage, *The Scientific Basis of the Art of Teaching* (Nueva York: Teachers College Press, 1978).

[60] B. Rosenshine y R. Stevens, "Teaching Functions", en M. C. Wittrock, *op cit.*, pp. 376-391.

> Una es que en el aprendizaje académico influye la cantidad de tiempo que los alumnos dedican a tareas académicas apropiadas. La segunda es que los estudiantes aprenden más eficazmente cuando sus profesores les estructuran primero la nueva información y les ayudan a relacionarla con los conocimientos que ya poseen, y luego supervisan sus resultados y formulan observaciones correctivas mientras se imparte la lección o durante actividades de ejercitación, práctica o aplicación [...] No hay atajos para lograr los objetivos del aprendizaje de nivel superior. El alumno no alcanzará esas metas con relativa facilidad mediante el aprendizaje por descubrimiento. Más bien se necesitará un largo período de instrucción impartida por el profesor, y será preciso dominar cabalmente las habilidades y los conocimientos básicos que deben integrarse y aplicarse para lograr un desempeño de "nivel superior". Para desarrollar las aptitudes y los conocimientos básicos, hasta alcanzar el nivel del desempeño automático y carente de errores, se requerirá un largo ciclo de ejercicios y práctica. De manera que estas últimas actividades no deberían ser menospreciadas como algo de "bajo nivel", ya que parecen ser igualmente fundamentales para un desempeño intelectual complejo y creativo como para la actuación de un violinista virtuoso[61].

Antes de pasar a analizar las correlaciones entre estos resultados y las investigaciones en la psicología cognitiva, me permitiré hacer una digresión para vincular estas conclusiones con la motivación de los alumnos. Si bien el sentido común pudo haber predicho la superioridad *académica* de la instrucción estructurada para toda la clase respecto de la instrucción centrada en el alumno, que se concentra menos en el aspecto académico, no se esperaba que estos estudios llegaran a demostrar la superioridad *motivacional* de la instrucción centrada en el contenido y no en el alumno. ¿Por qué la instrucción que se concentra en lo académico resulta más atractiva y motivante para los jóvenes que la instrucción centrada en el alumno?

No sé de ninguna investigación que explique este hallazgo, pero me atrevería a afirmar que la instrucción individualizada y centrada en el alumno debe de ser extremadamente aburrida para la mayoría de los estudiantes durante la mayor parte del tiempo, ya que por necesidad matemática comúnmente ellos reciben menor atención individualizada. También puede darse el caso de que el lento ritmo y progreso de la enseñanza menos estructurada no logre atraer y motivar a los alumnos. Un maestro debe ser extraordinariamente talentoso para saber con exactitud cómo interactuar en forma atractiva con cada niño en particular. Dada la fuerte motivación de los niños para aprender el mundo de los adultos, la mejor manera de cauti-

[61] J. Brophy y T. Good, *op. cit.*, p. 338.

varlos es mediante una presentación dramática, interactiva y clara, que en forma concomitante produzca en ellos la satisfacción que es inherente al dominio de una aptitud y les despierte interés por la materia.

Ya he explicado la base que tiene en la psicología cognitiva la conclusión de que a los alumnos se les debería enseñar aptitudes de procedimiento hasta llegar al "sobreaprendizaje". (Para un análisis de la estructura de las competencias necesarias en el mundo real, véase la sección 4.) "Sobreaprendizaje" es un término bastante desafortunado, ya que intuitivamente no parece una buena idea hacer cualquier cosa en forma exagerada. Pero el término significa simplemente que los alumnos deberían llegar a ser capaces de responder de manera correcta o de seguir el procedimiento adecuado en forma muy rápida y sin vacilación. A fuerza de práctica, ellos acaban por acostumbrarse de tal manera a un procedimiento que ya no tienen que pensar en él o esforzarse por realizarlo. Ello deja su memoria operativa, que es altamente limitada, libre para concentrarse en otros aspectos de la tarea que se está ejecutando. Las investigaciones citadas anteriormente sobre el trabajo en la sala de clases se limitaban a revelar que los profesores que aplicaban el principio del sobreaprendizaje obtenían resultados mucho mejores. La psicología cognitiva explica por qué. Por ejemplo, los alumnos que han llegado a dominar la técnica de identificación de palabras mediante la práctica estructurada de esa tarea de procedimiento están mucho mejor capacitados para comprender lo que están leyendo. Uno de los métodos más eficaces para llegar al sobre- aprendizaje en la identificación de palabras es el de la "lectura repetida": los alumnos leen una y otra vez un trozo escogido hasta que puedan hacerlo con fluidez. Las investigaciones demuestran que al emplear este procedimiento,

> los alumnos no sólo mostraron una mayor fluidez al leer cada pasaje, sino que además acusaron los efectos de una transferencia de aprendizaje, por cuanto la primera lectura de cada nuevo trozo resultó ser más rápida que las anteriores lecturas iniciales, y además disminuyó la cantidad de lecturas necesarias para cumplir con la norma deseada. *El hallazgo más importante fue que mejoró el nivel de comprensión*[62]. [El destacado es mío.]

La automatización de la identificación de palabras deja la mente libre para concentrarse en la comprensión. Esto es precisamente lo que nos llevarían a predecir los estudios sobre la memoria operativa en el marco de la psicología cognitiva.

---

[62] I. L. Beck, "Improving Practice Through Understanding Reading", en L. B. Resnick y L. E. Klopfer (editores), *op. cit.*, pp. 40-58.

Los estudios basados en el trabajo en la sala de clases también subrayaron la importancia de enseñar nuevos contenidos en forma de pequeños pasos escalonados. Lo anterior se explica asimismo por las limitaciones de la memoria operativa, ya que la mente puede manejar sólo un número reducido de nuevos conceptos a la vez. Un concepto nuevo tiene que llegar a incorporarse a los conocimientos previos antes de que la mente pueda darle significado, almacenarlo en la memoria y prestar atención a otras cosas. La nueva información no debe introducirse sino hasta que las respuestas de los alumnos indiquen que han logrado dominar con bastante soltura los conocimientos antiguos, aunque sin llegar al sobreaprendizaje, como en el caso de las aptitudes de procedimiento. Las investigaciones sobre la memoria a largo plazo demuestran por qué este método lento pero seguro de retroalimentación y de repaso es el más eficaz. "Una vez no basta" debería ser el lema de la memoria a largo plazo, aunque el repaso injustificado y la repetición tediosa *no* son técnicas adecuadas. Las investigaciones sobre el trabajo en la sala de clases citadas anteriormente indicaban que los mejores profesores no se dedican a repasar de manera incesante las materias. Los estudios sobre la memoria sugieren que el método más apropiado para retener la información en la memoria a largo plazo es el de la "práctica distribuida". Lo ideal es que en las lecciones se desarrolle un tema por espacio de varios días, y que las repeticiones tengan lugar a intervalos moderadamente distantes. Así, Bahrick señala que:

> A los alumnos se les enseñaron 50 pares de palabras en inglés y castellano y se repitió esta instrucción, con el mismo criterio, hasta siete veces. Ocho años más tarde se les sometió a una prueba para medir su nivel de memorización y reconocimiento. Las sesiones de reaprendizaje originales habían sido espaciadas a intervalos de treinta días y de un día, o bien se realizaban todas en un mismo día. Ocho años después los participantes que fueron ejercitados a intervalos de 30 días recordaban casi el doble de palabras en comparación con aquellos que se ejercitaron a intervalos de un día, y ambos grupos retuvieron más vocablos que los que se ejercitaron y reejercitaron en un mismo día.[63]

Se podría concluir que el repaso introducido con un intervalo de dos días es preferible a uno de un día. Esta característica del aprendizaje explica la importancia de mantener un ritmo pausado de instrucción, como lo demostraron todos los estudios basados en el trabajo en las salas de clases. Independientemente de cuáles sean las medidas prácticas escogidas para la

[63] H. P. Bahrick, "Extending the Life Span of Knowledge", en Penner y otros (editores), *op. cit.*, pp. 61-82.

enseñanza en el aula, el principio del repaso del contenido es absolutamente esencial para fijar este último en la memoria a largo plazo. Mientras no se produzca esa fijación, no puede afirmarse que el contenido ha sido aprehendido.

Que el hecho de recibir permanentemente comentarios de los alumnos resulta fundamental para una enseñanza eficaz, es una sólida conclusión a la que se llega en todos los estudios, la cual además se ve respaldada por las investigaciones sobre la memoria a corto y largo plazo. Dichos comentarios nos indican si la información ha sido asimilada con la suficiente seguridad para liberar la memoria a corto plazo (es decir la memoria operativa) y destinarla a nuevas tareas. Más aun, el proceso de participar en ejercicios de preguntas y respuestas y en otras prácticas de retroalimentación equivale a un repaso del contenido, lo cual también permite una memorización segura. Los buenos profesores parecen estar conscientes de esta doble función de la formulación de preguntas: esto es, monitoreo y repaso simultáneos.

Finalmente, la investigación sobre psicología cognitiva respalda la conclusión de que las clases deben iniciarse comúnmente con una revisión o una analogía que vincule el nuevo tema con los conocimientos que ya poseen los alumnos. Los estudios psicolingüísticos han demostrado que la comprensión verbal depende en gran medida de los conocimientos previos pertinentes de los alumnos, y particularmente de su capacidad para aplicarlos a una situación nueva[64]. Comprender de una manera "significativa", al parecer, equivale a asociar los nuevos conocimientos con lo que ya conocemos. Otros estudios psicolingüísticos han revelado que la comprensión mejora cuando las indicaciones se ofrecen al comienzo de un trozo escrito, señalándose el carácter y la orientación general del texto. Es preciso tener una idea del "todo" para predecir el carácter de las partes y la manera en que encajan unas con otras. Así como las indicaciones holísticas y genéricas son importantes para que el lector pueda comprender un pasaje escrito, ellas resultan igualmente esenciales para que el alumno comprenda lo que se le enseña en la sala de clases. Este principio psicolingüístico demuestra por qué una recapitulación al comienzo de la clase puede generar en los estudiantes la "disposición mental adecuada" para asimilar el nuevo material[65].

Esta pequeña serie de principios relativos a la memoria operativa, la memoria a largo plazo y las condiciones previas óptimas para un aprendizaje "significativo" explican la eficacia de casi todas las prácticas que según los estudios basados en el trabajo en la sala de clases resultaron ser provechosas. Su concordancia con lo afirmado por las principales corrientes

[64] R. J. Spiro, *op. cit.*; y Anderson y Shifrin, *op. cit.*

[65] J. D. Bransford y P. N. Johnson, *op. cit.*, pp. 717-726; R. J. Spiro, *op. cit.*

psicológicas fue advertida atinadamente por Rosenshine y Stevens cuando señalaron que la investigación sobre la psicología cognitiva

> ayuda a explicar por qué los alumnos a los que se les imparte un currículum estructurado obtienen generalmente mejores resultados que aquellos en cuya enseñanza se aplican enfoques más individualizados o basados en el aprendizaje por descubrimiento. También explica por qué los alumnos más jóvenes que reciben su instrucción de un profesor suelen realizar mayores progresos que los estudiantes de los cuales se espera que aprendan por su cuenta o mediante la instrucción recíproca. Cuando se espera que los niños más pequeños aprendan por sí solos, particularmente en las primeras etapas, se corre el riesgo de que los alumnos no presten atención a las indicaciones adecuadas, o no procesen aspectos importantes, o avancen a etapas posteriores sin contar con el grado suficiente de elaboración y práctica[66].

Pasaré ahora a analizar algunos datos obtenidos de estudios internacionales sobre la práctica en las salas de clases. La investigación más completa sobre la materia fue realizada por Harold Stevenson y varios de sus colegas en los Estados Unidos, China, Japón y Taiwán, quienes observaron 324 clases de matemáticas impartidas en Asia y en los Estados Unidos, divididas entre primero y quinto año. Cada aula fue estudiada a lo largo de más de 20 horas por observadores entrenados que tomaron una enorme cantidad de apuntes. Pocas dudas caben de la precisión de las conclusiones a las que se llegaron con respecto a la práctica en las aulas asiáticas y norteamericanas. Tampoco pueden cuestionarse las diferencias de rendimiento detectadas en el área matemática entre las aulas asiáticas y las estadounidenses. En los estudios comparativos a nivel internacional sobre el rendimiento en el área matemática en naciones desarrolladas, los países asiáticos ocupan los primeros lugares y los Estados Unidos el último. En consecuencia, esta investigación internacional realizada por Stevenson y sus colegas puede interpretarse como un estudio en gran escala de proceso-resultado, en el cual se describen en forma acabada y precisa los diferentes procesos que tienen lugar en el aula y que arrojan resultados asombrosamente distintos.

El método pedagógico usado en la sala de clases no es ciertamente el único factor que ha motivado esta enorme disparidad en los resultados. Los adultos chinos y japoneses asignan gran valor a las matemáticas, han recibido una adecuada formación en la materia y son capaces de enseñarles matemáticas a sus hijos fuera del colegio. No obstante, el método que se

[66] B. Rosenshine y R. Stevens, *op. cit.*

emplea en el aula es un factor sumamente importante para determinar dichos resultados. (En su libro *The Learning Gap*, Stevenson y Stigler refutan el argumento que sostiene que nuestros resultados inferiores en la sala de clases obedecen a nuestra mayor "diversidad"[67].) Si se tiene en cuenta el contraste entre los resultados, no sorprende que las actividades que normalmente tienen lugar en las aulas asiáticas se guíen por los eficaces principios pedagógicos derivados de estudios estadounidenses en pequeña escala y de la psicología cognitiva. Por el contrario, las actividades que comúnmente se realizan en las salas de clases estadounidenses son las opuestas a las que recomiendan los resultados de dichas investigaciones. Sin embargo, para que no parezca que estos contrastes descalifican a *todos* los profesores estadounidenses, debe recordarse que fueron eminentes maestros norteamericanos los que determinaron por primera vez los resultados de las investigaciones sobre principios pedagógicos eficaces. Desgraciadamente, como lo demuestran los estudios comparativos, esa pedagogía superior de ninguna manera tiende a aplicarse en los Estados Unidos.

Para ilustrar la concordancia entre los estudios en pequeña escala y los estudios internacionales, primero resumiré los resultados de investigaciones en pequeña escala en cada categoría, y luego las conclusiones correspondientes a los estudios internacionales.

Atmósfera social

Estudios intranacionales en pequeña escala: En las mejores aulas la atmósfera social es cálida y estimulante, pero al mismo tiempo formal, por lo que incita a concentrarse en el trabajo por realizar. En contraste, en las salas de clases con el rendimiento más bajo el clima es "marcadamente afectivo", con una alta dosis de elogios verbales y de comentarios positivos para reforzar la autoestima. En las mejores clases el profesor es respetuoso con los estudiantes, pero exige mucha disciplina, lo mismo que un trabajo arduo. En las peores, la atmósfera era menos ordenada y menos disciplinada.

Estudios internacionales: La forma de evaluación utilizada con más frecuencia por los profesores estadounidenses es el elogio, una técnica rara vez empleada en Taiwán o en Japón. La alabanza pone fin a las discusiones y resalta la función del profesor como autoridad. Además alienta a los

[67] H. Stevenson y J. Stigler, *The Learning Gap. Why Our Schools Are Failing and What We can Learn from Japanese and Chinese Education* (Nueva York: Summit Books, 1992), pp. 196-198.

estudiantes para que se sientan satisfechos con su rendimiento y no les informa sobre los aspectos que deben mejorar. Los docentes chinos y japoneses poseen un bajo nivel de tolerancia a los errores, y cuando éstos se cometen rara vez los pasan por alto. El análisis de los errores ayuda a aclarar los malentendidos, fomenta la discusión y la fundamentación y compromete a los alumnos en una tarea de indagación apasionante que consiste en evaluar las ventajas y desventajas de las distintas soluciones que se han propuesto como alternativas[68].

Orientación inicial

Estudios intranacionales en pequeña escala: El profesor revisa en primer lugar los conocimientos previos necesarios para el nuevo aprendizaje y orienta a la clase hacia lo que ya está almacenado en la mente. Un método adecuado consiste en presentar el material con una visión general o con una analogía que permita vincularlo con los conocimientos previos, y exponer brevemente los objetivos para la clase del día.

Estudios internacionales: El maestro asiático se para en frente de la clase como señal de que la lección está próxima a iniciarse. Los alumnos callan. "Comencemos", dice el profesor en un aula de la ciudad japonesa de Sendai. Tras un breve intercambio de reverencias entre los discípulos y el profesor, éste empieza por describir lo que se realizará durante la clase. Desde ese momento, y hasta que el docente resume la lección del día y anuncia que "hemos terminado", la clase de educación primaria japonesa —al igual que en Taiwán y en China— consiste en un trabajo conjunto entre el profesor y los alumnos para alcanzar los objetivos descritos al comienzo de la clase. Esta escena contrasta con la situación observada en una sala de clases de matemáticas estadounidense de quinto año que visitamos no hace mucho. Inmediatamente después de lograr atraer la atención de los alumnos el profesor señaló que ese día era martes, "día de la banda", y que todos los estudiantes que tocaban en ella debían dirigirse a la sala correspondiente. "Aquellos que hoy están encargados del informe noticioso deberán reunirse allí en ese rincón", continuó. Luego dio inicio a la clase de matemáticas con el resto de los alumnos, revisando la solución a un problema de computación que había sido incluido en la tarea del día anterior. Tras esta breve revisión, el maestro dirigió la atención de los alumnos hacia el pizarrón,

[68] Ibídem, p. 191.

donde se había escrito el ejercicio para ese día. El profesor ocupó la mayoría del tiempo restante paseándose por la sala, supervisando el trabajo de los alumnos y conversando personalmente con algunos niños para responder preguntas o aclarar errores, y dejando escapar un "shh" cada vez que los alumnos comenzaban a hablar entre sí. Se trata de un ejemplo típico[69].

Ritmo

Estudios intranacionales en pequeña escala: Los mejores profesores introducen nuevos materiales en etapas breves, escalonadas y fáciles de dominar, fijando un ritmo pausado, pero enérgico, sin avanzar mientras los estudiantes no hayan demostrado que han comprendido la materia. Los mejores resultados los obtienen los docentes que introducen progresivamente nuevos conceptos, cifran grandes expectativas y repasan los contenidos, pero que no incurren en un "repaso incesante".

Estudios internacionales: El ritmo es lento, pero los resultados son impresionantes. Los docentes japoneses pretenden que sus alumnos sean reflexivos y lleguen a comprender profundamente las matemáticas. Cada concepto y cada aptitud se imparte en forma exhaustiva, con lo que se evita la necesidad de volver a enseñar una noción más adelante. El hecho de que se traten sólo algunos problemas no significa que la lección acabe por carecer de contenido. En los Estados Unidos los planificadores de currículums, los editores de textos de estudio y los propios profesores parecen creer que los alumnos aprenden más eficazmente si resuelven una gran cantidad de problemas y no si concentran su atención sólo en unos pocos[70].

Claridad

Estudios intranacionales en pequeña escala: Los profesores más eficientes no sólo se expresaban con mayor claridad, sino que además se concentraban más intensamente en el objetivo relacionado con contenidos o aptitudes, formulaban preguntas —aunque menos— y mantenían el foco de interés al incorporar continuamente las respuestas de los alumnos a la lección. Una herramienta muy útil que contribuía a la claridad en la presen-

[69] Ibídem, p. 174.
[70] Ibídem, p. 194.

tación era una recapitulación al final de la clase, en que se indicaba hacia dónde se encaminaba la lección y qué objetivos se habían cumplido.

Estudios internacionales: Las interrupciones fuera de lugar generalmente dificultan aun más la capacidad de los niños para percibir las lecciones como un todo coherente. De acuerdo con lo detectado en los Estados Unidos, el profesor interrumpía el curso normal de la lección con comentarios improcedentes, o bien la clase era perturbada por otra persona en el 20% de todas las lecciones de primer año y en el 47% de todas las lecciones de quinto año. En Sendai, Taipei y Beijing, las interrupciones ocurrían en menos del 10% de la hora de clase en ambos niveles. La coherencia también se ve trastornada por frecuentes cambios de un tema a otro en el contexto de una misma lección. En el 21% de los casos, los cambios dentro de las lecciones estadounidenses se dirigían hacia temas distintos (y no hacia materiales o actividades diferentes), en comparación con sólo 5% de los casos en las lecciones japonesas. Antes de finalizar la lección, el profesor asiático repasa los conocimientos que se han adquirido y los vincula con el problema que ha planteado al iniciar la lección. Resulta mucho menos probable que los maestros norteamericanos concluyan la lección de esta manera. Por ejemplo, descubrimos que, en comparación con sus colegas de Chicago, en Beijing los profesores de quinto año dedicaban un tiempo ocho veces mayor a recapitular los contenidos de las lecciones al final de la clase[71].

Conducción y monitoreo

Estudios intranacionales en pequeña escala: La enseñanza más eficaz ha demostrado ser aquella en la que la instrucción dirigida a toda la clase se usa la mayor parte del tiempo. El profesor obtiene respuestas y verifica el nivel de comprensión de cada alumno, asegurándose de que cada niño reciba algún comentario —de manera frecuente aunque no incesante— y de que todo el curso participe. El docente espera pacientemente las respuestas de los alumnos. A menudo éstas se repiten para que las escuche toda la clase. Muchos profesores eficientes utilizan en forma constructiva y no evaluativa los errores de los estudiantes, tratando de determinar cómo se cometieron. Los niños se sienten más comprometidos y motivados en este ambiente de enseñanza que en aquellos que se centran en el alumno.

---

[71] Ibídem, pp. 179, 181-182.

Estudios internacionales: Los profesores chinos y japoneses recurren a los alumnos para generar ideas y para determinar si son o no apropiadas. Los estudiantes asiáticos se mantienen alerta ante la posibilidad de que se les pida exponer su propia solución, pero esta técnica cumple otras dos importantes funciones. En primer lugar, involucra a los alumnos en la lección, aumentando su motivación al hacerlos sentirse partícipes de un proceso colectivo. En segundo lugar, entrega una impresión más realista de la manera en que se adquieren los conocimientos. Es mucho más difícil que los profesores norteamericanos ofrezcan a los alumnos la oportunidad de responder en forma tan detallada. Aun cuando en las aulas estadounidenses parece observarse un alto grado de interacción —donde tanto alumnos como profesores formulan y responden preguntas—, los maestros norteamericanos generalmente formulan preguntas que pueden contestarse con un "sí" o un "no", o bien con una frase corta. Tratan de obtener una respuesta correcta y continúan interrogando a los alumnos hasta que uno la proporcione[72].

Ejercicios y práctica

Estudios intranacionales en pequeña escala: Se exigen dos tipos de práctica, correspondientes a dos objetos de aprendizaje: contenido y aptitudes. Con respecto al contenido, se analizan y repasan nuevos conceptos hasta que queden firmemente retenidos en la memoria. Las aptitudes de procedimiento se dominan hasta llegar al sobreaprendizaje (automatización). La práctica dirigida debería formar parte de la instrucción dirigida a toda la clase antes de que se realice el trabajo en el asiento. Este trabajo en el asiento generalmente funciona mejor en grupos pequeños que en forma individual, pero se emplea en forma bastante moderada tanto para la enseñanza de contenidos como de aptitudes. Durante el trabajo en el asiento se proporciona supervisión y se formulan comentarios.

Estudios internacionales: Cuando los niños deben trabajar por su cuenta durante períodos prolongados, sin contar con la orientación o las reacciones del profesor, comienzan a perder la concentración en el propósito de su actividad. Los profesores asiáticos asignan menos trabajo en el asiento que sus colegas estadounidenses; además, ellos lo emplean de manera distinta. Los maestros asiáticos tienden a usar períodos cortos y fre-

[72] Ibídem, p. 190.

cuentes de trabajo en el asiento, alternándolos con el análisis de los problemas y permitiendo que los niños los resuelvan por sí solos. Cuando el trabajo en el asiento se inserta en la lección, la instrucción y la práctica se entrelazan firmemente hasta formar un todo coherente. Los maestros pueden medir en qué grado comprendieron los niños la sección anterior de la lección al observar cómo resuelven problemas prácticos. El hecho de entremezclar de esta manera el trabajo en el asiento con la instrucción le ayuda al profesor a determinar la velocidad a la que debe avanzar durante la lección. Los maestros estadounidenses, por otra parte, tienden a relegar el trabajo en el asiento a un solo período prolongado al final de la clase, donde se convierte en poco más que un período de práctica repetitiva. En Chicago el 50% de todas las lecciones de segundo año concluyeron con un período de trabajo en el asiento, en comparación con el 23% en Sendai y el 14% en Taipei. Los profesores norteamericanos no suelen conversar sobre el trabajo realizado, o su conexión con el objetivo de la lección, ni tampoco evalúan públicamente su exactitud. El trabajo individual en el asiento nunca fue evaluado o analizado durante el 48% de todas las lecciones estadounidenses de quinto año sometidas a observación, en contraste con menos de un 3% de las clases japonesas y un 6% de las clases en Taiwán[73].

Puesto que fueron principalmente las investigaciones sobre las clases eficaces *estadounidenses* las que, en los estudios en pequeña escala, permitieron determinar originalmente estos criterios de enseñanza eficaz, la primera pregunta que viene a la mente es: ¿por qué los maestros norteamericanos contravienen de manera tan sistemática los resultados de las investigaciones estadounidenses, mientras que los profesores asiáticos siguen sistemáticamente sus postulados? En un importante estudio sobre la eficacia de las clases, cuyos resultados fueron igualmente desconcertantes, W. James Popham, profesor de educación de la UCLA, declaró lo siguiente acerca de los docentes norteamericanos:

> *Rara vez es posible encontrar un profesor que, antes de enseñar, establezca objetivos de instrucción claramente definidos en función del comportamiento del alumno y luego se dedique a alcanzar dichos objetivos [...] Para que lo anterior no parezca un ataque gratuito contra la profesión docente, debería señalarse que hay pocos motivos para esperar que los profesores [estadounidenses] demuestren gran destreza en lograr objetivos.* Por cierto que no han sido capacitados para esta tarea, pues las instituciones de formación pe-

[73] Ibídem, p. 183.

> dagógica casi nunca fomentan este tipo de competencia. Tampoco se le asigna mayor importancia a esa aptitud didáctica después de que el maestro concluye sus estudios pedagógicos. [El destacado es mío.][74]

Lo que precisamente Horace Mann instaba a hacer a los institutos pedagógicos y que toda la opinión pública estadounidense supone que están haciendo —impartir una pedagogía eficaz—, es un ámbito de la capacitación que, de acuerdo con observadores partidarios y detractores, ha sido abordado muy someramente en nuestras escuelas de educación[75]. Por el contrario, es la teoría, y para colmo teoría altamente discutible, lo que recibe mayor atención en los cursos de estos establecimientos pedagógicos. Esta situación debería exponerse en términos incluso más enfáticos: nuestros institutos pedagógicos no sólo se niegan a poner mayor énfasis en la eficacia de la clase en sus aspectos básicos, sino que además promueven ideas que en realidad se contraponen a lo que sugieren las investigaciones coincidentes sobre los profesores eficaces. En la sección 1 cité los tipos de argumentos que escuchan los profesores con respecto a la práctica en la sala de clases. Sería instructivo recordar ahora esas opiniones, extractadas del libro *Best Practice*, publicado en 1993:

> En casi todas las asignaturas escolares disponemos ahora de recientes resúmenes informativos, metaanálisis de investigación didáctica, boletines de clases piloto y series de referencia con recomendaciones profesionales. Hoy en día hay una mejor definición unánime de Práctica Óptima de la pedagogía en todas las áreas críticas [...] Ya sea que las recomendaciones provengan del National Council of Teachers of Mathematics, del Center for the Study of Reading, del National Writing Project, del National Council for the Social Studies, de la American Association for the Advancement of Science, del National Council of Teachers of English, de la National Association for the Education of Young Children, o de la International Reading Association, las percepciones fundamentales sobre la enseñanza y el aprendizaje son extraordinariamente coincidentes. En efecto, las recomendaciones emanadas de estas diversas organizaciones son unánimes con respecto a muchos aspectos clave[76].

---

[74] W. Popham, "Performance Tests of Teaching Proficiency: Rationale, Development, and Validation", *American Education Research Journal*, 8, pp. 105-117.

[75] G. Clifford y J. Guthrie, *Ed School: A Brief for Professional Education* (Chicago: University of Chicago Press, 1988); R. Kramer, *Ed School Follies: The Miseducation of America's Teachers* (Nueva York: The Free Press, 1991).

[76] S. Zemelman, A. Daniels y A. Hyde, *op. cit*., pp. 4-5.

Luego, como seguramente recordará el lector, en el libro se enumeran 25 recomendaciones de "MÁS" o "MENOS", en las cuales coinciden todas estas entidades. Entre ellas podemos citar las siguientes:

MENOS instrucción dirigida a toda la clase.
MENOS pasividad del alumno, es decir, que no se limite a sentarse, escuchar y recibir información.
MENOS intentos de los profesores por cubrir una gran cantidad de material.
MENOS aprendizaje memorístico de hechos y detalles.
MENOS énfasis en la competitividad y notas.

MÁS aprendizaje empírico, inductivo y práctico.
MAS aprendizaje activo, con el consiguiente ruido productivo de los alumnos cuando hacen cosas, conversan y colaboran.
MÁS estudios a fondo sobre un menor número de temas.
MÁS responsabilidad transferida a los estudiantes en la realización de su trabajo: fijación de metas, mantención de registros, monitoreo, evaluación.
MÁS opciones para los alumnos; por ejemplo, escoger sus propios libros, etc.
MÁS atención a las necesidades afectivas y a los diferentes estilos cognitivos de los alumnos.
MÁS actividades cooperativas y de colaboración[77].

Los autores elogian el actual consenso en torno a estos principios "centrados en el niño" por ser "progresivos, apropiados para la etapa de desarrollo, basados en la investigación y eminentemente enseñables". Aun así, estas aseveraciones "no se basan en investigaciones" en la forma sugerida por los autores. Muy por el contrario. Ningún estudio sobre el aprendizaje del niño, dentro de las principales corrientes científicas, respalda estas generalizaciones. Con respecto al aprendizaje eficaz, las investigaciones concuerdan en que esas recomendaciones constituyen la peor y no la "mejor práctica".

Esta inversión de la realidad propia de "Alicia en el país de las maravillas" ha ocurrido en gran medida por efecto de un mecanismo retórico que he denominado "polarización prematura". El aprendizaje por descubrimiento es tildado de "progresivo" y la instrucción dirigida a toda la clase es calificada de "tradicional". Según esos descriptores, se supone que una modalidad es activa y atractiva, y la otra pasiva y aburrida; una sería

[77] Ibídem.

holística e indirecta y la otra progresiva y directa. Como resultado de esa polarización terminológica, la expresión "instrucción directa", que es la modalidad propugnada por diversos profesores y especialistas en educación, ha sido duramente criticada por los antitradicionalistas. Con todo, la distinción entre instrucción directa e indirecta constituye una desafortunada simplificación de algunas cuestiones complejas. Por ejemplo, ella pasa por alto los diferentes requisitos pedagógicos para el aprendizaje de procedimientos y el aprendizaje de contenidos, y de ese modo desestima los diferentes énfasis pedagógicos necesarios en las diversas edades y etapas del aprendizaje. Para que el aprendizaje de procedimientos sea eficaz se requiere llegar al "sobreaprendizaje", y por ende se necesita un largo proceso de práctica. El aprendizaje de contenidos es receptivo a una diversidad de métodos que se acomodan a los conocimientos previos, hábitos e intereses de los alumnos.

Lo que demuestran con mucha claridad los datos internacionales es que el aprendizaje tanto de procedimientos como de contenidos resulta más eficaz en un ambiente focalizado en el que se haga especial hincapié en la instrucción dirigida a toda la clase, pero con intervalos de trabajo individual o en pequeños grupos. No obstante, dentro de ese contexto focalizado hay muy buenos caminos que conducen a Roma. Las observaciones del trabajo en la sala de clases realizadas por Stevenson y sus colegas arrojan luz sobre la antigua sabiduría según la cual hay que integrar los métodos tanto directos como indirectos, incluidos el aprendizaje por indagación —en el cual se insta a los alumnos a pensar por sí mismos— y la entrega directa de información —que a veces resulta ser el modo más eficaz y eficiente de adquirir conocimientos y desarrollar aptitudes. Una combinación entre mostrar y narrar, sin omitir ninguna de estas alternativas, constituye por lo general el enfoque más eficaz en la enseñanza, lo mismo que en el lenguaje escrito y oral.

El único principio de alcance verdaderamente general que parece desprenderse de las investigaciones de proceso-resultado sobre pedagogía es que la instrucción focalizada y dirigida resulta mucho más eficaz que la instrucción naturalista y basada en el descubrimiento, en la que se aprende al propio ritmo. Ahora bien, todo es válido en el contexto de la instrucción focalizada y dirigida, de modo que aquello que da óptimos resultados en un grupo de alumnos puede no dar los mismos frutos en otro grupo con un bagaje similar de conocimientos que estudie en el mismo recinto. Los métodos deben variar significativamente en distintos grupos etáreos. En el contexto general de la instrucción focalizada y dirigida, mi propia preferencia general —adoptada por buenos profesores en muchos países— es por lo

que podría llamarse "instrucción dramatizada". El período de clases puede estructurarse como una pequeña obra dramática con una introducción, un nudo y un desenlace, dirigida en forma acertada por el profesor, quien utiliza un libreto escrito sin rigidez. En la introducción se plantea la pregunta que debe ser respondida, los conocimientos que habrán de dominarse o la aptitud que tendrá que desarrollarse; el nudo consiste en un intenso intercambio de opiniones entre los alumnos y entre éstos y el profesor; y el desenlace consiste en una sensación de culminación y de realización.

La idea de enseñar a la manera de una obra de teatro o de una narración adquiere un alto grado de crédito debido a su concordancia con métodos probadamente eficaces de enseñanza en la sala de clases, y con una tradición antigua y también muy eficaz, particularmente en un área tan delicada como es la enseñanza de valores y virtudes unánimemente aceptados. ¿De qué modo podemos inculcar y moldear valores como el pensamiento independiente, la tolerancia, el respeto, la esperanza, la civilidad, la resistencia frente a la masa, y al mismo tiempo enseñar asignaturas y aptitudes tales como historia y ciencia, lectura y escritura? Desde Platón hasta Sir Philip Sidney, desde Robert Coles hasta Kieran Egan ha habido acuerdo general en que dramatizar, narrar o escenificar implícitamente las historias, tanto ficticias como reales, constituye un método de enseñanza acertado y seguro[78]. Especialmente en los primeros años de estudio, no debería desperdiciarse ninguna oportunidad para combinar la enseñanza de habilidades, que de por sí puede dramatizarse, con las narraciones en que se resaltan las virtudes y el conocimiento.

La narrativa o el drama focalizados se encuentran a medio camino entre el ejercicio puro y la práctica (que tiene su lugar) y la actividad no dirigida de la metodología en base a proyectos (que en ocasiones también puede tener un lugar). Sir Philip Sidney sostuvo (¡en 1583!) que los relatos son mejores maestros que la filosofía o la historia, pues la filosofía enseña por medio de tediosos preceptos (instrucción dirigida) y la historia enseña a través de ejemplos inciertos (la metodología en base a proyectos). En el relato, sin embargo, se aúnan el precepto y el ejemplo, por lo que al mismo tiempo enseña y deleita. En el siglo XVI Sidney afirmó a este respecto que:

> Así, pues, el filósofo y el historiador son aquellos que alcanzarían el objetivo, el uno mediante el precepto y el otro mediante el ejemplo. Pero, al no disponer de ambos a la vez, tanto el filósofo como el historiador cojean. Pues el filósofo [establece] con argumentos in-

[78] K. Egan, *Teaching as Story Telling: An Alternative Approach to Teaching and Curriculum in the Elementary School* (Chicago: University of Chicago Press, 1989).

> trincados la mera norma [...] Como el historiador necesita el precepto, su ejemplo no permite extraer ninguna conclusión esencial [...] Ahora bien, el poeta eximio practica ambas técnicas. Con un cuento a buen seguro llega hasta nosotros, con un cuento que logra que los niños dejen de jugar y se acerquen los ancianos que están sentados junto al rincón de la chimenea. Y sin aspirar a nada más, él se propone conquistar las mentes y lograr que la maldad se transforme en virtud[79].

En otra sección de su ensayo, Sidney aclara que la buena historia también puede constituir un buen relato en el que se combine el precepto con el ejemplo. La enseñanza del más alto nivel impartida en las aulas tiene un aire narrativo y dramático incluso cuando hay un alto grado de interacción de los alumnos con el maestro: cuenta con un tema definido, con una introducción, un nudo y una conclusión. Este principio didáctico es aplicable incluso a las matemáticas y la ciencia. Cuando en cada lección hay un argumento adecuadamente desarrollado, del cual los propios niños son partícipes, la enseñanza es a la vez focalizada y cautivante. Las investigaciones disponibles coinciden en recomendar este esquema, aunque de ninguna manera señalan que una secuencia acertada, la transformación en argumento y la dramatización de las actividades de aprendizaje constituyen la fórmula exclusiva o integral para una buena pedagogía. Para muchos tipos elementales de aprendizaje, la práctica repetida debe formar parte de la trama.

El hecho de que las recientes investigaciones psicológicas hayan proporcionado una percepción más clara que confirma lo sostenido por Platón y Sidney sobre los relatos, probablemente debería aumentar, y no disminuir, nuestra confianza en los resultados de estos últimos estudios. La educación es tan antigua como la humanidad. La afirmación extrema según la cual la tecnología y la era de la información han modificado radicalmente la naturaleza de la educación de los niños más pequeños carece, como la mayoría de las afirmaciones extremas en el área de la educación, del respaldo de especialistas en la materia. Tampoco deberían sorprendernos los estudios recientes cuando demuestran que un enfoque naturalista, el cual carece de una clara línea argumental y de un foco de atención definido, adolece del defecto que Sidney observó en la historia como maestra de la humanidad: “no permite extraer ninguna conclusión esencial”. El aprendizaje por descubrimiento ocupa *efectivamente* un lugar modesto, lo mismo que el ejercicio y la práctica. Pero las investigaciones indican que,

[79] P. Sidney, *An Apology for Poetry*.

la mayoría de las veces, la enseñanza claramente focalizada y con un argumento adecuado constituye el mejor medio para "[lograr] que los niños dejen de jugar y se acerquen los ancianos que están sentados junto al rincón de la chimenea". □

CONVERSACIÓN CON ROBERT E. LUCAS, JR *

A continuación se presenta la conversación que Robert E. Lucas, Jr. (Premio Nobel de Economía, 1995) sostuvo en su reciente visita a Chile, invitado por el Centro de Estudios Públicos, con un grupo de investigadores asociados al CEP. En el encuentro, que se efectuó el 27 de septiembre de 1996, participaron Arturo Fontaine Talavera (Director del CEP), Harald Beyer, Juan Andrés Fontaine, Francisco Rosende y Rodrigo Vergara. La entrevista giró alrededor de tres tópicos centrales, poniéndose especial énfasis en las implicancias prácticas de cada uno de ellos. Primero se abordó el tema de la teoría de las expectativas racionales y el ciclo económico. Posteriormente se conversó sobre la teoría del crecimiento económico y, finalmente, acerca del estudio de la economía en la actualidad, en especial la discusión sobre la investigación empírica *versus* el desarrollo de modelos matemáticos y, vinculado a esto, sobre la llamada "Escuela de Chicago".

Expectativas racionales y ciclo económico

—*En su conferencia de 1995, con motivo de la recepción del Premio Nobel, usted se refirió a su teoría sobre el ciclo económico* (misperceptions theory of business cycles). *Transcurridos treinta años desde que usted desarrolló esa teoría, ¿cree que la evidencia la apoya?*

* Transcripción traducida al castellano por revista *Estudios Públicos.*

En este volumen, asimismo, se publican los artículos "¿En que está la teoría económica? Reflexiones tras la visita a Chile de Robert E. Lucas, Jr.", de Francisco Rosende R. y "Lucas y el crecimiento económico", de Rodrigo Vergara.

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

—No fue mi intención en esa ocasión resucitar dicha teoría, pero creí que debía mencionarla, ya que fue por ella que los suecos me otorgaron el premio. Lo que intenté resucitar un poco en esa conferencia fueron teorías en las que por una u otra razón el sistema real responde en forma no neutra a los cambios monetarios. En los años 70 yo tenía una idea demasiado rígida de las diferencias entre las diversas teorías propuestas para explicar esa no neutralidad. Hoy en día, si comparo mi modelo con el de Phelps o el de Taylor, me parece que son bastante parecidos. Pero ¿qué ha ocurrido con esas teorías a través del tiempo? Lo que en mi opinión ha sobrevivido, y que ha sido en extremo influyente, es la distinción entre el dinero anticipado y no anticipado. Esa diferenciación no cumplía ninguna función en las teorías keynesianas, ni siquiera en las monetaristas, en las que me eduqué. De alguna manera nosotros pusimos esa distinción en el centro del debate. Quizás no acertamos ciento por ciento; sin embargo, esa diferenciación continúa vigente, es de fácil aplicación y creo que ha elevado, a todo nivel, la discusión sobre la política monetaria. Un bonito ejemplo, a mi juicio, es al análisis de Sargent acerca del término de varias hiperinflaciones. Al utilizar el principio de que los movimientos monetarios anticipados provocarán efectos muy diferentes de los no anticipados, se puede distinguir lo que es importante para una desinflación de lo que no lo es. El trabajo de Sargent ha tenido una gran influencia por lo que, a mi entender, son las razones correctas. Sin embargo, hoy nadie está construyendo teoría a base de mi modelo de 1972. Éste no se encuentra ahora en la frontera de la investigación, ¡ni tampoco pretendí colocarlo ahí nuevamente mediante mi alocución Nobel!

—En la charla que ofreció esta mañana aquí en el CEP, usted señaló que ha abandonado esa línea de investigación debido a que no tiene ideas nuevas para confirmarla. Sin embargo, hay quienes como Robert Barro, por ejemplo, han seguido la misma línea de pensamiento en algún momento y después la han abandonado porque simplemente se decepcionaron de ella, llegando a la conclusión de que el mundo no funciona así. Es decir, sabemos que la gente "ve" el dinero, por lo tanto no es muy claro que se sorprendan por su incremento; lo mismo sucede con los precios.

—No, no... Eso es algo diferente. Uno puede sorprenderse por algo que ve, pero no por algo que anticipa

—Lo que usted está planteando, creo, es más bien el problema de la credibilidad y no de si el cambio es anticipado o no. El trabajo de Sargent enfatiza la credibilidad y no si el cambio es anticipado o no.

— Yo traté de construir el fenómeno de la rigidez a corto plazo a partir de la falta de información corriente; sin embargo, el modelo de Taylor

supone personas que suscriben contratos en precios nominales y que no pueden responder en forma inmediata a los cambios del dinero. Por otra parte, el modelo de "costos de menú" de Mankiw sí permite que las personas respondan a los cambios en el dinero, aun cuando tienen que pagar un precio por hacerlo. Por lo tanto, a mi juicio, todas estas teorías van capturando aspectos verdaderos e importantes acerca de las economías monetarias y todas se parecen de alguna manera entre sí. Además, todas ponen la distinción entre el *shock* anticipado y el no anticipado en el centro del análisis. Ahora bien, quienes no creen que la estabilidad monetaria sea importante —lo que ahora incluye a Barro y a Ed Prescott, además de a otros buenos economistas— no tienen mucho interés en este punto; sin embargo, yo no concuerdo con ellos y sí estoy interesado en ello.

—Entonces no se trata de la anticipación o no anticipación, sino de la información y su disponibilidad...

—Es cierto que ambos temas pueden estar relacionados entre sí, pero mi convicción en la importancia de la inestabilidad monetaria se basa en la gran depresión y, fundamentalmente, en la evidencia recopilada por Friedman y Schwartz [1]. Por lo tanto, no se basa en una teoría. Lo que ahora quiero es encontrar modelos teóricos que permitan comprender mejor cómo se transmite dicha inestabilidad.

La base inicial de mi punto de vista es empírica y las eventuales discrepancias con algún modelo teórico específico no lo van a modificar. Si tengo problemas con algún modelo teórico específico, simplemente busco otro alternativo.

—Con referencia al mismo tema del ciclo económico, un aspecto que aparece a menudo en las teorías monetarias del ciclo económico es el supuesto de que los precios se comportan en forma pro cíclica. La evidencia proporcionada recientemente por Kydland y Prescott no apoya este supuesto, ya que ellos detectan un comportamiento no cíclico en los precios. ¿Qué opina usted al respecto?

—Kydland y Prescott han procesado los precios mediante un complicado tipo de filtro; la manera en que ellos utilizan la expresión "precios pro cíclicos" no tiene nada que ver con el significado con que la utiliza cualquier otra persona. No me imagino por qué alguien quisiera meter una serie nominal por un filtro de Kydland y Prescott. El propósito de un filtro es suavizar las series reales. Supongo que lo que están tratando de decir es

[1] A propósito de este tema, véase Robert E. Lucas, "Revisión de la *Historia monetaria*, de Milton Friedman y Anna J. Scwartz", *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995).

que las curvas empíricas de Phillips han dejado de funcionar, en cuyo caso habría sido mejor decir sólo eso...

—Para agregar algo al respecto, recuerdo que su opinión de la distinción entre los efectos de los shocks *reales y los de los monetarios se basa mucho en que la covarianza entre los precios y el producto es negativa en un caso y positiva en el otro. Es decir, en los ciclos económicos reales, la covarianza sería negativa. ¿Sigue usted visualizando las cosas más o menos de esa misma manera, a pesar de toda la evidencia y estudios realizados que defienden las fluctuaciones reales como causa principal de los ciclos?*

—Quisiera distinguir entre evidencia y estudios. Si cinco personas procesan la misma evidencia de manera más o menos igual, este hecho no le otorga a la evidencia cinco veces más peso que el que tendría si sólo la procesara una persona. Me gusta mucho el aporte metodológico que se desprende de los trabajos relacionados con las teorías reales de las fluctuaciones económicas. Además, mi pensamiento ha cambiado en este tema de las fluctuaciones económicas, porque nadie ha podido atribuir más que el 25%, aproximadamente, de la inestabilidad económica en los Estados Unidos, durante el período de la posguerra, a la inestabilidad monetaria. Supongo que muchos monetaristas como yo, aunque nunca lo manifestamos abiertamente, pensábamos que podríamos explicar todo en términos de *shocks* monetarios, pero mi punto de vista actual dista mucho de esa posición. Con todo, ésa es una aseveración sobre los Estados Unidos de posguerra, no acerca del potencial que tenga el mal funcionamiento monetario para perturbar una economía.

¿Cuánta culpa les cabe a los problemas monetarios en la inestabilidad real de Argentina durante la década de los años 80, o incluso en la inestabilidad real de los Estados Unidos durante los años 30? Todo depende del período. Si la política monetaria se lleva a cabo en buena forma, no debiera ser la causa de mucha variabilidad en el producto real. Por lo tanto, la respuesta a esa interrogante dependerá de cuál sea el período que se considera. En el caso particular de los Estados Unidos de posguerra, no parece posible que se les atribuya a las fuentes monetarias mucha culpa por la inestabilidad real. Además, distintas personas que han enfocado la evidencia desde una variedad de perspectivas parecen llegar, más o menos, a la misma conclusión.

—Quisiera hacerle una pregunta relacionada con la política monetaria. De acuerdo con el punto de vista de Henry Simons respecto de las instituciones monetarias, la estabilidad monetaria no sería factible sin una profunda reforma al sistema financiero en la dirección que él mismo propo-

ne. ¿Qué opina usted tanto del diagnóstico como de la propuesta de Simons para las instituciones monetarias?

—La línea contemporánea más acorde con el pensamiento de Simons es el concepto de "banca restringida" (*narrow banking*), que tiene muchos adeptos.

—¿Usted incluido...?

—Así es. Aquí la idea es diferenciar claramente la actividad bancaria de otras actividades de intermediación financiera y restringirla a algo parecido al manejo de reservas. No se trata de una restricción que implique mantener en efectivo el 100% de los depósitos, sino tener títulos que devenguen intereses, aunque dentro de una gama muy reducida. Creo que eso constituiría un acercamiento suficiente al plan de Simons.

—¿Podría usted ser un poco más específico en cuanto a las limitaciones que tiene en mente al hablar de "banca restringida"?

— Por ejemplo, en el estado donde yo vivo, Illinois, no pueden emitirse depósitos a la vista a menos que se acepte respaldarlos con alguno de estos dos tipos de activos: reservas y títulos del gobierno de los EE. UU. A su vez, se define cuánto de cada uno se debe tener. En esto consiste el *narrow banking.* Los bancos no pueden desarrollar ningún otro tipo de negocios: no pueden vender acciones, no pueden vender bonos.

No entiendo qué se pierde con este tipo de banca restringida, ya que no veo sinergia alguna. En cambio, lo que se gana es cierta claridad para los consumidores, normalmente ocupados y mal informados acerca de lo que está asegurado y de lo que no lo está. En los Estados Unidos ya tenemos problemas enormes para asegurar depósitos de varios tipos —algo que aún seguimos haciendo— y rescatar a los que han apostado y perdido.

—Aquellos que han argumentado en contra de este tipo de banca restringida han planteado el tema de las sinergias. Sin embargo, un sistema bancario como el que usted acaba de describir implicaría costos crecientes, así como una reducción en la eficiencia de la economía. Muchos de nosotros pensamos que hay una relación entre el desarrollo del sector financiero y el crecimiento. ¿Diría usted que la banca restringida puede impedir el desarrollo del sistema bancario en su conjunto?

—No veo por qué deba impedirlo. Por ejemplo, en los Estados Unidos se ha funcionado con la ley Glass-Steagall durante décadas, lo cual no ha sido obstáculo para la evolución de un sistema de intermediación altamente sofisticado.

—Pero muchos estiman que hay que derogarla...

—No necesariamente. A muchos banqueros les gustaría derogarla (risa general), pero yo no comparto esa opinión.

—Creo que el punto importante que subyace a la propuesta de Simons es que en la ausencia de su implementación podría resultar muy difícil lograr una demanda de dinero estable, lo que constituye un supuesto básico del monetarismo. ¿No cree usted que Simons puede tener razón en el sentido de que, dado el estado actual de evolución de las instituciones financieras, resulta bastante difícil alcanzar una demanda estable de dinero?

—Creo que la demanda de dinero en la economía estadounidense es razonablemente estable. ¿Por qué no consultar los datos?

—Sin embargo, hoy en día la mayor parte de la literatura parte del supuesto de que la demanda de dinero es inestable.

—¡Usted no quiere distinguir entre la evidencia y las aseveraciones! (Risa.) Gran parte de las fluctuaciones que se observan en la velocidad de M1 pueden explicarse por fluctuaciones de la tasa de interés, lo cual precisamente es coherente con la manera en que la velocidad debiera responder a las fluctuaciones en la tasa de interés.

— Por lo tanto ¿no cree que la estructura financiera constituye un problema para la demanda de dinero...?

—Podría serlo. Los cambios experimentados en la manera de hacer negocios inciden de algún modo en la demanda de dinero. Pero no creo que la estructura financiera sea tan importante como plantea la gente.

—La idea de Simons ha tenido algunas aplicaciones en nuestros países de Sudamérica, aun cuando no de una manera perfecta o completa. Hemos tenido alguna experiencia con altos requerimientos de reserva para depósitos a la vista. Con todo, lo que me preocupa un poco respecto de esa propuesta —y esto va ligado al tema de la estabilidad de la demanda de dinero— es que en una economía moderna, si esa entidad denominada "banco" tiene su comportamiento restringido a la manera de Simons, probablemente los otros actores financieros van a producir pasivos muy similares, pero asumiendo riesgos. Al fin y al cabo, el tema tiene algo de política: si muchos depositantes colocan dinero en fondos mutuos, por ejemplo, que tienen características similares a los depósitos, y se produce una crisis, no me sorprendería ver que el gobierno estadounidense salga al rescate de ellos.

—Por eso digo: tenemos que regular el sistema, prohibiendo que cualquiera que no sea un banco emita depósitos a la vista, o bien restringir su operación de alguna forma. Eso es lo que se necesita; de lo contrario, habrá que obligar a todas las instituciones que se llamen banco a hacer cosas que no les gustan, como mantener 100% de reservas y obligar a la gente, consecuentemente, a formar sociedades fiduciarias, o algo por el estilo... No

se puede hacer eso. Sin embargo, se cometen muchos fraudes en los sistemas bancarios de reservas fraccionales. La gente dice que aquí tenemos un título que paga bajo toda contingencia, cuando en realidad no lo hace. Podemos decir, *caveat emptor*; pero parece que hay cierto efecto de contagio en lo que a fallas bancarias se refiere. Si ellas juegan el rol que creo que juegan al precipitar depresiones y situaciones de este tipo, hay situaciones en las que yo no diría *caveat emptor,* ya que la imprudencia de uno al colocar su dinero en bancos insolventes va a producir externalidades que ocasionarán perjuicio a otros. Ése es el argumento; de lo contrario, supongo, habría que dejar que las personas coloquen su dinero donde quieran. En realidad, Simons no especifica esa parte. Su trabajo no contiene una argumentación rigurosa, a mi parecer.

—Usted dijo que la estabilidad de la demanda de dinero no era un tema importante, pero creo que sí lo es. Es decir, prácticamente no hay banco central en el mundo que emplee una política basada en metas para las agregados monetarios, y la razón es que creen, basándose en años de experiencia, que la demanda de dinero no es estable. Los alemanes dicen que usan tales metas, pero en realidad no lo hacen.

— Sabemos que en las series de tiempo las tasas de inflación, a largo plazo, dependerán del crecimiento real de la economía —lo que no tiene mucho que ver con la política monetaria— y de la tasa de crecimiento del dinero; por lo tanto, si hay equivocación respecto de la tasa de crecimiento del agregado monetario, habrá equivocación en cuanto a la tasa de inflación... Ahora miro al mundo por fuera y observo un grupo de banqueros centrales haciendo un estupendo trabajo al cumplir con metas inflacionarias a lo largo de períodos de diez años. Pero usted dice que ningún banco central basa su política en metas para los agregados monetarios. No logro entender, entonces, cómo siguen cumpliendo con estas metas inflacionarias año tras año: deben estar acertando con el agregado monetario.

—Usted está considerando el problema del plazo, y por supuesto que hay una correlación en el largo plazo... Yo me refería más bien a la política monetaria diaria.

—Entonces ¿cómo es que las tasas de interés producen la tasa de crecimiento monetario que resulta coherente con, digamos, bajas tasas de inflación? Eso es lo que no logro entender, y usted no me está ayudando en esta materia. Efectivamente, la política se implementa día a día, pero es así como se alcanza el largo plazo..., un día lleva a otro y de pronto estamos en el largo plazo.

—Mi hipótesis al respecto es que el sector privado entiende mejor las señales transmitidas mediante tasas de interés que a través de cambios

en el ritmo de crecimiento de la oferta monetaria. Por lo tanto, cuando los bancos centrales desean restringir la oferta monetaria, efectivamente lo que hacen es frenar la tasa de crecimiento de la oferta de dinero. Pero es muy importante cómo se anuncia y esto se puede hacer de dos maneras: puede anunciarse que se va a reducir la tasa de crecimiento de dinero en dos puntos, o bien se puede decir que van a subir las tasas de interés. Ahora, dado que los empresarios operan en el mercado de capitales y la información que suelen recibir les llega fundamentalmente a través de los precios, realizar la política mediante el instrumental de la tasa de interés me parece que es una mejor manera de transmitir la información que desea comunicar el banco central.

—Bien, déjeme tratar de reformular lo que usted está diciendo. Usted dice que la inflación está procediendo a un ritmo de dos puntos porcentuales superior a lo que se estima conveniente, por lo tanto se piensa reducir el ritmo de crecimiento de la base monetaria en dos puntos porcentuales. Se tiene una función de demanda de dinero que permite traducir esta disminución del crecimiento de la base en un alza de la tasa de interés, y esto no sólo le da la dirección de movimiento para la tasa de interés sino también la magnitud. Bueno, lo que se hace ahora es simplemente anunciar al público que se ha decidido subir las tasa de interés en esta magnitud. Si eso es todo, entonces todavía estamos dirigiendo los agregados monetarios, y los alemanes nos están diciendo la verdad.

—De acuerdo, la política monetaria (o tasa de interés) se está moviendo a lo largo de la curva de demanda. Si usted quiere describirlo de esa manera, está bien...

—Yo no sé si he descrito la realidad, pero sí el modelo que usted está usando. Quizás también sea éste el único modelo que tengo. Creo que quienes proponen el uso de tasas de interés para cumplir metas de inflación nos deben alguna teoría coherente que nos permita relacionar en forma cuantitativa los movimientos de las tasas de interés con las metas inflacionarias. Yo no niego que tal teoría exista, sino que la desconozco.

—Consideremos el caso de los alemanes, por ejemplo. Ellos han pasado de M1 a M3, ¿qué es lo que constituye, por lo tanto, la meta para la oferta monetaria? Yo sé que al fin y al cabo puede ser igual; sin embargo, hay que conducir la política en el corto plazo, en forma gradual, a través de las tasas de interés. A final, se *ve un alto grado de correlación entre ambos instrumentos.*

—Supongamos que las autoridades deciden subir la tasa de interés en medio punto porcentual, y nos dan sus razones. Yo digo, ¿por qué no la

subieron en diez puntos, por qué no cinco puntos? Es decir, ¿de dónde viene el medio punto? No tengo idea...

—El banco central va cambiando las tasas de interés de a poco, es decir, es un proceso de aprendizaje mediante la práctica, learning by doing.

—Eso sí tiene sus riesgos.

—Por lo menos la experiencia de los banqueros centrales —y la mayoría de los presentes hemos sido banqueros centrales— es que el medio punto se determina debido a su contenido informativo.

—Es decir, a partir de sus mercados financieros ustedes saben que la gente se verá impactada por medio punto.

—Efectivamente, y apuesto, por ejemplo, a que ahora la Federal Reserve estará dispuesta a apretar un poco, pero no quiere crear un impacto grande. Estará dispuesta a modificar la tasa en 25 puntos base, pero si ocurriera un shock*, al igual que a principios de 1994, subiría las tasas en 35 punto base. Por lo tanto, al fin y al cabo lo que está tratando de hacer es influir en el conjunto de información que la gente utiliza para formar sus expectativas, lo que en mi opinión tiene un alto grado de coherencia con la teoría de expectativas racionales.*

—Estoy de acuerdo... Lo que hace que el control de las tasas de interés sea atractivo es que todos pueden ver lo que se hizo. Sabemos que la Fed en el día a día puede fijar la Federal Funds Rate al nivel que quiera. Es verificable, en forma inmediata, por cualquiera que tenga un diario.

—Sin embargo, dado que usted dice que no existe una correlación exacta entre la tasa de interés y el crecimiento de la oferta monetaria, a pesar de su contenido informativo, ¿no se traducirá esto en una especie de profecía autocumplida, en el sentido de que se producirá un mayor número de ciclos debido a esta volatilidad en la tasa de crecimiento del dinero?

—Así es. Hay quienes han escrito al respecto, como Peter Howitt. Existe una retroalimentación de la inflación esperada. Por ejemplo, si hay preocupación por una eventual recesión, se inyecta dinero en la economía para forzar la baja de las tasas de interés. La oferta monetaria empieza a crecer, lo que provoca un aumento en las expectativas de inflación, tendiendo a forzar el alza de las tasas de interés. Por lo tanto, para compensar esto, se inyecta aún más dinero, lo que provoca aún más preocupación acerca de la inflación, para terminar en un proceso inestable caracterizado por una creciente expansión monetaria y de inflación.

—Siguiendo con el tema de los ciclos, aquí en Chile, y de alguna forma en el panorama internacional, independientemente de las causas de los ciclos —de si son shocks *reales o* shocks *monetarios o lo que sea—, el*

uso del instrumento en sí, la tasa de interés, en vez de controlar el stock *de dinero puede acentuar el ciclo, de modo independiente de su fuente. ¿Cuál es su opinión al respecto?*

—Estoy de acuerdo, aunque nos hemos desviado de los temas que creo que conozco hacia uno que me parece más interesante y que está ubicado en la frontera de la teoría monetaria. Y éste no es un tema que entendamos bien. Hace diez años habría dicho que quienes manipulan las tasas de interés son apenas malos teóricos monetarios; no obstante, el desempeño del sistema es muy bueno, de manera que ya no se puede sostener tal posición. Sin embargo, a la teoría le falta mucho todavía para ponerse a la par con la práctica, por lo menos en el caso de mi teoría. Usted está planteando dificultades en el uso de tasas de interés. Estoy de acuerdo en que hay dificultades, pero ¿por qué funciona con tanta eficacia?

—Me gustaría preguntarle si esto ha sido investigado o discutido en alguna medida, ya que quizás lo que podría explicar la discrepancia que se observa entre lo que todos creímos —que fijar metas para la tasa de interés era malo— y lo que sucede en la realidad —que no funciona tan mal— estriba en que ahora los bancos centrales intentan focalizar tasas de interés reales, no nominales, mientras que gran parte de la discusión a partir de la conferencia de Milton Friedman en 1968, al asumir la presidencia de la American Economic Association, se ha centrado en metas para las tasas nominales. Sin embargo, hoy incluso la Tesorería de los EE. UU. contempla la emisión de bonos indexados, argumentando que esto ayuda a focalizar las tasas de interés reales. ¿Cuál es su reacción al respecto?

—Ya he confesado que no entiendo esa política y, por lo tanto, tampoco los afinamientos de la política para mejorar su funcionamiento.

—En una entrevista reciente, ofrecida en Argentina, usted señaló que un régimen de tipo de cambio fijo no es apropiado para una economía de mercado. ¿Por qué no es eficiente tal sistema? ¿Por qué habría no neutralidad respecto de los regímenes cambiarios si la gente actúa en forma racional y el equilibrio del mercado funciona?

—En Argentina defendí esa política específica del tipo de cambio, por primera vez en mi vida...

— Los medios de prensa informaron que usted había señalado que un tipo de cambio fijo, en este caso, era bueno para Argentina y que no habría que modificarlo, aun cuando no sería la decisión acertada si se tuviese que comenzar de cero en este momento.

—Las críticas a la política cambiaria argentina hacen notar que en ningún sistema se puede fijar el tipo de cambio para siempre. Por otro lado,

mucha gente, yo incluido, ha tendido a favorecer sistemas cambiarios flexibles. Es justo, entonces, que se pregunten ¿quién soy yo para instar a los argentinos a perseverar con su plan de convertibilidad? La respuesta, si la hay, debe estar relacionada con el rol que este específico tipo de cambio fijo ha jugado en otorgarles algún grado de credibilidad, o contribuido a darles alguna credibilidad a las nuevas políticas que se están aplicando en Argentina. Si eso es todo, entonces parece que si esa credibilidad se establece —y en definitiva tiene que establecerse con políticas fiscales y monetarias que sean internamente coherentes—, la fijación habrá cumplido su misión y tal vez se opte por un sistema de flotación.

—Sin embargo, si las autoridades se ciñen al juego que implica la regla cambiaria, ¿esperaría usted un comportamiento neutral, en el sentido de que el proceso estocástico del tipo de cambio real bajo la regla de fijación será similar al comportamiento bajo un esquema de flotación? *Mike Mussa ha señalado que el comportamiento del tipo de cambio real es muy distinto en esquemas de flotación cambiaria que en el caso de un tipo de cambio fijo. Por lo tanto, hay muchas implicancias para el movimiento de capitales y la asignación de recursos. Sin embargo, si suponemos que las personas son racionales, que el mercado funciona y, por tanto, que el comportamiento de la oferta agregada es similar bajo ambos regímenes, podríamos esperar algún tipo de neutralidad. La diferencia podría estar en el comportamiento del banco central o la política fiscal.*

—Usted me pide que elija entre una teoría que entiendo y los hechos que cita Mussa, puesto que ambos son incompatibles. Yo no quiero sostener modelos teóricos, a los que les tengo cariño, negando los hechos. No cabe duda de que los movimientos de precios de alta frecuencia son diferentes bajo estos dos regímenes cambiarios. Por tanto, si se quiere rescatar los aspectos de neutralidad de la teoría, hay que hacerlo a base de un argumento como el de que "no nos importan estos movimientos de alta frecuencia"; pero no se puede sostener que no existan.

—La hipótesis de las expectativas racionales ha sido fuertemente criticada desde el campo de la economía internacional; las fluctuaciones frecuentes de gran amplitud en los tipos de cambio de las principales monedas han motivado, desde mediados de los años 70, la intervención gubernamental. Sin embargo, a partir de esa fecha hemos visto ataques especulativos contra las monedas europeas, a pesar de que sus determinantes fundamentales parecen estar en buen pie. Por lo tanto, ciertos estudios recientes, en lo que se refiere a la determinación de los tipos de cambio, destacan algún grado de irracionalidad del mercado. ¿Qué opina usted respecto de esa literatura?

—Que es nada más que una etiqueta exótica para fenómenos que no comprendemos. Es decir, ¿hay modelos de economías irracionales que sean útiles para efectos de pronosticar u orientar las decisiones?

—Sin embargo, en libros sobre economía internacional hoy es frecuente encontrar este tipo de teoría estructurada en forma "micro", en la cual hay una parte del mercado que obedece a las expectativas racionales y otra parte en la que los agentes se mueven según reglas no racionales, y se supone que ese tipo de teoría explicaría el comportamiento de los tipos de cambio. De modo que hay un ataque desde ese campo, a mi juicio, contra la teoría de expectativas racionales.

—Creo que es una línea de investigación enteramente respetable. Suelen producirse muchos movimientos en los precios de activos que nadie ha podido vincular, mediante el uso de modelos basados en expectativas racionales, con sus fundamentos. De modo que hay fenómenos que uno quisiera entender, pero no logra hacerlo. Por consiguiente, uno debe tener simpatía por quienes intentan investigar modelos diferentes de los que ya se han testeado y que han fracasado... Lo que estoy diciendo es que hasta ahora, por lo que veo, esos modelos no han logrado mejores resultados. Se ha hablado mucho de ellos, pero no es efectivo que se haya dado a la luz una nueva clase de modelos. Es decir, ¿dónde está la fórmula Black-Scholes para expectativas irracionales? La teoría de expectativas racionales ha permitido lograr avances tan importantes en la modelación, que cualquiera que trabaja en la industria financiera la usa todos los días. No creo que estos otros marcos conceptuales, si se les puede llamar así, hayan hecho lo mismo.

*—¿Qué opina usted acerca de los últimos avances en el campo de la racionalidad restringida (*bounded rationality*)*?

—Lo mismo. En lo que respecta a la teoría monetaria, no ha aportado mucho; sin embargo, persisten interrogantes importantes que se deben considerar. Los ensayos que escribió Sargent sobre la racionalidad restringida ayudan bastante en ese respecto. Creo que el punto de vista de Sargent en esos ensayos es el siguiente: "hay que ser escrupuloso. Aunque la teoría de las expectativas nos ha ayudado mucho, aún hay una cantidad de fenómenos que falta explicar." Y quién sabe de dónde provendrá la explicación.

—Pero, por ejemplo, ha habido algunos desarrollos recientes que incluyen el enfoque de la racionalidad restringida en la discusión de la oferta agregada. ¿Se ha incorporado este tipo de modelo a la discusión macro?

—Efectivamente juega un papel en la retórica de las discusiones de política. Pero no creo que haya tenido mucha influencia en el debate a nivel macro.

—Permítame cambiar un poco el tema e intentar elevar un puente entre la discusión monetaria y la discusión del crecimiento. ¿Por qué no hablamos acerca de la inflación?, ¿qué tan dañina es? Krugman escribió un artículo en The Economist, *hace pocas semanas, en el cual señala que la meta de una inflación de 0% es algo mítica. Esto es relevante para el caso de Chile, ya que estamos al nivel de 6,5% y el Banco Central plantea una meta de 5,5% para el próximo año. Mucha gente se pregunta hasta qué punto es conveniente seguir haciendo tanto esfuerzo en reducir la inflación.*

—Bueno, eso es exactamente lo que se debe hacer, y por las cifras que he visto parece que se ha logrado una gradual reducción de la tasa de inflación durante, digamos, los últimos cuatro años, sin efectos reales aparentes. Entonces ¿por qué no seguir? Es efectivo que las ganancias se hacen cada vez menores con cada punto de reducción adicional; sin embargo, siguen siendo positivas.

—¿Por qué es así? ¿Por qué son positivas las ganancias?

—Bueno, volvemos a la curva de Phillips. Personalmente, no creo en ella; aunque Krugman sí... Se escucha lo mismo en países como Israel, donde parece que la inflación de 14% es el límite, no siendo conveniente bajarla más. ¿Usted plantea que el límite en Chile es 6,5%? La mayoría de los países del mundo han tenido una inflación muy por debajo de 6,5% desde hace varios años. Entonces, ¿por qué conformarse con 14% o con 6,5%?, ¿de dónde viene esa idea de que hay algún límite más allá del cual no vale la pena bajar? Los estadounidenses, los europeos, los japoneses, todos tenemos tasas de inflación inferiores.

—En su charla de esta mañana, aquí en el CEP, usted señaló que la inflación es un malgasto de recursos. ¿Cuál es la naturaleza del problema?

— El problema reside en que tener un activo que no devenga interés significa un costo de oportunidad, que se mide por la tasa de interés multiplicada por la cantidad del activo que se tiene. El activo devenga un poco de interés, aunque no tanto como lo justificarían por sí solas sus características de riesgo, y ese interés es la diferencia entre la tasa de interés del activo monetario y la tasa de interés de títulos del gobierno, o algo parecido. Por lo tanto, si el interés sacrificado representa el costo de tener dinero, a medida que éste va creciendo la gente tratará de economizar el uso del dinero. Ahora bien, el dinero ahorra tiempo y recursos, y mientras más se evita tener dinero, más recursos y tiempo se deben usar. Esa es la idea. Las tasas de interés se mueven al paso de las tasas de inflación en el largo plazo. Por consiguiente, si queremos mantener los costos de oportunidad tan bajos como sea posible, las tasas de interés deben ser las más bajas posibles. Aquí estoy hablando de tasas nominales, desde luego. La tasa nominal más baja

posible es cero. La tasa de inflación que entrega una tasa de interés nominal de cero es algo como el negativo del valor de la tasa de interés real. Entonces, habría que generar desinflación para lograr eso. Desde ese punto de vista, una inflación de 0% no se parece a una inflación de 6,5%, luego, ¿por qué parar allí? Mejor es seguir.

—¿Se han efectuado estimaciones del costo que tiene, en términos de bienestar para los EE. UU., llevar la inflación a niveles muy bajos?

—Efectivamente, yo he hecho estimaciones de ese tipo, al igual que muchas otras personas. Y depende en exceso del comportamiento de la función de la demanda de dinero en la región de tasas nominales iguales a cero, para la que no tenemos suficientes datos. Por lo tanto, de acuerdo con lo que se supone acerca de la forma exacta de la función de la demanda de dinero, se pueden obtener respuestas muy diferentes para el costo de bienestar asociado al bajar, digamos, de una tasa de inflación de 2% a una de –2%. Las estimaciones que hice mediante una función que calza bastante bien con los datos indican que las ganancias son bastante apreciables al bajar de +2% a –2%. Sin embargo, ¡no hay datos dentro de ese rango! Así que uno está extrapolando alguna forma funcional hacia un rango para el cual no tenemos evidencia directa. Mis conclusiones en esta materia son muy provisorias...

—¿Usó un enfoque de equilibrio parcial, dirigido sólo hacia el mercado de dinero?

—No, lo que usé fue un enfoque de equilibrio general. Pero el resultado es exactamente igual cuando se calculan integrales bajo una función de demanda de dinero —eso lo averigüé. Calculé el sistema de equilibrio general completo, derivé una ecuación diferencial complicada y la solucioné, comparé la solución con el integral bajo la curva de demanda y ¡obtuve el mismo número! Lo mismo ha sucedido con algunos de los estudios de Harberger. Personas que han investigado el problema en el contexto del equilibrio general —lo que parece más satisfactorio que el modelo de equilibrio parcial de Harberger— han obtenido las mismas cifras.

—Hay quienes defienden la independencia de los bancos centrales porque recogen un argumento propuesto por Taylor, según el cual se produce un trade-off *entre la variabilidad del producto y de la inflación. Por consiguiente, sería mejor otorgarle al banco central algún grado de discreción en vez de seguir una regla. ¿Qué opina usted de esta propuesta de Taylor? Por otra parte, ¿qué opina acerca de la autonomía de los bancos centrales?*

—La autonomía del banco central es un tema político. Los que están a favor de ella no creen que si no hay autonomía, algún legislador va a

proponer una regla de crecimiento constante para la oferta monetaria. Más bien se promueve la autonomía como una manera de asegurarle al banco central la capacidad de hacer el *fine-tuning*, lo que es perfectamente lógico. De lo contrario, el poder legislativo o el ejecutivo harán el *fine-tuning*, exigiendo al banco central su ayuda para lograrlo. Los banqueros centrales están en lo correcto al oponerse a esto. En el contexto actual, la autonomía del banco central es el objetivo de quienes desean otorgarle poder a alguien capaz de mantener restringida la oferta de dinero. Y ocurre que creen que es el banco central el que puede hacerlo. Yo concuerdo con esta posición en el caso de la mayoría de nuestros países.

—En cuanto al supuesto de Taylor sobre la oferta agregada y la variabilidad del producto, ¿qué opina?

—Tiene que existir algo parecido a eso. Ya he confesado que veo algún rol para las no neutralidades monetarias y algún tipo de rigidez. Quizás no apoye el modelo específico de Taylor; sin embargo, debe haber alguna curva parecida a la que dibujó Taylor en su trabajo de 1979.

El crecimiento económico

—Profesor Lucas, usted hace hincapié en el capital humano como factor determinante para el crecimiento económico. Sin embargo, tanto en su trabajo "Making a Miracle" (1993)[2]*, como en el que presentó en el Centro de Estudios Públicos, "La revolución industrial: Pasado y futuro"*[3]*, se enfatiza el aspecto de la acumulación de capital humano a través del aprendizaje en el trabajo (*learning by doing*) por sobre la educación formal. Por otro lado, si no me equivoco, su artículo "On the Mechanics of Economic Development" (1988)*[4]*, aun cuando contiene una sección que se refiere al* learning by doing*, pone mucho más énfasis en la educación formal. ¿A qué se debe este cambio de énfasis?*

—Todos creemos ver una relación entre la apertura, el comercio y el crecimiento. Ahora, alguien como Ed Prescott diría que a medida que un país se torne más rico, crecen sus importaciones y exportaciones. Sin embargo, en las economías de crecimiento rápido la expansión de exportaciones ha sido mucho mayor que la del PIB. Esto lo hemos visto una y otra vez.

---

[2] "Making a Miracle", *Econometrica* (1993).

[3] "La revolución industrial: Pasado y futuro", *Estudios Públicos*, 64 (primavera 1996).

[4] "On the Mechanisms of Economic Development", *Journal of Monetary Economics* (1988).

Por lo tanto, debemos buscar teorías económicas que nos ayuden a entender esta relación. Ahí entra el concepto de *learning by doing*. Se trata de responder a una observación empírica. En "Making a Miracle" (1993) también cité aquel trabajo antiguo de Leonard Rapping acerca de los *liberty ships* (barcos de la libertad) durante la segunda guerra mundial, porque siempre me impresionaron las altas tasas de aprendizaje de las personas que construían esos *liberty ships*, con aumentos de la productividad del 40% al año. De modo que si el objetivo es producir un estímulo para el crecimiento, me parece que ésa es una forma excelente de lograrlo... La ciencia económica siempre destaca la lentitud de las respuestas, y cuando alguien intenta argumentar que algo genera una gran respuesta, se empiezan a especificar teorías que incluyen costos de ajuste y otras cosas que frenen el sistema. Nos faltan fenómenos capaces de producir efectos importantes en el corto plazo, y pensé que el *learning by doing*, basado en aquellas curvas de aprendizaje, podría constituir un ejemplo. Por cierto, esas curvas de aprendizaje son aplicables a todo tipo de fenómenos y no sólo a la construcción naval. Pero no pretendo desvalorar la escolaridad formal.

En mi artículo "On the Mechanics of Economic Development" (1988) realicé unos cálculos utilizando las correcciones para la escolaridad estimadas por Denison, los que ahora considero prácticamente sin valor alguno. Lo que se me olvidó fue que la mayor parte de la escolaridad constituye inversión de reposición y no representa inversión neta. Es decir, para reemplazar a las personas de 65 años de edad con educación que jubilan, hay que enseñarles a leer a los escolares —eso no constituye acumulación neta de capital.

—Pero la calidad puede mejorar y, si es así, se lograría un incremento neto...

—Si eso es efectivo, las cifras de Denison no lo captan. Yo necesitaba unas cifras y las saqué del libro de Denison, ya que las encontré allí; sin embargo, no creo que fueran las cifras correctas para mis propósitos en ese trabajo. Quizás tuve suerte y resultaron ciertas... Pero el énfasis que puse en la escolaridad, en ese trabajo, se debió a que las cifras de escolaridad estaban disponibles mientras que las de *learning by doing* no lo estaban. Lo anterior no justifica lo que hice, sólo explica por qué me equivoqué en eso.

—Yo no digo que he visto cifras que comprueben que la calidad mejora, pero pienso que sí puede mejorar...

—Yo también.

— ... entonces ahí se tendría un incremento de la educación que no se debe a la escolaridad, sino que a la calidad de lo que aprenden los niños en la escuela.

—Efectivamente, el conocimiento humano va en aumento y eso influye en lo que podemos enseñarles a los niños del primer grado, segundo grado, etc. Estoy de acuerdo; eso es lo que significa calidad.

—Volvamos a su artículo "Making a Miracle", en el cual usted compara Corea con Filipinas. Para sustentar la tesis del learning by doing, *usted señala que ambos países tenían economías y niveles de escolaridad muy similares a comienzos de los años sesenta, de modo que la educación formal no constituiría una de las fuentes de las enormes diferencias en el desempeño posterior entre estos dos países. Me parece muy atractiva la idea del* learning by doing, *pero en su trabajo usted hace una pregunta que me inquieta: si el* learning by doing *es tan importante, ¿cuánto hincapié cabe hacer, entonces, en la educación formal? Y mi preocupación deriva de que usted compara el número de años de estudio y no la calidad de la educación recibida durante esos años, la que puede ser muy distinta. La dimensión de la calidad es crucial, a mi juicio, para entender el efecto de la educación formal. Corea reformó de modo sustantivo el sistema educacional después de la guerra. Desde luego, se introdujo la enseñanza del inglés —esencial para el* learning by doing*—, se reforzaron la matemática y las ciencias. Sabemos que los estudiantes coreanos alcanzaron altos estándares académicos muy rápidamente. Un reportaje de la revista* The Economist *señalaba hace poco que los resultados académicos de los coreanos superan hoy con mucho los resultados de los estudiantes europeos y estadounidenses. En consecuencia, lo importante no es subrayar un tipo de educación por sobre otro, sino que la educación formal es una condición necesaria para crecer, pero no una condición suficiente por sí sola. Supongo que lo que usted intenta evitar es aparecer defendiendo la idea de que el solo hecho de invertir en educación formal rinde frutos, porque eso es lo que ha hecho Cuba y sabemos que no funciona. Probablemente, sin embargo, necesitamos ambos tipos de educación, y me preocupa la idea de subrayar un tipo en desmedro del otro.*

—Estoy de acuerdo en lo que usted señala. Una parte importante de la literatura sobre capital humano y crecimiento económico identifica capital humano sólo con educación formal, y en "Making a Miracle" fui en contra de esa tendencia. Lo más probable es que ambos tipos de educación sean bienes complementarios: las personas con grados más altos de educación formal son las que están más capacitadas para aprender en el trabajo las tecnologías más avanzadas. Por lo tanto, la educación formal es indispensable para obtener los beneficios del *learning by doing*.

—Cambiando algo de tema, me parece que el learning by doing *sirve más para explicar el proceso de convergencia entre los países, en el*

que los rezagados se acercan a los más avanzados. Es decir, es más relevante para los países asiáticos: imito a alguien más avanzado, y voy a aprender con él, pongo en práctica lo que aprendo y lo alcanzo. Sin embargo, me parece mucho más difícil aplicar lo mismo a los países líderes, los que despegaron inicialmente en el siglo XVIII. En su artículo "La revolución industrial: Pasado y futuro" (1996), usted sostiene que los países de habla inglesa no tuvieron crecimiento per cápita sino hasta el siglo XVIII; sin embargo, a partir de entonces ellos han experimentado un crecimiento per cápita de 1 ó 2% por año. Eso también es muy importante en mi opinión; no es sólo una cuestión de que algunos países vayan alcanzando a los avanzados, sino que también se trata de un despegue del mundo entero. Me parece más difícil aplicar el concepto de learning by doing *a ese proceso en el caso de los Estados Unidos, por ejemplo.*

—Los descubrimientos importantes los realizan siempre los *insiders*. Es decir, quienes trabajan día a día con los problemas económicos son los que envían trabajos, que extienden las fronteras de la economía, para ser publicados en el *Journal of Political Economy*. Entonces, ¿no es eso un ejemplo de aprender economía a través de la práctica de economía, en lugar de aprender economía practicando física? Las innovaciones siempre provienen de adentro. Es cierto que hay una diferencia entre imitación e innovación; sin embargo, creo que la distinción se sobreestima enormemente. Por ejemplo, uno no va a la oficina cada día preguntándose "¿será hoy un día de imitación o de innovación?" Yo siempre trato de encauzar los problemas en alguna forma rutinaria, y si el problema no calza, busco una alternativa. No es que uno trate de ser original...

—Entonces, ¿qué produjo ese aumento en la tasa de crecimiento del PIB per cápita estadounidense durante la primera parte del siglo XIX?

—No estoy seguro de que la experiencia de Estados Unidos constituya una revolución industrial. Más bien se trata de haber hallado recursos fabulosos que estaban en manos de gente inferior militarmente, y haberse apoderado de ellos. Eso, en definitiva, permite incrementar el ingreso real. No creo que Estados Unidos estuviera a principios del siglo XIX en el pináculo de lo que llamaríamos la revolución industrial, aun cuando era un territorio rico. En cambio, creo que Inglaterra sí estaba al centro, y las innovaciones provenían desde allí. Pensé que usted estaba planteando la idea de que para comprender esos sucesos se debería tomar en serio la distinción entre imitar e innovar, y es a eso que me resisto.

—Mi punto es simplemente que me parece que el concepto de learning by doing *calza mejor con el proceso de convergencia que con el de aceleración del crecimiento de los países más avanzados a partir del siglo XIX.*

—Yo no lo veo así. Volviendo al ejemplo de la construcción naval, mi padre trabajó en los astilleros de Seattle durante la guerra y ahí aprendió el oficio de soldador. Un grupo de individuos como él, sin experiencia en la industria de la construcción naval, empezó a fabricar esos *liberty ships*, mejorando luego su productividad a tasas tremendas, tal como lo documenta Rapping en su artículo. Ahora, aprender el oficio de soldador no significaba estar en la frontera de la ciencia, se trataba de adquirir una habilidad que no se tenía antes y que se aprendió en el plazo de un mes en vez de en seis meses.

—*Insisto, ¿qué fue lo que gatilló este proceso en Inglaterra a principios del siglo XVIII? ¿Por qué no hubo* learning by doing *en el siglo XVI?*

—No conozco la respuesta. Algunos sostienen que a ese despegue contribuyeron la escala de producción y las exportaciones...

—*Una de las explicaciones más frecuentes alude a los derechos de propiedad y a la existencia de ciertas instituciones. Éstos fueron cruciales por lo menos en dos casos muy paradigmáticos que constituyen una visión clásica de la revolución industrial: la máquina inventada por Watt, en la que un capitalista — un señor de apellido Boulton— invirtió e hizo posible que Watt la produjera a nivel industrial. En segundo lugar, el proceso Bessemer para transformar el hierro en acero, que hizo posible la construcción de los ferrocarriles. ¡Nos olvidamos de lo que significaron los clavos, las estructuras de fierro para caminos y edificios, etc., un mundo enteramente nuevo! Esos descubrimientos fueron a su vez patentados, lo que hizo posible las inversiones: se hizo rentable aplicar la invención. En la industria textil está la máquina de Arkwright —una de las máquinas clave—, que también fue patentada. Por tanto, aun cuando quizás se destaque en forma excesiva la institución de la propiedad privada, en este caso me parece que hubo cierta relación entre esa nueva idea de posibilitar un derecho sobre una invención y el despegue de la revolución industrial.*

—No quiero negar ninguno de sus ejemplos. Sin embargo, ¿quiere decir con eso que si cualquier sociedad ordenada, en cualquier época, hubiera descubierto la idea de patentar las ideas comercialmente útiles, pudo haber tenido una revolución industrial? ¿Usted lo pondría en primer plano, o cree que sólo constituye un aporte?

—*Pienso que se puede argumentar que, aun cuando no fuese la causa de la totalidad del fenómeno, quizás constituyó la institución marginal que hizo posible que en Inglaterra, y no así en Francia o Alemania, ocurriera el despegue. Estoy suponiendo, por cierto, un mercado libre y muchas otras cosas; de lo contrario, nadie hubiera invertido.*

—Estoy leyendo un libro que me recomendaron, sobre la longitud, y según éste, si bien la medición de la latitud es fácil a través de las estrellas,

la medición de la longitud es aparentemente difícil, ya que se requeriría de una nueva forma de utilizar la información celestial o una manera exacta de cronometrar a bordo de un barco. Al parecer, esto fue importante para el mundo comercial. Es decir, muchos barcos se hundieron debido a que el capitán no tenía idea de dónde se encontraban. Es el caso de Colón, por ejemplo: no tenía idea de cuánta distancia había viajado alrededor del mundo, no tenía manera de calcularlo. Los gobiernos ofrecieron premios a quien pudiera inventar una forma de medir la longitud. Todo tipo de personas intentaron hacerlo (¡aún no termino el libro, así que no sé quién ganó el premio ni cómo!) y se produjeron muchos efectos secundarios que resultaron ser de utilidad en otros campos, aunque no aportaran a resolver el problema de la longitud. Por ejemplo, se desarrolló una nueva astronomía.

No sé si es relevante o no... Imagino que los subsidios, los premios o las patentes constituyen formas de incentivar a la gente a hacer descubrimientos que no realizarían con los incentivos normales del mercado. Quizás esto respalde lo que usted está diciendo. Quiero decir, las curvas de oferta tienen pendientes ascendentes, y una actividad tenderá a aumentar mientras mayores sean los retornos que ella produzca. Es evidente que las patentes van a incidir en la dirección acertada.

—En cierta medida la interrogante es importante. En su artículo "Making a Miracle" se destaca la idea de la apertura al mundo como un mecanismo para ponerse al nivel de los países líderes. Pero en la Inglaterra de fines del siglo XVIII no existía un punto de referencia con el que había que igualarse. En ese momento, entonces, ¿cuál fue el detonante del proceso de crecimiento?

—Como ya le dije, no sé la respuesta. ¿Qué le parece el rol de la escala de producción?

—Precisamente ése es el punto: ¿hubo economías de escala? Hay una hipótesis que dice que la razón principal por la que Inglaterra declinó durante la última parte del siglo XIX y Estados Unidos, a su vez, experimentó un proceso de crecimiento más fuerte, se relaciona con las economías de escala. Ken Sokoloff ha presentado cierta evidencia de que la mayoría de las industrias más exitosas a fines del siglo XIX se establecieron en lugares donde los mercados eran grandes. Además, se establecieron en las proximidades de ríos, por ejemplo, por donde podían trasladarse fácilmente a otros mercados. Por tanto, ¿podría esto constituir el detonante del proceso de crecimiento?

—Pero no se ha completado la historia: ¿por qué funcionaron en contra de Inglaterra estos temas de ubicación?

—Básicamente, porque los costos de transporte significaban una desventaja para Gran Bretaña en ese tiempo, impidiéndole acceder a un

mercado mayor. Estados Unidos constituía un mercado mayor en cierta medida, lo que habría favorecido el aprovechamiento de las economías de escala, generando un proceso de crecimiento mayor.

—No conozco lo suficiente acerca del comercio europeo, pero el mercado europeo era ciertamente enorme hacia el año 1900. El mundo estaba en paz, los ríos Támesis y Clyde son buenos ríos y se encontraban mucho más cerca de ese mercado que el río Hudson.

—Pero en alguna medida los mercados norteamericanos eran mayores que los mercados disponibles para Inglaterra en Europa, así que, aun cuando no conozco las cifras, ¿no cree usted que las economías de escala podrían haber sido un detonante de este proceso?

— Estoy seguro de que las economías de escala estuvieron presentes y que han favorecido a los Estados Unidos a través del tiempo. Creo que el único punto con el cual estoy en desacuerdo con usted se relaciona con la decadencia de Gran Bretaña a fines de siglo XIX y comienzos de este siglo.

—No digo que declinó en términos absolutos, sino que el crecimiento en Gran Bretaña se desaceleró en forma importante en esa época. Tal vez alcanzó un nivel que constituía una suerte de techo para el crecimiento, y después no fue capaz de mantener el mismo ritmo de crecimiento.

—En el libro de Keynes *The Economic Consequences of the Peace* aparece un párrafo lírico en el cual él se encuentra sentado en su habitación leyendo el diario, y describe el mundo de ese entonces diciendo que tenía a su disposición lo mejor de lo que se producía y pensaba a nivel mundial. De ahí tomé la idea de que había un gran mercado, con libre movimiento de personas... ¡Hasta aquí llegan mis conocimientos empíricos sobre el comercio de antes de 1914! Friedman escribió también que en esos tiempos ni siquiera era necesario tener un pasaporte para viajar por Europa. Desde ese punto de vista, los ingleses deben haber contado con un mercado estupendo para los productos en que tenían ventajas comparativas.

Con todo, no quiero negar la importancia de las economías de escala. Hay ejemplos muy tristes de economías empobrecidas y muy pequeñas que practican la sustitución de importaciones, como Jamaica. Solamente dudo de que Gran Bretaña se encontrara en una situación parecida a principios de este siglo. Las economías de escala pudieron haber tenido más importancia al comienzo de la revolución industrial que cuando el proceso ya estaba en marcha, ya que se parte de sociedades con economías cerradas, en las que la mayoría de la gente trabajaba en la agricultura y debía quedarse allí para que la población pudiera alimentarse. No se podía tener una fracción sustancial de la fuerza de trabajo en otras industrias en desarrollo, a menos que se practicara el comercio. Éste es otro punto que traté de resaltar en “Making a

Miracle", aunque quizás no lo logré muy bien: hay economías de escala cuando una fracción significativa de la población se encuentra en la misma industria, pero esa concentración no se puede mantener si no se es capaz de importar el resto de lo que se necesita consumir. Quizás esa fuerza jugara un rol importante para Inglaterra al principio.

—*En su charla de esta mañana usted dijo que las* ideas planteadas por Paul Romer *están poco definidas, en el sentido de que es difícil relacionarlas con la realidad. Por otra parte, hace pocos minutos, usted señaló que en su artículo de 1988 ("On the Mechanics of Economic Development") enfatizó la escolaridad, para luego darse cuenta, a partir de las cifras, que la escolaridad probablemente no era la fuente de crecimiento más importante. Sin embargo, ¿no es cierto que también el concepto de* learning by doing *es difícil de medir?*

—¿Acaso no se puede medir a partir de los perfiles de remuneraciones por edad? ¿No es posible detectarlo allí? A los trabajadores con experiencia se les paga mucho más que a los que no la tienen. Por lo tanto, ¿no podemos usar diferencias observadas en las remuneraciones como indicadores de diferencias de la productividad marginal? Mincer, por ejemplo, ha estimado el *stock* de capital humano que se puede atribuir al aprendizaje en el trabajo. Básicamente, él ha intentado aprovechar al máximo la información proveniente de las cifras sobre edad, experiencia y remuneraciones. La segunda fuente de información directa sobre el *learning by doing* la constituyen las curvas de aprendizaje, aun cuando es cierto que no dependen de las remuneraciones en el mercado sino que apenas grafican la productividad *versus* la cantidad de unidades producidas. Éste fue el tipo de información que usó Rapping en su estudio de los *liberty ships*, y algunas empresas consultoras, como el Boston Consulting Group, se han hecho famosas al aplicar estas curvas de aprendizaje a todo tipo de industrias y mostrar que mientras más se produce, menores son los costos unitarios. Si bien parte de estos estudios deja algo que desear en términos econométricos, con todo, los resultados son impactantes. De modo que hay mucha evidencia directa sobre el *learning by doing*.

Ahora, ¿cómo podemos concluir, a partir de esa evidencia que no se puede negar, que el *learning by doing* haya contribuido en forma importante al crecimiento económico? Esto es más o menos lo que intenté hacer en "Making a Miracle". Lo que ahí constaté fue que los individuos se hacen más productivos a través del aprendizaje, pero que su productividad cae si cambian de actividad todo el tiempo. No se pueden mantener altas tasas de aprendizaje si las personas están haciendo algo nuevo siempre. Cada vez

que se traslada a un individuo de una actividad que desempeña bien a otra en que es principiante, algo se pierde. Por ejemplo, si me pidieran enseñar química el próximo año en Chicago y literatura inglesa al año siguiente, estaría aprendiendo química y literatura inglesa a ritmos increíbles, pero mi productividad como profesor sería muy inferior a la que tendría si sigo enseñando el mismo curso de economía que el año pasado. Ésta es la parte difícil al saltar de la evidencia microeconómica a conclusiones macroeconómicas acerca del crecimiento de la productividad agregada. Sin embargo, el *learning by doing* se hace presente en todas nuestras experiencias comunes, está en muchos datos.

—Quisiera hacer un alcance empírico al respecto. Una de las interrogantes aquí en Chile es por qué los mineros del cobre ganan más en relación con otros trabajadores —la brecha es muy significativa. La explicación estándar se remite a las instituciones: leyes laborales, sindicatos fuertes que normalmente ejercen una presión tremenda, etc. Sin embargo, hace unas semanas, el representante en Chile de una gran empresa minera internacional señalaba que "la verdadera razón es que cada trabajador nuevo destruye una máquina en forma muy rápida, por lo tanto estamos dispuestos a pagar mucho para mantener el mismo trabajador, ya que lo hemos capacitado con nuestras máquinas. Para nosotros éste es el elemento crucial". Perder un trabajador resulta sumamente costoso. En otras palabras, la enorme brecha que hay entre quienes han recibido capacitación y los que no la han recibido demuestra la importancia que tiene el aprendizaje en el trabajo. No obstante, el problema en Chile, y él estaba comparando los datos de Chile con los de Canadá y Australia —con el mismo tipo de mina y el mismo tipo de operaciones—, es que el trabajador chileno destruye la maquinaria con mayor frecuencia y rapidez que su homólogo canadiense o australiano. Y esto sugeriría, por lo menos en la opinión de ese ejecutivo, que hay cierta relación entre la calidad de la educación y el aprendizaje en el trabajo, ya que: i), los trabajadores chilenos no son capaces de entender una máquina a través de un manual, y ii) cuando se deben efectuar reparaciones, es imposible conseguir que el técnico chileno siga las instrucciones que le indica el manual. Según este mismo ejecutivo, los trabajadores americanos, canadienses e incluso los australianos tienen una actitud mucho más abierta hacia el aprendizaje y se les puede capacitar en forma rápida y, por lo tanto, se les puede despedir a menor costo para la empresa.

Ahora bien, lo que encuentro interesante de la idea de que el comercio puede transformarse en motor del crecimiento a través del learning by doing *es que esa misma explicación parece aplicable además al comercio*

de servicios e, incluso, al capital de inversión. La literatura al respecto es relativamente débil. Se ha discutido mucho acerca del comercio de bienes y quizás de los servicios, pero poco sobre los movimientos de capitales. Por ejemplo, rara vez se consideran los beneficios de la inversión extranjera en este campo. ¿No es cierto que su argumento tiene gran relevancia en este caso también? Me parece que es un camino importante para la transferencia de know-how.

— No tengo claro si estamos distinguiendo entre bienes y servicios o entre bienes de inversión y bienes de consumo.

—Entre la inversión extranjera, por un lado, y el comercio de bienes y servicios, por el otro. Tomemos el caso de Chile, un país muy abierto en términos del comercio de bienes y servicios, aunque no tan abierto en lo que se refiere a los movimientos de la cuenta de capitales.

—Si ése es el caso de Chile, entonces debe ser difícil establecer una industria en este país, o comprar acciones en corporaciones chilenas para quienes no son ciudadanos chilenos, etc.

—Así es, hay algunas restricciones, especialmente en lo que se refiere a los movimientos de capitales de corto plazo. Por ejemplo, no se puede retirar el capital hasta un año de realizada la inversión. Pero también fue así en Corea durante mucho tiempo. Por lo tanto, el ejemplo se aplica a un país que sabemos que experimentó un milagro. Entonces, la pregunta es: ¿hasta qué punto este proceso de learning by doing *, que usted relaciona con comercio de bienes, debiera aplicarse además, y probablemente con más fuerza, a la inversión extranjera?*

—No sé. Usted me pregunta si se requiere información adicional antes de realizar inversiones en el exterior. Las personas mantienen carteras de inversión excesivamente domésticas, comparado con lo que sería esperable bajo el punto de vista de la diversificación, y eso sucede en todos los países. Los norteamericanos tenemos una parte excesiva de nuestros fondos de pensiones invertida en títulos norteamericanos, aunque se supondría que deberíamos diversificar el riesgo invirtiéndolo en el resto del mundo. Quizás sea resultado de una falta de conocimiento especializado; por ejemplo, yo no compraría terreno agrícola en el campo de Illinois, ya que sé que perdería todo en manos de un agricultor despierto que conoce el terreno mientras yo no. ¿Es eso lo que quiere decir usted, que uno tiene que llegar a conocer las costumbres locales antes de que pueda comerciar exitosamente en un ambiente nuevo?

—No, visto más bien desde el punto de vista de un país pobre, por ejemplo, ¿qué es lo que más beneficiaría a Chile: exportar vino o que las viñas francesas inviertan acá transfiriendo su tecnología y know-how*?*

—Supongo que Chile se va a beneficiar más a través de alguna relación con gente más experimentada, o con ideas o técnicas diferentes. Por lo tanto, creo que sería bueno que los franceses vengan a Chile. Por otra parte, si los chilenos exportan sus propios vinos, quizás viajen al exterior y vayan aprendiendo acerca de los mercados de vino en los Estados Unidos o Europa. Imagino que el aprendizaje se efectúa en ambos sentidos. La interacción puede producirse acá o en el extranjero, pero hay que involucrar a no chilenos con más experiencia en cualquiera de los dos lugares. Pero no conozco alguna regularidad empírica relevante sobre la importancia de estas dos situaciones.

—Respecto de los milagros del Asia Oriental, se ha discutido hasta qué punto esos países han estado abiertos al comercio de bienes, pero no tan abiertos a la inversión extranjera.

—Incluso no están tan abiertos en términos de importaciones, si se los compara con Chile, por ejemplo, donde se puede ver autos de todas partes del mundo. La población chilena tiene autos muy superiores a los que manejan los coreanos. Hay costos reales involucrados al aislarse de los productos del mundo. Sin embargo, no está claro el efecto de estas medidas en el crecimiento económico. Me parece obvio que Corea tiene una ventaja, aunque no todas las políticas aplicadas por el gobierno pueden explicar el crecimiento coreano.

— La noción de que el crecimiento se relaciona con la acumulación del capital humano, learning by doing*, etc., hace recordar en esta parte del mundo ideas que precisamente iban en el sentido contrario de la apertura al exterior. Prebisch, por ejemplo, estaba a favor de cerrar nuestras economías y favorecer el desarrollo de la industria nacional; de aprender a administrar industrias para luego crecer mediante la industrialización. ¿Es posible encontrar una relación entre estos dos enfoques?*

—Es probable que la producción de ciertos bienes implique altos ritmos de aprendizaje, mientras otros productos tengan bajos ritmos de aprendizaje. Ocurre lo mismo en temas de elección ocupacional. Si tomamos a un grupo de estudiantes de un MBA (Master en Administración de Empresas), veremos que algunos de ellos conscientemente aceptarán un primer trabajo mal pagado si hay perspectivas de rápidos aumentos salariales de acuerdo con su rendimiento, pero otros elegirán un perfil más plano. Por lo tanto, todos creemos que diferentes tipos de trabajo implican diferentes potenciales de aprendizaje, que tomamos en cuenta al decidir qué actividades emprender. Y es probable que esta misma lógica tenga lugar en las sociedades en su conjunto. ¿Será que la agricultura o los recursos naturales se encuentran en el extremo de la baja tecnología o bajas tasas de aprendiza-

je, siendo los productos manufacturados los que se encuentran en el extremo de la alta tecnología o altas tasas de aprendizaje? Tal vez; no sé. En Estados Unidos, por ejemplo, si se mide en términos del crecimiento de la productividad total de los factores, la agricultura es un sector de alta tecnología y la forma en que la agricultura se desarrolla hoy en día no se parece ni remotamente a lo que era hace veinte años, ni mucho menos hace ochenta años... Ha habido muchos adelantos tecnológicos que se han traducido en mejoras en la productividad, cambios en métodos de producción, etc. Por otra parte, se sabe que la industria manufacturera implica mucha innovación.

—Por tanto, si lo entiendo en forma correcta, ¿no cree usted que la idea de que haya diferentes curvas de aprendizaje en distintos sectores constituya un argumento a favor de una política industrial orientada a seleccionar aquellos sectores en que el país tiene más que aprender a través del learning by doing*?*

—Apenas estoy diciendo que no sé identificarlos. En particular, no quiero generalizar y decir que es fácil identificarlos en el sentido de que todo lo relacionado con recursos naturales o con agricultura significa bajo aprendizaje, mientras lo demás constituye alto aprendizaje. Eso puede no ser correcto.

—El otro argumento interesante al respecto, que se expresa en su artículo "Making a Miracle", es la idea de que cuando se habla de procesos de aprendizaje no se está aludiendo realmente a un sector, sino a ciertas empresas dentro de un sector específico que resultan capaces de exportar.

—No somos capaces de distinguir industrias destacadas a nivel de dos dígitos por las clasificaciones internacionales.

—¿Y cree usted que este concepto del crecimiento puede aplicarse, digamos, tanto a Corea, que ha tenido un crecimiento basado en las manufacturas, como a Nueva Zelandia o Australia o Chile, cuyo crecimiento se basa en los recursos naturales?

—Bueno, cada cual debe aprovechar lo que tiene. Es decir, Nueva Zelandia es un lugar óptimo para la crianza de ovejas, por tanto sería poco inteligente abandonar esa actividad, al igual que no le convendría a Argentina dejar de producir carne. No hay recetas generales. Por ejemplo, Estados Unidos es un gran exportador de productos agrícolas, ya que cuenta con grandes extensiones de excelente tierra. Hemos exportado productos agrícolas desde un comienzo, cuando el algodón y el tabaco eran los cultivos más importantes. Y esto no parece ser en absoluto incongruente con el hecho de emprender otras actividades y tener éxito en ellas también. Por otro lado,

hay países como Nigeria que apenas venden su petróleo. Sin embargo, se puede culpar a muchos otros elementos de los problemas de esas sociedades y de sus economías.

—*En cierto sentido, un país no tiene que industrializarse para obtener importantes tasas de crecimiento: también puede producirse el* learning by doing *en el sector primario...*

—La expresión "revolución industrial" pertenece al siglo XIX y hace pensar en el carbón y el acero. Esas industrias tuvieron su día, pero hoy hay muchos bienes y servicios, y esa vieja imagen de la industria con sus grandes chimeneas, que los comunistas aceptaron con tanto entusiasmo, está pasada de moda.

—*Cambiando un poco de tema, a partir de la publicación de las* Penn World Tables *se ha producido una cantidad masiva de trabajo empírico sobre el crecimiento. ¿Cuál es su opinión de este trabajo? ¿Cree usted que se pueden desprender lecciones de allí? Y, específicamente, ¿qué opina del tipo de regresiones realizadas por economistas como Robert Barro?*

—Creo que el trabajo empírico es importante. Por ejemplo, la época en que apareció la teoría neoclásica del crecimiento de Solow fue fabulosa para los economistas teóricos, pero si un trabajo teórico no se relaciona con el trabajo empírico, simplemente muere, y es por eso que esa teoría murió. Hubo otro florecimiento a finales de la década de los años 80, que por casualidad coincidió con la producción de las *Penn World Tables*. Mediante el uso de estas últimas ahora es sumamente barato probar nuevas ideas y aplicar datos a teorías; creo que ellas han tenido un efecto significativo. Han cambiado la naturaleza de la investigación y han convertido un ejercicio teórico en algo parecido a la ciencia empírica, lo que es excelente. Por otro lado, realmente creo que realizamos demasiadas regresiones en esta profesión. A mi juicio, el progreso proviene del intento de diseñar modelos teóricos que calcen con las observaciones, pero gran parte del trabajo con regresiones no lo hace así, ya que sólo muestran ciertas correlaciones en los datos, las que ya conocíamos: por ejemplo, se descubre que los países africanos crecen en forma más lenta que los países de otros continentes. Esto se puede obtener incluyendo una variable *dummy* "África" en una regresión, o bien mirando los datos de maneras menos formales. No creo que se necesite la regresión múltiple para ese propósito. Así que, en cierto sentido, creo que mucho del trabajo empírico que se ha realizado sobre estos datos ha sido exagerado. Sin embargo, la idea de que la teoría del crecimiento sea supuestamente un campo empírico, en definitiva apunta en la dirección acertada. En el caso de Barro, él ha hecho un excelente trabajo,

que suplementa o va más allá de los datos de las *Penn World Tables*, cuyo objetivo es la contabilidad del ingreso y producto nacional, para obtener estimaciones del capital humano para un grupo de países en diferentes partes del mundo. Naturalmente, él hace eso porque sabe que tiene interés teórico. El trabajo que han iniciado Summers y Heston en la Universidad de Pennsylvania es valioso. Pero no creo que las regresiones sustituyan de alguna manera la construcción de modelos teóricos.

—De acuerdo con las cifras que aparecen en su artículo "La revolución industrial: Pasado y futuro", ¿no cree que se puede perder mucha información si el trabajo empírico se hace para un período de treinta años, como en general ha sido el caso, siendo que estos procesos de crecimiento pueden tomar períodos mucho más largos, quizá de cien años o doscientos o incluso más años?

—En efecto. La literatura sobre la convergencia es insatisfactoria. El uso de esotéricos métodos econométricos relacionados con raíces unitarias no tiene nada que ver con el tema. Hay que estudiar series de tiempo largas. En Chicago recibimos una tesis que investiga la convergencia dentro de la CEE. Y hay una razón natural para estudiar la CEE, ya que el comercio entre los países miembros ha sido mayor que con los demás países. La convergencia que se observa en la CEE es impresionante. Y esto se relaciona con Heckscher-Ohlin y la igualación de los precios de factores; es decir, si uno quiere ver que la teoría calza con los datos, aquí se cumple cabalmente. Estos países reducen los aranceles entre ellos a cero, y la consecuencia teórica es que sus ingresos se igualan en un período finito. Esto es, precisamente, lo que está sucediendo en la práctica. Es decir, seleccionar de esa forma un subconjunto razonable de países e investigar lo que pasa resulta mucho más instructivo que utilizar la información recopilada por Heston y Summers en un programa de regresiones. Si a alguien le cabe alguna duda de que existan fuerzas poderosas conducentes a la convergencia entre países que comercian entre sí, basta investigar los datos correspondientes a Europa.

—Y esto durante un período de tiempo bastante corto...

—Efectivamente; todo ha ocurrido desde la segunda guerra mundial, y quizás a partir de 1960. Incluso, el milagro de Italia es casi tan impresionante como el de Japón.

—Una las implicancias de la teoría moderna de crecimiento se relaciona con el polémico comentario suyo acerca de la inflación, el crecimiento y la inestabilidad macroeconómica. Usted ha sostenido que desde el punto de vista del bienestar de los países, la inestabilidad macroeconómica no es importante. Me gustaría que usted elaborase esa idea.

—Estaba hablando de los Estados Unidos de la posguerra.

—Exactamente, pero quisiera que elaborase ese punto, aunque supongo que no tiene gran relevancia para las fluctuaciones que hemos visto en nuestras latitudes.

—Lo que hice en el artículo "Models of Business Cycles" fue usar un enfoque del tipo "triángulo de bienestar", para obtener una fórmula que relacionara los costos de bienestar ocasionados por la inestabilidad monetaria con la inestabilidad real medida por la varianza del consumo. En el caso de la economía estadounidense de hoy en día, cuando se toma la varianza del consumo en torno a la tendencia, aplicando la fórmula, se obtiene una cifra muy pequeña. Sin embargo, es una fórmula lineal: si se aplica una varianza mayor se obtiene una cifra mayor. Entonces, quizás lo único que esto nos diga es que la economía estadounidense ha tenido una trayectoria muy estable durante el período de la posguerra. En todo caso, creo que esas fórmulas son más o menos correctas.

—Entonces, se podría concluir que lo que importa es el crecimiento, o que el crecimiento importa mucho más que las fluctuaciones de corto plazo. Ello da paso al argumento de que la inflación o las políticas macroeconómicas no son tan importantes para el crecimiento...

—Quizás esa aseveración resulta algo irresponsable. ¡Un colega me advirtió que no podía ir a Argentina y Chile y decir cosas de ese tipo! En ese artículo intentaba oponerme a una tendencia que se observa, especialmente en la macroeconomía, de visualizar lo que hacemos en términos de tratar síndromes muy complicados. A mi parecer, enumerar seis u ocho características de la economía, algunas relacionadas entre sí y otras no, con la idea de tratarlas todas de una vez, es como ir al médico y decir: "Mire, soy malo para el básquetbol, no me llevo bien con mi mujer, me duele el pie, me fracturé el brazo izquierdo... ¿Qué debo hacer?" En lo posible, debemos usar nuestro intelecto para descomponer los problemas en partes solucionables, y solucionarlos de a uno. Claro, siempre se pierde una u otra parte. Eso es lo que intenté plantear en mi artículo.

En lo que se refiere a la evidencia específica de la inflación y el crecimiento, si alguien presenta evidencia completa e incontrovertible de que las dos cosas están relacionadas entre sí, entonces tal vez habría que tratarlas como un paquete. Sin embargo, en lo que se refiere a estas dos variables, tal evidencia aún no se ha presentado. Hay muchos ejemplos de países con inflación moderada que han tenido éxito en el crecimiento —por supuesto, ellos pagan la pérdida de recursos que significa la inflación—, y también hay ejemplos de países con inflación muy baja que han tenido buen crecimiento. Por lo tanto, no parece haber una relación unívoca entre los

dos. Sin embargo, cuando se produce una enorme caída de la producción real, tal como ocurrió en Argentina durante los años 80, su origen debe buscarse en la aplicación de horribles políticas monetarias o macroeconómicas. Otro ejemplo es el de los Estados Unidos en los años 30. No voy a negar que estos desastres se relacionen con causas macroeconómicas.

—En momentos de inestabilidad macroeconómica, en Chile y Argentina suele pensarse que existe el riesgo de que se adopten políticas económicas adversas para el crecimiento. Un caso es la actual situación en Argentina, donde se estaría corriendo ese riesgo. Por lo tanto, la relación entre buenas políticas macroeconómicas y el crecimiento debe ser de ese tipo. Por ejemplo, la gran depresión fue mala para el crecimiento a largo plazo en todo el mundo.

—Volvamos al ejemplo de Banco Central de Chile, que intenta bajar la tasa de inflación en medio punto o un punto cada año. La economía chilena ha estado creciendo a un buen ritmo; es evidente que la presencia de una tasa de inflación de 6 ó 7% —que es alta según estándares norteamericanos— no ha sido incongruente con un crecimiento muy rápido. Pero me parece que seguir bajando esa tasa de inflación le va a producir una ventaja modesta a la economía y no veo por qué habría que dudar de que se mantendrá un alto crecimiento. Esto es un ejemplo de por qué creo que es más fructífero usar los argumentos correspondientes a la tasa óptima de inflación, o los referentes a costos de bienestar, para determinar lo que debe hacer el Banco Central con las tasas de interés. De la misma forma, se deben usar modelos reales para hablar del crecimiento, manteniendo ambos objetivos de política en categorías separadas. Ahora bien, si alguien me demuestra que cuando se busca reducir la inflación por debajo de un cierto nivel porcentual la tasa de crecimiento se resiente, entonces tendré que cambiar de opinión.

—Si lo entiendo correctamente, cuando la situación económica se pone realmente mal, las personas esperan, como una de las respuestas posibles, un alza de los aranceles. Sin embargo, después es muy difícil volver a bajar los aranceles; por tanto, se presenta aquí una relación entre la estabilidad y el crecimiento. Permítanme plantear un ejemplo más específico. Chile era un país que exportaba salitre y tenía una economía muy abierta. Cuando los alemanes descubrieron el salitre artificial, en 1914, la primera reacción fueron las huelgas, con los típicos problemas asociados a ellas. Una de las medidas que se adoptaron fue subir los aranceles. Esto, previo a Keynes, era una respuesta política natural para ahorrar divisas. Y el mismo fenómeno sigue reapareciendo una y otra vez. Este tipo de reacción es el que la gente en Chile y en Argentina tiene en mente cuando temen o cuando establecen cierta relación, en momentos críticos por lo menos, entre las políticas monetarias o macroeconómicas y el crecimiento.

—Eso es mercantilismo, creo yo: la idea de que hay que acumular divisas y manipular las políticas para conseguir ese fin. La idea de intentar exportar más de lo que se importa...

—Permítame reformular la pregunta: ¿estaría usted de acuerdo con que si se producen grandes fluctuaciones en el ciclo económico, por ejemplo depresiones importantes, se corre el riesgo de que se introduzcan políticas nocivas para el crecimiento y que, en ese sentido, hay una relación, al menos conceptual, entre buenas políticas y crecimiento?

—Por supuesto que sí. Los años 30 nos trajeron a Hitler... La gente tenía la sensación de que las democracias liberales no eran capaces de enfrentar sus problemas, por lo que aparecieron toda clase de regímenes perversos durante ese período. En el caso de los Estados Unidos, pese a que no soy partidario de lo que fue el New Deal, ni de muchas de sus leyes, creo que por lo menos constituyeron los pecados de un gobierno democrático y no los de una dictadura, ¡aun cuando fueron pecados!

Lo que hice en la última sección de mi artículo "Making a Miracle" fue, al igual que Barro, mirar las *Penn World Tables* y preguntar ¿cuáles son los datos más impactantes? Y esto me llevó a subrayar un simple proceso empírico: la apertura. Cuando se observan las pautas de crecimiento, es evidente que los países que siguen políticas de sustitución de importaciones no están alcanzando el éxito.

—Stan Fischer ha presentado evidencia de la inflación y el crecimiento basada en el mismo tipo de análisis...

—Hay otro enfoque, esto es, ¿hasta qué punto la dirección de causalidad va en sentido contrario y la inflación obedece a varios tipos de problemas reales?

—¿A problemas distributivos?

—Tal vez, o simplemente a la falta de disposición de la gente para enfrentar la realidad de los déficit, por ejemplo.

—Eso calza con la experiencia de los países sudamericanos —al menos en los casos de Argentina, Chile y otros—, que eran relativamente ricos y que, de alguna manera, cayeron en la inflación después de quedar rezagados.

—Uno de los temas que discutí en mi reciente visita a Argentina fue la influencia de Mussolini en este continente. Aparentemente, Perón pasó algún tiempo en Italia. Su concepto de la planificación central constituía un enfoque corporativista que surgió en los años 30, en el que las grandes empresas, los grandes sindicatos y el gran gobierno se juntaban para decidir de manera centralizada lo que se debía hacer.

—Probablemente eso tenga alguna relación con otro párrafo de su artículo "La revolución industrial: Pasado y futuro", referente a las políti-

cas de distribución del ingreso. Nos gustaría que comentara un poco sobre eso.

—No se trata de un principio o punto de vista filosófico respecto de los argumentos distributivos, sino que de una generalización basada en la experiencia. No creo que la aplicación de políticas redistributivas haya beneficiado en alguna sociedad a los sectores pobres. Ciertamente debe haber un sistema tributario progresivo, porque no se puede hacer tributar a la gente que no tiene recursos; sin embargo, eso significa muy poco en términos de redistribución —en los Estados Unidos, al menos, significa un grado muy modesto de progresividad. Y también hay que tener una red social básica, ya sea por motivos políticos u otros. Una de las razones por las que Argentina se encuentra en una situación tan difícil es que carece de un sistema de asistencia para ayudar a los desempleados. En los Estados Unidos, en cambio, el sistema de asistencia social ha facilitado en gran medida el manejo de la cesantía. No es necesario cambiar toda la economía, sino sólo canalizar algunos recursos en forma directa.

—Alesina y Rodrik han usado el mismo tipo de regresión y hallaron una correlación entre la distribución del ingreso y el crecimiento para un corte transversal de países. De ahí surge la hipótesis de que los países que presentan una distribución más desigual tienen más conflictos sociales, y que en el intento de corregir esa distribución se producen distorsiones. ¿Estaría usted de acuerdo con ese argumento?

—Ése es el argumento de Persson y Tabellini. Cuando hay mucha desigualdad, el sistema político va a recurrir a la tributación del capital para transferir recursos hacia los más pobres, y eso hace disminuir la tasa de crecimiento. Bueno, es una posibilidad teórica..., no sé. Yo veo a países con mucha desigualdad que no están haciendo nada por los pobres, ¡ni siquiera tienen un buen sistema escolar! No es efectivo que tomen todo el dinero del capital para dárselo a los pobres.

—Pero ¿hasta qué punto llevaría usted la crítica de la redistribución? Por ejemplo, ¿qué diría acerca de la intervención estatal mediante el subsidio, digamos, de las escuelas, la salud, el salario mínimo, por citar algunas áreas?

— Estoy a favor, en cierta medida, de los subsidios en cada una de esas tres áreas. Por cierto, tendríamos que hablar de cantidades y dónde aplicar esos subsidios. Por ejemplo, no me preocupa el sistema de bienestar estadounidense, no lo considero un ítem muy importante en términos del gasto gubernamental. Sin embargo, supongo que el problema más grave consiste en que se establecen programas unos encima de otros. Cada uno se ve bien individualmente, pero en su conjunto hacen que la gente pobre

enfrente restricciones presupuestarias muy extrañas. Por ejemplo, el cesante que encuentra trabajo pierde el seguro de desempleo, pierde el subsidio de alimentación y esto podría generar un desincentivo para trabajar. Pareciera fácil para un economista rediseñar el conjunto de medidas de apoyo social, con el fin de que sirvan mejor a los pobres. Que los sistemas de asistencia social sean perfectibles no significa que deban ser eliminados.

Ahora bien, en estos temas es difícil pensar en términos de estadísticas. ¿Hay algún conjunto de axiomas éticos que nos lleve a preferir una distribución a otra? Me parece que lo que hay que hacer es pensar más en establecer incentivos correctos y hacer que las personas, individualmente, reciban un ingreso decente, y luego aceptar la distribución resultante. En el caso de Chile, como en el de otros países, yo no tengo una idea preconcebida de lo que constituye la distribución de ingreso correcta, con la cual contrastar las distribuciones efectivas.

—Estoy plenamente de acuerdo con su enfoque en esta materia. Sin embargo, hay quienes plantean que nuestro bienestar aumenta, simplemente, cuando nuestros ingresos son más iguales, y que éste disminuye si los ingresos son muy desiguales. Es decir, se argumenta que las personas se sienten de alguna manera mejor si todas tienen, más o menos, los mismos niveles de ingresos, y que se sienten incómodas si dos o tres están muy por encima del resto. Por lo tanto, el hecho mismo de la desigualdad constituye algo negativo para el bienestar general. ¿Qué opina usted sobre este argumento?

—¿No se trata, en parte, de los ineludibles problemas asociados con la información privada y los seguros? Si mi negocio consiste en vender seguros automotores, me gustaría poder identificar a los conductores irresponsables; sin embargo, éstos se parecen a cualquier otro conductor, y no puedo distinguirlos. Aunque para la sociedad sea muy importante tener conductores prudentes, si a éstos no se les puede distinguir de los irresponsables, será difícil obtener un buen seguro automotor. Si la misma idea se aplica al trabajo y al éxito, etc., tendremos un problema. El seguro funciona mejor cuando la mayoría de las diferencias observadas tienen que ver con aspectos que quedan fuera del control de las personas y cuando los temas de selección adversa y *moral hazard* son insignificantes —porque éstos nunca desaparecen completamente. En mi opinión, ésta es la razón por la que tenemos asistencia social: las empresas privadas nunca ofrecerían un seguro contra el desempleo, por ejemplo, ya que la selección adversa lo destruiría y, por lo tanto, lo provee el Estado. Este último es el que debe sufrir, entonces, las consecuencias de la selección adversa. En suma, es un negocio perdedor y tenemos que usar el sistema tributario para apoyarlo. Al menos, eso nos dice la teoría.

—Volviendo al tema de los tigres asiáticos, creo que la gente —y también los economistas— se sienten de alguna manera incómodos con la historia de los tigres. Para no centrarnos en Taiwán y Corea solamente, se puede señalar que Tailandia, Malasia e Indonesia han crecido todos a tasas cercanas al 9% durante los últimos 15 años; sin embargo, la economía chilena, que lo ha hecho muy bien, ha crecido a tasas de 6,5% ó 7 % en los últimos diez años. Esta diferencia de 2 ó 3 puntos porcentuales preocupa, ya que nuestra economía tiene menos distorsiones; en cierta medida, es más abierta que esas otras economías; luego el proceso de learning by doing *debiera ser más rápido acá. Estoy consciente de que la diferencia puede no parecer muy importante; sin embargo 2 ó 3% equivale a todo el crecimiento anual de los Estados Unidos y más que el de Europa durante los últimos 20 años. ¿Cómo podemos explicarlo? No tenemos una respuesta teórica. ¿Tendrá que ver con el hecho de que ellos están fabricando productos industriales en vez de producir recursos naturales y que en ciertas áreas el* learning by doing *es más alto que en otras? Nosotros creemos que el hecho de tener una menor cantidad de distorsiones favorece el crecimiento de la economía, por lo tanto parece que algo falta, y es por eso, creo yo, que la gente en Argentina y en Chile le pregunta a usted: ¿Qué se debe hacer para seguir manteniendo altas tasas de crecimiento?*

—Pero eso no constituye evidencia, ya que la gente de Corea se pregunta lo mismo. Los coreanos, incluidos los que son economistas libremercadistas y que no apoyan la idea de que es la planificación coreana la que ha producido este milagro, creen que se requiere planificación para mantenerlo. Desde luego, este punto de vista se ve fortalecido por el hecho de que el gobierno coreano controla casi todo lo que se mueve en ese país, de una manera u otra. Por lo tanto, esa sensación de duda acerca del camino a seguir de ahora en adelante es universal. Otra inquietud universal es la de que "nosotros" estamos en desventaja: los coreanos, por ejemplo, se quejan de los bajos salarios de los trabajadores tailandeses: "¿Cómo vamos a competir con los tailandeses que trabajan por nada?"; otros se quejan de la alta capacitación de los alemanes: "¿Cómo podemos competir con los alemanes, ya que son tan despiertos?" Es decir, todo el mundo tiene alguna ventaja salvo "nosotros". Supongo que la gente siente preocupación por la evolución de sus economías; sin embargo, en mi opinión, esa preocupación no se justifica. Ahora bien, en cuanto a ese 6% *versus* 9% que usted señala, no sé. Es cierto que no representa una diferencia trivial; la diferencia es más grande que la tasa de crecimiento entera de los Estados Unidos, y admito ese punto.

—Conforme con la teoría del crecimiento, durante la fase del despegue, los coeficientes de inversión y ahorro son importantes, y éstos son mucho más altos en los países del Asia Oriental que en Chile.

—Sí, pero hoy las tasas correspondientes a Chile también son muy altas, ¿28% o algo así? Comparado con los estándares estadounidenses, eso es increíble.

—Sí, pero la situación es muy reciente y las tasas asiáticas son más altas aún: 35% ó 40%.

—De acuerdo, pero simplemente no lo entiendo. Muchas personas han tratado de explicar esas altas tasas de ahorro en términos de una posible persistencia de hábitos, por ejemplo; sin embargo, me parece que esa explicación es muy mecánica.

—Las diferencias en las tasas de inversión tienen que ser muy grandes para producir tanta diferencia entre las tasas de crecimiento. Le falta algo a la explicación. Creo que es eso lo que inquieta a la gente de Latinoamérica.

—Pero hay un punto que destacaron Feldstein y Horioka, ¿por qué tienen que estar relacionadas las tasas de ahorro y el crecimiento? ¿Por qué no se puede tener cualquier combinación de tasas de ahorro y crecimiento? Por ejemplo, una tasa de ahorro muy alta invertida en el exterior, o una tasa de ahorro muy baja junto con cuantiosas entradas de capitales. Sin embargo, al parecer, se observa una alta correlación entre las tasas de ahorro y las tasas de inversión. Los movimientos de capitales transfronterizos no serían tan importantes como se esperaría. Queda mucho por comprender en este campo...

La enseñanza de la economía y la Escuela de Chicago

—Usted hizo sus estudios de pregrado en historia en la Universidad de Chicago y luego pasó a estudiar economía. ¿Cuál fue la razón de este cambio?

—Fue una decisión enteramente intelectual. ¡No tenía idea de las diferencias salariales que había entre las dos disciplinas!

—Pero eso depende del tipo de libros que uno escribe. ¡Fukuyama gana mucho dinero escribiendo historia! La pregunta es: ¿por qué decidió cambiarse a economía?

—Durante el último año de mis estudios de pregrado tenía un amigo que estaba en el programa de posgrado en el Departamento de Economía de Chicago, y lo que él estaba haciendo me parecía más interesante que lo que yo hacía como estudiante de historia. Por otra parte, durante mis estudios de

historia el libro que más me impactó fue uno escrito por Henri Perén, especialista en historia económica y social, que trata del final del período romano y principios de la Edad Media. Fue la primera vez que yo leía un libro de historia centrado en las vidas económicas de la gente corriente y no en la de reyes, reinas, dinastías y otros semejantes, y me gustó mucho. Pensé que ésa era la mejor manera de enfocar la historia. Después obtuve la beca Woodrow Wilson y me fui a Berkeley. Tomé muchos cursos de historia económica, incluido uno sobre la Edad Media, que dictaba David Landers (ahora en Harvard), en el que leímos el libro de Perén. Me gustó mucho. Y también asistí como alumno oyente a un curso de economía dictado por Hyman Minsky. Sin embargo, me di cuenta de que no podía asimilar la economía, al nivel que me interesaba hacerlo, mediante cursos tomados esporádicamente como oyente, mientras continuaba con mis estudios de historia. No sabía matemática, por ejemplo. La beca Woodrow Wilson duraba sólo un año y no tenía ayuda financiera de Berkeley, por lo que postulé a una ayudantía, pero me respondieron que no me pagarían por enseñar economía hasta que tuviera algunos conocimientos del tema, ¡lo que me pareció bastante razonable! Por lo tanto, no se podía esperar apoyo en Berkeley. Por otro lado, acababa de casarme, mi esposa era estudiante de Chicago, de modo que volvimos a Chicago, y tras aprobar un examen de alto nivel, me admitieron en forma automática al Departamento de Economía y no tuve que postular. Luego, durante el resto de ese año, asistí a diversos cursos de posgrado y tomé el curso de Friedman al año siguiente. Por lo tanto, la transición completa me significó menos de un año.

Una vez dentro del programa de posgrado en economía, todo era nuevo. Durante el primer año, debido a la intensidad del programa, no era posible tomar un curso de historia económica. Así que me fue absorbiendo la economía. Antes de seguir el curso de Friedman, pasé el verano leyendo los cuatro capítulos iniciales de *Foundations of Economic Analysis*, de Samuelson, lo que para mi generación constituía la Biblia. Adoraba ese libro, de hecho aún me gusta mucho. Y retomé cálculo, que no había practicado durante muchos años. Creo que supe aprovechar el curso de Friedman más que la mayoría de mis compañeros, ya que siempre intentaba traducir lo que decía Friedman a modelos matemáticos, a la manera de Samuelson. El curso de Friedman fue una experiencia que cambió mi vida. Creo que esa combinación de profesores me ayudó mucho, realmente aprendí economía con ellos... En fin, para esa fecha no sólo estaba inmerso en la economía, sino que además me encontraba en su extremo más técnico. Y así fue como abandoné la historia económica, aunque supongo que puede decirse que ella fue el puente para mi especialización posterior. Sin embar-

go, en verdad, fui estudiante de historia económica durante apenas un trimestre.

—¿Alguien tuvo una influencia especial en sus estudios de posgrado?

—Friedman, desde luego. También Harberger, que era la única persona en Chicago que en esa época investigaba la dinámica y que fue presidente de mi comité de tesis. Y muchos otros como Gregg Lewis; Zvi Griliches, que enseñaba econometría; Dale Jorgenson; Dan Baers, quien ha hecho la mayor parte de su carrera en la Universidad de California en San Diego, y que en ese entonces era profesor asistente en matemática. En aquella época Chicago era antimatemática, especialmente antiequilibrio general, lo que me significó ciertos problemas, porque fue en ese campo que vi mi lugar. Pero hubo personas que me motivaron e incentivaron para seguir adelante y fue ése el tipo de rol que jugó Jorgenson. Uno puede adaptarse a lo que otros quieren que uno haga, o intentar buscar a las personas que le motiven a uno en lo que ya sabe que quiere hacer. Probablemente para alguien porfiado, la última es la mejor estrategia.

—Como economista que además ha estudiado historia, quisiera preguntarle cuál es su opinión sobre la hipótesis de Fukuyama referente al fin de historia.

—Encontré muy interesante el libro de Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*. Ahí plantea temas que yo también considero muy importantes. No veo nada malo (y traté de expresar lo mismo en mi artículo sobre el crecimiento económico "Revolución industrial: Pasado y futuro") en ser optimista acerca del período actual —el período de la posguerra. Efectivamente, creo que, como mundo, hemos acertado en muchos temas en lo cuales nos habíamos equivocado después de la primera guerra mundial. Esto ha dado dividendos en términos tanto económicos como políticos. ¿Por qué no decirlo? ¿Por qué debemos decir siempre que el mundo está al borde de la catástrofe? Por lo tanto, a mí me gusta, desde ese punto de vista, el planteamiento de Fukuyama. Por otro lado, en cuanto a la discusión sobre Hegel, etc., eso está fuera de mi alcance y no voy a opinar al respecto.

—Algunos sostienen que los valores culturales juegan un papel en el crecimiento económico. Aunque los economistas no tendemos a inclinarnos por esta idea, Putnam, el cientista político italiano, Sowell, el mismo Fukuyama e Ingelhardt han argumentado que hay alguna relación entre los valores culturales y el crecimiento. Por otra parte, Ingelhardt presenta evidencia en favor de esta correlación entre el crecimiento y alguna medición de valores. ¿Qué piensa acerca de este tipo de literatura?

—Cuando miro la desigualdad en el mundo —a la que me refiero en mi artículo "Revolución industrial: Pasado y futuro"— y veo que se evolu-

ciona desde un estado de aproximada igualdad en las sociedades hacia una diferencia de cerca de seis a uno entre los europeos y los demás, me parece que se trata de algo que debe haber estimulado muchas doctrinas culturales o raciales, ya que una evolución de tal magnitud exige una explicación. ¿Cómo es posible que los europeos sean seis veces más productivos que todo el resto de la raza humana? Pienso que numerosas doctrinas raciales deben haber sido causadas por la dimensión económica. Cuando los griegos hablaban de los bárbaros, apenas se referían a los no griegos; no querían decir que habían quedado rezagados o que no eran inteligentes, sino sólo "diferentes de nosotros". Sin embargo, la idea de una cultura más propicia para el desarrollo económico quizás sí sea una idea moderna. No sé, tal vez lo que estoy diciendo revela una ignorancia histórica...

—Sowell, por ejemplo, dice que hay gente que ha tenido mucho éxito en todas partes del mundo, mientras que otros no han tenido tanto éxito, en términos de su desempeño económico individual. Aislando de alguna manera las instituciones y los derechos de propiedad en las sociedades, Sowell detecta modos diferentes de comportarse entre los diversos grupos...

—Max Weber observó lo mismo. El comparó la productividad de las granjas de los polacos con la de las granjas trabajadas por alemanes en Prusia y encontró que estos últimos producían tres veces más, o algo por el estilo, que los polacos. Esa región era protestante y por tanto representa el nacimiento de la ética protestante. Weber se basó en datos reales. Sowell ha recopilado datos acerca de los trabajadores chinos y malayos, y mucha gente, al investigar situaciones similares en el sudeste asiático, ha encontrado enormes diferencias de productividad. No se pueden negar las cifras, pero no me parecen concluyentes. Puede que esté diciendo lo "políticamente correcto"; sin embargo, creo en ello.

—Pero el trabajo realizado por Putnam, que tengo entendido no ha recibido una buena acogida entre muchos italianos, plantea que las diferencias de crecimiento entre el norte y el sur de Italia se relacionan con hábitos e instituciones. ¿Qué opina de eso?

—No conozco la evidencia.

—Y ¿qué opina respecto del learning by doing *y su relación con las instituciones?*

—En el contexto de las empresas, si consideramos los datos sobre la construcción naval en la segunda guerra mundial, en realidad, ¿quién está realizando el aprendizaje? ¿Los gerentes, los trabajadores individuales o el grupo, en algún sentido? Si se hubiera seguido la trayectoria posterior de las personas que trabajaban en esas plantas, habría sido posible aprender algo al respecto. Sin embargo nadie lo ha hecho, por lo tanto es difícil saber. Es

decir, los individuos realizan una actividad en grupo y el grupo se va tornando cada vez más eficiente: hay muchas posibilidades respecto del proceso que se presenta allí. Por cierto, las compañías ganan experiencia y todos decimos, por ejemplo, que tal compañía sabe organizar una convención, o que tal compañía sabe construir pozos petroleros. Pero ¿qué significa eso de que "la compañía sabe"? De alguna manera significa que si se contrata a esa compañía, el trabajo se hará bien, mientras que si se contrata a otra empresa, no habrá tanta confianza. Por lo tanto, allí debe haber una dimensión institucional presente.

—Pero, a su juicio, ¿hay alguna correlación entre las instituciones y el crecimiento económico?

— Ayer, al hablar con los estudiantes en el CEP, mencioné el tema de los hindúes, lo que de alguna forma refleja mi posición en esta materia. Se ha dicho que el hinduismo, de alguna forma, no es coherente con la actividad empresarial. Sin embargo, cuando se observa a los empresarios hindúes fuera de la India, se ve una actividad empresarial impresionante: son empresarios con mucha capacidad. Luego uno se entera de que algunas castas tienen siglos de tradición de éxito empresarial, y de repente toda la explicación cultural empieza a verse reemplazada por explicaciones que tienen que ver mucho más con las políticas económicas del gobierno moderno de la India.

—Un bonito ejemplo de lo mismo son los cubanos residentes en la Florida, en Estados Unidos.

—Sí, de acuerdo

—Sin embargo, Sowell entrega evidencia adicional. Cuando controla por sociedades diferentes, detecta que algunos grupos tienen éxito en ambientes diferentes, mientras otros grupos no tienen tanto éxito. En otras palabras, el éxito depende un poco del entorno.

— Sí. Las influencias familiares y culturales suelen persistir durante mucho más tiempo que lo que se suele pensar. Supongo que eso es lo que argumenta Sowell. Quizás tenga razón.

—Cambiando de tema, me gustaría plantear una interrogante más bien metodológica. Muchos economistas piensan que el trabajo empírico en economía se encuentra bastante rezagado en comparación con el trabajo teórico, en el sentido de que se observa una tensión creciente entre los teóricos y los empíricos. Los teóricos resienten lo que hacen los empíricos con sus modelos. ¿Qué opina usted al respecto?

—El término "teórico" se emplea cada vez más para referirse a la teoría de juegos. David Levine, por ejemplo, no considera que Becker ni yo

seamos teóricos. ¿Usted se refiere a teóricos en el sentido de la teoría de juegos o a personas que elaboran modelos explícitos?

—Bueno, está vinculado con esa idea, pero también con la idea de que la teoría se encuentra mucho más adelantada. El trabajo de probar las teorías se está volviendo cada vez menos satisfactorio. Por ejemplo, las pruebas de los modelos del crecimiento endógeno, mediante regresiones de corte transversal. Creo que éste no es el tipo de trabajo que los teóricos quisieran ver para probar sus teorías. Y esto se observa tanto en la macroeconomía como en la microeconomía —la teoría de juegos representa un caso especial en el sentido de que no tiene trabajo empírico que ofrecer...

—Hay muchos economistas muy buenos que simplemente no están interesados en una orientación empírica. En la macroeconomía, una de las cosas más impresionantes del trabajo de Kydland y Prescott sobre ciclos económicos reales es su intento de mostrar o promover una manera diferente de contrastar la teoría con los datos. Se prescinde de mucho de la metodología estadística del tipo Neyman-Pearson, que yo considero un paso esencial. Se piensa que no se debe esperar que la teoría sea verdadera, en un sentido literal, o que calce con todo en forma literal; incluso es probable que sea incongruente con casi todo. Lo que se debe esperar, simplemente, es que sea coherente con al menos algo importante. Este enfoque me pareció muy estimulante, y muchas otras personas en la profesión pensaron lo mismo. La idea de poder investigar los datos sin licencia previa, sin utilizar una batería de tests preasignada, sino apenas salir y recopilar las cifras, produjo una sensación de liberación. Por ejemplo, hace veinte años yo no hubiera usado las diapositivas que presenté ayer en la tarde. No habría considerado que era la forma en que se debía hacer el trabajo empírico. Sin embargo, ahora todo el mundo lo hace así. De alguna manera se comienza por organizar los datos de un modo que permita enfocarlos, luego se configura una teoría que se compara con las cifras; si no funciona, se va iterando entre datos y teoría. A mí me gusta eso, creo que ha liberado el proceso. Pero hay mucha gente que no lo acepta. Además, hay cierto sesgo de parte del teórico, a quien siempre le va a gustar su propia teoría. Así que no me sorprendería que si yo elaborara una teoría que calza con algunos datos, otra persona realice unas regresiones que sugieran que mi teoría ni siquiera se aproxima a los datos. Eso no me parece malo.

—Sin embargo, la teoría de juegos se ha difundido mucho en la disciplina de la economía, o al menos en la microeconomía, y la mayoría de los tests empíricos realizados representan una suerte de experimento de laboratorio, en el sentido de que para verificar estas teorías la mayoría de

las personas realizan alguna encuesta, o colocan a la gente bajo ciertas reglas para ver si reaccionan de acuerdo con las predicciones de la teoría. ¿Qué opina acerca de este tipo de trabajo?

—No sé a qué trabajo se refiere específicamente. Vernon Smith ofreció una conferencia muy interesante en la Northwestern University hace un par de años, y él subrayaba que el comportamiento estratégico en los experimentos es menor que el que predice la teoría de juegos. Por ejemplo, se constata que seis u ocho estudiantes que participan en un juego de mercado constituyen, básicamente, la competencia perfecta —en circunstancias que yo habría imaginado que se produciría alguna colusión implícita; pero no.

En el trabajo de Vernon Smith, en el campo de experimentos de mercado, a los participantes se les asigna una función de utilidad, diciéndoles que se les pagará una cantidad de dólares si logran ciertos resultados. Por lo tanto, no se aprenderá nada respecto de sus preferencias subyacentes, ya que sabemos que prefieren más dólares que menos. Lo que sí se aprenderá es cómo reaccionan ante cierto tipo de situación de intercambio. La situación se controla de tal modo que existen curvas de demanda y oferta teóricas, y se puede determinar en forma teórica el precio que se producirá bajo un equilibrio walrasiano. Esto se puede establecer con exactitud, ya que a los participantes se les han asignado sus preferencias. Básicamente, se les han entregado los datos. Entonces ¿qué es lo que se aprende mediante el experimento? Bueno, no es que se tenga un rematador walrasiano; a los individuos se les permite, simplemente, regatear los precios para equilibrar lo que quieran equilibrar. Por ejemplo, si usted y yo queremos intercambiar manzanas por naranjas, acordamos un precio y lo concretamos. Constituye lo que se llama un *double oral auction*, que significa que yo le puedo ofrecer tantas manzanas por una naranja y que usted puede presentar una contraoferta, etc. Se puede decir lo que se quiera en la negociación, pero finalmente se llega a un equilibrio. Si se realizan estos experimentos a través del tiempo, se producen naturalmente diferentes precios. La ley del precio único no se cumple necesariamente y los precios fluctúan a través del tiempo. Estas fluctuaciones van disminuyendo a medida que la gente se entera de lo que está pasando. Aunque me estoy refiriendo a experimentos que se llevaron a cabo en los años 60, creo que sus características se mantienen hasta la fecha. Con todo, el resultado general es que, desde el principio, los modelos atomistas de competencia perfecta han realizado un excelente trabajo en predecir el comportamiento de precios, especialmente luego de dos o tres pruebas de aprendizaje. Es decir, yo puedo aceptar su oferta en la primera ronda, pero luego de un par de vueltas me doy cuenta de

que se me ha engañado y no voy a cometer el mismo error de nuevo, lo que suaviza la trayectoria de los precios. Nadie se apodera del mercado, no hay ningún comportamiento estratégico y el modelo atomista funciona muy bien.

Se han realizado otros experimentos en otros contextos y, de acuerdo con la conferencia de Smith a la que asistí, el resultado experimental siempre es más atomista y menos estratégico que el resultado teórico. Pero tal vez lo anterior no constituya una prueba justa en contra de la teoría de juegos. Es decir, la teoría de juegos sugiere que, en presencia de pocos agentes, éstos deberían tomar en cuenta el efecto que tienen sus acciones en el precio. Pero a mí me sorprendió que el número sea tan pequeño y que el modelo competitivo resulte tan eficaz.

—Éste es uno de los aspectos en discusión: ¿estos experimentos son realmente representativos de lo que la teoría de juegos pretende construir en la economía?

—Es decir, ¿usted cree que estas pruebas son irrelevantes?

—Bueno, parece que la gente está jugando solamente, no se sabe si los estudiantes se comportan en forma confiable, en el sentido de que podrían actuar distinto en el mercado real. Hay un debate allí.

—Smith también se refirió a eso en su conferencia. Una forma de describir lo que usted está diciendo es: ¿Qué podemos decir si, a medida que se aumenta el pago en dólares, se mantienen los demás aspectos constantes? ¿Es efectivo que hay un desplazamiento desde el comportamiento atomista hacia el estratégico? Creo que la respuesta es no. Me estoy extendiendo un poco más allá de lo que recuerdo de la conferencia. No obstante, no pretendo ofrecer un comentario en contra de la teoría de juegos; la teoría de juegos nos ha brindado un bonito lenguaje —que no teníamos— para hablar de las interacciones entre individuos en grupos pequeños, y todo el mundo la utiliza. Medida por su influencia intelectual, ha triunfado; del mismo modo que el lenguaje freudiano prevalece en la sicología individual. Con todo, aún podemos discutir acerca del valor científico de la sicología freudiana —su valor empírico— y todavía podemos discutir sobre el valor empírico de la teoría de juegos.

—Pasemos a otro tema. En relación con la idea de la relevancia para la economía, hay preocupación en la profesión por el hecho de que la investigación se estaría desplazando hacia el estudio de cosas irrelevantes, en el sentido de que no aportan al bienestar de los agentes económicos. Estoy pensando, específicamente, en la relevancia de los estudios teóricos que hoy se están llevando a cabo en economía, ¿contribuyen realmente a mejorar el bienestar de los consumidores? ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Creo que son muy importantes. Consideremos lo que ha pasado en Chile. Me parece que todo el progreso que ha experimentado este país —no cabe duda de que alcanzar un crecimiento de 6% beneficia a los consumidores— puede relacionarse fácilmente con cambios de política provocados por la teoría económica.

Estuve en Israel en junio y ahora en septiembre estoy en Chile, y he descubierto que me hace bien hablar de temas relacionados con la política real —por ejemplo, ¿debe Argentina devaluar su moneda o no?—, escuchar lo que la gente dice sobre ese tema e involucrarme en él o en el tema del control de la inflación a través de las tasas de interés, asunto que discutí en Israel y nuevamente acá. No tengo muchas conversaciones de ese tipo en Chicago. Para el macroeconomista es muy estimulante pensar en esos temas. Supongo que yo necesitaba participar en conversaciones de esta índole. Uno puede involucrarse demasiado, especialmente en un contexto universitario, en la técnica y en la matemática, negándose a pensar en problemas donde su matemática no funciona ciento por ciento. Porque cuando un reportero me pregunta: "¿Qué opina usted de la devaluación?", tengo que dar una respuesta; no puedo responder que últimamente no he escrito un artículo sobre el tema. Esto me obliga a pensar sobre el tema; y si creo que estoy pensando mal, tal vez me sienta motivado a elaborar unos modelos para que en la próxima oportunidad tenga respuestas mejores que ofrecer.

—¿Cree usted que el aislamiento de los problemas del mundo real de alguna manera tiende a distorsionar la educación de futuros economistas, por ejemplo, en la macroeconomía? ¿No podrían llegar a formarse alumnos que son excelentes matemáticos pero que no están preparados para enfrentar los problemas del mundo real? ¿No lo ve como un gran problema?

—Quedarse demasiado apegado a la práctica tiene riesgos también, en el sentido de restringirse, por ejemplo, a las opciones de políticas que se consideran en el Congreso. En los programas de posgrado se debe pensar en una gama de temas mucho más variada y en forma mucho más abstracta que lo que se exige a los jefes de bancos centrales. Sin embargo, visto que a mí me gusta la dirección técnica que ha tomado la ciencia económica, no me preocupa demasiado su alto nivel técnico. Pero alguien tiene que hacer algo con tanto equipamiento, de lo contrario se convertiría apenas en un juego. Lo mismo podría acontecer con la teoría de juegos. En algún momento se tendrán que abordar temas como la regulación, o el oligopolio, o la política de fusiones; es decir, algunas de las interrogantes que originalmente nos llevaron a interesarnos por el análisis de la organización industrial. Pero si al final no se logra hacer ningún aporte, entonces nuestro interés decaerá.

En los años 60, por ejemplo, el debate sobre la teoría del crecimiento se transformó en una discusión puramente teórica y pasado un tiempo la gente decidió que era estéril y que sería mejor pensar en algo distinto.

—¿Usted cree que la teoría de juegos no ha producido buenas predicciones, buenas interpretaciones de lo que ocurre en diferentes campos: por ejemplo, en la política monetaria?

—A mí no me preocupa demasiado tener hipótesis testeables en ese sentido; sin embargo, la teoría tiene que hacer contacto con problemas reales, de lo contrario se muere. Creo que hay muchas maneras de hacer contacto.

—Hablemos ahora sobre la Escuela de Chicago. Tradicionalmente se han identificado varias corrientes de pensamiento en la historia económica, tenemos la Escuela Austríaca, la Escuela Histórica Alemana, la Escuela de Cambridge... A su juicio, ¿existe una Escuela de Chicago?

—Bueno, tanto la Escuela Histórica Alemana como la Escuela Austríaca se alejaron de la corriente principal de la profesión, ya que no les gustó lo que ella estaba haciendo. Se aislaron, al igual que los mormones, que caminaron a través de Estados Unidos en busca de un mundo nuevo donde operar en forma aparte. Al final, creo que eso es equivocado. En cuanto a la Escuela de Cambridge, ¿quiere decir Marshall y Keynes?

—Sí.

—Ahí ocurrió lo contrario, ya que ellos se consideraban la corriente principal y nadie más tenía importancia. Por tanto, Keynes no tenía idea alguna de lo que hacían Wicksell, Slutksy u Ohlin. En efecto, se estaban elaborando trabajos interesantes por todo el mundo durante el período entre las dos guerras mundiales. Slutksy, en la Universidad Estatal de Moscú, sabía más de lo que estaba pasando que el propio Keynes, ya que Slutsky reconocía que estaba situado lejos del centro de los acontecimientos, mientras Keynes creía poder enterarse de todo lo importante desde Cambridge. Y si uno empieza a creer que el universo entero gira en torno a uno mismo y a sus amigos, se paga un costo... Supongo que estoy argumentando en favor de la corriente principal, de mantenerse en contacto con muchos aspectos, de no aislarse del resto de la profesión por creerse mejor que el resto o más "puro". Por cierto, no quiero que la Escuela de Chicago se sienta así.

—Pero ¿considera usted que hay o hubo una Escuela de Chicago en economía? Stigler, por ejemplo, sostiene en sus memorias que hubo una Escuela de Chicago, iniciada por Friedman, que consistía en dos principios básicos: en la idea de estudiar la regularidades empíricas con el fin de destilar los datos y comprobar las teorías, una suerte de fe en la economía

libremercadista, y en la idea de que los monopolios no tienen mucha importancia para entender lo que ocurre en la sociedad.

—La noción de que los monopolios no tienen importancia fue algo personal de Stigler. Se le ocurrió en la última etapa de su carrera. Él empezó como "cazador de monopolios", en contra de los monopolios, para terminar como discípulo de Demsetz, por razones genuinamente intelectuales. Sin embargo, a menos que uno se estuviera especializando en organización industrial, o estuviera tomando esos cursos, representaba realmente una cosa marginal. Creo que fue la impronta conservadora y libremercadista de las clases de Friedman durante los años 50 y 60 lo que impactó tanto a los alumnos americanos, acostumbrados al "liberalismo americano" reinante. Uno escuchaba cosas que nunca antes había escuchado y Friedman siempre estaba dispuesto a quedarse discutiendo hasta el final; participar en su curso constituía una experiencia extraordinaria. Causaba gran impacto oírle decir que no debemos tener leyes de salario mínimo. En ese entonces, yo no conocía a nadie que cuestionara esas leyes, y Friedman pasaba un día entero discutiendo el tema del salario mínimo. ¡Ahora tres minutos parecen más que suficiente! Además, fue importante la manera en que el mundo visualizaba a Friedman y a Chicago. Gran parte del concepto de la Escuela de Chicago se originó en chistes sarcásticos que Samuelson escribía en su columna del *Newsweek*, en un intento por desprestigiar los puntos de vista de Friedman sin tener que abordar lo sustantivo de ellos, sino simplemente insinuando que "este tipo está loco". Muchos decían que todo economista competente debía creer, por ejemplo, que lo mejor para Argentina era devaluar. Y si uno respondía: "Yo no pienso así", dejaba de ser un economista competente. Se trataba de reforzar el consenso científico destruyendo la credibilidad de quienes no lo compartían. Yo creo que en ese afán de hacer que el público aceptara las ideas keynesianas se exageró en demasía. Se decía, por ejemplo, "Mire, todos hemos suscrito estas ecuaciones que no podemos explicar, pero todos estamos de acuerdo, así que nosotros debemos manejar la economía". En este sentido, Friedman representaba una amenaza genuina. Creo que eso fue lo medular, y es eso lo que ha disminuido a través del tiempo, ya que el mundo se ha vuelto más conservador y hay mucho menos fe en los programas del tipo New Deal.

En cuanto al tema de la realidad empírica, Friedman hizo un aporte notable, en su calidad de profesor y científico, al concepto de la economía como ciencia empírica y de la teoría económica como instrumento para entender el mundo real. Allí están su libro escrito con Kuznets y su tesis. Sin embargo, no creo que este enfoque fuera exclusivo de la Universidad de Chicago, aunque quizás ahí se hizo más presente. Su libro sobre el consu-

mo, por ejemplo, ha gustado a todos y ha tenido una influencia muy generalizada. Por otro lado, creo que la hostilidad del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago hacia la teoría pura constituyó un error. Yo no comprendí la teoría de equilibrio general hasta que estuve en la Carnegie Mellon. Nadie la enseñaba en Chicago: creo que eso fue una limitante.

—Para terminar, una pregunta muy breve: sus ex alumnos hemos notado que usted ha dejado de fumar. ¡Representa un cambio notable! ¿Es consecuencia del premio Nobel?

—No; dejé de fumar hace dos años y medio, por miedo a morir pronto y por la hostilidad que hay en Estados Unidos hacia las personas que fuman. Así, todo tipo de cosas que se me habían hecho desagradables, nuevamente me son gratas ahora... Sin embargo, cuando tomo un descanso al mediodía, me encantaría fumar un cigarrillo... Pero las personas proclives a la adicción no deben mezclarse con ese tipo de sustancias. □

¿EN QUÉ ESTÁ LA TEORÍA MONETARIA? REFLEXIONES TRAS LA VISITA A CHILE DE ROBERT E. LUCAS, JR.*

Francisco Rosende R.

Hace ya veinte años, las contribuciones de Robert E. Lucas provocaron un verdadero impacto en el análisis y metodología de estudio del manejo macroeconómico de corto plazo. Desde entonces, son numerosos los estudios que se han desarrollado con el propósito de evaluar las propuestas específicas de Lucas con relación a las causas del ciclo económico y la naturaleza de la oferta agregada. Por otro lado, han sido también numerosos los trabajos en los que se utilizan las sugerencias metodológicas de Lucas para estructurar el planteamiento y validación de hipótesis en macroeconomía.

En el presente artículo se revisa el estado de la discusión sobre teoría monetaria a la luz de lo expuesto por Robert E. Lucas en su reciente visita a Chile, invitado por el Centro de Estudios Públicos. Este trabajo se propone servir como un marco de referencia para la entrevista a Lucas, que se publica en este volumen, y como una lectura de los aspectos más sobresalientes del debate macroeconómico actual.

FRANCISCO ROSENDE RAMÍREZ. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador Asociado del Centro de Estudios Públicos.

* Agradezco a Rodrigo Vergara por sus comentarios.

La reciente visita a Chile del Premio Nobel de Economía Robert E. Lucas, invitado por el Centro de Estudios Públicos, ha contribuido a revitalizar el debate académico doméstico en temas tan importantes como el estudio de los determinantes del crecimiento económico y el rol de la política económica frente a las fluctuaciones de corto plazo. Pocos economistas pueden hablar actualmente con tanta autoridad como Lucas de los temas mencionados, debido a la trascendencia de las contribuciones que éste ha realizado al desarrollo del conocimiento en dichas áreas.

La investigación de Lucas se ha dirigido últimamente, en lo esencial, al estudio del crecimiento económico, área que ha concitado un enorme interés entre los economistas académicos tras la publicación de los importantes aportes realizados por Romer (1986)[1] y el propio Lucas (1988)[2]. Así, las presentaciones efectuadas por Lucas en el CEP se refirieron al tema del crecimiento y sus determinantes, ocupando un lugar menos relevante dentro de las mismas el análisis del ciclo económico y las teorías explicativas de éste. No obstante lo cual, las opiniones de Lucas sobre el manejo macroeconómico de corto plazo contienen importantes reflexiones sobre el estado actual de la teoría de los ciclos de actividad[3].

2. Los trabajos seminales desarrollados por Lucas a comienzos de los años 70 en el campo de los ciclos económicos[4] se estructuraron sobre la base de dos principios básicos: la teoría cuantitativa del dinero y la hipótesis de expectativas racionales. En un plano más operativo, Lucas utilizó el supuesto de mercados en equilibrio de manera de entregarles a los precios la tarea de ajustar los mercados, al tiempo que incorporó el modelo intergeneracional desarrollado por Samuelson (1958)[5], Cass y Yaari (1966)[6] como marco de referencia para el estudio de las fluctuaciones de la actividad económica y el empleo. Tanto de la lectura de su conferencia Nobel[7], como de la entrevista sostenida con economistas en el Centro de Estudios Públi-

[1] P. Romer, "Increasing Returns and Long-Run Growth", *Journal of Political Economy*, 94 (1986).

[2] R. Lucas, Jr., "On the Mechanics of Economic Development", *Journal of Monetary Economics*, 22 (1988).

[3] Al respecto, véase "Conversación con Robert E. Lucas, Jr.", en este volumen.

[4] Una recolección de estos se encuentra en su *Studies in Business Cycle Theory* (MIT Press, 1981).

[5] "An Exact Consumption-Loan Model with or without the Social Contrivance of Money", *Journal of Political Economy*, 66 (diciembre 1958).

[6] "A Re-examination of the Pure Consumption Loan Model", *Journal of Political Economy*, 74 (agosto 1966).

cos, es claro que para Lucas los referentes básicos en el estudio de la teoría monetaria y los ciclos de actividad siguen siendo la teoría cuantitativa y la hipótesis de expectativas racionales.

Con relación a la teoría cuantitativa, es llamativo el énfasis de Lucas para sostener la validez del supuesto monetarista de estabilidad de la demanda por dinero. Ello a pesar que la opinión actualmente predominante en la profesión es la opuesta. A juicio de Lucas, más allá de un análisis específico de las diferentes contribuciones a la evidencia, los datos muestran una correlación muy estrecha entre los cambios del dinero y los del ingreso nominal[8] en el mediano plazo, lo que confirma la validez de la teoría cuantitativa como marco de referencia para el estudio de la teoría monetaria, junto con la validez del supuesto de estabilidad de la demanda por dinero en el mediano plazo.

En lo que se refiere al corto plazo,$áe acuerdo con los desarrollos teóricos realizados por el propio Lucas, es razonable encontrar una relación menos estable entre las innovaciones monetarias y los cambios en el ritmo de crecimiento del ingreso nominal. Ello por cuanto la respuesta de los individuos frente a ciertos cambios en los determinantes de sus deseos por liquidez dependerá de la percepción que éstos tengan respecto de la naturaleza de dichos cambios. Luego, un mismo cambio en las tasas de interés nominales o del producto real puede provocar respuestas diferentes en la demanda por dinero, dependiendo de si los individuos visualizan estos movimientos como "transitorios" o "permanentes", y de la información que estos movimientos incorporen acerca de la orientación esperada de la política monetaria en el futuro próximo. Dado ello, en el marco de un manejo monetario discrecional es más probable que la demanda por dinero observe un comportamiento inestable en el corto plazo que bajo un patrón de regla monetaria del tipo k%.

Con respecto a la hipótesis de expectativas racionales, Lucas es igualmente categórico en destacar su vigencia y relevancia. Cabe señalar que durante los últimos años se ha producido un fuerte cuestionamiento al supuesto de racionalidad de los agentes económicos, el que ha provenido especialmente del área de la teoría monetaria internacional[9]. En particular,

---

[7] "Nobel Lecture: Monetary Neutrality", *Journal of Political Economy*, Nº 4 (1996).

[8] Al respecto, véase la "Nobel Lecture...", *op. cit.*, y su "Two Illustrations of the Quantity Theory of Money", *American Economic Review*, Vol. 70 (1980).

[9] Sobre el estado de la discusión en esta área, véase, por ejemplo, J. A. Frankel y A. K. Rose, "Empirical Research on Nominal Exchange Rates", en G. Grossman y K. Rogoff, *Handbook of International Economics*, Vol. III (Elsevier Science, 1995), y M. P. Taylor, "The Economics of Exchange Rates", *Journal of Economic Literature* (marzo 1995).

la incapacidad exhibida por las teorías tradicionales para explicar el comportamiento de los flujos financieros en función de lo que se considera como sus determinantes teóricos (fundamentos) ha llevado al desarrollo de teorías que asumen algún grado de irracionalidad de los agentes económicos, o al menos de una parte del mercado[10].

Para Lucas, los problemas que plantea la explicación de determinados fenómenos en función de las teorías disponibles no deben interpretarse como un signo del fracaso de los "principios básicos" sobre la base de los cuales se construye la teoría, y entre los que se cuenta la hipótesis de expectativas racionales, sino que posiblemente reflejan el fracaso de los economistas para explicar ciertos aspectos de la realidad a partir de un marco analítico básico. Por otro lado, la capacidad explicativa de modelos en los que se utilizan supuestos de cuasirracionalidad, o algún grado de irracionalidad por parte de los mercados, dista de ser satisfactoria. En efecto, el intento de explicar, por ejemplo, el comportamiento de los mercados financieros y cambiarios sobre la base del supuesto de irracionalidad de los agentes sería meramente especulativo, a juicio de Lucas, evidenciando el fracaso de las teorías disponibles y no necesariamente el de los "principios básicos".

3. Tal como lo planteara en su conferencia Nobel, Lucas reiteró en el CEP la importancia y vigencia de las teorías monetarias del ciclo económico. Como se recordará, Lucas introdujo la hipótesis de expectativas racionales en el estudio de la oferta agregada, lo que permitió plantear en forma más rigurosa la hipótesis de la tasa natural de desocupación, propuesta originalmente por Friedman y Phelps. De acuerdo con la teoría de Lucas, sólo los cambios inesperados en la demanda agregada tendrán efectos reales, los que serán esencialmente transitorios. Así, para Lucas, la naturaleza de los movimientos de la demanda agregada, los que se originan en la política monetaria, determinará la distribución de los cambios en el ingreso nominal.

En el plano de política económica, la teoría de Lucas implica que un programa de estabilización tendrá mayores o menores costos reales dependiendo de la forma en que los agentes económicos visualicen a las autoridades y los cambios en la demanda agregada que éstas generan. Más específicamente, mientras más consistente sea un programa conducente a bajar la

[10] En términos técnicos, esta irracionalidad se ilustraría en la utilización de variables teóricamente incorrectas en la proyección del comportamiento de variables como los tipos de cambio. Estas conjeturas irracionales explicarían ataques especulativos teóricamente inexplicables desde el punto de vista de la teoría.

inflación, y más creíbles sean las autoridades del Banco Central, más rápido se alcanzarán las metas propuestas y a un menor costo en términos de actividad y empleo.

De acuerdo a lo planteado por Lucas en Chile, la distinción entre cambios "anticipados" y "no anticipados" en política monetaria continúa siendo válida y relevante. La evidencia aportada por Sargent (1986)[11] sería coherente con este juicio. No obstante lo anterior, para Lucas, no parece tan atractivo, por ahora, dedicar un esfuerzo mayor al establecimiento del origen específico de las no-neutralidades de corto plazo de la política monetaria. En este sentido, si la discusión entre la oferta agregada, subyacente al modelo de contratos de Taylor [12] y el modelo de Lucas, era importante en los años 80, en la actualidad pareciera ser bastante menos atractiva. Al menos, hasta que tengan lugar progresos teóricos que hagan posible replantear el estudio del ciclo económico de una forma que permita conocer más profundamente la microeconomía del proceso de determinación de precios y producto, y el efecto del dinero en este proceso. La literatura reciente en materia de mecanismos de transmisión de la política monetaria sugiere que queda un camino largo por recorrer en esta área[13].

4. En un plano de política económica, claramente no es similar la recomendación de política monetaria óptima que surge de un modelo de oferta agregada "a la Lucas" que en un modelo "a la Taylor". En efecto, mientras en el primer caso la recomendación de política que se infiere es la adopción de una regla de crecimiento constante del dinero, en el segundo lo apropiado es dejar en las manos de la política monetaria la tarea de estabilizar el producto, en presencia de shocks aleatorios que afecten el equilibrio económico[14]. Sin embargo, en un plano práctico, el reconocimiento de la incapacidad de la política monetaria para conseguir efectos positivos duraderos sobre el producto real se ha materializado en la proliferación de arreglos institucionales en los que se privilegia la búsqueda de la estabilidad

---

[11] "The End of Four Big Inflations", en T. J. Sargent, *Rational Expectations and Inflation* (Nueva York: Harper and Row, 1986).

[12] "Estimation and Control of a Macroeconomic Model with Rational Expectations", *Econometrica* (septiembre 1979).

[13] Al respecto, véase el simposio sobre mecanismos de transmisión monetaria, *Journal of Economic Perspectives* (otoño 1996).

[14] En un plano estrictamente teórico, la opción de reglas aparece como dominante, en la medida en que es razonable esperar que el nivel de información del sector privado respecto de la naturaleza de las perturbaciones que golpean el equilibrio macroeconómico no es diferente al que posee el Banco Central. Por otro lado, existe la opción de establecer contratos contingentes a la ocurrencia de determinados shocks, lo que resuelve la necesidad de hacer uso de la política monetaria como herramienta de estabilización.

de precios como principal objetivo de la política monetaria. En particular, han adquirido popularidad esquemas como el otorgamiento de autonomía al Banco Central y el establecimiento de metas inflacionarias[15]. Para Lucas, la forma específica en que se traduzca la recomendación de política de la teoría es un aspecto político más que económico, encontrándose en esa situación los arreglos mencionados. No obstante, parece razonable suponer que la influencia de las teorías del ciclo lideradas por los trabajos de Lucas, que tuvieron su inicio a comienzos de los años 70, ha sido decisiva en estos cambios en la institucionalidad monetaria. Ello pese a que el establecimiento de un banco central autónomo, a diferencia de una regla monetaria, deja espacio para llevar a cabo algún tipo de política de estabilización de variables reales en el corto plazo, en presencia de shocks inesperados de oferta.

5. En el análisis de la relación entre teoría y política económica de corto plazo, Lucas planteó su sorpresa por la aparente efectividad de las reglas de política monetaria basadas en cambios de la tasa de interés de algún instrumento. Ello por cuanto la teoría disponible permite establecer un nexo entre dinero y precios, pero no existe un vínculo teóricamente aceptado entre los movimientos de tasas de interés y el ingreso nominal. Desde este punto de vista, es teóricamente inexplicable el éxito que se observa en el control de la inflación en numerosas economías del mundo, en las que el Banco Central desatiende —al menos explícitamente— los objetivos monetarios para centrar el análisis en las tasas de interés. Por otro lado, la evidencia disponible en países como Chile indica que las tasas de interés no tendrían un impacto importante en los movimientos de la demanda agregada[16.]

Una explicación posible para esta paradoja sería que los movimientos de las tasas de interés que realizan los bancos centrales sean funcionales al logro de ciertos movimientos en algún agregado monetario, el que sería en definitiva el objetivo instrumental del Banco Central. Sin embargo, éste no parece ser el caso en la mayoría de las economías que, como Estados Unidos, Reino Unido y también Chile, efectúan el manejo monetario a través de movimientos en la tasa de interés de algún instrumento de deuda o línea de crédito del instituto emisor.

---

[15] Para una discusión sobre las opciones disponibles véase NBER, *Macroeconomics Annual*, 1995. Una revisión de la literatura se encuentra en F. Rosende, "La autonomía del Banco Central una vez más", *mimeo*, Instituto de Economía, Universidad Católica de Chile, octubre 1996.

[16] Evidencia con respecto al rol de las tasas de interés en la determinación del gasto interno y la inflación puede consultarse en F. Morandé y F. Rosende (eds.), *Análisis empírico de la inflación en Chile* (Ilades/Georgetown University - Instituto de Economía, Universidad Católica de Chile, 1995).

Para Lucas, ésta es un área en la cual la teoría se encuentra en un estado de desarrollo demasiado preliminar como para sostener juicios que pudieran sustentar reglas diferentes a una regla monetaria tradicional. Como se indicó antes, nuestro conocimiento acerca de la forma en que los cambios en política monetaria afectan el equilibrio macroeconómico dista de ser satisfactorio, quedando como uno de los planteamientos más concretos al respecto el bien conocido juicio de Friedman en cuanto a que la política monetaria opera con "largos y variables rezagos".

En un plano empírico, es necesario un análisis más acabado de diferentes experiencias de política de tasas de interés con el propósito de establecer un juicio más definitivo acerca de su real contribución al logro de ciertos objetivos inflacionarios.

6. Al igual que hace veinte años, las contribuciones de Lucas a la teoría monetaria son a un llamado a la humildad y prudencia de aquellos economistas que se dedican al estudio de la macroeconomía. Ello por cuanto nuestra capacidad interpretativa de los indicadores de corto plazo es limitado, como también lo es el conocimiento disponible para definir una estrategia de política que permita manipular los cambios en la demanda agregada de acuerdo con un cierto objetivo de producto o empleo, e incluso para lograr una cierta trayectoria deseada de la inflación en el corto plazo.□

LUCAS Y EL CRECIMIENTO ECONÓMICO*

Rodrigo Vergara

En este artículo se discute lo que ha sido la contribución del premio Nobel de Economía 1995, Robert Lucas, en el tema del crecimiento económico. El capital humano, sobre todo el que se adquiere a través de la experiencia (*learning by doing*), es clave, según Lucas, para entender los procesos de desarrollo acelerado que se han producido en las últimas décadas especialmente en algunos países asiáticos. De ahí que la apertura al comercio internacional tenga un rol fundamental en la explicación del crecimiento de dichos países.

A Robert Lucas se le otorgó el premio Nobel de Economía en 1995 por sus importantes contribuciones en el área de las expectativas racionales. Este avance se tradujo en un profundo cambio en el análisis económico vigente hasta la contribución de Lucas y, por cierto, a un mejor entendimiento del rol de las políticas macroeconómicas en el funcionamiento de la economía.

Estas contribuciones se produjeron principalmente durante los años 70 y cambiaron en forma definitiva el análisis económico. Sin embargo, a

RODRIGO VERGARA. Doctor en Economía, Universidad de Harvard. Ingeniero Comercial, Universidad Católica de Chile. Profesor del Instituto de Economía, Universidad Católica de Chile, e investigador del Centro de Estudios Públicos.

* Se agradecen los comentarios y sugerencias de Juan Andrés Fontaine y Francisco Rosende. Los errores que pueda contener este trabajo son de mi entera responsabilidad.

partir de la segunda mitad de los años 80 la atención de Lucas ha estado centrada en el tema del crecimiento económico, haciendo también importantes contribuciones en este campo. De hecho, en su reciente visita a Chile, invitado por el Centro de Estudios Públicos, sus conferencias versaron sobre este tema.

Se debe recordar que desde la contribución seminal de Romer[1] sobre crecimiento de largo plazo así como de la publicación de los datos de cuentas nacionales para una serie amplia de países para períodos largos de tiempo[2], el tema del crecimiento ha pasado a ser uno de los más discutidos tanto teórica como empíricamente en la literatura económica[3]. El propósito de este artículo es, precisamente, analizar los aportes de Lucas a la teoría del crecimiento económico, la evolución en su visión del tema y algunas de las diferencias que en esta materia tiene con otros autores.

1. Modelos de crecimiento endógeno

Los nuevos modelos de crecimiento se diferencian del modelo neoclásico de crecimiento en que los determinantes del crecimiento son endógenos al modelo y no vienen dado por elementos exógenos no explicados tal como sucede en el modelo neoclásico de Solow[4]. El trabajo pionero en esta materia fue el de Romer (1986) en el cual se asumen rendimientos crecientes a escala, lo que genera crecimiento endógeno, pero asimismo se asumen economías externas a la firma de forma de asegurarse la existencia del equilibrio competitivo. En este modelo, el crecimiento per cápita puede crecer sin límite (aun sin cambio tecnológico exógeno) y no hay productividad marginal decreciente del capital. Esto último, la ausencia de rendimientos decrecientes al capital[5], es una propiedad clave de los modelos de

---

[1] P. Romer, "Increasing Returns and Long-Run Growth", *Journal of Political Economy*, 94 (1986).

[2] Véase R. Summers y A. Heston, "The Penn World Table (Mark 5): An Expanded Set of International Comparisons", *Quarterly Journal of Economics*, 106 (1991), y extensiones a partir de entonces en diskette disponibles en el National Bureau of Economic Research, Cambridge, Mass.

[3] Para una revisión de la literatura, véase R. Vergara, "Nuevos modelos de crecimiento: Una revisión de la literatura y algunos elementos para una estrategia de desarrollo", *Estudios Públicos*, 43 (1991). Para un tratamiento técnico de estos modelos, véase R. Barro y X. Sala-i-Martin, *Economic Growth* (Nueva York: McGraw-Hill, 1995).

[4] R. Solow, "A Contribution to the Theory of Economic Growth", *Quarterly Journal of Economics*, 70 (1956).

[5] Aunque se debe tener claro que el concepto de capital puede ser bastante amplio. Por ejemplo, puede incluir capital humano, conocimientos, etc.

crecimiento endógeno. Quizás una forma fácil de observar esto es desarrollando lo que es tal vez la versión más simple posible de un modelo de crecimiento endógeno, el modelo AK[6].

Se supone una función de producción de la forma

$$Y = AK \qquad (1)$$

donde A es una constante positiva que refleja el nivel de tecnología. El producto per cápita es igual a $y = Y/L = Ak$, donde $k = K/L$. Se supone, para simplificar, que la tasa de ahorro es constante e igual a s y la tasa de depreciación del capital existente también constante e igual a d. Con lo anterior se concluye que la tasa de crecimiento de la economía, que es similar a la tasa de crecimiento de k, es igual a:

$$g = g_k = k/k = sA - (n+d) \qquad (2)$$

Luego, si $sA > (n+d)$, entonces se genera un modelo con crecimiento endógeno y permanente en el largo plazo aún sin progreso técnico. Más aún si la tasa de ahorro s sube, entonces el crecimiento de largo plazo de la economía también sube. Si A aumenta por progreso técnico o por disminución de ineficiencias, entonces la tasa de crecimiento de *steady state* también lo hace. No son cambios por una sola vez como en el modelo neoclásico. Estos elementos tienen carácter permanente.

El modelo AK es muy simple, sin embargo contiene los elementos básicos de los modelos de crecimiento endógeno. Por cierto, éstos en la literatura son bastante más sofisticados que el modelo expuesto. Un problema elemental, por ejemplo, del modelo anterior es la exogeneidad de la tasa de ahorro. Al incluir decisiones maximizadoras de los agentes para determinar la tasa de ahorro, las conclusiones básicas se mantienen[7]. Algo similar se podría hacer en cuanto a endogeneizar la decisión de cuánto invertir en tecnología y desarrollo o bien hacer más sofisticada la función de producción para incluir nuevos elementos.

---

[6] Véase Barro y Sala-i-Martin, *op. cit.*, capítulo 1.

[7] D. Cass, "Optimal Growth in a Aggregative Model of Capital Accumulation", *Review of Economic Studies*, 32 (1965).

2. Lucas y el capital humano: el cambio de énfasis entre 1988 y 1993

En su artículo de 1988[8], Lucas pone especial énfasis en el capital humano como factor preponderante detrás del crecimiento de los países. Asume dos factores de producción, capital humano y capital físico. Ambos factores se pueden acumular y se asumen retornos constantes en la función de producción (en el modelo AK es como si K representara tanto el capital físico como el capital humano), lo que genera crecimiento endógeno. Sin embargo, también hay una función de producción de capital humano (en la práctica entonces es un modelo de dos sectores), la que presenta retornos constantes en el stock de capital humano. Así, este es el sector el que empuja la economía y da origen al crecimiento perpetuo.

El concepto de capital humano es amplio y admite al menos dos formas de obtenerlo: la educación formal y lo que en la literatura se denomina *learning by doing* (o aprendizaje en el trabajo o haciendo cosas). En este artículo del año 1988, Lucas introduce un segundo modelo con *learning by doing*, sin embargo es claro que su énfasis está dado por lo que conocemos como educación formal[9]. Así, en términos econométricos la variable dependiente podría ser, por ejemplo, los años de escolaridad o el grado de alfabetismo.

En 1993 Lucas publica un segundo artículo sobre crecimiento[10], el que, tal como su título lo indica, pretende explicar los casos milagrosos de crecimiento en algunos países del Este Asiático en las últimas décadas. Más particularmente, el objetivo es explicar el porqué ciertos países presentan determinados fenómenos explosivos de crecimiento y otros, con características muy similares, se quedan estancados. En esta ocasión, él centra su explicación exclusivamente en el tema de *learning by doing.* Si bien concuerda con que la educación formal es importante, hace notar la diferencia entre Corea del Sur y Filipinas, dos países similares en muchos aspectos en los años 60, por ejemplo, en el nivel educacional de su gente, que tuvieron posteriormente un comportamiento muy disímil. La diferencia, según Lucas, estaría en que mientras Corea adoptó un modelo de economía abierta que dejó espacio al *learning by doing*, Filipinas siguió una estrategia de desarrollo hacia adentro. La importancia de este concepto la ilustra con

---

[8] R. Lucas, "On the Mechanics of Economic Development", *Journal of Monetary Economics*, 22 (1988).

[9] En la entrevista publicada en este mismo volumen hay un reconocimiento explícito de Lucas a este cambio de énfasis.

[10] R. Lucas, "Making a Miracle", *Econometrica*, 61 (1993).

ejemplos concretos de incrementos notables de la productividad con la experiencia o en el trabajo[11]. En la entrevista que se publica en este mismo volumen, él deja en claro que ha habido un cambio de énfasis en su pensamiento en esta materia.

Es importante destacar que este concepto de *learning by doing* se diferencia de lo que Romer llamaría el "copiar ideas"[12] o usar ideas ya producidas por otros. Según Romer, esto sería clave en explicar el crecimiento de ciertos países. En efecto, dichos países han sido más eficientes en copiar y aplicar ideas de los países líderes. Según Lucas, la "idea" como cosa abstracta de poco sirve. Si fuera así, bastaría tener una buena biblioteca con todo lo publicado en materia de inventos y tecnología. Para él, lo importante es la interacción en el proceso productivo, el aprender haciendo cosas e interactuando con los que tienen más experiencia.

Es también interesante que Lucas, a diferencia de otros autores[13], no es muy inclinado a darles una importancia decisiva a factores institucionales. Para él, las instituciones son importantes pero no son las que hacen la diferencia (así, por ejemplo, el tema de los derechos de propiedad no está dentro de su lista de factores más relevantes). Tampoco considera que la política macroeconómica haga la diferencia[14]. En esto se distingue de autores como Fischer[15] que ponen mayor énfasis en aspectos tales como la inflación, el déficit fiscal y el déficit en cuenta corriente. Para Lucas, éstos y otros elementos (como las privatizaciones, la eficiencia del Estado, las regulaciones, etc.) tienen sólo efecto en los niveles del producto, y luego en el crecimiento en el período de transición, pero no en el crecimiento de largo plazo o de *steady state*.

---

[11] Específicamente, a través de datos sobre incrementos en la productividad por el aprendizaje en la producción de cierto tipo de barcos en algunos astilleros de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial.

[12] P. Romer, "Two Strategies for Economic Development: Using Ideas versus Producing Ideas", World Bank, Annual Conference on Development Economics (1992).

[13] Entre otros, el propio Romer. Douglas North, premio Nobel de Economía en 1993 es un típico exponente de la postura que pone énfasis en la importancia de las instituciones en el desarrollo económico. Véase D. North, *The Rise of the Western World: An Economic History* (Cambridge University Press, 1973), y "Qué queremos decir cuando hablamos de racionalidad", *Estudios Públicos*, 53 (verano 1994).

[14] A menos, por cierto, que se trate de una crisis macroeconómica, con una hiperinflación. Véase Lucas, "La revolución industrial: Pasado y futuro", *Estudios Públicos*, 64 (1996) y entrevista a Lucas en este mismo volumen.

[15] Véase S. Fischer, "The Role of Macroeconomic Factors in Growth", *Journal of Monetary Economics*, 32 (1993).

3. Convergencia

Una de las críticas que usualmente se le ha hecho al modelo neoclásico de crecimiento es que predeciría convergencia en los ingresos per cápita de los distintos países, convergencia que los datos no muestran. La verdad es que el modelo neoclásico no predice convergencia absoluta sino convergencia condicional. Esto es, los países convergerían si todos aquellos elementos que determinan el ingreso per cápita de *steady state* son iguales entre ellos, cosa que no necesariamente se da. Por ejemplo, un país rico que tiene una tasa de ahorro mayor que un país pobre puede crecer más que éste si a pesar de ser más rico está más lejos en términos relativos de su *steady state*. De aquí que se acuñó el término de convergencia condicional, es decir, convergencia *ceteris paribus*. Aún así, los nuevos modelos de crecimiento dejan espacio en la teoría para que no se produzca ni siquiera la convergencia condicional. En el modelo AK antes descrito, por ejemplo, no hay necesariamente ningún tipo de convergencia.

También se ha criticado al modelo neoclásico porque predeciría una disminución en las tasas de crecimiento en la medida que las economías se acerquen al *steady state*, cosa que tampoco se ha dado en la práctica. Por el contrario, tal como lo demuestra Maddison[16], el crecimiento de los países líderes se ha acelerado en los últimos siglos. La verdad es que tampoco es cierto que en el modelo neoclásico necesariamente el crecimiento del líder tiene que caer en el tiempo. En efecto, si la tasa de progreso técnico se acelera, el crecimiento per cápita también lo hará. Aún así, algunos de los nuevos modelos de crecimiento dan pie a posibles patrones explosivos de crecimiento.

Lo interesante de Lucas es que de alguna manera su predicción de convergencia nos hace pensar nuevamente en el modelo original de Solow con parámetros al menos parecidos para los distintos países, es decir, convergencia absoluta. En efecto, Lucas sostiene que a futuro se irán sucediendo los milagros económicos en los países que ahora son pobres, que los niveles de ingreso per cápita de los países convergerán y que la dispersión actual se hará mucho menos pronunciada. Así, si él está en lo correcto, el patrón de ingresos relativos entre países de aquí a un siglo será más parecido al que existía previo al siglo XVIII, es decir, con un factor máximo entre el país más rico y el más pobre de dos[17]. Las tasas de crecimiento del producto y de la población de los países que hoy crecen en forma acelerada

---

[16] A. Maddison, *Phases of Capitalist Development* (Oxford: Oxford University Press, 1982).

[17] Véase Lucas, "La revolución industrial: Pasado y futuro", *op. cit*.

(y de otros que comenzarán a mostrar dicho patrón en los años que vienen) se empezará gradualmente a parecer a las de hoy día en Estados Unidos.

En cuanto a la convergencia a niveles de ingresos per cápita de los países líderes, la clave, según Lucas, está en el concepto de *learning by doing*. Es decir, aquellos países que se abran al comercio, que interactúen con los países ricos y que logren, a través del comercio, la escala necesaria para "aprender haciendo", serán los que presenten tasas aceleradas de crecimiento al comienzo. Los países que tarden más en este proceso también serán más lentos en converger.

Es bastante polémico el hecho de que Lucas no vea gran importancia en factores que muchos otros autores han calificado como claves, tales como las instituciones, el derecho de propiedad y el sano manejo macroeconómico. Lucas observa que esos factores sólo tienen un efecto en el nivel del producto per cápita pero no en su crecimiento de largo plazo[18]. No hay que engañarse y de aquí concluir que para Lucas éstos no son factores en sí importantes. De hecho, él es un fuerte crítico, por ejemplo, de la inflación ("una pérdida innecesaria de recursos sin efectos secundarios positivos"[19]). Tampoco desconoce la importancia de los derechos de propiedad y de las instituciones. Estos factores, al tener efectos sobre el nivel del producto, también tienen efectos sobre la tasa de crecimiento en la transición. Y para Lucas la transición puede ser muy larga. Así, cuando él habla de crecimiento de largo plazo o de *steady state*, realmente se está refiriendo a un horizonte de tiempo largo.

Para visualizar lo anterior, baste mencionar que, a pesar de ser un convencido de la importancia de los trabajos empíricos sobre el crecimiento, una de sus principales críticas a éstos es que los treinta años con los que trabajan[20] no son suficientes para observar los verdaderos patrones de desarrollo de los países, ni cuáles variables son importantes y cuáles no[21]. De hecho en su artículo publicado en este mismo volumen parece desprenderse que el período mínimo para una análisis acabado es un siglo.

4. Algunas consideraciones finales

El enfoque de Lucas sobre la importancia del capital humano parece concitar el acuerdo de gran parte de la profesión. Algunos sostendrán que es

---

[18] Véase entrevista a Lucas en este mismo volumen.
[19] Véase Lucas, "La revolución industrial: Pasado y futuro", *op. cit*.
[20] Que se derivan de las World Penn Tables. Véase Summers y Heston, *op. cit.*
[21] Véase entrevista a Lucas en este mismo volumen.

más o menos importante que otros factores, pero difícilmente le negarán su rol en cuanto a determinante relevante del crecimiento de largo plazo. Su énfasis en el *learning by doing* es probablemente menos consensual, pero también es cierto que difícilmente se le puede negar al menos algún rol en el proceso de crecimiento de largo plazo de los países. Es, ciertamente, mucho más polémica su visión que factores macroeconómicos o institucionales no son importantes en el crecimiento de *steady state*. Sin embargo, cuando correctamente se define el período de transición como un período suficientemente largo, como parece desprenderse de los escritos de Lucas, lo anterior se hace menos controvertido.

El modelo de Lucas se aplica claramente a los tigres asiáticos y a otras experiencias exitosas. Estos países, al abrirse al comercio, están por un lado logrando la escala suficiente para aprender haciendo y, a su vez, pueden relacionarse y aprender de países con mayor grado de desarrollo.

Esto nos ayuda a entender el proceso de convergencia y de crecimiento acelerado de algunas economías en las últimas décadas. Sin embargo, es menos claro su alcance para explicar la aceleración del crecimiento mundial que se observa a partir de mediados del siglo XVIII. ¿Qué fue lo que hizo que a partir de esa década los países líderes alcanzaran crecimientos de su ingreso per cápita sin precedentes?, ¿fue quizás lo que se conoce tradicionalmente como revolución industrial, es decir, la invención de nuevas máquinas que incrementaron la productividad?, o ¿fue más bien el creciente comercio —apoyado, por cierto, por estos mismos descubrimientos que lo hicieron menos costoso—, que permitió a los países especializarse y alcanzar la escala necesaria para aprender haciendo? Esta última explicación pareciera más concordante con el modelo de Lucas [22], aunque todavía falta mucha investigación para que se pueda dar una respuesta definitiva a este fenómeno. Más aún, sólo el tiempo dirá si se trata de un fenómeno permanente o si estamos pasando por un período no sólo de extraordinario crecimiento del mundo como un promedio sino también de los países líderes. □

[22] Véase entrevista a Lucas en este mismo volumen.

INSTRUMENTOS Y TÉCNICAS PARA APLICAR LA EAE A PLANES DE USO DE SUELOS Y ESTRATEGIAS DE GESTIÓN DE RECURSOS*

Brian D. Clark

El concepto de Evaluación Ambiental Estratégica (EAE) se aplica cada vez más para la evaluación ambiental de planes de uso del territorio y de estrategias ambientales y de gestión de recursos. Este trabajo considera algunos de los instrumentos, técnicas y enfoques que se usan para aplicar la EAE a planes de recursos y de uso del territorio en el Reino Unido.

En el trabajo se analiza la relación entre la EAE y la planificación territorial, los usos posibles de la EAE, las orientaciones gubernamentales al respecto —a nivel central y local—, los procedimiento de la EA (Evaluación Ambiental), la presentación de una EA y la estrategia de comunicación relacionada. Finalmente, se describe a nivel detallado y descriptivo un caso específico, la evaluación ambiental estratégica de una propuesta de Bosque Nacional en el Reino Unido, para terminar presentando métodos para la evaluación ambiental estratégica y la aplicación de los mismos, así como métodos para identificar impactos.

BRIAN D. CLARK. Director Ejecutivo del Centro de Gestión y Planificación Ambiental (CEMP) de la Universidad de Aberdeen (Escocia), y profesor de Gestión y Planificación Ambiental en la misma universidad.

* Texto del trabajo presentado en seminario organizado por el CEP los días 10 y 11 de junio de 1996. Traducido del inglés por *Estudios Públicos*.

La evaluación de los componentes ambientales de planes de uso de los suelos ya establecidos o propuestos y las estrategias ambientales y de gestión de recursos son actualmente una de las áreas donde el concepto de Evaluación Ambiental Estratégica (EAE) se aplica cada vez en mayor medida. Este documento considera algunos de los instrumentos, técnicas y enfoques que se están adoptando para aplicar la EAE a planes de recursos y de uso de los suelos en el Reino Unido. Se han incluido varios estudios de casos, tanto de Gran Bretaña como de otros lugares, a fin de ilustrar la aplicación práctica de la EAE. Un apéndice de este documento incluye detalles de posibles métodos que se pueden usar para aplicar la EAE.

1. La EAE y la planificación del uso de los suelos

La Evaluación Ambiental (EA) de planes de uso de los suelos a nivel regional o estratégico antes que a nivel local (específico) es uno de los mejores ejemplos de un avance hacia la Evaluación Ambiental Estratégica (EAE) en el Reino Unido. Si se consideran como negativos los impactos ambientales, entonces las políticas pueden ser revisadas y pueden desarrollarse alternativas. La aplicación de la EAE en el sistema de planificación del uso de los suelos se puede utilizar para:

— revisar los impactos ambientales de las políticas de planificación actuales;
— identificar objetivos con incompatibilidades intrínsecas;
— ayudar en el ciclo de planes y particularmente en las etapas de desarrollo y revisión de planes;
— identificar áreas adecuadas para formas específicas de desarrollo;
— evaluar políticas de planificación que hayan funcionado especialmente bien en el pasado.

Actualmente, el sistema de planificación del uso de los suelos responde a propuestas de proyectos de urbanistas. Por consiguiente, la consideración de lugares alternativos es muy pobre en la evaluación resultante (Therivel *et al*., 1994, Glasson *et al*., 1994). La EA de planes podría tener un efecto revolucionario en cómo las autoridades locales, y los planificadores en particular, manejan sus áreas locales. Muchas autoridades locales en Gran Bretaña han comentado que el proceso de la EAE es tan valioso como su resultado, ya que la EA comienza a establecer un sistema de gestión ambiental en los departamentos de planificación.

2. Orientación gubernamental respecto de la EA

En el Reino Unido, el gobierno central ha declarado que los planes de desarrollo de las autoridades locales deben actualizarse para 1996 e incluir las consideraciones ambientales pertinentes, según lo establecido por el gobierno. Sin embargo, las autoridades de planificación no están obligadas a efectuar una EA de los planes de desarrollo, sino que simplemente deben demostrar que le han otorgado al medio ambiente debida consideración en sus planes (Ministerio del Medio Ambiente, 1993).

La EA de planes es una iniciativa relativamente nueva que emana del gobierno a las autoridades locales. Se introdujo por primera vez en "Planes de Desarrollo: Guía de Buena Práctica" y "Planes de Desarrollo y Orientación para Planificación Regional (PPG 12)" (Ministerio del Medio Ambiente, 1992). Contemplándose una orientación más formal para la EA en "Evaluación Ambiental de Planes de Desarrollo: Guía de Buena Práctica" (Ministerio del Medio Ambiente, 1993). El PPG establece el alcance de la EA (Ministerio del Medio Ambiente, 1992). Se pretende que la EA:

— cubra todo tipo de planes;
— cubra todas las políticas y propuestas;
— sea parte del proceso de preparación del plan;
— sea en sí misma un proceso para identificar, cuantificar, ponderar e informar sobre los efectos ambientales de estas políticas y propuestas.

El valor y propósito de la EA es (Ministerio del Medio Ambiente, 1993):

— aclarar los objetivos ambientales del plan;
— comprender las consecuencias para el medio ambiente de todas las opciones de políticas, o grupo de opciones de políticas que interactúan;
— permitir que se tomen en cuenta las consecuencias para aspectos del medio ambiente que son diferentes, de amplio alcance y potencialmente incompatibles;
— permitir que los temas ambientales sean considerados junto con factores económicos y sociales, y colaborar de esta manera a elegir entre políticas y propuestas alternativas para garantizar un mejor resultado global;

— demostrarles a los usuarios del plan cómo las políticas han tomado en cuenta los temas ambientales.

3. Procedimiento de la EA

> La EA es considerada como una revisión explícita, sistemática y reiterativa de las políticas y propuestas para planes de desarrollo, con el propósito de evaluar los efectos individuales y conjuntos que tienen sobre el medio ambiente (Ministerio del Medio Ambiente, 1993).

Los procedimientos para la EA de planes de uso de los suelos han sido recomendados por el gobierno central como una metodología paso a paso que las autoridades locales deben adoptar. En teoría, las autoridades locales pueden comenzar la EA en cualquier etapa de la preparación de un plan, y ésta no debe ser "adicionada" a último momento. Idealmente, debiera estar completamente integrada al comienzo de la preparación o revisión del plan (Ministerio del Medio Ambiente, 1993). El trabajo de Therivel sugiere que, aunque el Ministerio del Medio Ambiente concibe su procedimiento de EA como compatible con cualquier etapa de la preparación de un plan, es poco probable que las autoridades locales fomenten una EA cuando la preparación del plan de desarrollo se encuentra avanzada (Therivel, 1995).

Al comienzo, las autoridades locales deberán elaborar un informe sobre el "Estado del Medio Ambiente" (EdMA), el cual puede ser usado para establecer una base de referencia ambiental para su área. Luego, éste se puede usar para identificar el "stock" ambiental crítico de un área, contra el cual se pueden evaluar los objetivos de los planes. Es posible contribuir a identificar el "stock" ambiental crucial a través de consultas con el público, cuerpos legales y grupos ambientalistas (véase Cuadro Nº 1). La mayoría de las EAs han seguido las pautas del gobierno sobre "stock ambiental", donde se ha realizado la siguiente división:

— sustentabilidad global;
— recursos naturales;
— calidad ambiental local.

A continuación se debe determinar el alcance (*scoping*) del plan. Mediante la utilización de las pautas del gobierno y consultando cuerpos legales y grupos ambientalistas, es posible determinar los temas que el plan debe abarcar. Este alcance "propuesto" para el plan puede ser luego comparado con su verdadero alcance. Sin embargo, este método de EA

CUADRO Nº 1: CRITERIOS DE *STOCK* AMBIENTAL

Criterios generales	Indicadores de impacto positivo
Sustentabilidad global: Principalmente en relación a la estabilidad atmosférica y climática y a la conservación de la biodiversidad	
1 Energía de transporte: Eficiencia - Viajes:	— reducción largo del viaje. — reducción número de viajes motorizados.
2 Energía de transporte: Eficiencia - Modos	— aumento participación transporte público. — aumento atracción por caminar y andar en bicicleta.
3 Energía ambiente construido - Eficiencia	— reducción pérdida de calor de edificios. — reducción requisitos energéticos importantes. — aumento potencial de CHP.
4 Potencial de energía renovable	— protección potencial de viento, agua, ondas y biomasa. — aumento beneficio solar directo.
5 Tasa de "fijación" de CO_2	— aumento cobertura árboles especialmente bosques de hoja ancha.
6 Hábitats de vida silvestre	— protección de lugares designados (ej. SSSI's). — aumento del potencial natural general (por ejemplo corredores).
Recursos naturales: Manejo prudente de recursos naturales en relación a su uso adecuado y, donde sea necesario, protección adecuada de nuestros recursos de aire, agua, la tierra y sus minerales.	
7 Calidad del aire	— reducción niveles de contaminantes (CO_2,, SO_2,, NO_x,, O_3,, Pb, NH_4,, etc.).
8 Conservación y calidad del agua	— mantenimiento de niveles de agua subterránea y ríos. — protección de la pureza del abastecimiento de agua.
9 Calidad de la tierra y suelo	— protección de la calidad del suelo y retención del suelo. — reducción contaminación/abandono.
10 Conservación de minerales	— protección buena calidad terrenos agrícolas. — reducción consumo de combustibles fósiles y minerales. — aumento de reúso/reciclaje de materiales.
Calidad ambiental local: Conservación de la calidad ambiental local en relación a la protección y aumento (y a veces recuperación) de características y sistemas ambientales locales desde paisajes y espacios abiertos a patrimonio cultural	
11 Paisaje y espacios abiertos	— aumento de áreas designadas (NPs, AONBs). — aumento de la calidad general del paisaje. — retención de campos/espacios abiertos.
12 "Habitabilidad" del medio ambiente urbano	— aumento de la calidad del paisaje urbano. — aumento de la seguridad. — mejoramiento del medio ambiente auditivo y olfativo.
13 Patrimonio cultural	— protección lista de edificios y CAs. — protección valor arqueológico/geológico.
14 Acceso público a espacios abiertos	— aumento/mantenimiento de la calidad y disponibilidad en áreas urbanas y rurales.
15 Calidad de los edificios	— mantenimiento/mejoramiento y continua renovación de edificios.

para la determinación del alcance tiene algunas debilidades, en comparación con los métodos usados en la Evaluación de Impacto Ambiental (EIA). Lo más importante es que no se hace una determinación del alcance de los impactos ambientales significativos del plan, sino sólo de las pautas pertinentes, las cuales determinan efectivamente las consideraciones ambientales del plan (Therivel 1994).

Después de realizada la determinación de su alcance, puede comenzar la EA propiamente dicha. Al principio se deberá evaluar la compatibilidad de las metas estratégicas que subyacen a objetivos y políticas posteriores. Se podría llegar a descubrir que una meta ambiental estratégica se encuentra limitada por una meta económica. La reformulación de objetivos estratégicos podría aumentar la coherencia y lógica del plan de desarrollo, y conducir a la adopción por parte de la autoridad local de una postura ambiental global más eficaz. El análisis de compatibilidad es la forma más fácil de evaluar las metas estratégicas del plan. Se construye una matriz simple, donde los objetivos estratégicos se ubican a lo largo de ambos ejes (lo que luego permite tabular su compatibilidad) o en las categorías provistas. El análisis de compatibilidad también se puede extender para identificar todos los posibles conflictos claves, desencadenando de esta manera la exploración de alternativas (por ejemplo, políticas de transporte y vivienda).

La EA puede entonces identificar el impacto probable de cada política específica del plan en el "stock ambiental" identificado (Análisis de Impacto de Políticas). Nuevamente se puede utilizar un método de matriz en el cual las políticas del plan de desarrollo y el *stock* ambiental forman los ejes. Para contribuir al análisis, los criterios de *stock* ambiental deben mantenerse al mínimo (véase Cuadro Nº 2). Los impactos se deben registrar como positivos, negativos, neutros o posibles, dependiendo de su efecto sobre el stock ambiental. No se debe intentar cuantificar los impactos ya que esto es inherentemente subjetivo y conduce a la tentación de sumar puntajes ponderados. A la inversa, con el examen visual de una matriz bien diseñada se pueden obtener varias relaciones, incluyendo grupos de políticas que deberían:

— funcionar positiva o negativamente contra criterios ambientales;
— implicar incompatibilidades entre sustentabilidad global y temas ambientales locales;
— generar impactos negativos donde una política está en contradicción con otros objetivos;
— requerir de mayor información cuando las predicciones son inadecuadas.

CUADRO Nº 2: MATRIZ DE IMPACTO DE POLÍTICAS

Políticas	Criterios	
	1. Energía de transporte: Eficiencia: Viajes	Sustentabilidad global
	2. Energía de transporte: Eficiencia: Modelos	
	3. Energía ambiente construido: Eficiencia	
	4. Potencial energía renovable	
	5. Tasa de "fijación" de CO_2	
	6. Hábitats de vida silvestre	
	7. Calidad del aire	Recursos naturales
	8. Conservación y calidad del agua	
	9. Calidad de la tierra y los suelos	
	10. Conservación de los minerales	
	11. Paisaje y espacios abiertos	Calidad ambiental local
	12. "Habitabilidad" del ambiente urbano	
	13. Patrimonio cultural	
	14. Acceso público a espacios abiertos	
	15. Calidad de las construcciones	

Símbolos de impactos sugeridos:
0 Ninguna relación o impacto insignificante.
x Impacto adverso significativo.
/? Impacto probable pero impredecible.
? Incertidumbre de la predicción o conocimiento.
/ Impacto beneficioso significativo.

La no cuantificación de impactos ha sido criticada por muchas autoridades locales y por Therivel (Therivel, 1994), quien sugiere que la magnitud de impactos específicos necesita ser cuantificada para poder incorporar una idea más precisa de su importancia en la toma de decisiones. Si el sistema de planificación y sus decisiones han de ser más transparentes para el público y otros interesados, entonces es necesario introducir un elemento de cuantificación al sistema.

La evaluación de impactos de las políticas, aunque es un proceso relativamente simple, en la práctica es intelectualmente difícil. Las autoridades locales que han realizado evaluaciones, en general han reconocido la importancia del trabajo interno en equipo y de la consulta externa con

especialistas en EA, con grupos ambientalistas y cuerpos legales. Como el proceso es complejo, se requiere de alguna instancia para revisar el procedimiento, a fin de garantizar la precisión en la toma de decisiones. Esta revisión debería ser llevada a cabo por un organismo interno o independiente. Los detalles de la evaluación de impactos de políticas deberían ser registrados con el objeto de proveer un registro para revisiones y cambios de políticas posteriores.

La evaluación de impactos de políticas también se puede usar en planificación anticipada, con el fin de identificar posibles lugares de desarrollo para vivienda, recreación, transporte, etc. Al definir la importancia del *stock* ambiental, las autoridades locales deberían ser capaces de desarrollar criterios específicos al elegir nuevos lugares de desarrollo, y esto puede integrarse con sistemas de información geográfica.

Presentación de una EA

Los planes de desarrollo deben ser autosuficientes, de manera de proporcionar a los posibles objetores la información necesaria sobre la cual basar sus juicios. No se debe incluir toda la EA en el plan. Es recomendable que el plan incluya un capítulo general sobre la estrategia espacial del plan, con una referencia específica a cómo el medio ambiente ha sido considerado para lograr sustentabilidad.

En otros lugares, todas las políticas con un posible impacto ambiental deben tener una justificación razonada para su inclusión, basada en la EA. La EA puede ser publicada por la autoridad local, lo cual refuerza más aún la lógica subyacente del plan de desarrollo (Ministerio del Medio Ambiente, 1993).

4. Evaluación Ambiental Estratégica (EAE) del bosque nacional propuesto en el Reino Unido

Una Declaración Ambiental respecto a la propuesta de un bosque nacional —una iniciativa de la Countryside Commission— fue publicada en abril de 1994, luego de una evaluación ambiental estratégica realizada por Land Use Consultants en nombre de dicha Comisión. La Countryside Commission promovió el concepto de un "bosque nacional" en 1987, como parte de una declaración de política en la que se presentaban argumentos en favor de una silvicultura de fines múltiples. El objetivo es crear un gran bosque

nuevo en la región central de Inglaterra. El área elegida cubre una superficie de 194 millas cuadradas en los condados de Leicestershire, Derbyshire y Staffordshire (Countryside Commission 1994).

En enero de 1993, Land Use Consultants fue designada por el equipo Bosque Nacional para llevar a cabo una evaluación ambiental de las propuestas incluidas en un proyecto de estrategia del bosque nacional. No existía un requerimiento legal para una evaluación ambiental del proyecto Bosque, pero se consideró necesaria para comprobar la solidez ambiental del proyecto de estrategia. Se pretende que la iniciativa Bosque Nacional tenga efectos beneficiosos en el medio ambiente, pero la evaluación ambiental proporcionó una oportunidad para dar una mirada objetiva a toda la amplia gama de sus posibles efectos. Muchos de estos efectos son positivos y otros son negativos, mientras que otros pueden ser positivos o negativos dependiendo de las circunstancias y de la forma precisa en que el proyecto Bosque sea desarrollado.

El tema de ubicaciones alternativas para el Bosque ha sido abordado en un estudio de factibilidad realizado para la Countryside Commission en 1989, el cual incluyó una evaluación ambiental de cinco lugares potenciales. La elección del área para desarrollar el Bosque Nacional se orientó por el resultado de este estudio. Por lo tanto, la evaluación sobre la que se basó la declaración ambiental se concentraba en la ubicación elegida e intentaba identificar la gama completa de posibles efectos ambientales del proyecto, incluyendo efectos en el uso de los suelos, en las personas y en el ambiente físico, natural y cultural.

La evaluación ambiental del Bosque Nacional está a medio camino entre una evaluación ambiental estratégica (EAE), conforme se aplica a planes, políticas o programas, y la más conocida evaluación ambiental de proyectos, cuyo propósito es identificar los efectos ambientales de un proyecto específico.

Actualmente el Bosque Nacional es un concepto que hasta ahora sólo ha sido definido estratégicamente. En este sentido, es un plan que no puede definirse en forma muy precisa en esta etapa, y que por lo tanto se presta para una evaluación estratégica de sus impactos. Por otra parte, es una propuesta muy tangible, limitada a un área geográfica determinada, aunque grande, e involucra cambios físicos específicos y fácilmente definidos. En este sentido, es un proyecto que podría, hasta cierto punto, estar sujeto a una evaluación de proyecto más específica.

La evaluación que Land Use Consultants realizó de las propuestas presentadas en la estrategia Bosque, en general, estuvo más cerca del extremo estratégico del espectro, si bien compartía algunas de las características

de una evaluación de proyecto. La mayor dificultad con esta evaluación de tipo estratégico es que, inevitablemente, debe haber una falta de precisión en la identificación de los efectos. Sin embargo, la evaluación identificó la amplia naturaleza de los efectos y debería ayudar a proporcionar un marco para evaluaciones más detalladas de esquemas de plantaciones individuales, así como orientar el desarrollo del Bosque a un nivel más estratégico.

Formato y contenido de la Declaración Ambiental

La Declaración Ambiental resume las conclusiones de la evaluación ambiental. Los cambios relacionados con el uso de los suelos y el transporte que probablemente se originarán con el desarrollo del proyecto han sido identificados. Estos no forman parte del proyecto propiamente tal, ni son efectos ambientales en sí mismos. Sin embargo, al igual que los desarrollos que forman el proyecto Bosque, tendrán una gama de efectos ambientales.

Los efectos ambientales del proyecto y sus consecuencias para el uso de los suelos y el transporte se agrupan, en términos generales, en aquellos que se relacionan directamente con las personas y aquellos que se relacionan con el ambiente físico, natural o cultural. Ellos abarcan:

— actividad económica
— población
— comunidad
— salud y seguridad
— ruido y vibración
— actividad recreacional
— paisaje
— patrimonio cultural
— suelo
— agua
— aire y clima
— flora y fauna
— bienes materiales.

Para cada uno de estos efectos ambientales, la información se presenta en una forma coherente, como sigue:

— Una descripción de la gama de los posibles efectos que podrían resultar tanto de las propuestas que son parte integral de la estrategia Bosque, como de los cambios asociados al uso de los suelos y el

transporte, donde se identifican aquellos que ya han sido previstos y que serán mitigados mediante medidas incluidas en la estrategia.
— Una descripción de los efectos previstos restantes.
— Una evaluación de estos efectos.
— Un resumen de las medidas que pueden contribuir a mitigar o mejorar los efectos negativos o a aumentar los efectos positivos.
— Un resumen de todos los efectos negativos inevitables que no pueden ser completamente mitigados.

La evaluación de los efectos ambientales implica el uso de cinco criterios:

— *Determinar la importancia del tema sometido a investigación*: esto se evaluó considerando el nivel de las políticas al cual el tema correspondiente debe ser abordado (internacional, nacional, regional, país, distrito, condado).
— *Evaluar la magnitud del efecto*: esto implicó determinar la extensión física o magnitud del efecto, utilizando cualquier base cuantificable que estuviera disponible y fuera adecuada.
— *Examinar la escala del efecto*: esto implicó una evaluación más técnica, con una magnitud o importancia basada más bien en opiniones profesionales que en criterios más "objetivos". El propósito era determinar el nivel del posible efecto, el cual puede estar entre pérdida total en un extremo y un efecto positivo importante en el otro.
— *Evaluar la probabilidad de que el efecto previsto ocurra*: en una evaluación estratégica de esta naturaleza, era difícil atribuir valores de probabilidad a la posibilidad de que ocurriera un efecto ambiental. Por esta razón, se usó una escala simple de cuatro puntos que indicaba la probabilidad de que el efecto ocurriera de alguna manera (más que la probabilidad de que el efecto ocurriera en la medida y escala precisa prevista).
— *Campo para mitigación o aumento*: esto implicó una opinión sobre el campo para evitar o reducir efectos adversos o aumentar efectos beneficiosos.

En el Cuadro Nº 3 se muestran ejemplos de la matriz de evaluación que se usó para el agua.

CUADRO Nº 3: BOSQUE NACIONAL PROPUESTO: MATRIZ DE IMPACTOS EN EL AGUA

Efecto ambiental	Importancia del tema	Alcance del efecto	Escala del efecto	Probabilidad de que ocurra el efecto (en cualquier esca-la/medida)	Campo para nueva mitigción o aumento
Positivo					
Menos problemas de inundación entre plantación y tala	R	LFW (posiblemente E)	+	>50%	0
Reducción de las concentraciones de nitrógeno	R	LFW	+ / ++	>50%	+
Menor contaminación por fertilizantes	R	LFW	+ / ++	100%	+
Menor sedimentación en cursos de agua	R	LFW (posiblemente E)	+	>50%	+
Negativo					
Problemas de inundación en la plantación y tala	R	LFW (posiblemente E)	-	>50%	+
Menores caudales de arroyos en gran parte de la rotación	R	LFW (posiblemente E)	-	>50%	+
Disminución de los niveles de agua subterránea	R	LFW (posiblemente E)	- / - -	>50%	++

(Continúa)

(Continuación Cuadro Nº 3)

Acidificación del agua en arroyos y depósitos	R	PF (posiblemente E)	- -	>50%	++
Aumento de la filtración de productos químicos tóxicos	R	PF (posiblemente E)	-	<50%	++

Clave:	Importancia del tema	Área posiblemente afectada	Escala del efecto	Probabilidad de que ocurra el efecto	Campo para mi-gación/ aumento
	I= internacional. N= nacional. R= regional. C= condado. P=subordinado.	E= extensa, más allá del bosque. FW= todo el bosque. D= distrito. LFW= efectos loca-lizados, pero en todo el Bosque. PF= parte del Bosque.	----= pérdida total ---= muy negativo --= algo negativo = levemente nega-tivo. 0= no apreciable += levemente positivo ++= algo postitivo	100%= seguro >50%= probable <50%= improbable <1%= remota	++= muy bueno += bueno 0= ninguno

Conclusiones de la Declaración Ambiental

La Declaración Ambiental concluye que el Bosque Nacional va a cumplir con sus objetivos principales por cuanto:

— traerá beneficios sustanciales para el paisaje, la flora y fauna y el patrimonio cultural;
— creará importantes nuevas oportunidades para el turismo y la recreación;
— contribuirá a una ganancia neta en empleos a través de nuevos puestos de trabajo en turismo y recreación, como resultado de mayores niveles de inversión interna;
— aumentará los niveles de fijación de dióxido de carbono.

Sin embargo, si bien cumple con estos objetivos, el proyecto también tiene el potencial para afectar adversamente el medio ambiente. Muchos de estos efectos se pueden evitar y la estrategia Bosque ya ha propuesto algunas medidas para lograrlo. No obstante, dependerá mucho de la forma en que se ponga en práctica la estrategia. Aunque éste sería un "bosque activo", donde la producción de madera sería importante dentro de sus múltiples objetivos, sin perjuicio de que los objetivos ambientales deben ser lo más importante. Esto es especialmente así, dado el creciente énfasis nacional e internacional en el desarrollo sustentable. Por lo tanto, para que el concepto Bosque se lleve a efecto, se deben diseñar mecanismos para:

— evitar todos los efectos ambientales adversos evitables;
— mitigar hasta donde sea posible los efectos adversos inevitables;
— maximizar los posibles beneficios positivos.

Los potenciales efectos adversos más significativos del Bosque surgen del aumento previsto de visitantes y tráfico de visitantes. Hay incertidumbre respecto a esto porque no se sabe hasta qué punto las visitas al Bosque serán viajes nuevos o viajes ya existentes que se desvían de otras partes. Los efectos adversos se podrán mitigar por medio de diversos métodos, incluso con la promoción del Bosque como un recurso local para personas del lugar. Si bien esto cambiaría substancialmente los objetivos recreacionales del Bosque, con casi toda seguridad disminuiría la cantidad total de visitantes previstos y podría socavar muchos de sus beneficios, especialmente en términos de creación de empleos. Por lo tanto, aquí hay un conflicto en potencia.

También hay un grado de incertidumbre en otras dos áreas de impacto potencialmente adverso y ambas merecen un mayor grado de análisis para establecer si en realidad existe o no motivo de preocupación. Éstas son:

— número de visitantes y tráfico de visitantes, en términos de origen y si es probable que sean viajes nuevos o desviados de otras partes (según se analizó con anterioridad);
— los efectos del Bosque en el medio acuático.

5. Evaluación en un área completa

El Ministerio de Vivienda y Desarrollo Urbano (MVDU) en los Estados Unidos ha llevado a cabo evaluaciones de impacto ambiental en áreas completas. Aunque son voluntarias, el Ministerio consideró que el enfoque de toda un área podía desempeñar un papel importante para evitar demoras en las autorizaciones, reducir los gastos en la preparación de evaluaciones de proyectos específicos, y abordar los efectos globales y acumulativos de largo plazo de acciones individuales. En colaboración con otros organismos locales, estatales y federales, el MVDU preparó evaluaciones de impacto ambiental de áreas completas para varias áreas metropolitanas donde se realiza bastante actividad de desarrollo relacionada con este Ministerio.

La guía *Areawide Environmental Assessment Guidebook* ha sido diseñada para ayudar a evaluar los impactos de modelos alternativos de desarrollo urbano y redesarrollo urbano en áreas de estudio de impactos correspondientes a una escala metropolitana. Estas alternativas de desarrollo incluyen múltiples acciones individuales planificadas y/o probables, las que incorporan a muchos agentes tanto del sector público como del sector privado. Una clave del éxito de este método es su flexibilidad. Es capaz de abordar un área metropolitana completa (1.000+ millas cuadradas) y se puede aplicar en forma íntegra o selectiva. Por ejemplo, en vez de realizar un análisis global, se podría decidir recopilar un inventario de información básica y abstenerse de una evaluación de impactos, o limitar la parte evaluación de impacto a una pequeña lista de impactos claves.

El *Guidebook* está destinado a diversas entidades, incluidas las de planificación metropolitana y departamentos de planificación local. La cooperación de muchos organismos públicos puede permitir que cada organismo prepare aquella parte de la evaluación a escala del área que sea de interés específico. Un organismo encargado de la calidad del aire podría

CUADRO Nº 4 METODOLOGÍA REGIONAL

Paso 1	Determinar necesidad/factibilidad — Indicador de necesidad — Disponibilidad de datos, expertos, fondos — Preparar el diseño del Estudio		⟷	Otros procedimientos de información sugeridos por iteración, revisión técnica e involucramiento gobierno/ciudadanía
Paso 2	Establecimiento de los límites del área; análisis de unidades territoriales y de la base de datos ambientales — Disponibilidad de datos — Localización del cambio esperado — Localización de recursos/riesgos — Fronteras administrativas — Compatibilidad con impactos esperados.		⟷	
Paso 3	Identificar alternativas regionales, y — Investigar planes y programas locales y regionales — Definir alternativas regionales	Asignar totales regionales a unidad de análisis — Por uso de suelo, tipo de recurso, etc.	⟷	
Paso 4	*Scoping* — Identificar temas claves — Eliminar temas irrelevantes — Establecer plan de trabajo; revisar/finalizar los límites del área de influencia; plan de levantamiento de información; formato del informe		⟷	

(Continúa)

(Continuación Cuadro Nº 4)

Paso 5	Análisis ambiental	
	— Documento de líneas de base; definición de escala; presencia o ausencia; cantidad; sensibilidad; significancia; tendencias; cambios en el pasado si han sido significativos	⟷
	— Establecer unidades o multiplicadores de demanda y/o consumo, (per cápita o por vivienda, por tipo de industria, etc.)	
	— Estimar impactos. Para cada componente ambiental y para cada alternativa: Comenzar a escala de unidad de análisis; agregar para toda el área.	⟷
Paso 6	Síntesis de impacto y evaluación	
	— Identificar estándares de evaluación - criterios - preferencias	
	— Evaluar el impacto para cada componente ambiental	
	— Sintetizar los impactos para cada alternativa	
	— Comparar alternativas	
Paso 7	Recomendaciones	
	— Identificar medidas de mitigación (prevención, compensación, sustitución)	⟷
	— Identificar la alternativa preferida (en caso de ser posible)	

preparar el inventario básico y la evaluación de impacto de las condiciones de aire y condiciones climáticas, mientras que un organismo de planificación de zonas costeras recopila una base de datos sobre zonas pantanosas costeras. En conjunto, los esfuerzos coordinados de varios organismos deberían producir una evaluación más completa y técnicamente exacta que la realizada por tan sólo una entidad.

Metodología

La metodología provee un marco sistemático para evaluar alternativas de desarrollo urbano futuras dentro de un área. Debido a que debe ser aplicable a diversas escalas geográficas y a una amplia gama de acciones, el marco metodológico es necesariamente amplio y conceptual.

Los elementos básicos de la metodología se muestran en el Cuadro Nº 4. Las siete etapas se presentan en orden secuencial, pero pueden llevarse a cabo en forma secuencial o interactiva.

Con el objeto de permitir que los usuarios realicen una evaluación de un área completa, el *Guidebook* presenta y desarrolla 21 tópicos de evaluación que incluyen, entre otros: idoneidad de la urbanización, tierras agrícolas, abastecimiento de agua, peligros climáticos, calidad del aire, energía, residuos peligrosos, servicios comunitarios, condiciones sociales, calidad visual y recursos históricos. Estas secciones proveen orientación sobre una gama de técnicas, las cuales se describen en relación a:

— *Temas:* una breve explicación de la gama de impactos e inquietudes a escala de área completa.
— *Preguntas de evaluación*: preguntas que se refieren al propósito del estudio de un área completa.
— *Información básica*: una explicación detallada de la información específica que se requiere para la técnica de evaluación de impacto, con referencia a la base de información de toda el área desarrollada en forma más completa en la metodología.
— *Técnicas de evaluación de impacto*: una descripción específica de procedimientos, cálculos, modelos, tareas de cartografía y otras técnicas que se utilizan para calcular impactos ambientales.
— *Evaluación*: una explicación de los procedimientos para comparar predicciones de impactos con normas reguladoras y otras normas de aceptabilidad ambiental y comunitaria.

— *Medidas de mitigación*: una lista y descripción de las técnicas más eficaces en función de los costos para evitar o minimizar los efectos adversos de los impactos previstos.
— *Referencias*: un listado de fuentes claves para consultar durante la realización de la evaluación de impacto.

APÉNDICE

Métodos para la Evaluación Ambiental Estratégica (EAE)*

1. Introducción

Los métodos para realizar la EAE no están bien establecidos ni tampoco existe acuerdo acerca de ellos. Dos temas en la metodología para la EAE son la base de las técnicas más específicas que se analizan en este apéndice. Primero está el tema de si la EAE debe tomar diferentes formas para políticas, planes, programas y proyectos. Wood y Djeddour (1991) sugieren que:

> la vasta mayoría de las tareas que supone la EAE son idénticas a las de EIA a nivel de proyecto [...] y de ahí se desprende que muchos de los métodos empleados sean directamente transferibles, aun cuando muchos van a diferir en grado de detalle y nivel de especificidad.

Que argumentan que las políticas, los planes, programas y proyectos tienen características bastante diferentes, y que cualquier sistema que requiera la evaluación de sus impactos ambientales debe tomar en cuenta estas diferencias: la EIA a niveles más estratégicos es necesariamente más amplia que a nivel de proyectos, lo que también implica que los temas considerados en los distintos niveles sean diferentes. Asimismo, la Directiva propuesta por la Comunidad Europea sobre EAE advierte que:

> Qué impactos ambientales se deben evaluar en una etapa dada […] y en qué grado de detalle es un asunto que se debe establecer […] Por ejemplo, en el sector transporte los impactos de CO_2 pueden ser evaluados en forma más significativa al aprobar una política, plan o programa de transporte nacional que al autorizar esquemas de carreteras individuales. Por otra parte, los impactos más localizados de emisiones de CO_2 pueden ser evaluados mejor en la etapa de autorización de un proyecto (CEC, 1990).

* Basado en Riki Therivel (1994).

Aunque se propone una metodología paso a paso, estas etapas no ocurren necesariamente en estricto orden secuencial. Además, las etapas del procedimiento deben ser consideradas como componentes de un proceso iterativo, que requieren ser comentadas por el público y reintroducidas al proceso.

2. "Screening": Determinar la necesidad de Evaluación Ambiental Estratégica

En la primera etapa de la preparación de una EAE le corresponde a la autoridad u organismo encargado decidir si existe la necesidad de una EAE y determinar la factibilidad de preparar una. En algunos casos, la necesidad de una EAE estará determinada por la legislación. En otros casos, los organismos prepararán EAEs para mejorar su eficiencia, sensibilidad ambiental o sus credenciales "verdes". La decisión respecto de preparar o no una EAE será muchas veces de tipo político. Sin embargo, se pueden identificar algunos factores que sugerirían que una EAE es necesaria. Se deben considerar cuatro preguntas claves:

1. ¿Existe un alto nivel de actividad gubernamental dentro del área de estudio?
2. ¿Existe un alto nivel de cambios en el área, por ejemplo, crecimiento demográfico o habitacional, que desencadenarían la demanda de servicios futuros? Una alta tasa de crecimiento puede generar preocupaciones que es posible enfrentar por medio de una EAE.
3. ¿Cuán significativa es la acción del sector público en el área? Por ejemplo, ¿existen políticas o programas del gobierno que podrían llevar a una concentración de actividad en el área?
4. ¿Hay características ambientales únicas o lugares sensibles en el área? Esto podría incluir inquietudes tales como una alta tasa de pérdida de recursos claves o transgresiones constantes de niveles ambientales.

3. Establecer un programa de trabajo

Después de decidir que una EAE es necesaria, el organismo encargado debe establecer un programa de trabajo para la EAE. Éste incluiría una discusión de las metas que se deben lograr con la EAE y una lista de las tareas que son fundamentales para la EAE. Además, debería contemplar

asuntos administrativos internos, como son, por ejemplo: el programa, el presupuesto y el personal. En forma más específica, podría abordar:

— metas, temas y problemas;
— tareas a abordar;
— presupuesto, agenda y productos;
— plan de dotación de personal;
— organismos cooperadores.

Muchas veces el presupuesto para la EAE es limitado. Los costos de llevar a cabo una EAE se pueden minimizar mediante un "scoping" prudente y limitando el nivel de recopilación de información al mínimo necesario.

4. Determinar el/los objetivo(s) de la EAE

La EAE debe basarse en una clara comprensión de los objetivos de la política, plan o programa en cuestión. Muchas políticas, planes o programas incorporan consideraciones ambientales, pero como parte de un conjunto de objetivos más amplio y tal vez internamente contradictorio. Es esta etapa la que establece el marco dentro del cual se tomarán las decisiones posteriores: idealmente, debe incorporarse la sustentabilidad como el objetivo final de la EAE.

5. Definir el alcance de la evaluación ambiental estratégica

El proceso de "scoping" es una revisión preliminar decisiva de todos los componentes ambientales de las categorías de impacto y de cómo esa política, plan o programa podría afectarlos, así como del nivel de atención que se debe prestar al análisis de posibles impactos. El alcance de cada EAE será diferente según su nivel (política, plan o programa), su tipo (sectorial, regional, indirecta), dónde se llevará a cabo y por quién. Definir su alcance implica identificar los límites físicos/regionales de la evaluación, de los impactos que va a abordar y de las posibles alternativas que cubrirá. También debe considerar limitaciones tales como requisitos legales, la necesidad de mitigación o compensación y las opiniones del público y de las organizaciones pertinentes.

No hay reglas fijas para *identificar los límites físicos o regionales de una EAE*. En una EAE a nivel de planificación, dos conjuntos de factores

influyen generalmente en estos límites. El primero está configurado por las características actuales de la geografía del área, tales como las características de los recursos naturales (por ejemplo, cuencas hidrográficas, cordilleras) o los límites establecidos por las características hechas por el hombre (por ejemplo, autopistas, líneas de ferrocarril, canales). El segundo está formado por los límites administrativos existentes. Se pueden utilizar mapas del Estado Mayor y técnicas de cartografía superpuesta.

El proceso para *identificar los impactos pertinentes a abordar en la EAE* incluye el uso de listas de control, una revisión de la información disponible y una comparación con las opciones alternativas para destacar todos los impactos significativos, así como la circulación de una lista preliminar de impactos para el personal y/o el público.

Hay listas establecidas de componentes ambientales o categorías de impactos que probablemente figurarán en una EAE. Es posible adaptar listas y matrices para la identificación de impactos a partir de metodologías para EIA de proyectos. Éstas se deben considerar como una guía para los probables impactos que el organismo encargado tendría que considerar. Puede ser útil crear un conjunto de descriptores cuantitativos para cada alternativa, ya que, a la larga, los descriptores servirán de información básica para los cálculos de la evaluación de impacto.

La *identificación de alternativas* es una de las etapas más cruciales de la EAE. Es fundamental hacer un análisis completo de la base lógica para seleccionar, clasificar y rechazar cualquier alternativa. La transparencia de estas decisiones es esencial para la confianza que se habrá de esperar de aquellos que usen o tengan que aceptar la EAE. Debido a la sensibilidad política de muchas alternativas, y por la influencia de los supuestos hechos al comienzo sobre futuros modelos de desarrollo, se requiere de mucho criterio para identificar alternativas.

Las alternativas deben representar una gama de resultados de desarrollo más o menos probables para el área de estudio, basándose en la mejor información disponible e incluyendo la opción de "no hacer nada". Las metodologías que se pueden usar para generar alternativas incluyen técnicas intuitivas, pronósticos basados en deliberaciones de especialistas en los temas, análisis de costo-beneficio, análisis de matrices de logro de metas y listas de niveles.

El proceso de "scoping" se debe llevar a cabo en un clima de *apertura y responsabilidad pública*. Es necesario fomentar la participación pública y la cooperación de otros organismos pertinentes. Una vez realizado esto, se deben registrar los resultados del proceso y se debe modificar en conformidad al diseño del estudio.

6. Análisis ambiental

Una vez acordado el alcance de la EAE, se recopila la información básica, se predicen sus impactos, se evalúa su significación y se proponen medidas de mitigación. Para ayudar en estas etapas, es necesario establecer una base de datos ambientales.

El conocer la *situación de base* es un punto de referencia necesario para predecir y supervisar todos los cambios ambientales que pueden ocurrir. Es fundamental que se tomen medidas para reunir los datos iniciales y para recopilar información en una etapa temprana del proceso. Muchas veces, tampoco se trata de un plan nuevo, sino de la modificación de uno ya existente; de este modo será posible controlar los efectos que tiene la política actual y esto proveerá una útil información básica para la EAE.

La primera medida debe ser la de decidir qué información se va a necesitar y establecer la que ya existe. Usando mapas y fotografías aéreas, sistemas de cotejo y recuperación de datos y consultando con organismos especializados, se puede cotejar la información ambiental existente y se pueden identificar vacíos en dicha información. Es posible usar sistemas de control y encuestas especiales (que usan, por ejemplo, fotografía aérea o muestreo de campo) para obtener datos ambientales adicionales a fin de satisfacer las deficiencias restantes.

No es necesario que las técnicas de *predicción de impacto* para la EAE sean tan específicas, como para la EIA de proyectos. Las técnicas que pueden proveer información para grandes áreas del país incluyen fotografías aéreas, técnicas de cartografía, modelos de computación y pronósticos nacionales o regionales en relación a temas tales como población, uso de energía, niveles de contaminación y tráfico. Otras técnicas para la predicción de impactos incluyen métodos de cartografía y de superposición, análisis de coeficientes de recursos y residuos, análisis de accidentes e incertidumbres, y consulta con otros organismos y el público. Es necesario abordar especialmente los impactos cumulativos, secundarios e indirectos.

La *evaluación de la significación del impacto* se puede basar en criterios tales como el cumplimiento de los niveles ambientales pertinentes, el mantenimiento de capacidades de transporte y la sensibilidad a las opiniones de residentes locales. Las siguientes metodologías pueden ser útiles para predecir la magnitud y significación de los impactos ambientales: listas de control; sistemas de dimensionamiento y ponderación; métodos de superposición; consulta con organismos ambientales; procedimientos de “screening”; agotamiento de recursos; análisis de difusión y daño; y técnicas de

evaluación del paisaje. El cumplimiento de los niveles de calidad ambiental debe ser evaluado usando listas de niveles y encuestas sociales.

Se deben proponer *medidas de mitigación* para eliminar o minimizar, en cuanto sea posible, todos los impactos ambientales negativos identificados en las etapas anteriores de la EAE. Dichas medidas podrían incluir:

— Cambiar (parte de) la escala, tipo o ubicación general del plan (por ejemplo, ordenación urbana de mayor densidad, reciclaje o recuperación de desechos resultantes).
— Mejores actividades de extensión pública (por ejemplo, grupos de asesoría, programas de información pública).
— Cambiar los objetivos del plan (por ejemplo, revisar marcos costo-beneficio para dar más peso a impactos no cuantificables).
— Compensación, ya sea financiera o de otro tipo (por ejemplo, establecimiento de reservas naturales, centros comunitarios, mejor infraestructura de transporte, u otros "proyectos sombra").
— Como último recurso, reasentar o reconstruir la población o hábitat afectado (por ejemplo, reconstrucción de zonas pantanosas).

Muchas de estas medidas de mitigación serían una extensión de la mitigación a nivel de proyecto.

7. Establecer una base de información ambiental

El éxito de la EAE depende en gran parte de la disponibilidad de información ambiental, de manera que sea accesible y de una naturaleza y en una escala que sea adecuada para el área en estudio. Es necesario establecer una base de datos para examinar las grandes cantidades de información que se generan y manejan durante el análisis, síntesis, evaluación y control de impactos.

La administración de la base de información puede ir desde simples archivos de documentos y mapas de superposición, a sistemas más sofisticados de almacenamiento en computadoras con cartografía computarizada. El nivel de precisión que se le puede exigir a la base de datos dependerá del nivel de precisión de la información recibida y de la información requerida.

Los Sistemas de Información Geográfica (SIG) pueden ser especialmente útiles para modelar y predecir cambios en el medio ambiente.

La cantidad de información que podría ser relevante para cualquier EAE es enorme. Es necesario evitar la recopilación de datos irrelevantes e

idear técnicas que permitan identificar el punto donde es posible obtener conclusiones válidas, sin que sea necesaria una mayor recopilación de datos. Los requisitos de información se pueden mantener a niveles manejables usando un "scoping" para identificar los impactos más importantes y luego excluir aquellos que tienen menor trascendencia.

8. Evaluación de impactos y síntesis

La evaluación de los impactos de diversas opciones alternativas debe tomar en cuenta no sólo la información básica sobre los impactos, sino también otras consideraciones indispensables para interpretar y evaluar estos datos. Éstas incluyen normas reguladoras, pautas del gobierno, actitudes y preferencias de los residentes y la eficacia de la planificación y gestión pública en cuanto a la mitigación de los posibles impactos, a través de su prevención, reducción y compensación.

La evaluación de alternativas puede tomar la forma de una matriz, con un listado de las diversas alternativas en el eje horizontal y los componentes ambientales en el eje vertical: el nivel de importancia de la alternativa pertinente respecto a cada componente ambiental se anotaría en la categoría correspondiente de la matriz.

9. Recomendaciones y preparación de un informe EAE

Las recomendaciones procederán de los hallazgos de la evaluación de impacto. Éstas pueden incluir:

— la identificación de una alternativa preferida;
— medidas de mitigación;
— medidas de control que puedan ser necesarias.

Las técnicas que se podrían usar a la luz de los hallazgos de la EAE para seleccionar de entre muchas alternativas un plan para su implementación incluyen la aplicación de criterios de evaluación, participación pública y consulta con otros organismos.

Luego, se debe preparar y poner a disposición un *informe EAE* formal, donde se documentan los hallazgos de cada etapa del proceso. El informe debe incluir:

— Descripción de la necesidad y objetivos de la EAE del plan.
— Discusión de el/los objetivo(s) del plan.
— Descripción de las políticas y reglamentos actuales que influyen en la EAE.
— Explicación del proceso de "scoping" y sus conclusiones.
— Discusión de las alternativas consideradas y de las razones para seleccionar la(s) opción(es) preferida(s).
— Descripción del medio ambiente existente y, si procede, del área que probablemente se verá afectada.
— Descripción de los impactos significativos del plan elegido y de las alternativas consideradas.
— Medidas de mitigación discutidas y propuestas.
— Detalles del proceso de control propuesto.
— Dificultades encontradas en cada etapa del proceso, con inclusión de problemas técnicos, déficit de información o falta de conocimientos metodológicos.
— Detalles de las personas consultadas.
— Normas para los ejercicios de participación pública y resultados de los mismos.
— Un resumen no técnico del informe.

Los hallazgos de la EAE se pueden informar usando superposiciones, mapas, fotomontajes, modelos, matrices y hojas-resumen, así como textos.

10. Control y *feedback*

El control es necesario para evaluar los efectos del plan, identificar otros estudios y modificaciones que se requieran durante la implementación, y para retroalimentar (*feedback*) la adopción de decisiones futuras.

> Es importante verificar hasta qué punto los supuestos y pronósticos [en la EAE] han resultado ser válidos después de todo. Este proceso sirve tanto para confirmar la validez de las elecciones de políticas como para fundamentar futuras decisiones.

Las técnicas de control incluyen la aplicación de criterios de evaluación y el uso de pautas, consulta y participación pública y sistemas de control ambiental.

REFERENCIAS Y DOCUMENTOS

Commission of the European Communities (1990). Proposal for Directive on the Environmental Assessment of Policies, Plans and Programmes, CEC XI/194/90-Rev. 1- EN. Bruselas, 16. 08. 90.

Countryside Commission (1994). Strategic Environmental Assessment: Implications for the English Countryside. Londres.

Department of the Environment (1992). Development Plans and Regional Planning Guidance. Planning Policy Guidance (PPG)12, Londres.

Department of the Environment (1993). The Environmental Appraisal of Development Plans: a Good Practice Guide. HMSO, Londres.

Departament of Housing and Urban Development (1981). *Areawide Environmental Assessment Guidebook* (Informe HUD-0002384). Washington DC: Washington DC: Office of Policy Development and Research.

Glasson, T., Therivel, R., and Chadwick, A. (1994). *Introduction to Environmental Impact Assessment*. Londres.

Hunting Technical Services Ltd *et al*. (1986). *Palawan -A Strategic Environmental Plan*. Londres.

Lee, N. y Walsh, F. (1992). Strategic Environmental Assessment: An Overview. Project Appraisal 7, pp. 126-36.

Therivel, R. *et al*. (1994). *Strategic Environmental Assessment*. Londres: Earthscan.

Wood, C. y Djeddour (1991). "Strategic Environmental Assessment: EA of Policies, Plans and Programmes". Boletín de IAIA". □

EVALUACIÓN AMBIENTAL ESTRATÉGICA: LA EXPERIENCIA DEL MUNICIPIO DE TONBRIDGE & MALLING*

Keith Nicholson

El autor documenta en este trabajo la experiencia real de aplicar el instrumento de gestión ambiental denominado Evaluación Ambiental Estratégica (EAE) a los planes de desarrollo y de uso del suelo de una comuna ubicada en las cercanías de Londres. La opinión del autor, directamente involucrado en el proceso de planificación territorial, es positiva en relación a la utilidad de la Evaluación Ambiental Estratégica por la visión de amplio espectro con que permite evaluar, facilitando así que los proyectos de inversión públicos y privados se inserten dentro de esa visión global de un modo armónico con los objetivos de calidad ambiental perseguidos. Y además, porque consiente una participación informada de la comunidad local en el desarrollo del lugar. La conclusión es que la aplicación de la Evaluación Ambiental Estratégica permitió identificar en mejor forma los problemas que suscita el proceso de planificación territorial y legitimar dicho proceso con la comunidad involucrada, recibiendo aportes y proposiciones que mejoran el resultado. El autor finaliza recomendando sin reservas la utilización de este innovativo instrumento de gestión ambiental.

KEITH NICHOLSON. Jefe de Planificación del municipio de Tonbridge & Malling, Kent (Reino Unido).

* Trabajo presentado en seminario organizado por el CEP los días 10 y 11 de junio. Traducido del inglés por *Estudios Públicos.*

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

En este trabajo procuro describir de qué manera se realizó en el Reino Unido un ejercicio de Evaluación Ambiental Estratégica (EAE). De esta experiencia pueden extraerse conclusiones útiles para otros que estén interesados en llevar a cabo una EAE.

La actitud que adoptó el municipio de Tonbridge & Malling (T&M) podría ser considerada impresionante y a la vez simplista. Impresionante por el grado en que ha influido en todos los elementos del proceso de planificación urbana. Simplista por su análisis poco profundo de efectos ambientales, económicos y culturales, dependiendo casi exclusivamente de técnicas de análisis cualitativas y no cuantitativas.

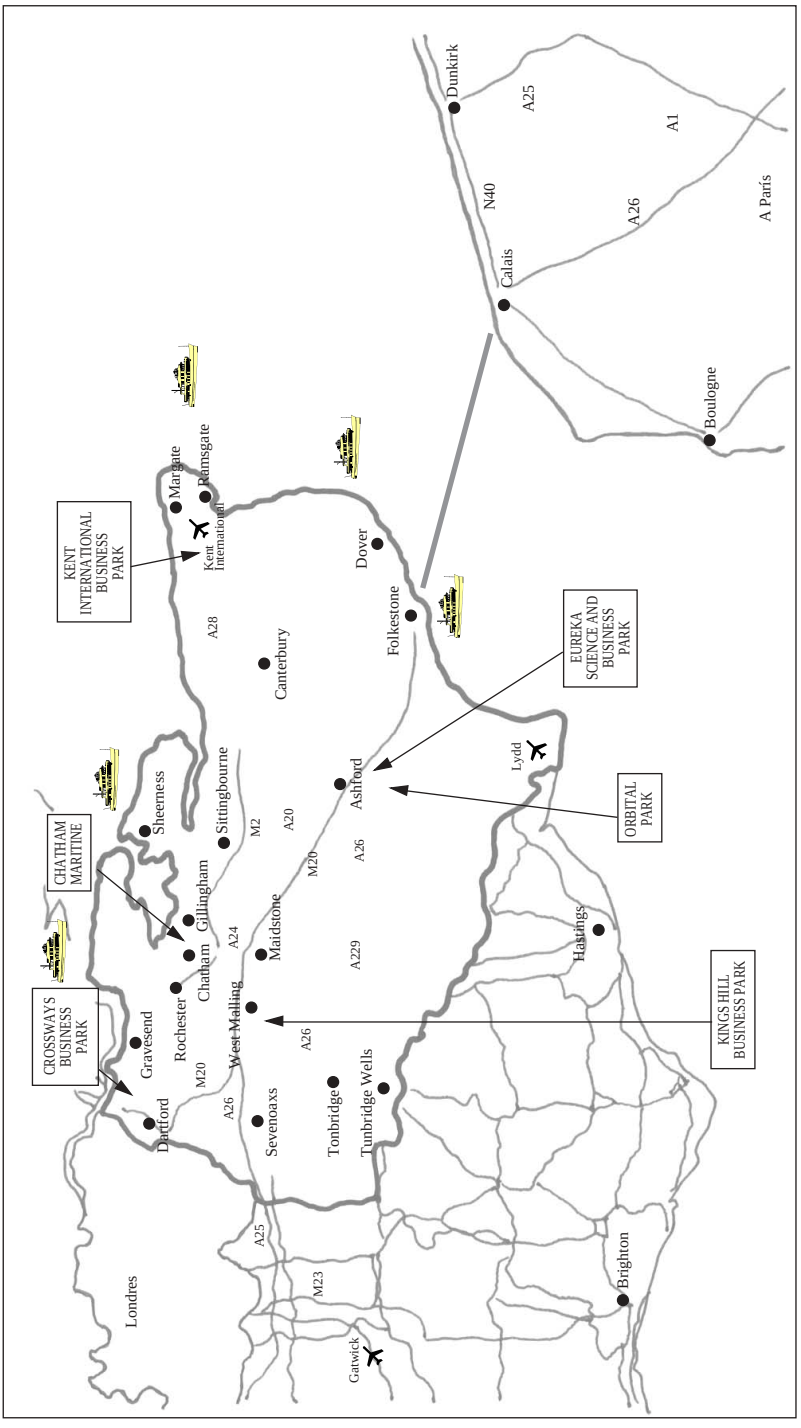
La EAE realizada consistió en una apreciación amplia de la "sustentabilidad" de las políticas de uso del suelo y de transporte del Concejo Municipal de T&M y de sus proposiciones, y no un estudio a fondo de los efectos ambientales de cada una de dichas políticas y proposiciones.

¿Qué es T&M y dónde está?

El municipio de Tonbridge & Malling comprende una población de más de 100.000 habitantes y una comunidad comercial de más de 650 establecimientos. Se encuentra al borde de la conurbación (conjunto de cerros urbanos independientes pero unidos entre sí) de Londres, a horcajadas sobre el principal corredor de transporte entre Londres y Europa continental. Esta vía hacia Europa es la subregión que se conoce como Kent. El municipio de T&M ha sufrido una de las presiones más fuertes de urbanización de suelos ubicados entre Londres y el continente europeo, y hay buenas razones para pensar que esta presión se mantendrá durante el futuro previsible. La intensidad de dicha presión resulta aún más compleja debido a fuertes limitaciones para urbanizar el suelo entre T&M y el borde exterior de la conurbación de Londres. Este "cinturón verde" que rodea la capital produce el efecto de desviar el crecimiento de los centros poblados ubicados en su interior hacia los municipios más inmediatos, pasado el cinturón, que carecen de restricciones, como, por ejemplo, Tonbridge & Malling.

T&M ha sido durante largo tiempo un punto focal para el desarrollo de industrias. La industria papelera británica se desarrolló aquí. Hace poco se instaló una de las máquinas más grandes del mundo para producir papel para periódicos y pronto es posible que se añada una segunda.

Los problemas ambientales más importantes del municipio son la congestión de tránsito, el ruido, la contaminación del aire, pérdida de la zona rural y contaminación del suelo.


KENT INTERNATIONAL BUSINESS PARK
CROSSWAYS BUSINESS PARK
CHATHAM MARITIME
EUREKA SCIENCE AND BUSINESS PARK
ORBITAL PARK
KINGS HILL BUSINESS PARK
Londres
Gatwick
Dartford
Gravesend
Rochester
Chatham
Gillingham
Sheerness
Sittingbourne
Maidstone
West Malling
Sevenoaxs
Tonbridge
Tunbridge Wells
Margate
Ramsgate
Kent International
Canterbury
Dover
Folkestone
Ashford
Lydd
Hastings
Brighton
Dunkirk
Calais
Boulogne
A Paris
M20
M2
A20
A26
A24
A25
M23
A28
A229
N40
A1

El gobierno local está en manos de un Concejo Municipal de 55 miembros elegidos por las comunidades residenciales. El Concejo tiene la facultad de controlar el uso del suelo y, para estos efectos, se conoce con el título de Autoridad de Planificación Local (APL), una de cuyas obligaciones es la de preparar y revisar, a intervalos regulares, las políticas y proposiciones de transporte y de uso del suelo. Luego de cada revisión, estas políticas y proposiciones se publican en un Plan de Desarrollo Local. El horizonte típico del Plan es de 15 años y se revisa cada 3 años.

¿Por qué efectuar una EAE?

El Concejo tuvo tres motivos para llevar a cabo una Evaluación Ambiental Estratégica de sus políticas y proposiciones de planificación.

Experiencia

Los representantes elegidos del Concejo (concejales) conocían desde 1987 el uso de los resultados de una evaluación ambiental estratégica, aplicada a la toma de sus decisiones, cuando se introdujo el reglamento de Evaluación Ambiental. Durante ese período, el personal del municipio había adquirido ciertos conocimientos acerca de las declaraciones ambientales y cierta confianza para evaluarlas. La adopción y aplicación de una parte de esa percepción y confianza a la evaluación estratégica de sus propias políticas y proposiciones de planificación fue el producto de una progresión natural.

Recomendaciones gubernamentales

Las pautas gubernamentales estimulan a las autoridades municipales de planificación a efectuar la evaluación ambiental de las políticas que figuran en sus planes municipales. La forma y el contenido de la evaluación no se prescriben en los reglamentos ni en las pautas gubernamentales. Estos son asuntos que las APL deben determinar a la luz de las circunstancias particulares del lugar. No obstante, el Departamento del Ambiente ofrece asesoría a través de una guía de prácticas recomendables, publicada en 1993.

Agenda Municipal 21 (AM 21)

Todos los gobiernos participantes en la Cumbre de Rio de Janeiro se comprometieron a adoptar medidas para que sus servicios locales desarrollaran conciencia sobre el estado del ambiente y los principios de la sustentabilidad. La exigencia obligatoria de exponer los planes municipales al escrutinio público ofrece una oportunidad excelente para cumplir una parte de dicho compromiso. Al recoger el desafío de poner la EAE al centro de la metodología de preparación de su Plan Municipal Local, el Concejo asumió un compromiso con la AM 21. Hay un dicho: "practica lo que predicas."

Principios del enfoque de T&M

Recursos

El Concejo estimó que la introducción de la EAE en la tramitación del Plan Local no justificaba aumentar la dotación de personal. El mismo equipo que preparó los tres planes locales anteriores debía terminar el trabajo sobre el plan único de reemplazo que abarcaría el municipio completo.

A mi juicio, la aplicación de los principios de sustentabilidad corresponde a una actitud mental, y no debe ser un pretexto para aumentar la burocracia.

Se cuenta con un equipo de planificación compuesto de 9 miembros. De ellos, 5 son planificadores profesionales y 4 son técnicos de apoyo. El equipo está encargado no sólo de elaborar el plan local sino también de asesorar al Concejo en aspectos de conservación, regeneración económica y proyectos importantes de transporte.

Evolución, no revolución

Todos los participantes coincidieron en que la metodología de aproximación al problema debía surgir del conocimiento adquirido al proyectar la EA y de un compromiso cada vez mayor con la AM 21.

El Concejo rechazó la idea de detener el proceso continuo de refinar y ampliar el horizonte temporal de sus planes locales, con el fin de emprender investigaciones originales y establecer un régimen oficial de monitoreo

y control. En cambio, otras APL del Reino Unido han procurado establecer una línea de base, en una fecha determinada, sobre el estado del ambiente local y, a partir de allí, establecer un programa oficial de control *antes* de emprender el proceso actual de revisión del plan local. Estimo que esa forma de proceder puede conducir a una labor contraproducente e innecesaria, y que es preferible dejar que los aspectos que son cruciales para la sustentabilidad local surjan del debate sobre desarrollos conflictivos y presiones de conservación.

Más adelante, este mismo año (1996) se presenta al Concejo un informe relativo a un programa de control dirigido, destinado a suministrar la información que el Concejo va a necesitar al comienzo de la *próxima* revisión del plan local. Por ejemplo, información sobre el grado de éxito que ha tenido el plan actual en su avance hacia las metas de sustentabilidad y antecedentes concretos acerca de los asuntos que las comunidades locales perciben como cruciales para T&M.

Pragmatismo

Como se desprende de lo expuesto, el enfoque de T&M contiene una buena medida de pragmatismo. El Concejo no está obligado a efectuar una EAE, pero reconoce que su deber de controlar el desarrollo va a estar mejor apoyado si sus políticas y proposiciones son evaluadas en función de la sustentabilidad. De hecho, los partidos políticos que están representados en el Concejo opinan que su permanencia en él puede depender de lo bien que comprendan y respeten las inquietudes ambientales de la gente local.

Todas las autoridades municipales del Reino Unido están tomando conciencia de la influencia que puede ejercer su opinión en las decisiones de los ministerios del gobierno, de los organismos no gubernamentales y de las empresas importantes que funcionan dentro de sus zonas jurisdiccionales. La EAE también ayuda a identificar los vínculos que existen entre los planes estratégicos de todas estas partes interesadas en el ámbito local.

Escrutinio público

El reglamento que regula la preparación de los planes locales dispone que, cuando se elabora un plan, hay que realizar consultas antes de establecer su contenido en forma definitiva. El reglamento exige que la APL debe consultar una lista preestablecida de personas y tomar en cuenta

todas sus opiniones. De hecho, el Concejo Municipal consultó a una lista mucho más nutrida de organizaciones no gubernamentales y grupos de interés que la que se prescribe en el reglamento.

No se ha optado por explorar aquellas formas más complejas de "participación pública" que recomiendan ciertos comentaristas. Al igual que la mayoría de las APL, se estima que el escrutinio público de políticas y proposiciones tiene mejor cabida en una estrategia bien fundada y concebida. Con todo, ciertas APL del Reino Unido están experimentando trasladar a foros comunitarios locales algunas decisiones relacionadas con la elaboración de los planes.

Características del enfoque de T&M

Limitaciones

El alcance que tiene un plan municipal para ocuparse de asuntos ambientales está limitado por las pautas acerca de lo que corresponde incluir en un plan municipal. El gobierno recomienda que dicho plan se limite, en general, a asuntos relativos al uso del suelo y al transporte. En consecuencia, toda una gama de acciones ambientales posibles, relacionadas con el manejo del suelo y no con su uso y desarrollo, como, por ejemplo, el manejo del paisaje y manejo con miras a la conservación de la naturaleza, no son asuntos propios de un plan municipal. Además, en este primer intento de EAE, el Concejo Municipal no estaba preparado para abordar criterios de sustentabilidad abiertamente políticos, como, por ejemplo, la "igualdad económica y social". Ciertas autoridades en el Reino Unido lo han intentado, pero con resultados diversos.

Las pautas gubernamentales también disponen que las políticas que forman parte de un plan municipal no deben duplicar las facultades conferidas por leyes distintas a las leyes sobre planificación urbana y rural. Por ejemplo, la vigilancia de la contaminación atmosférica debido a industrias existentes está regulada en virtud de la Ley de Control de la Contaminación, de 1974, cuya ejecución corresponde a la agencia gubernamental del ambiente. La función del plan municipal, en este aspecto, se limita a controlar la ubicación de usos que pueden originar contaminación.

El grado y el alcance de las alternativas que tiene el Concejo Municipal para identificar sectores nuevos de desarrollo se ven limitados también, de manera inevitable, por el patrón vigente de población e infraestructura, y

por otras consideraciones prácticas y de política como, por ejemplo, las zonas de inundación de ríos y los lugares campestres atractivos. La posibilidad de identificar un abanico de opciones de desarrollo, que no tropiece con limitaciones, es también limitada. Así, pues, en la preparación de los planes municipales anteriores se identificaron aquellos sectores del municipio que estaban relativamente libres de restricciones, los que se mantuvieron como reserva para satisfacer necesidades futuras de desarrollo. Dos extensas zonas de tierra, ubicadas sobre la ribera oriental del Medway (East Bank) y en Kings Hill, habían sido identificadas y reservadas para dar espacio a desarrollos a largo plazo, hasta el año 2011 y años posteriores.

Dado el nivel de compromiso con la producción agrícola de las dos zonas importantes de desarrollo, no estaba dentro del alcance del nuevo plan municipal proponer ni evaluar alternativas de estrategias de desarrollo. Por tanto, la función principal del plan municipal, en cuanto a la estrategia de desarrollo, fue la de elaborar políticas detalladas para desarrollar los sectores identificados, determinar patrones y combinaciones de desarrollo y realizar asignaciones concretas y pormenorizadas de suelo para cada uso principal de suelo.

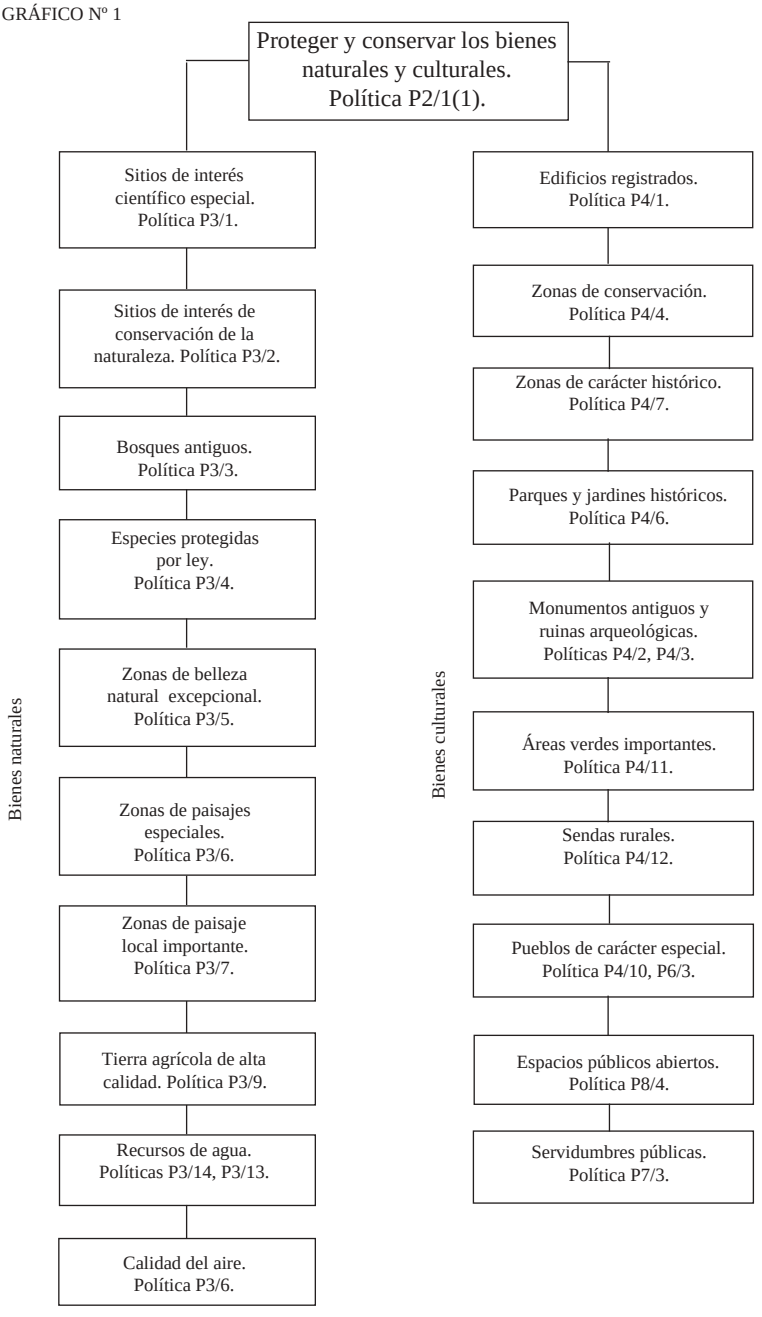
La evaluación ambiental no intentó cuantificar de manera detallada el efecto ambiental de alguna de las políticas o grupos de políticas. Muchas veces no se disponía de los antecedentes técnicos para semejante evaluación. En consecuencia, la evaluación identificó solamente si determinado indicador ambiental era considerado en las políticas del plan y si había algún impacto. *No* se hizo medición empírica de dichos impactos.

Sustentabilidad

La totalidad del Concejo Municipal apoyó la elaboración de políticas y proposiciones de naturaleza "sostenible". La política general que inspira el conjunto de políticas suplementarias, se basa en los siguientes principios:

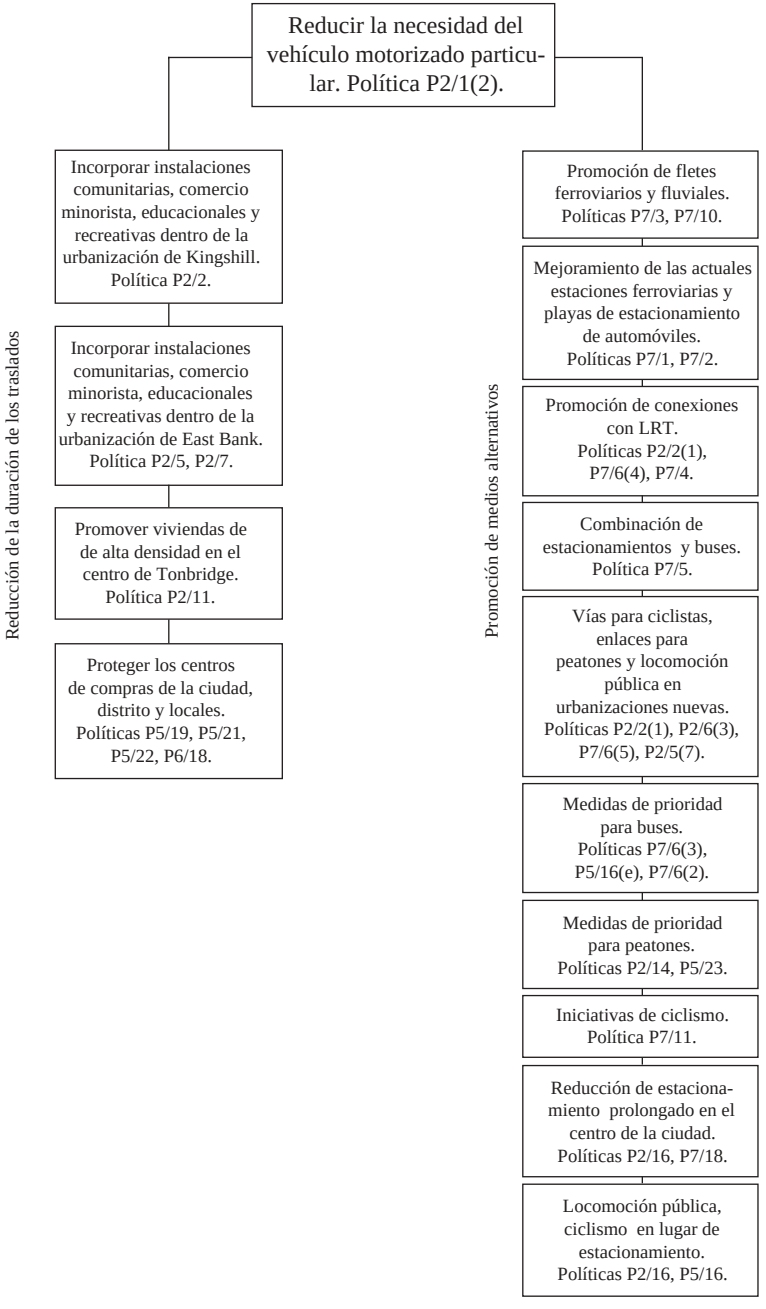
1. protección de los bienes naturales y culturales;
2. reducción del uso del vehículo motorizado privado;
3. conservación de la energía.

GRÁFICO Nº 1



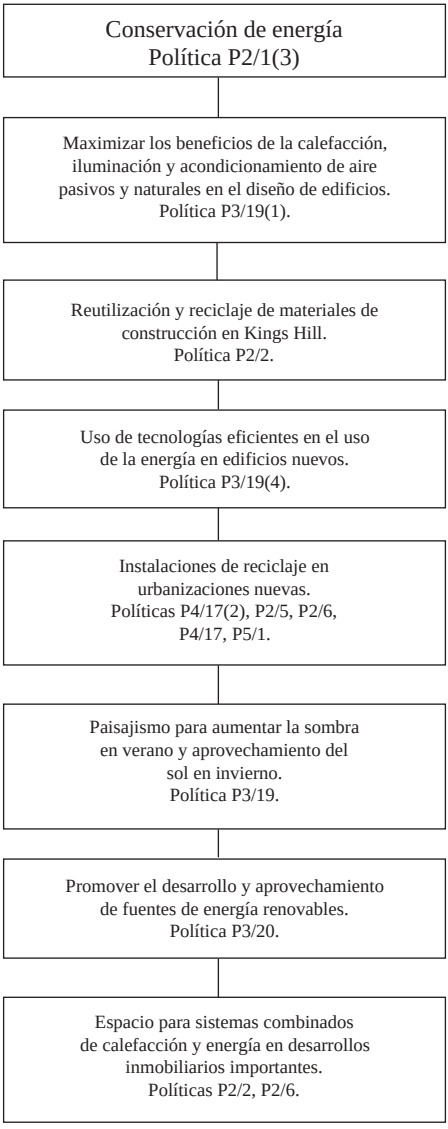
Fuente: Plan local del municipio de Tonbridge y Malling: Declaración Ambiental No. 1, febrero de 1996.

GRÁFICO Nº 2



Fuente: Plan local del municipio de Tonbridge y Malling: Declaración Ambiental No. 1, febrero de 1996.

GÁFICO Nº 3



Fuente: Plan local del municipio de Tonbridge y Malling: Declaración Ambiental No. 1, febrero de 1996.

Compromiso

El Concejo reconoció que la evaluación ambiental de los planes de desarrollo debía informar todo el trámite del plan municipal, desde las primeras etapas de identificación de los asuntos importantes hasta la adopción definitiva del plan y el monitoreo e implementación posteriores. Por tanto, ha adquirido un compromiso público respecto de los siguientes elementos del proceso de EAE:

— publicación del informe sobre el alcance, en forma previa a la publicación del plan, con una evaluación de las políticas y proposiciones vigentes, y la identificación de otros asuntos de importancia;
— verificación de la etapa de determinación del alcance, mediante consultas dirigidas a las partes interesadas y a organismos reglamentarios;
— publicación de una declaración ambiental (DA) que acompañe la publicación de un plan, con una evaluación ambiental de sus políticas y proposiciones;
— publicación de una segunda declaración ambiental (DA) que acompañe las modificaciones definitivas al plan y que incorpore la evaluación ambiental de las modificaciones propuestas;
— monitoreo del plan adoptado para retroalimentar su revisión posterior.

Los tres primeros elementos del proceso ya están cumplidos. La segunda DA no se preparará hasta que el Concejo haya analizado el informe de un inspector independiente, quien escuchará las pruebas que se presenten tanto en favor como en contra de las políticas y proposiciones más conflictivas del plan municipal. Se estima que ese documento no estará listo antes de fines de 1997.

A estas alturas, conviene destacar el compromiso del Concejo respecto de los datos que arrojan los indicadores y el monitoreo. En muchos aspectos, el éxito o el fracaso de toda nuestra labor de EAE hasta la fecha se juzgará de acuerdo con el grado en que el Concejo cumpla este compromiso.

No se ha hecho hasta el momento ningún intento por disimular la escasez de información acerca del estado del ambiente local, en particular al presentar las que se estiman son las limitaciones principales de la aproximación de T&M. Lo cierto es que hasta aquí muchas APL, incluso la de T&M, no han estimado indispensable atenerse a pruebas empíricas fidedignas que determinen cómo se deben equilibrar intereses contrapuestos. Han preferido atenerse casi por completo al criterio político.

Muchos grupos de interés en el Reino Unido, en especial aquellos que tienen inquietudes ambientales, están mostrando cada vez más eficacia en someter esos criterios políticos a un escrutinio empírico. Personalmente me resulta muy estimulante el creciente compromiso exhibido por las APL del país de responder a ese desafío. Se están asignando recursos importantes para establecer datos de base y regímenes de monitoreo continuo respecto de los indicadores críticos de sustentabilidad.

Junto con colegas de todos los demás municipios de la subregión de Kent, se está trabajando en las medidas para recoger, compartir y publicar periódicamente datos relativos a unos 70 indicadores. Respecto de las condiciones locales, el plan municipal fija un conjunto más acotado de indicadores que deben demostrar la eficacia de las políticas y proposiciones dentro del municipio, durante el plazo de duración del plan.

Mediante estas disposiciones, no sólo será posible documentar el próximo plan municipal con los éxitos y fracasos del actual, sino que además, al compartir informaciones con nuestras comunidades residentes y empresariales, habrá un debate más refinado que permitirá determinar políticas mejor concebidas y controles más sofisticados para el uso del suelo y el transporte. Otro ejemplo de la Agenda Municipal 21 en acción.

Alcance del plan local del municipio

A continuación se presentan algunas de las tareas de detalle que se emprendieron al someter el plan local del municipio a la Evaluación Ambiental Estratégica. Como ya se señaló, el Concejo ha completado tres etapas de un proceso de cinco. La etapa 1 es el informe sobre la determinación del alcance de la Evaluación Ambiental Estratégica.

Finalidad

El informe sobre el alcance de la EAE tuvo por objeto:

1. identificar los asuntos nuevos de los cuales el plan debía ocuparse;
2. revisar y evaluar ciertas políticas y proposiciones vigentes a partir de los planes anteriores, desde el punto de vista de su efecto ambiental;
3. realizar una auditoría económica de las políticas y proposiciones vigentes para comprobar en qué medida apoyan el crecimiento de empresas e industrias locales;
4. ofrecer una temprana oportunidad de análisis con grupos interesados en dichos asuntos, antes de preparar un plan nuevo.

Una evaluación ambiental

La evaluación de las políticas y proposiciones vigentes en los planes anteriores, se puede resumir de la manera más sucinta en una serie de cuadros. El cuadro Nº 2 ofrece un panorama general de la evaluación de cada uno de los planes anteriores, en función de 15 criterios ambientales que se definen, a su vez, en el cuadro Nº 1.

La evaluación procura identificar en qué medida los criterios ambientales se toman en cuenta en cada uno de los planes, no el efecto real de los planes sobre los propios criterios. Se emplean tres símbolos para explicar en qué medida se ha considerado cada uno de los criterios.

El ejercicio reveló que los planes anteriores no tuvieron en cuenta ciertos criterios fundamentales, entre ellos los siguientes:

1. ausencia de políticas de estímulo a alternativas en transporte distintas del automóvil, consideraciones energéticas y fijación de CO_2;

2. omisión de preocuparse de la calidad del aire;

3. un mayor alcance para abordar con más profundidad la calidad del agua, contaminación del suelo y la calidad del diseño de los edificios.

Se entró a una segunda etapa de evaluación sobre tres aspectos concretos de política: vivienda, empleo y transporte (véanse los cuadros Nº 3, 4 y 5), y sobre dos áreas principales de desarrollo (véase East Bank en el cuadro Nº 6). Es conveniente resaltar dos ejemplos: políticas de transporte y zona de desarrollo del East Bank. Se utilizó un conjunto de símbolos diferentes para completar la matriz.

La evaluación de transporte reveló una necesidad imperiosa de elaborar políticas nuevas que estimularan la locomoción pública y redujeran la cantidad y longitud de los viajes en auto, en favor de la sustentabilidad global. Por el lado positivo, las proposiciones de los planes anteriores, en general, tenían escaso efecto negativo sobre el acceso público al espacio abierto.

La urbanización de East Bank suscitó numerosos efectos negativos e inciertos de los que hubo que ocuparse; por ejemplo, hay claras indicaciones de la necesidad de contar con senderos dedicados a peatones y ciclistas, especialmente de senderos que crucen el río para conectar con las rutas de locomoción colectiva en la ribera poniente, y la necesidad de realizar una investigación arqueológica cabal en los lugares de urbanización.

CUADRO Nº 1

	Criterios ambientales	Descripción de criterios
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	Necesidad de reducir las emisiones de CO2 de los vehículos motorizados, procurando reducir la duración y cantidad de sus traslados. Entre los patrones adecuados de desarrollo se cuentan la cercanía entre conjuntos residenciales nuevos y oportunidades de empleo, servicios, instalaciones.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	Necesidad de aumentar la proporción de viajes en locomoción pública para reducir el uso del auto particular y estimular la caminata y el uso de la bicicleta. Factores claves son la cercanía de los conjuntos residenciales nuevos a las rutas y nudos actuales de locomoción colectiva.
	Entorno construido Energía: Eficiencia	Necesidad de reducir la pérdida de calor de los edificios mediante diseño y orientación adecuados, reducción de necesidades de capital para energía e investigación del potencial para sistemas combinados de calor y energía dentro del conjunto habitacional nuevo.
	Potencial energético renovable	Necesidad de proteger el potencial de energía de fuente eólica, hidráulica, de olas y solar, y aumentar el potencial de energía de la biomasa (p. ej., bosques).
	Tasa de fijación de CO_2	Necesidad de instalar cubierta arbolada, particularmente especies de hoja ancha, para absorber niveles de contaminación atmosférica con CO_2.
	Hábitat de vida silvestre	Necesidad de proteger sitios importantes de conservación naturaleza, por ejemplo, sitios de interés científico especial y sitios de conservación de la naturaleza, y aumentar el potencial de vida silvestre, por ejemplo, con la promoción de corredores.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	Necesidad de reducir niveles de contaminantes arrastrados por aire, es decir, CO_2, SO_2, NO_2, O_3, Pb, NH_4, etc.
	Conservación y calidad	Necesidad de mantener niveles acuíferos subterráneos y ríos, y proteger la pureza del agua.
	Calidad de tierra y suelo	Necesidad de proteger la calidad del suelo, por ejemplo, para la agricultura, reducir la contaminación y el abandono.
	Conservación de minerales	Necesidad de reducir el consumo de combustibles fósiles y minerales, y estimular mayor reutilización y reciclaje de materiales.
CALIAD AMBIENTAL LOCAL	Paisajes y espacios abiertos	Necesidad de mejorar y proteger paisajes importantes y su calidad, incluso zonas declaradas bajo protección, como, por ejemplo, zonas de belleza natural excepcional, y defender los espacios abiertos y los campos contra la urbanización.
	Ambiente y calidad de vida urbana	Necesidad de asegurar mejoras en la calidad del paisaje urbano, reducción de molestias y conflictos con las actividades de construcción, a causa de ruidos y malos olores, y mejorar la seguridad del conjunto habitacional.
	Patrimonio cultural	Necesidad de proteger edificios registrados, zonas de conservación, monumentos antiguos, ruinas arqueológicas y recursos geológicos.
	Acceso público a espacios abiertos	Necesidad de aumentar y mantener espacios abiertos de acceso público en zonas urbanas y rurales.
	Calidad de construcción	Necesidad de mantener y mejorar la calidad de la construcción y disponer la renovación de edificios donde corresponda.

Nota: Definiciones basadas en la evaluación ambiental de planes de urbanización, del departamento del ambiente: A Good Practice Guide 1993.

CUADRO Nº 2

	Criterios ambientales	Planes vigentes MG&VLP	T&VLP	MRALP	Observaciones
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	X	X	X	No se estudió en ninguno de los planes. Hay que evaluar la posibilidad de efectos negativos.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	0	0	X	Estudio parcial sobre posibilidades de caminar, andar en bicicleta y uso de locomoción colectiva, pero falta estrategia coherente para estimular alternativas en modalidades de transporte.
	Entorno construido Energía: Eficiencia	X	X	X	No se estudió en ninguno de los planes. Necesidad de estudiar en qué medida las políticas de uso del suelo pueden influir en estos objetivos.
	Potencial enérgico renovable	X	X	X	No se estudió en ninguno de los planes. Necesidad de analizar opciones de política.
	Tasa de fijación de CO_2	0	0	X	Referencias menores a plantación de árboles; aparte de eso no se estudió sino con fines de agrado. Hay que revisar las políticas de protección.
	Hábitat de vida silvestre	/	/	/	Jerarquía completa de políticas de protección incorporadas, pero falta espacio para considerar mejoramiento de potencial de vida silvestre, corredores, etc.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	X	X	X	No se estudió concretamente en ninguno de los planes. Necesidad de analizar alcance de las políticas.
	Conservación y calidad del agua	0	0	0	Hay políticas de protección de acuíferos reflejadas, pero falta espacio para estudiar aspectos más amplios, incluso aspectos de pureza del agua. Considerar políticas modelo de NRA.
	Calidad de tierra y suelo	0	0	0	Aspectos de tierra agrícola cubiertos satisfactoriamente, pero falta considerar aspectos de contaminación y políticas sobre tierras abandonadas.
	Conservación de minerales	/	/	/	Políticas sobre minerales no se incluyen en el plan a nivel de todo el municipio. Necesidad de estudiar qué enfoque residual se pudiera adoptar, si lo hubiere.
CALIDAD EMBIENTAL LOCAL	Paisaje y espacios abiertos	/	/	/	Abanico completo de políticas de protección, pero falta revisar las zonas de paisajes locales. Necesidad de considerar políticas de mejoramiento.
	Ambiente y calidad de vida urbana	/	/	0	Algo de consideración a la calidad del paisaje urbano y seguridad de los peatones; a parte de eso, necesidad de estudiar políticas de seguridad y ruido.
	Patrimonio cultural	/	/	/	Abanico completo de políticas adecuadas y zonas de conservación totalmente actualizadas.
	Acceso público a espacios abiertos	/	/	/	Algunas necesidades de revisar políticas vigentes para asegurar coherencia; aparte de eso, no hay necesidad de mayores cambios.
	Calidad de construcción	0	0	0	No se estudió en ninguno de los planes. Falta considerar necesidad de incorporar en el plan políticas detalladas de diseño urbano.

X no se considera/insuficiente 0 considerado en parte/marginal / se considera cabalmente/suficiente

CUADRO Nº 3

	Criterios ambientales	Políticas de vivienda MG&VLP	T&VLP	MRALP	Observaciones
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	?	/?	X?	Estos efectos necesitan más evaluación. Las políticas de vivienda en T&VLP tienen mayor potencial para reducir los traslados en auto, pero los mejores sitios que aparecen en MRALP quedan más aislados, aunque los usos vigentes podrían generar traslados laborales diarios.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	/?	/?	X?	Lugares de viviendas en MG&VLP y T&VLP están relativamente bien ubicados respecto de la red de locomoción pública, no tan bien en el caso de MRALP. Todos los efectos necesitan más evaluación detallada.
	Energía: Eficiencia	?	?	?	El efecto de las políticas de vivienda en los tres planes locales respecto a este criterio no están claros y hay que evaluarlos en más detalle.
	Potencial energético renovable	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Tasa de fijación de CO_2	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Hábitat de vida silvestre	X?	/	/	El único conflico en potencia entre viviendas y vida silvestre, se refiere a oportunidades a más largo plazo en la ribera oriental del Medway que se proponen en el MG&VLP. Será objeto de ulteriores estudios.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Conservación y calidad del agua	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Calidad de tierra y suelo	/?	/	/?	Las políticas tanto del MG&VLP como del MRALP procuran concentrar las viviendas en tierras abandonadas o superfluas; el T&VLP concentra la edificación dentro de las zonas urbanas existentes.
	Conservación de minerales	0	0	0	No hay efectos importantes.
CALIDAD AMBIENTAL Y LOCAL	Paisajes y espacios abiertos	/	/	/	Los conjuntos habitacionales en todos los planes evitan la urbanización de espacios abiertos actuales y cuando corresponde se agregan espacios como parte de la urbanización.
	Ambiente y calidad de vida urbana	?	?	?	El efecto de las políticas de vivienda en este criterio no está claro y necesita un estudio más detallado.
	Patrimonio cultural	/	/	/	En los tres planes las políticas contemplan la reutilización de edificios importantes con fines residenciales. De otro modo, no se aprecian efectos perjudiciales.
	Acceso público a espacios abiertos	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Calidad de construcción	/?	/?	/?	Se consideran en parte el estímulo a la calidad en los conjuntos habitacionales, aunque se necesita más evaluación.

/ efecto beneficioso
? el efecto no está claro
X efecto perjudicial
0 no hay relación, no hay efecto importante

CUADRO Nº 4

	Criterios ambientales	Políticas de empleo MG&VLP	T&VLP	MRALP	Observaciones
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	?	?	?	La relación entre políticas de empleo y la generación y duración de los traslados en auto exige mayor evaluación. Los temas de estudio especial tienen que ver con Kingshill y las políticas de oferta de transacciones de terrenos rurales.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	/?	/?	?	Sujeto a mayor evaluación, las políticas del MG&VLP y del T&VLP, en general, alientan la edificación cerca de los nudos de locomoción pública. En la zona rural de Malling, la relación es menos próxima aunque la escala es menor.
	Entorno construido Energía: Eficiencia	?	?	?	El efecto de la eficiencia energética y los usos del empleo necesitan mayor evaluación.
	Potencial energético renovable	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Tasa de fijación de CO_2	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Hábitat de vida silvestre	/	/	/	Las políticas de empleo de los tres planes locales evitan todo conflicto con los intereses de conservación de la naturaleza.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	?	0	0	Las principales zonas tradicionales de empleo se encuentran en el valle del Medway. Aquí quizás se justifique una mayor evaluación de aspectos de calidad del aire.
	Conservación y calidad del agua	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Calidad de tierra y suelo	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Conservación de minerales	0	0	0	No hay efectos importantes.
CALIDAD AMBIENTAL LOCAL	Paisaje y espacios abiertos	/	/	/	Ninguno de los lugares de empleo existentes invaden el espacio abierto y todos están situados principalmente dentro de la zona urbana o en lugares que no invaden visualmente el paisaje más amplio.
	Ambiente y calidad vida urbana	/	/	/	Los tres planes identifican lugares de empleo problemáticos, donde una oferta de cambio a un uso menos perjudicial traería beneficios ambientales significativos.
	Patrimonio cultural	/	/	/	Los tres planes estimulan la neutralización de edificios rurales superfluos y ciertos edificios urbanos de importancia histórica o arquitectónica con fines de empleo/B1.
	Acceso público a espacios abiertos	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Calidad de construcción	/?	/?	/?	Algunas de las políticas exigen alta calidad en los edificios, p. ej. Kingshill, Somerhill y sitios de mayor precio. Este enfoque se podría aplicar en otros lugares.

/ efecto beneficioso X efecto perjudicial
? el efecto no está claro 0 no hay relación, no hay efecto importante

CUADRO Nº 5

	Criterios ambientales	Políticas de Transporte MG&VLP	T&VLP	MRALP	Observaciones
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	X	X	X	Los planes vigentes no se ocupan con detenimiento de la necesidad de reducir la duración y frecuencia de los traslados en vehículos.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	/?	/?	/?	Se contempla en parte la promoción de la locomoción colectiva, uso de la bicicleta y recorridos a pie, aunque no está bien coordinada ni integrada con otras políticas de transporte o propuestas de urbanización.
	Entorno construido Energía: Eficiencia	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Potencial energético renovable	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Tasa de fijación CO_2	X?	0	X?	Algunos proyectos de caminos protegidos acarrean pérdida de bosques lo que si bien se podría compensar con intervenciones nuevas en el paisaje, no está contemplado concretamente en los planes vigentes.
	Hábitat de vida silvestre	0	0	X?	Un proyecto caminero en Malling se compone con la conservación de la naturaleza y se estudiará en la etapa de ejecución de tallada.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	?	?	?	Los proyectos camineros pueden aumentar la contaminación del aire, especialmente en los corredores de la autopista de Medway Gap. La calidad del aire no se contempla en los planes vigentes.
	Conservación y calidad del agua	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Calidad de tierra y suelo	0	0	0	No hay efectos importantes.
	Conservación de minerales	0	0	0	No hay efectos importantes.
CALIDAD AMBIENTE LOCAL	Paisaje y espacios abiertos	X	0	X	Algunos proyectos camineros acarrean pérdida de espacios abiertos en las zonas rurales y el efecto no se estudia concretamente dentro de los planes.
	Ambiente y calidad de vida urbana	/	/	/	Las políticas de transporte, en general, apuntan a promover la movilidad personal y el esparcimiento, y procuran eliminar el tránsito invasivo en zonas sensibles.
	Patrimonio cultural	0	X	0	El ensanchamiento de Cannon Lane, en Tonbridge, se contrapone con la designación de zona de conservación.
	Acceso público a espacios abiertos	X	/	/	Un proyecto caminero en Medway Gap acarrea pérdida de terrenos de esparcimiento; aparte de esto, no hay efectos importantes.
	Calidad de construcción	0	0	0	No hay efectos importantes.

/ efecto beneficioso
? el efecto no está claro
X efecto perjudicial
0 no hay relación, no hay efecto importante

CUADRO Nº 6

Urbanización de East Bank

	Criterios ambientales	Efecto	Observaciones
SUSTENTABILIDAD GLOBAL	Energía en el transporte Eficiencia: Traslados	x?	El aislamiento relativo de la ribera oriental podría conducir a un aumento en la cantidad de traslados en auto. Hay necesidad de investigar en qué medida el conjunto habitacional puede ser "autosuficiente" en cuanto a los servicios e instalaciones que se se deben proporcionar.
	Energía en el transporte Eficiencia: Modalidades	X?	Las conexiones con los nudos de la locomoción colectiva exigen mayor evaluación y elaboración. Hay espacio para estimular el uso de la bicicleta y los recorridos a pie dentro de un conjunto habitacional tan grande.
	Entorno construido Energía: Eficiencia	/?	Hay potencial para la elaboración de políticas dirigidas a estimular la eficiencia energética de los edificios en conjuntos de estas dimensiones.
	Potencial energético renovable	0	No hay efectos importantes.
	Tasa de fijación de CO_2	/?	Hay abundante espacio para aumentar los espacios arbolados y mejorar el paisaje. Hace falta mayor evaluación en detalle. Hábitat de vida silvestre.
	Hábitat de vida silvestre	X?	Los efectos reconocidos en los de conservación de la naturaleza exigen evaluación y solución. En particu lar, hay que evaluar medidas detalladas de mitigación, en el marco del valle del Medway como un todo.
RECURSOS NATURALES	Calidad del aire	0?	No hay efectos importantes, si bien la calidad del aire en el valle del Medway puede exigir mayor estudio.
	Conservación y calidad del agua	0	No hay efectos importantes, aun cuando se puede necesitar más terreno para ampliaciones futuras de las instalaciones de almacenamiento de agua.
	Calidad de tierra y suelo	/?	Sujeto a mayor estudio, habría un rol importante para el desarrollo inmobiliario al proponer la rehabilitación de tierras deterioradas para un uso positivo.
	Conservación de minerales	0?	Ciertas zonas marcadas para urbanización contienen reservas minerales. Habría que resolver cualquier conflicto en potencia.
CALIDAD AMBIENTAL LOCAL	Paisaje y espacios abiertos	/	Si bien las zonas de urbanización actuales invaden tierras abiertas, la urbanización concentrada en tierras y el espacio para mejorar el deteriorado paisaje podrían acarrear beneficios importantes.
	Ambiente y calidad de vida urbana	/	Sujeto a mayor estudio en detalle, en un conjunto habitacional tan grande hay espacio para alcanzar un diseño urbano de mejor calidad que en muchos conjuntos de menor escala.
	Patrimonio cultural	?	Los efectos potenciales sobre las ruinas arqueológicas exigen una evaluación en detalle. Sujeto a lo anterior, puede haber espacio para incorporar en el conjunto algunas instalaciones de patrimonio mejoradas.
	Acceso público a espacios abiertos	/	Habrá que incorporar al conjunto extensiones importantes de espacios abiertos.
	Calidad de construcción	/	En un conjunto de este tamaño, sujeto a estudio detallado y formulación de políticas, hay espacio para alcanzar niveles elevados de diseño de edificios.

/ efecto beneficioso
? el efecto no está claro
X efecto perjudicial
0 no hay relación, no hay efecto importante

Auditoría económica

La auditoría económica de las políticas y proposiciones vigentes, tuvo entonces por objeto determinar en qué medida ellas reflejaban y eran compatibles con las recomendaciones gubernamentales en cuanto a estimular el crecimiento económico y el desarrollo generador de empleo (véase el Cuadro Nº 7).

La auditoría reveló, entre otros asuntos, lo siguiente:

1. restricciones a la disponibilidad de suelos para uso industrial general;
2. falta de sitios apropiados para pequeños negocios de "malos vecinos" (esto es, actividades fabriles ruidosas o malolientes);
3. omisión de alentar todas las oportunidades adecuadas de desarrollo turístico.

Declaración ambiental del plan local del municipio

Después de verificar la determinación del alcance de la EAE, mediante consultas dirigidas a las partes interesadas y organizaciones no gubernamentales, se inició una evaluación del plan local en elaboración (hoy en etapa de borrador), de la que se dio cuenta en la Declaración Ambiental No. 1.

Esta etapa del proceso de la EAE ofreció la primera oportunidad para registrar y ocuparse de cada uno de los problemas que hicieron presente las personas consultadas en el informe sobre la determinación del alcance de la EAE. Se distribuyeron 250 ejemplares del informe y a los consultados se les dio 6 semanas para preparar su respuesta al documento. Terminado ese plazo, el Concejo había recibido 45 respuestas. Se acompaña una muestra de la descripción de cada observación y de qué manera éstas influyeron en el nuevo plan municipal.

En esta etapa del trámite, la evaluación se concentró en el comportamiento de cada grupo de políticas en relación con un abanico de criterios ambientales. Se adoptó un procedimiento en cascada, parecido al que se usó en la EA de los planes anteriores, que primero miraba los niveles amplios de la política, por ejemplo, la estrategia global, vivienda, empleo, etc., y luego se concentraba en los sectores de desarrollo más importantes, a un nivel de mayor detalle.

CUADRO Nº 7

Índole de los requisitos económicos y de empleo de los planes locales	Evaluación de planes locales			Observaciones
	MG&VLP	T&VLP	MRALP	
Los planes locales deben comprender políticas claras de uso del suelo para ofrecer un abanicode distintos tipos de desarrollo industrial y comercial.	0	0	X	Si bien todos los planes apuntan a disponer un abanico de necesidades de empleo, ofrecer la capacidad de reservar lugares expresamente para uso industrial general B2 está limitada por la orden general de desarrollo y clases de uso. Además, la capacidad de proveer para todas las necesidades de empleo se tiene que equilibrar con las limitaciones globales del empleo, en particular dentro del Cinturón Verde o en las zonas rurales de Malling, y la escala de las comunidades existentes,
Hay que disponer tierras suficientes para los efectos de empleo, que sean susceptibles de desarrollo con facilidad y estén dotadas de infraestructura.	/	/	/	Todos los planes tienen disposiciones suficientes acerca del empleo, de acuerdo con las pautas del plan de estructuras.
Los planes locales deben ofrecer flexibilidad e identificar diversos lugares de empleo.	/	X	X	Se ofrece una amplia gama de lugares de empleo, en especial en la zona de lugares de empleo de Medway Gap, pero en Tonbridge y en la zona rural de Malling, la elección se ve limitada forzosamente por las políticas de planificación de contención.
Los planes locales pueden señalar prioridades en el desarrollo económico, pero deben evitar las políticas que imponen limitaciones a la capacidad de cambiar de uso sin permiso otorgado por las Órdenes de Clases de Uso y Desarrollo General.	0	X	X	Las políticas del plan local de Medway Gap y lugares vecinos procuran imponer algunas limitaciones, por ejemplo, la de proporcionar sitios para almacenamiento al aire libre. La capacidad de satisfacer diversas necesidades de empleo tiene que equilibrarse contra la flexibilidad incorporada en las Órdenes de Clases de Usos y Desarrollo General.
Se necesitan políticas positivas que satisfagan las necesidades de las pequeñas empresas.	0	0	0	Los planes vigentes ofrecen alguna orientación y apoyo para las pequeñas empresas y negocios. Se podría justificar una revisión para asegurar que se adopte una actitud positiva.
Se deben identificar sitios precisos que den cabida a aquellos tipos de industrias que pueden ser perjudiciales para actividades de entretención o que sean fuentes potenciales de contaminación.	0	X	X	En el plan local de Medway Gap y vecindad se identifican lugares para la instalación de “malos vecinos”, pero habrá que revisarlos en el futuro a la luz de la disponibilidad de tierras para una represa.
Donde corresponda, hay que identificar lugares precisos para el emplazamiento de bodegas, alejados de las zonas urbanas y susceptibles de acceso por transporte ferroviario o fluvial.	0	0	0	No se asignan lugares expresos para este fin, aunque el emplazamiento de bodegas se considera compatible, en principio, con lugares destinados a empleo general.
Se debe hacer uso óptimo de la tierra y de los edificios en zonas urbanas para evitar la invasión de zonas rurales.	/	/	/	Todos los planes procuran concentrar la urbanización en zonas urbanas actuales o bien en tierras que han que han estado dedicadas a otros usos.
Hace falta una actitud flexible en cuanto a la reutilización de edificios de trabajo vacíos, en lugar de que éstos permanezcan ociosos.	0	0	X	Se contempla hasta cierto punto la neutralización de edificios, en especial en zonas rurales. También se adopta una actitud más flexible para estimular la reutilización de edificios de interés arquitectónico o histórico. Se podría justificar una revisión de estas políticas.
Si no se perjudica el agrado residencial, las políticas de los planes locales no deben procurar limitar las actividades comerciales y de negocios en zonas principalmente residenciales.	0	0	0	Las políticas vigentes procuran restringir, donde corresponda, ciertos usos de empleo. Sería importante revisarlas para asegurar que se aplique sólo donde sea necesario. Las políticas de cambio de uso de zonas rurales son también objeto de evaluación (véase el anexo A).
Se debe estimular que los nuevos lugares de empleo se ubiquen en zonas que reduzcan al mínimo la necesidad de traslados en vehículo más largos y disminuyan la cantidad de traslados en vehículo.	X	X	X	Como también se destacó en la evaluación ambiental de las políticas, estos aspectos de la política de empleo no se estudian expresamente en los planes locales vigentes.

/ consideración cabal 0 consideración parcial X no se considera

Se introdujeron varios perfeccionamientos a los criterios ambientales originales, en un intento de simplificarlos, agrupando aquellos similares. Se usaron once indicadores para evaluar las políticas y proposiciones:

— reducción de la cantidad y duración de los viajes vehiculares;
— estímulo a alternativas de medios de transporte;
— estímulo a la conservación y eficiencia energéticas;
— plantación de árboles/fijación de CO_2;
— protección de hábitat de vida silvestre;
— promoción de la calidad del aire;
— promoción de la conservación y calidad del agua;
— promoción de la calidad del suelo y de la tierra;
— mejoramiento y protección de paisajes y áreas verdes;
— protección del patrimonio cultural;
— promoción de la calidad urbana.

Se realizó una evaluación del contenido del plan, a la luz de cada uno de dichos criterios, según los siguientes tópicos:

— estrategia global del plan;
— políticas y proposiciones de vivienda;
— políticas y proposiciones de empleo;
— políticas y proposiciones de transporte;
— urbanización de Kings Hill;
— urbanización de East Bank;
— proposiciones para el centro de Tonbridge.

Tomando a la vez cada uno de estos tópicos de interés, se emprendió una evaluación en función de cada uno de los indicadores, que comprendía:

— evaluación de los asuntos que surgieron de la etapa de determinación del alcance;
— evaluación de cómo se había tratado aquel asunto al analizar en detalle las políticas y proposiciones del plan;
— evaluación de la medida en que el efecto de dichas políticas y proposiciones, respecto de aquel indicador, va a ser positivo, negativo o neutro, y
— si las nuevas políticas y proposiciones representan un mejoramiento, empeoramiento o ningún cambio respecto de los planes municipales adoptados y vigentes.

CUADRO Nº 8 PROMOCIÓN DE LA CALIDAD DEL AIRE

Tema de evaluación	Temas que surgen de la evaluación de la etapa de Scoping	Evaluación del plan local del municipio	Impacto
Estrategia global del plan local	No se aborda en los planes existentes. El campo de aplicación para las políticas necesita ser evaluado.	El impacto de las decisiones de planificación de uso del suelo sobre la calidad del aire es abordado por la política P3/16. La contaminación será minimizada mediante una gama de políticas destinadas a reducir la dependencia del vehículo, fomentado viajes más cortos y coservación de energía en el diseño de edificios.	0 ↑
Políticas y propuestas respecto a vivienda	No se observan impactos significativos.	Ningún cambio.	0 ↔
Políticas y propuestas respecto a empleo	Las principales áreas de empleo tradicionales están ubicadas en Medway Valley. Aquí puede que se justifique una evaluación más detallada de de temas sobre calidad del aire.	No hay propuestas específicas en el Plan. Se están llevando a cabo otros estudios.	0 ↔
Políticas y propuestas respecto a transporte	Los esquemas viales pueden contribuir a la contaminación del aire, especialmente dentro del corredor de autopista del Medway Gap.	Una gama de políticas están destinadas a reducir la dependencia del vehículo y a fomentar viajes más cortos. Los grandes esquemas viales nuevos podrían producir un aumento de la contaminación, pero esto se debe pesar contra beneficios ambientales y económicos tales como eliminar el tránsito de paso de zonas urbanizadas.	– ↑
Propuesta de desarrollo de Kings Hill	No se observan impactos significativos.	El control de la posible contaminación del aire se logrará mediante el control del tipo de usos permitidos a través de la aplicación de la Política P2/3.	0 ↔
Propuesta de desarrollo del East Bank	En general la calidad del aire en el Medway Valley puede requerir mayor consideración. De lo contrario, no hay impactos significativos.	Se debe controlar la calidad del aire en el Medway Valley. El Plan no incluye propuestas en que la calidad del aire sea un tema específico.	0 ↔
Propuestas para el centro de Tonbridge	No se observan impactos significativos.	La calidad del aire en el centro se puede mejorar a través de una cantidad de políticas que promuevan viajes más cortos y modos de transporte que no sean el automóvil (véanse cuadros 1 y 2) y creando áreas de compras predominantemente peatonales. No se identifican otros temas relacionados con calidad del aire.	+ ↑

Imp. Positivo + Mejor ↑ | Imp. Negativo – Peor ↓ | Ningún Imp. 0 Ningún cambio ↔

El objeto de la evaluación fue señalar, *grosso modo*, en qué medida las políticas y proposiciones del plan municipal eran compatibles con los indicadores ambientales escogidos, en cuanto a su efecto potencial. Además, dado que el plan municipal implica una revisión de los planes municipales adoptados y vigentes del Concejo Municipal, el cuadro-resumen también muestra en qué medida la evaluación representa un cambio positivo, negativo o benévolo, cuando se compara el plan nuevo con el antiguo.

Se acompaña un ejemplo (véase cuadro Nº 8) de una de las hojas de resumen (relativa a calidad del aire). Se recordará que en la etapa de determinación del alcance se identificó ese problema como uno de los que no estaban bien estudiados en los planes anteriores. Pese a las limitaciones impuestas a la APL, el plan municipal ahora procura promover una mejor calidad del aire con medidas destinadas a alentar los traslados por medios distintos del automóvil, y contiene políticas más sofisticadas para restringir los tipos de urbanización que puedan perjudicar la calidad del aire. También impide que las edificaciones sensibles (casas, escuelas, hospitales) queden ubicadas cerca de las fuentes de contaminación.

Resultados

Políticas y planes “mejores”

Al preparar los planes municipales ha disminuido la cantidad de efectos negativos en comparación con la cantidad que apareció en la etapa de determinación del alcance. Donde han quedado efectos negativos, se ha procurado identificar medidas mitigadoras y confrontarlas con efectos positivos iguales y compensadores. Por cierto que el éxito en este aspecto no ha sido del ciento por ciento, pero, aun así, la evaluación no pretende ocultar los efectos negativos restantes del examen público. La aplicación de la EAE a los planes anteriores ha determinado mejoras en la eficacia de las políticas y proposiciones, en particular en la búsqueda de la sustentabilidad.

Construyendo conciencia

Como se señaló con anterioridad, se recibieron cuarenta y cinco respuestas al informe de determinación del alcance. En respuesta al plan local del municipio y a la Declaración Ambiental No. 1, se recibieron dos mil. Este asombroso aumento del interés, desde luego, no se puede atribuir

exclusivamente a la calidad de la EAE. Es más bien una medida del efecto que tienen las políticas y planes nuevos en los intereses propios de los residentes, propietarios de la tierra, empresas y grupos de interés. No obstante, es indudable que la comprensión de los principios de sustentabilidad que contienen esas respuestas es más clara que cuando se formularon los planes anteriores. Se puede estimar que el proceso de EAE ha contribuido a esta conciencia más extendida.

Vinculaciones nuevas

En el ámbito profesional, la consecuencia más interesante es la medida en que mis colegas y el autor de este trabajo hemos adquirido una mejor comprensión de las vinculaciones que hay entre los planes de uso del suelo y los planes de otras autoridades encargadas de controlar la contaminación, calidad del agua, calidad del aire, estrategia de transporte, etc.

El Concejo Municipal está mejor informado, indudablemente, y sus gestiones son mucho mejores y eficaces que sólo unos pocos años atrás. Todos los interesados ven, constantemente, nuevas oportunidades de beneficios agregados que surgen de la colaboración con estos otros organismos, tanto para convertir los efectos negativos en positivos, como para mitigarlos, si lo primero no es posible.

Conclusiones

Las conclusiones hablan por sí mismas:

— No intentarlo todo, tolerar los defectos.
— No temer los errores, aprender con ellos.
— Comenzar ... ahora mismo. □

INTEGRACIÓN VERTICAL: TEORÍA E IMPLICANCIAS DE POLÍTICA PÚBLICA*

Ricardo D. Paredes Molina

Uno de los temas más importantes en el debate actual en Chile sobre regulaciones económicas se refiere a las organizaciones de tipo vertical, es decir, aquellas que están relacionadas patrimonialmente en sus etapas insumo-producto. Se trata de un tema muy amplio, que envuelve tanto el análisis de la estructura organizacional como el comportamiento de las empresas. A diferencia de lo que ocurre en otros países, cuyas experiencias muestran que hay aún mucho que aprender y conocer en esta materia, en Chile, a nivel conceptual, se tiende a dar por resuelto el debate. Así, en lo que respecta a qué debe ser permitido en materia de integración vertical, se da por sentado que las estructuras integradas verticalmente generan un costo social.

A través de un análisis del estado del debate sobre integración vertical, a la luz de los desarrollos conceptuales y prácticos más relevantes en regulación, se concluye que es preciso, cuando menos, cuestionar las sugerencias de desintegrar empresas o prohibir su integración, y revertir, en todo caso, el peso de la prueba. Vale decir, tanto la prohibición de integración como la promoción de desintegración no debieran fundarse en simples especulaciones, sino que en una demostración de que el costo de las estructuras integradas es, en efecto, sustancialmente mayor.

RICARDO D. PAREDES MOLINA. Profesor del Departamento de Economía, Universidad de Chile.

* El autor agradece el financiamiento de Fondecyt, proyecto 1950318, y los comentarios de Jaime Alé, Alexander Galétovic y José Miguel Sánchez.

1. Introducción

Uno de los elementos más interesantes sobre regulación económica en la actualidad y que han estado especialmente presentes en el debate en Chile es la regulación de estructuras de tipo vertical; esto es, organizaciones relacionadas patrimonialmente en sus etapas insumo-producto. Éste es un tema amplio, que envuelve tanto el análisis de la estructura organizacional como el del comportamiento de las firmas. Sin embargo, un aspecto que sorprende es que mientras en el mundo las experiencias demuestran que es más lo que hay que aprender que lo que se conoce, en Chile el debate ha tomado un cariz tal que, al menos a nivel conceptual, parece que todo está resuelto. En efecto, de las posiciones sobre lo que debe o no debe ser permitido en materia de integración vertical se evidencia una gran seguridad cuando se señala que las estructuras integradas verticalmente generarían un costo social.

La importancia de este tema en Chile es grande. Entre las industrias más cuestionadas por el grado de integración que muestran o que eventualmente pudieran mostrar se cuentan la eléctrica, la de telecomunicaciones, el agua potable e incluso la industria aérea. En algunas de esas industrias el debate ha llegado a la justicia y no son despreciables los montos involucrados en los procesos para defender una posición u otra. El propósito de este trabajo es analizar el debate sobre la integración vertical en Chile a la luz de los desarrollos conceptuales y prácticos más relevantes en regulación. En la segunda sección de este trabajo se hace una reseña de las principales ideas y conclusiones de las teorías más asentadas de integración vertical. En la tercera sección se revisa el nexo entre la literatura teórica más relevante y las implicancias de política pública. La cuarta sección aplica el análisis conceptual a un problema de integración vertical en el sector eléctrico en Chile. El trabajo concluye con las principales implicancias políticas.

2. Desarrollos conceptuales en integración vertical

2.1. La firma es integración vertical

No es posible tratar en forma adecuada el tema de integración vertical sin referirse a la teoría de Coase (1939) sobre el origen y naturaleza de la firma. Este análisis de la firma cobra importancia, no sólo porque es una teoría fundamental en el análisis microeconómico, sino también porque

visualiza muy positivamente los procesos de integración vertical. En términos simples, dicho análisis admite que en determinadas circunstancias el uso del mercado como asignador de recursos es costoso. El uso del mercado en la realización de una serie de transacciones puede generar costos, por lo que podría ser más conveniente sustituirlo por otro mecanismo o institución más eficiente.

La firma, para Coase, es precisamente una institución que evita los costos de usar el mercado. Ésta consiste en una serie de procesos verticalmente integrados que, si bien podrían ser sustituidos por el mercado a través de un número de transacciones, son canalizados al interior de una institución que denominamos firma[1].

Se puede pensar que una firma, como por ejemplo una fábrica de automóviles, consiste en los procesos de "tornería", "ensamblaje", "pintura", "prueba de calidad" y "distribución". Las piezas torneadas podrían ser producidas por una sola unidad y ser vendidas a otra que sólo las ensamblara. A su vez, la entidad que ensambla podría vender su producto ensamblado a otra entidad que pinta y ésta a otra que sólo lo prueba. Por último, la entidad que prueba pudiera vender su producto a otra entidad que lo distribuye y ésta a los consumidores.

Todos esos procesos estarían "desintegrados" verticalmente y, en la terminología de Coase, no constituirían por sí mismos firmas[2]. El hecho es que en nuestro ejemplo estos procesos están integrados verticalmente, porque las sucesivas compras y ventas (o uso del mercado) son costosas. Para Coase la integración de estos procesos, que sustituyen al mercado, constituyen entonces la esencia de la firma.

La naturaleza de los costos de usar el mercado, o "costos de transacción", es una vertiente de gran interés que siguió al trabajo de Coase. A Williamson y a Klein, Crawford y Alchian (1978) se les atribuye la mayor contribución en la naturaleza de tales costos. Los costos de transacción, según estos analistas, provienen de la coexistencia de tres factores: i) que no pueda preverse a cabalidad el futuro, por lo que necesariamente los contratos son incompletos e imperfectos, ii) que no se pueda tener absoluta certidumbre de los acuerdos de palabra o los acuerdos implícitos (o, en otros términos, que no exista certeza de la honestidad de las contrapartes),

[1] El concepto vertical puede asociarse a un río que se origina en las montañas y desemboca en el mar. Los consumidores finales del bien se asocian al mar, con lo que los procesos "aguas arriba" son los más lejanos de los consumidores finales y aquellos "aguas abajo", los más cercanos a los consumidores finales.

[2] Ello es una sobresimplificación, puesto que, por ejemplo, la etapa de pintura tiene varios procesos, como el de adquisición, prueba y comercialización. No obstante, esta simplificación no afecta el razonamiento central de Coase.

y iii) que las inversiones tengan un grado de especificidad a terceros. La coexistencia de estos tres elementos es lo que hace que los costos de transacción no sean triviales al usar el mercado[3].

Para ilustrar esta idea, considérese el caso de una persona que evalúa realizar un proyecto consistente en una plantación de frambuesas destinadas a la exportación. Ello requiere arrendar un terreno en MM$ 100, producirlas a un costo de MM$ 50 (lo que incluye siembra, fumigación, riego, cosecha, etc.) y transportarlas al país de destino. Suponemos que el valor pagado por las frambuesas en el lugar de destino es MM$ 200 y que el transporte hacia ese lugar está servido por un solo transportista. El costo que el inversionista cotiza por el transporte, antes de producir sus frambuesas, es MM$ 30. Con ello, el proyecto parece rentable y se realiza.

El problema que puede surgir en esta situación es caracterizado como sigue. Llegado el momento de cosechar, el inversionista desea concretar el transporte de su producción. Sin embargo, en ese instante el transportista incrementa el precio del flete y, el primero, sabiendo la especificidad de la inversión a su transporte, prevé que dicho servicio se hará igualmente. En efecto, el dueño del transporte podría incrementar su precio no sólo hasta MM$ 50 (valor que le extraería todas las rentas de la actividad), sino incluso aumentarlo hasta algo marginalmente menos de MM$ 200, puesto que siendo la alternativa para el productor transportar por ese medio o perder la producción, él optaría por lo primero.

El anterior es evidentemente un caso extremo que sólo ilustra un aspecto del problema. En efecto, se puede plantear que bastaría un contrato muy simple, estableciendo el precio del transporte con antelación, para que no se presente este inconveniente. Ello es así en este caso, pero del mismo modo como un contrato simple solucionaría el problema en cuestión, el ejemplo también es extremadamente simple. La realidad suele ser sustancialmente más compleja y, por lo tanto, requiere de contratos también mucho más complejos, algunos irrealizables, si se quieren estipular todas las posibles situaciones futuras[4].

Un aspecto adicional que se visualiza en este ejemplo es que no hace falta ningún poder monopólico o de rentas económicas para que se le pueda presentar un serio problema al productor de frambuesas. El aumento del

---

[3] Costos triviales provienen, por ejemplo, de regulaciones estatales, como los precios máximos, los impuestos a la compraventa (a las transacciones) y los requerimientos tecnológicos.

[4] Un ejemplo ilustrativo de la dificultad de redactar contratos está en Paredes Molina (1988), y fue tomado de Klein, Crawford y Alchian (1978).

precio del transporte le extrajo rentas y cuasi rentas, las últimas equivalentes al valor de los costos irreversibles que se habían hecho específicos al mercado de exportación una vez que se realizó la inversión. Así, de haber podido disponer el productor de un medio de transporte alternativo o de un mercado alternativo (por ejemplo el interno), no le hubiera sido posible al transportista incrementar el precio, a menos que existieran razones reales de costo detrás de tal incremento.

Lo que muestra el ejemplo es una situación en la cual la transacción a través del mercado es costosa. El uso del mercado hace más caro producir, lo que puede revertirse mediante la incorporación de una filial de transporte a la empresa productora de frambuesas. Por cierto, se debe evaluar si es más costoso integrarse verticalmente de la manera señalada o redactar contratos completos. En nuestro ejemplo no sería extraño que la solución vaya por el lado de los contratos. En otros casos, la solución va por la integración vertical y, en otros, por resignarse a incurrir en los costos de usar el mercado sin contratos. No hay una regla absoluta que señale en qué caso es más eficiente la integración vertical. La confianza entre quienes transan, lo repetitivas que sean las negociaciones, la capacidad de cambiar de oferentes, son algunos de los muchos factores que inciden en tal decisión. De cualquier modo, en Coase y en el ejemplo desarrollado es evidente que la integración vertical es una manera de evitar costos y, por ende, constituye una alternativa, muchas veces la más eficiente, de organización.

2.2. Monopolización y extensión del monopolio a través de la integración vertical

Contrariamente a lo que pudiera resultar de la intuición, la integración vertical aguas abajo, es decir, en etapas más cercanas al consumidor final, no permite el mayor aprovechamiento de un eventual poder monopólico. Ello porque el enfrentamiento directo a los consumidores finales no es necesario para explotar todo el poder monopólico existente en una etapa anterior. En otras palabras, tal cosa se puede lograr mediante un apropiado cobro de precios al distribuidor del bien, lo que tiene gran importancia, pues de no existir un propósito y sobre todo una probabilidad para crear o mantener un poder monopólico a través de la integración vertical, ella no debiera ser materia de discusión desde la perspectiva de regulación y, en particular, desde la visión de la legislación antimonopolios. De hecho, ésta fue precisamente la doctrina seguida en uno de los casos más relevantes tratados en los Estados Unidos y que ya desde comienzos de siglo ha generado una jurisprudencia

fundamental en esta materia. Así, en el caso Colgate Co. *versus* los Estados Unidos, la Corte Suprema norteamericana señaló:

> en ausencia de un propósito para crear o mantener un monopolio, la ley (Sherman Act) no restringe el largamente reconocido derecho de un manufacturero a ejercer libremente su discresión sobre a quién o con quién transa (United States *v*. Colgate Co., 250; U. S. 300 [1919]).

Por lo anterior, es crucial ver si existen medios por los cuales la integración vertical permita que, dado un poder monopólico, se extraigan más rentas a los consumidores que las que se extraerían sin integración. El análisis económico indica que ello es posible, por ejemplo, cuando un monopolista vende su producto en dos mercados que tienen distinta elasticidad de precio y, por tanto, está capacitado para discriminar. La integración vertical en el mercado con mejores sustitutos puede evitar el arbitraje y así permitir la discriminación. Esto es, sólo la integración hace factible ejercer un poder de discriminar mercados. Sin embargo, si bien estos casos son posibles, resultan poco relevantes para aquellos otros referidos a industrias que producen bienes no almacenables, tales como electricidad y algunos relacionados con la industria de las telecomunicaciones. A continuación se presentan argumentos de aplicación más general que indican bajo qué circunstancias se induce la integración vertical por razones monopólicas y qué efectos tiene ésta sobre el bienestar social.

a) Integración sin regulación

Para ilustrar los elementos analíticos más aceptados, hacemos uso de un ejemplo simple pero de bastante aplicabilidad. Considérese que para acceder a una playa se debe transitar por un camino y que el camino y la playa constituyen, para los bañistas que valoran bañarse en el mar, los únicos insumos. Suponemos también, sin ninguna pérdida de generalidad, que tanto el camino como la playa no tienen costos de operación ni mantención y que la demanda por baño puede representarse de la siguiente forma: existe un grupo de 10 potenciales bañistas que están dispuestos a pagar $ 100 por bañarse, un grupo de 10 que están dispuestos a pagar $ 90, un grupo de 10 que están dispuestos a pagar $ 80 y así, sucesivamente, hasta un grupo de 10 que están dispuestos a pagar $ 10[5].

[5] Esta es una representación simple de una demanda del tipo q = a – bP, que tampoco hace perder generalidad a los argumentos que se desarrollan.

Un primer caso de interés es aquel en el que hay un único camino y una única playa y que ambos procesos están monopolizados por un único dueño. En este caso, el monopolista, que no está regulado, maximizará sus beneficios cobrando por el acceso $ 50 y sus beneficios serán $ 3.000.

Consideremos, en segundo lugar, que hay un camino único e infinitas playas. En este caso habrá "competencia de playas" y como el costo de operar las playas se ha supuesto cero, el precio de la playa será también cero. Así, el monopolista dueño del camino cobrará $50, con lo que accederían 60 bañistas, y obtendrá un beneficio de $ 3.000, que, como se desprende del caso anterior, es lo máximo que se puede conseguir. En otros términos, este monopolista no podría ganar más dinero integrándose también a una playa. Es más, la integración aguas abajo no es precisamente un medio para obtener más beneficios por la vía de monopolizar otro mercado[6].

Un tercer caso es el de un monopolio en la playa y donde existen muchas alternativas de caminos, los que para simplificar suponemos que también son provistos a un costo cero. Tampoco en este caso la integración vertical puede aumentar las rentas monopólicas, ya que el monopolista no integrado podrá cobrar $ 50 por el uso de la playa y será exactamente lo que paguen los 60 bañistas que comprarán el servicio. Este ejemplo también ilustra el hecho de que para el dueño de la playa no hay ningún incentivo para integrarse a un camino.

¿Qué ocurriría, sin embargo, si el camino y la playa pertenecen a dos monopolistas? Lo que pueda cobrar el dueño de la playa dependerá de lo que cobre el dueño del camino. Si el dueño del camino cobra, por ejemplo, $ 50, el precio que más beneficio otorga al dueño de la playa es $ 30. Con esos precios, quienes se bañen habrán pagado un total de $ 80 y el número de bañistas será 30. A su vez, lo que cobre el dueño del camino dependerá de cuánto piense éste que cobrará el dueño de la playa. Ello hace al problema complejo, pues la interacción es crítica y no hay una "mejor estrategia" sino que la estrategia a seguir depende de la estrategia del otro.

Hay extensa literatura sobre "teoría de juegos" que trata bien este problema. Esta literatura sugiere, por ejemplo, que mientras más veces las personas piensen que se relacionarán, menos será el precio final pagado por los consumidores, acercándose a $ 50, que es el menor precio al que pueden acceder los consumidores, dado que se trata de un monopolio no regulado.

En conclusión, una aproximación realista en cuanto a propuestas de regulación es entender que para un monopolista no regulado no hay incenti-

[6] Este ejemplo no depende de que el costo de la playa sea cero y es válido para cualquier costo de mantener la playa. Sí es posible hacer algún afinamiento cuando el producto final puede obtenerse con distintas combinaciones de insumo. Ello, sin embargo, no cambia las implicancias de política que se derivan.

vos de carácter monopólico para integrarse a una de las etapas en las que no participa. Todo lo que puede ganar lo gana cobrando el precio adecuado en la etapa en la que posee el poder monopólico. El único caso en el cual hay incentivos para integrarse es cuando existe más de un monopolista en la cadena productiva. En ese caso, sin embargo, la integración es beneficiosa[7].

b) Integración con regulación

El caso relativo a integración vertical que más preocupa a los analistas es aquel en el cual existe un monopolio regulado en una etapa. Para ilustrarlo podemos seguir con nuestro ejemplo, suponiendo que la playa es un monopolio regulado y que la otra etapa, el camino, es potencialmente competitiva. Suponemos también que el regulador prohíbe cobrar por el uso de la playa (ha fijado una tarifa igual al costo marginal de operarla) y, al considerar que es competitivo el acceso, ha decidido no regular la tarifa del camino.

Es en este caso que para el dueño de la playa habrá incentivos para integrarse al camino (tener un camino propio) y cobrar por su uso. Sin embargo, se puede argumentar que a un monopolista integrado no le será posible cobrar por el camino un precio superior a cero, pues habrá caminos alternativos que no cobran. Es aquí donde juega un rol fundamental la exclusión, es decir, que el dueño de la playa tenga la posibilidad de hacer más difícil el acceso por caminos alternativos al propio. En otras palabras, se requiere que el dueño de la playa favorezca a los usuarios de su camino, impidiendo o limitando el acceso a los usuarios de otros caminos que, por operar bajo competencia y no tener costo, no aplican cobro. Por lo tanto, la posibilidad de exclusión es crítica para que la integración se constituya en un medio para sobrepasar la regulación y generar un efecto perverso en los consumidores. Por ello, el análisis de regulación sobre integración vertical se debe centrar en los aspectos de exclusión y el regulador ha de intentar impedir que el dueño de un insumo esencial, como una red de teléfonos o de agua, favorezca a su filial por sobre los competidores y en desmedro de los consumidores[8].

---

[7] El beneficio de la integración en este caso se asocia al término de uno de los dos monopolios y, así, a lo que se conoce como "doble marginalización".

[8] Un análisis de casos en que se involucran insumos esenciales se encuentra en Thomson (1996). Por otra parte, un modelo en el cual la exclusión se produce por la asimetría de información entre el regulador y el regulado se encuentra en Vickers (1995). En este caso, más que desvíos de tráfico de consumidores, el dueño de la red favorece a su filial en el precio. Éste se transforma, en definitiva, en un problema de depredación.

3. Modelos de integración vertical

La idea de que la integración vertical puede ser una forma de reducir competencia en determinados mercados es bastante aceptada en la actualidad[9]. No cabe duda de que la desintegración del sistema de telecomunicaciones en los Estados Unidos, que significó que ATT optara exclusivamente por el segmento de larga distancia y que fueran creadas una serie de compañías dedicadas exclusivamente al segmento local (Baby Bells), ha tenido una gran repercusión en la teoría y práctica de la regulación[10]. Lo anterior, sin embargo, no ha significado que en general haya habido un tratamiento sistemático y profundo de las condiciones bajo las cuales la integración vertical es dañina.

En primer lugar, la idea más clara, en la literatura especializada, en el sentido de que la integración vertical no permite obtener rentas adicionales de tipo monopólico en la generalidad de los casos, ha sido apoyada por las reexploraciones recientes basadas en la teoría de juegos (véanse, por ejemplo, Vagliasindi y Waterson, 1995, y Vickers, 1995). En segundo lugar, si bien es posible generar situaciones en las cuales la integración vertical puede producir efectos adversos en mercados monopólicos, ellas requieren de modelos sofisticados que no son generalizables y no siempre se desarrollan adecuadamente con todas sus implicancias. Por ejemplo, es la misma legislación en los Estados Unidos la que podría fomentar la integración vertical con el objetivo de discriminar mercados[11]. Así, el que una firma tenga poder monopólico en un mercado aguas arriba la incentivaría a integrarse aguas abajo para discriminar, puesto que en Estados Unidos es permitido discriminar a los consumidores, pero no a las firmas. Desde luego, este argumento ni es aplicable a la legislación chilena ni se hace cargo de la pregunta de si un monopolio discriminador es peor que un monopolio simple, ni tampoco del hecho de que discriminar en una u otra etapa, a firmas o a consumidores, es equivalente en términos del impacto en el bienestar social.

El caso en que sí ha habido una discusión más prometedora es aquel en el que la empresa que se integra verticalmente está sujeta a regulación por su condición de monopolio natural y es propietaria de una red o de un insumo esencial. El grueso de la literatura trata la forma en que la firma que se integra debe ser regulada para evitar la discriminación y que el dueño del insumo esencial aumente los costos a los rivales y así incremente su poder de mercado.

---

[9] Véase, sin embargo, la importante crítica de Areeda (1990).

[10] Para un análisis detallado de este caso, véase Brennan (1987).

[11] Para una ilustración de cómo puede ocurrir ello, véase Laffont y Tirole (1993).

Respecto del tema de acceso cabe señalar que no hay consenso sobre el modelo correcto. Más bien la práctica es la que está juzgando a las teorías implícitas en los modelos seguidos. En los Estados Unidos, por ejemplo, hasta la reciente ley de telecomunicaciones aprobada en 1996, se optó por impedir que el dueño de la red telefónica local se integrara a las industrias de valor agregado, incluyendo la de telefonía de larga distancia. Según Laffont y Tirole (1994), el Departamento de Justicia (equivalente a la Comisión Antimonopolios chilena) cree que es imposible definir reglas de acceso a los usuarios de la red que generen entrada equitativa con los de una eventual filial de la dueña de la red. La idea en el argumento es que la dueña de la red podría favorecer a la filial a través de mejor acceso (calidad), transfiriendo subsidios, reduciendo costos y otros medios, como por ejemplo la entrega de listados de clientes, que favorecerían políticas de *marketing* directo. Por ello, cuando se plantea que la prohibición de integrarse es una solución, está implícita la idea de que no es posible, ni siquiera a través de auditorías y contabilidades separadas, vigilar el trato preferencial y el favorecimiento a una firma sobre otra.

En el otro extremo de la práctica, donde no hay regulación en absoluto, se encuentra Nueva Zelandia. Este caso no es meramente anecdótico y, por el contrario, ha mostrado claros beneficios en términos del dinamismo exhibido por la economía y las industrias, que en otras partes están sujetas a regulación. En Inglaterra, por su parte, previo a la privatización de fines de la década de 1980 la trasmisión eléctrica fue separada de la generación. En el mismo caso inglés. pero en la industria de telecomunicaciones, British Telecom y British Gas, integradas verticalmente, fueron privatizadas, aun cuando la discusión post privatización en el caso del gas haya sido muy fuerte[12]. La experiencia inglesa es también intermedia en cuanto a la opción regulatoria; cuando la integración vertical es permitida, la competencia de la firma integrada en los mercados de valor agregado está sujeta a regulación de las reglas de acceso. Sin embargo, en la práctica, la diferencia real entre ese caso y aquel en el cual se prohíbe la integración a productos de valor agregado llega a ser mínima. Ello, por cuanto la tendencia a permitir acceso fijando los cargos a nivel de costo marginal (como en muchos países europeos) requiere que el dueño de la red deba cobrar precios sobre el costo marginal en los mercados de valor agregado, lo que lo deja fuera de mercado[13].

[12] En el caso del gas, en 1993 la Comisión de Monopolios y Fusiones recomendó la desintegración vertical, pero el gobierno optó por una regulación de la conducta más que de la estructura, obligando a la empresa a llevar contabilidades separadas en lo relativo al gasoducto.

[13] La red está sujeta a economías de escala, por lo que tarificarla a costo marginal le ocasionará pérdidas.

El caso de Chile en telecomunicaciones es muy interesante, tanto por lo reciente (se resolvió en 1994) como por la importancia económica del sector. Sin embargo, lo más relevante no es que se haya permitido a la empresa de telefonía básica haberse integrado a la larga distancia, ni tampoco que la regulación respecto del acceso sea muy sofisticada. Es importante porque los resultados, en términos de desempeño de la industria, son impresionantes. En efecto, mientras en Inglaterra la participación del portador de larga distancia más importante cayó paulatinamente de 100% a 60% en más de una década, en Chile cayó de 100% a 60% en dos días. La diferencia entre Inglaterra y Chile, que resalta Spiller (1995), no estriba en una regulación sofisticada sobre los términos de acceso a las empresas, sino en el hecho de que en Chile se permitió un práctico y directo acceso a los consumidores a la elección del portador.

De cualquier forma, la literatura, ya sea por desconocimiento o porque en ciertos casos se hace virtualmente imposible permitir una verdadera opción a los consumidores, se ha centrado en los elementos que generan requerimientos de regulación. Ordover, Saloner y Salop (1990) analizan una serie de prácticas que se aplicarían para aumentar los costos de los rivales. Baumol y Sidak (1994) estudian los cargos de acceso óptimo, que resulta ser la suma del costo marginal de permitir acceso y el costo de oportunidad para el monopolista de operar integradamente. Con ello se aseguraría que el monopolista sea desplazado sólo por operadores más eficientes. Laffont y Tirole (1994) también, en relación con el problema de precios de acceso, desarrollan un modelo en el cual el regulador tiene información completa, pero debe captar fondos para financiar al monopolista de la red (sujeto a economías de escala). En este caso es el costo de generar fondos por la inexistencia de impuestos no distorsionadores lo que hace que la tarificación de acceso deba ser superior al costo marginal de la red. Sucesivos levantamientos de supuestos al modelo inicial, como inexistencia de costos de información, inducen a mayores divergencias entre el precio y el costo marginal para acceder a la red, lo que de una u otra forma sugiere que ni la regulación ideal llevaría a evitar costos sociales[14].

En una línea complementaria y a través de un modelo que se distingue por la existencia de un monopolio aguas arriba que está imperfectamente regulado, por problemas de información del regulador y por competencia imperfecta y costos de entrada en la etapa aguas abajo, Vickers (1995) entrega una serie de elementos que permiten entender el tipo de opciones

[14] Otros elementos, como la posibilidad de *by-pass* por parte de potenciales usuarios de la red, hacen socialmente costosa al monopolista de la red la prohibición de discriminar.

regulatorias. Por una parte, la integración vertical tiene el inconveniente de facilitarle al monopolista la entrega de condiciones relativamente mejores a su filial. Por otra parte, la integración vertical tiene la ventaja de evitar "entrada excesiva" en la etapa aguas abajo y que es costosa por la duplicación de costos fijos. La implicancia de la política regulatoria es, consecuentemente, ambigua.

En síntesis, las teorías de integración vertical tienen dos avenidas. La primera y más obvia sugiere que la integración es un medio para reducir ciertos costos, notablemente costos de transacción. La segunda, asociada al tema de regulación, sugiere que bajo ciertas condiciones, fundamentalmente referidas a la regulación de una etapa, la integración vertical puede ser un mecanismo que crea un costo social. De ser este último el caso, se debe abordar regulando la forma en que se materializa la integración o simplemente y en función de los costos que ello involucre, prohibiéndola. De los costos y ventajas de cada alternativa sólo es posible hablar analizando los méritos de cada caso en particular. Por ello, no es extraño que las opciones de regulación sobre la integración vertical sean muy distintas entre países, lo cual no es sólo síntoma de una gran persistencia en el tiempo de los marcos regulatorios, sino que es el resultado de una falta de consenso acerca de las ventajas prácticas de cada esquema.

4. El caso de Enersis y Endesa

El propósito de esta sección es analizar uno de los casos discutidos en Chile que resultan más relevantes desde el punto de vista de su importancia económica. Este caso involucra a la industria eléctrica chilena en sus tres etapas: generación, trasmisión y distribución.

El Sistema Interconectado Central (SIC), el principal y, para nuestros efectos, único sistema eléctrico integrado relevante, tiene una capacidad de 4.000 MW, sustancialmente mayor que los 900 MW de capacidad del otro sistema integrado del norte de Chile. En el SIC, Endesa y su filial Pehuenche son dueñas de 59% de la capacidad de generación, Chilgener de 22% y Colbún, empresa estatal, de otro 14%. El resto es propiedad de un conjunto de productores independientes y de autoproductores. Las proyecciones y las obras en construcción sugieren que la participación de Endesa en la generación, aun cuando se mantendrá como la principal empresa, caerá en los próximos años. Esto pudiera ser muy significativo, dada la importancia que se espera tenga la construcción del gasoducto desde Argentina y la consecuente construcción de varias centrales termoeléctricas.

En este sistema hay dos empresas distribuidoras principales: Chilectra Metropolitana, filial de Enersis, principal abastecedora de la Región Metropolitana (y que distribuye el 40% de la demanda del SIC), y Chilquinta, distribuidora principal de la V Región (distribuye el 20% de la demanda del SIC). Por último, el sistema de trasmisión está fuertemente concentrado en Transelec, filial de Endesa[15]. En consecuencia, el SIC está integrado verticalmente en las etapas de generación y trasmisión. Más aún, Enersis es uno de los accionistas principales de Endesa, por lo que también hay un grado de integración vertical entre las mencionadas etapas y la de distribución. Incluso Copec, controlador de las distribuidoras Saesa y Frontel y de la trasmisora STS, es uno de los principales controladores de Chilgener.

Como consecuencia de una investigación de la Fiscalía Nacional Económica y en relación con una serie de proposiciones que criticaban el marco regulatorio en enero de 1994, el Fiscal Nacional Económico de esa época propuso a la Comisión Resolutiva que ordenara la desintegración vertical de los segmentos de generación, trasmisión y distribución de la industria eléctrica. Ésta era la respuesta al mandato de la Corte Suprema, que en septiembre de 1992, ante un recurso de queja sobre una resolución de la Comisión Resolutiva, había señalado:

> [L]a circunstancia que un personero y representante de Enersis S. A. haya sido elegido presidente de Endesa [...] constituyen antecedentes que pudieren traducirse negativamente en la trasparencia que debe existir [...] y dieren lugar a cualquier arbitrio tendiente a entorpecer el tráfico y libre competencia en dicho sector […] por lo que las autoridades [...] tendrán que adoptar oportunamente las medidas que sean necesarias para asegurar y reestablecer la transparencia del mercado de la energía eléctrica. (Informe del Fiscal a la Comisión Resolutiva.)

Los antecedentes sobre los cuales se basó el requerimiento del Fiscal comprendieron informes técnicos, los que se plasmaron principalmente en las siguientes consideraciones (que se presentan casi literalmente y no distorsionan el sentido dado por la Fiscalía):

i) En el sector eléctrico las imperfecciones del mercado abundan y la integración vertical crea barreras a la entrada a la actividad de generación.

[15] No obstante, ha habido importantes inversiones de generadoras y distribuidoras en trasmisión (e. g., Pangue, Chilquinta, Guacolda, CGEI, Frontel y Colbún).

ii) Cuando hay integración vertical entre la generación y distribución, no se cumple un requisito fundamental para que la competencia sea efectiva, es decir, que las partes sean independientes.

iii) Si bien la regulación puede establecer precios de transferencia, con la integración vertical no pueden evitarse prácticas discriminatorias entre proveedores. Ello es más importante cuando la concentración en la etapa de distribución es alta, por cuanto existe un poder monopsónico.

iv) Las características monopólicas del sistema de trasmisión hacen necesario que el control de éste sea independiente de las empresas generadoras.

v) En las actividades en que existen imperfecciones de mercado debe evitarse integración vertical para mantener las condiciones de competencia en los demás mercados

También se hace una referencia al hecho de que la ley presupone un mercado de generación donde existe bastante competencia y trasparencia. Ello se reflejaría en que el precio de nudo sea fijado sólo para los consumidores pequeños y en el hecho de que ese precio debe mantener una relación con el precio determinado libremente para consumidores grandes, lo que hace presuponer que el legislador supuso un mercado competitivo. Sin embargo, según la Fiscalía, las bases que sustentan la idea de un mercado competitivo, incluso para los grandes consumos, estarían cuestionadas por la mera existencia de integración vertical.

También se adicionó como elemento de juicio la opinión de la Comisión Nacional de Energía, entidad reguladora, que señaló:

> Es opinión de esta Comisión que la desconcentración de la propiedad de los sistemas de generación o separación entre actividades de generación, trasmisión y distribución de la energía eléctrica, son condiciones necesarias fundamentales para que el mercado eléctrico opere bajo las condiciones de competitividad supuestas en la Ley.

4.1. Elementos de análisis

Como se argumentó en la parte conceptual, la mera existencia de un insumo esencial no es suficiente para impedir o limitar la integración vertical. También se señaló que de existir monopolio en un insumo esencial, debiera demostrarse que el monopolista tiene incentivos para favorecer a su filial. Para que haya incentivo en el caso de la industria eléctrica chilena son

condiciones necesarias que el precio de nudo regulado esté mal fijado y produzca rentas al generador, o que las transacciones a precios libres sean significativas. En efecto, si Endesa o cualquier generador recibiera rentas económicas por la energía que vende en un mercado sobre el cual el precio está fijado, tendría incentivos para desplazar a los competidores, ya sea a través del uso de la red de trasmisión o a través de cualquier otro medio que tenga a su disposición, y de esa forma accedería a las rentas que genera la mala tarificación. Alternativamente, como la ley chilena lo indica, si los precios fijados deben seguir a los precios libres y los clientes libres son una porción pequeña del mercado, puede convenir "sacrificar" a los clientes libres, para aumentar el precio fijado en la parte más sustantiva de la demanda. En cualquier caso, se requiere finalmente de una política de "negativa de ventas" o de obstaculización por parte del trasmisor a los generadores más baratos. En consecuencia, ya sea que no haya rentas por la fijación de precios, o que un porcentaje alto de clientes transa a precios libres, no es claro que la integración se efectúe para eliminar o reducir competencia en la etapa de generación.

En cuanto a la posibilidad efectiva de desviar clientes, la forma en que este tema se ha planteado se basa en la idea de que el trasmisor tiene la posiblidad de postergar respuestas a las generadoras sobre disponibilidad de servicio y, sobre todo, de precio cuando el servicio se extiende por un área mayor que el área de influencia, que es la que muestra mayor claridad de regulación. La competencia de las generadoras requiere que ellas tengan igualdad de oportunidad para acceder a los clientes de interés y que no sean discriminadas por el trasmisor. Por otra parte, una generadora también podría ver limitado el acceso a un cliente de interés si la distribuidora le restringe el derecho de paso[16]. Más concretamente, los generadores pueden requerir el uso de la red de distribución o de trasmisión, lo que hace que una política de cobros discriminatoria pueda constituirse en el mecanismo para favorecer a un generador sobre otro.

> [L]a participación de Enersis en la propiedad de Chilectra y en Endesa aumenta el riesgo de comportamiento oportunista que afecta a potenciales nuevas empresas generadoras que deseen entrar al sector [...]. Ello a través de "la posibilidad que Chilectra establezca contratos que privilegien a generadores en que posee un interés, en detrimento de sus competidores [...]. (Informe del Fiscal.)

[16] De cualquier forma, debe tenerse presente que la legislación eléctrica en su artículo 51 establece el derecho de interconexión o servidumbre que pueden imponer los generadores y otros usuarios sobre las instalaciones de terceros.

En lo que sigue se hace una reflexión sobre dos aspectos fundamentales que sólo pueden aclararse en base a comportamientos efectivos y que no han sido explorados profundamente. Estos elementos son relativos a la operación del mercado eléctrico y a los costos de regular estructuras desintegradas.

4.1.1. Competencia en el mercado eléctrico y el riesgo de exclusión

La primera reflexión que impone el análisis conceptual realizado precedentemente es si en efecto alguna de las etapas en el mercado eléctrico está monopolizada y, de estarlo, si la regulación es lo suficientemente imperfecta como para inducir a la integración vertical para la obtención de rentas. De ser el caso que alguna etapa en el mercado está monopolizada, se debe establecer que quien posea el insumo esencial tiene realmente incentivos y la posibilidad de desviar clientes sin ser acusado, cuestionado y sancionado por los organismos controladores.

En el debate sobre el caso, las distintas empresas acusadas o cuestionadas han planteado que la práctica rebate los argumentos que señalan la existencia de comportamientos no competitivos. Se argumenta que las acusaciones de prácticas monopólicas abusivas son teóricas y no se basan en comportamientos efectivos y probados de deterioro de la libre competencia. Se sostiene que, por el contrario, en la práctica el mercado sería cada vez más competitivo en sus distintas etapas y se entregan elementos que así lo sugieren. En verdad, es un hecho indiscutible que la mayor entrada de operadores en todas las etapas ha hecho que el mercado eléctrico se haya tornado progresivamente más competitivo (a pesar o debido a la legislación vigente). No obstante, al menos para el proceso de trasmisión, es prudente en la actualidad reconocerle su característica de cuasi monopolio. Por su parte, en consideración a que se trata de un monopolio regulado, la segunda consideración es si el monopolista tiene incentivos y la posibilidad para inducir a los clientes a consumir de su propio generador.

Este segundo aspecto se debe recalcar para así entenderlo muy claramente. Como la trasmisión está sujeta a regulación tarifaria y el precio de generación también lo está para una parte de los clientes, no es claro que el trasmisor tenga incentivos para privilegiar a un generador a menos que el precio esté mal fijado[17]. Una mala fijación de precios no es producto exclu-

[17] Según los antecedentes de la denuncia en la Fiscalía Nacional Económica, la opinión de la Comisión Nacional de Energía (CNE) es que las tarifas se fijan en base de procedimientos objetivos, que resultan independientes de la estructura de propiedad de las

sivamente de una mala estimación de costos, idea implícita en algunas de las consideraciones de las Comisiones Antimonopolios y del mismo informe del Fiscal. Esto es, el precio regulado, al mantener una relación con los precios libres a grandes consumidores, crea incentivos para que un generador muy importante sacrifique clientes a precios libres, aumentándoles el precio a cambio de ver aumentado el precio que afecta a los consumidores regulados. Más aún, tal incentivo es mayor cuando el "sacrificio" no es tal, lo que ocurre si con la ayuda del trasmisor no ve que los clientes libres puedan emplear generadores alternativos[18].

En consecuencia, los beneficios de la desintegración provienen fundamentalmente de la eventual disminución de los incentivos para que el dueño de un insumo esencial pueda favorecer a un operador sobre otro. En otros términos, el debate se basa en la posibilidad de que se produzca la siguiente secuencia:

i) el dueño de un insumo esencial (trasmisión o distribución) favorece a un generador y se elimina la competencia en generación. Aun en esta etapa pudiera plantearse que en ello no hay peligro, pues si efectivamente desaparecen empresas generadoras, ello no debiera afectar el precio de nudo (teóricamente determinado) ni el precio al público. Sólo habría una redistribución de rentas entre generadores. Sin embargo, lo anterior pudiera también cuestionarse porque:

ii) el dueño del insumo esencial termina monopolizando el segmento generación y en consecuencia el monopolista manipulará el precio libre y así, indirectamente, fijaría también el precio de nudo, que es el que le afecta al público.

Para analizar la relevancia empírica de esta secuencia se debe señalar, en primer lugar, que hay en la actualidad una gran cantidad de proyectos de generación en espera de desarrollo y que son minoritariamente de propiedad de Endesa o de Enersis, las principales empresas cuestionadas por su poder de mercado. Ello, si bien no excluye la posibilidad de que el trasmisor favorezca a sus filiales, hace muy improbable que se reduzca la competencia. Así, si una empresa generadora del CDEC no tuviera ningún

empresas. Más aún, la CNE, organismo encargado de regular al sector, ha señalado que está encaminando una serie de acciones destinadas a eliminar los problemas asociados a la integración sin evitarla. Ello se referiría a las normas que regulan la operación del CDEC y la determinación de peajes.

[18] Este mismo tipo de argumentos es también válido para la distribución. Sin embargo, en este caso sólo es pertinente aquel referido a un precio mal fijado.

contrato con clientes para suministrarles energía, por ejemplo porque fue excluida por el dueño del sistema de trasmisión o porque el dueño del sistema de distribución no le proporcionó una servidumbre, la generadora necesariamente recibirá el valor de la energía que inyecta al sistema y que es valorada a costo marginal. En otras palabras, cualquier generador tiene asegurada la venta, por el hecho de producir, a un precio que cubre los costos marginales[19]. Una segunda consideración práctica es que se ha hecho cada vez más frecuente, por parte de los grandes clientes, la aparición de esquemas de licitación pública a las generadoras, lo que hace que las eventuales discriminaciones por parte de generadores resulten cada vez menos factibles. En tercer lugar, las operaciones de Chilectra, en la actualidad principal distribuidor, indican que ella es abastecida por las cuatro empresas generadoras del sistema. Las participaciones en la demanda de Chilectra son: Endesa y Pehuenche (46,5%), Chilgener (45,6%), Colbún y otros (7,9%), siendo el grueso de las transacciones entre estas empresas a base de precios regulados.

En cuanto a estudios específicos sobre exclusiones de parte del trasmisor o de empresas distribuidoras, ellos no proveen evidencia concluyente. Así, Bitrán y Saavedra (1993), Blanlot (1993) y Paredes Molina (1993) hacen reflexiones generales sobre los peligros eventuales de la integración vertical, y aunque Blanlot da alguna información sobre casos reales, su evidencia es desvirtuada en Paredes Molina (1995a). Un estudio más profundo de un caso particular es el de Morandé y Sánchez (1992), pero de él tampoco se puede deducir que haya existido exclusión por parte de los poseedores de insumos esenciales en el mercado eléctrico nacional. Más aún, Paredes Molina (1995b) aborda directamente el tema en un artículo que estima el costo de los errores regulatorios en distintas industrias privatizadas en Chile. Entre sus conclusiones sobre las denuncias de Pullinque y Colbún contra los propietarios del sistema de trasmisión y contra Chilectra por cobrar precios abusivos y favorecer a sus filiales, señala que:

i) No existe evidencia de que las denuncias de Pullinque y Colbún por cobros abusivos en trasmisión tengan que ver con abuso de poder monopólico. Más bien se trata de cambios en precios que fueron producto de una modificación legal que permitió solucionar una distorsión que venía de la ley de 1982 y que no presentó dificultad cuando Endesa era un monopolio estatal.

[19] La ley hace que las empresas produzcan en función de sus costos y no en base de los contratos.

ii) La denuncia de Colbún contra Endesa y Chilectra en el sentido de que los últimos habían discriminado contra la primera (y que es el caso ilustrado por Blanlot [1993]), no correspondería a un problema del diseño del marco regulatorio ni tampoco a la relación Endesa-Chilectra, sino a la falta de visión y a la mala especificación del contrato firmado por Colbún. No obstante, el problema fue rápidamente corregido y resuelto en la Corte.

iii) Hay alguna evidencia que apoya la idea de que el trasmisor usaría el máximo período que le otorga la ley para responder a los generadores que compiten con Endesa. También existe alguna evidencia de que hay espacio para negociar precios de trasmisión, lo que ocurre cuando la trasmisión se hace por áreas que van más allá de las de influencia.

No obstante que de lo anterior se desprende que el tema de la exclusión es discutible, supongamos todavía que ésta puede producirse. La importancia que tiene el mercado libre determina la potencialidad de que, a través de una concentración en la generación muy alta, una empresa pudiera manipular indirectamente el precio de nudo. Este es un problema empírico y no puede zanjarse con argumentos conceptuales. Los datos indican que en las veinte oportunidades en que se ha fijado el precio de nudo en Chile (últimos diez años), sólo en dos se ha debido modificar la banda establecida a partir del cálculo de costos marginales por discrepancias significativas con los precios libres. En octubre de 1991 se procedió a aumentar los precios en 4,6% por sobre los determinados a partir de los costos, para seguir así a los precios libres, pero en abril de 1993 sucedió lo contrario, debiéndose bajar en 2,1% el precio determinado a partir del modelo conceptual. Ello sugiere que, al menos hasta la fecha, con la etapa de generación más concentrada, no existen indicios en el sentido de que los generadores hayan manipulado el precio libre para afectar el precio regulado. A futuro, donde se prevé que la etapa de generación se desconcentrará, las posibilidades de tal situación debieran ser menores.

4.1.2. Costos de regular estructuras desintegradas

Se debe hacer una consideración que no se ha planteado en absoluto hasta ahora y es que la comparación relevante para propósitos de política pública es si el costo de la operación de una industria integrada verticalmente, incluyendo el costo de regularla, es mayor que el costo de operar y

regular industrias desintegradas verticalmente. Ello porque, incluso en el caso de que en efecto haya incentivos para excluir rivales y limitar la competencia, no es válida una comparación entre el funcionamiento de una industria verticalmente integrada, incluyendo los costos de regulación, con el funcionamiento de una industria desintegrada que no requiere regulación; en ambos casos se requiere regulación.

No hay, en el razonamiento que sigue, un ánimo especial de analizar si efectivamente las condiciones más deseables de competencia se producen cuando hay operadores integrados o cuando ellos están desintegrados. El ideal social es que las economías de la integración se hayan aprovechado totalmente y que, de existir riesgo de que el dueño de un insumo esencial excluya a rivales, se dé una gran competencia entre operadores integrados. Por ello, el debate en abstracto es inútil para nuestros propósitos.

Aun cuando la presencia de factores que permitan e incentiven la exclusión señalada son discutibles en términos prácticos, considérese que efectivamente existe el peligro de que el dueño del insumo esencial (trasmisión o distribución) favorezca a la filial de su propiedad. En este caso cabe preguntarse: ¿la desintegración vertical reduce tales incentivos? La respuesta es no. El dueño de un insumo esencial mantiene los incentivos para favorecer a uno de los agentes (cualquiera) y solicitar a cambio una porción de las rentas que ese favoritismo genera. Consecuentemente, para justificar una propuesta de desintegración vertical se debe demostrar que la desintegración vertical facilita la vigilancia de esta repartición de rentas. En otros términos, una forma de abordar la pregunta relevante, referida a los costos de regular el eventual favoritismo entre una y otra estructura eléctrica en la práctica, es verificando que:

Un esquema regulatorio para el sector eléctrico en la realidad no permite regular adecuadamente, en términos de impedir o limitar que se favorezca a un operador integrado en perjuicio de otro no integrado. Complementariamente, se debiera verificar si:

— Un esquema regulatorio para el sector eléctrico puede, en realidad, impedir o limitar mejor que se favorezca a un operador cualquiera que no está verticalmente integrado, en perjuicio de otro. De darse ambos casos, tendríamos alguna base para pensar que, desde el punto de vista regulatorio, la integración vertical es más costosa.
— No obstante lo anterior, y también desde la perspectiva de la regulación, se debiera chequear que no hay una regulación adecuada para las sociedades anónimas y de valores que proteja convenientemente a los accionistas minoritarios de una empresa que pretenda perjudi-

carlos. Ello porque exclusión o favoritismo por parte del dueño de un insumo esencial significa perjudicar a esa empresa a cambio de ganancias en la empresa favorecida.

Aunque se puede argumentar en términos conceptuales que regular traspasos de dinero dentro de una firma integrada es más simple que dentro de una estructura no integrada, ése es un problema empírico. No es claro que a las empresas no integradas les resulte difícil transferir ingresos, por distintos medios, para favorecer a cualquier otra empresa. Sí resulta discutible suponer que el regulador tenga menos medios para regular transferencias entre empresas reconocidamente integradas o relacionadas verticalmente y que en cambio tenga más medios para hacerlo en el caso en que la relación no sea explícita. Más aún, podemos sugerir que para el regulador será más fácil comparar los términos en que se beneficia a una filial específica, reconocidamente relacionada con el monopolista, que aquellos obtenidos por firmas independientes. En otras palabras, reconocer y explicitar la integración vertical puede facilitar la regulación. En este sentido, si bien no hemos aportado datos que resuelvan el tema, el peso de la prueba está en quienes sostienen que regular industrias integradas es más difícil que hacerlo con industrias no integradas.

4.2. Costos de la desintegración

Los costos de desintegrar una industria se pueden descomponer en: los costos de cambiar una estructura establecida, los costos asociados al no aprovechamiento de las economías de la integración y los costos de regular.

Ya nos hemos referido a los costos de regular y hemos concluido que no hay nada que sugiera que la efectividad de la regulación sea mayor en empresas desintegradas que en empresas integradas. En el caso de los costos de cambiar una estructura establecida, por ejemplo desintegrando la empresa, ellos son sustancialmente mayores que los de no permitir que la empresa se integre. En efecto, a los costos de la no integración se deben sumar los de disolver una empresa que está estructurada y en funcionamiento. Por otra parte, en estos costos se debe considerar que desintegrar una empresa implica definitivamente perjudicar a accionistas y siempre están presentes los costos asociados a las redistribuciones.

Para ilustrar el punto considérese que las empresas A y B están integradas y que la integración, por la razón que sea, aumenta el beneficio conjunto de ambas (por esa razón ellas están integradas). Si se les obliga a separarse, es evidente que el valor de ambas, y necesariamente el de al

menos una de ellas, caerá. Ello significará una pérdida patrimonial de los accionistas dueños de las empresas. Puede ser cierto que tal pérdida viene a compensar una ganancia anterior al momento de la integración, pero esa ganancia muy posiblemente ya se realizó. En efecto, parte de quienes compraron acciones de la empresa, en particular quienes compraron una vez integrada, no hicieron ninguna ganancia, puesto que los beneficios asociados a la integración ya estaban incorporados en el valor de las acciones compradas. En consecuencia, necesariamente existe aquí un costo asociado a una distribución. Por otra parte, y a diferencia de la situación anterior, en caso de que las empresas A y B no estén integradas y no se les permita integrarse, no habrá una pérdida patrimonial de ningún grupo de accionistas. Esta diferencia puede hacer consistente una crítica a la forma en que se procede a privatizar una industria, por ejemplo integrada verticalmente, y al mismo tiempo no recomendar desintegrarla verticalmente una vez que se privatizó de forma incorrecta[20]. Una vez considerada esta importante diferencia y reconocidos los mayores costos de desintegrar, podemos centrarnos entonces en los costos de impedir la integración.

Los costos de impedir la integración están dados por la imposibilidad de aprovechar las economías de integración y de reducir los costos de transacción. Tales conceptos son generales y aplicables, en principio, a todas las empresas e industrias. Por ello, el análisis de una industria en particular requiere necesariamente determinar los factores concretos que hacen que la industria esté afecta a economías de integración. En tal sentido, se debe reconocer que uno de los elementos más característicos de la industria eléctrica es que cada una de sus etapas requiere de inversiones específicas a las otras etapas. La inversión en distribución eléctrica es absolutamente específica a la generación eléctrica. Así, por ejemplo, no es posible distribuir energía si no hay generación. A su vez, la inversión en generación es "absolutamente" dependiente de las trasmisoras. Por ende, las posibilidades de extracción de cuasi rentas en cada una de las etapas son enormes. Esta característica puede ser la principal fuente de conflictos entre las firmas eléctricas en las distintas etapas. No es necesariamente cierto que los conflictos surjan del hecho de que la trasmisora se aprovecha de una generadora o favorece a otra generadora con el propósito de excluir a aquélla y monopolizar el mercado. La especificidad del capital tiende a ser fuente de conflicto *per se* en industrias desintegradas y, por ende, no se deriva por fuerza que los conflictos ocurridos en la industria obedezcan a una etapa mal regulada. Por ello, los conflictos acaecidos en la industria eléctrica, y

[20] Véase Paredes Molina (1995a).

que han sido sistemáticamente sugeridos como demostración de que los dueños de redes o insumos esenciales han perseguido objetivos de exclusión de rivales, pueden haber sido mal interpretados. En efecto, ellos pueden sugerir que hay elementos estructurales que conducen a la existencia de costos de transacción. De ser así, habría claros incentivos y beneficios asociados a la integración vertical, los que se perderían de impedirla.

5. Conclusiones

El que a una empresa monopólica que opera en una industria regulada se le deba o no permitir integrarse verticalmente dependerá de los costos de regularla, de las economías que se alcancen con la integración y de las ventajas relativas de regular o limitar el favorecimiento y colusión de la empresa monopólica con un competidor no integrado, por sobre la vigilancia que se imponga a la filial.

Si bien en teoría se pueden entregar antecedentes de los costos de regular empresas verticalmente integradas, después de la separación de AT&T y la creación de las Baby Bells, cuando a AT&T se le restringió severamente la posibilidad de expandirse a nuevos negocios por el simple temor a que usara su tamaño (no participación o poder monopólico), y así redujera la eventual competencia, el tema de la regulación se ha transformado en cómo se debe regular una empresa no integrada. Estos costos han sido de una u otra forma desconocidos por quienes favorecen políticas de desintegración vertical en Chile y deben incluirse si en realidad se desea evaluar íntegramente tales proposiciones.

Otro aspecto de importancia se refiere a los costos adicionales que involucra desintegrar una empresa por sobre los de prohibir integrarse. A raíz del debate de las estructuras óptimas por privatizar, el tema de desintegración erróneamente se hizo análogo a la situación de separar empresas ya integradas. En el caso de separar empresas hay reasignaciones importantes de rentas, fuertemente resistidas y costosas, que no ocurren antes de privatizar. Por ende, una cosa es la estructura óptima por privatizar y otra muy diferente es la estructura óptima una vez privatizada la empresa.

El análisis de los costos asociados a impedir o limitar la integración vertical es fundamental para propósitos de política pública. En Chile tal análisis no ha estado presente y se ha sustituido más bien por posiciones ideológicas sobre el tamaño e importancia de las empresas que debieran controlar los privados. El debate estuvo presente por más de cuatro años en el sector de telecomunicaciones, donde finalmente se optó por permitir la

integración. Para sorpresa de muchos analistas, la evidencia post apertura del mercado ha sido dramáticamente concluyente en que haber permitido la integración ha beneficiado a los consumidores. Así, en la actualidad, la participación de la dueña de la red local llega a un tercio del tráfico, pero permitió reducir fuertemente la del ex monopolio de la larga distancia.

El tema de la integración vertical, como se argumentó en este trabajo, está presente en el debate eléctrico y ha de estarlo en la discusión sobre privatización de distintas industrias, incluyendo la de servicios sanitarios. Respecto de este caso, el proyecto de ley que sugiere privatizar las sanitarias limita la integración de distribuidoras de agua y electricidad para reducir la posibilidad de que una empresa integrada aproveche la información privilegiada que obtendría en relación con la evolución del precio esperado de la tierra. Así, se argumenta que el hecho de que las empresas de agua conozcan con antelación el área donde se desarrollarán las inversiones, puesto que el desarrollo del agua es crítico para cualquier desarrollo inmobiliario, les permitirá aprovecharse para monopolizar eventualmente el mercado inmobiliario.

El tenor de esta preocupación sugiere un funcionamiento del mercado de la tierra muy especial. Supone, por ejemplo, que la propiedad de la tierra está muy concentrada, de modo que el dueño de la información privilegiada, dueño de la empresa de agua, no trasmita indirectamente esa información a través de la compra o negociaciones sucesivas de pequeñas extensiones de tierra. Presupone también un efecto claro de las concesiones de agua sobre el valor de la tierra y, sobre todo, presupone que es más fácil regular el traspaso de información y el pago de comisiones que vigilar el uso de información privilegiada a una empresa integrada. Aunque se requiere un análisis específico del mercado para obtener conclusiones más definitivas, la experiencia de desarrollos inmobiliarios en la actualidad indica que el costo del agua puede ser relativamente pequeño en términos del valor de la tierra. Además, la sugerencia de limitar la integración ignora que la integración en este caso pudiera fomentar la inversión urbana y la cobertura eléctrica y de agua, al internalizarse lo que de otro modo serían externalidades (aumento del valor de la tierra cuando una empresa se esfuerza en invertir en agua).

Una ilustración más concreta y que tiene que ver con avances en la internacionalización de empresas chilenas sugiere que existen ventajas de integración por esquemas de regulación dados para Chile. En los Estados Unidos ése es el caso, pues una clasificación del rango de las empresas se basa en la naturaleza de sus ingresos. Las empresas clasificadas como PFIC (Passive Foreign Investment Companies) son aquellas que tienen como

principal fuente de ingresos los ingresos pasivos, esto es, los que provienen de empresas relacionadas en las cuales no tienen una participación en la propiedad mayor que 25%. Cuando una empresa es clasificada como PFIC, el tratamiento tributario es considerablemente menos atractivo, y se encarece el costo del capital[21].

Lo anterior tiene una importancia estratégica para empresas que diversifican en el extranjero. Por ejemplo, si Enersis decide participar en licitaciones de empresas brasileñas, como lo está evaluando, por restricciones de tamaño y de capital lo hará en forma minoritaria. Que se le limite una participación mayoritaria en empresas chilenas, verticalmente relacionadas, afectará entonces la posibilidad de que tal participación la haga aparecer como empresa PFIC.

En cuanto a las ventajas en eficiencia eventualmente perdidas como consecuencia de una política de desintegración vertical, ellas provienen de otras fuentes, algunas bastante difíciles de determinar *a priori*. Así, hay ventajas de integración por esquemas de regulación internacional y que están dados para Chile.

En este trabajo hemos dado algunos elementos de análisis para al menos cuestionar las sugerencias de desintegrar empresas o prohibir su integración. Podemos concluir que, si bien no es posible tener recetas aplicables a todas las industrias, el cuestionamiento debe ser hecho y el peso de la prueba revertido, en el sentido de que para que se proceda a impedir la integración, y más todavía a promover la desintegración, se debiera demostrar, más allá de simples especulaciones, que el costo de las estructuras integradas en forma vertical es sustancialmente mayor que el de aquellas separadas. Ésa es una tarea difícil y definitivamente ni la experiencia en el mundo ni los desarrollos conceptuales dilucidan la respuesta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Areeda, Ph. (1990). "Essential Facilities: An Epithet in Need of Limiting Principles". *Antitrust Law Journal*, 58.

Baumol, W. y J. Sidak (1994). *Towards Competition in Local Telephony*. Cambridge, Mass. MIT Press.

Bitran, E. y E. Saavedra (1993). "Algunas reflexiones en torno al rol regulador y empresarial del Estado". En *Después de las privatizaciones: Hacia el Estado regulador*, O. Muñoz (editor). Santiago, Chile: CIEPLAN.

[21] Por ejemplo, el hecho de que una empresa sea clasificada PFIC hace que los accionistas deban tributar por utilidades repartidas y no repartidas.

Blanlot, V. (1993). "La regulación del sector eléctrico: La experiencia chilena". En *Después de las privatizaciones: Hacia el Estado regulador*, O. Muñoz (editor). Santiago, Chile: CIEPLAN.

Brennan, T. (1987). "Why Regulated Firms Should Be Kept Out of the Unregulated Markets: Understanding the Divestiture in the United States *v*. AT&T". *The Antitrust Bulletin*, (otoño), pp. 741-793

Coase, R. (1939). "The Nature of the Firm". *Economica*, 4, pp. 286-405.

Klein, B., B. Crawford y A. Alchian (1978). "Vertical Integration, Appropriable Rents and the Competitive Contracting Process". *Journal of Law and Economics*, 21, pp. 297-326.

Laffont, J. y J. Tirole (1994). "Access Pricing and Competition". *European Economic Review*, 38, pp. 1673-1710.

Ordover, J., G. Saloner y S. Salop (1990). "Equilibrium Vertical Foreclosure". *American Economic Review*, 80, pp. 127-142.

Paredes Molina, R. (1993). "Privatización y regulación: Lecciones de la experiencia chilena". En *Después de las privatizaciones: Hacia el Estado regulador*, O. Muñoz (editor). Santiago, Chile: CIEPLAN.

_____ . (1955a). "Privatization and Regulation in a Less Developed Economy: The Chilean Case". Tesis de doctorado no publicada, Departamento de Economía, Universidad de California, Los Angeles.

_____ . (1955b). "Evaluating the Cost of bad Regulation in Newly Privatized Sectors: The Chilean case". *Revista de Análisis Económico*, Vol. 10, Nº 2; número especial, A. Fernández, J. M. Sánchez y R. Paredes, editores invitados.

_____ . y J. M. Sánchez (1996). "Teoría y práctica de la regulación en Latinoamérica". Documento de Divulgación, CEPAL.

_____ . (1988). "Costos de transacción y jurisprudencia antimonopolios". *Estudios Públicos*, 29 (verano).

Spiller, P. (1995). "Round Table: Lessons to and from Policy Makers". *Revista de Análisis Económico*, Vol. 10, Nº 2, pp. 303-312.

Thomson, D. N. (1996). "The Essential Facilities Doctrine Begins to Go Global: MCI, Magill and Hilmer". Artículo presentado en la segunda conferencia de la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Derecho y Economía, Universidad de Belgrano, Buenos Aires, Argentina.

Vagliasindi, M. y M. Waterson (1995). "New Insights on the Interaction Between Regulation and Competition in Vertically Related Markets". Mimeo, Department of Economics, University of Warwick, UK.

Vickers, J. (1995). "Competition and Regulation in Vertically Related Markets". *Review of Economic Studies*, 62, pp. 1-17. □

HACIA LA FORMACIÓN DE INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS: PRÁCTICAS ELECTORALES EN CHILE DURANTE EL SIGLO XIX*

J. Samuel Valenzuela

A pesar de la frecuencia y regularidad de las elecciones en el siglo decimonónico chileno, la historiografía del período les ha prestado muy poca atención. El sistema político en general, señala J. Samuel Valenzuela en este artículo, ha sido presentado como un mero instrumento en las manos de una oligarquía —definida ya sea por su control del Estado o su vínculo con distintas fracciones de las clases altas—, de modo que se ha supuesto que los procesos electorales no tenían mayor importancia. Es más, dichos procesos se han rodeado de imágenes distorsionadoras tales, como la que asegura, contra toda la

J. Samuel Valenzuela. Ph. D. Universidad de Columbia. Senior Associate Fellow de St. Antony's College, Oxford. Faculty Fellow del Helen Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame y profesor del Departamento de Sociología en la misma universidad. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1986). Su libro (con Erika Maza) *Religion, Class and Gender: Constructing Electoral Institutions and Party Politics in Chile* será publicado próximamente por Notre Dame University Press. De sus últimos trabajos publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile", "De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile" (Timothy R. Scully, CSC, coautor), en los números 58 y 51, respectivamente.

* Expreso encarecidamente mi gratitud a Erika Maza Valenzuela por sus sugerencias y su asistencia generosa en la preparación de este artículo y mi reconocimiento también a Iván Jáksic y a Gladys Sanhueza por facilitarme fuentes importantes.

evidencia documental, que con el sufragio censitario sólo votaban hombres pudientes, o que la supresión en 1874 de los requisitos de propiedad, renta o ingreso para acceder a la ciudadanía electoral fuera producto de la presión de nuevos grupos sociales emergentes.
En este estudio se analizan las prácticas electorales hasta fines de la década de 1880. Ya en la década de 1840, se señala, la mayoría de la población que sufragaba provenía de los estratos medio y medio bajo de la sociedad, por lo que se puede afirmar que la politización electoral de artesanos y de otros sectores populares tiene raíces tempranas en la historia de Chile. Es más, la cantidad de personas, incluyendo mujeres, que de alguna manera participaban en las campañas electorales de la época superaba ampliamente el número de hombres que votaban. En consecuencia, sostiene el autor, aunque no se puede decir que las elecciones fueran democráticas, la actividad política en torno a ellas llevó a la creación de lealtades e identidades políticas perdurables, lo cual contribuye a explicar la fuerza que adquirieron los partidos políticos que surgieron desde mediados del siglo. Las prácticas electorales decimonónicas también generaron una cultura electoral competitiva y altamente militante, cuya influencia se extendería al siglo XX, es decir, mucho más allá de la ley electoral de 1890, que introdujo cambios trascendentales en la forma de organizar las elecciones, facilitando así el inicio de un sistema más propiamente democrático en el país. En suma, plantea Valenzuela, importantes aspectos de un sistema democrático logran desarrollarse mucho antes de que pueda decirse que el régimen político cumple con las exigencias formales mínimas que caracterizan a la democracia.

Desde 1823 y a lo largo de todo el siglo XIX, con la sola excepción del año 1891, el electorado chileno fue convocado regularmente a votar por los electores de Presidente de la República, parlamentarios y regidores. Los comicios presidenciales se realizaban cada cinco años y los parlamentarios y municipales, cada tres. Dada la cantidad de elecciones que se efectuaron y su extensa huella documental y estadística, es de suponer que haya abundante literatura dedicada a ellas; sin embargo, sólo recientemente se han convertido en objeto de estudio[1]. El problema ha sido que

[1] Germán Urzúa Valenzuela. *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1992) es el primer libro que ofrece una visión amplia de las elecciones chilenas desde su comienzo. J. Samuel Valenzuela. *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1985), es el primer trabajo que analiza la institucionalidad electoral del siglo diecinueve y su aporte a la democratización chilena.

los procesos electorales del siglo pasado se han visto envueltos en un amplio consenso historiográfico que no se ha detenido a estudiarlos y ha derivado en una serie de nociones inexactas que se han tomado como hechos, inhibiendo así la investigación posterior. En consecuencia, la temprana evolución de la participación política en Chile y la posterior democratización de su régimen de gobierno han sido sólo parcialmente comprendidas.

Las nociones equívocas del consenso historiográfico pueden expresarse sucintamente en tres puntos. Primero, se supone que la Constitución de 1833 —implantada luego de la victoria de los pelucones o conservadores después de la convulsionada década de 1820— cimentó el dominio político de una clase terrateniente tradicionalista y de origen colonial, con lo cual la ley fijó requisitos de propiedad, de renta y de ingreso que restringían el derecho a voto sólo para quienes tuvieran una posición social y económica elevada. Segundo, la extensión del sufragio en 1874 (aunque la mayoría de los autores dan otras fechas) a quienes supieran leer y escribir, sin exigírseles comprobación de ingresos, rentas o títulos de propiedad, fue producto del auge de intereses financieros, comerciales, industriales y mineros, que motivaron una alianza de profesionales urbanos y otros grupos de una incipiente clase media en un intento de restar poder político a los terratenientes. La reforma electoral fue impulsada primordialmente por el Partido Radical, expresión política de las nuevas clases forjadas por el desarrollo económico del país. Y, tercero, a pesar de los esfuerzos de la oposición, las elecciones del siglo XIX habrían sido, en el fondo, poco importantes o incluso insignificantes: hasta 1894 siempre triunfaron los candidatos del gobierno de turno y, dado el reducido número de votantes, todo el proceso eleccionario prácticamente no tenía impacto en las inclinaciones políticas de las grandes masas. La nación presentaba entonces un sistema político y electoral "oligárquico", "aristocrático" o "patricio"[2].

[2] Para una muestra de las numerosas fuentes que reflejan estos puntos, véanse Ricardo Donoso, *Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1942), p. 69; Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1955), p. 40; Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, Siglo XIX* (Santiago: Editorial Austral, 1956), pp. 76-77; Julio Heisse González, *150 años de evolución institucional* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1960), p. 64; Norbert Lechner, *La democracia en Chile* (Buenos Aires: Ediciones Signos, 1970), p. 35; Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile; ascenso y declinación de la burguesía minera: De Pérez a Balmaceda (1861-1891)* (Frankfort: Verlag Jugend und Politik, 1975), pp. 86-87; Gabriel Salazar Vergara, *Labradores, peones y proletarios: Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago: Ediciones Sur, 1985), p. 10; François-Xavier Guerra, "Les avatars de la représentation au XIXe

Si bien es cierto que la Constitución de 1833 exigía poseer cierta propiedad, renta o ingreso para poder votar, ello no significaba en la práctica —en contradicción con la primera noción recién mencionada— que sólo votase una "aristocracia" ligada principalmente a la tierra. En efecto, como se demostrará más adelante, la mayoría del electorado durante el apogeo de la llamada "República Conservadora" (1830-1871), que se suponía que era dominada por las familias terratenientes de origen colonial, estaba compuesta por hombres de estratos medios y bajos, incluyendo a los empleados públicos. La ley que especificaba los requisitos de propiedad o ingreso para votar estableció niveles que fácilmente podían ser alcanzados por los artesanos, los mineros, los pequeños comerciantes y la gran mayoría si no todos los trabajadores asalariados. Además, los veteranos de las guerras de independencia fueron eximidos del requisito de saber leer y escribir. Dadas las formas establecidas para demostrar que se contaba con los medios económicos necesarios para la inscripción electoral, el electorado tenía sesgo urbano en una sociedad fuertemente rural.

Tal como lo indica la segunda noción, el Partido Radical estaba, en efecto, a favor de la mayoría de las disposiciones de la reforma electoral de 1874, que extendió el sufragio. Pero esto es solamente una verdad a medias, ya que el Partido Conservador, aquel que los autores sostenidamente han identificado con las familias terratenientes de linaje "aristocrático", también simpatizaba con la reforma. Ambos partidos estaban en marcado desacuerdo en todo lo que tenía que ver con las relaciones entre la Iglesia y el Estado, pero en 1872 se unieron brevemente en el Congreso para lograr una reforma electoral destinada a reducir el poder que tenía el gobierno (entonces en manos de los liberales) para determinar el resultado de las elecciones en favor de las candidaturas oficiales. Y en contra de lo que podría esperarse después de leer la literatura mencionada, la frase clave que amplió el cuerpo electoral fue propuesta por Zorobabel Rodríguez, diputado del Parti-

---

siècle", en Georges Couffignal, *Réinventer la démocratie: Le défi latinoaméricain* (París: Presses Universitaires de France, 1992), pp. 52-53. Urzúa Valenzuela, *op. cit*., pp. 72, 87, 18 y 233, reitera con firmeza las dos primeras premisas, si bien también entrega evidencia que contradice a la primera (véase p. 62, por ejemplo).

Hay muchas diferencias entre estos autores que no afectan el consenso indicado. Uno de los principales desacuerdos reside en la evaluación del significado de las reformas de 1874 para los grupos terratenientes. Las posiciones extremas están dadas por Ricardo Donoso, quien afirma que con las reformas "el quebrantamiento del poder político de la oligarquía terrateniente quedó consumado [...]", y por Norbert Lechner y Luis Vitale, quienes piensan que las reformas, en el mejor de los casos, iniciaron una nueva fase de dominación por parte de una oligarquía transformada y de base más amplia; ibídem.

Valenzuela presenta una visión alternativa.

do Conservador y no del Radical[3]. La sentencia estipuló que "se presume de derecho que el que sabe leer y escribir tiene la renta que exige la ley"[4].

Respecto a la tercera noción, es cierto que las listas oficiales de candidatos del gobierno habitualmente ganaban las elecciones, recurriendo a menudo a prácticas desleales y fraudulentas. Sin embargo, siempre surgieron, sin éxito, candidatos presidenciales de oposición, y siempre hubo candidaturas de oposición en un número variable de distritos y comunas en las elecciones parlamentarias y municipales, y triunfó más de alguna en casi todas las ocasiones. Tal como ha subrayado Urzúa Valenzuela, la existencia de movimientos opositores fue un ingrediente constante de la política chilena del siglo XIX[5]. Y aunque el número de votantes era relativamente reducido (la inscripción electoral más alta del siglo XIX, alcanzada en 1878, fue de unos 150 mil individuos, lo que equivalía a sólo cerca del 7% de la

---

[3] Véase *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Sesión ordinaria del 16 de junio de 1872, p. 24, en relación con la primera sugerencia hecha por Rodríguez de la frase clave durante la discusión del proyecto de ley que llegó a ser la ley de elecciones de noviembre de 1874.

Si bien el papel jugado por los conservadores en este aspecto crucial de la reforma electoral ha sido documentado por vez primera en Valenzuela (o, de hecho, en un manuscrito de 1972 que posteriormente se convirtió en el libro citado), algunos estudios anteriores han mencionado, de paso, que los conservadores estuvieron a favor de la aprobación de elementos no especificados de la ley electoral de 1874. Por ejemplo, entre los historiadores mencionados en la nota 2, Ricardo Donoso señala en *Las ideas políticas en Chile* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1967), p. 303, el hecho de que "radicales y conservadores" defendieron ciertos aspectos de la legislación en contra de la opinión del gobierno.

Sin embargo, de esos dos partidos, el Conservador fue el que más fuertemente insistió en reformar todo el sistema electoral. Si bien los radicales apoyaron la frase de Rodríguez que expandía el tamaño del electorado, rompieron con los conservadores a la hora de cambiar el sistema del recuento de votos. Los liberales de gobierno se opusieron tenazmente al intento de los conservadores de instituir el voto acumulativo en todas las elecciones. Fue así como ofrecieron a los radicales un cargo en el gabinete si se abstenían de apoyar a los conservadores en la materia. Los radicales aceptaron el trato y el voto acumulativo fue adoptado únicamente para las elecciones de diputados. Para elegir a los senadores y al colegio electoral presidencial se mantuvo el sistema de lista completa, mientras que para las elecciones municipales se adoptó un sistema de lista incompleta, que reservaba un tercio del consejo municipal para la lista que obtuviese la segunda mayoría relativa. Véase Valenzuela, *op. cit.*, pp. 104-105. La nueva coalición de gobierno, integrada por liberales y radicales, causó sensación en la época. Para mayores detalles, véase Francisco Encina, *Historia de Chile* (Santiago: Editorial Nascimento, 1950), Vol. XV, pp. 384-387.

[4] La frase estaba contenida al final del artículo 16 de la ley electoral del 12 de noviembre de 1874, el cual estipulaba los niveles de ingreso, propiedad o capital en giro para tener derecho a la calificación. La Constitución exigía que una ley fijase estos niveles cada diez años. Por lo tanto, la presunción de derecho también aparece en el artículo único de la ley que corresponde a la serie de leyes decenales que fue aprobada el 3 de noviembre de 1874. Véase Ricardo Anguita, ed., *Leyes promulgadas en Chile desde 1810 hasta el 1° de junio de 1912* (Santiago: Imp. Lit. y Enc. Barcelona, 1912), Tomo II, pp. 351-352 y 359.

[5] Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 123.

población total o alrededor de 30% de los varones adultos)[6], las divisiones y lealtades políticas se daban en un segmento mucho más amplio de la sociedad nacional. Las elecciones no sólo preocupaban a quienes votaban; las personas no inscritas como votantes, incluyendo a muchas mujeres, también participaban en el proceso, intentando asegurar que se llevaran a cabo imparcialmente, protegiendo las urnas de interferencias fraudulentas, celebrando las victorias de los candidatos o lamentando su derrota, haciendo propaganda en su favor, o escribiendo en la prensa partidista a favor o en contra de candidatos específicos. Como la mayoría de los asuntos más disputados en ese entonces concernían a la Iglesia —fuese el control sobre la educación, los derechos de los disidentes religiosos o la esfera de acción de la autoridad del gobierno *versus* la eclesiástica—, el púlpito constituía una poderosa fuente para la cristalización de las identidades políticas, lo que generaba una reacción anticlerical. De esos conflictos emergieron los partidos Conservador, Liberal y Radical. Aun cuando la injerencia del gobierno en las elecciones anteriores a los años noventa del siglo pasado era tal que éstas no pueden calificarse de democráticas, el desarrollo subsecuente de la democracia chilena resulta incomprensible si no se las analiza en detalle. La política electoral y partidista chilena del siglo XX evolucionó a partir de raíces que se implantaron a mediados del siglo pasado.

Este trabajo analiza las elecciones decimonónicas chilenas deteniéndose en la forma en que se hacía la inscripción electoral, en las prácticas que se seguían durante la votación, en la cambiante composición ocupacional del electorado, en la creación de las listas de candidatos, en las estrategias de las campañas electorales y en la participación de los no votantes durante las contiendas electorales. El período examinado comprende básicamente las seis décadas que se enmarcan entre dos guerras civiles, las de 1829-1830 y la de 1891, que alteraron la configuración de la política nacional. La

[6] Véase Valenzuela, *op. cit.*, p. 150, para cifras relativas al tamaño del electorado desde 1846 hasta 1912. La tasa de alfabetismo de los varones adultos hacia fines de la década de los setenta del siglo pasado era de alrededor de 35%.

El número de electores declinó en relación con estos niveles a comienzos de la década de los ochenta porque el Partido Conservador llamó a sus votantes a abstenerse de participar en las elecciones presidenciales, como una forma de protesta. El número de inscritos y de votos emitidos cayó todavía más en 1885 y no se recuperó significativamente en 1888, probablemente porque hubo escaso interés en participar en elecciones en que la única fuerza de oposición eran los conservadores. Liberales, nacionales y radicales formaron todos parte de la alianza gobernante durante esa década. Los años ochenta no constituyen, por ende, la década más indicada para evaluar el alcance de la participación electoral en las postrimerías del siglo XIX. Eso es, sin embargo, lo que hace Guerra (*op. cit.*, p. 52). Este autor también yerra al afirmar que en 1885 votó solamente el 5% de la "población masculina adulta", ya que ése es el porcentaje de los electores inscritos en relación con la población *total* de ese año.

primera condujo al triunfo de las fuerzas centralistas que dictaron la Constitución de 1833, y la segunda hizo que prácticamente todos los partidos políticos chilenos se volcaran contra el Presidente, José Manuel Balmaceda, quien fue derrotado cuando concluía su período de gobierno. Fue entonces cuando la coalición ganadora terminó con las listas oficiales de candidatos así como con la injerencia abierta del gobierno en las elecciones.

La creación de un registro electoral fue desde el comienzo un paso clave en los procedimientos electorales chilenos, el cual es un punto de partida natural para comenzar a analizarlos.

Las inscripciones electorales

Los procedimientos y quién los controlaba

Después de la Independencia, con excepción de un breve período en que rigió un sistema de registros electorales permanentes, los ciudadanos debían inscribirse para votar —o reconfirmar su inscripción— antes de cada año electoral. En 1888, la inscripción electoral pasó a ser válida por espacio de diez años. Los registros eran abiertos, con sólo ligeras variaciones, en todas las comunas por lapso de cuatro horas diarias durante los primeros quince días de noviembre; las elecciones parlamentarias y municipales se celebraban en marzo, y las presidenciales en junio. No era legalmente obligatorio inscribirse para votar[7]. La brevedad del período de apertura de los registros hacía menos probable, seguramente, que todos aquellos que podían inscribirse se esforzaran por hacerlo, lo cual aumentaba la proporción de los electores que, de una u otra forma, se inscribían como parte de una estrategia organizada por las campañas electorales.

Las inscripciones electorales estaban a cargo de una "Junta Calificadora". Después de inscribirse o reinscribirse, los votantes obtenían un pequeño certificado, llamado "calificación", impreso por el gobierno nacional y que llevaba su sello. En ese certificado, se escribía el nombre completo del elector, la fecha de inscripción, el número del libro de registro en que se había anotado su nombre y su ocupación, y el número de su inscripción en el libro. La calificación era firmada por los miembros de la junta pero no

[7] La obligación legal de votar fue introducida en Chile en una ley promulgada en 1962. Fue sólo entonces que aumentó significativamente el número de votantes; el tamaño reducido del electorado se debió antes que nada a la apatía de la ciudadanía potencial. No hay lugar aquí para ahondar en este tema.

contenía la firma del propio inscrito[8]. Cada ciudadano debía presentar su calificación en la mesa el día de la elección para votar; de allí que ésta debía guardarse en un lugar seguro durante meses antes de usarla. Si se extraviaba, las municipalidades estaban autorizadas para otorgar un formulario sustituto basándose en el libro de registro electoral.

Las listas del registro de votantes eran examinadas por una "Junta Revisora". Además de purgar los registros de irregularidades tales como inscripciones duplicadas o fallecimientos recientes, esta autoridad también estaba facultada para revisar y resolver cualquier reclamación de los ciudadanos en relación con inclusiones y exclusiones. En tales casos, sus decisiones podían ser apeladas ante las cortes.

Los integrantes de ambas juntas eran designados por las autoridades municipales. A pesar de que los representantes de cada lista de candidatos podían observar el proceso de inscripción electoral[9], los opositores a los gobiernos nacionales alegaban que las juntas carecían de la imparcialidad necesaria para ejercer sus funciones y que, como resultado, el proceso en sí contenía muchas irregularidades. En efecto, los regidores por lo general eran partidarios del gobierno nacional, ya que habitualmente salían elegidos después de haber sido incluidos en listas oficiales de candidatos preparadas tras un proceso de selección coordinado por el ministro del interior. Los consejos municipales eran también presididos por los representantes provinciales, departamentales o comunales del Ejecutivo nacional, es decir, ya sea los intendentes, los gobernadores o los subdelegados, dependiendo del tamaño y la importancia de la comuna. Los representantes del Ejecutivo, así como los regidores, también podían ser candidatos en las elecciones; de allí que al menos algunos de los que participaban en la designación de los miembros de las juntas (o que se autonombraban ante ellas) podían incluso tener un interés personal y no sólo político en inscribir rápidamente a sus propios partidarios, a la par que cuestionar las calificaciones de quienes se les opondrían.

La composición de las juntas tenía tal importancia que las autoridades del gobierno nacional (y sus representantes provinciales) asumían un papel directo en la selección de sus miembros, aunque, como vimos, éstos eran nombrados formalmente por los consejos municipales. Esto se ilustra

---

[8] Para un facsímil de estos certificados, véase Valenzuela, *op. cit.*, pp. 148-149.

[9] En el diario anticlerical *El Ferrocarril*, 2 de noviembre de 1875, p. 2, aparece una referencia a tales observadores. El artículo indica que éstos deben conocer bien a los habitantes de cada distrito para no ser engañados por la artimaña de registrar a varios individuos bajo nombres distintos.

con la siguiente circular, enviada en 1839 por un intendente a todos los subdelegados que dependían de él:

> Señor Subdelegado del Partido de [...]:
> Me es sumamente necesario tener a la vista una lista de los sujetos que U. crea de su confianza para que compongan las mesas calificadoras, porque como el nombramiento debe ser hecho por la Municipalidad y no tenemos conocimiento de las personas quiero que U. me los [sic] indique.
> Con seis o siete sujetos será bastante poniendo *a los de su confianza* al principio de la lista[10].

En este caso, los consejos municipales seguramente nombraron para las juntas sólo a quienes seleccionó el intendente de las listas que le enviaron los subdelegados.

Luego de denunciar por mucho tiempo la falta de imparcialidad en los procedimientos de inscripción de votantes, durante la década de 1860 los líderes de la oposición, para asegurarla, intentaron diseñar un nuevo mecanismo para designar a los miembros de las juntas. Sus esfuerzos se reflejaron, finalmente, en la ley electoral promulgada en 1869, la cual prohibió la participación de los representantes locales del gobierno en las juntas calificadoras y cambió la composición de las Juntas Revisoras, nombrando a los seis miembros de éstas al azar a partir de listas de los cuarenta mayores contribuyentes de cada comuna. Esta última innovación fue introducida por la mayoría parlamentaria pro gobiernista para contrarrestar una indicación formulada en 1867 por José Victorino Lastarria, diputado liberal "suelto" y por ende independiente del gobierno, en la que propuso nombrar los miembros de las juntas tomando nombres al azar de las listas de los ciudadanos que hubiesen participado en las elecciones anteriores a cada nueva inscripción. Los parlamentarios opositores se sumaron posteriormente a la idea de nombrar los miembros de las juntas usando las listas de los mayores contribuyentes, ya que este procedimiento, aceptado por el gobierno, parecía fortalecer de todas maneras su independencia e imparcialidad. Por lo tanto, este mecanismo fue instituido en la ley electoral de 1874 —que fue aprobada cuando una escisión en la coalición de gobierno produjo una mayoría opositora de conservadores, radicales, nacionales y liberales suel-

---

[10] *El Diablo Denunciante de los Abusos de las Calificaciones*, Nº 1, Santiago, 5 de diciembre de 1839, p. 1. *El Diablo* fue un periódico de oposición que reprodujo la circular para denunciar esa práctica. Una nota al pie de página en el original llama la atención a la errónea correspondencia gramatical entre las "personas" y el pronombre "los"; de ahí el "sic". Las cursivas aparecen también en el original.

tos en ambas cámaras del Congreso— para constituir no sólo las juntas revisoras sino que también las calificadoras y las receptoras[11]. Sin embargo, una vez puesta en práctica esta nueva manera de constituir las juntas, los opositores al gobierno todavía hallaron razones para quejarse de que no eran plenamente imparciales. Señalaron que en ciertas comunas las listas de los cuarenta mayores contribuyentes contenían omisiones o inclusiones de nombres hechas con criterios políticos. Las autoridades suministraban las listas y éstas, en efecto, podían ser manipuladas.

En la mayoría de las localidades había fuertes indicios, cuando no una seguridad total, de cuáles serían los resultados de las elecciones apenas concluían las inscripciones, ya que las preferencias o abanderamientos políticos de quienes se inscribían, ya sea como independientes o formando parte de un esfuerzo organizado, eran generalmente conocidos. En consecuencia, las campañas electorales debían estar plenamente preparadas para inscribir a sus electores y para cuestionar las inscripciones fraudulentas que hiciesen sus oponentes, con lo cual sus líderes debían tener todo listo para ponerse en plena actividad apenas se abriesen los registros electorales, es decir a cuatro o a siete meses de la elección, dependiendo de cuál se tratase. La organización de la campaña debía ser especialmente fuerte y precavida en el caso de las candidaturas de la oposición, ya que éstas debían realizar un esfuerzo especial para movilizar a sus electores contra las autoridades durante el breve período de las inscripciones. Es en esos días que se abría la posibilidad de ganar, para lo cual la imparcialidad de las juntas encargadas de los registros electorales les era esencial.

¿Quiénes se inscribían para votar?

Los registros estaban abiertos a todos los "ciudadanos" que cumplieran ciertos requisitos especificados en el artículo 8 de la Constitución de 1833. Debían tener 21 años o más si eran casados, 25 años o más si eran solteros —o, simplemente, 21 años después de 1888—, debían saber leer y escribir y debían poseer ya sea algún bien raíz, un capital invertido o un ingreso de cualquier fuente, cuyos niveles mínimos debían ser fijados cada diez años en una ley electoral. Como vimos arriba, una vez promulgada la

[11] Esta discusión se basa en un artículo anónimo, "Origen de las funciones electorales de los mayores contribuyentes", *Revista Chilena*, Vol. XII (1878), pp. 311-315. Abdón Cifuentes, *Memorias* (Santiago: Editorial Nascimento, 1936), Vol. II, p. 105, señala que Manuel José Irarrázaval, líder del Partido Conservador y senador, fue quien sugirió extender el uso de los mayores contribuyentes a las juntas calificadoras. Las memorias de Cifuentes fueron redactadas varias décadas después de los hechos que describe y pueden errar en relación a este punto.

ley electoral decenal de 1874, el requisito de propiedad, capital en giro o ingreso se cumplía simplemente con saber leer y escribir, dada la presunción de derecho. Como esto en efecto hacía innecesario estipular los requisitos económicos que de todas formas quedaron en la ley electoral del 12 de noviembre de 1874[12], toda mención a ellos fue omitida en la siguiente ley electoral de 1884, y una reforma constitucional los eliminó del texto de la Constitución en 1888, junto con rebajar la edad de votar de los solteros. Se suponía, en la práctica, que la palabra "ciudadanos" se refería solamente a hombres. Esta especificación fue agregada explícitamente a la ley electoral de 1884, en la cual se incluyó a las mujeres en una lista de excluidos del derecho electoral. Esta clarificación surgió en respuesta al hecho de que varios grupos de mujeres se habían inscrito para votar en 1876 argumentando que el término "ciudadano" era usado en la Constitución y las leyes en un sentido genérico y no en su acepción masculina singular[13].

Ya señalé que el sufragio censitario estipulado en la Constitución no significaba que el electorado estuviese compuesto por hombres pudientes, incluso antes de 1874. Un elemento clave en la estrategia electoral de todos los gobiernos del período analizado aquí, especialmente antes del decenio de 1870, consistía en generar mayorías para listas oficiales de candidatos recurriendo en gran medida a los votos de dos categorías de individuos: los empleados públicos (incluyendo varios cientos de oficiales del ejército y de policía) y las tropas de la Guardia Nacional. En un discurso pronunciado en 1869 ante la Cámara de Diputados, Lastarria disectó la composición del electorado de 1862 destacando a todos los votantes que, en su opinión, estaban sujetos a la influencia directa del gobierno. Sus comentarios son reveladores:

> Según el censo electoral de 1862 había inscritos en los registros de calificación: 1) 5.534 agricultores, de los cuales a lo menos cuatro quintos son ciudadanos que por su condición moral y social están a merced de la influencia de los agentes del gobierno y no conocen la

[12] A pesar de que quedaron estipulados los requisitos económicos en el artículo 16, ello no impidió en la práctica que se los considerase suprimidos, dada la presunción de derecho, incluida al final del artículo. Esto puede constatarse en dos juicios presentados en La Serena por ciudadanos que sabían leer y escribir, a quienes una Junta Calificadora, durante el primer día de su funcionamiento, les negó la inscripción electoral porque no tenían, supuestamente, el ingreso necesario. Los vocales señalaron en el juicio que ignoraban el cambio operado en la ley, y que al darse cuenta de éste inscribieron a ambos litigantes cuando se presentaron por segunda vez. Véase *Gaceta de los Tribunales*, Vol. XXXV, Nº 1739 (13 de mayo de 1876), casos Nºs. 708-709, pp. 348-349.

[13] Véase Erika Maza Valenzuela, "Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile», *Estudios Públicos*, Nº 58 (otoño 1995), pp. 157-161.

> importancia del sufragio [...]; 2) 3.734 artesanos que están, como los agricultores, enrolados en la Guardia Nacional, y por consiguiente bajo la dirección, y aun bajo la presión de los agentes del Ejecutivo, siendo además efectivo que la mayor parte de estos ciudadanos tienen ideas falsas de la dignidad y de la importancia del sufragio [...]; 3) 1.850 empleados públicos, y 1.110 empleados particulares, cuya mayor parte lo son de las Municipalidades, que acostumbran calificar a sus dependientes y sirvientes como empleados particulares; a estos ciudadanos empleados es necesario agregar 337 militares y 55 marinos [...].
> Todos estos guarismos dan la enorme suma de 12.620 ciudadanos sufragantes, que forman la base del poder electoral del gobierno[14].

Esta última cifra representaba el 56,7% del número total de los inscritos para votar en las elecciones de 1864[15]. La mayoría de estos individuos vivían en o cerca de los poblados del país. Los artesanos, empleados de diversos tipos y oficiales militares eran casi todos habitantes de zonas urbanas, pero incluso los agricultores que menciona Lastarria debían vivir cerca de ellas cuando formaban parte de la Guardia Nacional, con lo cual se vinculaban a una sociabilidad más bien de ciudad y de pueblo que del campo. En consecuencia, el electorado era desproporcionadamente urbano en una época en que la población chilena era predominantemente rural.

Al parecer, las tropas de la Guardia Nacional eran el segmento más grande del electorado cautivo del gobierno. Reviviendo una institución colonial que había caído en desuso con los trastornos generados por las guerras de independencia, se formaron unidades de la Guardia Nacional en todas las aglomeraciones urbanas principales de la república después de 1830. Los hombres físicamente aptos que realizaran trabajos que no los eximieran del servicio debían enrolarse en sus unidades. Éstas entrenaban durante los fines de semana, aunque podían ser movilizadas de un momento a otro, y generalmente eran comandadas por individuos socialmente prominentes tomados de los círculos leales al gobierno, según la estimación del ministro del interior. Esta fuerza paramilitar era el principal medio de que disponía el Estado para reprimir los trastornos más serios del orden público, al menos hasta la guerra del Pacífico en 1879, después de la cual la institución declinó. La policía dependía de los gobiernos municipales y estaba subdotada, siendo poco efectiva (aunque su número y fuerza aumentó desde

---

[14] *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados*, sesión ordinaria del 7 de octubre de 1869, p. 462. El discurso fue parte del informe de minoría del comité que revisó la legislación de 1869 relativa a los registros electorales.

[15] Valenzuela, *op. cit.*, p. 150. ¿Quiso Lastarria decir 1863 en vez de 1862? ¿O se refería a un censo realizado en 1862 sobre la base del registro confeccionado en 1860?

comienzos de la década de 1870), y el grueso del ejército estaba estacionado permanentemente en el sur como protección contra las incursiones de los araucanos. La Guardia Nacional contaba con un contingente de unos 60 mil hombres en las décadas de mediados del siglo y alcanzó su fuerza plena alrededor de 1840[16].

Era tan común que las tropas de la Guardia Nacional votasen a comienzos de la década de 1850, que James M. Gilliss, astrónomo y oficial naval norteamericano en una misión de estudio en Chile, escribió en su informe que "todos los que están enrolados como miembros de la Guardia Nacional tienen, dada esta condición, derecho al sufragio"[17]. En términos estrictamente legales, ésta era una aseveración aventurada, ya que los milicianos no tenían la calificación electoral por derecho. Gilliss también señaló que "en cuanto a los requisitos de propiedad e intelectuales [para poder votar], la ley es letra muerta, o al menos es abiertamente violada en cada elección"[18]; y si bien estaba en la razón al observar que quienes tenían escasa o ninguna propiedad y/o eran analfabetos, de todos modos votaban, se equivocó al presumir que tales prácticas, salvo excepciones, fuesen ilegales. Los gobiernos podían justificar, legalmente, la inscripción electoral de las tropas de la Guardia Nacional. Todos los analfabetos quedaron habilitados para votar hasta el año 1840, merced al primer artículo transitorio de la Constitución de 1833, y este privilegio fue extendido por una ley, propuesta por el gobierno y promulgada en 1842, a todos los que ya hubiesen votado en elecciones anteriores; naturalmente, ello incluía a muchos de los enrolados en las milicias cívicas. Y a pesar de los requisitos constitucionales de propiedad, capital o ingreso para ser ciudadano elector —que han llevado a muchos analistas a concluir que el voto se limitaba a los sectores más acomodados—, lo que importaba en la práctica eran los niveles mínimos que se establecían en las leyes decenales para cumplir con estos requisitos. La primera de dichas leyes, promulgada en 1834, fijó niveles de ingreso, bajos para la época, que fluctuaban de 200 a 100 pesos *anuales*, dependiendo de la provincia de que se trate. Estos niveles, tal como lo exigía el artículo 8 de la Constitución, guardaban relación con niveles de capital y de propiedad correspondientemente bajos. De nuevo, la razón para fijar estos

---

[16] Tomo la cifra de Pedro Félix Vicuña, *Cartas sobre la situación de la República y la crisis electoral* (Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1870), p. 21.

[17] Teniente James M. Gilliss, A. M., *The U. S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere During the Years 1849-'50-'51-'52. Chile. Its Geography, Climate, Earthquakes, Government, Social Condition, Mineral and Agricultural Resources, Commerce, etc., etc.* (Washington: A. O. P. Nicholson, impresor, 1855), Vol. I, p. 129. En sus palabras*: "all who are enrolled as members of the national guard are entitled to the right of suffrage*."

[18] Ibídem.

niveles era simplemente el hecho de que las autoridades de gobierno querían que las tropas de la Guardia Nacional pudiesen inscribirse para votar, por lo que ajustaron la primera ley electoral decenal a este imperativo. Los niveles de ingreso fijados en 1834 nunca fueron alzados y pasaron a ser absurdos dada la presunción de derecho ya mencionada de la ley de 1874[19].

Todos los testimonios de la época indican que las tropas de las milicias cívicas eran reclutadas en los estratos sociales bajos. Como señaló Lastarria en el discurso citado arriba, los milicianos eran principalmente artesanos y pequeños propietarios que vivían en las inmediaciones de las ciudades y poblados. Un general argentino anotó en su diario, escrito durante su exilio en Chile en la década de 1840, que los miembros de la Guardia eran "los menestrales, artesanos, mozos de tienda y almacén, y la clase proletaria"[20]. Refiriéndose a la Guardia Nacional, Barros Arana, quien puede ser considerado en parte un cronista de acontecimientos que presenció en su mocedad, escribió simplemente que "la tropa era recogida entre las clases trabajadoras"[21]. Las fuentes también concuerdan en que los niveles de ingreso requeridos para votar estaban al alcance de los sectores populares. Según Gilliss, cuyas observaciones —recordemos— se refieren a los comienzos de la década de 1850, los "pequeños propietarios y artesanos[...] tienen el ingreso requerido [para votar]"[22]. Esta aseveración es corroborada en los debates parlamentarios. Así, al defender en 1874 la presunción legal

---

[19] En la ley del 24 de diciembre de 1864 se conservan los 200 pesos anuales de ingreso para Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Santiago y Valparaíso; 150 pesos para Colchagua, Talca, Maule, Ñuble, Concepción y Arauco; y 100 pesos para Valdivia, Llanquihue y Chiloé. La ley decenal del 3 de noviembre de 1874 estipula los mismos niveles, aunque los hace irrelevantes al presumir que quien sabe leer y escribir tiene el ingreso requerido. Véase Anguita, *op. cit.*, tomo II, pp. 196, 351-352.

[20] General Tomás de Iriarte, *Panoramas chilenos del siglo XIX*. Recopilación, prólogo y notas de Gabriel Balbontín Fuenzalida (Santiago: Ediciones Arcos, 1965), p. 89.

[21] Diego Barros Arana, *Un decenio en la historia de Chile, 1841-1851* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1906), Vol. II, p. 458.

[22] Gilliss, *op. cit.*, p. 129, usa el término *freeholder*, traducido aquí como "pequeño propietario". Sin embargo, no es seguro que los pequeños agricultores en las inmediaciones de las zonas urbanas, a quienes Gilliss seguramente se refería, fuesen de hecho propietarios, ya que podían ser medieros e incluso inquilinos.

En la página 258 Gilliss indica que los barreteros, es decir, los mineros que penetraban y seguían la veta de mineral, ganaban 25 pesos mensuales, mientras que los apires, aquellos que retiraban la roca cortada, recibían 12. Estos últimos no alcanzaban el ingreso requerido en las provincias centrales (150) y del norte (200) para votar, aunque sí en las del extremo sur (100). Sin embargo, la mayoría de los apires eran niños o jóvenes que no tenían la edad necesaria para inscribirse en los registros electorales. Evidencia anecdótica de ello puede encontrarse en Ignacio Domeyko, *Mis viajes: Memorias de un exiliado* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1978), Vol. 1, pp. 429-430, relato que se refiere al año 1840. Y lo que muchos apires recibían en alimentos o alojamiento seguramente valía más que el ingreso que les faltaba.

de que quien supiese leer y escribir tendría el ingreso necesario para votar, el senador Manuel José Irarrázaval, la figura más destacada del Partido Conservador, recordaba a sus colegas que durante la discusión de la ley decenal anterior "algunos de los señores senadores que ahora están presentes [dijeron] que hasta los peones gañanes, hasta el último de los chilenos, podían tener doscientos pesos de renta, y por esa razón se fijó esa suma en Santiago y la de ciento cincuenta en otras provincias"[23].

Muchos de los que se inscribían para votar obtenían sus certificados de calificación sin tener que presentar documento alguno que probase su nivel de ingresos. Los empleados públicos, incluyendo los municipales, aparecían en nóminas de pago estatales, con lo cual su ingreso estaba a la vista de la junta calificadora. Las gobernaciones debían preparar listas de todos los profesionales que viviesen en sus departamentos respectivos, y normalmente se suponía que tenían el ingreso requerido. Los artesanos y pequeños comerciantes figuraban en los libros del tesoro municipal por haber pagado la patente correspondiente a sus talleres o negocios, con lo cual se podía constatar que tenían el capital invertido necesario. Quienes explotaban tierras aparecían en las listas de los diezmeros (el ingreso de la Iglesia era obtenido a partir de la producción agrícola y pecuaria) o, después de 1853, figuraban en las listas de quienes pagaban la así llamada "contribución agrícola", que sustituyó al diezmo —con lo cual se suponía que usufructuaban de la propiedad necesaria[24]. Todas estas listas se encontraban en manos de las autoridades y cualquiera que figurase en ellas podía ser tenido como poseedor de los medios necesarios para cumplir con el censo, presunción fácil de hacer, dados los niveles exigidos[25]. Como muchos de los hombres en estas listas también pertenecían a los contingentes locales de la

---

[23] *Boletín de Sesiones del Senado*, sesión extraordinaria del 28 de septiembre de 1874, p. 54. Irarrázaval da a entender que los niveles de ingreso fueron "fijados" en 1864, pero lo cierto es que simplemente reiteraban los establecidos antes. Es probable que dada la expansión de la economía chilena desde la década de 1840, los niveles de ingreso de los sectores populares hayan aumentado con respecto a lo que eran en 1834, e incluso desde los años en que Gilliss hizo sus observaciones. Ello hace aún más confiable la constatación de los senadores a quienes se refiere Irarrázaval. La inflación recién se convirtió en característica persistente de la economía chilena con posterioridad a la segunda mitad de la década de 1870. La ortografía del apellido de M. J. Irarrázaval varía; conservo la que aparece en los *Boletines de Sesiones del Senado*.

[24] La contribución fiscal o municipal por bienes inmuebles rurales o urbanos se podía calcular a partir de la "renta" que produjesen o a partir de su avalúo. El primer mecanismo ponía el acento en el usufructo más que en la propiedad formal, distinción importante al tratarse de explotaciones agrícolas.

[25] Quien tuviera un "empleo público" podía inscribirse automáticamente, como supuestamente lo habría afirmado en 1839 el presidente de una junta calificadora a *El diablo Denunciante de los Abusos de las Calificaciones*, Santiago, Nº 3, 9 de diciembre de 1839, p. 1.

Guardia Nacional, los comandantes normalmente supervisaban el proceso de lo que resultaría ser, virtualmente, su inscripción electoral automática. Las nóminas de pago y las listas de contribuyentes podían ser adulteradas con fines políticos, omitiendo ciertos nombres o excluyendo o disminuyendo lo que hubiesen pagado; de allí que los simpatizantes conocidos de candidaturas de oposición podían ser excluidos fácilmente del acelerado proceso de inscripción, es decir del que se realizaba sin mostrar pruebas documentales de los propios medios económicos. Las juntas calificadoras también podían cuestionar que alguien que apareciese en una lista de profesionales tuviese el ingreso requerido. El saber leer y escribir, después de 1842, podía ser además un requisito difícil de cumplir al tratarse de los simpatizantes de la oposición que se inscribieran para votar por primera vez, ya que la junta calificadora podía pedirles que leyesen o copiasen algún texto (la ley electoral, por ejemplo); pero para quienes votasen por las listas oficiales bastaba con saber firmar. Dados estos procedimientos, era fácil simplificar la inscripción de unos y aplicar todo el alcance de requisitos legales complejos, aunque sus niveles fueran mínimos, a otros.

En consecuencia, los requisitos censitarios se convertían en un medio para favorecer las candidaturas oficiales auspiciadas por el gobierno. Como éste controlaba o, después de 1869, tenía una fuerte influencia sobre quienes constituían las juntas, sus integrantes generalmente se amoldaban a la estrategia electoral diseñada desde el ministerio del interior. La prueba de alfabetismo podía realizarse sobre la marcha y era relativamente incontrovertible, pero documentar sin lugar a dudas que se tenían los medios económicos necesarios para votar era más difícil. Gilliss cuenta que los terratenientes solían preparar contratos de empleo falsos para que sus dependientes pudiesen inscribirse, práctica a la cual también podían recurrir otros empleadores, contratos que posteriormente eran anulados[26]. Dado que este juego era conocido por todos, era obvio que los miembros de las juntas calificadoras aceptaban la documentación preparada por los empleadores afines a sus predilecciones políticas, pero cuestionaban su validez si era extendida por los adversarios. El hecho de que se aplicase la ley de este modo tan parcial seguramente desalentaba la participación electoral de los

---

Las leyes electorales mismas estipulaban que los individuos que apareciesen en ciertas nóminas de profesionales o listas de pago de sueldos o impuestos eran tenidos como poseedores de los medios económicos exigidos. Véase por ejemplo la ley electoral del 13 de septiembre de 1861, en Anguita, *op. cit.*, Tomo II, arts. 31-37, p. 117). Bastaba presentar "el título de un empleo o cargo", siempre que su "renta [...] corresponda a la que la lei exije" —lo cual prácticamente podía presumirse; art. 33, inciso 1.

[26] Gilliss, *op. cit.*, p. 305.

ciudadanos con criterios más independientes y alentaba proporcionalmente la de quienes —ya sea por su alto grado de politización o porque se hallaban en una situación de dependencia, como el caso de los empleados públicos o de los enrolados en la Guardia Nacional— se inscribían por estar incluidos en una red organizada. Aquel que había sido excluido podía hacer un nuevo esfuerzo para inscribirse regresando con nuevos documentos de prueba, o podía apelar de su exclusión ante las juntas revisoras y, posteriormente, ante los tribunales. Pero todo ello significaba un esfuerzo considerable que, salvo para los más politizados, quizá no valía la pena.

Esta situación convenció a los opositores al gobierno de que los requisitos para la inscripción electoral eran un obstáculo importante para su posibilidad de triunfar en las urnas, aunque el problema no residía en los niveles de ingreso fijados sino que en la complejidad de los mecanismos de prueba, los cuales afectaban en especial a la población rural que no era propietaria ni usufructuaria independiente (es decir, no tenían alguna mediería o un contrato de arriendo) de algún predio, y que podía al menos firmar. Si bien los trabajadores agrícolas en las haciendas contaban con el ingreso requerido, como indicó Irarrázaval en el pasaje arriba citado, solían no tener contratos de trabajo ni eran remunerados principalmente en dinero, ya que recibían especies, alojamiento, goce de tierras para chacras y pastoreo, etc. Así, ¿qué documento probatorio de sus ingresos podían mostrar? El problema era el mismo incluso para los inquilinos que lograban comercializar parte de la producción obtenida de las parcelas de tierra que les eran asignadas.

Los obstáculos para la inscripción electoral de la población agrícola dependiente colocaban al Partido Conservador en una posición particularmente desventajosa. El partido contaba más que nada con el apoyo de las familias terratenientes del valle central, el área más poblada del país antes del acelerado crecimiento de las ciudades, que comenzó después de la guerra del Pacífico, y zona con la mayor presencia eclesiástica. Al formar parte de la coalición gobernante entre 1863 y 1873, obviamente no tenía necesidad de preocuparse por los sesgos que se producían en el electorado mientras subsistiera el sistema de inscripción electoral. Sin embargo, cuando el partido se retiró de la Fusión Liberal-Conservadora, sus parlamentarios —que habían sido elegidos por figurar en las listas oficiales de candidatos[27]— se enfrentaron con la perspectiva de una derrota casi segura en las próximas elecciones. En consecuencia, sumaron sus fuerzas a la de los radicales y los liberales "sueltos" para reformar la ley electoral. Los con-

[27] Como indica el líder conservador Abdón Cifuentes, en 1873 "fuí diputado por Santiago por simple designación del Gobierno". *Op. cit.*, Vol. II, p. 105.

servadores no tenían sino divergencias programáticas con los radicales y los liberales "sueltos", pero compartieron momentáneamente el interés común de minimizar la capacidad del Ejecutivo de hacer triunfar las listas oficiales de candidatos. Como ya se indicó, fue Zorobabel Rodríguez, diputado conservador, quien sugirió la fórmula de exigir sólo saber leer y escribir para dar por cumplidos los requisitos económicos establecidos en la Constitución y poder ser ciudadano elector. Con esta estipulación, la inesperada mayoría parlamentaria que se constituyó para reformar el sistema electoral en los años 1873 y 1874 buscó facilitar la inscripción de quienes apoyaban la oposición al gobierno, eliminando del proceso de inscripción la necesidad de consultar listas de pago o contribuciones, o de presentar certificados probatorios de propiedad, capital invertido, o ingreso. No es improbable que los legisladores reformistas hubiesen optado por eliminar tanto el requisito de saber leer y escribir como los referidos a la situación económica de los electores, pero para hacerlo habrían tenido que reformar la Constitución, cosa que les era imposible. Para ello se necesitaba el voto aprobatorio de dos legislaturas seguidas, y los parlamentarios de la nueva e insólita oposición del momento no podían contar con el hecho de ser reelegidos para formar nuevamente la mayoría necesaria en la legislatura siguiente para aprobar las reformas a la Constitución. Por lo tanto, tratar de cambiar el artículo 8 de la ley básica equivalía al suicidio político, dadas las prácticas electorales del momento. El ingenioso cambio contenido en la presunción de derecho era lo que más podían lograr los reformadores dadas las circunstancias, pero se mantuvo el requisito de saber leer y escribir en la legislación electoral chilena. Solamente fue suprimido en 1970.

La ley electoral de 1874 tuvo un impacto importante en el tamaño del electorado. El número de los inscritos se duplicó para la elección siguiente (de 49.047 en 1873 a 106.194 en 1876) y triplicó para la subsiguiente (148.737 en 1879), aumentando en proporciones mayores el número de votos emitidos (de 25.981 a 80.346 y a 104.041 en las elecciones de diputados de esos mismos años)[28]. Y tal como cabía esperar, el número de electores que provenían de la agricultura aumentó marcadamente. Esto puede constatarse en el Cuadro Nº 1, que muestra la distribución ocupacional de los inscritos en 1872 y 1878, tanto a nivel nacional como en Rancagua, provincia altamente rural, donde era fuerte el Partido Conservador.

---

[28] Valenzuela, *op. cit.*, p. 150.

CUADRO N° 1 EL ELECTORADO NACIONAL Y DE RANCAGUA POR GRUPOS OCUPACIONALES EN 1872 Y 1878
(En porcentajes)

	Electorado nacional		Electorado de Rancagua	
Grupos ocupacionales	1872	1878	1872	1878
Propietarios y capitalistas	12,8	3,0	9,6	0,1
Profesionales, comerciantes y otros estratos medios	17,2	13,5	11,3	8,1
Empleados públicos y privados	11,4	7,8	7,5	2,0
Agricultores	34,0	47,7	52,7	67,6
Artesanos y trabajadores especializados	20,4	21,7	18,0	20,4
Mineros	3,9	4,6	0,9	1,5
Oficios varios y pescadores	0,3	1,7	0,0	0,3
Total	100%	100%	100%	100%
Número total	49.047	148.737	1.480	7.722

Fuente: Chile, Anuario Estadístico (Santiago, 1873), Vol. 13, pp. 520-521 y (Santiago, 1879), Vol. 20, pp. 310-311. Cifras más completas y un listado detallado de todas las ocupaciones en cada categoría aparecen en J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: Ediciones del IDES, 1985), pp. 118-119. Los pequeños errores en los porcentajes han sido corregidos.

Los agricultores fueron el único grupo ocupacional que aumentó significativamente no sólo en términos absolutos (de 16.698 a 70.966 a nivel nacional entre 1872 y 1878) sino que también como proporción del electorado total, con lo cual pasaron a ser casi la mitad de los inscritos en todo el país. En Rancagua los agricultores aumentaron a poco más de dos tercios del electorado del distrito, hecho que revela el esfuerzo de movilización electoral de los terratenientes, entre quienes había un número importante de conservadores. Este esfuerzo ya se había iniciado alrededor de 1872, porque sólo nueve años antes, en 1863, a pesar del perfil predominantemente rural y agrícola del distrito, apenas el 19,2% de su electorado (218 de 1.137 individuos) constaba en los registros como ocupado en la agricultura[29]. Cabe destacar que el grupo de los "propietarios y capitalistas" es el único que disminuyó en términos absolutos, tanto a nivel nacional (de 6.258 a 4.422) como en Rancagua (de 142 a 11). En 1878 debió acentuarse la tendencia a clasificarlos como profesionales o como agricultores.

[29] Valenzuela, *op. cit.*, p. 119.

La selección de los candidatos

Las candidaturas presidenciales

Durante el período analizado aquí todos los presidentes fueron seleccionados por sus antecesores y elegidos con el apoyo oficial, aunque invariablemente surgían uno o más candidatos de oposición. La elección presidencial era indirecta. Las campañas presidenciales presentaban en cada departamento listas de candidatos comprometidos a apoyarlas, y la ciudadanía votaba por ellas el 25 de junio del año electoral correspondiente. Los ganadores se reunían el 25 de julio en las capitales de cada provincia y votaban por el candidato presidencial con cédulas que se depositaban en una urna. Como la elección de los electores de presidente se hacía con el sistema de lista completa, la lista triunfante en cada departamento elegía a todos sus representantes ante el colegio electoral, de modo que los candidatos de oposición solamente obtenían un puñado de votos en el colegio, ya que las listas oficiales de electores ganaban en la grandísima mayoría de los departamentos.

A pesar del poder que tenían los presidentes salientes para nombrar a sus sucesores, esto no significaba que pudiesen elegir simplemente a cualquiera para sucederles en el cargo. Debían escoger a alguien que fuese generalmente aceptable para los partidos que los apoyaban, o para sus detractores, de ser éstos más fuertes, como aconteció con la elección de José Joaquín Pérez en 1861. Manuel Montt lo nombró como su sucesor en vez de a su amigo y colaborador Antonio Varas, ya que la guerra civil de 1859 se debió en parte a la suposición de que este último se preparaba para asumir la presidencia. A pesar de que Montt derrotó la insurrección, decidió que no podía imponer a Varas frente a la resistencia de los liberales, conservadores y radicales, los tres partidos que habían surgido en oposición a su gobierno. Pérez no producía el mismo rechazo, y éste, al decidir formar en 1863 su gobierno con el apoyo de liberales y conservadores, dejó a los montt-varistas o nacionales en la oposición junto con los radicales.

Durante el decenio de Pérez, los partidos se desarrollaron y tuvieron una participación más importante en la ratificación del candidato presidencial propuesto por el presidente saliente. El propio sistema de elección indirecta tuvo el efecto de contribuir a afianzar el rol de los partidos en el proceso, ya que era necesario generar una lista de nombres que respaldaran al candidato en cada departamento de norte a sur del país, para que se presentasen a la elección del colegio electoral, el cual era integrado por casi trescientos individuos. Éstos tenían que ser confiables, ya que si bien se comprometían a apoyar al candidato en el colegio electoral, podían, llegado

el momento, votar como quisiesen. Por ello, era preferible constituir las listas apoyándose en una red partidaria de líderes políticos que cubriese todo el territorio. Es más, para asegurar el triunfo en las elecciones se debía contar con individuos que estuviesen dispuestos a colaborar con los partidos en todas las tareas que éstas demandaban. En consecuencia, el desarrollo de redes partidarias, con militantes y líderes políticos locales de nivel medio y bajo, comienza a tener lugar *cuando se constituyeron en forma clara los partidos a mediados del siglo decimonónico.* Los líderes políticos nacionales tenían que preocuparse de tener vínculos con dirigentes locales, por lo cual no podían ignorar sus sentimientos y demandas. Naturalmente, los partidos de gobierno tenían la ventaja de poder ofrecer cargos en la administración pública y apoyo oficial a quienes quisieran presentarse de candidatos en las elecciones municipales, de modo que sus redes de vínculos partidarios incluían a muchos individuos que ocupaban cargos estatales. Dada la importancia de motivar a todas estas personas para que trabajasen en favor del candidato presidencial propuesto por el presidente saliente, y dada la necesidad de hacer alianzas de partidos para ganar las elecciones presidenciales en el nuevo contexto de un sistema partidario con cuatro tiendas principales (conservadores, liberales, nacionales y radicales), se hizo de rigor convocar a convenciones con delegados de todo el país para proclamar los candidatos a la presidencia. El primer candidato presidencial designado por el presidente saliente, posteriormente nominado en una convención multitudinaria, fue Aníbal Pinto en 1876, quien recibió el apoyo de liberales y radicales. Ese mismo año, una convención con la participación de unas mil personas proclamó a Benjamín Vicuña Mackenna como candidato, con el apoyo inicial de conservadores y algunos nacionales, además de su propio partido, aunque su campaña llamó finalmente a la abstención[30]. Después de la guerra civil de 1891 la designación de los candidatos presidenciales quedó plenamente en manos de los partidos y de sus convenciones y no del presidente saliente.

[30] Vicuña creó el llamado Partido Liberal Democrático como vehículo para su campaña. Sin embargo, después de realizadas las elecciones parlamentarias en marzo de 1876, surgieron desacuerdos entre él y los conservadores, y Vicuña terminó retirando su candidatura antes de la elección en el colegio electoral presidencial de fines de junio de ese año. Un relato de los pormenores de esta campaña con documentos de la época puede consultarse en Benjamín Vicuña Mackenna, *El Partido Liberal Democrático (Su origen, sus propósitos, sus deberes)* (Santiago: Imprenta Franklin, 1876). El hecho de que en la convención participaran mil personas aparece en la p. XX, entre otras, y la cifra bien puede ser exagerada. La oposición ya había recurrido en 1871 al expediente de proclamar al candidato presidencial en una convención. Éste fue José Tomás Urmeneta, identificado principalmente con el Partido Nacional, pero a dicha reunión sólo asistieron aproximadamente setenta destacados dirigentes políticos. Para una lista de sus nombres véase Martín Palma, *Los candidatos* (Santiago: Imprenta del Mercurio, 1871), pp. 98-99.

La selección de los candidatos municipales y parlamentarios

Los ministros del interior, con la colaboración de los intendentes, decidían los nombres que integrarían las listas oficiales de candidatos para los cargos de elección popular en todo el país. Dada esta práctica, quienes desempeñaban esa cartera hacia fines de un período presidencial eran vistos como probables favoritos del presidente saliente para su propia postulación al sillón de O'Higgins. Después de todo, se trataba nada menos que de seleccionar a quienes ocuparían puestos de poder legislativo y municipal a comienzos del próximo gobierno.

A pesar de que las autoridades tenían muchos recursos para hacer triunfar las listas oficiales de candidatos, el ministro del interior no podía confeccionar las listas a su pleno antojo. Había ciertas personalidades respetadas por su capacidad intelectual, su riqueza o la prominencia de sus familias, como José Victorino Lastarria o Manuel José Irarrázaval, que aunque fuesen contrarias al gobierno no era posible ignorarlas al componer las listas oficiales para la Cámara Baja o el Senado. Además, había que asegurarse que los candidatos que figurasen en las listas oficiales fuesen acogidos favorablemente por una buena mayoría de los más prominentes de sus respectivos distritos (personas que, aunque "locales", muchas veces vivían, en especial durante los meses de invierno, en Santiago). Cualquier intento de colocar en las listas oficiales a candidatos que fuesen rechazados por personas prominentes de la localidad corría el riesgo de impulsar la creación de listas de oposición, las que tendrían ciertas posibilidades de ganar. Los líderes de oposición aprovechaban estos desencuentros, ya que se presentaban sólo en aquellos distritos donde las candidaturas oficiales no se avenían bien con la opinión más influyente y supuestamente mayoritaria. El esfuerzo electoral del gobierno y de la oposición era juzgado sólo en aquellos distritos en que la oposición se presentaba a la competencia electoral; si las listas oficiales eran derrotadas en un número considerable de esos distritos por un esfuerzo coordinado de oposición (en vez de por varias candidaturas locales independientes unas de otras), el ministro que compuso las listas oficiales era tenido por "perdedor" de la elección. El presidente Bulnes, por ejemplo, destituyó a su ministro del interior Manuel Camilo Vial, después que la oposición ganó en cuatro de los cinco distritos en que presentó candidaturas coordinadas para la Cámara de Diputados en las elecciones de 1849[31].

[31] Para una descripción de esas elecciones, véase Barros Arana, *op. cit.*, Vol. II, pp. 277-285.

Apelando a procedimientos claramente burdos y fraudulentos, los ministros del interior podían imponer las listas oficiales en contra de la opinión local. Sin embargo, el malestar y la indisposición que se generaban entre las personas más ricas e influyentes en las respectivas localidades, especialmente cuando éstas pertenecían a familias realmente prominentes, podían tener consecuencias muy negativas para el futuro accionar del gobierno. Dada la escasez de los recursos fiscales, antes de la expansión salitrera, para hacer frente a las innumerables necesidades del país, el gobierno debía apelar constantemente a la generosidad de personas adineradas, incluyendo a muchas mujeres, para realizar proyectos de mejoramiento de toda índole[32]. La distinción entre la iniciativa pública y la privada era muy difusa, y la desaprobación por parte de las figuras prominentes a nivel local podía influir negativamente en sus contribuciones a la construcción de caminos, escuelas, iglesias, hospitales y otras obras o su equipamiento. En consecuencia, los ministros del interior normalmente confeccionaban las listas oficiales de candidatos después de realizar consultas, sondeos o negociaciones con las personas más influyentes de cada distrito, proceso que era de más cuidado cuando se trataba de quienes tuviesen más dinero y conexiones sociales y políticas.

En sus memorias, el líder conservador Abdón Cifuentes entrega un ejemplo de las negociaciones entre autoridades del gobierno y las grandes figuras de un distrito para confeccionar la lista oficial de candidatos al Parlamento. Cifuentes se refiere a Rancagua en 1867, departamento en el cual había un grupo importante de terratenientes conservadores. Liberales y conservadores formaban entonces parte de la coalición de gobierno, pero los conservadores se sentían con el mayor derecho de nombrar a los cinco diputados de Rancagua, dada su raigambre en la zona. Por lo tanto, los dueños de fundos, convertidos según el autor en "grandes electores", tomaron la iniciativa de confeccionar la lista de los candidatos que debían incluirse en la lista oficial, llevándola posteriormente a Santiago, "para obtener la usada venia"[33]. El ministro del interior objetó la inclusión de Cifuentes en la lista, aunque terminó aceptándolo a regañadientes al verse enfrentado a la insistencia de sus interlocutores, conducidos por Juan de Dios Correa. Sin embargo, acto seguido le ordenó al gobernador hacer todo lo posible para evitar la victoria de Cifuentes. Esto no funcionó, ya que el

[32] Un ejemplo de los esfuerzos de un intendente para solicitar la asistencia monetaria de personas adineradas para construir ferrovías y caminos puede consultarse en *Memoria que el intendente de Coquimbo presenta al señor ministro del interior dando cuenta de todos los ramos de la administración de la provincia de su mando* (La Serena: Imprenta del Comercio, 1855), pp. 31-35.

[33] Cifuentes, *op. cit.*, Vol. I, p. 149.

gobernador, siendo también conservador, no sólo no aceptó la orden, sino que decidió denunciarla públicamente y el presidente Pérez, al verse enfrentado a las airadas protestas de los conservadores de Rancagua, intervino personalmente en favor de Cifuentes. Por cierto, los "grandes electores" en este caso podían darse mayores atribuciones que los de otros departamentos, no sólo por la casi unanimidad política que tenían entre sí, sino que también porque eran individuos que, dada su riqueza y rango social, formaban parte de los círculos más elevados de la sociedad chilena.

Dadas estas circunstancias, las listas oficiales solían ser en fin de cuentas mucho más heterogéneas que lo que parecería a primera vista, especialmente hasta antes que se exacerbaran los conflictos entre la Iglesia y el Estado a comienzos de la década de los ochenta. Así, con bastante frecuencia se elegían personas que posteriormente tendían a adoptar criterios independientes del gobierno en el Congreso y en las municipalidades. Por la misma razón, la línea divisoria entre las bancadas de mayoría y de minoría no era tan clara y tajante como podría suponerse. Y si bien los opositores más insistentes corrían el riesgo de ser excluidos de las listas oficiales para la elección siguiente, de todas maneras tenían un período fijo en sus funciones, ya que el gobierno no podía recurrir a la disolución del Congreso ni de los gobiernos municipales para llamar a nuevas elecciones.

Los ministros del interior tenían mayor espacio de maniobra al confeccionar las listas oficiales de los distritos más pobres, cuyas personalidades más influyentes no tenían rango nacional. En dichos casos, el ministro podía ofrecer algún cargo anhelado en la administración pública local, o un cupo en las listas oficiales para los consejos municipales o para el colegio electoral presidencial o senatorial (esto último, antes que se aboliera la elección indirecta de los senadores en 1874). Con ello trataba de conseguir la ayuda de estas personas —y la de sus familias— para hacer triunfar las listas oficiales. La información relativa a quién debía ser nombrado en cuál cargo, normalmente era suministrada por los agentes electorales del ministro, es decir los representantes locales del gobierno o, si éstos no eran confiables, sus amigos personales y políticos. Por ejemplo, en la siguiente carta un intendente solicitó al ministro del interior Antonio Varas darle un cargo en la tesorería provincial de Valdivia a cierta persona, ya que ello "nos traerá infinitas ventajas, atrayendo hacia nosotros toda la influencia de esta familia, que es la más importante de esta provincia, pues sólo en esta municipalidad tiene un hermano y un hijo político, que es don Juan Angel Acharán, personaje de mucho valer, que pertenece a la oposición y que su suegro se compromete solemnemente a hacerlo trabajar en nuestro favor". Sin embargo, la carta también solicitaba al ministro hacer el nombramiento

en forma provisoria, "a fin de que esta circunstancia me sirva de brida para manejarlo según convenga a nuestros propósitos"[34]. El último comentario muestra que dichas designaciones no surtían sus efectos en forma automática y que también podía haber un tira y afloja entre el gobierno y estas personalidades locales. De todas formas, recurriendo a estas tácticas en los distritos más pobres, los ministros del interior podían generar listas oficiales de candidatos a parlamentarios designando incluso a gente desconocida en la región que representarían.

A pesar de que la influencia gubernamental en favor de las listas oficiales era muy fuerte, hubo, como se indicó arriba, candidaturas de oposición en todas las elecciones parlamentarias durante el período analizado aquí. El Cuadro Nº 2, que se refiere a las elecciones de diputados, muestra en forma sumaria el número y porcentaje de las circunscripciones electorales o distritos en que surgió al menos algún grado de competencia electoral, el número de los candidatos de oposición que fueron electos y el número de distritos donde la diferencia del total de votos entre los candidatos ganadores y los perdedores fue de menos de 15%.

El Cuadro Nº 2 indica que aparecieron candidaturas de oposición en la mitad o más de la mitad de todos las circunscripciones electorales en seis de las dieciocho elecciones de las cuales se tiene información. Si se cuentan las elecciones en que hubo opositores en un cuarto o más de los distritos, este número se eleva a catorce (incluida la elección de 1849) de las dieciocho. Dadas las circunstancias, éstos son números considerables. En cuatro elecciones hubo menos de un quinto de distritos con candidaturas de oposición, ya sea porque hubo mucha intimidación a los opositores por parte del gobierno (como en 1852 y 1855), o porque las listas oficiales de candidatos dieron cabida a un espectro muy amplio de candidaturas (como en 1861), o porque se produjo una tregua política generada por el comienzo de la guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia (1879). Cabe destacar que el número de candidaturas de oposición fue bastante alto en las primeras cinco elecciones de la serie, a pesar de lo reciente de la guerra civil de 1829-1830. Las elecciones de 1870 dieron como resultado el número más alto de triunfos opositores (llegando a 40 de los 99 escaños de diputados elegidos por los 49 distritos), pero este resultado es más aparente que real, porque muchos liberales fueron elegidos como "opositores" aunque contaban con las sim-

[34] Miguel Varas Velásquez, *Correspondencia de don Antonio Varas sobre la candidatura presidencial de don Manuel Montt* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1921), pp. 244-245. En este caso, la correspondencia se refiere a la campaña presidencial de Manuel Montt. El intendente informó más adelante a Varas que la victoria estaba asegurada, con lo cual el nombramiento había tenido probablemente el efecto deseado.

CUADRO N° 2 COMPETENCIA ELECTORAL EN LAS ELECCIONES DE DIPUTADOS, 1831-1888

Año	Distritos que eligieron uno o más diputados[a]	Nº y % de distritos con competencia electoral[b]	Escaños que ganaron opositores	Distritos con votaciones reñidas[b]
1831	32	22 (69)	4	4
1834	37	18 (49)	0	2
1837	36	16 (44)	0	2
1840	38	31 (82)	9	5
1843	38	19 (50)	?	1
1846	38	? ?	?	?
1849	38	9 (24)	4	0
1852	39	4 (10)	?	2
1855	40	3 (7)	0	?
1858	43	11 (26)	15	5
1861	42	5 (12)	?	1
1864	43	29 (67)	14	11
1867	51	14 (27)	6	3
1870	49	13 (27)	40	3
1873	51	35 (69)	?	6
1876	55	24 (44)	37/28 [c]	12
1879	54	7 (13)	?	1
1882	55	14 (25)	?	1
1885	63	44 (70)	4	2
1888	69	? ?	14	?

[a] En un número reducido de casos las cifras no corresponden al número total de distritos, porque falta información de algunas elecciones. Algunos distritos elegían a un diputado, la mayoría a dos, y unos pocos entre tres y diez (esto último ocurría en Santiago).

[b] Los distritos con competencia electoral son aquellos en que hubo más candidatos que vacantes por llenar, aun cuando los candidatos perdedores obtuvieran solamente un voto. Las votaciones reñidas son aquellas en que la diferencia entre el candidato que ganó un escaño con el menor número de votos y el candidato perdedor con el mayor número de votos es de menos del 15% de la votación total. Se incluyeron distritos en que se dio este último resultado entre candidaturas que competían por un cargo parlamentario como suplentes.

[c] Ese año también fueron elegidos 28 “independientes”.

Fuente: Calculado a partir de cifras e información en Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1992), capítulos 3 y 4.

patías de los liberales de gobierno, quienes participaban de una tensionada alianza de gobierno con los conservadores. Las elecciones de 1876 se destacan, por tanto, como aquellas en que fue elegido el mayor número de opositores según la información recopilada por Urzúa Valenzuela, especialmente considerando que también triunfaron 28 "independientes"[35]. La elección de ese año exhibe asimismo el mayor número de circunscripciones con resultados reñidos. Fue además la primera en celebrarse después de la extensión del sufragio producida por la reforma electoral de noviembre de 1874 y, a pesar de las reclamaciones de los opositores[36], parece haber sido la elección parlamentaria más genuina del período.

La organización de las campañas electorales

Además de tomar medidas para inscribir a sus electores y para asegurarse de que realmente votasen, las campañas electorales también debían presentar a los candidatos en manifestaciones y hacerlos participar en discusiones públicas de las materias más apremiantes. Ya en los años cuarenta del siglo pasado hubo un significativo debate político al margen de las cámaras del Congreso. Las tertulias casi cotidianas en la época, generalmente organizadas por mujeres, además de a sus fines artísticos y literarios se abocaban a discusiones políticas, en especial durante las campañas electorales[37]. Los partidarios de una u otra lista electoral intentaban articular en panfletos y artículos de prensa todas las razones por las cuales los votantes deberían apoyarla. Los diarios principales se abanderizaban aun más que lo usual en una prensa muy alineada políticamente, y otros de vida efímera, pues se editaban menos de una docena de números, surgían para argumentar en favor o en contra de determinados candidatos. Durante la campaña presidencial de 1846, por ejemplo, Manuel Bulnes, que se presentó a la

[35] Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 239. Ese año fueron elegidos 108 diputados, que dejaron al gobierno con una minoría de sólo 43 diputados comprometidos con él.

[36] Véanse Vicuña Mackenna, *op. cit.*, capítulos III-IX, y Cifuentes, *op. cit.*, Vol. II, pp. 121-129. No es extraño que elecciones relativamente abiertas sean las que lleven a algunas de las reclamaciones más estridentes que se pueden encontrar en los textos del siglo XIX, ya que las expectativas de la oposición en cuanto a su normalidad y su resultado fueron mucho más altas.

[37] Véase Gilliss, *op. cit.*, pp. 144-145, para una descripción de las tertulias como instituciones sociales, incluyendo el papel de las mujeres en ellas, y p. 305 para una referencia a su función política durante las campañas electorales.

reelección, fue apoyado en Santiago y Valparaíso por *El Araucano*, *El Mercurio*, *El Progreso*, *El Orden*, *El Artesano del Orden*, *El Rayo*, *El Industrial*, *El Cívico de Valparaíso* y *El Mensajero*, mientras que su contrincante fue defendido por *El Artesano Opositor*, *El Guardia Nacional*, *El Voto Libre*, *El Artesano de Valparaíso*, *El Diario de Santiago*, *El Duende* y *El Pueblo*[38].

Tal como indican estos títulos, algunos de los periódicos estaban dirigidos específicamente al lector artesano[39]. Ello no es sorprendente. Puesto que el oficialismo apelaba al voto de los guardias nacionales, los sectores artesanal, trabajador y de clase media baja, que formaron la mayoría de las tropas cívicas, fueron un importante foco de atención durante las campañas electorales. Los opositores al gobierno intentaron reclutar artesanos para su causa voceando temas populistas y poniendo énfasis en la necesidad de una mayor igualdad social[40]. Ello explica una de las características notables del siglo decimonónico chileno, es decir, el temprano desarrollo de círculos políticos y culturales formados por grupos opositores para intentar captar el apoyo de sectores urbanos populares. Al parecer, los primeros clubes de esta naturaleza habrían sido formados en 1845, incluyendo uno llamado Sociedad Demócrata, y otro llamado Sociedad Caupolicán[41]. El propósito, señala Amunátegui Solar, fue "incorporar en sus filas a miembros distingui-

---

[38] Esta lista fue obtenida de *El Cívico de Valparaíso. Periódico popular dedicado a los artesanos*, Valparaíso, Nº 2, 15 de marzo de 1846, p. 1. Los tres primeros diarios de la lista publicaban ediciones diarias y tenían circulación nacional.

[39] Algunos, como *El Cívico de Valparaíso*, creado para apoyar la campaña presidencial de Bulnes, incluso circularon en forma gratuita.

[40] *El Cívico de Valparaíso*, Nº 4, 25 de marzo de 1846, p. 1, denunció airadamente el uso de estos temas por la oposición y condenó una manifestación de artesanos en Santiago, el 8 de marzo de 1846, que condujo a actos de violencia. *El Pueblo*, periódico opositor publicado en Santiago, al parecer fue uno de los más extremos en su lenguaje. Presentaba "las ideas más subversivas", según Amunátegui y Amunátegui, y parece haber tenido lazos con los organizadores de la manifestación del 8 de marzo de 1846; Miguel Luis Amunátegui y Gregorio Víctor Amunátegui, *D. José Joaquín Vallejo* (Santiago: Imprenta de la República, 1866), p. 126.

Exiliado en Perú por organizar la campaña contra el gobierno en las elecciones de 1846, Pedro Félix Vicuña, líder liberal de Valparaíso, escribió que la oposición intentó captar el apoyo de las milicias, ya que era la fuente más importante de votos para las candidaturas oficiales. Según Vicuña, su partido fue bastante exitoso en este intento, de modo que el gobierno debió recurrir al cohecho y a una fuerte represión para ganar. Pedro Félix Vicuña, *Vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones populares de 1846* (Lima: Imprenta del Comercio, 1846), pp. 40-41, 52.

[41] *El Guardia Nacional*, Santiago, Nº 1, 6 de febrero de 1846, p. 1, menciona la formación a fines de 1845 de la Sociedad Demócrata para jóvenes, conjuntamente con "dos o tres sociedades de artesanos". Domingo Amunátegui Solar, *Historia social de Chile* (Santiago, 1932), p. 93, menciona a la Sociedad Caupolicán. Según Amunátegui y Amunátegui, el periódico *El Pueblo* (citado en la nota anterior) también estaba relacionado con "varios clubes de gente de la última clase que la oposición había organizado", p. 126.

dos de las clases trabajadoras, no sólo para conseguir sus votos en las elecciones sino también para aprovechar su influencia sobre los soldados de la Guardia Nacional, que proporcionaban al gobierno una gran fuerza en las urnas"[42]. La Sociedad de la Igualdad, creada en abril de 1850, llegó a ser el más notable de estos clubes. Si bien la mayoría de los líderes políticos de la oposición, que entonces pertenecían al Club de la Reforma, mantuvieron sus distancias de la Sociedad de la Igualdad después que ésta adquiriera lo que, para ellos, era una dirección excesivamente contestataria bajo la inspiración de Santiago Arcos y Francisco Bilbao, de todas formas protestaron enérgicamente contra el gobierno de Manuel Montt cuando éste forzó su disolución. Los gobiernos de la época a su vez también auspiciaron la formación de clubes para artesanos. Tal fue, por ejemplo, el propósito de la Sociedad de Artesanos de Valparaíso, creada en marzo de 1846 como parte de la campaña presidencial de Bulnes[43]. Esto muestra, nuevamente, que la politización de los sectores populares organizados comenzó tempranamente en la historia republicana de Chile.

El aumento del electorado en la década de 1870 estuvo asociado con un nuevo desarrollo en la forma de hacer las campañas. Como ya indiqué, los dos candidatos presidenciales en 1876, Aníbal Pinto y Benjamín Vicuña Mackenna, fueron nominados en convenciones políticas en las que participaron representantes de todo el país. Las principales ciudades y poblados de la región central ya estaban conectados por el ferrocarril y ambos candidatos viajaron en trenes, iniciando así la práctica que posteriormente fue de rigor en las giras electorales. La campaña de Vicuña Mackenna, que, como ya se dijo, contó inicialmente con el apoyo del Partido Conservador, fue especialmente notable por sus grandes manifestaciones y su tono populista. Francisco Encina indica que la manifestación para recibir al candidato en Talca fue organizada por "los conservadores y otros potentados departamentales, [quienes] también convertidos en jefes de la guerra contra la

---

[42] Amunátegui Solar, *op. cit.*, p. 93. *El Guardia Nacional*, ibídem, también señala que las "sociedades de artesanos [...] tienen el propósito de preparar el espíritu público para las elecciones". Debiera agregarse que el gobierno y sus opositores también veían en la guardia la fuerza militar que podía ser un activo estratégico si las disputas políticas llevaban a un conflicto armado.

[43] Véase *El Cívico de Valparaíso*, Nº 3, 22 de marzo de 1846, p. 1. El club parece haberse llamado inicialmente Sociedad de Orden Compuesta de los Artesanos de Valparaíso. Vicuña, *Vindicación de los principios e ideas*, afirmó parentéticamente que la Sociedad de Orden sólo pretendía apoyar al gobierno; de hecho, su "ruina creía consumar por otro camino", p. 46. Sin embargo, no ofrece mayores explicaciones respecto a esta supuesta inclinación antigubernamental de dicha sociedad.

Los conservadores, con las Sociedades Josefinas de Obreros y los Círculos Católicos de Obreros, también intentaron, años más tarde, fortalecer su apoyo político entre los trabajadores mediante la creación de círculos culturales y sociales. Abdón Cifuentes, *Memorias*, *op. cit*., menciona reiteradamente a esos grupos, Vol. 2, pp. 149-154; 189-192; 239; 244; 249-251.

oligarquía [...] prepararon una grandiosa recepción. Entre ocho mil y diez mil ciudadanos recibieron al candidato en la estación y lo pasearon en triunfo por la ciudad. [...] Los obreros organizaron una manifestación aparte [...]. Al banquete de 400 cubiertos, que se le dio en la noche, asistió la mayoría de la alta aristocracia talquina"[44]. Tanto Pinto como Vicuña Mackenna hicieron discursos en favor de los postulantes al Parlamento y a las municipalidades que pertenecían a los partidos que apoyaban sus candidaturas.

Durante el curso de las campañas, los ministros del interior recibían regularmente informes de sus agentes electorales a fin de evaluar la opinión local y adoptar las medidas correctivas necesarias para asegurar la victoria. Como indicó confidencialmente uno de los corresponsales del ministro Varas, "si llegase a haber una oposición, mil medios tenemos para hacerla fracasar"[45]. Sin embargo, en ocasiones un informe pesimista presagiaba el triunfo de la lista opositora: "es preciso que le hable a usted con toda confianza —comenzaba una carta enviada al ministro—, le aseguro a Ud. que tendrá muchos escollos que vencer para obtener el triunfo, y cualquier cosa que se diga en contrario será por hombres apasionados, sin prestigio [...]"[46].

En este caso, las posibilidades de los candidatos oficiales debieron ser realmente mínimas, pues los agentes electorales oficiales contaban con un gran arsenal de tácticas.

La votación

La votación se realizaba por dos días seguidos durante seis horas diarias. Las mesas eran instaladas al aire libre en plazas o calles anchas (seguramente con algún tipo de protección de la lluvia, siempre posible en el Sur). Los funcionarios a cargo de los procedimientos eran designados al azar entre individuos propuestos por las autoridades municipales y, en consecuencia, compartían casi siempre su misma posición política, siendo ésta normalmente la del gobierno nacional. Sin embargo, se debía permitir a los representantes de todos los candidatos, incluidos los de oposición, observar la votación y el recuento de los sufragios después del cierre de las mesas. Los votos eran contados al cerrarse las urnas el primer día y no se esperaba para hacerlo sólo el segundo día, de modo que los candidatos podían eva-

[44] Francisco Encina, *op. cit.,* Vol. XV, p. 505.
[45] Varas, *op. cit.,* p. 264.
[46] Varas, *op. cit.,* p. 195.

luar a medio camino sus posibilidades de ganar sobre la base del resultado parcial.

A diferencia de las elecciones decimonónicas argentinas, en que los ciudadanos debían anunciar abiertamente sus preferencias, en Chile las leyes electorales establecieron desde un comienzo el "voto secreto"[47], y la legislación pertinente nunca varió del principio de que debía emitirse el voto sin revelar su contenido. Las violaciones a este principio fueron frecuentes en las prácticas electorales del siglo XIX, pero aun así eran consideradas inapropiadas y reprobables, como lo atestiguan los incontables debates parlamentarios y artículos periodísticos de la época.

El proceso de la votación descrito en las leyes era sencillo. Los electores debían presentar su certificado de calificación en la mesa que les correspondía, el cual se cotejaba con la inscripción en el registro[48]. Luego el elector debía entregarle su voto al presidente de la mesa, quien junto con asegurarse de que no hubiera más que uno, debía depositarlo en la urna "en presencia del que lo emite"[49]. Esto significaba que el elector debía llegar a la mesa con una papeleta de color blanco, debidamente doblada para no revelar su contenido, en la que indicaba claramente su preferencia, aunque fuera con errores de ortografía. Los testimonios de la época confirman que éste era el procedimiento que se seguía. Refiriéndose a una elección que observó en Copiapó en 1840, Ignacio Domeyko notó que "el elector presenta al presidente de la mesa la papeleta secreta enrollada, en la que inscribió los candidatos o el candidato por quien vota; el presidente la introduce —enrollada, tal y como la recibió— a la vista del público dentro de la llamada urna [...]"[50]. Después de votar, el certificado de calificación volvía a manos de su titular con una nota manuscrita al reverso que indicaba que éste ya había votado en la elección que fuere (municipal, de diputados, senadores o presidencial), a la cual se agregaban las firmas de los miembros de la mesa receptora. Esta indicación debía prevenir que los electores votasen más de una vez.

Cabe observar que fue sólo a partir de las reformas electorales de 1890 que se hizo más compleja lo que podría llamarse la coreografía de la votación, ya que comenzó la práctica del llamado "pupitre", posteriormente

---

[47] Para un análisis de las leyes electorales más antiguas promulgadas en Chile, véase Juan B. Hernández E., "Las primeras leyes electorales chilenas", *Revista de Historia y Geografía*, Vol. XI, Nº 38 (segundo trimestre de 1921).

[48] Los certificados de calificación fueron abolidos por las reformas electorales de 1888.

[49] La frase es empleada en varias leyes electorales de la época. Ver, por ejemplo, el artículo 83 de la ley electoral de 1861; Anguita, *op. cit.*, tomo II, p. 120.

[50] Domeyko, *op. cit.*, Vol. 1, p. 412.

designado "cámara secreta". Después de identificarse y de recibir un sobre de manos del presidente de la mesa, los electores debían retirarse al pupitre —un mesón alto en un área reservada dentro del recinto en que funcionaban las mesas electorales, las que ya no debían instalarse al aire libre—, mesón en el cual debían estar disponibles los votos, que eran papeletas idénticas que tenían impresos los nombres de los candidatos. Los electores podían marcar allí su voto si no lo traían consigo previamente marcado, y debían ponerlo en el sobre proporcionado por la mesa antes de retornar a ella, en un lapso máximo de un minuto, para depositarlo personalmente en la urna[51]. Ésta y otras medidas contenidas en la ley electoral de 1890 llevaron a Cifuentes a afirmar que "introdujo la novedad del voto secreto, para asegurar la independencia o libertad del elector"[52]. Huelga decir que los sobres eran suministrados por el Estado y que debían ser todos iguales, con lo cual se trataba de corregir el problema de las variaciones del color blanco y de dobleces en las papeletas de voto que se presentaba anteriormente. No cabe duda de que los cambios efectuados en esta ley, previa a la guerra civil de 1891, fueron trascendentales, pero la noción del voto secreto, como ya indiqué, existió desde siempre en el Chile republicano.

Si los procedimientos que debían seguirse en las votaciones previas a la ley electoral de 1890 se hubiesen implementado correctamente y de buena fe, los parlamentarios opuestos a Balmaceda ese año seguramente no habrían sentido la necesidad de hacer cambios tan drásticos en la coreografía de la votación para resguardar la expresión de las preferencias de los electores. Sin embargo, no fue así. Hubo tantos abusos durante la votación misma que las elecciones tuvieron un grado significativo, pero difícil de medir, de fraude, magnificando las distorsiones que ya se producían en el proceso de inscripción electoral.

Así, después que las personas enroladas en la Guardia Nacional se inscribían, no pocos comandantes, en forma rutinaria, "recogían las calificaciones para evitar, decían, que se perdieran", como apunta Barros Arana[53]. Esta práctica era tan difundida que el diario pro gobiernista *El Artesano* la

---

[51] Véanse los artículos 48-55 de la ley electoral de 28 de agosto de 1890, en Anguita, *op. cit.*, tomo III, pp. 127-129.

[52] Cifuentes, *op. cit.,* Vol. II, p. 288. La "novedad" estaba en la práctica, no en el derecho. Cifuentes añade que "los partidos [no los agentes del gobierno] han inventado muchos ardides para burlar el secreto y poder comprar votos, de modo que no se ha conseguido aún asegurar el secreto de manera completa [...]", ibídem. La ley electoral de 1890 también terminó con la obligación de reinscribirse antes de cada elección, introduciendo un registro electoral permanente. En 1912 el registro fue totalmente renovado. Subsecuentemente los registros electorales fueron válidos por un período de diez años, hasta que en 1958 fueron una vez más declarados permanentes.

[53] Barros Arana, *op. cit.*, Vol. 1, p. 99.

defendió aduciendo que los oficiales de la Guardia Nacional "no nos roban nuestra propiedad", como reclamaba un volante de la oposición, sino que simplemente actúan como "depositarios nuestros" antes de devolver los certificados la noche previa a las elecciones[54]. Muchos certificados terminaban sobre el escritorio del ministro del interior y éste los distribuía a quien quisiera[55]. Cifuentes incluso tuvo la experiencia de "ver sobre la mesa del Presidente dos altos paquetes de papeletas de calificaciones de los policiales"; a su entender usualmente eran obtenidas por policías vestidos como "paisanos" para ese propósito[56]. Las calificaciones eran devueltas a los guardias civiles (o a los policías y pequeños empleados fiscales) para que sufragaran en la forma organizada por sus comandantes o superiores. Recibían sus votos debidamente marcados y doblados, los que a veces tenían además alguna marca —o incluso números— en el exterior[57]. Y aun cuando no se hubiese realizado esfuerzo alguno para marcar la parte visible de los votos de algún modo, las pequeñas variaciones del color blanco del papel en que se imprimían las cédulas, el grado al cual se traslucían la impresión o la escritura manuscrita desde el interior, la manera en que eran dobladas y otros pequeños indicios hacían que fuera posible reconocer, si bien no con una seguridad total, si los electores le pasaban al presidente de la mesa las papeletas de voto que algún agente de campaña electoral les había entregado. Pedro Félix Vicuña incluso señala que en la elección de 1846, en Valparaíso, votaron "todos los empleados [¿públicos?] con votos marcados en papel de colores"[58]. En suma, debido a ésta y muchas otras prácticas, algunas burdas, otras ingeniosas, el voto secreto no estaba plenamente garantizado. Los agentes electorales del gobierno podían verificar si los miembros de la Guardia Nacional habían votado como se les instruyó. Los propietarios de minas, industrias, casas comerciales, bancos y tierras, e incluso los curas, también reunían, según Domeyko, los certificados de

---

[54] *El Artesano*, Santiago, Nº 1, 7 de junio de 1841, p. 3.

[55] Cuando Antonio Varas asumió el cargo de ministro del interior después de que el Presidente Bulnes forzase la renuncia de Manuel Camilo Vial, debió averiguar quién había recibido las calificaciones de Vial y cómo recuperarlas. Uno de sus corresponsales le indicó que, "en este distrito, salvo raras excepciones, las únicas personas que están calificadas para votar pertenecen a la milicia cívica y a los escuadrones de caballería rurales. Se sabe que Vial dejó las calificaciones de esas tropas con Rafael Cruz". Varas, *op. cit.*, p. 82, carta fechada el 18 de junio de 1850.

[56] Cifuentes, *op. cit.*, Vol. II, p. 69. El empleo de la policía para obtener las calificaciones aumentó en la década de 1870, en la medida en que los enrolados en la Guardia Nacional eran proporcionalmente menos.

[57] Respecto de las marcas y, aún más, la numeración de las cédulas electorales, véase Amunátegui y Amunátegui, *op. cit.*, p. 147.

[58] Vicuña, *Vindicación de los principios e ideas*, *op. cit.*, p. 51. ¿El papel era de algún matiz de blanco o claramente de otro color?

calificación de quienes se hallaban bajo su influencia, y aplicaban, es de suponer, las mismas tácticas[59]. Por cierto, sólo se devolvían las calificaciones a la tropa o a los dependientes cuando sus superiores "estaban lo bastante seguros de que serían empleadas sólo en favor de sus propios candidatos"[60]. Quienes trataban de votar por la oposición arriesgaban ser objeto de represalias, incluyendo flagelos y cárcel[61].

¿Cuán excepcionales eran todos estos hechos? Naturalmente, es imposible saber cuán extensas eran estas prácticas. La investigación histórica de las elecciones se topa enseguida con evidencias que se refieren a este tipo de anomalías, ya que tienen el valor de la anécdota interesante, o ya que quienes resultaron perjudicados por ellas, aunque hubieran perdido de todas formas la elección, las documentaron prolijamente no sólo para reclamar por los abusos sino que también para explicar y consolarse por la derrota. Y, claro, los agentes electorales de las candidaturas triunfantes, para darle la mayor importancia posible a su propio rol, seguramente trataban de atribuir también el resultado al éxito de sus maquinaciones. Con ello tanto los ganadores como los perdedores tenían buenas razones para enfatizar el hecho de que la votación dependía de un electorado cautivo, unos para vanagloriarse de sus proezas y otros para quejarse de que sin la intervención el resultado hubiera sido distinto. Sin embargo, debido al tamaño reducido de la población electoral, en casi todas las localidades las preferencias políticas de la mayoría de los votantes seguramente eran conocidas. Las conexiones familiares, los lazos de amistad, el depender de alguna manera de individuos influyentes cuyas posiciones políticas eran conocidas, la participación en manifestaciones y en clubes políticos, el ser masón o el tener relaciones estrechas con la Iglesia, etc., eran todas claves que podían ser tomadas como señales de inclinaciones políticas y preferencias electorales[62]. Muchos votos habrán sido depositados, por lo tanto, por convicción y no por efectos de la coerción, aun cuando lo hayan sido en el marco de operaciones montadas por agentes electorales, y a pesar de lo que pensasen estos últimos y sus adversarios.

---

[59] Domeyko, *op. cit.*, pp. 410-411, 423.

[60] Gilliss, *op. cit.*, p. 305. Esta observación fue hecha por el teniente Mac Rae, miembro del equipo científico de Gilliss.

[61] Gilliss relata que un portero de su observatorio astronómico rehusó entregar su calificación a un antiguo empleador, pues había cambiado sus opiniones políticas ("*imbibed in other notions*") desde que dejó de trabajar para él. Después de un altercado entre ambos, "José fue provisto de alojamiento a expensas de la municipalidad", *op. cit.*, p. 307. En cuanto a los castigos a tropas por no haber obedecido las instrucciones de cómo votar, véase Valenzuela, *op. cit.*, pp. 65-66.

[62] Impresiona el grado de organización sociopolítica de los poblados chilenos de la época. Véase Cristián Gazmuri, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1992).

Los métodos usados por estos agentes no eran, en todo caso, completamente infalibles. Por ello, a veces no funcionaban cuando más se los necesitaba, es decir, cuando la población electoral se inclinaba claramente en contra de las candidaturas oficiales que los agentes electorales más poderosos, los del gobierno, trataban de imponer. José Joaquín Vallejo, el escritor costumbrista satírico e iconoclasta, propietario de minas y político ocasional con un pasado pipiolo-liberal, dejó un relato de las tácticas que empleó en su exitosa campaña de oposición en las elecciones parlamentarias de 1849, y de la recepción que tuvo su triunfo entre los pobladores[63]. El gobernador de Vallenar, uno de los dos departamentos del distrito en que se presentaba Vallejo, organizó a sus fuerzas del modo habitual, recogiendo una cantidad considerable de calificaciones. Luego preparó los votos con una marca y número característicos y distribuyó las calificaciones a sus amigos y familiares, así como a indígenas de una comunidad altiplánica, a quienes dijo que sus tierras serían expropiadas si no seguían sus indicaciones. Al aplicar este procedimiento, el gobernador mostró que no tenía confianza en que la tropa de la Guardia Nacional votase según sus instrucciones, y ésta, de hecho, ni siquiera siguió sus órdenes cuando la llamó para ayudarle a controlar una turba que intentaba impedir que los indígenas se acercasen a las mesas de votación. Dicha insubordinación era comprensible, ya que el gobernador forzaba, en el fondo, a personas no inscritas a emitir sufragios utilizando calificaciones que, al menos en algunos casos, debieron pertenecer a los propios guardias, quienes hubieran votado además por los candidatos contrarios.

Habiéndose informado de antemano de la estrategia del gobernador, la campaña de Vallejo preparó votos que imitaban las marcas y los números empleados por la organización adversaria y se las arregló —aprovechando la confusión que provocaron los forcejeos junto a la mesa— para reemplazar sus propios votos con aquellos que el gobernador había colocado en una pila para ser distribuidos a su contingente electoral. El resultado fue que algunos de los sufragantes gubernamentales de última hora de hecho emitieron votos en favor de la oposición sin que se dieran cuenta los agentes oficiales.

Al concluir el primer día de la votación, la lista oficial ganaba por un margen de sólo 15 votos en Vallenar. Esto no era suficiente para contrarrestar el apoyo minoritario que se esperaba alcanzaría dicha lista en Freirina, el

---

[63] La relación fue publicada días después de la elección en *El Copiapino*, Copiapó, Nº 14, 13 de marzo de 1849, y es reproducida en Amunátegui y Amunátegui, *op. cit.*, pp. 145-146.

otro departamento de la circunscripción electoral, cuyo gobernador no había podido hacer los arreglos necesarios para impedir que la mayoría de oposición se reflejase en las urnas. En ambos departamentos, las fuerzas de Vallejo vigilaron las urnas durante toda la noche que medió entre ambas jornadas electorales. Cuando comenzaron a funcionar las mesas al día siguiente, los mismos individuos organizados para votar por el gobernador de Vallenar comparecieron nuevamente en las mesas de sufragio debidamente disfrazados y exhibiendo otros certificados de calificación. Las protestas de los liberales fueron desatendidas por los funcionarios electorales, quienes pretendieron que todo era normal. Muchos electores de Vallejo no pudieron votar porque el gobernador había retenido sus calificaciones y porque las autoridades municipales rehusaron entregarles certificados sustitutos, como correspondía, bajo el pretexto de no tener acceso a los libros de registros electorales. Aun así, los sufragios de Freirina una vez más le dieron a Vallejo un margen de preferencias superior al que pudo asegurar el gobernador de Vallenar en esa localidad, lo que llevó, después de contados los votos, a una gran celebración y baile que duró toda la noche.

La tarde siguiente debían proclamarse los resultados generales de la elección después de un nuevo recuento de los sufragios de ambos departamentos en Vallenar. Los habitantes de Freirina adosaron un pendón con las palabras "Unión y Libertad" a la urna electoral, y marcharon en procesión, incluyendo a mujeres y niños, algunos montados, otros a pie, hacia Vallenar. Hicieron un alto en una casa de campo, cuyos dueños ofrecieron un refrigerio; se brindó a "la heroica Atacama", expresando la esperanza de que, "como ella, toda la república despierte"[64]. Al entrar en Vallenar, la procesión fue reorganizada con 300 hombres en sus cabalgaduras. Llevaban la bandera nacional al frente, seguidos del comisionado electoral que portaba la urna. La flanqueaban, a su vez, el flamante nuevo diputado por el lado derecho y alguien que llevaba el pendón de Freirina por el izquierdo. La cabalgata entró a la ciudad cuyas

> calles estaban llenas de jentío entusiasta i alborotado; las niñas batían sus pañuelos, i arrojaban flores al pasar la caja por las puertas. Los vivas, cohetes, gritos i jeneral alborozo daban a esta fiesta el aspecto de uno de aquellos triunfos que, hace treinta años, obtenían los héroes de la independencia.
>
> —¡Gracias a Dios! —decía una *pipiola* de sesenta años— que hemos vuelto a ver cosas de la patria.

[64] Amunátegui y Amunátegui, *op. cit.*, p. 155.

> Depositada la caja en la sala municipal, se siguió un banquete, al que asistieron ciudadanos de todas clases. En la noche fueron presentados los huéspedes a las pipiolas de Vallenar, i bailaron con ellas hasta las tres de la mañana"[65].

El hecho de que donde se produjese una oposición fuerte al gobierno, como en este ejemplo, sus agentes electorales no pudiesen controlar automáticamente ni siquiera los votos de la Guardia Nacional[66] muestra también que los triunfos de las listas oficiales en muchos de los lugares donde surgían candidaturas de oposición no se debían solamente a las maquinaciones de los agentes, sino que además al apoyo genuino que las listas tenían. Había intervención y fraude, pero éstos tenían sus límites, lo cual significaba que había también un margen de incertidumbre en cuanto al resultado de las elecciones más reñidas. Ello explica por qué, ya en la década de 1840, había surgido un mercado electoral, en el sentido más literal de la palabra, en algunas zonas urbanas. En su extenso relato de las elecciones en Copiapó, Domeyko menciona que "nos enteramos que el precio de una calificación llegaba ya a tres onzas (50 rublos), pero se esperaba que bajaría".[67] Además del mercado de calificaciones, algunos individuos vendían ya sea sus propios votos o sus servicios para votar suplantando a la persona cuyo nombre aparecía en algún certificado de calificación que les diera un agente electoral. Bastaba, según Domeyko, que el falso dueño de la calificación se presentase a la mesa diciendo que él era fulano de tal, con nombres y apellidos, tal como figuraba en la calificación, lo cual era aceptado por los partidarios de la candidatura favorecida en la mesa, a pesar de que supieran que no era verdad[68]. A juzgar por una lista de "mandamientos nuevos" que fueron publicados por *El Artesano*, diario pro gubernamental de Santiago dirigido a los lectores que indica su título, la compra de votos era una táctica a la cual echaban mano preferentemente los opositores. En efecto, el primer "mandamiento" señalaba, perentoriamente, "no darás tu sufragio por dinero"[69]. Sin embargo, cuando se constituía el

---

[65] Amunátegui y Amunátegui, *op. cit.,* pp. 155-156. Cabe llamar la atención sobre la politización de las mujeres que se desprende de este relato.

[66] Domeyko, *op. cit.*, Vol. 1, p. 416, cuenta también que en Copiapó "la milicia (los cívicos), aburrida de los ejercicios, de los arrestos y tal vez hasta de castigos corporales, se afilaba los dientes contra el gobernador y se estaba entendiendo con la oposición". Su relato posterior se refiere con lujo de detalles a una gran fiesta y comilona organizada por Gallo, pelucón entonces (1840), en su fundo.

[67] Domeyko, *op. cit.*, Vol. 1, p. 423. Véase también p. 411.

[68] Domeyko, *op. cit.*, Vol. 1, pp. 413-414.

[69] *El Artesano*, Santiago, Nº 2, 20 de junio de 1841, p. 3.

mercado, es decir cuando los votos de los guardias nacionales no estaban asegurados o no eran suficientes y cuando había competencia electoral, el gobierno también recurría a la compra de votos el día de la elección[70].

Los precios de los votos subían o bajaban, dependiendo de cuán reñida se estimaba que sería la elección o, después del recuento de votos del primer día, de cuál era el margen logrado por la lista ganadora. Una relación de las elecciones presidenciales de 1851 en Santiago, redactada por el teniente Mac Rae, señala que, bajo circunstancias favorables, los ciudadanos podían recibir hasta "medio doblón (US$ 8.62)" por depositar un sufragio, o por vender su calificación[71].

De la descripción de Mac Rae se desprende que la organización de la campaña electoral el día de las elecciones incluía un número considerable de personas. Había quienes, primero, identificaban a hombres que estuviesen dispuestos a vender sus votos o sus calificaciones, o a participar en las suplantaciones de electores. Segundo, estaban quienes decidían cuál era el precio que debía pagarse por el voto, el que podía fluctuar considerablemente durante la jornada electoral, quedando incluso en cero. Tercero, quienes aseguraban que el elector pudiera llegar a la mesa a través del gentío compacto que la campaña contraria instalaba frente a ella para dificultar el acceso de sus adversarios. Cuarto, quienes observaban la votación de cerca a fin de verificar que los individuos cuyos votos habían sido comprados se atuvieran al trato. Quinto, los encargados de reclamar ante los funcionarios de la mesa electoral por las irregularidades cometidas por la parte contraria. Sexto, quienes entregaban recibos o contraseñas a los electores después de depositados sus votos para que pudieran cobrar lo convenido. Y séptimo, quienes instalaban y hacían funcionar las cajas de la campaña que pagaban el dinero prometido. La organización de las campañas debía además destacar agentes que circulasen de una mesa a otra a fin de llevar cuentas relativas a dónde se requerían refuerzos. Esa información era vital para las jefaturas centrales de las campañas, no sólo con el fin de movilizar electores hacia las mesas deficitarias, sino que también para calcular el precio de los votos. Algunos de estos agentes tenía un nombre especial, como señala Mac Rae, cuyo relato, que se refiere a la organización de la campaña gubernamental, conviene citar extensamente:

---

[70] Esto es destacado, como indiqué, por Vicuña, *Vindicación de los principios e ideas*, *op. cit.*, p. 52.

[71] Gilliss, *op. cit.*, p. 307. Los US$ 8,62, siendo dólares de 1850, deben haber sido una suma apreciable. Ello reafirma la noción de que donde había competencia electoral, ésta podía ser de gran intensidad.

> Los cuarteles generales se establecieron cerca del centro de la ciudad en la casa de uno de los dirigentes principales, y allí se formó un banco con las contribuciones de todos los hombres ricos que pertenecían al partido ministerial. Se instalaron sucursales del banco, las que obtenían sus fondos de la caja central, cerca de cada uno de los centros de votación, y en torno a estos últimos se emplearon hombres de tres tipos claramente diferenciables. Los más numerosos fueron los *apretadores*, cuya tarea consistió en presionar físicamente o intimidar a tantos electores de la oposición como les fuese posible a fin de que no se acercasen a las mesas, facilitando además el ingreso o salida de los electores afines. Algunos hombres inteligentes fueron dispuestos dentro del cerco formado por los *apretadores* para responder a objeciones, cuestionar votos e intercambiar señas con los sufragantes cuyos votos eran comprados por sus compañeros —precaución necesaria para prevenir que los vendedores de votos defrauden la campaña. Afuera, circulando entre el gentío, se ubicó al tercer tipo de hombres, es decir los compradores. Éstos, al concluir un trato, entregaron a los vendedores una seña, la que debían llevar junto con su voto a la mesa. Después de depositar el voto, los vendedores recibieron una contraseña de uno de los señores 'inteligentes' que se ponían cerca de la mesa. Esta contraseña era una orden de pago que debía presentarse en la sucursal local del banco de la campaña por el valor de mercado del voto, valor que era regulado por la caja central en base a información constantemente actualizada provista por hombres que circularon a caballo, a quienes llamaban *vapores*. Así, cuando un *vapor* llegó de San Lázaro con la primicia de que la oposición era muy fuerte, y que una mayoría de los sufragantes era de esa tendencia, se despacharon hasta allí refuerzos en hombres y dinero, debiendo éstos alejar a los opositores a empujones de la urna electoral a la vez que aumentaban el precio de los votos en uno, dos, o cuatro dólares, según fuese necesario. Cuando otro llegó de La Catedral con la noticia de que los partidarios de la campaña arrasaban con todo, se retiró a los *apretadores* y se ordenó disminuir el precio a pagar por los sufragios. Si bien no había en realidad una gran necesidad de economizar, con este sistema no se gastaba más dinero que el esencial para asegurar los objetivos, y se preservaba la uniformidad de acción en todas las parroquias. El banco de la campaña parecía inagotable[72].

Queda claro en esta cita que la división del trabajo en la organización de la campaña comprendía más que los tres tipos de funciones que su autor menciona explícitamente.

Estos ejemplos tomados de provincias y de Santiago muestran que, si bien los procedimientos electorales tenían mucho de fraudulento, el frau-

---

[72] Gilliss, *op. cit.*, p. 306. Este texto se encuentra también en Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 148, pero su traducción allí es deficiente.

de no consistía en llenar las urnas electorales con un gran número de votos. Los sufragantes debían pasar por el proceso de inscripción, y cada uno de ellos debía exhibir una calificación (fuese genuina o de un tercero) a fin de depositar un voto. El número de votos siempre era menor que el número de electores inscritos, aunque algunos votaban varias veces usando calificaciones distintas. Las irregularidades se centraban principalmente en las artimañas, algunas con cierto grado de violencia, usadas para controlar quiénes llegaban con un voto a las urnas.

Observaciones finales

¿Es apropiado seguir calificando el sistema electoral decimonónico chileno como meramente "oligárquico", "aristocrático" o "patricio", de escasa relevancia para los sectores populares y para el posterior desarrollo de la democracia en el país? Este trabajo ha intentado mostrar que tales caracterizaciones requieren una profunda revisión.

No cabe duda de que el sufragio censitario chileno no significó que sólo votasen personas acomodadas. Dadas las características de las prácticas electorales descritas aquí, la participación de los sectores populares urbanos fue, en especial, importante. Además, puesto que los resultados de las elecciones eran observados y celebrados o lamentados por un número cada vez mayor de personas, incluidos mujeres y niños (indudablemente en algunas ocasiones más que en otras), que superaban el pequeño universo de sufragantes hombres, no puede afirmarse que las elecciones tuvieran escaso impacto en la sociedad nacional. Las prácticas electorales del siglo diecinueve y sus divisiones políticas forjaron identidades y lealtades partidarias bastante perdurables en el electorado. Así, hasta la década de 1920 los principales partidos que surgieron a mediados del siglo pasado, el Conservador, el Liberal y el Radical, obtuvieron un promedio de alrededor del 75% del voto nacional en las elecciones parlamentarias, y hasta fines de la década de 1940 un promedio de 56% en el mismo tipo de elecciones[73]. Esos resultados fueron obtenidos después de instituirse los cambios originados por la ley electoral de 1890 (y de 1888) en el período posterior a la guerra civil de 1891, cambios que alteraron significativamente las prácticas electorales: los locales de votación fueron instalados al interior de edificios públicos en vez de en espacios abiertos, los electores tuvieron que hacer uso de

[73] Estos promedios incluyen los votos logrados por todos los grupos escindidos de los partidos Liberal, Conservador y Radical que no se convirtieron en partidos totalmente nuevos. Los promedios fueron calculados a partir de datos contenidos en Urzúa Valenzuela.

un área de acceso restringido para poner su voto en un sobre, pudiendo escoger cualquiera de los votos disponibles, el registro electoral ya no tenía que ser renovado antes de cada año electoral, los certificados de calificación que podían usarse para suplantar electores ya habían sido abolidos, el ministerio del interior dejó de preparar listas oficiales de candidatos y el gobierno ya no intervino directamente en la determinación del resultado de las elecciones, con lo cual los partidos ya no debieron enfrentar la flagrante intervención electoral del Ejecutivo al movilizar a sus electores. Pero ya era tal la politización de la sociedad que los partidos que surgieron en conexión con el movimiento laboral —comenzando en 1887 con el Partido Democrático, una escisión del tronco radical—, tuvieron dificultades en alcanzar su pleno potencial electoral porque el abanderamiento político de muchos electores de los sectores populares ya se había plasmado en las décadas previas.

La fuerza y perdurabilidad de los partidos políticos chilenos, a que muchos analistas han hecho referencia, son de origen decimonónico, no sólo debido a las lealtades que generaron en el electorado y en la población en general. Igualmente importante es el hecho de que forjaron redes organizacionales de una inercia considerable con personas militantes y políticamente comprometidas, tanto hombres como mujeres. Los partidos no sólo debieron obtener la adhesión de los individuos necesarios para llenar todas las vacantes disponibles, tanto en el gobierno nacional como en los locales, sino que también debían descansar sobre los esfuerzos de un gran número de individuos para observar las acciones de las juntas electorales de todo tipo, desde la inscripción hasta el recuento de los votos, y para asegurar que sus electores se inscribiesen y efectivamente votasen. El análisis del proceso electoral en estas páginas muestra que éste exigía un esfuerzo complejo y coordinado en todas sus fases durante unos ocho meses, al menos, para conseguir el éxito deseado. Paradójicamente, es muy probable que los esfuerzos organizativos de los partidos habrían sido mucho menores si hubiese existido un número más contundente de electores en ausencia de un sistema de inscripción electoral y con un acceso más fácil a las mesas de votación. El contraste ilustrativo de este punto lo sugieren los casos argentino y español de la época anterior a la Primera Guerra Mundial.

El número de electores que llegaban a las urnas siguió siendo bajo durante las décadas posteriores a 1891, en gran medida porque muchos electores potenciales no se dieron el trabajo de inscribirse y/o votar. Esto tal vez se debió a que las elecciones eran vistas no sólo como un medio para elegir a los dirigentes políticos y ejercer un derecho ciudadano, sino que además como un acto partidista y militante —o una oportunidad para ganar

algún dinero al vender la calificación o el voto—, de modo que muchas personas, a pesar de sus simpatías por uno u otro partido o tendencia, prefirieron mantenerse al margen del sistema electoral. De ser así, ello también es un legado del siglo diecinueve, dado el elevado número de votantes que participaron en las décadas posteriores a 1830 en las elecciones como parte de algún grupo organizado. También se mantuvo el requisito de saber leer y escribir, siendo que sólo en la década de 1920 el porcentaje de alfabetos sobrepasaría la mitad de la población adulta; los partidos anticlericales y de izquierda, en especial, no quisieron eliminar esta restricción porque dependían en mayor medida de la palabra impresa que los conservadores, quienes tenían la ventaja de un apoyo desde los púlpitos para sus puntos de vista. Además, el analfabetismo era mayor en las áreas rurales, donde los conservadores, al menos en el valle central, tenían una presencia más fuerte.

Las prácticas electorales del siglo diecinueve, a pesar de sus irregularidades, también tuvieron el efecto de contribuir al desarrollo de la organización estatal del país. Hubo que establecer los registros y levantar actas electorales, hacer copias de los mismos para distintas autoridades, imprimir certificados de calificación, determinar listas de mayores contribuyentes, poner al día las nóminas de pago de la tesorería municipal, oír en los tribunales las reclamaciones que se suscitasen, resolviéndolas antes de la realización de la elección siguiente, etcétera. Y todo el sistema estaba basado en la ley, sujeto a modificaciones a través de nuevas leyes dictadas con el concurso de congresales cuyos escaños dependían de las elecciones. Los comentaristas de oposición podían señalar la falta de congruencia entre los textos y las prácticas de hecho, y los legisladores de la oposición podían exigir en sus respectivas cámaras que se alterasen las leyes para erradicar los vicios electorales.

Hacia fines del siglo diecinueve, después de seis décadas de discusiones acaloradas y del desarrollo de una amplia oposición al gobierno de Balmaceda, ya nadie disputó el hecho de que era necesario sanear las prácticas electorales. Si bien no cesaron posteriormente las quejas relativas al sistema electoral, centradas, principalmente, en el cohecho, los resultados de las elecciones comenzaron a reflejar en forma generalmente fehaciente, después de 1894, la fuerza relativa de las tendencias partidarias del electorado chileno. En ese sentido, Chile contaba a comienzos del siglo veinte con los elementos jurídico-institucionales y político-organizativos de una democracia, aunque sin tener un sufragio lo suficientemente completo para constituirla plenamente, debido a la prohibición absurda de la participación electoral de las mujeres. Estos elementos se desarrollaron porque el Chile

republicano creó un Estado fuerte y autoritario en la práctica pero con un marco constitucional que contenía los resortes básicos de una democracia. Al comenzar este Estado a penetrar en los ámbitos más variados de la vida nacional, la combinación de esta capacidad de penetración con el autoritarismo de gobiernos que podían sucederse a sí mismos abusando del sistema electoral, hizo a que surgieran tensiones políticas cuyo efecto, a la larga, fue democratizante, ya que los dirigentes y legisladores opositores se propusieron instituir en los hechos el ideario democrático que estaba implícito *de jure*, aunque de manera imperfecta.□

UNA APROXIMACIÓN A LA CULTURA POLÍTICA DE LA ELITE CHILENA: CONCEPTO Y VALORACIÓN DEL ORDEN SOCIAL (1830-1860)

Ana María Stuven

Este trabajo es una reflexión sobre la noción de "orden", uno de los conceptos articuladores del consenso social de la clase dirigente chilena durante el siglo XIX. Detectada la vigencia de la valoración de este principio a lo largo del tiempo y en distintas situaciones del desarrollo institucional y cultural de Chile, se lo identifica como elemento esencial de la cultura política de la elite y como eje sobre el que gira la posibilidad de cambio en la mentalidad de los miembros de dicha elite. De hecho, se sostiene en este ensayo, es en torno a la vigencia del concepto de orden que se articularon la organización republicana del Estado, el discurso portaliano, las polémicas culturales de la década de l840 y el afán de progreso que inspiró al gobierno del presidente Manuel Montt. El apego al valor "orden social" se relaciona con la concepción de poder que manejaba la clase dirigente y a través de la cual expresaba su visión jerárquica del mundo, que le concedía la hegemonía sobre el motor de cambio.

Orden y anarquía fueron los conceptos que más influyeron en el discurso político de las elites latinoamericanas desde la fundación de las repúblicas. El temor a la anarquía, definida inicialmente como carencia de un orden público, o desorden institucional, inspiró la práctica política y

Ana María Stuven. Ph. D., Universidad de Stanford (EE.UU.). Profesora investigadora del Instituto de Ciencia Política de la P. Universidad Católica de Chile.

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

actuó como la justificación principal para gran parte de las decisiones autoritarias y centralizadoras de los gobernantes o caudillos de la época. Al apego a la noción de orden como forma de convivencia social, se agregaba en el debate otro principio, de naturaleza conceptual más amplia: la idea de un nuevo orden social y político que debía ser creado en reemplazo del orden "tradicional" o "colonial" y que se relacionaba con el proceso de constitución de esas repúblicas, entendidas por sus gestores, principalmente, como sistemas políticos no monárquicos. El establecimiento de un nuevo orden institucional republicano y la creación de condiciones de gobernabilidad, entendidas como garantías de orden público para evitar la anarquía, fueron, por lo tanto, las primeras metas que se fijaron las elites criollas, a cargo de los nuevos gobiernos republicanos.

La palabra "orden" se convirtió en una clave que se levantó como bandera, y resumió toda una interpretación del proceso histórico vivido durante los movimientos de emancipación. Reflejaba la preocupación de las elites latinoamericanas por la incertidumbre que el nuevo rumbo político emprendido provocaba, y su conciencia, influida por la noción de progreso propia del siglo, de que la sociedad había penetrado en un sendero cuya dirección era imprevisible. En la mayoría de los nuevos estados latinoamericanos, el recurso al orden fue un elemento de consenso propio de todos los sectores políticos, aunque tuvo una especial fuerza y arraigo en los más conservadores, es decir, en aquellos que sentían mayor temor hacia el cambio sociopolítico que, evidentemente, acompañaba el establecimiento de un sistema republicano, y que era expresado ideológicamente por los sectores más liberales, representados, en primer lugar, por Andrés Bello, maestro y descollante figura intelectual del continente, así como también por el peruano Pardo y Aliaga, el centroamericano avecindado en Chile José de Irisarri, el pensador mexicano Lucas Alamán y el dictador argentino Juan Manuel de Rosas, quienes fueron, entre otros, algunos de los hombres que manifestaron un apego primordial hacia el orden y el consiguiente rechazo a todo cambio que pudiera presagiar cualquier alteración, "licencia", "libertinaje" o, dicho de otro modo, "el libre juego del proceso de cambio que había inaugurado la revolución emancipadora"[1]. Afirmaciones de este tenor expresaban el sentimiento de los actores políticos latinoamericanos frente al cambio en las formas de legitimidad que había implicado la Independencia. En su discurso, demostraban la incertidumbre que provocó el paso de una

[1] José Luis Romero (prólogo), *Pensamiento conservador (1815-1898)* (Venezuela: Bibl. Ayacucho, 1978), p. xxi.

legitimidad de tipo histórica, propia del régimen colonial, a una legitimidad contractual, de tipo moderno, propia del régimen republicano. A pesar de que los sectores llamados liberales articulaban con más facilidad un discurso que permitía la alternativa del cambio, la resistencia frente al desorden social o institucional parecía diluir las diferencias entre, por ejemplo, el mencionado caudillo argentino Rosas y su rotundo opositor, Domingo F. Sarmiento, en ese momento liberal. Les unía, más allá de las diferencias, una visión común de la sociedad, que aún continuaba, y debía continuar, regida por formas de sociabilidad jerárquizadas, comunitarias; en una palabra, no contractuales[2].

En comparación con otros estados latinoamericanos, Chile vivió un proceso de creación institucional republicano de excepción, en un tiempo comparativamente corto. El temor a la anarquía se disipó cuando aún en muchas repúblicas se luchaba entre caudillos, en las pampas y los llanos. Como consecuencia de lo anterior, en Chile pudieron aflorar, tempranamente, definiciones y acepciones más complejas de la noción de orden, que relacionaron la anarquía, o el riesgo de la misma, con un concepto más amplio de desorden sociopolítico. Se entendió que el orden institucional se apoyaba sobre elementos de orden social, y que el nuevo orden estatal y nacional requería de una cuidadosa elaboración que abarcara toda la organización política, social, económica, cultural y del conocimiento en el país. Ese orden social emanaba del hecho de que los actores políticos, en Chile, integraban en su totalidad una denominada clase dirigente, socialmente homogénea, con fuertes lazos de parentesco, autorreferida como poseedora legítima de la autoridad del Estado y portadora de valores comunes para establecer las normas que habían de regir la sociabilidad política. Esos elementos de cohesión, que durante la primera mitad del siglo XIX incluyeron también y en forma importante los valores religiosos, permitieron que el cambio hacia los nuevos órdenes se intentara regular a partir de estos factores unificadores, que la elite de la época definía como aristocráticos. De allí la valoración, por ejemplo, de la educación como sustento del orden social e institucional, que aparece en casi todas las expresiones de la clase dirigente del siglo XIX[3].

La noción de orden constituye uno de los elementos sobre los que se funda el consenso político-social de la clase dirigente chilena a comienzos

---

[2] Ver François Xavier Guerra, "Le peuple souverain: Fondéments et logiques d'une fiction (le XIX[e] Siècle)", en *Quel Avenir pour la Démocratie en Amérique Latine?,* obra colectiva (París: Centre National de la Recherche Scientifique, l989).

[3] Sobre la educación y la universidad en el siglo XIX chileno, ver Sol Serrano, *Universidad y nación, Chile en el siglo XIX* (Santiago: Editorial Universitaria, l993).

del siglo XIX[4]. El orden es un concepto clave para comprender el universo valórico en que se apoyó el grupo fundador del Estado para la construcción del mismo, y para la elaboración de los elementos constitutivos de la nación chilena. Se explica por su vigencia como valor unificador en el discurso político de la clase dirigente chilena, por el esfuerzo de definición del concepto que realizan los actores políticos, y por los matices que distinguen las interpretaciones y vinculaciones que sobre esta noción tienen los sectores llamados conservadores y liberales[5]. Trasciende las diferencias coyunturales y las fisuras político-ideológicas más profundas que se van perfilando en esta clase a través del tiempo.

Entendemos, sin embargo, que es justamente esta omnipresencia del concepto la que en ocasiones le hace aparecer vacío de significado, o disponible para interpretaciones que desfiguran su real aporte a la comprensión de la cultura política chilena, especialmente la del grupo dirigente del país en las décadas que nos ocupan. Cuando hablamos de cultura política, aludimos a las dimensiones sicológicas y culturales del sistema político, vale decir, al conjunto de actitudes, creencias y sentimientos sobre la política que prevalecen en una nación en un momento determinado, y que son importantes, pues "a menudo son estos valores, y no las formulaciones teóricas, los que inducen las preferencias hacia las diversas alternativas"[6]. Por tanto, en la discusión sobre el orden, debemos tomar en consideración las mentalidades de los actores políticos y sociales, que constituyen un sustrato respecto al cual es importante tener claridad para comprender el desarrollo político-institucional, lo cual nos proponemos en este trabajo. Existe una interacción entre la cultura política y el andamiaje constitucional,

---

[4] Sobre el consenso chileno, ver Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)* (Santiago: Editorial Santillana, 1981). Decimos que es uno de los pilares, porque sostenemos que el republicanismo y la visión católica del mundo son también elementos de consenso que interactúan con la valoración del orden, el primero como posible elemento disruptivo, y el segundo como apoyo al orden social. Nos distanciamos de Vial en la medida en que consideramos que el consenso incluía no tan sólo la "*weltanschauung* católica". Lo anterior nos lleva a conclusiones apartadas de las de Vial sobre el rompimiento del consenso, ya que sostenemos que esta ruptura es un proceso que se inicia con la presencia de nociones divergentes sobre el orden social al interior de la clase dirigente, aproximadamente en la década de 1840. El consenso doctrinario no se rompe en 1880, sino que las reformas de estos años son apenas su expresión institucional. A pesar de que la noción de orden va evolucionando en el tiempo, su sobrevivencia como valor consensual será incluso mayor que la de los dos pilares mencionados arriba.

[5] No compartimos las visiones sobre separación ideológica entre liberales y conservadores que algunos historiadores han elaborado muy tajantemente para el siglo XIX latinoamericano. Usaremos ambas categorías para indicar lo que creemos era más bien una filiación intelectual y una tendencia frente al cambio al interior de un universo común.

[6] Ana María Stuven, "Parlamentarismo y cultura política", en Oscar Godoy (ed.), *Cambio de régimen político* (Santiago: Ediciones Univ. Católica, 1992), p. 350.

político-estructural y económico; como veremos, éste está estrechamente ligado con el orden social, aunque nosotros sólo nos referiremos a ese andamiaje como el contexto donde se expresa el valor que nos proponemos rastrear[7].

Este trabajo tiene, por lo tanto, una doble motivación con respecto a la historicidad de la noción de orden. En primer lugar, intentar definir históricamente el concepto de orden en sus diversas acepciones en uso por la clase dirigente chilena, entendida ésta como el único grupo opinante de la sociedad en este período. Formular esta definición presenta una serie de dificultades metodológicas. Probablemente, tan sólo podamos hacer un relato sobre la vigencia de la noción de orden, resistiéndonos a elaborar una definición conceptual e intelectual, en la medida en que la verdad sobre ella se encuentra confundida con el sentimiento[8]. En segundo lugar, se propone trazar la evolución del uso del concepto en relación con el contexto sociopolítico del país, con el fin de demostrar el rol que ha cumplido en la cultura política chilena y su vigencia como valor consensual del mismo grupo, y verificar su interacción en el proceso de toma de decisiones políticas. Sostenemos que cuando la clase dirigente se sentía confiada de la vigencia del orden, tenía una mejor disponibilidad hacia los requisitos de la modernidad y la actualización de la república; el temor al caos le llevaba, en cambio, a privilegiar el orden social y los esquemas de sociabilidad de una sociedad tradicional por sobre cualquier otro valor político.

La investigación sobre el universo valórico de la clase dirigente chilena, donde se inserta la noción de orden, implica el riesgo de discernir, en medio de una profunda ambivalencia, entre un discurso ideológico liberal, espíritu del siglo y expresión de la modernidad, que se actualizaba en el republicanismo y los referentes intelectuales de la elite, en el cual se creía sinceramente, y un actitud social y cultural profundamente conservadora. La elite vive al filo de la navaja, donde luchan, pero también se dan la mano, un realismo antianárquico y un progresismo republicano, todo lo cual no podemos evitar presentar con todas sus contradicciones. Esa ambivalencia puede dar la impresión de que la clase dirigente manipulaba la política para parecer que propiciaba el cambio y mientras tanto ejercer el poder autoritariamente. No sostenemos esa tesis, aunque tampoco creemos que el discurso progresista, y las grandes intenciones de cambio social que a veces

---

[7] Ibíd.em, p. 351.

[8] En la presentación de su libro *Zapata and the Mexican Revolution*, John Womack dice que su obra "no es una análisis sino un cuento, ya que la verdad sobre la Revolución en Morelos se encuentra en el sentimiento sobre ella". (Nueva York: Vintage Books, 1969), p. 165.

propiciaba, puedan ser leídas literalmente. El siglo XIX chileno contenía ambos mundos, los cuales dialogaban sobre el cambio y buscaban sinceramente las condiciones para la realización de la república, aunque simultáneamente se deseara frenar su actualización en función de una conciencia intelectual y visceral respecto a los riesgos que representaba para la estructura social tradicional que sustentaba a la clase portadora de la autoridad.

Esa alternancia entre tradición y cambio se expresa, junto a otras circunstancias, en la tensión entre orden y libertad, siempre al interior de un mismo sector social. La construcción nacional se vive como una sonata donde se alternan los momentos de *allegro* con los *adagios*, todo ello ejecutado por un actor social homogéneo que dialoga constructivamente. Es un flujo y un reflujo que genera una discusión, a veces contradictoria y oscura, que transformará sustancialmente a Chile, en las décadas que nos ocupan, reorganizando su vida política, social y cultural. En ese contexto, analizaremos transformaciones tan diversas como la Constitución de l833 y la recepción del romanticismo a comienzos de los años 40, y el surgimiento del pueblo como sector social de contenido más concreto. Todas ellas tienen que ver con la definición y evolución del concepto de orden.

El concepto de orden

Toda palabra tiene, además de su significación, un valor con el que se inserta en el seno de la vida social, en la medida en que el estado de una lengua dada es el producto de factores históricos[9]. Si entendemos que la clase dirigente chilena del siglo XIX se autovisualizaba como una elite[10] portadora de valores, con la misión de modelar la sociedad de acuerdo a su proyecto de nación y Estado, el valor que ella atribuyó al concepto de orden debe tener una relación estrecha con la posibilidad de su proyecto histórico. Recordemos, también, que incluso los sectores más conservadores de la clase dirigente chilena se encontraban inmersos en un mundo de definiciones ideológicas fundamentalmente liberales. En sus expresiones discursivas y en su imaginario político, reconocían la maleabilidad de la naturaleza

[9] Ver Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1945). Justamente por la necesidad de mostrar la historicidad de la noción de orden, en este trabajo utilizaremos el concepto de "discurso sobre el orden", para distinguirlo de la acepción permanente de "orden" dentro del sistema lingüístico. Ver Paul Ricoeur, "The Model of the Text: Meaningful Action considered as a Text", en Paul Rabinow y William M. Sullivan (eds.), *Interpretive Social Science: A Reader* (University of California Press, 1979).

[10] Ver J. J. Brunner y A. Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura* (Santiago, Flacso, 1983).

humana, creían en la idea de progreso como motor consciente de la historia y consideraban que los problemas humanos podían, a menudo, reducirse a problemas políticos[11]. En el plano intelectual, por lo tanto, existía una visión común sobre la legitimidad de un orden político, calificado por la mayoría de los actores como liberal y republicano. Sin embargo, como era la clase dirigente la que definía las condiciones de la sociedad, es decir, la que decodificaba la realidad, sus normas y decisiones sobre el ejercicio del poder político aparecían concordantes con esa realidad, o sea, como buenas y racionales. Más allá de las definiciones intelectuales, esta decodificación de la realidad surgía de niveles muy profundos de la conciencia colectiva del grupo dirigente. Se entroncaba con una percepción, muy conservadora, de que existía un "orden natural de las cosas", y de que todo cambio, aceptado en el plano intelectual, debía graduarse en función de este "orden". La relación de poder no surgía de un contrato social, aunque los sectores más liberales reconocieran la existencia de éste como un hecho; lo que Norbert Lechner llama "el poder normativo de lo fáctico". Para la clase dirigente chilena, el gran logro del poder es el orden, y ello se insinúa en el doble significado que el lenguaje asigna a la palabra "orden" como mandamiento y norma[12]. Ambas acepciones se confundían en los discursos políticos y sociales de la clase dirigente chilena del siglo XIX.

Las elites chilenas entendieron el concepto de orden en toda su complejidad literal y discursiva. Éste constituyó, además, un elemento unificador para la sociedad opinante, en la medida que su valoración resistía la prueba de nociones divergentes y de disquisiciones doctrinarias al interior de la elite. Fundamental era la visión que tenía la elite de sí misma como el grupo social llamado legítimamente a heredar la autoridad republicana en forma hegemónica. Así, mientras los sectores más conservadores no concordaban con los más liberales en considerar a la sociedad un producto histórico, y aunque subordinaran la esfera civil a la religiosa, creyendo que todo orden proviene de Dios, ambos privilegiaban la noción de orden institucional.

Partiendo de la base de que la valoración del orden es un elemento de consenso, sostenemos también que la percepción sobre su vigencia ejerció una fuerza decisiva en la clase dirigente para su apertura hacia el cambio. Nos referimos al cambio, porque la instauración de la república, así como la

[11] Alfredo Jocelyn-Holt, "Ideología y simbolismo en el Chile decimonónico: Un marco teórico", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri (eds), *La Revolución Francesa y Chile* (Santiago, Editorial Universitaria,1990), pp. 303- 333.

[12] Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada destrucción del orden deseado* (Santiago: Flacso, 1984).

comprensión que se tenía del ideario liberal en la época, implicaban el reconocimiento de vivir un período de transición hacia un nuevo orden sociopolítico. El temor a la anarquía siempre provocó reacciones de rechazo al cambio; la confianza respecto del control del poder político y social por parte de la elite permitió la implementación de políticas más liberales y la distensión de los mecanismos de dominio social que ejercía la elite. Afirmamos, por lo tanto, que la clase dirigente establecía una conección estrecha entre las nociones de orden y poder, tanto a nivel institucional como social. Es decir, el control del poder estatal reposaba sobre un cierto orden social jerarquizado, definido por el mismo grupo dirigente y reconocido por todo el cuerpo de la sociedad. De allí que la clase dirigente estuviera permanentemente atenta a la hegemonía de su ética[13] y sus expresiones culturales[14]. Como observa Mario Góngora, la noción de orden es una cualidad moral perteneciente a una clase que a su vez define esa cualidad moral[15]. De allí también que la discusión sobre las nuevas instituciones se dé a la luz de ideas sobre un "buen orden" que evite el caos y permita el perfeccionamiento social, pero que impida todo cambio brusco. En este sentido, el orden es la utopía del "no-caos"[16].

Por lo tanto, la noción de orden trasciende un significado meramente político. Se relaciona directamente con el cambio social y con las visiones que sobre éste surgen desde la revolución ilustrada hasta los sucesos revolucionarios europeos. Se inserta en un contexto que tiende hacia la secularización y privilegia el uso de la razón como instrumento de crítica social, permaneciendo y erigiéndose como un elemento de consenso en ese nuevo universo de imprevisibilidad permanente, a medida que la construcción republicana gatilla mayores temores[17]. El orden, por lo tanto, ha sido construido a partir de una experiencia que incluye los temores de un grupo sometido a un proceso de cambio; habita un medio en que los referentes colectivos tradicionales están puestos en duda. Forma parte integrante de la cultura política de la clase dirigente chilena, e interactúa con otros valores, como por ejemplo, la religión, para configurar el ámbito donde se enfrentan

---

[13] Y también de su religión.

[14] En este caso, son útiles los estudios sobre hegemonía social de Gramsci, especialmente su trabajo titulado *El "risorgimiento"* (México: Juan Pablo Editor, 1986).

[15] Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1986), p. 46.

[16] Lechner, *La Conflictiva ..., op. cit.*, p. 83.

[17] Nos apoyamos en la definición de consenso de Giovanni Sartori, en el sentido que la propiedad definitoria de éste es un "compartir" algo que de alguna manera une, y que incluye los valores que estructuran el sistema de creencias y las reglas del juego que se pactan al interior de la sociedad. *The Theory of Democracy Revised* (New Jersey: Chatam, 1987).

las antiguas certidumbres y las nuevas propuestas[18]. El temor fundamental es a lo otro, a lo diferente, a lo nuevo, a lo que no pertenece a la tradición; por lo tanto, la diferenciación social aparece como una amenaza a la identidad[19]. De allí, entonces, que el orden sea, más que un valor deseable, una necesidad histórica, un elemento esencial del movimiento histórico en un mundo definido por la noción de progreso, y que transita desde el pasado, por el presente, hacia el futuro[20]. El orden requiere ser institucionalizado para superar la utopía y tener una existencia material. No es, sin embargo, un simple recurso para mantener el poder; el orden es lo que permite el despliegue en el tiempo y en el espacio de un proyecto de construcción del Estado y de la nación bajo una nueva forma republicana[21]. Aunque indivisible del progreso social, el proyecto debía estar en condiciones de controlar el cambio de manera que mantuviera la hegemonía de la clase dirigente, heredera natural de la autoridad colonial. Es decir, aunque la democratización social, por ejemplo, parecía una tendencia irreversible en el tiempo, correspondía a esta elite iluminada contener las pasiones de los tiempos[22].

La noción de orden no es un concepto estático. Así como expresa sentimientos profundos de la conciencia colectiva y percepciones sobre la realidad, evoluciona con éstos. Es un concepto que se define históricamente de acuerdo a las concepciones que el sector dirigente tiene sobre las amenazas que enfrenta, o sobre la prevalencia del orden. Aunque permanentemente apoyado en un sustrato social, la coyuntura definirá su aplicación a un discurso que versará sobre la legalidad, la institucionalidad, el constitucionalismo, la economía nacional, la religión o la seguridad pública. En ocasiones, será la materialización de la noción de bien común, o de la virtud a lo Montesquieu. Si bien todos estos aspectos tienen vinculación con lo político, ocasionalmente la política aparecerá como la antítesis del orden social, en la medida en que ésta constituye el ámbito donde se expresan con más

[18] Nos basamos en la definición de cultura política de Gabriel Almond, *Civil Culture Revisited* (Boston: Little, Brown and Co., 1980). Ver también Lucien Pye, *Political Culture and Political Development* (Princeton: University Press, 1983).

[19] Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia* (Santiago: Flacso, 1988).

[20] Robert Nisbet, *History of the Idea of Progress* (Nueva York: Basic Books, 1980).

[21] Recordemos que los intelectuales y actores políticos del Siglo XIX no eran como dice Mario Góngora "planificadores globales". No tienen, por lo tanto, conceptualizada la noción de orden en el sentido contemporáneo; no constituye una ideología, sino que es paulatinamente modificada por el sistema de prueba y error. Ello explica que a ratos el uso del concepto pueda asimilase a un orden liberal y a ratos constituya la crítica del mismo.

[22] Maurice Agulhon, "Un mouvement populaire au temps de 1848: Les populations du var de la révolution á la 2e République", tesis de doctorado, Universidad de la Sorbonne, 1969. Su parte principal fue publicada con el título *La République au village* (París: Ed. Plon, 1970).

pasión las ideas y se realizan las acciones que puedan constituir una amenaza para él[23].

La palabra "orden" aparece repentina e insistentemente en todas las expresiones discursivas de la clase dirigente a partir de la consolidación institucional que sigue a la batalla de Lircay (l830). Sin embargo, es posible establecer una filiación anterior con la palabra "confianza"[24]. Este término es usado profusamente a comienzos de la República, y así como al orden se opone la anarquía, a la confianza se opone la inseguridad. La clase dirigente criolla, después de la Independencia, buscó restaurar esta confianza apoyándose en sus valores sociales tradicionales y en el control sobre la autoridad política. Esto explica su apoyo y su posterior rechazo al autoritarismo del prócer independentista Bernardo O'Higgins[25].

La anarquía y el orden portaliano

Los sucesos políticos que antecedieron al inicio del gobierno del general José J. Prieto (l831-l841), reforzaron a quienes consideraban agotados los intentos de formulación del Estado a partir de las nociones abstractas de representación que propiciaba el liberalismo. Aunque con menor intensidad que la mayoría de las repúblicas latinoamericanas, Chile vivió períodos de inestabilidad entre su Independencia y la década de l830, cuando los sectores más conservadores derrotaron al grupo liberal, dando inicio a lo que se ha llamado "el período portaliano"[26]. Éste representa el agotamiento transitorio de los devaneos intelectuales con el liberalismo, que se habían expresado en ensayos constitucionales y en un discurso predominantemente liberal[27]. Con la batalla de Lircay y el triunfo de Prieto, se afianza la influencia política de su ministro Diego Portales, y comienza en realidad

[23] Él representa bien ese desprecio hacia "lo político" como una actividad inútil, desorganizadora y que dificulta el progreso material. Ver más adelante la discusión en torno a la noción de orden de Diego Portales. Interesante resulta, la obra de Sergio Villalobos, *Portales, una falsificación histórica* (Santiago: Editorial Universitaria, 1989).

[24] Sabemos que la crisis de confianza sobreviene ya durante los últimos gobiernos coloniales, y se exacerba ante la inseguridad de la respuesta de los gobernantes españoles en América hacia el invasor francés de la península. Este tema ha sido investigado por Bernadino Bravo Lira. Ver su artículo "Junta Queremos", en *Revista de Derecho Público*, Nºs 45-46 (enero-diciembre, 1989), Facultad de Derecho, Universidad de Chile, pp. 59-78.

[25] Alberto Edwards, *La fronda aristocrática* (Santiago: Editorial del Pacífico, l972).

[26] Insistimos, por las razones ya explicadas, que los conceptos de "conservador" y "liberal" no pueden asimilarse con los contenidos ideológicos europeos o norteamericanos de la época.

[27] Ver Julio Heise, *Años de formación y aprendizaje políticos, l8l0-l833* (Santiago: Editorial Universitaria, l978).

un período de consolidación del Estado bajo el imperio de la Constitución de l833.

Al interior del consenso creado en torno a un orden o tranquilidad nacional antirrevolucionaria, en los años que siguieron al triunfo de la facción conservadora en l830 fueron manifestándose divergencias crecientes, sobre todo en los momentos en que el orden aparecía más consolidado, todo lo cual es congruente con la constatación de la gran variedad de perfiles políticos de los que estaban en el poder. Recordemos que allí se reunió el monarquismo de un Juan Francisco Meneses con el federalismo de Manuel Cardozo y el liberalismo de Irarrázaval, y que todo aquello convivió magistralmente, al menos por un tiempo, con el autoritarismo portaliano.

El discurso político, después de Lircay, enfatizaba la relación entre este triunfo y la posibilidad de la libertad. "Una época reparadora de pasadas desgracias ha dado principio entre nosotros, y si sabemos aprovecharla, habrá libertad e independencia reconocida...", afirmaba *El Popular*. Luego agregaba: "Es innegable que todos los ramos del gobierno participaban del más completo desorden durante la capciosa administración de don Francisco Antonio Pinto y la estrafalaria de don Francisco Ramón Vicuña. El acertado nombramiento del actual Ministro del Interior (se refiere a Portales) ha recordado a todos que es amante de la justicia y del orden..."[28].

Sin duda que Diego Portales es una figura clave del período[29]. Las cartas que el futuro Ministro le envió a su amigo y socio José M. Cea, son una inmejorable expresión de la dependencia que la posibilidad de cualquier cambio social o político tenía de la percepción de orden por parte del grupo dirigente. Ya en el año 1822, se refirió a los límites que concebía para hacer efectiva la República. Por la carencia de virtud en los países latinoamericanos, la República debía ser "un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hom-

---

[28] *El Popular*, Nº 7, 8 de mayo de 1830.

[29] Al respecto, José Victorino Lastarria, *Don Diego Portales* (Valparaíso: s/ed. 1861); Benjamín Vicuña Mackenna, *Introducción a la historia de los diez años de la administración Montt. D. Diego Portales* (Santiago: s/ed., 1863); Alejandro Carrasco Albano, *Portales* (Santiago: s/ed.,1900); Francisco A. Encina, *Portales* (Santiago: Nascimiento, 1934); Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile* (México: Fondo de Cultura Económica, 1948); Simon Collier, "The Historiography of the Portalian Period (1830-1891) in Chile", *HAHR*, Vol. 57, Nº 4 (1977), pp. 660 y ss., *Ideas y política de la independencia de Chile* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1977), y "Conservantismo chileno, 1830-1860. Temas e imágenes", en *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, Londres, año 2, Nº7, 1983; Alejandro Guzmán Brito, "Las ideas jurídicas de don Diego Portales", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago, vol. 93, 1982; Villalobos, *op. cit.;* Bernardino Bravo Lira (compilador), *Portales. El hombre y su obra. La consolidación del gobierno civil* (Santiago: Editorial Jurídica / Andrés Bello, 1989). Un interesante artículo sobre la historiografía en torno a Portales publicó Enrique Brahm García, "Portales en la historiografía", en Bravo Lira, *op. cit.*, pp. 443-484.

bres sean modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes"[30]. Y agregaba: "La Democracia que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud como es necesario para establecer una verdadera república"[31]. Si bien Portales en estos años estaba relativamente alejado de la acción política y desarrollaba sobre todo actividades comerciales en Perú, a poco andar su pensamiento interpretó a los ex liberales tanto como a los conservadores, todos ellos unidos por el temor a la "anarquía" reinante. Aunque su actuación política se concentró en la década de 1830, y duró formalmente poco, Portales plasmó las inquietudes surgidas entre los años 1810 y 1820, reconoció abiertamente sus "insuperables deseos de orden"[32] y canalizó el creciente escepticismo en torno a los ensayos de organización institucional, privilegiando el realismo político surgido principalmente de su apego a un orden que posibilitara los negocios.

Portales ejerció como ministro en forma esporádica hasta su muerte en l837, y personificó la posibilidad de evitar excesos que parecían inherentes al rumbo republicano. Aunque efectivamente hubo insurrecciones contra la hegemonía portaliana, el autoritarismo portaliano era, en general, funcional a un imaginario anárquico que había hecho presa de la mayoría de los actores políticos. De allí el férreo control sobre la prensa, la reorganización del ejército y el fortalecimiento de las milicias. Indudablemente, el primer concepto de orden que Portales manejó estaba orientado a asegurar el orden público[33], aunque comprendió también que la vigencia de ese orden requería de la mantención de una determinada estructura social. Por eso que a pesar de no compartir la estrictez moral de los sectores más conservadores, entendía que éstos eran los únicos guardianes posibles del orden, y los únicos capaces de gobernar con cierta eficiencia. Como sostiene Alberto Edwards, Portales comprendió "cuál era la necesidad suprema de la situación, esto es, dar al gobierno fundamento social, ligarlo con los intereses de la sociedad a quien defendía y que a su vez debía defenderlo, agrupar las fuerzas sociales en torno de un poder vigoroso, capaz de dirigir los propósi-

[30] Ernesto de la Cruz (compilador), *Epistolario de don Diego Portales* (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1936), p. 177, citado en Villalobos, *op. cit.,* p. 39, 10 de febrero de 1822.

[31] Ibídem.

[32] Góngora, *op. cit.*, p. 42.

[33] Ramón Sotomayor Valdés sostiene que el apoyo que brindó Portales a la Guardia Cívica se justificaba pues "en ella veía nada menos que un medio de moralidad para un pueblo cuya índole y costumbre conocía profundamente". *Historia de Chile bajo el gobierno del general don Joaquín Prieto* (Santiago: s/ed., s/a), p. 57.

tos contradictorios, y de refrenar las ambiciones impacientes"[34]. Para lograr esta meta, el gobernante podía ejercer el personalismo, desmerecer la ley, ejercer el poder con facultades extraordinarias y valerse de todos los recursos sobre los cuales podía fundar el respeto al orden.

Ello explica en parte la defensa que hizo Portales de la unión entre el Estado y la Iglesia, a pesar del distante respeto mútuo que se dio entre el Ministro y los eclesiásticos, debido a sus públicos deslices y licencias morales. Todo rito oficial de la Iglesia mereció siempre su irrestricto apoyo; devolvió los bienes confiscados al clero regular, y reglamentó la asistencia oficial a las ceremonias religiosas. Con certeza, Portales comprendió que la religión y, concretamente la Iglesia católica, eran fundamentales como inspiradoras de valores de orden social, respetuosa de la jerarquía aristocrática y unificadora de los distintos grupos en un momento en que tanto liberales como conservadores profesaban una misma fe. Con gran franqueza, reconoció siempre el poder de la Iglesia. Consultado sobre el próximo obispo de Santiago, en carta con fecha 21 de agosto de 1832, expresó su preferencia por don Manuel Vicuña, "siempre obsecuente con el Gobierno, siempre pronto a cooperar con él a la causa del orden"[35]. Patética, pero graciosa, es la anécdota que relata su encargo a Antonio Garfias de una larga lista de implementos para equipar y adornar una capilla en su fundo cercano a La Ligua. Aunque le ruega que compre barato, reconoce tener que hacer este gasto en "honra y gloria de Dios para domesticar esta gente"[36].

En suma, Diego Portales ligó el presente con las añoranzas del pasado que sentía la clase política chilena de comienzos del siglo XIX, afianzando el orden a fin de llenar el espacio vacío dejado por la pérdida de la legitimidad del gobierno monárquico. Ello permitió que en esta alternancia entre el discurso del orden y el de la libertad, surgiera nuevamente el discurso libertario.

En una larga disgresión sobre el tema, *El Araucano*, medio portavoz de las ideas gubernamentales y del pensamiento de Andrés Bello, atribuyó los éxitos de la administración del general Prieto a sus "procedimientos rectos y justos" y a la "profesión de principios liberales". En este contexto, estos principios se definen como el restablecimiento de "los vínculos de unidad", la consolidación del "orden y el sosiego", el hecho que "la palabra partido haya quedado sin significación", y que este gobierno haya tenido la

---

[34] Alberto Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Ediciones Ercilla, 1936), p. 31.

[35] *Epistolario*, II, p. 260, en Villalobos, *op. cit.*, p. 114

[36] Villalobos, *op. cit.,* p.115

"firmeza para hacerse obedecer". Cualquier mala interpretación respecto de la actitud del gobierno se debería a la "exaltación que da a las ideas el sistema democrático, en el cual cada individuo se considera dueño de todos los negocios, y corrije, dispone y arregla el mundo a su antojo"[37].

La Constitución de 1833

Las nuevas autoridades que asumieron después de Lircay defendieron la adecuación de las libertades a su percepción de la capacidad de apertura pacífica a las mismas por parte de la sociedad. Sostenían, en consecuencia, que lo fundamental son las fuerzas sociales y los intereses de la comunidad, más que los principios considerados abstractos, cuya aplicación podía esperar. Es decir, el cambio político dependía del reconocimiento incontestado de un orden social, y del afianzamiento del mismo por una autoridad sólida. A ello se refirió el presidente Prieto cuando proclamó, refiriéndose a la Constitución de 1828, que era necesario despreciar "teorías tan alucinadoras como impracticables", y anunció que los legisladores de 1833 "sólo han fijado su atención en los medios de asegurar para siempre el orden y tranquilidad pública contra los riesgos de los vaivenes de partidos a que han estado expuestos".

La Constitución de l833 es el fruto de la conciliación entre la necesidad de una institucionalidad republicana duradera y los diferentes fantasmas que poblaban el imaginario político de la clase dirigente chilena. Debía ser capaz de suplir el atraso percibido en las costumbres populares con una articulación que impidiera que agentes disociadores o, mejor dicho, otros sectores sociales o ideológicos, intentaran introducirse al escenario político. Portales no creía, como ya ha sido mencionado, en la capacidad de las leyes para instaurar o mantener el orden. De hecho, nunca le interesó demasiado mantenerse informado de las etapas del proyecto de la futura Carta. En mayo de l832 le escribió a un amigo, diciendo: "[...] no me tomaré la pensión de observar el proyecto de reforma; Ud. sabe que ninguna obra de esta clase es absolutamente buena ni absolutamente mala; pero ni la mejor ni ninguna servirá para nada cuando está descompuesto el principal resorte de la máquina"[38]. Igualmente elocuente es la carta que envía desde Valparaíso, agobiado ante la idea de que la Constitución permitiera excepciones al rigor que se aplicaba a los prisioneros. Decía: "Con los hombres de la ley

[37] *El Araucano,* Nº1, 17 de septiembre de 1830.
[38] Carta de Portales a Antonio Garfias, l4 de mayo de l832, *Epistolario* , II, p. 202.

no puede uno entenderse; y así, ¡para qué carajo! sirven las Constituciones y papeles, si son incapaces de poner remedio a un mal que se sabe existe, que se va a producir, y que no puede conjurarse de antemano tomando las medidas que pueden cortarlo". Y agregaba: "En Chile la ley no sirve para otra cosa que no sea producir la anarquía, la ausencia de sanción, el libertinaje, el pleito eterno, el compadrazgo y la amistad"[39].

Muy distinto era el espíritu del presidente Prieto y de los constituyentes. Indudablemente, Portales representaba parte de su sentir, sobre todo en su énfasis por la mantención del orden; su arrojo, sin embargo, para despreciar el estado de derecho no servía a quienes tenían la misión de construir el Estado republicano sobre bases de teoría política en las que debían confiar, ajenas y sin la posibilidad de apoyarse en una norma consuetudinaria. Con motivo de la promulgación de la Carta de 1833, el presidente Prieto declaró que sería "el más severo observador de sus disposiciones, y el más cuidadoso centinela de su cumplimiento." Es cierto que no le faltaban recursos al Ejecutivo para cumplir su misión; los ciudadanos, definidos censitariamente, tenían más deberes que derechos. Los mecanismos de generación y renovación de las Cámaras aseguraban que el ciudadano común no accediera al Congreso; la modificación de la Carta era prácticamente imposible sin un acuerdo político previo. Además, las llamadas "leyes periódicas" daban al Congreso la posibilidad de neutralizar al Presidente en caso de que éste intentara gobernar sin la clase dirigente. De esa manera, se aseguraba la hegemonía social del poder. El rol ordenador de la Iglesia católica aparece ampliamente comprendido en el texto constitucional. A través del Patronato continuó ligada al Estado; se prohibió la profesión de cualquier otra creencia, y se suprimió el texto que en la carta anterior impedía la persecusión contra los no católicos.

La Constitución de l833 realizó institucionalmente lo que Portales ejercía personalmente. Consolidó una autoridad social incontestada, y reforzó todos los pilares sobre los cuales ésta reposaba. En ese sentido, recreó un orden tradicional creando un nuevo orden, de fachada impecablemente republicana para la época, pero respetando todos los mecanismos que habían asegurado el predominio de la elite criolla durante el periodo colonial. Este nuevo orden reposaba sobre la homogeneidad social y el temor común al cambio, un código moral universal aportado por la Iglesia católica, y la decisión unánime de usar todos los recursos para preservar tanto los aspectos formales como doctrinarios de ese orden.

---

[39] Carta de Portales a Antonio Garfias, 6 de diciembre de 1834, *Epistolario*, III, p. 378.

Autoritarismo y cambio: Ideas y costumbres

La tensión entre tranquilidad y temor a la anarquía se resolvía en la prevalencia de la sensación de orden. Sin embargo, la clase dirigente estaba consciente de que la incorporación social y el cambio político deberían venir con el tiempo[40]. Para evitar el caos, por lo tanto, era necesario, en primer lugar, completar un proceso de evolución sociocultural. Es decir, las costumbres debían estar a la altura de las ideas, lo que era equivalente a conseguir que el pueblo pudiera acceder a los niveles de civilización propios de la elite como requisito para su incorporación a la sociedad política. A medida que se consolidó entre el grupo dirigente la percepción de que el orden capaz de frenar la anarquía era, además del institucional, aquel que, pensando con realismo, correspondía al "progreso" de las costumbres chilenas, el discurso político privilegió la relación de dependencia entre costumbres e ideas políticas. El matiz que separaba a conservadores de liberales comenzaría a adquirir forma en torno al mayor énfasis que los primeros ponían en la necesidad de la adquisición de la "virtud republicana" como requisito para institucionalizar la misma, y la mayor confianza de los segundos en el poder de las leyes[41]. El orden surgió, también en este caso, como la medida que regulaba el progreso, que a su vez permitía el cambio.

Desde las páginas de *El Araucano*, Andrés Bello, principal figura intelectual y formador de las primeras generaciones republicanas, asumió el rol de inspirador y decodificador de las ideas liberales. Él se encargó de ejercer un rol moderador cuando esas ideas parecían no respetar el itinerario de cambio gradual que, a su juicio, debía producirse en el país. Aunque liberal, defendió un ritmo de cambio que le situó muy cómodamente al lado de los sectores más conservadores. En un notable editorial con motivo de las Fiestas Patrias de l830, resumió el espíritu imperante afirmando que el nuevo orden ponía a Chile como ejemplo al mundo, alababa al gobierno por

[40] Andrés Bello, entre otros, lo reconoció en varias ocasiones. Ver también Antonio Cussen, *Bello and Bolivar, Poetry and Politicis in the Spanish American Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, l992), p. 169 passim.

[41] Sotomayor Valdés recoge este sentir sobre los liberales cuando afirma que hacia 1828 " su régimen político presuponía en el pueblo cualidades que éste no tenía, y olvidada los hábitos y defectos arraigados en el curso de largos años. Regalar a un pueblo repentinamente facultades con las cuales no sabe qué hacer, es convertirlo en cómplice ignorante o más bien en instrumento inconsciente de ambiciosos perversos; es crear una especie de escamoteadores políticos, que son los únicos que aprovechan de la libertad, dejando su sombra al pueblo, y su último resultado, es introducir una tiranía anónima y rastrera que se siente en todas partes, sin personificarse en ninguna". *Op. cit.,* p. 50.

haber devuelto al pueblo su "quietud" y su "armonía", e insistía en atribuir estos logros a la "profesión de principios liberales", entre los cuales incluye "la firmeza en hacerse obedecer". Efectivamente, no debía tratarse más que de una profesión de fe, en la medida en que el mismo articulista critica a quien ose oponerse al régimen, considerando que ello se debe a la "exaltación que da a las ideas el sistema democrático", el cual no necesariamente debe vincularse al ideario liberal[42]. En otro artículo del mismo período, afirmó lo siguiente: "No es la forma de gobierno la causa primordial de la prosperidad de los Estados, sino la consonancia de las instituciones con el carácter de los pueblos, y la moral de los hombres. Mientras la sociedad se halle en choque con las leyes que la rigen, y que éstas den ocasión a turbulencias, y priven al poder supremo de los medios de sofocarlas, se verá siempre amenazada por la inquietud"[43]. Considera que "la experiencia ha demostrado que ... el poder de las leyes es ninguno sin costumbres [...]"[44].

Bello limita claramente el ámbito de lo político cuando afirma que "el espíritu de orden es el único móvil de la vida pública", principio que los hombres deben ir aprendiendo a medida que toman conciencia de cuáles son sus intereses[45]. El orden público se inserta en un orden social, pues la decodificación de los principios que rigen la posibilidad de cambio, y el conocimiento sobre el orden natural corresponde a un sector de la sociedad que desde el gobierno regula el proceso de acuerdo con los progresos de la civilización. De allí que Bello afirmara que "La Ilustración no puede difundirse en pueblos nuevos en medio de las conmociones y de los disturbios [...] es obra de la paz [...] es hija de ese tiempo venturoso (que hace que) los hombres se separen de esa senda peligrosa de contigencias políticas [...]"[46]. Lo anterior se apoya fundamentalmente, por lo tanto, en la existencia de un grupo llamado a "ilustrar", y consciente de que, como afirmara *El O'Higginista*, "la Providencia ha distribuido de un modo tan desigual las virtudes y los talentos"[47]. El grupo que, desde el gobierno, lidera el proceso de cambio y la adecuación del pueblo a sus costumbres, es la clase dirigente, que partiendo de una nocion liberal que le permite confiar en la maleabilidad de la naturaleza humana, asume para sí, honesta pero desconfiadamente, la tarea de ejercer la autoridad durante el proceso. Por eso Bello decía: "Siendo el gobierno obligado a velar sobre la tranquilidad pública y la

---

[42] *El Araucano* , Nº 1, 17 de septiembre de l830.
[43] Ibídem, Nº ll , 27 de noviembre de 1830.
[44] Ibídem, Nº 4, 9 de octubre de 1830.
[45] Ibídem, Nº 35, l4. de mayo de 1831.
[46] Ibídem, Nº 23, l9 de febrero de 1831.
[47] *El O'Higginista,* l8 de noviembre de 1831.

conservación del orden, parece muy natural que todos los subalternos que le han de auxiliar en el desempeño de ese cargo, deban ser de su entera confianza y satisfacción, y nombrados por él para que su responsabilidad sea efectiva"[48].

El temor a la anarquía, real o imaginaria, justificaba de parte de todos los sectores políticos, que, en caso de necesidad, se suspendiera el imperio de la Constitución. Generalmente, eso se daba en caso de denuncias de conspiraciones[49]. La mayoría de las veces las conspiraciones denunciadas tenían un contenido alarmante, a pesar de que las pruebas presentadas eran difusas. Sin embargo, era común que se llamara a una mayor dureza en las penas, que se justificaran reformas en el sistema judicial para asegurar el mantenimiento de la autoridad, y que se instara al gobierno a "escarmentar de un modo público" cualquier exceso. Es decir, el sentido de las medidas para preservar el orden era fundamentalmente ejemplificador[50]. Es difícil comprobar la fuerza real de todas las conspiraciones denunciadas. Indudablemente, muchas de ellas tenían por misión subvertir el orden del Estado; otras, no pasaban de meros actos de delincuencia o conciliábulos sin ningún destino político, en que participaban antiguos militares, veteranos de las guerras de Independencia o de las campañas posteriores[51]. Generalmente, oportunas denuncias permitían dar de inmediato con los conspiradores, y juicios de gran envergadura y publicidad establecían sentencia y demostraban el riesgo que corría el país si se aflojaban las riendas de la autoridad. La existencia de estos arrebatos obliga a reconocer que los años de autoritarismo habían desatado una oposición, la cual se expresó, por ejemplo, en el llamado "crimen de Curicó", en l837, donde por una insolencia verbal hacia el Gobernador de la provincia se fusiló a tres personas. "Estas son las

---

[48] *El Araucano,* Nº 12, 4 de diciembre de 1830.

[49] Las autoridades denunciaron la existencia de aproximadamente once conspiraciones contra el gobierno entre l831 y l833. Ellas son las de Barrenechea, Labbé, Tenorio, Ruiz, Silva, Reyes, Arteaga, Pérez Cotapos, Veas, Puga, y Quezada. Ver Gonzalo Rojas Sánchez, "Portales y la Seguridad Interior del Estado", en Bravo Lira, *op. cit*., pp. 55-86; y Villalobos, *op. cit.*, p. l91.

[50] *Sesiones de los Cuerpos Legislativos* (en adelante citados como *SCL*), 1832, T. XIX, p. 308. Da cuenta del informe de don Ramón Errazuriz al Intendente de la provincia de Aconcagua del 6 de febrero referente a una conspiracion en la provincia de Petorca que depuso al Gobernador y a varios miembros del Cabildo.

[51] Es interesante la relación que hizo la autoridad del resultado del allanamiento realizado el l2 de julio de l833 a una de las residencias denunciadas por conspiración. Se trataba de la casa de doña Nieves Machado, donde se encontraron: "once pistolas cargadas de diferentes clases; dos docenas de cuchillas grandes nuevas; una talega con veintitrés cartuchos, cada uno con ocho pesos; cuarenta y siete pesos fuertes; dos botellas de ron, una llena y otra vacía...; un baul inglés con ropa blanca y de color y dos libros; un canasto inglés con candado, de guardar ropa." *SCL*, l833, T. XXI pp. 549-550

primeras víctimas que se sacrifican en Chile a la conservación del orden", sostuvo *El Araucano* a raíz de esos fusilamientos. Afirmó que los sucesos juzgados podrían haber conducido al país a la anarquía, razón por la cual "el destino de estos tres infelices es, pues, imputable solamente al frenesí de la pasión del desorden"[52].

Las conspiraciones, el asesinato de Portales en l837, y la influencia interna de la guerra contra la Confederación Perúboliviana no lograron alterar, salvo por momentos, la percepción de absoluto control social por parte de las autoridades del Estado; se sabía que se contaba con todos los mecanismos necesarios para hacer respetar el orden. De allí que a pesar de existir paralelamente un discurso que ponía el acento en la amenaza de caos, la absoluta carencia de fisuras en el sector de la sociedad que controlaba la opinión pública y el Estado frenó un aumento en el autoritarismo gubernamental. Incluso el desaparecimiento de Portales significó un relajamiento en las tendencias autoritarias del régimen del presidente Prieto. Terminada la sicosis conspiracional sobre la cual se habían construido algunas de las bases del orden portaliano, se inauguraba nuevamente un discurso en torno a la libertad.

Los últimos años de la década de l830 fueron especialmente ricos en la expresión de la tensión entre una legalidad autoritaria y una libertad que no podía abandonarse como inspiración política, representando bien la tensión entre tradición y modernidad que permeaba toda la cultura política. La confusión tiende a ceder a medida que la autoridad aparece afianzada socialmente, y no sólo en el autoritarismo de una figura como Portales, lo que coincide con los últimos años del gobierno del general Prieto desde el desaparecimiento de su Ministro. La confianza en el derecho era el nexo entre la autoridad necesaria y, como diría Alberdi, "la república posible", cuya viabilidad comienza a desplazarse desde la preocupación por el orden público hacia otros aspectos de la cultura, también estrechamente relacionados con el orden social. Ello coincide con el cambio de mando presidencial y el inicio de la década de l840.

La década de 1840: Consenso y límites al disenso

Las negociaciones que antecedieron a la llegada del general Manuel Bulnes al Palacio de la Moneda confirmaron que la sociedad chilena había

[52] *El Araucano*, Nº 345, l4 de abril de 1837.

superado los momentos de mayor tensión, y que emergían expresiones de un nuevo espíritu. Antes de la elección hubo algunos signos de inquietud y, por consiguiente, respuestas autoritarias del gobierno, como cuando el periódico *El Diablo Político* anunció la formación de una Sociedad Patriótica, cuyos miembros habían "jurado solemnemente derrocar la tiranía y establecer sin estragos ni desgracias un gobierno que mereciese el encantador epíteto de republicano"[53]. El gobierno reaccionó airadamente contra este escrito, anunció un juicio de imprenta contra su redactor y, en medio de gran alboroto público, condenó al periódico por sedición, obligándole a pagar una multa. A los pocos días, el país se declaraba en estado de sitio, justificado por la "conservación del orden, esencialmente necesario para que exista la libertad", como lo expresó el Presidente de la República ante el Senado[54].

Como líder intelectual, y sin negar el optimismo reinante, Bello alertaba sobre los riesgos posibles. Entre otras ocasiones, lo hizo con motivo de la inauguración del gobierno de Bulnes desde su columna de *El Araucano*: "¿Quién podrá desconocer los grandes destinos de la nueva era que hoy se abre para los chilenos, a vista del estado próspero del país y del impulso de vida y actividad que hoy recibe por todo? ¿No está vivo entre nosotros el recuerdo de las desgracias y extravíos pasados, para que no sepamos apreciar y conservar los bienes presentes? El estado lamentable de casi todos los países sudamericanos, ¿no hablará constantemente a nuestros corazones y a nuestra razón, exigiéndonos imperiosamente el sacrificio de todas nuestras pasiones por la conservación de una paz tan cara y en la que se fundan todas nuestras esperanzas?"[55].

El estado de alerta se justificaba ya que, si bien es cierto que la idea de progreso, dominante durante todo el siglo diecinueve, aportaba elementos optimistas sobre el futuro de la sociedad, traía consigo la inevitabilidad de un cambio que condujese a ese progreso, cuestión que se hace consciente recién en la década de l840. "La generación presente ha sido llamada a la vida en una época de transición y ensayos; en una época en que las sociedades cultas, detestando lo pasado, y descontentas con lo presente, se lanzan, más o menos tumultuariamente, hacia un porvenir que aún no comprenden bien; pero que vislumbran los suficiente para apetecerlo como un progreso en su condición"[56]. Domingo Faustino Sarmiento, exiliado argentino recién incorporado con otros de sus connacionales a la vida cultural chilena, y gran

[53] *El Diablo Político*, 23 de enero de l840.
[54] *SCL*, 1840, T. XXVIII, pp. l0-l3.
[55] Citado en Diego Barros Arana, *Un Decenio...*, T. I, *op. cit.*, p. 236.
[56] Domingo F. Sarmiento, *El Mercurio*, 26 de febrero de l841.

instigador del debate cultural y político-social en el país, refleja en este editorial el sentimiento común a los miembros de su generación.

Orden político y orden social

En la década anterior, había sido necesario privilegiar un discurso que oponía el orden a la anarquía, reduciéndolo por lo tanto a un conflicto donde parecía prevalecer la atención por lo que hoy llamaríamos orden público, en función del cual se creaba el orden institucional. La participación de hombres visionarios como Mariano Egaña y el mismo Andrés Bello en el proceso de creación institucional de los años 30 es, en gran parte, la causa de que el régimen portaliano haya tenido un mayor alcance histórico. Sin desconocer, por lo tanto, el valor de la creación institucional de los años anteriores a Bulnes, durante el gobierno de éste se produjo la discusión más abierta sobre la necesidad de adecuar esta institucionalidad a los tiempos republicanos y, concretamente, a la democracia que debería instalarse con el tiempo. Ése es el espíritu que prevalecerá en la prensa y en la mayoría de las expresiones públicas, por lo menos hasta la discusión en torno a la reelección de Bulnes a mediados de la década.

Es en este contexto donde se insertaban las discusiones sobre los diversos ámbitos de la cultura, que reflejaban la preocupación por la creación de la nación en momentos en que el Estado parecía estar, parafraseando a Alberto Edwards, relativamente en forma. Es decir, uno de los medios a través del cual podía evitarse la reforma brusca era creando un sustrato en el cual ésta pudiera darse. Para ello, era necesario, como lo indicaba la ideología del progreso, concentrarse en la creación de un hombre nuevo", capaz de asimilar los cambios, y lograr así, definitivamente, la adecuación de costumbres e instituciones. Bello defendió, desde su columna de *El Araucano*, al gobierno de Bulnes de las acusaciones de no avanzar en la institucionalidad liberal: "Sobre todo no olviden que bajo el imperio de las instituciones populares es donde menos puede hacerse abstracción de las costumbres, y que, medidas abstractamente útiles, civilizadoras, progresivas, adoptadas sin consideración a las circunstancias, podrán ser perniciosísimas y envolvernos en males y calamidades sin término"[57]. Expresión de este espíritu confiado, pero a la vez temeroso de la naturaleza humana, que cree que al Estado le corresponde civilizar mediante la educación, son la

[57] Andrés Bello, "El gobierno y la sociedad", año de l843, en *Obras Completas de don Andrés Bello*, (Santiago: Imprenta Pedro Ramírez, l884) vol. VIII, p. 288.

fundación de la Universidad de Chile y de la Escuela Normal de Preceptores en l842, así como la proliferación de actividades y publicaciones culturales. Cambiando las conciencias, ese "hombre nuevo" sería, con toda seguridad, a juicio de la juventud progresista del siglo XIX, un aliado del proyecto de nación de la clase dirigente.

La apertura política no implicaba necesariamente un mayor prestigio de lo político, en la medida en que la actividad política podía interpretarse como ausencia de consenso o como factor de rompimiento del mismo. Durante los primeros años del gobierno de Bulnes, se hicieron muchos esfuerzos para demostrar que la lucha política había perdido sentido en virtud del consenso triunfante. Incluso en l844, cuando ya se avizoraban tiempos difíciles, *El Progreso,* primer diario de Santiago, refiriéndose a la oposición que surgía, expresó: "En Chile [...] no hay voluntad nacional que expresar, porque no hay partidos en pugna, ni cuestiones vitales que dividan a la sociedad"[58]. Por lo mismo, la discusión estaba concentrada en temas aparentemente alejados de la política, si bien las principales figuras intelectuales estaban conscientes de que los cánones culturales, y el cambio en los mismos, podían resultar en cambios sociopolíticos. Los nuevos espacios de discusión permitían que se expresara el disenso posible. Uno de ellos fue la misma Universidad de Chile, y el Instituto Nacional, donde se educaba la clase dirigente; otro, muy importante, fue la Sociedad Literaria, fundada en l842. Allí compartió el sabio Bello con figuras tan radicales y polémicas como José V.Lastarria, Francisco Bilbao y Jacinto Chacón.

Lastarria fue el primer presidente de la Sociedad Literaria. En su Discurso Inaugural, recurriendo como matriz a la literatura, se refirió a la sociedad chilena como "infante en la existencia social", y reconociendo que saber es poder, afirmó: "No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Éste es el momento crítico para nosotros". A pesar de declararse liberal progresista, Lastarria hizo gala en su discurso de una cautela en nada distinta a la de Bello en materias políticas: "La democracia, que es la libertad, no se legitima, no es útil ni bienhechora sino cuando el pueblo ha llegado a su edad madura, y nosotros somos todavía adultos"[59]. Es decir, desde el reconocimiento del rumbo que inevitablemente la sociedad había emprendido, y desde su valoración intelectual, a la efectiva implementación de las instituciones que correspondían a un sistema democrático debía transcurrir el tiempo. Y ese tiempo era el necesario para que

[58] *El Progreso,* l0 de junio de l844.

[59] José Victorino Lastarria, "Discurso inaugural a la Sociedad Literaria", en *Recuerdos Literarios,* pp. 95-96.

ocurriera un cambio social que debía anteceder al cambio político. Desde la brusquedad y tosquedad del discurso portaliano habían corrido muchos ríos de refinamiento intelectual; con todo, las figuras más relevantes del liberalismo continuaban considerando que la democracia sólo era posible después del advenimiento del "hombre nuevo". El discurso se tornaba más radical y tendía crecientemente hacia ello: "Pronto llega un momento en que la disposición de los espíritus y las opiniones generalmente adoptadas no están ya de acuerdo con las instituciones y con las costumbres, entonces es preciso renovarlo todo: esta es la época de las revoluciones y de las reformas"[60].

Cuando el argentino Félix Frías era editor de *El Mercurio*, el diario publicó tres importantes editoriales titulados "Las Reformas", en los cuales se intentó precisar el significado del término, debido a que éste ya se había incorporado al léxico común como sinónimo de cambio y vínculo entre pasado y presente. Apoyándose en la autoridad del filósofo del derecho J. L .E. Lerminier, el editorialista ahondaba en las dificultades que traía la aplicación del espíritu innovador de los jóvenes, porque percibía que para muchos la reforma "es siempre compañera del desorden y la anarquía social". Para evitarlo, se recomendaba tener en cuenta que toda modificación social debía ser gradual, y tenía que respetar un orden en cuya cúspide se encuentran las costumbres y las creencias"[61]. Pocos meses después, con motivo de una polémica sobre la libertad de cultos para extranjeros, *El Progreso* consideró que aprobar una legislación en este sentido causaría un trastorno porque, aunque la ley sea "idealmente buena", no era aplicable en el momento que vivía el país. "Regla segura: antes de la institución, las ideas que va a representar; antes de la sanción, el hecho sobre que ha de recaer"[62].

El tema de la libertad religiosa estaba inseparablemente ligado al problema del orden sociopolítico. La religión católica era uno de los pilares en que se fundaba la visión de mundo homogénea de la clase dirigente. De hecho, a pesar de las diferencias que en años anteriores habían dividido a la nación, nunca nadie había osado cuestionar al catolicismo como la fe verdadera. Poco a poco, surgieron visiones disidentes sobre el rol de la Iglesia católica, pero la institución religiosa en esos años era un elemento de seguridad para la mantención del orden social. Lo anterior queda bien expresado en el discurso que el R.P. Francisco Briceño, sacerdote francisca-

[60] Ibídem.
[61] Ver *El Mercurio,* 27, 28 y 29 de febrero de l844.
[62] *El Progreso,* 26 de agosto de l844.

no, pronunció con motivo de su aceptación como miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile. Dijo:"El olvido de los deberes religiosos trae consigo la licencia de las costumbres, y el desenfreno de las pasiones: de esto nace el desenfreno político" [63].

Hay dos elementos que nos permiten resumir las expresiones discursivas de la clase dirigente durante la década de l840 respecto del orden. En primer lugar, la relación explícita entre orden social y político. Si bien se fue superando en parte la oposición orden-anarquía, la apertura política y la presión que ejerció la complejidad ideológica de la discusión hizo surgir una relación de dependencia entre el orden y el cambio sociopolítico. El segundo elemento, que se desprende de lo anterior, es la conciencia del tiempo como un espacio esperanzador, en el cual debe actuar fundamentalmente el esfuerzo educacional, a fin de impedir los trastornos de la revolución como opuesta a la reforma gradual.

Es indudable que la educación fue el eslabón que unió al hombre prerepublicano, perteneciente al orden premoderno, con el siglo del progreso. Ello explica que el Estado chileno le diera prioridad, y constituyese la meta social más importante. La educación permitía que las incertidumbres propias de un ideario nuevo y poco consolidado no desembocaran en un proceso de desestabilización social. El consenso sobre este punto queda bien expresado en la *Memoria Anual* que leyó como, Rector del Instituto Nacional, Antonio Varas, hombre duro y uno de los más reticentes al cambio dentro del régimen: "El Instituto [...] es un foco de ideas [...] es un punto céntrico en que una multitud de inteligencias vienen a iniciarse en verdades que después van derramar por todos los ángulos de la república [...] preparando así una revolución, un cambio en las ideas generalmente recibidas. Las ideas [...] hacen variar los Estados de una manera inconcebible, trastornan el orden existente, y originan esas revoluciones que cambian el aspecto del mundo [...]. La religión, el gobierno, las costumbres, la industria, ¿qué son sino la expresión de las ideas, las convicciones, los principios generalmente recibidos en un pueblo?"[64].

Para el grupo que intentaba dirigir el cambio social en el país, las ideas tenían por misión inspirar el cambio personal e intelectual. En ese sentido, la tarea de la clase dirigente era construir un nuevo orden, en cuyo plan, articulado por la mayoría dentro de un sincero espíritu republicano, sólo el tiempo crearía las condiciones para la democratización de la socie-

---

[63] Discurso pronunciado el 12 de mayo de 1844. En *Anales de la Universidad de Chile, 1846,* (Santiago: 1846), T. I, p. 154.

[64] Antonio Varas, "Memoria Anual del Instituto Nacional", en *Anales de la Universidad de Chile,* 1846, (Santiago: 1846), T. III, pp. 244-245.

dad y el Estado. Entre otros, Sarmiento es gráfico al afirmar que "Las cuestiones sociales, después de ventiladas por el pensamiento [...] pasan a ser ventiladas por las pasiones, por las bayonetas, hasta caer rodando a los pies de las masas, tribunal sin apelación, que decide aplastando bajo su pie la cuestión y los litigantes, cuya sangre bebe, cuyas entrañas desgarra, y cuyas cabezas alza en picas y pasea por las calles con horrible algazara. Esta es la historia abreviada de todos los cambios sociales"[65]. La sagacidad del argentino, y el temor a excesos como los ocasionados por la Revolución francesa, definieron un concepto de cambio social donde se expresaban los temores ante la relación causal entre nuevas ideas, reforma y alteración del orden.

La discusión cultural y su relación con el orden

La clase dirigente chilena parece haber tenido claro que las ideas que sustentaban, o trastornaban el orden social, no se encontraban sólo en lo que explícitamente constituía el discurso político. Es indudable, como hemos visto, que la religión era un factor de orden social. A medida que la discusión cultural se fue haciendo más compleja, la elite fue comprendiendo que la temida democratización de la sociedad podía también provenir de ideas en torno a distintos aspectos de la cultura. Comprendió, visceralmente, que todo saber constituía una fuente de poder. Ejemplo de lo anterior fueron una serie de discusiones intelectuales que se dieron en el período al interior de la elite ilustrada, y que abarcaban temas culturales, aparentemente dispersos. El discurso, sin embargo, tenía un profundo contenido político. Nos referimos a polémicas que involucraron pasionalmente a casi todos los medios de prensa, portavoces de la opinión pública de la época. Especialmente notables fueron las polémicas sobre el romanticismo literario, gramática y ortografía, y la filosofía de la historia. Ilustraremos este punto, analizando la polémica literaria[66].

"En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la Antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en

[65] *El Mercurio,* l8 de junio de l842.

[66] Para un análisis más pormenorizado de las polémicas, ver Ana María Stuven, "Polémica y cultura política chilena, l840-l850", en *Historia*, vol. XXV, l990, pp. 229-253.

su conato para emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo, perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias jerarquías sociales [...]. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones [...]". Es la pluma de Bello la que reconoce la complejidad y la amplitud del universo que abarcaba la superación de los cánones tradicionales en todos los aspectos de la cultura. Igualmente explícito es para identificar que "Hay una alianza entre el legitimismo literario y el político. La irrupción del romanticismo ha sido simultánea con el (sic) de la democracia"[67].

Aunque tardíamente en relación a los países europeos y a otros latinoamericanos, concretamente a Argentina, donde en la década de los años 30 había un intenso debate, el romanticismo generó en Chile una interesante polémica, principalmente en l842, la cual incluyó a las principales figuras intelectuales del momento, y que fue moderada por la genialidad del maestro Bello. Impregnó el lenguaje literario, agilizó el debate intelectual, replanteando el problema del clasicismo, y provocó, a través de sus sugerencias, una serie de conflictos que abarcaron también los aspectos sociales y políticos[68]. Para personas arraigadas en el pensamiento europeo, y preocupadas de su asimilación intelectual, como la elite chilena, era imposible sustraerse de lo que en ese momento era el símbolo de la modernidad; de hecho, el mismo Bello compartía la visión liberadora del romanticismo. En l841, publicó el poema romántico *Canto Elegíaco al Incendio de la Compañía*, y en l843, *La Oración por Todos*, inspirada en *La Prière pour Tous*, de Victor Hugo, publicado en *Hojas de Otoño.* Sin embargo, a pesar de considerar necesaria esta "emancipación mental", en la discusión sobre el tema en Chile, tomó partido por los defensores del clasicismo[69].

El desacuerdo entre la generación de l842 en torno al romanticismo, bien expresado en la cita de Bello, se basó precisamente en la comprensión de la cultura como trasfondo del cambio sociopolítico, más que en un problema de crítica literaria. La polémica, de alguna manera, reedita la disputa entre el

---

[67] Andrés Bello, "Juicio crítico de don José Gómez de Hermosilla", en *Obras Completas...*, vol. VII, T. II, *op. cit*., p. 265.

[68] El romanticismo europeo fue generalmente una reacción contra el racionalismo ilustrado, e inspiró el retorno hacia las fuentes históricas nacionales, en la búsqueda de los valores perdidos y el destino de los pueblos. En América, en cambio, el romanticismo sirvió la finalidad de la independencia cultural y política de Europa, principalmente de la Madre Patria. Ver Leopoldo Zea, *The Latin American Mind* (Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1963).

[69] Ver Arturo Andrés Roig, "Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina", en *Cuadernos Universitarios* (Quito: Ediciones Universidad Católica, l982), Nº 4.

predominio de las instituciones o de las costumbres como agentes de cambio social. Personas como Bello sienten el deber de erigirse en guardianes del orden cuando éste se percibe amenazado, aunque con ello dejen de lado sus convicciones teóricas. Así como Bello se encontraba impregnado de romanticismo, y defendió al clasicismo en la polémica, en el bando contrario Sarmiento defendía al romanticismo después de haberlo criticado ácidamente. Es decir, si bien el liberalismo y el romanticismo aparecían como sinónimos en su relación con el orden sociopolítico, desde el punto de vista literario puede afirmarse que ni los conservadores eran propiamente clasicistas, ni los liberales uniformemente románticos. Ello se debe a que el romanticismo literario aportaba argumentos para ambos sectores: para los conservadores, significaba la posibilidad del rescate de tradiciones y formas culturales y religiosas, así como la defensa de una visión de la sociedad menos contractualista y utilitarista, basada sobre todo en la antigua comunidad; para los liberales, era la posibilidad de liberarse de los cánones clásicos y de familiarizar a la sociedad con nociones democratizantes.

En el caso chileno, sin embargo, prevaleció una visión del romanticismo como elemento de desorden o de alteración social. De allí que Sarmiento le llamara irónicamente "el protestantismo literario", con el profundo contenido atentatorio contra el orden oligárquico que esa afirmación contenía[70]. Pedro Félix Vicuña, uno de los principales liberales antagonistas al gobierno de Bulnes, consideró que el romanticismo era una "secta" que se proponía "contrariar las reglas de cuanto había existido; la historia, las ciencias, la literatura y la política eran el campo de estos adalides, en que un furor anárquico dominaba". Vicuña justificó el temor al desorden romántico "por la anarquía orgullosa con que jóvenes imberbes se creían llamados a regenerar la patria"[71]. Lo anterior parece justificado si se tiene en cuenta que quienes asumieron la defensa del romanticismo social, principalmente Sarmiento y Vicente Fidel López, no escondían el cambio revolucionario al que conducía su posición. Por ejemplo, en un artículo donde establece la interrelación entre los cambios culturales y sociales, López anuncia que el romanticismo lleva a la revolución, y que tiene "síntomas mortales para la dominación pacífica del antiguo régimen. He aquí el germen de revolución que siempre llevan las novedades literarias"[72]. En el mismo espíritu, Sar-

[70] Ibídem.

[71] Pedro Félix Vicuña, *Vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones populares de l846* (Lima: Imprenta del Comercio, l846).

[72] Vicente Fidel López, "Clasicismo y romanticismo", *Revista de Valparaíso*, mayo de l842, T. I, Nº 4. En Norberto Pinilla, *La polémica del romanticismo en l842* (Buenos Aires: Editorial Americalee, l943).

miento descarta toda posibilidad de mantener el romanticismo dentro de los límites de la literatura, cuando considerándole superado en Europa, afirma que ha sido reemplazado por "la escuela socialista, o progresista", expresión de las necesidades actuales de la sociedad[73]. Para cualquier persona era evidente, en ese momento, que el socialismo constituía una visión global de la sociedad, lo cual Sarmiento se encarga de aclarar cuando sostiene que el socialismo es el único medio de "rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren"[74].

En la posición contraria, aunque también claramente conscientes de debatir un problema que trascendía con mucho lo literario, se posicionaron el poeta romántico Salvador Sanfuentes, el mismo Bello y José Joaquín Vallejo, diputado por Copiapó. Respondiendo a López, Sanfuentes admitió un punto vulnerable para la clase dirigente: "Por mucho que respetemos a Victor Hugo [...] no podemos menos que rebelarnos contra él cuando un *Ruy Blas* nos junta a un lacayo que nunca ha sido más que un lacayo, locamente enamorado de una reina, y preñado el corazón de pensamientos y aspiraciones que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos grandes de España". Agregando que "semejantes monstruosidades no existen en la naturaleza", reconoció en sus contrincantes un proceso de subversión del orden natural que dictaba las normas de la organización social, y establecía las jerarquías sociales[75].

La polémica a que hemos hecho referencia concluyó con la toma de conciencia por parte de todos los sectores de que se habían tocado puntos neurálgicos del orden social, y con un acuerdo general respecto de la influencia de los distintos aspectos de la cultura sobre el cambio social, lo que aún alarmaba más a quienes querían regular y retardar el proceso de democratización de la sociedad. Se habían defendido posiciones rupturistas del orden social, pero esta polémica no había trascendido el ámbito de la discusión entre notables, aunque sugería que, antes o después, sería desde dentro de la misma elite que surgiría la subversión de dicho orden.

Se anticipa la ruptura

Hacia mediados de la década, la noción de crisis y el fantasma de la anarquía habían desaparecido, practicamente, del discurso político. Los discursos parlamentarios y la prensa estaban permanentemente congratulándo-

[73] *El Mercurio,* 25 de julio de l842.
[74] *El Mercurio,* 28 de julio de l842.
[75] *El Semanario de Santiago,* Nº 2, 21 de julio de l842.

se de la vigencia del orden en el país, y de los avances que éste permitía para el desarrollo económico e institucional. Sin embargo, la respuesta rotunda y lapidaria con que el aparato del Estado respondía frente a amenazas percibidas como rupturistas, obligaba a reconocer que la noción de orden se cotejaba contra enemigos que se consideraban serios. Como de hecho el orden institucional estaba consolidado, durante esos años no se registraron sanciones graves contra los disidentes políticos; más bien, toda forma de disidencia provoca una discusión intelectual que no excedió los límites de la tolerancia. Sin embargo, comenzaron a aplicarse los castigos más rígidos cuando se articularon intelectualmente provocaciones al orden social, es decir, al sentido jerárquico en que la clase dirigente legitimaba su autoridad.

En las polémicas culturales de l842 comenzó a perfilarse la identidad del intelectual como figura vinculada al poder. Aunque la opción final fue siempre evitar la ruptura y privilegiar el consenso social, los miembros del grupo dirigente captaron que también en Chile las ideas podían congregar y sobreponerse a los valores tradicionales de sociabilidad y consenso. Los intelectuales se anticipaban como grupo de cohesión alternativo, portadores de la modernidad y abiertos hacia visiones competitivas[76].

Tradicionalmente desprestigiado por la historiografía chilena como una figura aislada y desquiciada, Francisco Bilbao ha ocupado ese sitial justamente porque se ha buscado en su pensamiento un atentado articulado contra el orden institucional[77]. Aunque como romántico apasionado ésa era su voluntad, Bilbao distaba mucho de ser un ideólogo o un líder político. ¿Por qué, entonces, en un momento de relativa calma sociopolítica, un escrito menor como "Sociabilidad Chilena" causó tanto estupor en la sociedad chilena, incluyendo a la Iglesia católica? La respuesta exige analizar con más atención las ideas producidas por los intelectuales como atentado al poder social del grupo dirigente. En esta etapa del trabajo ejemplificaremos este riesgo a partir del juicio a Bilbao por su obra publicada en el periódico *El Crepúsculo*, en junio de l844.

---

[76] Me baso aquí en la definición clásica de Mannheim, para afirmar que los intelectuales cumplen, entre otras funciones, la de proveer a la sociedad una interpretación del mundo. Ver Karl Mannheim, *Structures of Thinking* (Londres: Routledge and Kegan, l974).

[77] Los historiadores y actores políticos del siglo XIX contribuyeron a fijar esta imagen de Bilbao, que perdura en la obra historiográfica de este siglo. Ver, entre otros, Diego Barros Arana, *Un decenio en la historia de Chile* (Santiago: Imprenta Barcelona, l9l3), p. 534; José V. Lastarria, *Recuerdos literarios* (Santiago: Zig zag, l964) p. 237, Alberto Edwards *La fronda aristocrática, op. cit.*, p. 77; Julio César Jobet, *Los precursores del pensamiento social en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, l955); Hernán Godoy Urzúa, *La cultura chilena* (Santiago: Andrés Bello, l981), p. 331; Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile* (Santiago: Editorial Nascimento, l949), vol. XII, p. 31-33.

Bilbao era un miembro indiscutido de la clase dirigente chilena; alumno del Instituto Nacional, lugar elegido para educar a su gente y reproducir sus valores, discípulo de las tertulias de Bello y amigo, en fin, del "tout Santiago", que incluía Valparaíso. El joven, de l9 años, era atento lector, y bebiendo de distintas fuentes, sabía de los filósofos franceses de la historia, Cousin y Michelet. También había estudiado a Lerminier, soñado con el panteísmo de Edgar Quinet y con la subversión antieclesiástica de Lamennais. De Quinet tomó su idea de que la política se desprende de la religión; de allí concluyó que el autoritarismo colonial español y su legado se desprendían de una religión que tendía al despotismo, y esa era la católica. La denuncia del despotismo abarcó también el mundo moral; Bilbao decía que era una hipocresía condenar el adulterio o, como lo llamaba él, "'el estado de amantes', es decir, el estado de espontaneidad y libertad de corazón[...]"[78]. Criticó también fuertemente el estado de postración en que se encontraba la mujer, incluyendo en esta denuncia a toda la estructura familiar y social de la clase dirigente chilena. Por último, Bilbao expresó su solidaridad con el pueblo, al cual quería reconocer un rol protagónico en los procesos sociopolíticos, y al cual quería ver en el pleno ejercicio de su soberanía. La clase dirigente, a su juicio, establecía lo que llamó un "sistema coercitivo y diezmador del trabajo del pobre"[79].

En resumen, Bilbao realizó una crítica doctrinaria a la sociedad chilena a partir de sus sustentos religiosos, sociales, económicos y políticos. Es decir, atentó contra el canon valórico de la sociedad, a través de una visión filosófica de la historia y la presentación de un diagnóstico del presente. En definitiva, Bilbao actualizó el conflicto entre tradición y cambio, y lo situó como el conflicto incontenible entre un mundo retrógrado y un mundo revolucionario. Optando por la revolución, sugirió la imposición inmediata del sistema democrático a nivel social y político, ya que si la libertad no impera en la sociedad civil no podrá subsistir en las instituciones políticas. Es decir, postulaba una unión entre sociedad civil y política, ya que respecto del ejercicio de la libertad y de la igualdad, ambas se desprenden de un sistema de creencias. Es sintomático cómo, compartiendo Bilbao con la clase dirigente la visión de que existe una unión entre sociedad civil y política, ésta reaccionó violentamente contra la eliminación, en esta unión, del elemento que controlaba y limitaba el cambio de la sociedad civil; es decir, reaccionó contra la eliminación de los valores sociales como cohesio-

[78] Francisco Bilbao, "Sociabilidad chilena", en Pedro Pablo Figueroa, *Obras Completas de Francisco Bilbao* (Buenos Aires, s/p, l897), vol. I, p. 20.

[79] Ibídem, p. 21.

nadores de la sociedad civil, y su reemplazo por cánones exclusivamente racionales propios de la comprensión de la modernidad.

La reacción de la clase dirigente consistió en acusaciones contra Bilbao por blasfemo, inmoral y sedicioso, de las cuales él se defendió solo. El jurado le condenó finalmente sólo por blasfemo e inmoral, y desestimó la acusación por sedición. La conciencia de la sociedad sobre el atentado de Bilbao contra sus cimientos explica perfectamente las condenas. Que se desestimara la sedición es también comprensible desde el punto de vista de que el control del Estado no estaba directamente en jaque con las proposiciones de "Sociabilidad chilena", lo que no hacía necesaria una condena de tipo político. Las sanciones se encaminaron directamente hacia los puntos neurálgicos: hicieron que se perdiera la credibilidad en Bilbao como persona y se le marginara socialmente. No es casualidad que un diario propusiera mandar a Bilbao a la casa de San Andrés, en Lima, "pues como en ella habitan locos [...]"[80].

Ni el más conspicuo liberal osó defender esta forma de proposición de un nuevo orden; es decir, la clase dirigente como grupo fijó los límites al disenso posible y a las ideas como motor del cambio social. No debían ser los intelectuales, como sugería Bilbao, quienes a través de la razón propusiesen una suerte de legitimidad alternativa a la del grupo que ejercía el poder. Es decir, la noción de orden vigente en la década de 1840 no permitía desafíos a las formas de saber que conformaban la legitimidad del poder ejercido por la autoridad; bajo formas distintas, se reeditaba la polaridad entre orden y caos social. En este sentido, el surgimiento de la figura del intelectual disidente en el seno del grupo dirigente, que proponía un orden social alternativo del cual se desprendiese el orden político, constituía un anticipo de la ruptura del consenso oligárquico.

Hacia finales de los años 40, se perfilarán más nítidamente dos grupos: uno que se autodenominó conservador y sostenedor del valor y las garantías de orden social, y otro crecientemente liberal, que recibió las influencias del 48 francés, e insistió en que se debían actualizar los principios republicanos de soberanía popular. Su discurso tendió a atacar las bases de la confianza histórica del grupo del cual se desprendió, constituyendo así lo que se llamó despectivamente "oposición", y contribuyendo a la exasperación de la lucha política. El discurso político se vio así invadido por el temor a la revolución, momento extremo de expresión de la pérdida del sentido orgánico de la sociedad.

[80] "Correspondencia de 'un socialista'", *El Progreso*, 26 de junio de l844.

Reforma o revolución: Los dilemas de la década de 1850

Las fundaciones del Club de la Reforma en l849 y de la Sociedad de la Igualdad en l850, inspirados en los clubes franceses de la época[81], constituyen instancias concretas de expresión de un espíritu opositor, de cuño ideológicamente más liberal, que no encuentra curso por los conductos regulares de negociación al interior de la elite. Especialmente relevante fue la Sociedad de la Igualdad, donde convivieron sus fundadores, Francisco Bilbao y Santiago Arcos, con sectores populares y con miembros de la ex-Sociedad del Orden, como Domingo Santa María, y conspicuos sectores de la elite tradicional, entre los que se contaban Rafael Vial, Bruno Larraín, Federico Errázuriz y otros. Todos asumían la misión de crear en el pueblo "conciencia de clase"[82].

Mientras la Sociedad de la Igualdad intentaba reforzar su base social, la oposición se empeñaba en crear un partido político. El 6 de agosto de l849, los liberales publicaron un programa de reformas, uno de los hitos fundacionales del Partido Liberal, portavoz de los sectores patrocinantes de un nuevo orden. El orden que proponía la oposición, si bien no era revolucionario, en la medida en que no propiciaba una modificación en el sentido del cambio propuesto por las ideas que en un momento todos habían declarado defender, actualizaba las mismas para favorecer la creación inmediata de las condiciones de cambio. Como decía *El Progreso,* ellos no pretendían "colocar el poder en las manos populares", sino tan sólo "educar al pueblo de tal manera de que adquiera las condiciones [...] de juzgar, de conocer la cosa pública". En ese momento, se pregunta: "[...] ¿por qué habríamos de excluirle de la participación legal que debe tener todo ciudadano por el adelanto y progreso de su país?" El diario agrega que la participación es su comprensión de "la verdadera democracia"[83].

Por primera vez en la historia, la oposición utilizó, en enero de l850, la facultad constitucional de prorrogar la aprobación de la ley de contribuciones como arma de presión política, inaugurando lo que sería el estilo predominante del periodo de prácticas parlamentarias que se inicia alrededor de l860. Si bien en esta ocasión esa demora se usó sólo durante tres sesiones, los augurios eran claros respecto de la creciente debilidad del Ejecutivo frente a un parlamento que utilizaba las formas de presión a su alcance.

---

[81] Ver Cristián Gazmuri, *El '48' chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1992).
[82] Gazmuri, ibídem.
[83] *El Progreso,* 4 de mayo de l850.

La lucha por el poder presidencial entre facciones había radicalizado las posiciones. En el nivel factual, parece determinante la decisión del presidente Bulnes de apoyar (casi sinónimo de designar, si se considera el control electoral que ejercía el ejecutivo) a Manuel Montt, símbolo del autoritarismo más acérrimo, como su candidato. Esta nueva bofetada a los sectores progresistas llegaba cuando sus miembros ya habían salido de los libros hacia la calle, y cuando la enemistad entre los bandos era creciente. Así lo reconoce el Primer Mandatario en una carta que envió al coronel Eugenio Necochea, donde reflexiona sobre su sucesión. Defendiendo la candidatura de Montt, dice: "No hay otro candidato posible para los conservadores y cuantos aman la paz y los sólidos adelantamientos más que el Señor don Manuel Montt. Es el único que ofrece garantías positivas de orden y estabilidad en las circunstancias en que se halla el país, y el único a quien decididamente acepta el partido conservador. Sería dividirnos y dar el triunfo a los enemigos del orden pensar en otro cualquiera, por digno y meritorio que fuera"[84]. En la misma carta, solicita la colaboración de Necochea, en virtud de "su decidido empeño por la causa del orden y por la estabilidad de nuestras instituciones"[85]. En el bando contrario, la oposición se agrupó en torno al general José María de la Cruz, pariente de Bulnes y hombre de prestigio en Concepción.

La apelación al orden sociopolítico adquirió tal magnitud en ese tiempo, que los sectores contrarios a los planes sucesorios del presidente Bulnes denunciaron públicamente la actitud del sector conservador de vincular su temor al desorden con el riesgo de anarquía, diciendo que se trataba de un recurso para evitar *el progreso*. "El orden no vale nada en sí cuando no sirve al bien y cuando no está apoyado en la justicia y en la moral", decía, paradojalmente convertido en portavoz del progresismo, *El Progreso* en l850[86]. Con un discurso que atacaba las bases mismas de la confianza histórica, la oposición dejaba sin sustento al grupo dirigente, sobre todo si, además, insinuó que el autoritarismo era una forma tan grave de atentar contra el orden como la revolución. Entonces, se denunció al orden como recurso "hipócrita" del gobierno para mantener su predominio, "confundiendo de mala fe la libertad con la licencia y la agitación saludable de las democracias con los desórdenes inmorales y sangrientos de la fuerza bruta". Se sugiere que la reforma es esencial al orden, "como el medio de hacer más efectivas las instituciones republicanas [...]"[87]. En una serie de artículos de

[84] Carta de Manuel Bulnes al coronel Necochea, 20 de febrero de l851, en "La elección presidencial de 1851 y el nepotismo", *Biblioteca de autores chilenos* (BACH) Nº 74, l966.

[85] Ibídem

[86] "Partido de orden", *El Progreso*, l9 de marzo de l850.

[87] "El orden y *el progreso*", *El Progreso,* 9 de abril de l850.

prensa publicados en *El Progreso,* se dio el golpe de gracia a la noción de orden social como había sido concebida por Portales, cuando se legitimó la existencia de dos órdenes, conceptual y moralmente válidos, al plantear la existencia de dos desórdenes: el que provenía del gobierno al evitar la reforma, y el que podría provenir de una revolución popular. El primero es un orden considerado "oligárquico", y propio de "una facción atrasada"; el segundo se instauraría con la "revolución pacífica sin derramamiento de sangre"[88].

La paradoja consistía en que mientras el país se preparaba políticamente para la revolución a través de un discurso ideológicamente inflamado, no había indicios de que el orden que unía a los actores políticos, fundamentalmente en sus aspectos de hegemonía social, estuviera puesto en duda intencionalmente. De hecho, el temor a la anarquía sigue siendo un rasgo común. Los tiempos no estaban aún maduros para un conflicto ideológico de proporciones al interior de la clase dirigente. Lo admite José V. Lastarria, uno de los autores del Manifiesto Liberal, cuando comparando a Chile con Francia, dice que nuestro país no tiene "sectas" o "escuelas" como se dan allí. "Entre nosotros no hay ni puede haber esas diferencias tan marcadas, porque los principios de nuestro programa no son más que diversos matices de un sólo sistema: únicamente se refieren a la administración, a la marcha gubernativa, y por tanto sólo pueden estar al alcance de los pocos hombres que se elevan a ese grado de la política, pero nunca al pueblo". Lastarria percibe que los chilenos están acostumbrados "a respetar lo que ellos llaman orden establecido, y que no es otra cosa que su permanencia en el mando [...]"[89]. Es decir, reconoce que, aun a pesar de las disputas y desafíos, el consenso de la elite se encuentra vigente, y se relaciona con su hegemonía como clase política, poseedora incuestionable del poder.

Dos bandos en pugna

¿Cuáles son, entonces, las diferencias que van construyendo una situación de enfrentamiento? Algunas de las reformas propiciadas por la oposición se han mencionado, y constituyen un punto de desencuentro real. Hay, sin embargo, un resurgimiento adicional de ese "espíritu de fronda"[90] que reacciona negativamente contra el autoritarismo presidencial cuando no

[88] "Votos por la patria", *El Progreso,* l0 de abril de l850.
[89] J. V. Lastarria, *Diario político l849-l852* (Editorial Andrés Bello, l968).
[90] Ver Alberto Edwards, *La fronda aristocrática, op. cit.*

se percibe su necesidad como defensa de los intereses comunes del grupo dirigente. Y eso es lo que convierte a la Revolución de l851 en una lucha entre facciones. La "oposición" es un grupo que comienza a asumir un perfil político propio, y que no tiene cabida en el pacto político portaliano. Es decir, un liberalismo de tendencias democratizantes crecientes, que surge dentro de la misma clase dirigente sin querer violentar sus cimientos sociales, no tiene espacio político.

Los conservadores, como escribe Bulnes, son "ese gran partido que quiere al mismo tiempo progreso y orden, y que representa la opinión de la mayoría"[91]. Y con ese predicamento se mantienen herméticos. Los liberales son, por una parte, los jóvenes forjados a lo largo de la década de 1840 en el nuevo espíritu de apertura política y mental, mezclados con los antiguos pipiolos, y por otro, los enemigos circunstanciales, es decir, los pelucones leales al críticado ministro Vial. Como Scylla y Caribdis, ellos se debatían entre la creencia en las ideas de la modernidad republicana y su voluntad intelectual de aplicarlas en Chile, y su pertenencia a un grupo social cuya hegemonía podía ser puesta en riesgo si triunfaban esas mismas ideas. Estaban entre dos fuegos.

La contienda electoral se libró entre estos dos bandos opuestos, definidos por la polaridad conservador-liberal: partidarios del orden-anarquistas y republicanos-autoritarios. Los conceptos de democracia, libertad, pueblo e igualdad eran de discusión diaria. "En verdad no hay sino dos partidos: el de los buenos y el de los malos [...]. El partido del mal en Chile se ha llamado pelucón y hoy se llama conservador. El partido del bien se ha llamado en Chile liberal o pipiolo y hoy se llama el de la fraternidad", decía *El Progreso* con motivo de las Fiestas Patrias de l850[92]. Luchando por principios relativamente comunes, ambos bandos buscaban la apropiación de los conceptos políticos del liberalismo y de la valoración del orden. En un manifiesto de la Junta Directiva del Partido Progresista se señala: "Hemos convenido en declarar: que no creemos que exista una conspiración contra el orden público; que nos empeñamos en sostenerlo y en mantener el respeto a la ley por todos los medios que estén a nuestro alcance"[93]. Y esta declaración la firman conjuntamente, entre otros, Lastarria, Salvador Sanfuentes y Domingo Santa María.

Las diferencias doctrinales se encuentran en la velocidad del cambio, en la desconfianza hacia los métodos bruscos, y en el cambio de actores

[91] Carta de Manuel Bulnes a José María de la Cruz, 24 de febrero de l851, en *La eleccion presidencial de l851 y el nepotismo, op. cit.*

[92] *El Progreso*, l8 de septiembre de l850.

[93] *El Progreso*, l8 de septiembre de l850

políticos que propician los liberales. *El Amigo del Pueblo*, periódico fundado por los liberales, definía a los conservadores como retrógrados por esencia, y decía que hacían "consistir *el progreso* en la inmutabilidad de las cosas y en la paz de los sepulcros"[94]. De allí que *El Mercurio* se preguntase: "¿Qué hacer? ¿Dejar que el hilo de la tradición se rompiese, que el pasado de Chile fuese sepultado en un día, que la obra sabia del tiempo fuese reemplazada por la obra insensata de la inexperiencia? ¿Qué hacer cuando ante el convencimiento que un cambio brusco en el modo de ser de un pueblo no puede traer otra cosa que males profundos?"[95] El maniqueísmo que se insinúa en la presentación de los dos partidos polarizados hizo presa de toda la prensa.

Respecto del orden, si bien se sostenía la denuncia hacia un orden instrumentalizado por el gobierno, ambos grupos se planteaban como sus defensores. Los liberales se definen a sí mismos como "los hombres honrados, amantes del orden, alimentados por los principios que proclamaron en l810"[96]. También sostienen: "Viva el orden si él consiste en la fraternidad, en la armonía que debe existir entre todos los hombres y todos los intereses de la sociedad"[97]. *El amigo del Pueblo*, en otro momento, afirmaba que "hoy la palabra orden se ha hecho ridícula"[98]. En realidad, el orden había dejado de ser un concepto que se definía unívocamente por ambos bandos. Claramente, se han configurado dos órdenes: "¿Qué llaman orden esas gentes?", se pregunta *El Amigo del Pueblo* respecto del gobierno. Y contesta: "Llaman orden al monopolio del gobierno, la conservación de sus puestos [...], la permanencia de todas las cosas en el estado en que ahora se encuentran [...]. No queremos ese orden [...] ¡Abajo ese orden diabólico que no es otra cosa que la organización del mal!"[99] *El Mercurio* también relacionó el orden con los partidos: "Dos son los partidos: uno conservador, del cual somos miembros, cuyo sistema de gobierno es orden y progreso gradual. Otro de oposición que desea el progreso de carrera, es decir, demolición y reconstrucción, por cualquier medio"[100]. En la denuncia contra el orden gubernativo aparece éste como la excusa que permite detener las reformas que plantean los liberales y justificar los estados de excepción que dan crédito al gobierno como defensor contra el riesgo de anarquía. En el imaginario republicano inicial la defensa del orden contra la anarquía

[94] *El Amigo del Pueblo*, 1 de mayo de l850.
[95] *El Mercurio*, l5 de noviembre de l850.
[96] *El Amigo del Pueblo*, 1 de mayo de l850.
[97] *El Amigo del Pueblo*, 5 de abril de l850.
[98] *El Amigo del Pueblo*, 27 de abril de l850.
[99] *El Amigo del Pueblo*, 5 de abril de l850.
[100] *El Mercurio*, 8 de julio de l851.

legitima el poder político. Así lo reconoce *El Amigo del Pueblo* en otro artículo: "He aquí que la facción que gobierna se presenta a explotar a los chilenos de este lado. Esa facción ha dado grande importancia a la palabra orden, y ha atribuido gran prestigio a los que se dicen hombres de orden; pero es porque ella necesita también de la tranquilidad para mantenerse en el poder. Así como los propietarios quieren conservar sus riquezas, la facción que gobierna quiere también conservar el poder [...]"[101].

Desde la perspectiva del orden, la posición oficialista era más fácil. Podía apelar, como lo hizo, a su rol de continuadora de un orden tradicional. Más aún, podía usar a su favor la existencia de un orden natural "fijado por leyes prescritas por Dios en su sabiduría"[102]. Podía contar también el gobierno con ser el defensor natural de los intereses económicos de quienes poseían fortuna. De allí su denuncia a la oposición como el grupo que pretendía subvertir ese orden económico natural: "La naturaleza ha establecido varias graduaciones en la fortuna, la comodidad y goces de todos los hombres que nacen a la vida; una porción de individuos posee cierta cantidad de bienes, otra porción sigue a esta [...] y así sucesivamente [...] sólo es lícito pasar de una clase a otra por medio del trabajo, la moralidad y la economía [...] pero pasar por la violencia y los crímenes, el robo, y el asesinato, es trastornar las leyes de la naturaleza"[103]. Del mismo tenor es el editorial que afirma que "el orden es el capital más cuantioso que ha puesto Chile en el comercio del mundo", sin dejar de alertar: "Turbado el orden habremos comprometido la libertad, las garantías, las instituciones, habremos comprometido la ilustración y bienestar, habremos comprometido la confianza y la fe con el extranjero, el capital en fin con que hemos entrado en la asociación comercial con las naciones del globo"[104].

La sociedad de la igualdad: La apelación al pueblo

La principal fuente de alerta fue sin duda la Sociedad de la Igualdad, no sólo por su lenguaje revolucionario, sino principalmente por su apelación al pueblo. Invadió la discusión política, polarizando posiciones y radicalizando las posturas más conservadoras, hasta el estallido de la Revolución de l851. Se temía su capacidad de convocatoria y de causar desorden público, atrayendo para sí "los millares de brazos que rodean la población,

---

[101] *El Amigo del Pueblo*, 2 de abril de l850.
[102] *El Verdadero Chileno*, 4 de julio de l850.
[103] Ibídem.
[104] *El Mercurio*, 28 de junio de l851.

que nada tienen, que nada pierden y a quienes se dice que el trastorno les daría mucho de lo que les falta"[105]. Se temía la participación en ella de los intelectuales como Francisco Bilbao, "que cree debe a costa del martirio y de la sangre arrancar del pueblo sus sentimientos religiosos, y sus hábitos de obediencia al gobierno, para establecer sus teorías: la democracia más absoluta y la igualdad más quimérica"[106]. Se temía, en definitiva, que promoviendo un nuevo orden político, la Sociedad de la Igualdad trastocase el orden social, porque ella asumió para sí, además, la misión de actualizar la república, con plena participación popular. Refiriéndose siempre a la "república futura", prometió crédito público, reforma de la justicia, impuestos a los ricos y otros beneficios. "Pues bien, ciudadanos, para entrar en posesión de todo aquello de que la usurpación os ha desposeído, constituid la república futura", incitaba en una proclama[107].

El cambio en el discurso indica que paulatinamente se ha ido produciendo un cambio en las bases del diálogo político: "El país creía por la fe y se le ha dicho examinad para creer", admitía *El Mercurio*[108]. Quienes introdujeron este nuevo método fueron los jóvenes con aspiraciones intelectuales, que, aunque miembros del grupo dirigente, actuaban inspirados doctrinariamente. Es el pensamiento más que la tradición y la fe la guía de los nuevos hombres. "De repente se ha tratado de romper abiertamente, en un solo día, con los antiguos hábitos; de convertir a la sociedad chilena, religiosa, quieta, económica, positiva, en una sociedad filósofa, turbulenta, utopista, desprendida de los bienes materiales"[109]. La filosofía, para la clase opinante chilena de la época, expresión de la modernidad y fuente de las nuevas ideas, era la causante del desvío de los sectores reformistas; "utopistas" eran los que se llamaban socialistas y que, para los efectos del momento, constituían un mismo grupo con los liberales.

El periódico *El Amigo del Pueblo*, fundado entre otros por el mismo Lastarria, se creó para intermediar entre los "ilustrados" y el "pueblo", y así superar los escollos que impedían incorporar al pueblo como instancia concreta en la lucha por el poder. En primer lugar, intentaron desmentir las versiones que convertían el clamor popular en una amenaza, y las denunciaron como una fabricación histórica para impedir la actualización de la república. "En Chile, para mengua del sistema republicano, ha sido costumbre alarmarse cada vez que el pueblo se ha levantado a entreverse en las

[105] *El Verdadero Chileno,* 26 de septiembre de l850.
[106] Ibídem.
[107] Publicada en *El Progreso*, 23 de diciembre de l850.
[108] *El Mercurio,* l5 de noviembre de l850.
[109] Ibídem.

públicas discusiones"[110]. Un editorial de *La Barra*, órgano opositor, afirmaba que "Apenas comienza a sentirse una señal lejana de movimiento social, apenas el pueblo se reúne y piensa, el retrógrado nos aturde con su pesada frase de orden y pretende con ella detener todo movimiento saludable, todo pensamiento reformador[111]". Sin embargo, al pueblo no hay que temer, ya que en este país es "obediente y manso"[112]. "La turbación no está en el pueblo, sino en el círculo de conjurados políticos que traman la ruina de la república", decía también *El Amigo del Pueblo*[113]. *La Barra*, por su parte, sostenía: "La agitación bienhechora que agita y anima a la clase obrera asusta a los siervos del poder: para desnaturalizarla se apela a la calumnia, se habla de fines anárquicos en las personas que componen los grupos de la numerosa sociedad de obreros que trabaja en Santiago, y aún se hace más, se recomienda a los sacerdotes que persigan en el púlpito y en el confesionario esta asociación de paz y de fraternidad..."[114] .

Los sectores gobiernistas y conservadores, efectivamente, acogían este discurso con alarma. En una alusión directa a la prensa, vehículo esencial de trasmisión ideológica en la época, *El Mercurio* publicaba: "Lo que la oposición siembra en Santiago con sus clubes y sus barras organizadas no es la guerra civil, de cierto"; sin embargo, le asigna la culpa de enfrentar el sufrimiento de la población, "responsabilizando a nombres propios, a causas visibles, de los hechos fuera del alcance del poder humano". Con ello, siembra el conflicto social, "terremoto que hunde bajo las ruinas una sociedad entera en una noche infausta"[115]. Esta forma de campaña del terror no hacía sino sembrar violencia en un discurso político ya enardecido. "La palabra orden es la bandera remendada con que estos modernos conspiradores han dado la voz de alarma y han querido despertar odios contra el partido reformista...", escribía *El Progreso*[116]. E insistían en que "nosotros no hemos querido colocar el poder en las manos populares", sin comprender que no rompían el consenso elitista por pretender cambiar de mano el poder institucional, sino por violentar las normas de control social que regulaban el cambio gradual, y que no admitían en ese momento la incorporación social ni política de otros grupos sociales. Evidentemente,

---

[110] *El Amigo del Pueblo*, 29 de abril de l850.
[111] *La Barra*, 8 de julio de l850.
[112] Ibídem.
[113] *El Amigo del Pueblo*, 1 de mayo de l850.
[114] *La Barra*, 27 de junio de l850.
[115] *El Mercurio*, 6 de julio de l850. En Septiembre de l850 también se fundó la Sociedad Aconcagüina, "para sostener a la verdadera República y a la oposición."
[116] *El Progreso*, 24 de abril de l850.

cuando los opositores afirman que quieren educar a la clase obrera y ponerla "en situación de juzgar, de conocer de la cosa pública" a fin de otorgarles "participación legal" para lograr la "verdadera democracia", ya alteran suficientemente las reglas del juego que no contemplaban la adjucación de derechos a otros sectores sociales, ni menos con intereses conflictuantes[117].

Sin embargo, la parte más grave del problema planteado por la Sociedad de la Igualdad y por los opositores continúa siendo, más que el riesgo concreto de su posición respecto a la estabilidad institucional por su apelación al pueblo, el hecho de producirse un discurso ideológicamente conflictivo entre miembros aceptados de la clase dirigente. Ello demuestra una realidad de diversificación de los intereses comunes que es percibida como verdaderamente riesgosa. Así lo reconoce *El Progreso,* cuando afirma que se ha perdido "la unidad de intereses", con motivo de la discusión parlamentaria de los mayorazgos.

Polarización y revolución

El fantasma del desorden institucional acechó conjuntamente con el del desorden social. "Pesa sobre las personas encargadas del poder una inmensa responsabilidad ante Dios y los hombres si la conservación del orden público se descuida por obra de los anarquistas que quieren destruir las leyes y las instituciones" amenazaba *El Verdadero Chileno* ya a comienzos de l850[118]. Este artículo formaba parte de una serie encaminada a valorizar el orden como fundamento de todo progreso, incluido el diplomático y económico. El orden legal aparecía crecientemente como una virtud superior a la libertad y a la democracia: "Bien conocidas son las ventajas que trae consigo el sistema representativo para procurar la felicidad de los pueblos. Más también lo son los escollos que presenta y que exponen a las naciones a grandes ruinas".

En este contexto, se produjo el levantamiento del 20 de abril de l851, más allá de toda expectativa, en la medida en que fue "una batalla en las calles de Santiago", como escribe Vicuña Mackenna[119]. Una asonada, una forma de catarsis necesaria en medio de tanta efervescencia discursiva. "Después de veinte años el país [...] comenzó por pedir la libertad para el orden, o en otros términos, la regularización de ese principio proclamado en

---

[117] *El Progreso,* 4 de mayo de l850.

[118] *El Verdadero Chileno,* l0 de mayo de l850

[119] B. Vicuña Mackenna, *Historia de la jornada del 20 de abril de l851* (Santiago: Rafael Jover, Ed., 1978.)

l830, pero con las modificaciones de nuestro estado social [...]", comenta Domingo Santa María en una carta donde irónicamente tilda a conservadores de los "ordencitas". Para el futuro presidente, la jornada del 20 de abril definió a los partidos en sus posiciones futuras: "los unos decían el orden, aún tolerando los abusos y sacrificando la libertad, y los otros respondían: la libertad como medio de conservar el orden y reprimir y castigar los abusos"[120]. Los sucesos fueron básicamente un movimiento de tropas en el batallón Valdivia y "populacho" amotinado a mando del coronel Pedro Urriola en la Alameda, quienes intentaron asaltar el cuartel de artillería para presionar al gobierno hacia un cambio de ministerio[121]. El levantamiento mismo terminó con la muerte de Urriola y la defensa personal y exitosa de la institucionalidad por parte del presidente Bulnes. Sus secuelas, sin embargo, fueron muchas, especialmente en el terreno de la disputa por el predominio del valor de orden, el cual tomó con más fuerza sus acepciones de orden institucional en oposición a la disolución anárquica, asignada cada vez con mayor fuerza, incluso con contenido histriónico, como proyecto político de la oposición. El gobierno se esforzó por vincular también ese contenido anárquico con las ideas liberales y socialistas, mostrando así la anticipación de una ruptura ideológica que atravesaba las fronteras seguras con consenso social, produciendo adeptos en todas las clases. Lo reconoció Bulnes en su mensaje a la nación del año 51, donde a pesar de restar importancia a la oposición a su gobierno, admitió que existían "doctrinas desorganizadoras" provenientes de Europa en nuestro país. "Ya hemos probado el amargo fruto de sus inspiraciones [...]", decía en su discurso[122].

A ese espíritu pertenece una de las declaraciones doctrinarias más importantes de la década, el Manifiesto del Partido Conservador, producido en junio de l851. El documento hace una larga exposición de la excepcionalidad de Chile respecto de los demás países latinoamericanos por su organización institucional y adelantos materiales, alertando contra los fracasos que se han producido cuando no se ha respetado la necesidad de una adaptación lenta y cuidadosa de la nación para el advenimiento de la democracia. Los hombres que han dirigido a Chile, dice el documento, "han comprendido muy bien que el pueblo no es una entidad que sale perfecta de manos del

---

120 Archivo Santa María, documento 4278.

121 Ver B. Vicuña Mackenna, *Historia de la jornada... , op. cit.*

122 *El pasado republicano o sea colección de discursos pronunciados por los Presidentes de la República ante el Congreso Nacional al inaugurar cada año el período legislativo, l832-l900,* T. I, p. 223.

Criador". Respecto del conflicto partidario del momento, el Manifiesto define a los partidos como defendiendo, uno el "orden y progreso gradual", y el otro, "la revolución y retroceso", no dejando lugar a dudas respecto de su adhesión a la candidatura de Manuel Montt a la presidencia[123]. Con este documento, el Partido Conservador define una postura ideológica, asume su carácter de partido político y traza la línea desde donde la oposición constituye, por lo tanto, otro partido. Ambos, integrados por miembros del grupo dirigente, se dividen por líneas doctrinarias crecientemente irreconciliables. Lo que antes eran matices frente a la gradualidad del cambio, ahora se ha convertido en la posibilidad de proyectos políticos divergentes, en la medida en que ambos bandos clarifiquen y solidifiquen los alcances de los conceptos en disputa. Es decir, a medida que el contenido de los conceptos de república, de democracia, de sufragio, de religión vayan asumiendo perfiles más nítidos en ambos bandos, la lucha doctrinaria tomará preponderancia sobre los elementos de consenso social. Que éstos estaban aún vigentes lo demuestra el nuevo periodo de tranquilidad que se produce luego de los disturbios revolucionarios, demostrando que el temor a la anarquía aún podía hacer resurgir elementos de unión histórica y de valoración del orden como elemento de cohesión social, de estabilidad institucional y de progreso material del país.

El triunfo de Montt y sus primeros meses en el Palacio de la Moneda estuvieron marcados por el signo de la revolución. Si bien como insurrección contra el gobierno la Revolución de l851 tiene importancia histórica, desde la perspectiva de la historia de la noción de orden constituye la culminación de un proceso, donde por una parte se fue minando la definición tradicional de ese concepto como elemento de cohesión, pero por otra el apego a él demuestra su fortaleza ante los proyectos aún débiles de creación de un nuevo orden político.

Orden y progreso

El gobierno de Manuel Montt se caracterizó por su vocación de progreso material: construcción de caminos, puentes, ferrocarriles, ampliación de la frontera, apertura de nuevos territorios, fortalecimiento de la marina mercante, incentivo a la inmigración europea. Confiaba en que el desarrollo del país produciría condiciones de orden; sabía que el orden social e institucional era requisito para el bienestar económico, por lo que

[123] "Manifiesto del Partido Conservador a la nación", publicado en *El Mercurio*, 24 de junio de l851.

no trepidaba en hacerlo respetar a toda costa. Por lo tanto, así como en la década de l830 predominó la polaridad orden-anarquía, y en l840 el país se debatía entre orden y libertad, en el periodo que siguió a la Revolución de l851 el orden se definió fundamentalmente como requisito para el progreso del país.

Subsistió, a ratos predominantemente, un discurso político que demostraba que el fantasma de la anarquía continuaba presente. De hecho, el país se mantuvo bajo periodos de excepción durante cinco años y un mes. Eran frecuentes las discusiones en la Cámara y las denuncias sobre eventuales conspiraciones, muchas de las cuales eran de mínima cuantía. El país estaba alerta. La discusión sobre la amnistía prometida por el presidente Bulnes a los revolucionarios del 51 lo demostró. Era un tira y afloja; lo que por una parte se daba, por otra se negaba. Así lo reconoció el ministro Anatonio Varas cuando en l852 pidió y obtuvo facultades extraordinarias al Congreso en medio de la oferta gubernamental de amnistía: "El propósito del gobierno es echar un velo de olvido sobre los acontecimientos pasados, pero este propósito será contrariado si el orden no está asegurado, si el gobierno no se halla en posesión de medio expeditos y eficaces para alejar todo ataque, toda tentativa dirigida a perturbarlo"[124]. El problema de la amnistía, primero a los insurrectos, luego a diversos conspiradores y también a los desterrados, fue de larga duración. En todo momento se demostró que estaba en juego, por una parte, la superación de un conflicto y el retorno del consenso, pero por otra, la mantención de un grado de alarma que justificara que el orden fuera la prioridad de toda decisión política. Lo expresó bien el diputado Correa en una sesión de la Cámara, donde se discutía nuevamente el tema de la amnistía: "Se dice que ningún temor se abriga respecto de la tranquilidad que domina en la República [...] y sin embargo se dejan entrever sospechas y un miedo indefinible, que contrasta abiertamente con la serenidad que se afecta respecto del orden y seguridad interior del país"[125]. Mostraba la paradoja en la discusión de la ley de amnistía para desterrados, refutada finalmente por el mismo gobierno que la había propiciado en virtud de la necesidad de defender el orden. El diputado Correa persistió en mostrar la paradoja en un argumento que es persistente en todas las discusiones parlamentarias, especialmente cuando se denuncian las conspiraciones. "¿O quiere el señor Ministro dar el carácter de revoluciones a la borrachera que tuvo lugar últimamente en la Penitenciaria [...]? Pues digo al señor Ministro que las que él llama revoluciones las sofoca con mucha facilidad, pues bastó en ésta el poner en calabozo a

[124] *SCL*, Cámara de Senadores, l0 de septiembre de l852.
[125] *SCL*, Cámara de Diputados, l7 de junio de l857.

unos cuantos individuos"[126]. Recién en julio de l857 es promulgada la ley de amnistía a los involucrados en la Revolución de l851. Las denuncias de conspiraciones continuaron durante todo el periodo, manteniendo la tensión que el gobierno creía necesaria para que no se aflojase la preocupación por el orden público.

Al mismo tiempo, el país recibía testimonios de un discurso progresista y pacificador. Esa fue la tónica de casi todos los mensajes anuales del presidente a la nación. Así, en l853, cuando el presidente renunció momentáneamente a sus facultades extraordinarias, expresó: "Consolidado el orden interior, me complazco en poner a vuestra disposición las facultades con que me investisteis en septiembre del año anterior, satisfecho de haber correspondido a la confianza con que me honrasteis al conferírmelas". También expresó: "Cicatrizar las heridas de las últimas discordias es el voto más ferviente del Gobierno; pero no es de menor importancia el afianzamiento de este orden precioso [...]"[127]. En l854, dando cuenta de los progresos materiales del país, nuevamente atribuía el desarrollo a la situación de orden imperante: "La consolidación del orden es la fuente fecunda de esos bienes, y a ella he consagrado muy particularmente mis esfuerzos". Y agregó: "La confianza pública en la tranquilidad, en la estabilidad del orden interior, es de tanta importancia, es de tan poderosa influencia en la prosperidad del país, en sus adelantos en todos los ramos, e impone su conservación tan inmensa responsabilidad para con la patria, que la mesura y circunspección en medidas que pudieran debilitarla, son exigidas, no sólo por la conveniencia pública, sino por un deber; y ante un deber necesario es que cedan los sentimientos de benevolencia"[128]. En l855, el presidente Montt preparó un discurso especialmente positivo respecto de los adelantos materiales del país, haciendo hincapié en la noción de progreso vinculada al orden; la consolidación de ese progreso aparece como el cambio suficiente y necesario hacia la modernidad: "Esa marcada marcha progresista y progresiva regulada por la prudencia, es ya la situación normal de la República. Obedecemos a una ley de las sociedades nunca más imperiosas que en los presentes tiempos, avanzar [...]"[129]. El mismo concepto aparece en su Mensaje de 1856: "El espíritu de orden, el respeto a la ley, han recobrado nuevo vigor y cimentado su imperio, y protegidos y favorecidos por ellos, los elementos de riqueza y de prosperidad en que abundamos, han recibido singular desarrollo, y difundido el bienestar por todas las condiciones socia-

[126] *SCL*, Cámara de Senadores, 4 de julio de l857.

[127] Mensaje del Pdte. de la República al Congreso, 1 de junio de l853, en *El Pasado Republicano, op. cit.*

[128] Ibídem, 1 de junio de l854

[129] Ibídem, 1 de junio de l855

les, abierto nuevas vías y allanado obstáculos para seguir adelante en la mejora del servicio público en todos sus ramos"[130].

Hasta mediados de la década de l850, con una nueva composición, de alguna manera se mantiene la alternancia entre los *allegros* y *adagios* que se individualizaron para las décadas anteriores. La clase dirigente chilena continuaba siendo un actor homogéneo, vinculada por lazos sociales fuertes, en relación tensa con el autoritarismo presidencial y con las ideas de progreso propias de su siglo. Sin embargo, controlando el paso, aparecía dispuesta a avanzar dentro de un marco institucional rígido que diera garantías de orden. La Revolución del 51, con la exacerbación pasional que la rodeó, había rendido sus frutos en términos de demostrar que sólo la unión de la elite, monopolizadora del concepto de sociedad civil, podía mantener el orden. De hecho, desde el punto de vista más conservador, el levantamiento contra el orden había sido producto de un militar; varias de las asonadas anteriores también tuvieron conducción militar. De ahí que el consenso debía abarcar a la sociedad civil, en ese tiempo sin posibilidades de acudir a otras instancias como garantes del orden. La percepción de este temor hacia los militares quedó de manifiesto en la discusión de un proyecto iniciado por el presidente de la república sobre reforma militar, y que incluía suministrar medios a los sectores militares bajos para ejercer algún oficio rentable, en reemplazo del sistema de montepíos. La discusión demostró un enorme desprecio por parte de la oposición hacia la capacidad de los militares de integrarse a la sociedad civil. Así lo expresó el diputado Correa: "[...] estos infelices, una vez que han agotado todos los medios de subsistencia, cuando todos los caminos para hacer fortuna se les presenten cerrados, recurren al arbitrio favorito de las revoluciones [...]"[131].

La secularización: Embate fatal al consenso

En el ambiente de reposo político que se impuso desde la Revolución del 51, se continuaban incubando las ideas de la modernidad ilustrada que la sociedad chilena lograba por momentos mantener al margen de una influencia social e institucional, y que en ciertas épocas surgía con gran fuerza en el discurso político y en la prensa. "Dos materias estuvieron vedadas para la prensa en los primeros años de su gobierno (de Montt): la política y la religión [...] y si la prensa, por esa tremenda inclinación que

[130] Ibídem, 1 de junio de l856
[131] *SCL*, Cámara de Diputados, sesión l6, 23 de julio de l856.

tiene a decirlo todo, se desviaba, él sabía frenarla y ponerle una mordaza"[132]. Domingo Santa María, reflexionando sobre este período, da la impresión de que el reposo obedecía al autoritarismo presidencial y a una anuencia inicial de Montt hacia la Iglesia. Si en parte eso sucedió, también es cierto que, políticamente, el liberalismo se había replegado en una lucha mucho más serena por reformas a la Constitución de l833 y por la libertad electoral, que contribuyeran a actualizar la república y a crear instituciones políticas más democráticas. Sin embargo, aunque la aplicación de las nuevas ideas pudiera controlarse a un nivel, su influencia había operado ya efectos sobre las conciencias de los líderes y, sobre todo, de los intelectuales, de manera que ante el menor conflicto institucional podían abrirse los diques que contenían un grado de tolerancia religiosa, y demostraban distanciamiento de algunos sectores hacia los dictámenes de la Iglesia católica. La religión católica y una visión católica del mundo constituían un elemento consensual dentro de la clase dirigente chilena. Heredada de la legitimidad monárquica, pero desaparecida la figura del monarca, la religión había sido un elemento decisivo de cohesión y de definición de valores comunes para las nuevas clases poseedoras de la autoridad. No es de extrañar, entonces, que toda Constitución proclamase a la religión católica como única del Estado, y prohibiese la profesión de cualquier otra fe. En momentos en que el Estado buscaba su consolidación, la Iglesia era la institución permanente, el mayor referente en la definición de valores que abarcaban toda la vida privada y pública de la sociedad chilena del siglo XIX.

La penetración de las ideas de la modernidad ilustrada había sido sometida a controles rigurosos, en parte por su contenido secularizador. Sin embargo, la preponderancia de los conflictos políticos, y el temor a una revolución que pusiera en riesgo las instituciones del Estado, hicieron prevalecer la atención sobre el orden como manera de prevenir la anarquía. Las demás áreas de expresión del orden, incluidas las doctrinarias que servían de base para el orden público, vieron disminuidas sus posibilidades de expresiones públicas, aunque no por ello quedaba menos de manifiesto que los sectores liberales se encontraban en un proceso de creciente desafío a lo que percibían como una utilización de la religión por parte del gobierno para los efectos de preservar el orden. Ya en l850, *El Amigo del Pueblo* escribía: "Iniciad el progreso religioso, presentad una cuestión nacional, pedid mejoras sociales, y los veréis levantarse unidos y rechazar vuestras

[132] Archivo Sta. Maria, Doc. 4507.

demandas a nombre de la religión y del orden [...]"[133]. Los partidarios del gobierno, por otra parte, expresaban, refiriéndose a los nuevos clubes, que eran una secta que "[...] amenaza destruir todo orden en la sociedad. Para contrarrestar esta terrible invasión deben emplear sus esfuerzos combinados, el Catolicismo, el Gobierno y los hombres de bien." Respecto de las ideas políticas no católicas, el artículo decía: "El Clero está en el deber, para salvar la sociedad y la Iglesia, de declarar una guerra tenaz y santa contra el socialismo"[134].

Aún antes de asumir la presidencia, Manuel Montt y su ministro Varas habían tomado en varias ocasiones posturas que demostraban, por una parte, su visión de la Iglesia como supeditada al Estado y, por otra, una actitud de independencia cultural respecto de la religión. Ya en l850, Montt presentó a la Cámara de Diputados un proyecto de instrucción primaria que obligaba a los monasterios de monjas contemplativas a sostener escuelas. Ante la oposición de José I. V. Eyzaguirre, Montt replicó: "Si los conventos de monjas tienen para mantener escuelas; si pueden hacer este servicio a la población; si por este medio pueden propagar la ilustración [...] ¿por qué la ley no les ha de imponer esta obligación? Si es una carga que debe pesar sobre todos los ciudadanos, justo es que pese también sobre la sociedad en general"[135]. Evidentemente, la expresión pública de un positivismo materialista como el que expresan Montt y otros portavoces ideológicos de la época daba señales de alerta sobre un rompimiento doctrinario que la Iglesia intentó impedir.

En ese espíritu se insertó el Edicto Pastoral que dirigió el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso al clero y a los católicos en junio de l850. Allí denunció los perniciosos efectos de la ilustración y su "lenguaje distinto del de nuestra Santa Madre Iglesia Católica", enfatizando sobre todo los aspectos de orden social. A su juicio, "en nombre de la ilustración se aboga por el error [...]". En una condena directa a *El Amigo del Pueblo,* sostenía que ese periódico pretendía "arrancar del corazón del pobre la religión, fuente de sus consuelos, lenitivo de las penalidades del trabajo a que su condición lo somete, y áncora de todas sus esperanzas". Afirmó que [...] "una vez rotos los diques que nuestra santa religión opone al desborde de las pasiones, no puede haber más que confusión, inseguridad y desorden"[136].

---

[133] *El Amigo del Pueblo*, "A los republicanos en Chile", 1 de abril de l850.

[134] *El Verdadero Chileno*, 4 de julio de l850

[135] *SCL*, Cámara de Diputados, 5 de junio de l850.

[136] Rafael Valentín Valdivieso, *Edicto pastoral que el ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo, doctor R.V. Valdivieso dirije al clero y pueblo de su arquidiócesis* (Santiago: Imprenta de la Sociedad, junio 29 de l850).

Los documentos eclesiales y gubernamentales no dejan duda respecto de la conciencia sobre el poder ordenador que ejercía la religión y la Iglesia. Tampoco se puede dudar que la presentación de la religión como un alivio o paliativo de las desgracias indica que el énfasis no estaba puesto en el cambio de situación, en el mejoramiento de las condiciones materiales de vida, sino en los mecanismos que permitieran soportarlas mejor. En ese sentido, el catolicismo cumplía un propósito político como dique contenedor de las fuerzas de cambio. Domingo Santa María, sagaz observador de la realidad, percibe lo anterior y lo expresa, comentando sobre los sucesos de l851: "En estas luchas intestinas, los partidos echan mano a la religión como un fácil expediente para seducir los ánimos en favor de sus pretensiones; interpretan su moral para arrastrar a la muchedumbre [...]" El futuro presidente también tenía conciencia del rol moderador que se le asignaba a la religión, y a pesar de la postura oficial de la Iglesia entendía que el mensaje cristiano no podía servir esos propósitos. Por eso, afirmaba que "la moral esencialmente democrática de Cristo no servirá jamás, sino mediante crueles tergiversaciones, para apoyar otra causa que no sea la del pobre, la del pueblo, que no sea la de la libertad. Aceptemos al sacerdote como ciudadano"[137].

Las expresiones públicas de la influencia ilustrada que limitaba la ingerencia de la Iglesia en materias públicas; que sometía a sus prelados a la sociedad civil; que cuestionaba las prerrogativas de sus instituciones y, lo más grave, que lo hacía desde un lenguaje racional positivista, fueron paulatinamente sucediéndose e impregnando el discurso que se presentaba por la prensa y en las Cámaras, las dos principales fuentes de expresión de opinión pública en la época. Es decir, desde que se declaró a Bilbao loco y se le quiso encerrar en la Casa de San Andrés, en Lima, habían transcurrido siete importantes años que validaban, al menos en el plano intelectual, el nuevo discurso laico. Lo anterior no significa que fuera moralmente aceptado, ni menos cuando el temor al desorden arreciaba. En l853, luego de unas asonadas, *El Mercurio* publicaba: "La Iglesia es la única que puede decir, por el momento, lo que está bien y lo que cae en la inmoralidad. Por eso, señores, debemos guardar silencio y no emitir juicios desacertados con respecto a las actitudes del gobierno y de algunos desalmados. El norte y el sur se estremecen frente a lo que el centro hace"[138]. En ese mismo año, el gobierno cerró la imprenta El Progreso, cuyo redactor se declaró adversario de los jesuitas, a quienes Montt, en l844, siendo ministro de Estado, había autorizado el retorno al país.

[137] Domingo Santa María, "Apuntes sobre la Rev. l851", Archivo Santa María, doc. 4278.

[138] *El Mercurio*, l8 de mayo de l853.

Sin embargo, ese ánimo conciliador con la Iglesia se oponía a los propósitos de fortalecimiento del Estado, en la medida en que ésta oponía resistencia a la secularización de cualesquiera de sus expresiones. Eso fue en esencia lo que sucedió en l856 con el famoso conflicto del sacristán, cuando dos canónigos se negaron a obedecer a la autoridad eclesiástica, y ésta les suspendió del ejercicio sacerdotal. Los canónigos recurrieron de fuerza ante la Corte Suprema, cuyo dictamen fue desfavorable al arzobispo, devolviendo su ministerio sacerdotal a los canónigos. Se intercambiaron oficios agresivos entre Montt y el arzobispo, terciando finalmente Varas, quien logró que los canónigos se sometieran por su voluntad a la decisión de la Iglesia. El episodio era sin duda menor; el énfasis del gobierno en demostrar su poder indica una voluntad de medición de fuerzas que haría entrar a toda la elite chilena en la contienda.

En forma paralela a la lucha del Estado y la Iglesia por sus prerrogativas mutuas, el ambiente se encontró maduro para que la lucha trascendiese a todos los espacios en que se expresaba la opinión pública, dando así origen, desde las diferencias doctrinarias, al surgimiento de nuevos partidos políticos, los primeros trazados con líneas ideológicas. El debate superó el mero conflicto institucional, como el planteado por el sacristán, y abordó los problemas doctrinarios que afectaban directamente a la vida privada y pública. Así se inició, por ejemplo, la discusión sobre la educación católica, de larga duración y controversia en las décadas siguientes. Más grave aún: comenzó a plantearse en la Cámara y en la prensa el problema de la tolerancia religiosa y la libertad de cultos, vinculada esta vez con signo contrario al progreso. La inmigración europea no católica hacía surgir la necesidad. “Ya es tiempo que las puertas de nuestra patria estén abiertas para el hombre, es decir, para los creyentes de todas las religiones; ya es tiempo de no preguntar al individuo qué es lo que cree sino lo que hace, es tiempo de mirar sus obras y dejar a un lado su fe [...]”, planteaba el diputado Matta, en una interpelación del Ministro del Interior[139].

El resultado inmediato de este debate fue el fortalecimiento de la división entre las posiciones clericales del partido conservador, y aquel sector más laico, menos confesional y que priorizaba los asuntos de orden político por sobre los religiosos. Éste es el origen del nuevo Partido Conservador y del monttvarismo o Partido Nacional. El primero se convirtió en aliado y portavoz del clero; el segundo, en un partido instrumental de apoyo al gobierno. En esos momentos surgió también la paradoja histórica que significó la llamada “fusión” entre conservadores y liberales, provocada tan

[139] *SCL*, Cámara de Diputados, 3 de agosto de l858, p.176-180.

sólo por su oposición al gobierno, y a pesar de que el Partido Conservador mantuvo abiertamente su clericalismo. En este periodo, *El Conservador* escribió que su "norma de conducta" era "el sostenimiento del orden, por medio del respeto sagrado a las instituciones, incluyendo así en ellas al elemento religioso, que es la base única de la paz en todos los pueblos de la Tierra". Más aún, sostuvo que "la base en que reside el orden público, la que sostiene la pureza de las costumbres, y la forma y el carácter de los hombres en las sociedades humanas" son las ideas religiosas[140].

Los nuevos actores y la revolución de 1859

El progreso material que indudablemente se produjo durante el gobierno de Montt tuvo como consecuencia el surgimiento de nuevas fortunas y nuevos centros de poder económico paralelos a los tradicionales. No es coincidencia que en esta década aparezca una nueva generación que se suma a los intelectuales de cuño aristocrático que comenzaron a hacer oír sus voces en la década de l840. Manuel Antonio y Guillermo Matta, Tomás Ángel Custodio y Pedro León Gallo son un ejemplo de estos nuevos hombres audaces, imaginativos, libertarios y, sobre todo, laicos, que ya se hacían oír en la prensa y el Parlamento. Ajenos a la historia de consenso social que unía a la elite, su voz se sumó facilmente a los disidentes; no tenían, sin embargo, como ellos, esa sensación visceral de pertenencia que impedía la ruptura. Estos eran hombres que se movían por sus intereses y sus creencias, ajenos a todo criterio de pertenencia social, aunque en el nivel formal se entroncaran rápidamente con las grandes familias. El nuevo contexto le imprime al conflicto religioso caracteres de lucha social, los cuales se expresarán crecientemente a lo largo del proceso de erosión de los antiguos consensos y de triunfo de un consenso de tipo oligárquico.

A partir de l857, la tranquilidad comenzó a ceder. Se vivía una campaña electoral para renovar el Parlamento, y nuevamente comenzaron las denuncias de conspiración contra el gobierno. Éste, además, enfrentaba la creciente oposición del bando conservador unido al liberal, lo que no significaba tolerancia hacia los sectores más radicales dentro del liberalismo. Por ejemplo, Benjamín Vicuña Mackenna se convirtió en blanco de los ataques cuando denunció la instrumentalidad de la fusión, y también cuando lanzó su campaña de presión para reformas constitucionales, especialmente a través del periódico *La Asamblea Constituyente*.

[140] *El Conservador*, 30 de diciembre de l857.

Como en una suerte de fatalidad histórica, al crecer el conflicto electoral y polarizarse las posiciones, la prensa retoma el estilo rupturista de 1850. Nuevamente es cuestionada la misma noción de orden como innecesaria o entorpecedora del progreso, o como instrumento de manipulación electoral. "Chile necesitaría renunciar a sus hábitos de orden y de regularidad, a su carácter, creencias y costumbres [...] para sustituir el sistema de gobierno", osó escribir *La Actualidad* en el calor de la lucha[141]. El gobierno, también como antaño, intentó capitalizar a su favor el progreso material y sus requerimientos de orden, lo que le dio el triunfo en las elecciones parlamentarias de l858, y lo animó a replantear el problema de la extensión del sufragio, en un primer embate por soslayar la posibilidad de control eleccionario por parte de los partidos tradicionales.

Las posiciones, sin embargo, continuaron polarizándose, al punto que Montt consideró oportuno renunciar ante lo que él juzgó la imposibilidad de gobernar por la oposición parlamentaria. Efectivamente, la oposición creció y se fortaleció, mientras el gobierno cerró filas en sus posiciones. La sensación que se lograba por ambos bandos, como lo expresó Vicuña Mackenna en *La Asamblea Constituyente*, era de caos: "El mal está pues en todas partes, en las leyes, en la sociedad, en el sistema político, en el pueblo, en los partidos, en la fatalidad misma de los acontecimientos que se agolpan y se complican hasta hacernos creer que hemos sido arrojados por una mano invisible en el vacío del caos"[142]. No obstante el diagnóstico, la estrategia fue acentuar la solicitación de reformas y el desprestigio a la Constitución de 1833, a la cual se tildaba de "edificio en ruina", en la medida en que no representaba ya a una sociedad que se declaraba haber evolucionado irremediablemente. Si el pueblo cambió, las instituciones debían adaptarse a ello, lo cual representa el triunfo de las ideas en la contienda trabada, desde l840, por el predominio de las instituciones o de las ideas como agentes de cambio[143]. "Es la revolución de ideas que avanza, esa revolución que se desprende de la conciencia de los pueblos como el torrente de los Andes", escribió J. M. Eguiluz[144]. Justo Arteaga Alemparte, nuevo portavoz liberal, admite lo anterior cuando afirma: "Las sociedades, por una ley de su vida y su desarrollo están sometidas a ciertas evoluciones necesarias, fatales: evoluciones que nadie ni nada puede contener". Su destino es asumir ese cambio, en este caso realizando la reforma, o la revolución

141 *La Actualidad*, 5 de febrero de l858.
142 *La Asamblea Constituyente*, 29 de octubre de l858.
143 *La Asamblea Constituyente*, 8 de noviembre de l858
144 *El Correo Literario*, 20 de noviembre de l858.

armada. “Si se le cierra el primero, tendrá, mal que le pese, que echarse en el segundo”[145].

En diciembre de l858, se cerró nuevamente el camino de la negociación, cuando el gobierno consideró subversiva una reunión en el Club de la Unión convocada para discutir la reforma necesaria a la Constitución. Sus asistentes fueron apresados. Desde ese momento hasta la sofocación final de la Revolución de l859, el orden, tan preciado y defendido por la administración Montt, parecía una quimera. La actitud revolucionaria de Pedro León Gallo en el norte del país confirmaba que el consenso tradicional estaba roto; la radicalización del liberalismo en boca de los partidarios de la reforma indicaba el fin del consenso doctrinario. Sin embargo, más allá de las conspiraciones militares y de los momentos revolucionarios, el orden, en oposición a la anarquía, prosperó como valor consensual. En ese sentido, es iluminador el discurso del presidente Montt en la inauguración de las Cámaras en l859: “La creciente prosperidad de la República, el desarrollo de sus elementos de bienestar y de riqueza, han sido seriamente perturbados en el año que acaba de trascurrir. Contra la marcha de progreso prudente que hemos seguido de tiempo atrás con paso firme y seguro, y conocidas ventajas, y cuyo impulso y fomento ha sido el objeto constante de mi Administración, se han invocado a la vez las doctrinas exageradas, ya de un radicalismo incompatible con el presente estado del país y aún de cualquiera otra sociedad, ya de un espíritu de resistencia a toda mejora y que condena toda innovación [...]”. Luego de este diagnóstico, el presidente solicitó poderes extraordinarios, porque “se ha trabajado con tanto empeño por precipitar el país al desorden, que para alejar todo peligro es necesario ocuparse con prudente firmeza en extinguir los gérmenes anárquicos”[146].

Nuevamente se impuso el orden, aunque los actores del consenso en torno a ese ideal habían variado ligeramente. “Ya no es posible que el oro de Chañarcillo y las vacas de las haciendas del sur encadenen la república a su insolente voluntad”, escribía *El Ferrocarril*, denunciando este cambio de actores[147]. El oro de los pipiolos y las vacas de los pelucones representaban el poder de un grupo unido por lazos tradicionales, que a partir de estos años comenzó a verse en la obligación de negociar su influencia con una burguesía con intereses distintos a los suyos, con un grupo de intelectuales modernos y laicos, y con un Estado de Derecho en forma, al cual es más difícil controlar. El consenso en torno al orden no desaparecerá; quedará funda-

[145] *La Asamblea Constituyente*, 13 de noviembre de l858.

[146] Mensaje del Presidente de la República al Congreso, en *El pasado republicano, op. cit.,* 1 junio l859.

[147] *El Ferrocarril* , 22 de enero de l859.

mentalmente en manos de una oligarquía que establece, durante un largo período, pactos políticos instrumentales con el fin de mantener el control hegemónico del Estado. □

LA TRAYECTORIA LATINOAMERICANA A LA MODERNIDAD*

Jorge Larraín

La modernidad, además de sus múltiples dimensiones de contenido, ha seguido diversas rutas históricas. Jorge Larraín explora en este trabajo la trayectoria latinoamericana como una forma específica y diferente de otras.

En contra de la idea de que la modernidad en América Latina constituye una opción alternativa a nuestra identidad o en conflicto con ella, el autor sostiene que la travesía latinoamericana hacia la modernidad es simultáneamente parte importante del proceso de construcción de identidad: no se opone a una identidad ya hecha, esencial, inamovible y constituida para siempre en un pasado premoderno, ni implica la adquisición de una identidad ajena.

El tema de la modernidad en América Latina está lleno de paradojas históricas. Fuimos descubiertos y colonizados en los albores de la modernidad europea y nos convertimos en el "otro" de su propia identidad, pero fuimos mantenidos deliberadamente aparte de sus principales procesos

JORGE LARRAÍN. Doctor en Sociología, Universidad de Sussex. Profesor e Investigador de ILADES. Profesor de Teoría Social, University of Birmingham, Reino Unido. Ex director del Departamento de Estudios Culturales de la misma universidad. Autor de varios libros en inglés y recientemente en castellano de *Modernidad, razón e identidad en América Latina* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1996).

* Este artículo se ha escrito en relación con el Proyecto FONDECYT Nº 1960050.

por el poder colonial. Abrazamos con entusiasmo la modernidad ilustrada al independizarnos de España, pero más en su horizonte formal, cultural y discursivo que en la práctica institucional política y económica, donde por mucho tiempo se mantuvieron estructuras tradicionales y/o excluyentes. Cuando por fin la modernidad política y económica empezó a introducirse en la práctica durante el siglo XX, surgieron sin embargo las dudas culturales acerca de si realmente podíamos modernizarnos adecuadamente o de si era acertado que lo hiciéramos siguiendo los patrones europeos y norteamericanos. Se ampliaron los procesos modernizadores en la práctica pero surgió la pregunta inquietante acerca de si podíamos llevarlos a cabo en forma auténtica. De este modo podría decirse que nacimos en la época moderna sin que nos dejaran ser modernos; cuando pudimos serlo, lo fuimos sólo en el discurso programático y cuando empezamos a serlo en la realidad, nos surgió la duda de si esto atentaba contra nuestra identidad.

Desde principios del siglo XIX la modernidad se ha presentado en América Latina como una opción alternativa a la identidad tanto por aquellos que sospechan de la modernidad ilustrada como por aquellos que la quieren a toda costa. El positivismo decimonónico, por ejemplo, quería el "orden y progreso" que la Ilustración podía darnos, y por eso se oponía fuertemente a la identidad cultural indo-ibérica prevaleciente. Su afán modernizador llegaba hasta el extremo de desconfiar de los propios elementos raciales constitutivos indígenas y negros porque supuestamente no tenían aptitudes para la civilización[1]. De un modo similar, aunque dejando de lado los aspectos racistas, Claudio Véliz aboga hoy día por la modernidad de tipo anglosajón que está llegando a América Latina, en la medida en que nuestra identidad barroca, bombardeada por artefactos de consumo, ha empezado a desaparecer en los años noventa[2].

Pero también aquellos que se oponen a la modernidad ilustrada en el siglo XX lo hacen en función de nuestra supuesta identidad de sustrato religioso, indígena o hispánico[3]. Morandé, por ejemplo, critica los intentos

[1] Autores tales como J. Prado, J. Gil Fortoul, C. O. Bunge, J. Ingenieros, J. B. Alberdi, D. F. Sarmiento propiciaban abiertamente la inmigración europea blanca para mejorar nuestra raza. Véase sobre esto O. Terán (ed.), *América Latina: Positivismo y nación* (México: Editorial Katún, 1983).

[2] Véase C. Véliz, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America* (Berkeley: University of California Press, 1994).

[3] Se incluyen aquí diversas formas de indigenismo, hispanismo y tradicionalismo religioso, en las que destacan autores tales como Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira y Pedro Morandé. E. Bradford Burns es aquí un caso especial porque, aunque acepta que la modernidad triunfó en América Latina, lo hizo a costa de la identidad y bienestar del pueblo. Véase su libro *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1980)

modernizadores en América Latina porque niegan nuestra verdadera identidad. La modernización, tal como ha ocurrido en América Latina, sería antitética con nuestro ser más profundo en la medida en que ha buscado su último sostén en el modelo ilustrado racional europeo[4]. Entre estos dos extremos están aquellos, como Octavio Paz y Carlos Fuentes, que sin oponerse ni adherir explícitamente a la modernidad ilustrada, tratan de mostrar cuán difícil ha sido el proceso de modernización latinoamericano debido al legado hispánico barroco, hasta el punto de que, para Fuentes, "somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad"[5], y según Paz, desde principios del siglo XX estaríamos "instalados en plena pseudomodernidad"[6] . De algún modo, nuestra identidad habría dilatado la búsqueda de modernidad o habría permitido que alcanzáramos sólo un remedo de modernidad.

Es curioso comprobar cómo, a pesar de las diferencias entre todos estos autores y de sus posturas favorables, indiferentes u opuestas a la modernidad, todos ellos la conciben como un fenómeno eminentemente europeo que sólo puede entenderse a partir de la experiencia y autoconciencia europeas. Por lo tanto, se supone que es totalmente ajena a América Latina y sólo puede existir en esta región en conflicto con nuestra verdadera identidad. Algunos se oponen a ella por esta razón y otros la quieren imponer a pesar de esta razón, pero ambos reconocen la existencia de un conflicto que hay que resolver en favor de una u otra. Tanto la modernidad como la identidad se absolutizan como fenómenos de raíces contrapuestas.

En oposición a estas teorías absolutistas que presentan a la modernidad y a la identidad como fenómenos mutuamente excluyentes en América Latina, quiero mostrar su continuidad e imbricación. El mismo proceso histórico de construcción de identidad es, desde un determinado momento, un proceso de construcción de la modernidad. Es cierto que la modernidad nace en Europa, pero Europa no monopoliza toda su trayectoria. Precisamente por ser un fenómeno globalizante, es activa y no pasivamente incorporada, adaptada y recontextualizada en América Latina en la totalidad de sus dimensiones institucionales. Que en estos mismos procesos e instituciones hay diferencias importantes con Europa, no cabe duda. América Latina tiene una manera específica de estar en la modernidad. Por eso nuestra modernidad no es exactamente igual que la europea; es una mezcla, es

[4] Véase P. Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Cuadernos del Instituto de Sociología (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1984).

[5] Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana* (Madrid: Narrativa Mondadori, 1990), pp. 12-13.

[6] Véase O. Paz, *El ogro filantrópico* (México: Joaquín Mortiz, 1979), p. 64.

híbrida, es fruto de un proceso de mediación que tiene su propia trayectoria; no es ni puramente endógena ni puramente impuesta; algunos la han llamado subordinada o periférica[7].

Por esta razón no sólo está el error de los que creen que la modernidad es imposible en Latinoamérica, sino también el error, bastante frecuente, de los que creen que vamos a llegar a la misma modernidad europea o norteamericana. Este error fue impulsado en los años cincuenta por algunas de las teorías de la modernización de origen norteamericano, que pensaban que estábamos en tránsito desde la sociedad tradicional a la sociedad moderna y que constituían a las propias sociedades industriales avanzadas en el modelo ideal que los países atrasados alcanzarían inevitablemente, siguiendo una ruta de transición que repetía las mismas etapas ya recorridas por ellas. En muchas de las posiciones neoliberales contemporáneas en Latinoamérica está implícita la idea de que la aplicación de políticas económicas apropiadas es la condición suficiente de un desarrollo acelerado, que inevitablemente nos llevará a una modernidad similar a la norteamericana o europea.

Pero no basta con afirmar que América Latina tiene una manera específica de estar en la modernidad. Es necesario mostrar en qué difieren o se asemejan la trayectoria latinoamericana a la modernidad y otras trayectorias; hay que intentar también establecer al menos algunos elementos específicos que caracterizan nuestra modernidad actual. El propósito de este trabajo es precisamente explorar, de manera más concreta, cuáles son los elementos definitorios de la trayectoria latinoamericana a la modernidad en contraste con la europea y en qué consiste la manera específicamente latinoamericana de estar en la modernidad. Intentará también explicar por qué, si la modernidad y la identidad no son fenómenos excluyentes, ha existido una tendencia tan marcada a lo largo de nuestra historia a considerar a la modernidad como algo externo y opuesto a nuestra identidad.

Trayectorias históricas de la modernidad

Desde el punto de vista de su evolución histórica, la modernidad es un proceso complejo que sigue diversas rutas[8]. Con frecuencia se cree que

---

[7] J. J. Brunner, *Cartografías de la modernidad* (Santiago: Dolmen, 1994), p. 144. Cristián Parker se ha referido también a una "modernización periférica" en América Latina. Véase su libro *Otra lógica en América Latina: Religión popular y modernización capitalista* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1993), capítulo 3.

[8] La idea de diversas trayectorias hacia la modernidad ha sido desarrollada por G. Therborn, *European Modernity and Beyond* (Londres: Sage, 1995), y por P. Wagner, *A Sociology of Modernity, Liberty and Discipline* (Londres: Routledge, 1994).

la modernidad es un fenómeno esencialmente europeo occidental y se olvida su tendencia globalizante, que la hace expandirse por todo el mundo, viéndose obligada a conectarse con realidades diferentes, adquiriendo así configuraciones y trayectorias diferentes. Sin duda, la modernidad nace en Europa y constituye un punto de referencia obligado de los procesos modernizadores en el resto del mundo, pero sigue distintas rutas en Japón y el sudeste asiático, en América del Norte y Australia, en África y, por último, en América Latina[9]. Se pueden distinguir así al menos cinco rutas diferentes que divergen sobre todo en sus comienzos pero que, a medida que avanza la globalización, empiezan a converger. Hacer un análisis acabado de estas cinco trayectorias está más allá de las posibilidades de este trabajo; por eso, después de mencionar en forma muy breve y general algunas características que distinguen a las trayectorias norteamericana, japonesa, africana y europea, nos concentraremos en la de Latinoamérica.

La trayectoria norteamericana a la modernidad es históricamente la más cercana a la europea y el resultado de un verdadero trasplante cultural a otra tierra[10], pero se diferencia de la europea porque su progreso inicial es retardado por el poder colonial inglés hasta la independencia. Una vez lograda la independencia, el proceso de construcción de la modernidad continúa siendo diferente del europeo, porque Estados Unidos parte sin el peso del régimen antiguo europeo y, por lo tanto, casi no conoce restricciones a la participación política y la cuestión social se presenta allí en forma muy atenuada[11].

La trayectoria hacia la modernidad de África es muy distinta porque parte de una imposición colonial del capitalismo, a fines del siglo XIX, con la expansión del imperio británico, que aplasta por la fuerza un modo de vida tradicional y tribal. Mientras la modernidad latinoamericana comenzó

---

[9] Esta clasificación de trayectorias difiere de la propuesta por G. Therborn y de la usada por C. Marín en su tesis doctoral. Therborn propone cuatro rutas: la europea, la de los mundos nuevos (incluyendo Norteamérica y Sudamérica), la de la zona colonial (África y el Pacífico del sur) y la de los países de modernización inducida externamente (Japón) (ibídem, pp. 5-6). Marín distingue al menos cinco trayectorias: Europa Occidental, América del Norte y Australia, Europa del Este y la Unión Soviética, América Latina y finalmente Japón y el sudeste asiático. Difiero de Therborn porque pienso que Norteamérica y Sudamérica no pueden ubicarse en la misma trayectoria. Con respecto a Marín, creo que Europa del Este es sólo un subgrupo iniciado en 1945 de una trayectoria europea común de cuatro siglos y medio; además es necesario considerar a África.

[10] La idea de un trasplante cultural o de "pueblos trasplantados" ha sido desarrollada por Darcy Ribeiro para dar cuenta de la radicación de europeos emigrados que desean reconstituir el estilo de vida de su cultura en otro continente, pero con mayor libertad y mejores perspectivas. Véase *Las Américas y la civilización* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992), p. 377.

[11] Sobre esto véase P. Wagner, *op. cit.*, p. 53.

con la independencia en los albores del sigo XIX, la modernidad africana comenzó con su colonización y se desarrolló bajo el poder colonial hasta la segunda mitad del siglo XX. Sufre, por lo tanto, de todos los traumas e inestabilidades que se originan en una situación colonial muy cercana. Un problema importante de la modernidad africana es que muchos de los países africanos son creaciones artificiales que surgieron sumando territorios a conveniencia de los conquistadores, pero sin tomar en cuenta importantes divisiones tribales y culturales que aún subsisten.

También Japón tiene una trayectoria especial a la modernidad impulsada por su propia clase dominante tradicional como una manera de impedir los intentos colonizadores de Occidente. El proceso comienza bien avanzado el siglo XIX con la restauración Meiji de 1868. Esta nueva elite quería mantener un modo tradicional de vida, pero organizando una economía y un Estado modernos. Para esta elite era indispensable pasar de un sistema semifeudal a uno moderno, como una necesidad de supervivencia nacional. Sin modernización, los europeos terminarían por apoderarse del país y convertirlo en una colonia, como estaba pasando con otros países asiáticos. La política anterior de aislamiento adoptada por el régimen Tokugawa había dado resultados por algún tiempo, pero ya a mediados del siglo XIX los países europeos estaban agresivamente "abriendo" toda Asia al comercio internacional y habían forzado a Japón a firmar algunos tratados en que se concedían privilegios comerciales a los extranjeros. La reacción Meiji fue tratar de oponerse a la penetración foránea adoptando los mismos métodos e instrumentos de los extranjeros.

La modernidad europea comienza a partir de procesos endógenos y en forma incipiente alrededor del siglo XVI y se consolida con la Ilustración en el siglo XVIII. Se podría decir que la trayectoria de la modernidad europea evoluciona históricamente en cinco fases. Desde principios del siglo XVI hasta el final del siglo XVIII se da una etapa precursora, en que la modernidad existe más como el ideario de algunos filósofos y tanto los avances materiales y políticos como los niveles de conciencia popular son bajos. La segunda fase, a partir de la ola revolucionaria de fines del siglo XVIII, cubre todo el siglo XIX. En lo económico se caracteriza por la revolución industrial y este proceso industrializador más las luchas organizadas de la clase obrera son los que llevan a la apertura política del sistema. En este período las ideas de la Ilustración configuran más precisamente la modernidad. La vida política comienza a democratizarse y un público más amplio comparte la experiencia de vivir una época nueva y revolucionaria. Sin embargo, es todavía importante la distancia entre el proyecto de la modernidad, en cuanto discurso organizado que establece un verdadero

imaginario de la modernidad, y las prácticas sociales e instituciones modernas que cada sociedad ha logrado realmente implementar y desarrollar[12].

De allí que la tercera fase, desde comienzos del siglo XX hasta 1945, sea de crisis y transición. Las ambigüedades del proceso modernizador, con sus promesas teóricas y exclusiones prácticas y las mismas críticas que estas inconsistencias despertaron, conducen a un proceso de readecuación de la modernidad en que la "cuestión social" asume una importancia fundamental[13]. Los principios liberales son sometidos a crítica y se piensa ahora en la creación de un Estado de bienestar para todos los ciudadanos. Estas ideas se consolidan en la práctica, en una cuarta etapa que va desde 1945 hasta 1973. Se crea así lo que Wagner ha llamado la modernidad organizada, la época de oro del capitalismo[14]. Como es sabido, sin embargo, esta etapa de estabilidad y crecimiento económico y de consolidación de la modernidad organizada termina hacia fines de la década de los 60 y la modernidad entra, una vez más, en crisis. En la raíz de esta segunda crisis de la modernidad existe un problema económico y de acumulación.

La trayectoria latinoamericana a la modernidad

La modernidad latinoamericana comienza en cambio más tarde, a principios del siglo XIX, con la independencia, porque España y Portugal lograron impedir su expansión durante tres siglos. No se da un trasplante cultural casi sin trabas desde Europa como en Norteamérica, pero sí una influencia importante de las ideas matrices de la Ilustración que deben enfrentar y readecuarse a un polo cultural indo-ibérico bastante resistente. Su primera fase durante el siglo XIX podría denominarse, con un cierto grado de contradicción, oligárquica, por su carácter restringido. Vale la pena destacar dos rasgos de esta etapa. Primero, en esta fase se adoptan ideas liberales, se expande la educación laica, se construye un Estado republicano y se introducen formas democráticas de gobierno, pero todo esto con extraordinarias restricciones de hecho a la participación amplia del pueblo. Segundo, a diferencia de la trayectoria europea, la industrialización se pospone y se sustituye por un sistema exportador de materias primas que mantiene el atraso de los sectores productivos.

De este modo, la modernidad latinoamericana durante el siglo XIX fue más política y cultural que económica y, en general, bastante restringi-

[12] Ibídem, p. 4.
[13] Ibídem, p. 58
[14] Ibídem, pp. 73 y ss.

da. Con todo, y a pesar de sus limitaciones, las modernizaciones logradas van de la mano con la reconstitución de una identidad cultural en que los valores de la libertad, de la democracia, de la igualdad racial, de la ciencia y de la educación laica y abierta experimentan un avance considerable con respecto de los valores prevalecientes en la colonia. No se trata de que los nuevos valores y prácticas ilustradas hayan desplazado totalmente al polo cultural indo-ibérico, pero sí lo modificaron y readecuaron en forma importante. Para los propulsores de la modernidad de esa época, ella podía lograrse sólo en la medida en que el *ethos* cultural indo-ibérico fuera radicalmente reemplazado y, para muchos de ellos, esto requería incluso un mejoramiento de la raza.

La segunda fase durante la primera mitad del siglo XX coincide históricamente con la primera crisis de la modernidad europea y de alguna manera la refleja, sólo que en América Latina las consecuencias son específicas: el poder oligárquico empieza a derrumbarse, la llamada "cuestión social" se hace urgente, vienen regímenes de carácter populista que incorporan a las clases medias al gobierno y se inician procesos de industrialización sustitutiva. Así entonces, mientras en Europa se vive la primera crisis de la industrialización liberal, en América Latina se vive la crisis terminal del sistema oligárquico y se comienza una industrialización sustitutiva con algún éxito. Esto significa, como lo ha sostenido Mouzelis, que el fin del régimen oligárquico ocurrió en un contexto preindustrial y que, por lo tanto, la apertura del sistema político no incluyó la participación activa de las clases trabajadoras organizadas, como en Europa, sino que tendió a incorporar a las clases medias a las estructuras de poder[15]. Es esta peculiaridad la que explica el surgimiento de regímenes populistas y la subsistencia de formas políticas personalistas y clientelistas.

Esta etapa de crisis y cambio en América Latina va acompañada en sus comienzos del surgimiento de una conciencia antiimperialista[16], de una valorización del mestizaje[17], de una conciencia indigenista acerca de la discriminación de los indios[18] y de una creciente conciencia social sobre los problemas de la clase obrera. Más tarde y en el contexto de la gran depresión, esta época difícil parece promover discursos y ensayos de carácter

---

[15] N. Mouzelis, *Politics in the Semi-Periphery* (Londres: Macmillan, 1986), p. xvi.

[16] Especialmente con respecto a las actividades de Estados Unidos. Véase J. E. Rodó, *Ariel* (Salamanca: Anaya, 1976).

[17] Véase J. Vasconcelos, *La raza cósmica* (Barcelona: S. A., 1927).

[18] Autores importantes de esta tendencia, aunque algunas veces con puntos de vista diferentes, son L. E. Valcárcel, M. González Prada, J. C. Mariátegui, H. Castro Pozo, V. R. Haya de la Torre, V. Lombardo Toledano y G. Aguirre Beltrán.

bastante pesimista que acentúan los rasgos negativos de nuestra identidad[19] o sueñan con rescatar los rasgos hispánicos de nuestro carácter[20]. Se ve así cómo una etapa de cambios económicos y políticos importantes va acompañada también de nuevas formas de conciencia social y de una búsqueda de identidad que ensaya varios caminos pero que, en todo caso, ha abandonado las certezas decimonónicas y que, en algunos casos significativos, intenta afirmar una identidad latinoamericana contra la modernidad. Sin embargo, la línea gruesa promoderna de apertura política, derechos sociales e industrialización es en la práctica el eje en torno al cual giran los grandes debates y los procesos de identidad básicos.

La tercera fase, desde fines de la segunda guerra mundial, consolida democracias de participación más amplia e importantes procesos de modernización de la base socioeconómica latinoamericana. Entre ellos destaca la industrialización, la ampliación del consumo y del empleo, la urbanización creciente y la expansión de la educación. Las teorías de la modernización y el pensamiento de CEPAL son recibidos y aplicados en todos lados. Se desarrollan Estados intervencionistas y proteccionistas que controlan casi toda la vida económica y que al mismo tiempo consolidan algunos aspectos del Estado de bienestar en salud, seguridad social, habitación y vivienda. Con todo, los beneficios de la modernidad están altamente concentrados y las grandes masas continúan excluidas.

Aunque esta fase coincide con la etapa de capitalismo organizado en Europa y tiene varios rasgos comunes, muestra también importantes diferencias. En primer lugar, el rol del Estado en la promoción del proceso de industrialización es mucho más marcado que el de la iniciativa privada. Segundo, la participación del capital extranjero es crecientemente más importante que la del capital nacional (el proteccionismo beneficia más a las corporaciones multinacionales que a las nacionales), lo que lleva a muchos autores a plantear teorías de la dependencia. Tercero, los elementos de Estado de bienestar que se han introducido por los gobiernos populistas y los avances de la industrialización no cubren a toda la población, como en

[19] De este período son, por ejemplo, las tesis acerca del resentimiento de los latinoamericanos, acerca de la duplicidad del carácter boliviano y acerca de la personalidad doble y resentida de los mexicanos. Véase respectivamente Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1946); Alcides Arguedas, "Pueblo enfermo" en J. Siles Guevara, *Las cien obras capitales de la literatura boliviana* (La Paz: Editorial Los Amigos del Libro, 1975), y Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959).

[20] Véase J. Eyzaguirre, *Hispanoamérica del dolor* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1947), y O. Lira, *Hispanidad y mestizaje* (Santiago: Editorial Covadonga, 1985).

Europa, y una importante masa de pobres marginados y excluidos crece alrededor de las grandes ciudades.

La comparación con la trayectoria asiática a la modernidad es en este punto interesante. Mientras en Asia se desarrollan tecnologías altamente automatizadas y flexibles, fuertemente apoyadas desde el Estado con vistas al mercado internacional, en América Latina el proceso de industrialización se contenta con tecnologías de segundo orden, en parte porque su horizonte es sólo el mercado nacional protegido y en parte porque el Estado no asume el rol prioritario de promover una capacidad tecnológica nacional. De allí que el éxito de la industrialización haya dependido en gran parte del tamaño del mercado interno. En el caso de Brasil y México, los países de mercado más grande, la competencia interna y las economías de escala permitieron niveles internacionales de competitividad[21]. En el resto de América Latina la producción industrial fue de alto costo y de muy poca demanda.

Aun con sus deficiencias y problemas, el avance de la modernidad en la posguerra es notable y muestra la continua importancia cultural de las ideas racionalistas y desarrollistas europeas y norteamericanas. Es en esta época cuando se consolida en América Latina una conciencia general sobre la necesidad del desarrollo. Sea en el pensamiento de la sociología de la modernización de origen norteamericano o en el pensamiento contestatario autóctono, que desarrollaron la teoría de la dependencia y algunos intentos socialistas, o sea en el más reciente neoliberalismo, la premisa básica continúa siendo el desarrollo y la modernización como único medio para superar la pobreza. Sin embargo, en todas estas posiciones subsiste la idea de que la modernidad es algo esencialmente europeo o norteamericano que América Latina debe adquirir. La importancia cultural de este hecho y su impacto sobre los procesos de construcción de identidad no deben ser subestimados.

A fines de los años sesenta se entra en una nueva etapa de crisis que coincide con la segunda crisis de la modernidad europea: se estanca el proceso de industrialización y desarrollo, viene la agitación social y laboral. Mientras en Europa se eligen gobiernos de derecha que buscan limitar el poder y el gasto del Estado, en América Latina se cae en dictaduras militares que demuestran la precariedad de las instituciones políticas modernas latinoamericanas, en comparación con las europeas. Se muestran incapaces de canalizar y absorber las protestas y problemas políticos dentro de una cierta estabilidad. Es efectivo que las dictaduras abren camino a una nueva

[21] Véase R. Gwynne, "Industrialization and Urbanization", en D. Preston (ed.), *Latin American Development* (Londres: Longman, 1996), p. 220.

etapa globalizada de desarrollo y modernización económica. Sin embargo, desde el punto de vista de la modernidad política y social, las dictaduras significan un retroceso importante en la medida en que son antidemocráticas, violan los derechos humanos, impiden la participación social y sistemáticamente buscan destruir las organizaciones sociales representativas de los sectores más desposeídos. Subsiste así una importante exclusión de amplios sectores sociales.

Esta segunda crisis de la modernidad en parte explica y coincide con una crisis de identidad bastante profunda que está, una vez más, marcada por el pesimismo y las dudas acerca de si el camino de la modernidad que se ha seguido ha sido errado. Surgen así en los años ochenta neoindigenismos, concepciones religiosas de la identidad latinoamericana e incluso formas de posmodernismo, todos los cuales son profundamente críticos de la modernidad. Sin embargo, por más serios que sean estos ataques a la modernidad, el proyecto de avanzar rápidamente en la senda de la modernidad continúa imponiéndose y ahora con un sesgo más radical influido por el neoliberalismo. En esta época llega a su culminación el síndrome que detectábamos en la introducción a este artículo: se produce un enfrentamiento entre partidarios y contrarios de la modernidad, pero muchos parecen compartir la idea de que ésta es algo externo que hay que impedir que llegue o que hay que traer a toda costa.

La etapa que se abre después del fin de las dictaduras continúa con la modernización económica acelerada de signo neoliberal, reafirmando economías abiertas al mercado mundial, con Estados más reducidos en su gasto y con un control más consistente de las grandes variables macroeconómicas. Las políticas de mercado libre y economía abierta producen en un primer momento un descenso significativo de la producción y empleo industriales. Algunos países, como México y Brasil, logran en un segundo momento expandir sus exportaciones industriales para compensar la competencia de las manufacturas extranjeras. El resto, en cambio, sigue un modelo *laissez faire* más radical que, aunque logra diversificar las exportaciones sobre la base de productos primarios, hace más permanente la baja de la producción y empleo industriales.

En esto la trayectoria a la modernidad de la mayoría de los países latinoamericanos (con la excepción de México y Brasil) es muy diferente de la de los países asiáticos, donde el Estado asume un rol muy importante en la adquisición y adaptación de tecnologías de punta y en la promoción de las exportaciones industriales. Chile es uno de los casos más marcados de una política exitosa de exportaciones diversificadas donde, sin embargo, el GDP (producto doméstico nacional) industrial manufacturero bajó del 26% al

21% entre 1970 y 1991, mientras en la mayoría de los países de la región aumentaba[22].

Estos procesos económicos ocurren ahora en un contexto político que revaloriza la democracia y la participación y pone especial énfasis en el respeto a los derechos humanos. La nueva etapa continúa políticas económicas abiertas pero, a diferencia de Europa, tiene que empezar por modernizar y democratizar las estructuras del Estado. En esta tarea se ha avanzado bastante, pero subsisten aún problemas. Es propio de la trayectoria latinoamericana a la modernidad el tener que remodernizar y asentar en los años noventa las estructuras políticas de convivencia que se habían roto. Este proceso de perfeccionamiento aún no termina.

De este modo, se pueden apreciar tanto las diferencias entre las distintas trayectorias a la modernidad como el hecho de que, debido a la aceleración del proceso de globalización, esas diferencias comienzan a converger, hasta el punto de que, en términos generales, las nuevas etapas son comunes, aunque dentro de ellas existan naturalmente repercusiones y consecuencias específicas. Son estas últimas las que debemos analizar ahora.

Elementos específicos de la modernidad tardía en América Latina

Sería muy difícil hacer un análisis completo y exhaustivo de las características específicas de la modernidad latinoamericana actual. Pero tal como anotamos en la introducción, no basta afirmar que América Latina tiene un modo específico de estar en la modernidad. Hay que mostrar en qué consiste esa especificidad. En parte esto ya lo hemos hecho desde una perspectiva histórica en la sección anterior, donde establecimos las características especiales de la trayectoria latinoamericana a la modernidad y la comparamos en algunas diferencias y semejanzas con otras trayectorias, especialmente la europea y la asiática. Para complementar esa visión voy a utilizar ahora un corte transversal para analizar algunos aspectos importantes y peculiares de nuestra modernidad actual que se derivan de nuestro análisis anterior. El acento estará puesto en algunos rasgos que marcan diferencias con la modernidad europea actual y que pueden entenderse también como rasgos no plenamente modernos dentro de nuestra modernidad[23].

[22] Ibídem, p. 217.

[23] De allí que la enumeración de rasgos específicos no tiene ninguna pretensión de ser completa. Se omiten muchos otros rasgos positivos para resaltar el contraste con la modernidad europea.

El primer rasgo al que quiero referirme es el clientelismo o personalismo político y cultural. Como vimos en la sección anterior, este rasgo viene de circunstancias históricas precisas pero se ha mantenido hasta hoy[24]. La incorporación y reclutamiento de nuevos miembros del Estado, las universidades y los medios de comunicación se continúan haciendo a través de redes clientelistas o personalistas de amigos y partidarios. No existen o están muy poco desarrollados los procesos del concurso público o, cuando se introducen, habitualmente funcionan de manera nominal y los procedimientos se "arreglan" para favorecer a la persona preindicada. Estos procedimientos clientelistas o personalistas de reclutamiento florecen en América Latina y muestran tanto la ausencia de canales normales de movilidad social como la estrechez y alta competitividad de los medios culturales y políticos.

La educación, las habilidades adquiridas y los logros personales no son suficientes para asegurar el acceso de las personas a ciertos trabajos políticos y culturales. Se requiere fundamentalmente tener "contactos", "padrinos" o "amigos" bien ubicados que faciliten la entrada. Dado que este sistema depende del poder de patronazgo de ciertas personas que ejercen poder institucional, asegura la lealtad de los así reclutados y favorece la inmovilidad institucional. Se crean así verdaderos feudos institucionales que por su carácter discriminatorio son casi impenetrables para aquellos que no pertenecen al grupo de los que controlan. Parafraseando a Habermas, pero con una connotación distinta, se podría hablar así de una verdadera refeudalización de las instituciones culturales y estatales[25].

Un segundo rasgo podría denominarse tradicionalismo ideológico. Al plantear su teoría de la transición a la modernidad, Gino Germani hablaba en los años sesenta del "efecto de fusión", por medio del cual valores modernos podían ser reinterpretados en contextos distintos en los países atrasados para finalmente reforzar estructuras tradicionales[26]. Una forma

[24] Difiero en esto de Manuel Barrera, quien ha argumentado que con el tipo de Estado surgido del autoritarismo y del neoliberalismo "ha desaparecido el clientelismo". Pienso que sus argumentos sólo consiguen mostrar una probable disminución del clientelismo en ciertas áreas de la vida nacional, pero en modo alguno su desaparición. Véase M. Barrera, "Las reformas económicas neoliberales y la representación de los sectores populares en Chile", *Estudios Sociales* Nº 88, 2º trimestre (1996).

[25] Habermas usa el concepto "refeudalización de la esfera pública" en un sentido distinto aunque relacionado, para referirse a la pérdida del espacio público de discusión y crítica racional de los asuntos de Estado, que había emergido al comienzo de la modernidad y que posteriormente, debido a las intervenciones del Estado y a la comercialización de la prensa, es reemplazado por la manipulación de las masas como un nuevo medio "feudal" de evitar la discusión genuina y así legitimar a la autoridad pública. Véase, J. Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere* (Cambridge: Polity Press, 1989), p. 164.

[26] G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Editorial Paidos, 1965), p. 104.

particular de este proceso era el "tradicionalismo ideológico", que consistía en que los grupos dirigentes aceptaban y promovían los cambios necesarios para el desarrollo en la esfera económica, pero rechazaban los cambios implicados o requeridos por tal transformación en otras esferas[27].

En la modernidad tardía se produce un fenómeno similar consistente en que ciertos grupos dirigentes abogan por la total libertad en la esfera económica pero apelan a valores morales tradicionales de respeto a la autoridad y al orden, de defensa de la familia y la tradición, alimentando dudas sobre la democracia y oponiéndose, por ejemplo, a leyes de divorcio o a la despenalización del adulterio para la mujer[28]. Estas fusiones no son exclusivas de países del Tercer Mundo. El surgimiento de la "Nueva Derecha" en Estados Unidos y Gran Bretaña se ha caracterizado también por la manera como ha combinado actitudes conservadoras tradicionales acerca de la autoridad, los valores victorianos, el orden interno y la seguridad externa, con un nuevo énfasis sobre los mercados libres[29].

Sin embargo, el tradicionalismo en América Latina tiene bases institucionales más fuertes que en Europa o los Estados Unidos. Una de ellas es el extraordinario poder y capacidad de influencia de la Iglesia Católica, más tradicional en materias políticas y legislativas. Esto se explica por el rol privilegiado que jugó la Iglesia Católica desde la colonia en la mantención del orden político-social. Como veremos en el siguiente punto, la Iglesia y los mecanismos religiosos jugaron un rol central en el ejercicio de la autoridad y el control político sobre las personas.

Un aspecto cultural importante que ha subsistido desde la colonia, a veces en forma más o menos atenuada, a veces en forma más o menos exacerbada, es el autoritarismo. Ésta es una tendencia o modo de actuar que persiste en la acción política, en la administración de las organizaciones públicas y privadas, en la vida familiar y, en general, en nuestra cultura, que concede una extraordinaria importancia al rol de la autoridad y al respeto por la autoridad. Su origen está claramente relacionado con los tres siglos de vida colonial, en que se constituyó un fuerte polo cultural indo-ibérico que acentuaba el monopolio religioso y el autoritarismo político. Como lo

---

[27] Ibídem, p. 112.

[28] Renato Cristi ha argumentado convincentemente que el pensamiento conservador en Chile nunca se opuso al liberalismo como tal, sino más bien al "elemento democrático que se adueña de su capital de ideas a partir del siglo XIX". Véase "Estado nacional y pensamiento conservador en la obra madura de Mario Góngora", en R. Cristi y C. Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1992), p. 157.

[29] Véase sobre esto R. Levitas (ed.), *The Ideology of the New Right* (Cambridge: Polity Press, 1986), y S. Hall & M. Jacques (eds.), *The Politics of Thatcherism* (Londres: Lawrence & Wishart, 1983).

ha sostenido De Imaz, "por tres siglos existió una relación muy clara entre el autoritarismo político y el rol legitimador de la Inquisición"[30].

Flores Galindo ha documentado bien cómo las persistentes luchas de las congregaciones religiosas contra la idolatría en la sierra central del Perú en el siglo XVII tenían una connotación de control político: "la relativa precariedad del sistema militar obligó a una aparente hipertrofia de los mecanismos religiosos para, de esa manera, a través del fervor o con más frecuencia del miedo, asegurar el control sobre los hombres"[31]. A pesar de las influencias democratizadoras del pensamiento de la Ilustración, que ciertamente logran morigerar en parte el autoritarismo del polo cultural indo-ibérico a partir de la independencia, su fuerza cultural no se extingue fácilmente en la vida sociopolítica latinoamericana.

En el caso particular de Chile, varios autores han resaltado el rol histórico crucial del gobierno portaliano, fuerte y autoritario, en la formación del Estado chileno[32]. La concepción de Portales consistía en que, debido a la falta de virtudes republicanas, la democracia debía postergarse y establecerse la obediencia incondicional a una autoridad fuerte, cuya acción de bien público no podía ser entrabada por las leyes y constituciones. Dividía el país entre "buenos" (hombres de orden) y "malos" (conspiradores a los que hay que aplicar el rigor de la ley)[33]. No es sorprendente que el régimen del general Pinochet invocara esta concepción con frecuencia.

Otro rasgo importante es el racismo encubierto. La existencia de racismo en América Latina está bien documentada aunque es un área relativamente descuidada de las ciencias sociales y generalmente no se percibe como un problema social importante[34]. Es claro, sin embargo, que desde

---

[30] J. L. de Imaz, *Sobre la identidad iberoamericana* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1984), p. 121.

[31] A. Flores Galindo, *Buscando un Inca* (Lima: Editorial Horizonte, 1994), p. 66.

[32] Véase por ejemplo A. Edwards, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1987), y M. Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981).

[33] Véase M. Góngora, *op. cit.*, pp. 12-16.

[34] En el caso del Perú, por ejemplo, Flores Galindo ha observado: "En el Perú nadie se definiría como racista. Sin embargo, las categorías raciales no sólo tiñen sino que a veces condicionan nuestra percepción social. Están presentes en la conformación de grupos profesionales, en los mensajes que transmiten los medios de comunicación o en los llamados a los concursos de belleza [...] el racismo existe no obstante que los términos raciales, suprimidos en los procedimientos de identificación pública, no tienen circulación oficial. Pero un fenómeno por encubierto y hasta negado, no deja de ser menos real". Véase *Buscando un Inca*, *op. cit.*, p. 215.

Igualmente, en el caso de México, Raúl Béjar dice que "es un lugar común decir que en el país no existe discriminación racial […]"; pero es posible afirmar que "el prejuicio ha crecido en la historia cultural de México […]" y que esto afecta "especialmente al indio o casi indio […] a los negros […] y los chinos […]". Véase R. Béjar, *El mexicano, aspectos culturales y psicosociales* (UNAM: México, 1988), pp. 213-214.

muy temprano ha habido en América Latina una valorización exagerada de la "blancura" y una visión negativa de los indios y negros. Es sabido que varios gobiernos intentaron "mejorar la raza" mediante políticas de "blanqueo" que favorecían la inmigración de europeos. Existe también una segregación espacial mediante la cual las regiones indígenas son las más pobres y abandonadas y los barrios pobres de las ciudades contienen una mayor proporción de gente de piel más oscura, sean indios, mestizos, mulatos o negros. No hay para ellos la igualdad de oportunidades. Algunos grupos indígenas sobrevivientes constituyen verdaderas colonias internas, geográficamente segregados y sujetos a leyes y formas de administración especiales. Sin embargo, el mismo hecho del mestizaje y de que en muchos casos la clase social se superpone o coincide con gradaciones en el color de la piel lleva frecuentemente a una negación del racismo.

Esto tiene incluso una base en las ciencias sociales, las que muchas veces han destacado las diferencias entre el tratamiento español a los indios y negros y el tratamiento británico a los mismos. Gilberto Freyre, en su libro clásico *Casa Grande e Senzala* (1946)[35], argumentaba que el tratamiento a los esclavos en Brasil fue más suave que en Norteamérica, especialmente debido a las relaciones más cercanas, incluso sexuales, entre amos y esclavos en la hacienda. Muchos historiadores y analistas sociales han notado subsecuentemente que mientras en Norteamérica los grupos blancos impusieron su separación de los indios y negros, en Latinoamérica se produjo un proceso amplio de mestizaje, emergiendo así un continuo de gradaciones raciales. De allí fue surgiendo el mito de que en América Latina impera una "democracia racial" y de que el racismo es un problema de países extranjeros pero no nuestro. Esta idea sigue siendo ampliamente compartida hoy día y en parte muestra su vigencia por la ausencia significativa del estudio de los problemas raciales latinoamericanos en las carreras de ciencias sociales, quizá con alguna excepción en ciertas carreras de antropología.

Un fenómeno significativo que nos diferencia de otras modernidades es la falta de autonomía y desarrollo de la sociedad civil. En América Latina la sociedad civil (esfera privada de los individuos, clases y organizaciones regidas por la ley civil) es débil, insuficientemente desarrollada y muy dependiente de los dictados del Estado y la política. Ésta es una de las consecuencias de la inexistencia de clases burguesas fuertes y autónomas que hayan desarrollado la economía y la cultura con independencia del apoyo estatal y de la política. En un contraste con la modernidad del

[35] G. Freyre, *The Master and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilization* (Nueva York: Alfred Knopf, 1946).

centro, Brunner habla acertadamente de que en la modernidad de América Latina existiría una "voracidad de la política que lo engulle todo y tras la cual todos buscan protección o justificación: por igual empresarios, intelectuales, universidades, sindicatos, organizaciones sociales, clérigos, las Fuerzas Armadas"[36].

Es significativo comprobar, por ejemplo, cómo universidades, institutos y aun medios de comunicación pueden perder parte importante (o los mejores) de sus miembros cada vez que hay un cambio de gobierno y se requiere reclutar funcionarios públicos que reemplacen a los salientes. Al mismo tiempo, no es raro ver cómo los funcionarios de un gobierno saliente, utilizando su poder, preparan desde antemano sus lugares de trabajo en determinadas universidades e institutos, los que a veces quedan así "colonizados" por determinadas tendencias políticas o grupos de poder que reclutan sólo a miembros o simpatizantes del propio sector. Tampoco es raro encontrar que un gran número de instituciones de investigación y consultoría dependen casi exclusivamente de los servicios que prestan bajo contrato a diversos organismos del Estado. Muchos centros culturales son directamente creados por gobiernos locales y manejados por las mayorías políticas que los controlan. De este modo, la política ejerce una influencia desmedida sobre la sociedad civil y las instituciones culturales.

La marginalidad y la economía informal constituyen otro rasgo típico de nuestra modernidad. A pesar de los procesos de crecimiento económico bastante dinámicos de los años noventa, subsiste una marginalidad económica y social en grandes sectores de la población latinoamericana. Esto se relaciona con la importancia de los así llamados sectores informales, que para subsistir deben recurrir a una serie de actividades altamente inestables de comercio callejero o servicios, que se sitúan al margen de la legalidad vigente. En ciertos países como Perú se estima que más del 50 por ciento de la población económicamente activa trabaja en el sector informal. Las economías latinoamericanas continúan siendo incapaces de absorber el aumento de la población económicamente activa y, por lo tanto, la pobreza sigue siendo un problema muy serio. Estimaciones del PNUD para fines de la década de los años 80 se refieren a 270 millones de pobres en América Latina, más del 60% de la población[37]. Las cifras de pobreza pueden haber decrecido en algunos países en la década de los años 90, pero el problema básico general subsiste.

---

[36] J. J. Brunner, *El espejo trizado* (Santiago: FLACSO, 1988), p. 33.
[37] Dato sacado de C. Parker, *op. cit.*, p. 95.

Se ha discutido mucho acerca de si la contribución del sector informal a la economía moderna es realmente marginal, y en este sentido varios autores piensan que marginalidad e informalidad no son la misma cosa y que el sector informal juega un rol importante en la economía formal y se relaciona estrechamente con ella. Sin embargo, esto no significa que el sector informal sea un motor potencial del desarrollo latinoamericano[38]. Marginalidad e informalidad son fenómenos que aluden a una situación de pobreza extendida que difícilmente puede soslayarse. Es característico de la modernidad latinoamericana que aun en los casos de crecimiento económico más dinámico subsiste un sector importante de la población que vive en la pobreza, y muchas veces en una pobreza extrema.

Un rasgo actual de la modernidad latinoamericana de mucha importancia es la vuelta a una estrategia de desarrollo extravertido, o basado en las exportaciones (*export-led*), después de años de seguir una estrategia proteccionista para lograr un desarrollo industrial. Pero esta estrategia no tiene los mismos resultados en toda América Latina. Aparte de Brasil y México, que logran tasas significativas de exportaciones industriales, el resto de América Latina pareciera seguir un modelo extravertido de desarrollo que difiere de las estrategias asiáticas y europeas, por su especialización en la exportación de productos naturales semielaborados. Se rompe así la ecuación tradicional entre industrialización y desarrollo por la que CEPAL había abogado.

En términos de la teoría de Franz Hinkelammert, se trataría de una estrategia de desarrollo periférico equilibrado. América Latina estaría aceptando su condición de periferia de los grandes países industrializados, pero también buscando el status de periferia equilibrada, que se logra cuando gran parte de la población está bien capacitada para tener trabajo en las actividades de producción y exportación de productos naturales y servicios que son explotados con un alto nivel tecnológico, comparable con el de cualquier país desarrollado (ésta sería la situación de Australia y Nueva Zelandia, por ejemplo)[39].

Es necesario referirse también a la fragilidad de la institucionalidad política de los países latinoamericanos. Desde su independencia América Latina ha aparecido a los ojos del mundo como un continente de revolucio-

---

[38] Véase por ejemplo A. Portes y J. Walton, *Labor, Class, and the International System* (Nueva York: Academic Press, 1981), p. 98; y M. Castiglia, D. Martínez y J. Mezzera, "Sector informal urbano: Una aproximación a su aporte al producto" (Santiago: Publicaciones de la OIT, Nº 10, 1995), pp. 9-10.

[39] Véase F. Hinkelammert, *Dialéctica del desarrollo desigual* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972), pp. 41-43.

nes y caudillos, golpes de Estado y conspiraciones, donde el orden institucional está permanentemente bajo la amenaza de ser sobrepasado[40]. La ola de dictaduras militares que empieza en los años sesenta y cubre los setenta y parte de los ochenta no respetó ni aun aquellos países que, como Chile, tenían fama de estabilidad institucional. Es cierto que hoy se vive un período de vuelta a la democracia, pero los síntomas de la debilidad institucional permanecen muy evidentes en toda América Latina y con especial fuerza en Argentina, Venezuela, Colombia, Perú y casi toda América Central.

Es importante mencionar como rasgo relativamente reciente de la modernidad, especialmente la chilena, la despolitización relativa de la sociedad. Las dictaduras militares buscaron una despolitización de la sociedad, eliminando elecciones, aboliendo partidos políticos y cerrando parlamentos. Su política de exclusiones y violaciones de los derechos humanos, sin embargo, obtuvo a la larga el resultado opuesto: la sociedad se politizó más intensamente y en un sentido contrario a los gobiernos militares. Esto llevó a la búsqueda de grandes acuerdos y coaliciones que permitieran un retorno a la democracia. Una de las condiciones de este proceso de búsqueda de consenso democrático fue autonomizar el área económica y sacarla de los vaivenes de la discusión política diaria. De ahora en adelante el sistema económico se autorregula de acuerdo a las leyes del mercado y se introduce una política económica de consenso sobre el manejo de las grandes variables macroeconómicas.

Como argumentan Cousiño y Valenzuela, "una vez autonomizado el subsistema económico, la política pierde la capacidad de observar e intervenir sobre la economía y, por ende, abandona su pretensión de situarse en el punto de vista de la totalidad"[41]. La consecuencia de esto es que la misma política se convierte en otro sistema funcional autorreferido que rehúsa intervenir en el curso fundamental de la economía. De este modo, lo que había sido un área inmensa de desacuerdo y disputa política, queda fuera de la discusión. De aquí se puede concluir que la redemocratización en Chile, mediatizada por el proceso de autonomización de la economía, ha resultado en una considerable y significativa despolitización de la sociedad. La dicta-

---

[40] Ha habido numerosos intentos por explicar la inestabilidad política latinoamericana. Dos clásicos son: Merle Kling, "Hacia una teoría del poder y de la inestabilidad política en América Latina", en J. Petras y M. Zeitling (eds.), *América Latina: ¿Reforma o revolución?* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970), y Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies* (New Haven: Yale University Press, 1968).

[41] C. Cousiño y E. Valenzuela, *Politización y monetarización en América Latina* (Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994), p. 17.

dura militar en Chile inició el proceso de sistematización del área económica, pero éste se ha podido consolidar sólo con la redemocratización del país a fines de los años 80: el precio de la nueva estabilidad fue la autonomización de la economía y la pérdida de control político sobre ella.

Por último, otro rasgo muy reciente es la revalorización de la democracia política y de los derechos humanos. Sin perjuicio de lo dicho en el punto anterior sobre la despolitización relativa de la sociedad, es obvio que una de las tendencias más poderosas que han contribuido a ella es la revalorización de la democracia y los derechos humanos por los sectores intelectuales y las mayorías populares de América Latina. Es este renovado interés en la democracia política y en la protección de los derechos humanos el que produce los grandes acuerdos entre fuerzas políticas anteriormente antagónicas y el que ocupa el interés de la mayoría de los cientistas sociales. Como arguye Marín, a pesar de la fragilidad de las instituciones democráticas en América Latina, de la corrupción, el terrorismo y las violaciones a los derechos humanos, el sistema democrático ha emergido recientemente como el único marco legítimo de acción política[42].

Conclusión

La modernidad latinoamericana no es ni inexistente, ni igual a la modernidad europea, ni inauténtica. Tiene su trayectoria histórica propia y sus características específicas, sin perjuicio de compartir muchos rasgos generales. La trayectoria latinoamericana hacia la modernidad es simultáneamente parte importante del proceso de construcción de identidad: no se opone a una identidad ya hecha, esencial, inamovible y constituida para siempre en el pasado, ni implica la adquisición de una identidad ajena (anglosajona, por ejemplo). Tanto la modernidad como la identidad en América Latina son procesos que se van construyendo históricamente y que no implican necesariamente una disyuntiva radical, aunque puedan existir tensiones entre ellos. Los rasgos de nuestra modernidad que hemos explorado, tanto los generales como los específicos, constituyen, para bien o para mal, elementos importantes de nuestra identidad de hoy. Pero nada impide que se enjuicien críticamente para enfrentar el futuro.

Quiero finalmente tratar de responder a la pregunta acerca de por qué, si los procesos de modernización han ido entrelazados con los procesos de construcción de identidad en América Latina, ha existido sin embargo

[42] Véase C. Marín, Manuscrito inédito de tesis doctoral, capítulo 3, p. 41.

una tendencia tan manifiesta a considerar la modernidad como algo externo y en oposición a la identidad. Esta pregunta es muy difícil de contestar con total seguridad y sólo podemos esbozar algunas hipótesis preliminares. El primer hecho que puede tener importancia en esta explicación es la postergación por tres siglos del comienzo de la modernidad debido al bloqueo colonial español y portugués, que estableció barreras culturales que rodearon a sus dominios. Esto significó que cuando los precursores de la independencia empezaron a empaparse de las ideas modernas a través de viajes y contrabando de libros, la modernidad no podía sino presentarse como algo externo que otros habían desarrollado fuera de América Latina. Esto dejó una impronta en el imaginario social que tiende a asociar modernidad con Europa o Estados Unidos, y que ha durado por mucho tiempo.

La persistencia de esta idea fue reforzada durante todo el siglo XIX y hasta los años treinta por una economía extravertida y una orientación cultural que continúa mirando hacia Europa como la fuente misma de toda cultura. Cuando empieza la crisis del régimen oligárquico y surgen pensamientos que cuestionan nuestra extraversión, la modernidad aparece una vez más como una imposición externa, esta vez con sentido negativo y contrario a nuestra identidad. Los intentos por encontrar o reafirmar una identidad propia en momentos de crisis llevaron a criticar lo ajeno, y precisamente la modernidad hasta ese momento había sido considerada un fenómeno de carácter extranjero. De allí que por acción y reacción hasta la segunda guerra mundial, desde ángulos opuestos, la modernidad fue concebida como algo externo.

En los últimos 50 años la situación ha cambiado, pero no totalmente. Varias teorías antiimperialistas y de la dependencia han continuado poniendo en duda la viabilidad del capitalismo en Latinoamérica, mientras el polo neoliberal ha luchado por una total y renovada extraversión que en último término logró imponerse. La polaridad entre modernidad e identidad, por lo tanto, ha continuado en el imaginario social mientras en la práctica nuestra identidad y modernidad continúan construyéndose estrechamente ligadas.□

HOSPITALIDAD Y TOLERANCIA*

(O DE LA TOLERANCIA)

Humberto Giannini

La capacidad de entrar en comunicación con lo "otro" aparece en esta meditación sobre la tolerancia como uno de los primeros sentidos en que la misma es una virtud y no mero "aguantar". Se trata, pues, de la virtud o potencia que permite la crisis y el enriquecimiento del propio sujeto que la practica, mediante la incorporación de lo ajeno. En el concepto y en la etimología de "hospitalidad" el autor encuentra la forma de hacer visible la acepción positiva de la tolerancia, como cualidad activa que tiene un paralelo en el quehacer de la inteligencia: comprender.

En nuestros días la práctica de la tolerancia parece una condición esencial para la paz entre los individuos y los pueblos. Hay, pues, razones, aunque diversas de las que tuvo la Edad de las Luces, para ensalzarla. Y la primera dificultad que se le presenta al hombre de hoy es la de poder evaluar cuándo y hasta qué grado se trata de una virtud y cuándo se hace

HUMBERTO GIANNINI. Profesor titular de la Facultad de Filosofía, Universidad de Chile. Autor, entre otras publicaciones, de *La experiencia moral; Tiempo y espacio en Aristóteles y Kant; Desde las palabras.*

*Texto de la conferencia pronunciada el 28 de mayo de 1996 en el marco del ciclo "Las virtudes de la vida", organizado por el Centro de Estudios Públicos. En este volumen se incluyen también las conferencias de Óscar Godoy A. y Agustín Squella. Las exposiciones de Pedro Gandolfo, Martín Hopenhayn y Jorge Peña Vial fueron publicadas, a su vez, en el Nº 65 de *Estudios Públicos.*

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

ella misma intolerable. Queda patente así, y de partida, que ya estamos renunciando a pensarla como una virtud incondicional. Sobre todo cuando recordamos nuestra propia experiencia lingüística del término, y el empleo agotado de éste, sin lustre, al que se asocian las más de las veces las connotaciones de "aguante" y de "soportación".

Antes de intentar un replanteo positivo de la tolerancia, quisiera mostrar de modo sucinto las paradojas y desencantos con que se encuentra el hombre de nuestros días para proclamar con un mínimo de entusiasmo que la tolerancia es una virtud universal, recomendable éticamente a todos, y en toda ocasión, como es recomendable la justicia, en el campo de las virtudes éticas, y el amor, en el campo de las virtudes teologales. Recomendables siempre; inderogables.

Una primera paradoja, elegida al azar: si por "virtud" se entiende el poder que hacemos crecer en nosotros a fin de volvernos mejores, humanamente mejores, entonces nos será muy difícil llamar virtuoso a aquel que ha aprendido a soportar a los otros o un asunto penoso; simplemente a soportarlos. Difícil imaginar que por el hecho de soportarlos potencie sus propias posibilidades. Se diría más bien que, al reprimir éstas, las maltrata y las sofoca. De lo que resulta que, en términos clásicos, y curiosamente también nietzscheanos, es más un vicio y una impotencia que una virtud.

Otra paradoja: si, escudado en el fácil precepto de vivir cada cual a su amaño, alguien permite que los otros, incluso los más próximos —el prójimo— se debatan en el error, en la ignorancia, en el vicio, este tolerar, este dejar hacer, no es más que insensibilidad por la suerte ajena. El peor de los vicios, el más sórdido.

Otras más: supongamos que repentinamente enfrentamos una situación intolerable —objetivamente intolerable. Entonces, si alguien nos pide que seamos tolerantes con ella, es como si nos pidiera hacernos cómplices del mal. Evidentemente, tolerar el mal es un mal. Y de esto resulta, si somos consecuentes, que la tolerancia cabe sólo para las cosas tolerables, para lo liviano e inesencial.

Podríamos proponer otras, pero cerremos con esta última paradoja. Que sea una virtud liviana, insignificante, parece resultar también de este hecho palmario: si una sociedad responde a la intolerancia ajena con actos de intolerancia, negará *eo ipso* la seriedad de su discurso y la universalidad del bien que dice defender. Si, al contrario, tolera la intolerancia de algunos de sus ciudadanos, no hay duda alguna de que esa sociedad será desmantelada, arrasada, por la minoría intolerante. Lo documenta la historia. Preguntémonos honradamente: ¿qué virtud es, entonces, aquélla incapaz de defender el bien en que cree y de defenderse a sí misma?

Nos queda ahora la tarea de disolver estas paradojas —si es que esto es posible— con el fin de salvar un bien que, en verdad, a muchos nos parece consustancial a la vida.

Por lo que quisiera preguntar, en lo que sigue, en qué sentido y cuándo la tolerancia puede llegar a ser una virtud y no simple expresión de insensibilidad y descompromiso.

Por otra parte, y ya llegará el momento de dilucidarlo, esta búsqueda me parece una magnífica ocasión para meditar sobre la condición última de la ética, sobre su sentido y justificación.

Pues, si el concepto de tolerancia connota, como pareciera connotar, estados tales como los de paciencia y resignación o, en último caso, de insensibilidad, estamos frente a una virtud espuria, armada sobre un deber ser opresivo, que recae sobre la triste economía del aguante. Estado represivo que, más que dejarnos ver la dignidad propia de la tolerancia, nos la estaría escondiendo.

Pienso, pues, que el examen que vamos a emprender no es una mala ocasión para formularnos algunas preguntas sobre la experiencia ética que hemos heredado de la cultura iluminística, la que ensalzó sin reservas, pero muy unilateralmente también, este concepto crucial de la tolerancia.

Nuestro proyecto inmediato será el siguiente: indagar bajo qué condiciones se podría considerar la tolerancia como una de esas cualidades que potencian la vida humana, que la dignifican. En una palabra: bajo qué condiciones es una virtud.

Para lo cual intentaremos levantar, suprimir, si esto resulta posible, aquel estado represivo[1] que constituye —esa es nuestra hipótesis— el agregado deformante, no-virtuoso, de la tolerancia. En otras palabras: levantar el estado de sitio del deber ser, a fin de que se nos muestre el lugar propio, el terreno en que la tolerancia corresponde a una potencia de la vida. (Que a su vez puede ser potenciada como virtud.)

La pregunta es ésta: ¿qué es lo que permanece si suprimimos la imposición represiva y atomizante de la tolerancia?

Lo que debería quedar es una disponibilidad —grande o pequeña—, un poder ser en estado salvaje, en estado de pureza. Es decir, la capacidad real que tiene cualquier sistema, trátese de un organismo viviente, de una estructura económica, de una sociedad o del flujo mismo de la conciencia, en cuanto sistema de fenómenos psíquicos, para entrar en comunicación con una realidad externa a él.

---

[1] Marcuse ha escrito justamente sobre esto: *Critique de la tolérance pure* (París: Didier, 1969).

Algo positivo empieza, pues, a aparecer en el horizonte de nuestro problema. La tolerancia como capacidad intrínseca de recepción. Algo positivo, pero complejo. Porque la idea de recepción, facilísima de intuir, no se deja apresar tan fácilmente en conceptos. Digamos, por ahora, que un acto receptivo, realmente receptivo, va acompañado o seguido por una reordenación interna de la unidad que recibe o acoge.

Y es justamente a la unidad del receptor, a ese ser organizado capaz de acogida y alojamiento, a lo que llamamos sistema.

Dicho de un modo elemental: sistema es un conjunto de elementos cuya interdependencia y cuyo sometimiento a ciertos principios vinculantes, hacen de los elementos algo uno, una identidad orgánica, histórica, psíquica...

Y aquí cabe hacer una distinción medular para nuestros fines: hay sistemas que son esencialmente abiertos: los organismos vivientes, por ejemplo. O la ciencia, como ideal. Una ciencia puede ser conmovida en sus cimientos por algo que hasta el momento parecía extraño a ella o era desconocido por ella, y que ahora viene a falsificar sus principios constitutivos y su modo habitual de abordar las cosas. Conmovida, pero no despedazada por aquella verdad que la conmueve. Y eso es lo que Husserl, me parece, caracterizaba paradójicamente como "lo más sólido y confiable en una ciencia": su capacidad de "hacer crisis". Recordaremos más adelante esta capacidad, que asociamos a la virtud, propiamente a la riesgosa virtud de la tolerancia.

Imaginemos ahora el otro extremo, el ejemplo sencillo de un mini sistema absolutamente cerrado. Un sistema en el que cada individuo queda definido exclusivamente por los movimientos que le son permitidos por ley y dentro de un espacio impenetrable a todo acontecer externo.

¿Puede darse un sistema así? De hecho, todos conocemos uno: el ajedrez, sistema absolutamente cerrado a cuanto no es él mismo. Pero, para hacerle justicia, habría que agregar que se trata de un sistema cerrado inofensivo, por cuanto no pretende decir cómo son las cosas del mundo externo a él, ni decidir sobre ellas ni imponer leyes ni reglas más allá de su pequeño espacio de exclusividades.

La intolerancia, en cambio, pertenece a los sistemas cerrados llamados "devoradores". Aquellos que están armados de tal manera que toda pretensión de falsificar alguna de sus afirmaciones o de tocar con la crítica alguno de sus principios, está condenada de antemano a ser devorada por una explicación descalificadora con la que el sistema responde a cualquier crítica. Es lo que sucedía, en el orden teórico, con el psicoanálisis más extremo: rozar sus juicios con alguna crítica fue por mucho tiempo hacerse simultáneamente candidato al manicomio. En el orden práctico político sobran los ejemplos. Por ahora nos basta con subrayar cómo un sistema

cerrado se vuelve degenerativo e internamente violento, sofocado por su propia identidad.

Por el contrario, es la elasticidad ganada en el ejercicio de la convivencia, la capacidad de dar y recibir, la que llamaremos tolerancia. Y es ésta la que puede, humanamente, llegar a ser una virtud.

Pero, ya lo advertíamos, este concepto de receptividad, de apertura, es difícil, y nada tiene que ver con el hecho de "dejarse contener" propio del espacio inerte, vacío. En primer término, es esencial la idea de unidad. El receptor es uno, esto es, una estructura de ser identificable, subsistente entre otras. Y la idea de sistema no apuntaba sino a eso.

Volvamos un momento a esa idea: un sistema es receptivo, abierto, cuando permite que algo externo ingrese a él y le comunique algo de su propia virtud, de su propia eficacia. Cuando, por decirlo así, al interior de su propio domicilio hace espacio a lo otro, a lo que le era extraño y externo, sin perder por ello su propia unidad de ser. Su identidad.

Estas consideraciones me han sugerido una expresión bastante feliz, a mi parecer[2]: la de hospitalidad. La conciencia es hospitalaria tanto cuando acoge lo extraño, como también —y en esto se diferencia de la hospitalidad domiciliaria— cuando "suelta", cuando "dejar ir" lo que tenía como suyo: lo que solía llamar sus propias ideas, lo que llama "sus principios intransables". Dejarlos ir hasta el extremo de conmover la vieja identidad —la identidad de Saulo. Capacidad de mutación, de crisis, como la que recordábamos a propósito de la ciencia. Sin pérdida de la unidad de sí.

Tal vez sea ya el momento de que meditemos sobre esta antigua y noble "institución" de los pueblos: la de la hospitalidad con el perseguido, con el peregrino, con el viajero; y que examinemos hasta qué grado es legítimo analogarla con el ejercicio de una tolerancia virtuosa. No tortuosa.

Es curioso comprobar cómo algunas palabras que usamos ganan su significado en una oscura, larga, cotidiana confrontación con otras palabras, disputándose palmo a palmo zonas de significación, trozos de realidad. Y esto sucede de modo espectacular, me parece, con el término "hospitalidad".

Como sabemos, la palabra clave viene del latín arcaico: de "hostis". Por un largo período, "hostis" significó tanto "huésped" como "enemigo". Imaginamos cuál sería el conflicto de fijación que tuvo este término entre significados a tal punto antagónicos.

Se ha querido explicar, digámoslo así, la tolerancia del término para albergar cosas tan distintas, por el hecho de que tanto el huésped como el enemigo son extranjeros.

---

[2] Manuel Levinas, *Totalidad e infinito* (Barcelona: Sígueme, 1977), p. 173.

Uno de los más insignes lingüistas contemporáneos, Emile Benveniste, ha afirmado que esta explicación resulta demasido "sumaria y global"[3], y que no señala el punto preciso que daría cauce a la ambigüedad.

Según esto, parece haber un estrato lingüístico más hondo que daría cabida a los significados en pugna. Y este es el significado de igualdad. "Hostio", "hostire", era propiamente "igualar en derecho". De esta noticia —arguye Benveniste— se deduce que "hostis" no era simplemente el extranjero ni el enemigo. A diferencia del viandante, que atraviesa los límites del territorio, "hostis" era el extranjero al que se le llegan a reconocer iguales derechos de los que goza el ciudadano romano. En fin, se refiere a aquel que está en igualdad y en reciprocidad de derechos, que es el fundamento de la institución de la hospitalidad. Pero, agreguemos por nuestra cuenta, esta misma hospitalidad es causa o al menos ocasión de hostilidad y xenofobia.

Es preciso anotar estos contrastes subterráneos porque la institución de la hospitalidad, como la llama Benveniste, desde aquella conflictiva formación lingüística, apunta a una de las acepciones, tal vez la más reprimida, del término tolerancia que ahora nos ocupa. Aptitud de recepción, de acogida.

Cabe que nos preguntemos, pues, al margen del empleo metafórico de los términos, ¿cuál es el parentesco real entre hospitalidad y tolerancia?

La capacidad de recepción, de asimilación[4], es un hecho, un rasgo esencial de los sistemas vivientes, uno de los aspectos más asombrosos de la comunicación universal. Pero, también, la condición que define la espiritualidad del hombre; que la define abstractamente cuando se habla de su racionalidad. Esta virtud propiamente humana que también, y con cierto cuidado, puede llamarse inteligencia, es su receptividad, su hospitalidad para lo inteligible que hay en las cosas, para lo que hay de uno y esencial en lo múltiple y disperso. Este es el hecho, el punto de partida que hace posible y legítimo un deber ser cual gozosa potenciación de aquello mismo que se es; como esa virtud a la que incitara Píndaro: "Llega a ser lo que eres".

La hospitalidad, tanto la de abrir nuestra casa como la de abrir nuestro espíritu, es por cierto una virtud. Y si la tolerancia es una virtud, tiene que ser un modo de esa receptividad por la que el hombre dignifica su propia condición.

Quisiera expresar en pocas palabras por qué este acto acogedor, propio de la humanidad del hombre, es dignificante para la vida personal y colectiva.

---

[3] Emile Benveniste, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (Madrid: Taurus, 1983), p. 61.

[4] *Assimilatio*, igualación entre lo diverso.

Si el dar algo, si la generosidad es una virtud, el darse a sí mismo es la máxima expresión de la entrega; allí donde la eticidad de un acto toca lo sublime. Porque se pueden entregar hasta la toga y el báculo después de haberse desprendido de todo. Sin embargo, se pueden dar justamente para mantener una distancia infinita entre quien da y quien recibe —la distancia de la gratitud. Darse a sí, en cambio, eso es definitivo y absoluto.

Ahora bien, la hospitalidad representa una de las manifestaciones más plenas del darse a sí mismo. Yo no creo que haya que detenerse mucho para justificar que esto es así. El punto crucial es éste: no se es hospitalario con cualquier cosa sino con aquella que es como el primer límite, el lugar fronterizo de la intimidad. La casa, que es lo que se abre y se ofrece, es, por una parte, como la inmediata segregación protectora de nuestra intimidad en el espacio cerrado, organizado, de nuestros dominios (el domicilio del *dominus*). Por otra parte, es el lugar del recogimiento desde lo otro, desde la dispersión de lo público e inesperado. El lugar de la reunificación diaria de sí.

Abrir el domicilio es exponerse a la intimidad del extranjero y a lo otro desconocido que puede traer oculta aquella intimidad.

¿Por qué, entonces, hablamos de virtud y no más bien de imprudencia, de la más osada y criticable de las imprudencias?

Hay aquí un grueso asunto que elucidar a propósito de la institución de la hospitalidad en el mundo antiguo, especialmente medieval, y que acaso dé alguna respuesta a esta nueva inquietud nuestra.

Decíamos: no se es hospitalario con cualquier cosa. Muy cierto. Pero tampoco la institución de la hospitalidad se traduce en dar lugar y asilo a lo desconocido en cuanto desconocido[5].

El acoger es un acto más bien gozoso. Y esto no hay que olvidarlo o tenerlo como un rasgo secundario. Quien abre su puerta cree saber que acoge a un ser digno de amor, a un ser amable en sí, digno también de protección, si es perseguido o ha sufrido despojo en el camino. La idea de hospitalidad es inseparable de la idea de prójimo: aquel que está próximo, pero en el sentido de que su vida me concierne.

Por eso, el acoger al otro es un acto que trasciende incluso a la hospitalidad domiciliaria. Y tiene que ver, ante todo, con esa capacidad de acogida que se llama comprensión.

Y es aquí donde empieza estrictamente la línea divisoria entre tolerancia y aguante.

Volvamos pues a la proposición de partida.

---

[5] Como lo expresa el pensamiento medieval, *Ignoti, nulla cupido.*

Si eliminamos el elemento represivo propio del aguante, la tolerancia, ahora como recepción, es acogida del otro, de lo extraño, pero —y este "pero" es importantísimo— en cuanto eso extraño viene a mí como un bien que me solicita.

Lo que, en último término, habría que examinar, y ya lo hemos anunciado, es de qué manera el hombre llega a poseer del modo más humano esa virtud de la receptividad.

Capacidad de acogida lo es, y no metafóricamente, el acto de entender. Es curioso: la lengua francesa nombra con un mismo término (*entendre*) tanto el acto de oír como el que nosotros llamamos propiamente entender.

Y es que resulta que el primero es como la condición inmediata del segundo: hay que oír lo que el extranjero dice; ser "todo oídos" si queremos comprender lo que dice o lo que la realidad misma nos está diciendo desde su propia profundidad. A este escuchar se refería Heráclito como lo más propio del sabio.

Es este oír escuchando el presente ético de la disponibilidad para escuchar, el vestíbulo de la hospitalidad. Es allí mismo donde se inaugura el acto de comprender, que deja manifestarse el ser del otro en mi propio dominio.

Comprender es posibilitar en mí —simplemente dejar manifestarse— la posibilidad ajena. Significa, entonces, dejar que otras ideas desplieguen sus posibilidades —su eficacia, su virtud— entre nuestras propias ideas y sus eventuales resistencias. Significa probar hasta qué punto estas ideas que he venido llamando "mías" son realmente mías, hasta qué punto están adheridas a la piel o son toleradas por la proposición o el hecho que, repentinamente, viene a redimensionarlas. Capacidad de crisis o, como decía Unamuno, "agonía de la fe".

Lo incomprensible no es lo absolutamente cerrado a nuestra inteligencia pura, como lo sería para un inexperto una complicada ecuación matemática. Incomprensible es aquello que, concebido, no nos cabe en la cabeza que alguien lo pueda pensar o hacer. Lo incomprensible —en cierta medida importante, lo intolerable— tiene que ver con lo que no vemos cómo podría ser alguna vez una posibilidad nuestra. Es el territorio de las intolerancias reales (y de la tolerancia como mero aguante del otro), territorio que sólo se hace transitable a través de un diálogo continuo y veraz.

Para resumir: sólo como disponibilidad para escuchar al otro (*entendre*), con el riesgo de crisis que esto supone siempre, la tolerancia es una virtud, una potencia solidaria con la vida. Potencia que, ejercitada, es compatible más con el gozo que con el dolor; más cercana al bien que se anhela

que al bien que simplemente —y ya no sabemos por qué— se debe al extranjero, al otro, al vecino.

Esta proposición está muy cerca de lo que dijera Spinoza respecto de la felicidad: "La felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma"[6]. □

[6] Spinoza, *Etica* V, prop. XLII.

AMIGOS, YA NO HAY MÁS AMIGOS*

(SOBRE LA AMISTAD)

Oscar Godoy Arcaya

Una cita atribuida a Aristóteles sirve de núcleo a las reflexiones del autor en torno al valor o virtud de la amistad: sus diferentes manifestaciones a lo largo de la vida, las variedades en que se presenta, los requisitos que impone para su expresión suprema: la llamada amistad del alma, que dura *para siempre*. Las conclusiones de la ponencia son sintetizadas en forma de comentarios a ciertas ideas centrales expuestas por Montaigne en su célebre ensayo sobre el mismo tema.

Amigos, ya no hay más amigos.

La frase que acabo de enunciar sirvió de introducción a una serie de sesiones en uno de los seminarios del filósofo francés Jacques Derrida, cuyos trabajos están publicados bajo el título *Politiques de l'amitié*. Fue allí

*Oscar Godoy Arcaya. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

* Texto de la conferencia pronunciada el 4 de junio de 1996 en el marco del ciclo "Las virtudes de la vida", organizado por el Centro de Estudios Públicos. En este volumen se incluyen también las conferencias de Humberto Giannini y Agustín Squella.

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

donde la encontré, y me produjo un fuerte asombro. No solamente por su expresividad locutoria, sino por la contradicción que encierra su enunciación. También me inquietó no reconocerla, porque Derrida nos dice que ella se encuentra en uno de los ensayos de Montaigne, titulado *Sobre la amistad*, el cual a su vez se lo atribuye a Aristóteles. Y la verdad es que habiendo recorrido muchas veces las tres éticas de este último autor, detrás de su concepción de la amistad, no pude recordarla. ¿Cómo pudo habérseme pasado este potente dicho, *Amigos, ya no hay más amigos*? La verdad es que la frase le es atribuida a Aristóteles por Diógenes Laercio en su *Vida de filósofos ilustres.* Pero, en realidad, si cuento esto es para decir lo siguiente: en pocos minutos he descrito, a raíz de un asombro casi banal, la constancia con que la preocupación sobre la amistad recorre a la vida de nuestra cultura; veamos: Aristóteles, Diógenes Laercio, Montaigne, Derrida; siglos IV y III a.C., siglos XVI y XX d.C.

Amigos, ya no hay más amigos. ¿A qué se refiere esta frase? Dirigirse a un grupo de amigos, para decirles que ya no hay más amigos, es un enunciado contradictorio. Pero esa no es la única posibilidad. Y menciono algunos ejemplos: alguien, decepcionado, convoca a un grupo de personas que consideraba sus amigos para revelarles que ya no son más sus amigos; alguien, en el instante postrero de su agonía y próximo a la muerte, les declara que llegado el fin ya no hay más amigos; alguien insensato les declara a sus amigos que ellos no existen, porque aquello que denominamos amistad y amigo simplemente no existe. Todas estas posibles interpretaciones desfilaron en mi mente, como primera reacción, cuando leí la mencionada cita.

En una segunda reacción, pensé que también podría aplicarse a aquello que se experimenta en las grandes ciudades de los países más avanzados. En este caso, la frase debería descontextualizarse para traerla a la actualidad de nuestro tiempo. Pues, en efecto, podríamos imaginar un solitario habitante de una de esas urbes que exclama, ante nadie, como en un desierto, *Amigos, ya no hay más amigos.* La realidad de la desolación de las personas, en concentraciones humanas donde la vida se construye en un marco de fuerte énfasis en la autosuficiencia, la independencia y la competitividad, es una de las características más reconocidas de la sociedad contemporánea.

El proyecto ilustrado del hombre moderno, que apela a las luces de la razón para establecer el itinerario de una vida autosuficente y autónoma, es algo que tiene un valor en sí. Hoy, gracias a ese proyecto, en algunas sociedades, el ser humano es más libre. Pero, como contrapartida, el costo pagado es el desarraigo, la ruptura con las pertenencias y, en gran medida, la crisis de la vida humana, entendida como parte de la estructura narrativa de la sociedad. Estructura donde predomina el nosotros sobre la autonomía

y el protagonismo del sujeto individual. Yo soy, nos dice el discurso tradicional, en primera línea, aquel que tiene un origen y proviene, es decir, alguien que viene de un lugar donde una comunidad ha escrito su historia, que me incluye a mí, a mis padres, mis ancestros, mis amigos; los que fueron, los que son y los que serán. Y ello es verdad. Yo soy, además de un sí mismo, todo eso; y todo eso forma parte de mí mismo. Pero hay fuerzas centrífugas, hoy, que nos lanzan a un torbellino, como partículas de un universo: el mundo, la humanidad, la aldea global, se dice. Este es el escenario de la soledad y el anonimato. En él se puede decir, y tiene sentido —imaginando un escenario de amigos virtuales, no concretos, y apelando a ellos, *¡amigos!*—, que *ya no hay más amigos.*

Las amistades naturales

Una de las primeras y más potentes experiencias de nuestras vidas es que desde la infancia buscamos la amistad. En cierta medida, esa búsqueda tiene dos caras: por una parte, *no podemos estar solos*, y, por otra, en cierto grado, *necesitamos que nos asistan* por la precariedad de nuestros recursos para vivir. Y, para satisfacer esas dos demandas de nuestra vida de infancia, la naturaleza nos da compañía: nuestros padres. Ellos son nuestras primeras amistades; son los que asumen nuestro cuidado y nos ayudan mientras no nos valemos por nosotros mismos. Se trata de una amistad muy particular, porque nos llega sin que la pidamos, como un don, junto con la vida. Y tanto es así, que ni siquiera la llamamos amistad, sino más bien maternidad, paternidad, filialidad; o amor paterno, amor materno, amor filial. Más aún si consideramos que nuestros padres nos son desiguales, son el amparo de algo grande que nos sobrepasa. En esta misma línea se inscribe el vínculo que establecemos con nuestros hermanos y hermanas, que aparecen como una parte espontánea o no elegida de un mismo conjunto de amistad, en cuyo seno tenemos la experiencia más primigenia de la compañía y el entendimiento: ellos son aproximadamente nuestros iguales, y afines a nosotros por edad, cercanía física, educación compartida y vida cotidiana común. En la familia nos encontramos con la *amistad natural.*

Las primeras amistades

Pero durante la infancia y la niñez también nos hacemos de otra clase de amigos y amigas. Son nuestros iguales, que elegimos porque nos simpatizan. El juego, por ejemplo, en esa edad, es básicamente compañía: estar

juntos para hacer algo, a través de lo cual se nos abren los demás y el mundo. En el juego con los amigos, con aquellos que son extraños, porque no son mis padres, ni mis hermanos o hermanas, se fortalece una inicial afirmación de mi propia identidad frente a la de ellos, que son a la vez próximos y extraños, pero, por sobre todo, compañeros en el descubrimiento del mundo y de los otros.

En esa fase de nuestras vidas buscamos la amistad y en general la encontramos. Pero también sabemos que hay quienes no la encuentran. Retrocedamos en el tiempo y con cierta facilidad podremos recordar a aquel que fue rechazado y que a veces terminó aislado. Quizás hemos tenido la ocasión de reencontrarnos con la marca de ese rechazo, sea porque hemos sabido que su vida terminó mal o porque ha desaparecido sin dejar rastros, y porque mirando hacia atrás hemos reconocido nuestra responsabilidad en un acto de no acogida, de enemistad e, incluso, de crueldad. En esta experiencia negativa, que algunos han vivido y que otros hemos observado, comparece la urgente y radical necesidad de la amistad.

En retrospectiva, podemos concluir que en esta instancia de nuestra biografía personal empieza a adquirir sentido la apología de la amistad, cuya quintaesencia está expresada en una frase de Aristóteles que dice: "la vida, sin amigos, no merece vivirse".

Las amistades adolescentes

Pero ya a estas alturas de la vida de ustedes, y con mayor razón de la mía, sabemos que, salvo excepciones rarísimas, las amistades de la infancia y la niñez son efímeras. Corresponden a una época en que recién nuestras facultades empiezan a manifestar sus posibilidades. En la adolescencia, en cambio, se produce un fenómeno nuevo y prodigioso. Y es que la apertura al mundo y los demás se hace desde la conciencia del propio asombro. Cuando somos niños nos asombramos sin más, y nos acercamos torpemente al objeto de nuestro asombro, para ponerlo a la mano de nuestros sentidos y de nuestras incipientes facultades intelectuales. Lo que acontece durante la adolescencia, a mi juicio, es que hacemos algo muy parecido, pero con la conciencia más clara de que estamos estrenando nuevas potencias de nuestro cuerpo, con riesgos calculados y muchas veces teniendo en el horizonte algún código moral que hemos recibido de nuestra familia y de la sociedad en que vivimos. ¿Por qué nos acontece esta experiencia?

En este período se produce el descubrimiento del propio cuerpo, como parte de un sí mismo y como campo de experiencias corporales; y,

simultáneamente, el descubrimiento de la propia interioridad, que cobra la forma de conciencia de sí y de experiencias espirituales. De este modo, todo lo que se despliega en nosotros como vida nos es presente a nuestra propia conciencia, e incluso parece brotar de ella, siendo así que no es sino el simultáneo conocimiento de sí y de lo que pensamos o hacemos, que siempre acompaña al curso o flujo de nuestra actividad humana.

Las amistades del alma

La niñez parece prolongarse en la juventud a través de cierto tipo de amistades que voy a llamar corporales, porque en ellas el cuerpo es un protagonista privilegiado. Aprendemos que el uso de nuestras facultades va acompañado de placer. Y en la niñez y en la adolescencia la aparición de sucesivos y diferentes placeres, relacionados con los sentidos, ocupa una gran parte de nuestra vida. Muchos de estos placeres solamente pueden realizarse en compañía, con otros. Esos otros(as) son nuestros amigos(as) en las cosas placenteras de la adolescencia y la juventud. Son los que nos acompañan en la aventura de los deportes, de la apreciación estética, de la fiesta, de la iniciación sexual, de la pérdida de los sentidos. Pero, por otra parte, y a la vez, en esta etapa aparecen los amigos del alma. ¿Quiénes son los amigos del alma?

Por de pronto, estas amistades son totalmente nuevas, aunque a veces pueda producirse el hecho de que se den entre las mismas personas que fueran amigas desde la niñez. Pero ya no son una pura expresión o prolongación de esas amistades corporales, que tanto en la niñez como en la juventud, con sus diferencias, tienen el brillo del *estar juntos* por el placer de los sentidos, y donde nuestros cuerpos vibran y se estremecen por el gozo de lo que vemos, tocamos, oímos, olemos, etc. Estas amistades del alma surgen cuando se da una difícil conjunción: un mutuo descubrimiento de la interioridad de cada cual, acompañado de un sentimiento de simpatía y del placer de compartir cosas espirituales comunes. Es evidente, lo repito de otro modo, que este tipo de amistad no es incompatible con la amistad corporal; solamente quiero enfatizar que se trata de modalidades distintas. Además, difícilmente, como veremos más adelante, estos tipos de amistad se dan en estado puro.

En el ejercicio de acciones físicas cuyo fin es un placer corporal hay una fuerte afirmación de mí mismo, de la identidad de mi cuerpo a través de la propia potencia del cuerpo. Por esta razón, las amistades puramente corporales no están exentas de una referencia egocéntrica, donde es preva-

lente mi propio yo a expensas de quien me acompaña en la satisfacción del placer. Además, siguiendo la ley del mismo placer, que es intenso mientras está insatisfecho, calmo cuando ha alcanzado su fin y voluble cuando recupera su intensidad, las amistades corporales son cambiantes e inestables.

Las amistades del alma traspasan las fronteras del cuerpo y evaden la ley del deseo. Más aún, muchas veces pasan de la amistad corporal, como si fueran directamente a la interioridad de cada cual. Porque en este tipo de amistad es predominante el hallazgo de un sí mismo admirable, que yo querría ser, al menos en parte. Y recíprocamente, pues para el otro(a) se trata de lo mismo. La literatura está llena casos de amistades del alma, donde hay un mutuo descubrimiento de la interioridad del otro, que atrae y deslumbra y crea una relación de recíproca necesidad de conocerse y estar juntos.

Ahora bien, esta forma de amistad la podemos experimentar en la juventud, porque en esa época, por vez primera, sabemos amar a alguien por lo que es y no por otra razón. Y ese "es" viene a ser justamente su interioridad. Pero la juventud es también un estado efímero, y una de las características de esta forma de tenuidad consiste en la no permanencia, en el pasar, en la inconstancia. Es por esta razón que muchas veces las amistades del alma mueren, se desvanecen o caen en un estado de hibernación. Y ello ocurre, en algunos casos, que son relevantes, por dos causas.

Suele acontecer que la vida nos dispersa. Es la diáspora de la vida adulta, cuando nos despedimos para tomar cada cual su rumbo, su camino. Y en esa dispersión perdemos la presencia física, la posibilidad de estar juntos, que es una condición necesaria para este tipo de amistad. Porque cuando hablamos de las amistades del alma no nos referimos a nada abstracto y misterioso, sino al hecho de que nuestro cuerpo es un *locus tenens* (lugar teniente), un *lugar que tiene* eso que denominamos interioridad. Y sin la presencia física esa interioridad está ausente, lejos. La distancia no destruye la amistad, dice Aristóteles, sino su acto, su actualidad. Pero hay una segunda causa: en la juventud la amistad del alma es, muchas veces, entre dos que son desiguales. Uno de ellos es superior al otro, por edad, experiencia, sabiduría. En estos casos, la afección recíproca es proporcional, y el mejor de los dos es más amado que el amor que dispensa. De este modo somos amigos de nuestros maestros, pues les damos más amor que el amor que ellos nos dan. A medida que transcurre el tiempo la amistad no cesa, pero cambia de naturaleza, porque cada vez nos hacemos su igual; cada vez más, las distancias se acortan. Y en ese proceso, a veces, la amistad del alma se desvanece. Queda, muchas veces, la amistad tal como fue, en el pasado, presa entonces, como una imagen virtual, en la memoria.

Y también el culto, el cultivo de la amistad, bajo la forma de rememoración de aquel(lla) que buscó mi bien, por amor de mí mismo, sin otro fin.

La amistad primera o más perfecta

Por todo lo anterior, la figura más compleja y completa de la amistad es aquella de los amigos del alma, pero que lo son *para siempre.* Resulta, sin embargo, que esta modalidad de la amistad solamente se consolida en la madurez de la vida, después que el decurso del tiempo ha permitido las *pruebas de amistad:* experiencias vitales en que la reciprocidad se hace manifiesta, por mutuos actos de entrega y dedicación cuyo fin no es sino el bien del otro. Con esas *pruebas de amistad* se consolida la confianza mutua y el carácter *para siempre* e inquebrantable de las amistades del alma. Estamos ahora hablando de la amistad perfecta.

Todo lo que hemos dicho acerca de la amistad del alma se aplica a esta su versión probada y durable, que adquiere toda su visibilidad y significación en la vida adulta. Pero se puede decir más acerca de ella. Aristóteles nos dice que esta es la amistad perfecta, porque es aquella de los amigos(as) que son buenos y semejantes en virtud. A este respecto hace una afirmación que nos conduce a una cuestión de fondo, cual es que este tipo de amistad requiere llevar el ejercicio de la vida a su perfección. Si la actividad del alma es mantener y desplegar la vida, la perfección del alma es la realización de esa actividad según su forma más plenaria.

Por lo mismo exige, como condición necesaria de esta relación amical, que aquellos que son amigos, además de amarse recíprocamente por sí mismos, haberse elegido mutuamente, buscar cada uno el bien del otro y saber o conocer respectivamente que se aman, deben cultivar la propia vida para que ésta no sea un mero vivir, sino un bien vivir. En este punto surge un problema que se plantea en los siguientes términos: ¿cómo cada uno de nosotros se constituye en ese ser humano bueno y virtuoso que puede alcanzar la amistad primera?

La respuesta tiene al menos dos líneas argumentales.

La primera se puede establecer a partir del siguiente aforismo: “Cada cual se conduce con el amigo como consigo mismo”. Por lo tanto, parece que hay que girar hacia sí mismo para descubrir cómo es la relación que debemos tener con nosotros mismos, pues este es, derechamente, el fundamento de la relación con el amigo.

El comienzo de esta relación consiste en *vivir de acuerdo consigo mismo;* pues, en caso contrario, mi vida será una disensión interna continua,

una mismidad que no es la misma, una identidad dividida. La línea central del acuerdo conmigo mismo es conocerme y saber y querer el bien de sí, y realizarlo, y esto durante una vida completa. Este bien es primariamente querer vivir y conservarse, y especialmente mantener vivo y siempre renovado el principio por el cual se piensa: en él radica el origen de nuestro proyecto de vida, el concepto del bien desde el cual vivimos y la potencia inicial para darle curso y llevarlo adelante. Aristóteles nos dice que el existir es un bien para el hombre virtuoso. Y como la existencia humana parece consistir en el pensamiento, o sobre todo en el pensamiento, la clave del bien de mí mismo está en la preservación y desarrollo del pensamiento.

De este modo podemos lograr algo que parece dado, pero que muchas veces es arduo de conseguir: *pasar la vida consigo mismo,* y hacerlo con placer. Y digo que a veces es arduo porque hay índices de que muchos seres humanos padecen el morbo de no aceptarse a sí mismos, de no poder, ni querer, pasar la vida consigo mismos, y no experimentar placer en la conciencia de la propia existencia.

No se trata, como es obvio, de la constitución de una vida autosuficiente e independiente, cerrada a la presencia del otro, porque si así fuera no existiría la amistad. Estamos hablando de las condiciones necesarias para ejercer la amistad primera o más alta, la amistad del primer amigo, como la llama Aristóteles. Porque, repito, estamos dilucidando qué significa conducirse con el amigo como consigo mismo. Y, de acuerdo a lo que llevamos dicho, es claro que esta conducta consiste primero en construirnos una interioridad; pues el bien que alcanzamos —o intentamos alcanzar— haciéndonos a nosotros mismos, es el mismo bien que aspiramos para el amigo(a) del alma. O sea, un bien después del cual no hay otro: un bien absoluto.

Esa idea puede completarse con otra línea argumental. Ahora nos trasladamos a la esfera de la felicidad. Cuando hablamos de la felicidad nos referimos a un estado real; a la actualidad de la felicidad, como un estado vivido por cada cual. Se trata de los efectos de la vida vivida como búsqueda del bien de sí, en ese carácter absoluto al que ya me referí. Esos efectos se manifiestan como una sobreabundancia de sí mismo que se reparte entre los demás, como un *plus* que los demás pueden compartir. La felicidad humana, en el sentido expresado, no es sino la perfección de la condición humana, o, si ustedes quieren, de la índole humana por excelencia, que es la vida en conformidad a la razón. El cuidado de sí, en definitiva, es el cultivo de esa índole, movido por el afán de alcanzar su perfección. Cualquier grado y nivel de perfección que ella alcance, irradia, toca a los demás, los alcanza. Ello acontece, por lo demás, con todo género de perfecciones: el buen escritor, el buen arquitecto, el buen pintor, el buen profesor, el buen gobernante, transmiten o comunican su bien. Hablemos de un espesor de la

interioridad de cada cual, obtenido a través de este obrar sobre sí mismo, que es el cuidado de sí. Sin él, parece difícil una amistad del alma durable y rica, que no se agote por no encontrar en el otro(a) una fuente incesante de sorpresa y admiración.

Aristóteles insiste en que la existencia humana —que se confunde con la conciencia de la existencia— es un bien por ella misma, y que, por lo mismo, su despliegue nos procura placer. A eso él denomina la dulzura de vivir. Pues bien, gracias a la comunicación, nosotros tomamos una parte de la conciencia que nuestro amigo tiene de su propia existencia, lo que, simultáneamente, nos permite participar de su dulzura de vivir y del placer que ella le procura. Y recíprocamente. Esta relación, cuando se establece en aquellos que buscan la perfección de su propia existencia, define a la amistad también perfecta, o primera. Así, los amigos del alma se alcanzan o tocan mutuamente de un modo radical, pues se descubren a sí mismos como un fondo inagotable.

Todo lo anterior podría condensarse brevemente en la siguiente idea: la conciencia de sí, cuando tenemos una interioridad enriquecida por un cuidado de sí, sería autocomplacencia si no la hacemos pasar a través del otro, del amigo(a). Esta es la idea del amigo como espejo de mí mismo, como espejo de mi alma. La metáfora del espejo es elocuente: cuando queremos ver nuestro rostro, nos miramos en un espejo; cuando queremos conocernos a nosotros mismos, nos conocemos a través del amigo.

Montaigne y la amistad única

La amistad del primer amigo se funda en el bien mutuo de quienes la practican. Se trata, entonces, de la relación probada de aquellos que se quieren por sí mismos. A partir de esta figura superior de la amistad, nuestra tradición cultural ha establecido otras formas de la misma: la amistad fundada en el placer y la amistad fundada en el interés. Ya me he referido a la primera, que se considera como propia de la juventud. La segunda, en cambio, es atribuida a la edad adulta y las personas de edad. Se supone, además, que es la que practica el mayor número, la mayoría. Los intereses mutuos son una fuente incesante y plural de amistades, que se extienden a todas las esferas de la vida humana, pero que se dan especialmente en los negocios y la política

Las amistades placenteras y útiles, observa Aristóteles, pueden ser ejercidas por todo el mundo, sin discriminar entre buenos y malos. En cambio, la amistad perfecta es privativa del hombre que busca el bien. Así, por ejemplo, un criminal puede ser amigo en función del placer o del interés, pero

no del bien de sí y del otro(a). Porque, en definitiva, en las amistades segundas hay una suerte de trato del otro(a) como medio, y no como fin en sí mismo.

Amigos, no hay más amigos

Montaigne, en su ensayo *Sobre la amistad*, usa el aforismo atribuido a Aristóteles para decirnos que la sola amistad verdadera es la amistad con el amigo del alma. Todas las demás formas de amistad son degradadas y vulgares. Y el ensayo gira en torno al único amigo verdadero que él tuvo en toda su vida: Étienne de La Boëtie. En esta amistad se dieron dos rasgos principales: que fue una amistad del alma y que fue una amistad única. Para culminar estas reflexiones voy a proponerles una breve lectura de algunos textos de Montaigne, que nos describen la amistad única que él y La Boëtie nos han legado, como un caso extraño e irrepetible, en el cual descubrimos algo del misterio y la esencia de la amistad.

1. La amistad más alta es única entre quienes estaban destinados a encontrarse y ser amigos

Montaigne nos dice que conoció a La Boëtie antes de encontrarse con él, a través de su libro *La servitude volontaire* o *Le contre un*. El primer contacto físico, en una fiesta, fue precedido por una recíproca búsqueda de quienes ya estaban unidos, desde no se sabe dónde ni cuándo: "Hay, más allá de mi entendimiento y de lo que pueda decir particularmente sobre ello, no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora en esta unión. Nos buscábamos antes de habernos visto y por los relatos que oíamos el uno del otro, que hacían más mella en nuestro afecto de la que razonablemente hacen los relatos; creo que en ello hubo algún designio del cielo. Nos abrazábamos con nuestros nombres, y en nuestro primer encuentro, en una gran fiesta y reunión ciudadana, nos vimos tan unidos, tan conocidos, tan comprometidos el uno con el otro, que desde entonces nadie nos fue tan próximo como el uno y el otro".

2. La amistad más alta es absolutamente placentera, pero no está fundada en el placer corporal

La amistad basada en el placer corporal, especialmente aquella que está impregnada de un *eros* sexual, no tiene un fin en sí misma, y su objeto es siempre huidizo y cambiante. El *eros* sexual, nos dice Montaigne, es "un

deseo vehemente de aquello que huye de nosotros"; "es activo, ardiente y ávido. Es un fuego temerario e inconstante, fluctuante y cambiante, fuego de fiebre sujeto a accesos y remisiones y que no nos ata más que por una parte. El de la amistad es un *calor general y universal*, que permanece templado e igual, un calor constante y sentado, que es todo dulzura y delicadeza, que no es ávido ni punzante en absoluto".

3. La amistad más alta es amor recíproco absoluto entre quienes se aman por el bien del otro

Para Montaigne, "en la amistad (verdadera) no hay más negocio o trato que con ella misma". Ni el placer corporal ni el interés son determinantes en su realidad, pues su último fin es la interioridad de cada cual, por el hecho de ser cada cual: "Si me obligan a decir por qué lo quería, siento que puedo expresarlo contestando: porque era él, porque era yo". Y nada más.

4. La unidad de dos, en la amistad más alta, es exclusiva y excluyente

Pues, esa amistad perfecta de la que hablo es indivisible; cada uno se entrega tan entero al amigo que nada le queda para repartir con otros; al contrario, lamenta no ser doble o triple o cuádruple o tener varias almas o voluntades para dedicarlas todas a esa persona. Las amistades vulgares se pueden repartir, se puede amar en éste la belleza, en este otro la honradez de costumbres, en aquél la liberalidad, en aquél el amor paternal, en aquél el amor fraternal y así sucesivamente; mas esta amistad que posee el alma y la gobierna con total soberanía, es imposible que sea doble".

La experiencia de esta amistad tan fuerte e intensa, una vez muerto Étienne de La Boëtie, lleva a Montaigne a afirmar que "estaba yo tan hecho y acostumbrado a ser siempre dos que me parece que sólo soy a medias". Tan es así, que al hacer el balance de su vida, una vez transcurrido el paso de muchos años, su matrimonio, sus hijos, sus éxitos, prestigio e influjo, resume: "Pues en verdad, si comparo todo el resto de mi vida, a pesar de que gracias a Dios la he pasado dulce y acomodada y, excepto por la pérdida de dicho amigo, exenta de pesada aflicción, llena de tranquilidad de espíritu, habiendo considerado un don mis dotes naturales y originales sin desear otras; si la comparo, decía, toda, con los cuatro años que he podido gozar de la dulce compañía y sociedad de esta persona, no es más que humo, no es más que noche oscura y tediosa. Desde el día que lo perdí". □

VELOS, MÁSCARAS Y DISFRACES*

(O DE LA AUTENTICIDAD)

Agustín Squella

Distinguiendo la sinceridad y la veracidad de la autenticidad, el autor ve esta última como la virtud gracias a la cual la vida interior y la vida exterior de un sujeto coinciden. Así, para practicarla es necesaria entonces una cierta conciencia de sí mismo —y aun gozo de sí mismo—, equilibrada entre los extremos viciosos del ocultamiento de sí mismo y del exhibicionismo de sí mismo, o "majadería". Los elementos que perturban o impiden esa armonía entre el interior y lo exterior de un sujeto, como también algunas otras características próximas o parecidas a la autenticidad, se examinan aquí sin descuidar uno de los requisitos que la modulan y hacen más humana, cual es el humor.

AGUSTÍN SQUELLA. Profesor de Filosofía del Derecho. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Actual Rector de la Universidad de Valparaíso.

* Texto de la conferencia pronunciada el 2 de julio de 1996 en el marco del ciclo "Las virtudes de la vida", organizado por el Centro de Estudios Públicos. En este volumen se incluyen también las conferencias de Humberto Giannini y Óscar Godoy A. Las conferencias que expusieron en el mismo ciclo Pedro Gandolfo, Martín Hopenhayn y Jorge Peña Vial fueron publicadas en el Nº 65 de *Estudios Públicos*.

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

Agradezco a los organizadores de este ciclo de conferencias la oportunidad que tengo de intervenir hoy ante ustedes.

Este ciclo, según yo lo veo, no tiene para nada el propósito de transmitirles algún código moral que los expositores hubiéramos reconocido previamente como verdadero, o sea, no estamos aquí para decirles cómo deben ustedes comportarse desde el punto de vista moral.

Lejos de eso, estamos aquí para intentar un esfuerzo asociado, asociado doblemente, entre los expositores y entre cada uno de éstos y ustedes, para aclarar, hasta donde resulte posible, qué es la virtud y en qué puede consistir un cierto conjunto de virtudes, las virtudes de la vida, que por alguna razón hemos escogido exponer y discutir con ustedes.

Otra ventaja que yo veo a este ciclo es que en él se ha hablado de virtudes y no de valores, esto es, se ha querido discutir acerca de la práctica efectiva, habitual y adquirida del bien por parte de las personas durante la vida y no sobre lo que podamos pensar acerca del bien. Las virtudes son maneras de ser y no de pensar. Son, como alguien ha escrito en un libro reciente, "disposiciones adquiridas de hacer el bien", de modo que cada vez que uno se pregunta cuáles son las virtudes de la vida, lo que se pregunta a fin de cuentas es acerca de cuáles serán esas disposiciones del espíritu, a la vez adquiridas y durables, cuya presencia en un individuo "aumentan la estima moral que uno siente por él".

En todo caso, cuando uno acepta intervenir en un ciclo como éste, que trata de las virtudes de la vida, corre cuando menos dos riesgos: el de aparentar ser virtuoso y el de creer, o hacer creer, que uno pudiera estar en posesión de la determinada virtud que le corresponde tratar en su conferencia.

Asumí ciertamente ambos riesgos, aunque debo declarar que me considero demasiado imperfecto para pretender presentarme ante mi prójimo como un individuo virtuoso. Por lo demás, la satisfacción de ser virtuoso es prácticamente inalcanzable para temperamentos que tienen una cierta desconfianza de sí mismos. Y en lo que a la autenticidad se refiere —una virtud moderna que tiene que ver con la capacidad de forjarse a sí mismo, de permanecer fiel a uno mismo y de hacerse visible para los demás tal cual se es—, se trata de un atributo del que lo más que puedo decir es que lo he buscado para mí con tesón y celebrado con entusiasmo y alegría cada vez que lo he reconocido en alguno de mis semejantes.

Pues bien, veamos qué hay, en fin, con la virtud que ahora nos reúne, con la difícil autenticidad, que es difícil como todas las virtudes, porque al ser una de ellas es hábito, habitud del bien, y que es difícil, en otro sentido, porque, al ser ella una virtud pudiéramos decir moderna, nos pone en

mayores aprietos a la hora de establecer de qué bien en concreto es ese hábito en el caso de esta específica virtud.

Hemos dicho que la autenticidad es una virtud moderna, quizás porque moderno es también el interés del hombre por su subjetividad. No la encontrarán ustedes mencionada en los catálogos clásicos acerca de las virtudes. En dichos catálogos, lo más parecido a ella podría ser la honestidad. Pero a mí me parece que la autenticidad, si bien próxima a la honestidad, es algo distinta de ésta. La honestidad parece tener que ver, ante todo, con la veracidad y con la sinceridad, esto es, con la fidelidad a las propias ideas y sentimientos. "No mentir" parece ser el emblema principal de honesto; "no ocultar", el complemento indispensable de ese mismo emblema. Ya veremos poco más adelante que por lo que respecta a la autenticidad, si bien es ella veraz y expuesta, va quizás un poco más lejos y se vincula no sólo con la fidelidad a sí mismo y con el hecho de mostrarse a sí mismo, sino, más aún, con una cierta autoría de sí mismo.

La autenticidad, partamos por lo más simple, es lo que se predica de lo auténtico. Lo auténtico es tal porque tiene autenticidad. ¿Cómo salir de este círculo? ¿Qué es precisamente lo que debemos practicar con habitualidad y con la convicción de que se trata de algo bueno y deseable para ser en definitiva auténticos?

Auténtico es, ante todo, el que se hace a sí mismo, el que sabe que somos antes un proyecto que un destino, el que no niega que haya un camino, aunque sabe, como se nos ha cantado tantas veces, que se trata de un camino que se hace precisamente al andar, que se traza, en fin, junto con hacerse.

Hacerse a sí mismo, claro está, tiene que ver con la autonomía del propio ser. Algo tiene que ver, en definitiva, con esa condición de autonomía que cada hombre tiene para querer por sí mismo y para sujetarse a ese querer y no a otro que pueda serle extraño o ajeno.

Auténtico es el que se hace a sí mismo, pero también el que sabe ser fiel a sí mismo. Un hombre, diríamos, del tipo de los originales, no de las simples copias.

Es alguien, además, que se muestra a sí mismo, alguien que, en alguna medida, se basta a sí mismo y que podría llegar incluso a celebrarse y cantarse a sí mismo, como ocurre en esos versos estremecedores que debemos a Walt Whitman.

Hacerse a sí mismo, permanecer fiel a sí mismo, mostrarse a sí mismo, bastarse a sí mismo, celebrarse y cantarse a sí mismo, pero no porque lleguemos a tener una idea demasiado alta de nosotros mismos, sino por el carácter único, irrepetible, se acostumbra decir, que nos lleva a

advertir con júbilo que el mundo está ahí para que seamos en él, no para que nos lo apropiemos, sino para frotarnos con él, para gozarlo, para padecerlo también, y para hacer de ese modo cada cual su propia obra.

"Haced vuestra obra a tiempo", dice el *Eclesiastés*. "Por sus obras los conoceréis". De eso se trata, creo yo, cuando hablamos de la autenticidad como virtud. Se trata de hacernos una vida interior y de lograr luego que ella calce con nuestra vida exterior. Se trata de dar una cierta conformidad a nuestros actos y a nuestras palabras con la vida interior, con el sello que hemos sido capaces de forjarnos. Se trata de no simular, esto es, de hacer aparecer lo que no es, y, a la vez, de no disimular, o sea, de no hacer aparecer lo que es.

John Stuart Mill, en su célebre ensayo *Sobre la libertad*, declara, pues, con razón, que "si una persona posee una dosis aceptable de sentido común y experiencia, la forma de disponer de su existencia que le es propia es la mejor no porque lo sea en sí misma, sino porque constituye la forma que le es propia".

La virtud que ordena el modo de relacionarnos con la verdad puede ser la veracidad. La virtud que regula el modo de vincularnos con nuestras emociones puede ser la sinceridad. La autenticidad, en cambio, es una virtud próxima, pero no igual a esas dos. Tiene que ver más con la fidelidad a sí mismo que con el apego a la verdad o la expresión de nuestros reales sentimientos.

Ser veraz equivale a decir la verdad. Ser sincero equivale a expresar lo que sentimos. Ser auténtico es todavía más que decir y expresar, es ser, es ser uno mismo. Por lo mismo, lo contrario de la verdad es la mentira, en tanto que lo contrario de la sinceridad es la falsedad. En cambio, lo contrario de la autenticidad, más que la falsedad, es la duplicidad, algo que tiene que ver no tanto con el ocultamiento del que soy cuanto con el acto de fingirme distinto u otro del que realmente soy.

Permítanme introducir aquí la distinción que me ha servido para componer el título de esta conferencia. Permítanme hablar un momento acerca de velos, máscaras y disfraces.

El velo es algo leve, porque apenas deja fuera de nuestra vista lo que sabemos que existe del otro lado de la tela. Así, la mujer que tapa su belleza con un velo propiamente no la oculta, porque el que la mira sabe ya de su belleza. El velo es entonces el instrumento del misterio.

En cambio, el que se vale de una máscara quiere no sólo ocultar su identidad, sino sustituirla por otra. El que utiliza una máscara quiere simplemente ser otro, no el que es. La máscara, en consecuencia, es el instrumento de la falsedad.

El que emplea ahora un disfraz no oculta su identidad ni pretende realmente ser otro. El sujeto con disfraz meramente suspende su identidad e imita otra de una manera que resulta tan ostensible como fugaz. Nadie quiere engañar con un disfraz ni lo lleva tampoco para siempre. El disfraz, por lo mismo, viene a ser el instrumento del juego.

Sin embargo, pienso que tiene que existir algo entre el velo y la máscara, algo que permita sólo ocultar la identidad por un momento, pero sin que nos haga aparecer como otro distinto del que somos. Eso es el manto, que nos cubre, que en verdad nos oculta —y por eso se diferencia del simple velo—, pero que, todo lo contrario de lo que acontece con la máscara, no es suficiente para hacernos parecer otro del que somos. El manto es apenas un instrumento de protección.

Velos, mantos, máscaras y disfraces: así debió llamarse esta conferencia, porque tales son, a fin de cuentas, los recursos de que nos valemos para interferir con nuestra identidad.

Sólo las máscaras, en fin, tendrían que ver con eso que llamamos el mal.

El velo es apenas un encubrimiento, y quizás ni siquiera eso. El manto es el que en verdad nos encubre, mientras los disfraces nos facilitan simplemente la diversión que consiste tan sólo en imitar a otro. En cambio, la máscara es una simulación, porque nos permite fingir.

Está dicho que la autenticidad es a la vez próxima y distinta de la veracidad y de la sinceridad, aunque parece hallarse más cerca de ésta que de aquélla. Pero la autenticidad se diferencia de la sinceridad, y es todavía una virtud más exigente, porque obliga no sólo a no engañar a los demás acerca de lo que somos y de lo que sentimos, sino que obliga también a no mentirse a sí mismo. Tal como ha escrito André Compte-Sponville en su libro *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, la soledad de Robinson en su isla lo dispensaba de la sinceridad, al menos hasta la aparición de Viernes, simplemente porque hasta ese momento no había otro ante el cual practicar esa virtud. Sin embargo, la autenticidad continuaba siendo debida para Robinson en tales circunstancias. ¿Debida ante quién?, se pregunta el autor del libro recién mencionado. Ante él mismo, y eso basta.

Hay un texto de William Benett que yo no valoro tanto como al parecer hacen los que lo han colocado, aquí y en otros países, entre las últimas obras mejor vendidas. Se llama *El libro de las virtudes* y en él su autor procura ilustrarlas valiéndose de una agobiante selección de textos literarios. Para ilustrar en particular la honestidad, utiliza el siguiente breve relato, un cuento tradicional titulado *Alguien te ve.*

—Un hombre decidió meterse en el campo del vecino para robarle trigo.
—Si cojo un poco de cada parcela —se dijo—, nadie lo notará, pero para mí representará una buena parva de trigo.
Así que aguardó una noche oscura, cuando gruesas nubes tapaban la luna, y salió a hurtadillas de su casa. Llevó consigo a su hija menor.
—Hija —susurró—, tú debes montar guardia, y avisarme si alguien me ve.
El hombre se metió en el primer campo para empezar a cosechar, y al rato la niña gritó:
—¡Padre, alguien te ve!
El hombre miró en torno pero no vio a nadie, así que tomó su trigo robado y pasó al segundo campo.
—¡Padre, alguien te ve! —exclamó de nuevo la niña.
El hombre se detuvo, miró en torno, pero tampoco esta vez vio a nadie. Recogió más trigo y pasó al tercer campo.
Pasó un rato y la niña gritó:
—¡Padre, alguien te ve!
Una vez más el hombre interrumpió la faena y miró hacia todas partes, pero no vio a nadie, así que recogió el trigo y pasó al último campo.
—¡Padre, alguien te ve! —insistió la niña.
El hombre dejó de cosechar, miró en torno, y tampoco vio a nadie.
—¿Por qué diantre insistes en que alguien me ve? —preguntó airadamente a la hija—. He mirado por todas partes, y no veo a nadie.
—Padre —murmuró la niña—, alguien te ve desde arriba.

De acuerdo a lo que hemos dicho antes sobre el particular, mi único comentario a este relato es que la frase final de la niña —"Padre, alguien te ve desde arriba"— debería ser sustituida por "Padre, tú te ves a ti mismo".

Quiero decir que no sabemos realmente si alguien nos ve desde arriba, aunque siempre deberíamos ser capaces de mirarnos a nosotros mismos.

Por otra parte, la autenticidad es fidelidad y presentación de sí mismo, no ostentación de sí mismo. Es mostración, no exhibicionismo. Es respeto por lo que se es, no jactancia ni vanagloria. Es amor de uno mismo, sí, pero no amor propio. Es magnanimidad, no vanidad. Es actuar a plena luz, no sentirse iluminado. Es, en fin, algo parecido a eso que Rousseau describió tan bellamente como "el sentimiento de la existencia", un sentimiento precioso, hecho, dice él, de "contento y de paz".

Autenticidad es formar el propio corazón, no encerrarse en él. Es hacer que el corazón quiera, pero sin que ese querer, que proviene de uno mismo, se vuelque luego sólo sobre sí mismo. Es individualismo, sí, no narcisismo, y si ese individualismo, como todo, puede entrañar algunos peligros, especialmente el de quedar absortos en nosotros

mismos, lo cierto es que el individualismo tiene también un efecto liberador, en cuanto el bienestar y la felicidad se perciben ahora, si no como estados posibles, como metas personales y no únicamente como fines de carácter social.

A mí siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, que un humanista como Andrés Bello haya destacado, ya en 1843, cuando pronunció su célebre discurso de instalación de la Universidad de Chile, que el cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras no sólo tiene evidentes beneficios de tipo social, sino que es también fuente de consuelos y recompensas espirituales para el hombre individual, puesto que las ciencias, las artes y las letras, en propias palabras de Bello, "aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama".

La autenticidad como hacerse a sí mismo, como hacer también de uno mismo un fin, no es propiamente el fin de todos los otros fines, como se proclama a veces, sino un cierto ajuste en la consideración de los fines. No es la pérdida de toda visión heroica de la vida, como parece creer Charles Taylor en su libro *La ética de la autenticidad*, sino un cambio en lo que vamos a entender ahora por heroico. No es propiamente la pérdida de la convicción de que siempre tenemos que tener algo por lo que valga la pena morir, sino el avance de una idea mejor, a saber, que es preferible tener algo por lo que valga la pena vivir. No es, en fin, pérdida total del interés por los demás y por la sociedad en que vivimos, sino convicción de que sólo el descubrimiento de un sentido propio puede hacer consciente, esto es, meritorio, el interés por nuestros semejantes y la solidaridad de que precisamos para que la sociedad vaya también mejor.

Quiero decir, simplemente, que podemos ser auténticos y a la vez ciudadanos. Tenemos que admitir, en otras palabras, que hay decisiones que nos pertenecen, porque conciernen únicamente a nosotros mismos, pero que el hecho de vivir en sociedad hace también necesario que se adopten decisiones colectivas, esto es, que interesan y la vez afectan al conjunto de la sociedad. Entonces, si tiene sentido preguntarse quién debe tomar ese primer tipo de decisiones, las de carácter personal, también lo tiene determinar quién podrá tomar eso que llamamos decisiones colectivas.

La democracia proporciona a la segunda de esas preguntas una respuesta que no puede sino ser el agrado del hombre autónomo que desea gobernarse a sí mismo. La democracia, como todos sabemos, dice que las decisiones colectivas deben ser tomadas por los mismos sujetos que se verán luego afectados por ellas, y que en sociedades extensas y complejas en las que no es posible la reunión permanente de todos para la discusión de

este tipo de decisiones, no queda más alternativa que su adopción por representantes electos y en uso de la regla de la mayoría. Una regla puramente cuantitativa, reprocharán algunos, pero siempre es preferible, como indica Bobbio, "contar cabezas que cortarlas".

Autenticidad y ciudadanía, entonces. Elegirse a sí mismo, pero saber elegir también a otros para que tomen las decisiones de gobierno; y elegirse a sí mismo sin tanta radicalidad como para llegar a despreciar a todos los que piden nuestro voto para llegar a las posiciones de poder en las que se adoptan las decisiones colectivas. La política, a fin de cuentas, tal como creía Popper, consiste sólo en elegir el mal menor, y la democracia no es tanto una forma de gobierno que posibilita elegir gobernantes perfectos, sino una que permite reemplazar a gobernantes ineptos sin incurrir en derramamientos de sangre.

La autenticidad, más que una virtud, o porque se trata precisamente de una virtud, es también un ideal moral, un ideal que tiene que ver con la autorrealización personal, con dispensar suficiente atención a sí mismo, aunque no exclusiva atención ni menos indulgencia para consigo mismo. No por nada Charles Taylor, como indicamos hace un instante, publicó en 1991 un libro que no vaciló en titular del modo que ya dijimos: *La ética de la autenticidad*.

En consecuencia, lo que mueve a esa autorrealización personal es precisamente una fuerza de orden moral y no la falta de ésta ni menos el propósito de acabar con toda moral. Así, si lo que se llama cultura de la autenticidad es equivalente a relativismo, se trata de un relativismo nada blando y no enteramente permisivo. En otras palabras, no todo da lo mismo, especialmente en lo que concierne a lo que queremos llegar a ser, y tampoco llegar a ser se reduce nada más que a tener éxito en el ejercicio de una carrera profesional, en la acumulación de un cierto patrimonio o en la formación de una familia donde refugiarnos y a la que circunscribir el mundo de nuestros afectos.

La autenticidad no es una retirada, pero sí presupone algún tipo de repliegue. No nos demanda salir de toda comunidad y permanecer en los márgenes, sino aprender primero a ser uno mismo antes de mostrarnos y de colaborar con los demás. Invita a tener y a cultivar algo así como un jardín interior, pero no para aislarnos en él, sino para dejar ese jardín a la vista y olfato de los demás, aunque sin concederle a nadie más que a uno mismo el reconocimiento como jardinero del lugar.

Cuando escribe sobre las virtudes, André Compte-Sponville prefiere explayarse sobre la buena fe, no sobre la autenticidad. Al margen de la cuestión de cuál de esas dos denominaciones es preferible, quisiera detenerme ahora un instante en la expresión "buena fe".

Todos sabemos, más o menos, qué queremos decir cuando afirmamos que alguien actúa de buena fe. Es alguien que actúa no sólo con motivos sanos, sino con los mismos motivos, y no con otros, que reconoce para su acción. ¿Pero qué hace la palabra "fe" en esa expresión? ¿Cómo es que una fe puede ser buena y otra mala?

Si fe es creencia, y creencia firme, la buena fe es algo que otorga creencia, credibilidad diríamos hoy, en tanto que la mala fe no otorga nada semejante, sino todo lo contrario.

El que actúa de buena fe es creído, no porque dé siempre en el clavo, no porque acierte, sino porque se comporta según sus creencias, y por eso mismo es que consigue la creencia de sus semejantes. El que actúa de mala fe, en cambio, no es creído, y no porque yerre o se equivoque, sino porque dice comportarse por creencias que no son las que de verdad tiene, y por eso tampoco consigue que se le crea.

A mí me complica un poco, pasando ahora a otro punto, que Sartre, al definir lo que es el existencialismo, declare que "la existencia precede a la esencia", porque si lo que eso significa —como él mismo dice— es que "el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y después se define", aquella frase inicial suya quedaría mejor, creo yo, si la palabra "esencia" fuera reemplazada por "identidad".

La existencia, entonces, precede a la identidad. Primero estamos en el mundo, sólo después llegamos a ser alguien en el mundo. Estamos, luego somos. Yo no llegaría tan lejos como lo hace Sartre, sobre todo cuando sentencia que el hombre "empieza por no ser nada", pero la idea de fondo del existencialismo, la llamada "subjetividad", me sigue pareciendo correcta, porque el hombre es, a fin de cuentas, lo que él se hace. Esto quiere decir que el hombre empieza por existir y "sólo será después, y será tal como se haya hecho". El hombre es entonces un proyecto, un ser lanzado hacia un porvenir, que él mismo modela, y no propiamente hacia un destino que le venga impuesto por otro o por la naturaleza.

Por lo mismo, sigue Sartre, el hombre "no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad", o sea, no puede liberarse de la angustia, sobre todo porque sabe además que al final del camino se halla esa disolución que llamamos muerte.

Una angustia, entonces, que proviene de que el hombre no se ha creado a sí mismo y, sin embargo, es libre y por tanto responsable de lo que hace con su existencia.

La autenticidad, por lo mismo, tiene que ver también con querer la libertad propia y con querer, asimismo, la libertad de los otros. Es fidelidad a uno mismo y a la par derecho de cada cual a ser y a presentarse como es, a

"morir invicto", como dice Vargas Llosa de Zhivago, el médico de la célebre novela de Pasternak, personaje que sabe ser fiel no sólo a sus convicciones, sino también a sus incertidumbres, y que no puede ser considerado un héroe desde el punto de vista social, aunque sí desde el del apego a la condición propia, a las propias debilidades y atributos.

Pero el drama consistiría en que tenemos una sola existencia y, a la vez, como también dice Vargas Llosa, tenemos "los deseos y fantasías de desear mil", aunque no para vivirlas sucesivamente, sino de modo simultáneo. Humboldt, por ejemplo, recomendaba expandir la personalidad en múltiples y aun opuestas direcciones.

Porque tenemos una vida y deseamos mil es porque leemos y vemos historias en el cine y en la televisión. Porque tenemos una vida y deseamos mil necesitamos también de las ficciones. Cada vez que leemos una novela, emprendemos un viaje para ser otros, "salimos para ser otros", como dice de nuevo el escritor peruano.

Así, uno pasa en cierto modo a ser Jay Gatsby cuando lee la hermosa novela de Scott Fitzgerald, que es por cierto bastante más que la historia de un amor contrariado. El propio Fitzgerald dice que la prueba de una inteligencia superior consiste en mantener dos ideas opuestas a la vez sin perder por ello la capacidad de funcionar. No es raro entonces que *El gran Gatsby* concluya con un pensamiento triste y una imagen en cierto modo desgarradora: "y así seguimos —dice el relator de la historia—, luchando como barcos contra la corriente, atraídos incesantemente hacia el pasado".

Atraídos, en suma, hacia lo que fuimos, que nos parece más que lo que somos, atraídos hacia los muchos que fuimos o quisimos ser, hacia los nobles despojos que sobrevivieron a nuestro esfuerzo por modelarnos con materiales que no siempre advertimos que eran perecibles.

Morir es entonces una protesta, un acto que tiene que ver con cualquier cosa menos con la paz, esa que conseguimos con la muerte, que es la disolución que sigue al acto de morir.

No quiero adoptar un tono demasiado lúgubre, pero la vida es entonces un proceso a la par de construcción y de disolución. De autoría de uno mismo y de demolición de sí mismo. De tareas que nos permiten realizar esa vida, pero también gastarla. Por eso es que tenemos que darnos crédito a nosotros mismos y a la vez mantenernos en guardia respecto de lo que somos, asumiendo por momentos el punto de vista de los demás. Tenemos que ser —trocando un tanto una idea de Xabier Rupert de Ventos— "hombres-brújula", atentos a nuestro Norte, y "hombres-radar", alertas también a la posición de los otros.

Si la autenticidad es ante todo algo así como construcción, fidelidad y presentación de sí mismo, y ese mismo no es nunca uno, sino muchos, la ficción —no digo el fingimiento— es el paliativo, según dice Vargas Llosa, que la imaginación ha concebido para el divorcio entre nuestra realidad limitada y nuestros apetitos desmedidos. "Gracias a ella somos más y somos otros sin dejar de ser los mismos".

Autenticidad, entonces, como apego a sí mismo. No salirse de uno mismo, obstinarse incluso en uno mismo, como invita por su parte Hermann Hesse.

Ese escritor, en un breve ensayo del mismo título —*Obstinación*—, nos dice que la virtud es obediencia y que la cuestión capital es a quién se obedece, llamándonos a aceptar sólo la ley que lleva cada cual en sí mismo.

Hesse quiere que descubramos no una suerte de sentido común, sino el propio sentido, que por ser precisamente propio, esto es, de cada cosa, de cada persona, permite que "el mundo sea bueno, variado y hermoso".

A Hesse le gusta ese nombre áspero e incluso vicioso —obstinación—y no se muestra muy dispuesto a canjearlo por otros como "personalidad", "carácter" u "originalidad".

Seguir entonces la propia estrella, salirse del rebaño, dejar latir en el pecho la "ley silenciosa y tenaz" de uno mismo, todo lo cual sólo podría resultar penoso para el sujeto cómodo, dócil, tradicional, aunque no para el hombre independiente que forja su propio sentido y se apega invariablemente a éste.

Claro que tampoco hay que llevar las cosas demasiado lejos. Un yo demasiado exacerbado puede llegar a creer que está en su derecho cuando pone los pies encima de sus semejantes. Un yo sobrevalorado puede considerar que los demás son sólo mediocres a los que es preciso someter y conducir en algún modo.

Se trata entonces de forjar y defender el sentido propio con el fin de ser cabalmente uno mismo, pero no con el propósito de trazarse algo así como una señal en la propia frente para que nos reconozcan la prerrogativa de mandar a los demás. Todo lo contrario, de lo que se trata es de mandarse apenas a sí mismo y no de irradiar como un ser providencial para los demás. La persona auténtica es celosa de su libertad y sabe a la vez detenerse ante la libertad de los demás. Sabe que tiene su propia medida, pero que cada uno de los demás también la tiene.

Todavía más: sabe que no sólo no debemos pretender regir sobre los demás, sino que es preciso aprender de ellos. Nadie es en verdad su propio y exclusivo laboratorio en lo que a la formación del talante intelectual y del temperamento moral se refiere. Nos hacemos alguien también en el diálogo

con los otros, por ejemplo, con nuestros padres, y aunque acabemos muchas veces dándoles la espalda, es cierto, como dice Charles Taylor, que la conversación con nuestros padres "continúa dentro de nosotros todo lo que duran nuestras vidas".

Aristóteles creía que las virtudes se hallan justo al medio de dos defectos extremos. Así, la valentía sería una virtud que equidista tanto de la cobardía como de la temeridad, esto es, la valentía sería una virtud que se separa a la vez de la falta de coraje, la cobardía, y de su exceso, la temeridad.

Ignoro si un esquema semejante puede o no prestarnos alguna utilidad en el caso de nuestra virtud —la autenticidad—, pero podríamos afirmar, sólo con el propósito de aclarar un tanto más las cosas, que ella equidista por un lado de la falsedad y de la duplicidad, como es bien obvio, y que por el otro lo haría del vicio opuesto, que podría consistir en la ostentación de sí mismo, o sea, en eso que llamamos majadería.

Aunque resulte difícil alejarse de la falsedad para alcanzar siempre posturas auténticas, todos sabemos relativamente bien cuándo nos hallamos en un punto o en el otro. Pero quizás no ocurra lo mismo tratándose de lo que llamamos majadería. Tal vez resulte más difícil apercibirnos con justeza cada vez que en nombre de la autenticidad pudiéramos estar desplazándonos hacia su otro polo opuesto, hacia la ostentación de sí mismo, hacia la majadería.

Una personalidad auténtica debe entonces defenderse no sólo de la duplicidad y de las falsedades, sino también de la majadería. La autenticidad es fidelidad a sí mismo, no ostentación de sí mismo. Quiero decir que una persona auténtica debe ejecutar siempre su propia melodía interior, aunque a veces pueda resultar aconsejable utilizar también la sordina, esa pieza que los trompetistas manejan con destreza cada vez que quieren atenuar el estruendo de tan potente instrumento.

Como en todo lo que concierne a nuestra vida, en esto hay que saber también dónde trazar la línea que nos impida precipitarnos en el defecto, pero también caer en el exceso. El problema vuelve a ser que esa línea no está nunca trazada de antemano y es preciso entonces fijarla una y otra vez desde esa capacidad de deliberar a la que Aristóteles dio el nombre de prudencia.

El humor, ciertamente, también puede ayudarnos.

Tenemos que actuar con suficiente seriedad en todo lo que concierne a la conducción de nuestra propia existencia, aunque es el humor —como vuelvo a leer en el texto de Compte-Sponville, que lo coloca también entre las virtudes— lo que nos impide al fin satisfacernos demasiado con nosotros mismos, en tanto permite que nos entreguemos, aunque sea sólo a ratos, en brazos de lo que ese mismo autor llama una "desilusión gozosa".

El humor nos permite reírnos de nosotros mismos, pero como es risa de uno y no contra uno, deja siempre a salvo nuestra identidad. No obra pues el humor como un disolvente de nuestra identidad, sino como un acto de misericordia que nos permitimos para con ella. Por eso es que Freud tenía razón cuando afirmaba que "el humor tiene algo que libera". Nos libera por momentos de nosotros mismos cuando somos precisamente capaces de dirigirlo antes hacia nosotros que contra los demás.

Desde la seriedad con que debemos conducir nuestra vida, así como desde la práctica de la autenticidad que le es aneja, podemos y debemos presentarnos siempre como la persona que somos, pero, a la vez, y para no engolfarnos con nosotros mismos y para no fastidiar tampoco a los demás, deberíamos tomarnos en serio lo que dijo alguna vez Woody Allen: "Lo único que lamento es no ser otra persona".

Lo único que lamento es no ser otra persona... Sí, porque si la autenticidad tiene que ver con la conciencia que uno tiene de sí mismo, ¿cómo no incluir en la cuenta que cada cual se hace a sí mismo las limitaciones, los defectos, las comicidades e imperfecciones de nuestro carácter?

El vicio, lo mismo que la virtud, es repetición. En nombre de la autenticidad debemos siempre repetirnos ante los demás, aunque nunca para que se crea que estamos enteramente a gusto en nuestro pellejo. Una repetición puramente gustosa de sí mismo sería un auténtico vicio. Una repetición de sí mismo que fuera más jubilosa y alegre que complacida y satisfecha, o sea, una repetición que incluya también el humor de sí mismo, sería en cambio algo parecido a una virtud.

Habría entonces que cultivar la autenticidad, pero nunca al precio de olvidarnos del humor. Todavía más: deberíamos entender el humor como cierto componente necesario de esa identidad que precisamos forjar y mostrar invariablemente a los demás.

Permítanme ilustrar esto último con un ejemplo personal.

Algo importante de mí, por cierto, es la dedicación a la tarea universitaria. No me refiero a la que ahora realizo momentáneamente en el escritorio de rector, sino a aquella más rica y permanente que transcurre día a día, junto a jóvenes, en medio de esa suerte de incandescencia que se produce comúnmente en las salas de clase. Yo creo tomarme en serio esa tarea, pero el trato que me dispensó una vez cierto ex alumno me convenció de que la única manera de conservar vivo lo que uno realmente estima es haciendo cada cierto tiempo risa de ello.

Voy a contarles un episodio enteramente verídico. No es nada excepcional, pero considero que se trata de un incidente francamente divertido. Al menos a mí me ha prestado una gran ayuda a la hora de perseverar en el oficio

de enseñar, aunque sin hacerme demasiadas ilusiones en punto a lo que un profesor consigue realmente impresionar a sus alumnos cuando les muestra a la par su ser y su saber.

Yo me ocupo en Valparaíso de la asignatura de Filosofía del Derecho, que se imparte en el último año de la carrera. Hace algún tiempo, mientras daba ese curso y entraba y salía casi a diario de la Escuela de Derecho, solía toparme con un joven muy formal que estaba entonces en los inicios de la carrera y que, al cruzarse conmigo y darme por ejemplo los buenos días o las buenas tardes, decía, muy serio, "buenos días, maestro" o "buenas tardes, maestro". Utilizaba esa expresión tan embarazosa, "maestro", en cada oportunidad que debía saludarme o responder al saludo que yo le hacía.

Llegó este joven alumno al quinto año de la carrera y apareció entonces su rostro, para mí ya tan familiar, entre los que formaron uno de mis cursos de Filosofía del Derecho.

A la salida de la primera clase, me crucé nuevamente con él y me llamó la atención que hubiera cambiado su saludo: "Buenos días, profesor", me dijo simplemente.

Y así ocurrió durante todo el semestre que duró mi curso, resignándome yo con alguna facilidad al descenso que significaba el apelativo de profesor que él me adjudicaba ahora.

Llegó luego el día del examen, que él aprobó por supuesto sin problemas, y a poco andar me encontré otra vez con el que había pasado ahora a ser mi ex alumno, llamándome la atención que hubiera variado nuevamente la manera de dirigirse a mí: "Buenos días, don Agustín", fue la frase que le escuché decir entonces.

Dos o tres años más tarde, recibido ya de abogado, cosa que yo sabía y que él sabía que yo sabía, me lo encontré una mañana en un tranquilo café de la ciudad. Vestía terno y la sonrisa con que me recibió denotaba una evidente satisfacción consigo mismo. "Agustín, ¿cómo está usted?", me dijo, y yo respondí que estaba bien, aunque advertí que para él ya no sería más "don Agustín".

Pero la historia no acaba ahí.

Al día siguiente volví a encontrar a mi ex alumno en el mismo lugar. Él estaba instalado en un extremo del mesón y yo en el otro, sin nadie entre ambos. Me miró entonces, encendió parsimoniosamente un cigarrillo, acomodó la tacita que tenía enfrente suyo y exclamó con evidente descaro y simpatía: "Cucho, tómate un café conmigo". □

CLAUDIO VÉLIZ: *THE NEW WORLD OF THE GOTHIC FOX. CULTURE AND ECONOMY IN ENGLISH AND SPANISH AMERICA.*
(Berkeley: University of California Press, 1994).

CLAUDIO VÉLIZ: *THE NEW WORLD OF THE GOTHIC FOX* *

Pedro Morandé

1. Sentido de la interpretación histórico-cultural

Quisiera comenzar felicitando a Claudio Véliz por la magnífica y estimulante oportunidad que nos brinda su libro de discutir acerca de los rasgos culturales que nos constituyen como pueblo, valiéndonos para ello de un interesante contraste con los pueblos anglosajones, es decir, con el pueblo que no somos pero que, sin embargo, guarda con el nuestro una herencia cultural común: el cristianismo, el pensamiento griego, la tradición política e institucional del Imperio romano. Este contraste, que por fuerza debe incluir muchos elementos, es posible, a la vez, por la simplificación

PEDRO MORANDÉ. Dr. Phil., en Sociología, Universidad de Erlangen-Nürnberg. Licenciado en Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Es miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales y se desempeña desde 1995 como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha sido Director del Instituto de Sociología y Pro-Rector (1990-1995) de la P. Universidad Católica de Chile. Entre sus publicaciones pueden mencionarse *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago, 1984) e *Iglesia y Cultura en América Latina* (Lima: Editorial VG).

* Versión extendida del comentario al libro de Claudio Véliz, *The New World of the Gothic Fox,* presentado en seminario organizado por el CEP el 21 de agosto de 1996.

que permite el recurso a una metáfora que tiene la suficiente capacidad sintética como para ofrecernos una intuición fundamental acerca del núcleo cultural que nos constituye, pero que, como metáfora, tiene la flexibilidad suficiente como para aplicarla a ámbitos muy diferentes entre sí, como la filosofía, la religión, la política, la arquitectura, el arte, el lenguaje.

Surge entonces, en primer lugar, una pregunta metodológica: ¿Tiene sentido realizar una interpretación histórica sobre estas bases, la que deberá enfrentarse a cada momento a la exposición de excepciones que la cuestionan o la desacreditan? Claudio Véliz, con cautela y con modestia, se apresura a asegurarnos que su trabajo no es propiamente científico, que no debe exigírsele más de lo que es, que el pensamiento puede comparar sin límite preestablecido una cosa con cualquier otra, y que la metáfora tiene la virtud de presentar plásticamente un criterio hermenéutico que, no obstante su relatividad o su arbitrariedad, afirma, sin embargo, que algo es.

Personalmente, creo que es muy razonable esta posición y especialmente adecuada para la caracterización de los fenómenos culturales. Las ciencias de la cultura son hermenéuticas. No pretenden postular relaciones de causa-efecto, sino describir e interpretar los significados que testimonian las distintas expresiones u obras de la cultura, y un recurso siempre válido para ello ha sido tradicionalmente la comparación entre significados distintos o contrapuestos que pueden asociarse a los diferentes estilos culturales. La única reserva que debe mantenerse frente a este proceder es no pretender identificar la metáfora con la realidad. La metáfora revela un aspecto de la realidad a partir de un significado que se considera plausible vincularlo a esa realidad. Pero no es toda la realidad. La coherencia del discurso puede hacer creer que la realidad es más coherente de lo que en verdad es, o al contrario, que es menos coherente. No hay manera de escapar de esta relativa incertidumbre. Lo importante, en todo caso, es ofrecer una interpretación, puesto que la crítica a una interpretación sólo puede hacerse desde el ofrecimiento de otra.

2. Crítica al arielismo de los intelectuales latinoamericanos y la nueva metáfora propuesta

El recurso a la metáfora para comparar la tradición cultural iberoamericana y la anglosajona, como explica Claudio Véliz, no es nuevo entre nosotros, al menos, durante todo el presente siglo. La imagen de Ariel y Calibán propuesta por Rodó ha influido muy decisivamente en los intelectuales latinoamericanos hasta el presente, como en Vasconcelos, Haya de la Torre, Gabriela Mistral, Octavio Paz, e incluso en la "teoría de la dependen-

cia" nacida del lenguaje más burocrático e impersonal de la Cepal. Coincido en este aspecto con el autor. Me pregunto sólo críticamente si su propuesta no puede leerse acaso como una reedición analógica de esta misma metáfora. La atribución de materialismo y pragmatismo a nuestros vecinos del norte, en comparación con la fiesta, la delicadeza de espíritu y el gozo por la vida de que harían gala los latinoamericanos tiene una cara de autojustificación y de defensa de una tradición cultural que se ve amenazada, por una parte, pero tiene también la cara autocrítica de la incertidumbre de saber si hay algo en nuestra cultura que nos impide integrarnos a la modernización o que explique los modestos resultados alcanzados, comparados con el éxito de los pueblos anglosajones, por la otra.

Pienso que ambos aspectos siguen estando plenamente vigentes, y que el análisis de Claudio Véliz no hace más que volver a ponerlos nuevamente sobre el tapete. Es cierto que, esta vez, no se nos hace una defensa apasionada de uno u otro estilo cultural. Quisiera destacar, a este respecto, la ponderación y la sutileza de juicio que nos ofrece Claudio Véliz. Él se limita a describir las cosas tal como se ven desde la metáfora que nos ofrece, sin señalar que hay que renunciar a la cultura propia para acceder al desarrollo o de justificar lo que somos desconociendo o desvalorando la calidad cultural de los anglosajones. No nos invita a tomar partido, sino a comprender. Esta saludable actitud académica, sin embargo, no cambia la vigencia del problema. Por una parte, Iberoamérica necesita desarrollarse, integrándose esta vez al mercado "globalizado" creado por el desarrollo industrial moderno. Por otra, esta integración se percibe, no siempre justificadamente, como una amenaza para el patrimonio cultural iberoamericano y para la identidad de nuestros pueblos. Y si bien afirma con razón Claudio Véliz que no parece haber fundamento suficiente como para sostener que la cultura iberoamericana tiene una disposición espiritual que la predispone negativamente hacia su prosperidad en el ámbito del desarrollo material (pág. 10), tampoco hay mucha evidencia para afirmar lo contrario, demostrando que la pregunta sigue latente, lo que ha llevado incluso a destacados sociólogos, como Peter Berger, entre otros, a insistir en la búsqueda de una vinculación entre una ética del tipo calvinista y el desarrollo del capitalismo.

Por su parte, Claudio Véliz nos propone una nueva metáfora con la intención de superar el arielismo, tomada esta vez de I. Berlin y su comparación entre el zorro y el erizo: "El zorro sabe muchas cosas, mientras el erizo sabe una sola cosa grande". Con ello se describe una actitud intelectual o cognitiva, propia de los pensadores, que diferencia a aquellos que ven toda la realidad referida a un único principio orgánico universal que sustenta el

orden de los fenómenos, de aquellos que perciben la realidad en forma más segmentada, que valoran la particularidad de cada acontecimiento, que relacionan hechos o nociones con propósitos fácticos o limitados, y que pueden convivir sin problema con nociones y hechos aún contradictorios, provisionales y sujetos a constantes cambios. Esta metáfora es, sin duda, muy sugerente, y aplicada a pueblos y culturas, como las anglosajonas y las ibéricas, ayuda a comprender importantes momentos históricos e importantes obras culturales de los respectivos dsominios, como la Contrarreforma, en el caso ibérico y la Revolución Industrial, en el caso anglosajón.

Pero del mismo modo como Claudio Véliz señala que las figuras de Ariel y Calibán se pueden encontrar en cualquier sociedad, antes que describir dos tipos o formas distintas de sociedad (pág. 10), ¿no acontece de igual modo con la figura del zorro y del erizo? De hecho, como él mismo explica, esta tipología fue originalmente utilizada para describir personas, estilos intelectuales. Aunque, en lo personal, me siento más próximo intelectualmente al estilo del erizo, en la universidad donde trabajo abundan los zorros, no sólo entre los académicos, también entre los estudiantes, e incluso, en el estilo con que se confeccionan los planes de estudio. Suponiendo que sea útil y legítimo extender esta metáfora a toda una cultura o a sus rasgos más sobresalientes, ¿no se está con ello privilegiando unilateralmente un estilo cognitivo antes que otros aspectos igualmente importantes? Me parece que la figura del zorro y del erizo, aunque le dan indudable valor literario a la presentación del trabajo que comentamos, no constituyen una clave hermenéutica más importante o distinta al hecho de considerar la Contrarreforma y la Revolución Industrial como los dos hechos culturales más determinantes de las culturas ibéricas y de las anglosajonas. Este es el hecho macizo desde el cual se analizan sus antecedentes y sus consecuencias culturales, y el propio autor está lejos de considerar que ambos hechos correspondan sólo a estilos cognitivos o de síntesis intelectual, sino que trae a colación numerosas otras variables que forman un entramado complejo de causas y consecuencias. De modo que me referiré a continuación, más que a la metáfora, a la interpretación cultural de los hechos históricos y sociales.

3. Pueblos y culturas trasplantadas

Debo confesar que no me gusta la expresión, usada con alguna frecuencia en el mundo académico, de “sociedades o culturas trasplantadas”. Aunque del mismo modo como Claudio Véliz, no creo muy provechosas las discusiones académicas en torno a nombres y términos, me parece

que en este caso específico vale la pena, al menos, recordar el hecho de que las formas e intenciones de la colonización en el norte y el sur del "nuevo mundo" fueron muy distintas en relación al "trasplante". Mientras la expresión podría aplicarse, en su sentido usual, a los colonizadores norteamericanos cuya motivación principal era inaugurar en otra parte una forma de convivencia entre ellos más acorde con sus principios religiosos o morales, resulta bastante discutible su uso en el caso iberoamericano, en donde la colonización fue justificada, aunque no propiamente supeditada a la idea de "misión". En este caso, hubo un intento explícito de salir al encuentro de las poblaciones aborígenes para evangelizarlas, como también una disposición abierta al mestizaje. Naturalmente, este hecho no debilita la tesis general de Claudio Véliz de que la herencia cultural ibérica e inglesa perdura con fuerza en sus obras del nuevo mundo, especialmente, a partir de la lengua, pero incluyendo además muchas otras dimensiones de la cultura. Sin embargo, en el caso de Iberoamérica, es preciso interpretar a su vez el modo específico de la síntesis cultural entre los pueblos europeos y los amerindios. No hay mero trasplante, sino también un deseo de conservación de las tradiciones indígenas propias, como lo atestigua, entre otras cosas, la evangelización en las propias lenguas nativas, las que alcanzaron incluso el nivel de la escritura a partir de este propósito. El mismo hecho, tan significativo y no suficientemente aclarado, de que se prohibiera la evangelización monástica en los terrenos hispanoamericanos, puede ser interpretado también como un expreso deseo de evitar un mero "trasplante", prefiriéndose las órdenes cuyo carisma era más directamente de búsqueda del encuentro con los pueblos americanos y sus tradiciones religiosas y culturales.

4. La interpretación de la Contrarreforma y del Barroco

Lo más importante, sin embargo, es ir al fondo de las interpretaciones ofrecidas y de sus significados. Concuerdo con Claudio Véliz con muchas de sus afirmaciones relativas a la Contrarreforma y al Barroco, aunque echo de menos algunos significados fundamentales que ayudarían a tener una visión más amplia, y a la vez exacta, del fenómeno. Por la imposibilidad de comentar cada una de sus afirmaciones, deberé limitarme a algunas apreciaciones globales:

a) En el plano propiamente intelectual, me parece que no es apropiado subordinar el Barroco a la Contrarreforma, sino al revés, especialmente si se considera el Concilio de Trento y el nacimiento de la Compañía de Jesús como dos de los hechos político-religiosos más decisivos. Desde su

nacimiento, la Compañía de Jesús se establece con un propósito netamente "moderno", cual es la evangelización del mundo entero, especialmente de los pueblos que no tenían culturas vinculables a la tradición bíblica. América Latina, Filipinas, la India, Japón y China representaron un desafío totalmente inédito para el mundo medieval y renacentista, cuya referencia histórico-salvífica estaba directamente vinculada a la tradición bíblica (el mundo judío, el greco-romano y el islámico). La evangelización había que pensarla ahora en términos universales, valorando la tradición cultural de pueblos desconocidos. Ni la ortodoxia dominica ni el milenarismo franciscano eran suficientes para entender la novedad cultural y teológica que se presentaba. No se trataba de la mera extensión de la cristiandad medieval a otros suelos, aún si ella fuese suficientemente reformada, sino de enfrentar una nueva relación de la Iglesia con las culturas.

El Barroco, según me parece, es la primera visión moderna de la "catolicidad". Catolicidad es universalidad, rasgo irrenunciable de la autocomprensión de la Iglesia. Y del mismo modo como había sido la gloria de Tomás de Aquino presentar el cristianismo de modo enteramente compatible y dialogante respecto del pensamiento clásico griego, saliendo al paso de sus interpretaciones árabes, la gloria de Ignacio de Loyola fue darle a la Iglesia un horizonte universal de apertura y diálogo con todas las culturas, lo que significaba desarrollar, además de la teología bíblica y dogmática, lo que hoy día llamamos teología fundamental, es decir, aquella que intenta interrogar el patrimonio de la fe desde las preguntas que la razón natural y que cada cultura específica plantea sobre el origen, significado y destino de la vida humana, individual y colectiva.

Es cierto, como señala Claudio Véliz, que un aspecto importante de la Contrarreforma fue la recuperación y transmisión del pensamiento de Santo Tomás, como lo documenta en el caso de Salamanca. Pero resultaría igualmente incomprensible este esfuerzo si no se observara que la reflexión de Francisco de Vitoria sobre el poder, los derechos de conquista, el respeto a las culturas de cada pueblo y el derecho a la evangelización, estaba alimentada y acicateada por la novedad del encuentro con pueblos nuevos y culturas desconocidas. La misma distinción entre pueblos "infieles" y pueblos "no-evangelizados" es un testimonio de esta preocupación. Esta misma lectura hay que aplicar también a los decretos del Concilio de Trento que, desde Europa, se analizan como una respuesta a las cuestiones abiertas por la Reforma, pero desde el resto del mundo significan una afirmación, por decir así, de los derechos de la "naturaleza" frente a la "gracia", aspectos claramente entrelazados pero no confundibles, de enorme importancia para la evangelización de los pueblos no cristianos.

Este mismo sentido de catolicidad juega un papel decisivo a la hora de interpretar el cuarto voto jesuita de obediencia incondicional al Papa para los requerimientos de la misión. Claudio Véliz ve en ello una manifestación del centralismo propio de España y Roma. Personalmente, tengo otra interpretación, aunque no sea del todo excluyente, aunque sí parcialmente, con la anterior. La intuición geopolítica de San Ignacio, según me parece, es que la catolicidad ya no puede tener como punto de referencia político un solo monarca o una sola figura imperial. Mientras el papado es, por naturaleza, universal, no lo es el rey, limitado siempre al ámbito de sus dominios. La obediencia especial al Papa se realiza con el propósito específico de la misión en ultramar, dándole al propio Papa una dimensión que nunca antes tuvo en la historia. Es, por decir así, una suerte de reforma del papado, el que ya no quedará más confinado a los intereses de las monarquías europeas, aunque la conquista y desarrollo de esta libertad tardara mucho tiempo en materializarse plenamente. Me parece que este conflicto, que primeramente permaneció latente, se hizo después manifiesto durante el siglo XVIII, terminando con la expulsión de los miembros de la Compañía e incluso con su momentánea disolución. Recién después del Concilio Vaticano I, la disolución de los Estados Pontificios y la creación del Estado Vaticano, se logró conquistar para el Papado esta dimensión universal que permite a la Iglesia estar en todos los continentes y culturas. Sin embargo, el origen de esta conquista se remonta a la fundación de la Compañía de Jesús y a la formación de la cultura barroca.

Formalmente hablando, no estaría equivocado hablar de la "catolicidad" como aquella única gran cosa que sabe el erizo. Pero esa gran cosa incluía el diálogo con todas las culturas de la Tierra en el modo específico en que ellas se manifiestan en su experiencia de encuentro con los misioneros. Se trata de una idea formalmente "centralista" porque tiene al Papa como referencia universal de la catolicidad, pero no se puede ocultar que tal centralismo no tiene nada que ver con las ideas monárquicas de dominio y administración territorial. Algunos han hablado del paso de la conquista del territorio a una "conquista espiritual", pero cualquiera sea el significado que se le quiera dar a esta expresión está claro que tal conquista no tiene paralelo alguno con principios políticos de soberanía. Si bien es cierto que, como señala Claudio Véliz, se desarrolló en España un clero regalista, fue este mismo clero el que se asoció posteriormente con Pombal y el despotismo ilustrado de los Borbones para expulsar a los jesuitas de sus territorios.

Precisamente, me parece que la expulsión de los jesuitas del Nuevo Mundo es uno de los hechos políticos y culturales más importantes de la historia iberoamericana y, sin embargo, no se le da la suficiente atención.

¿Por qué ellos constituían una amenaza para el Imperio? ¿No se debe justamente al hecho de que el carisma que los originó y la lógica de su conducta eran contrarias y disfuncionales al centralismo? No es que ellos hubiesen cambiado repentinamente de posición, sino que tardó un par de siglos en desplegarse el verdadero sentido de su obra, la que estaba descrita ya en su fundación y en el Concilio de Trento, pero que, como todo proyecto nuevo, necesita siglos para desplegarse en toda su significación. Mi tesis personal es que tal expulsión debilitó la unidad cultural iberoamericana a tal punto que permitió la formación de oligarquías criollas localistas que, llegado el momento de la independencia, dividieron Hispanoamérica en una pluralidad de pequeños estados.

b) Un segundo aspecto fundamental del Barroco, analizado sólo indirectamente por Claudio Véliz, es la naciente y conflictiva relación entre oralidad y escritura. El libro que comentamos centra su atención fundamental en el hecho, ciertamente relevante, que mientras el idioma castellano es central y formalmente definido, primero con la gramática de Nebrija, de 1492, y posteriormente con la fundación de la Real Academia de la lengua, el inglés nunca tuvo estos refuerzos institucionales y cada cual lo usa y lo escribe del modo que quiere o, mejor dicho, del modo que resulta comprensible para sus interlocutores inmediatos. Concuerdo plenamente con Claudio Véliz en la importancia asignada a la lengua, la que se va extendiendo sobre cientos de lenguas y dialectos hablados; constituyendo paulatinamente un espacio cultural integrado. Pero cualquiera sea la utilización política que se le quiera reconocer al castellano y al inglés, el hecho todavía más fundamental es que la nueva ecúmene universal necesita una lengua que sea simultáneamente hablada y escrita. En la tradición medieval, el idioma escrito no es el mismo que el hablado, e incluso más, corresponde a una lengua muerta desde el punto de vista del habla (el latín). Con ello no es posible la formación de una interrelación de pueblos verdaderamente universal.

La unidad de oralidad y escritura en una misma lengua no se realiza, sin embargo, de un día para otro, sino que es el resultado de un largo proceso de difusión de la escritura y de invención del idioma escrito. La gramática de Nebrija es un testimonio de la vigencia de este problema y de la urgencia con que se percibía una necesidad de solución. Pero el Barroco, como propuesta de síntesis universal, no siguió el camino de la imposición abrupta de la escritura sobre la oralidad y de la forma racional que este tipo de comunicación conlleva, sino que intentó conciliar ambos aspectos. Desde el punto de vista temático, me parece que éste es el núcleo de *Don Quijote* de Cervantes. Se presentan allí dos personajes fundamentales: el

Quijote y Sancho. El primero mira la realidad a través de los libros y, por ello, sus vecinos lo consideran loco, y deciden quemarle su biblioteca para salvarlo de la locura. No se trata de un intelectual, sino de un modesto hidalgo, pero que ya tiene acceso al mundo de la escritura. El otro personaje, Sancho, mira la realidad desde la sabiduría heredada de la tradición oral. Su saber es un largo repertorio de dichos y refranes. Conscientes de la distancia social que los separa, ambos personajes guardan, sin embargo, simpatía entre sí, y tienen una secreta admiración por la sabiduría del otro. Logran establecer una muy peculiar comunidad de vida y, cuando se separan, el Quijote muere, como si Cervantes quisiera sostener que, en las nuevas circunstancias históricas, una escritura separada o escindida de la oralidad estaba condenada a desaparecer, lo que ha resultado, en cierto modo, profético para la suerte del latín.

El Barroco iberoamericano desarrolló esta misma tendencia. Por una parte, hace su entrada en medio de culturas de tradición oral la escritura castellana representada por la ley, las universidades (aunque estas continuaron durante bastante tiempo con el uso del latín escrito), las escuelas para indios, los manuales de doctrina, o el catecismo del tercer Concilio Limeño. Pero por otra, el despliegue de la evangelización se hizo con liturgia, autos-sacramentales, teatro, canto, música y poesía. El conocido "Canto a lo divino" en nuestro país es un señalado ejemplo. Sobre la base de cuartetas, cuyo origen remonta a veces al siglo XV, se improvisaban décimas criollas que, al mismo tiempo que preservar la cuarteta original, la enriquecían con referencias al paisaje y a las personas y circunstancias locales. Creo que no es arriesgado señalar que hasta el día de hoy, la cultura iberoamericana sigue siendo una cultura oral y de la imagen, la que no ha resistido contra la escritura (con la excepción del período de apogeo iluminista), sino que la ha más bien incorporado. En este sentido, suscribo totalmente la tesis de Jorge Guzmán, que describe el llamado realismo mágico de los escritores latinoamericanos como una transposición del universo de la oralidad al texto, sin perder por ello ni la estructura ni la semántica de la tradición oral (véase *Diferencias latinoamericanas*, Santiago, 1984).

Otro ejemplo notable, esta vez de los primeros años de la evangelización, es la obra de recopilación escrita de las tradiciones orales, como el caso de Bernardino de Sahagún en México o Huaman Poma de Ayala, en Perú, sobre la que se ha levantado recientemente la hipótesis de que también se trataría de la obra de un misionero. Pero al lado de estas dos crónicas más conocidas, encontramos una enorme cantidad de escritos en esta misma dirección, intentando tender un puente entre la lógica de la oralidad y de la literalidad. Que una lengua que busca ser universal deba recurrir a la escri-

tura es un hecho que nadie puede poner en duda. Pero de ello no se sostiene como hipótesis principal el centralismo, aun cuando se recurra a una suerte de gramática oficial u oficiosa. Lo fundamental de su vitalidad radica más bien en su conexión activa con la tradición oral y, en ese plano, me parece que el Barroco representa un notable ejemplo, no superado hasta hoy en nuestra región.

¿Y qué decir de la ley, de la diferencia fundamental entre el derecho civil de origen romano y el "common law"? Concedo plenamente a Claudio Véliz la importancia que tiene resaltar este aspecto jurídico institucional y celebro la perspicacia de su análisis. Pero me parece que este aspecto está bastante relacionado con el anterior. En el caso del "common law" es evidente que puede operar con eficiencia y legitimidad social si la integración entre oralidad y escritura es óptima, si todo el mundo entiende y sabe de qué se trata lo prohibido o lo prescrito. La escritura debe suponer, en cambio, que la ley se presume conocida, lo que es un supuesto meramente formal. Sin embargo, el hecho de que exista una copiosa cantidad de leyes y reglamentos que se pongan en la situación hipotética de conductas posibles no significa, necesariamente, que el comportamiento real de las personas, las costumbres y las "leyes" no escritas deban ajustarse a los códigos. Es cierto que la corona española realizó una exhaustiva legislación sobre las Indias, pero es igualmente cierto el típico dicho iberoamericano, admitido por los propios funcionarios públicos, de que "la ley se acata pero no se cumple". Por ello, tan importante como los grados y el modo de formalización de la ley, me parece que es la relación entre la tradición oral y escrita. Si ella está integrada, la diferencia suele ser más formal que real. Si por el contrario se produce una desconexión o, peor todavía, una lucha entre ambas tradiciones, como lo refleja en el siglo XIX la contraposición de Sarmiento entre civilización (escritura) y barbarie (oralidad), entonces la diferencia institucional se acrecienta.

c) Un tercer elemento que me parece de fundamental importancia para evaluar la hipótesis del centralismo barroco en contraposición al mundo anglosajón es el papel desempeñado por la guerra, el que, lamentablemente, Claudio Véliz no analiza en forma sistemática, no al menos, para el caso del Nuevo Mundo. La historia de Europa es inentendible sin el recurso constante a la guerra para la constitución, consolidación o expansión de las realidades políticas. La unificación y desarticulación de los imperios siempre se realizó a través del dominio militar. Claudio Véliz muestra muy bien el caso de la constitución del imperio de Castilla y sus diversas incursiones militares. Me pregunto entonces, ¿cómo al "trasplante" cultural ibérico al Nuevo Mundo se le olvidó este aspecto tan esencial?

Cualquier análisis de los cinco siglos de historia iberoamericana deberá concluir por fuerza que, en comparación con Europa, este continente ha tenido muy pocas guerras realizadas con fines propiamente políticos para destruir un Estado, para impedir o favorecer una alianza estratégica. Desde luego, las llamadas "guerras" contra la población aborigen o las sublevaciones de ésta no tienen este carácter. No lo tienen las guerras internas entre grupos regionales o ideológicos en disputa por el poder. Tampoco lo tienen los conflictos de frontera, limitados a la disputa de alguna zona en litigio. Lo mismo habría que decir de la defensa eventual de alguna ciudad sitiada o invadida, como Salvador de Bahía o Cartagena o Montevideo, o como el caso más reciente del conflicto por las Malvinas. Si descartamos estos casos, ¿qué va quedando? Mario Góngora destacó un caso: la decisión de Portales de impedir, por razones geopolíticas, la confederación de Perú y Bolivia, lo que llevó a Góngora a formular su conocida tesis de la importancia decisiva de la guerra en la formación del Estado chileno. Pero por fundada que esté esta tesis, que se aplica además al siglo XIX, no encuentra otros casos latinoamericanos como para generalizarla. Tal vez se podría comparar con el caso de Paraguay y la Triple Alianza que, a diferencia del ejemplo chileno, no fue exitoso.

No discuto la tesis de Claudio Véliz acerca del centralismo, si consideramos para ello la organización de la administración del Estado, o desde hace dos siglos, el peso relativo del Estado en relación a la sociedad civil. Todos sabemos que el desarrollo latinoamericano está altamente concentrado en muy pocas ciudades y que pese a los esfuerzos desplegados para revertir esta tendencia, ello no se ha logrado. Pero habitualmente, siguiendo el ejemplo europeo, se consideran dos condiciones fundamentales para que se pueda hablar de estados centralistas: su capacidad de hacer la guerra por razones políticas y su capacidad de recaudar impuestos de la población. Y en ninguno de estos dos casos los países iberoamericanos han mostrado históricamente satisfacer las condiciones. De un modo especial, en relación al Barroco y la Contrarreforma, quisiera indicar que Iberoamérica se vio liberada completamente de la "guerra de treinta años" y, especialmente, del principio de que el súbdito debía seguir la religión del príncipe. La religión no ha sido nunca en Iberoamérica un motivo de justificación de un poder jurisdiccional, tampoco en la América anglosajona.

Sin embargo, sería interesante analizar el papel desempeñado por la guerra en la consolidación de los Estados Unidos: su conquista o "compra" de un inmenso territorio mexicano, la guerra de secesión, sus intervenciones en el Caribe, en el canal de Panamá y Centroamérica y, posteriormente, como potencia mundial, en distintas regiones del globo. ¿No representa esta

capacidad, aunque se le reconozcan muchas modalidades propias, la constitución de un Estado centralista, no para los efectos de su administración interna, sino para los efectos de imponer un criterio político a otros países y configurar una zona de protección e influencia para el sustento geopolítico de su propia sobrevivencia?

Pues bien, a la luz de estas consideraciones, quisiera sostener que no me parece que exista una relación evidente e indesmentible entre el centralismo político y el Barroco, al menos en América Latina, sino que me atrevería a sostener la hipótesis inversa. Bolívar se hubiese ahorrado muchísimos desvelos si hubiese encontrado en la cultura de los pueblos de esta región esa tendencia profunda y casi innata de mantener una unidad centralmente dirigida. Desde luego que en el fracaso de su proyecto tuvo una importancia decisiva la actitud del gobierno inglés de la época, pero tampoco se pueden ocultar las razones internas. Los virreinatos no demostraron ser centros geopolíticos relevantes de proyección continental, aunque hubiesen sido el asiento de los funcionarios de la corona. Después de la expulsión de los españoles, América Latina quedó segmentada en innumerables centros regionales, los que incluso debieron sufrir momentos de gran anarquía y de luchas de poder para siquiera consolidar lo que hoy día son sus Estados nacionales. Recién en el último tiempo se han abierto posibilidades más concretas de integración subregional pero, como todos sabemos, a partir de acuerdos comerciales, y no se vislumbra en el mediano plazo que esa integración vaya a proyectarse al plano político.

d) La tesis de Claudio Véliz de que la gran transformación cultural realizada por los ingleses y sus herederos es la Revolución Industrial me parece muy clara y bien fundamentada. Que ella es la que generó un nuevo marco de relaciones sociales, políticas y económicas para todos los países del mundo es un hecho evidente para todos y así continuará siendo en el futuro previsible, incluso con mayor intensidad, en la actual etapa de "globalización". Me parece igualmente muy plausible y adecuado atribuir importancia a las características culturales que posibilitan este desarrollo, la propensión al cambio y a la innovación, la movilidad de los factores, la atención y aprecio a los fenómenos naturales y, por sobre todo, la propensión a aceptar y tomar riesgos, sin los cuales la innovación sería un puro ejercicio intelectual. Éstas serían, siguiendo su metáfora, algunas características del zorro gótico, incompatibles con la mentalidad del erizo barroco. Lo propio de la innovación y de la aceptación de riesgos es que no se cambia todo, desde sus cimientos o principios, sino que se favorecen pequeños cambios que, según su trascendencia práctica, se van imponiendo sobre el conjunto. Y agrega: "Los zorros góticos y los erizos barrocos no simbolizan

la polaridad entre tradición y modernidad, sino dos respuestas alternativas al desafío puesto por la modernidad" (pág. 210), afirmación que suscribo plenamente, aun cuando el análisis posterior se encarga, si bien no de demostrar la incompatibilidad de estas dos alternativas, al menos de mostrar cómo desde la cultura barroca española y latinoamericana han sido vistas como alternativas incompatibles, con la sola excepción de las actitudes más recientes asumidas por algunos países, entre otros Chile. Incluso en el caso de que se hayan aceptado algunos principios de libre mercado, la reacción del erizo barroco ha sido imponerlo planificadamente desde el centralismo de su construcción. El análisis a este respecto es muy perspicaz e iluminador y parece altamente sostenible.

El desarrollo de esta tesis tiene, sin embargo, algunos rasgos implícitos que quisiera comentar, a modo de complemento. Sin entrar a discutir el documentado análisis de la actitud asumida por los pueblos de habla inglesa, tampoco, incluso, su supuesta herencia gótica, la cuestión a la que quiero referirme sería: ¿Por qué la tradición barroca es reluctante a la innovación, al cambio periférico, a asumir riesgos, en forma individual o colectiva? La respuesta, conforme a la metáfora, sería simplemente: porque la herencia barroca no acepta ni la falta de simetría ni la imperfección del conjunto y entonces quiere hacerlo todo de manera centralizada y a partir de los principios, como lo ilustra Claudio Véliz, irónicamente, a partir de la sobrevaloración excesiva que se da en nuestros pueblos a la discusión y cambio del derecho constitucional, como si ello bastara o fuera, al menos, la condición necesaria para cualquier propuesta de cambio. La explicación, aunque creo poder compartirla, no me satisface del todo, puesto que la pregunta se responde en forma tautológica con la misma pregunta: ¿Por qué somos así? Pues, porque somos así.

Al considerar la empresa de la evangelización y de la colonización de Iberoamérica, creo que nadie podría decir que no hay en ella una muestra evidente de que las personas estaban dispuestas a arriesgar fortunas y hasta sus propias vidas. Basta ver la inmensa lista de mártires de las órdenes religiosas. Pero no sólo entre los evangelizadores, sino también entre los buscadores de fortuna, los afiebrados por el oro o por la búsqueda del paraíso. Comparto también la tesis de que las explicaciones que hablan de un decaimiento del espíritu original, aunque interesantes, no son demasiado satisfactorias, puesto que tarde o temprano ese espíritu se recupera. De otra parte, tampoco se puede ocultar el hecho de que uno de los negocios más rentables y más riesgosos del presente, como es la producción y el tráfico ilícito de drogas, tiene a algunos de los países latinoamericanos como a sus principales protagonistas. Debe haber, por tanto, otra explicación.

¿No será que entre la Contrarreforma Barroca y la Revolución Industrial hay casi dos siglos de distancia que es necesario examinar con más cuidado? La pregunta la dejo abierta, puesto que es imposible pretender contestarla aquí. Con todo, quisiera mencionar algunos elementos:

1) La actitud frente al dinero: la aceptación del dinero no sólo como medio de pago, sino como préstamo a interés, es uno de los cambios culturales más significativos ocurridos en la construcción del mundo moderno. Ello cambia la temporalidad de la sociedad, puesto que ya no se rige más sólo por el ciclo de la luz solar, expresado cultural y religiosamente en el rezo de las horas canónicas, sino por los períodos de vencimiento y pago de las obligaciones. Sabido era que Carlos V tenía la aspiración, en cierta forma implícita en su lema *Plus ultra*, de que el sol no se pusiera en sus tierras. Lo que él no consiguió, o sólo brevemente, en el plano del dominio territorial, lo consiguió el sistema monetario moderno, rompiendo la tradicional secuencia de trabajo matinal, siesta, trabajo vespertino y descanso, por una jornada de 24 horas de trabajo, en la que siempre habrá en la tierra alguien despierto y necesitado de usar capital. Carlos V tenía una especial relación con la banca e interés en su desarrollo. Probablemente, el flujo de metales preciosos desde América Latina inhibió el desarrollo de esta actitud en los dominios españoles y favoreció, en cambio, esa misma actitud en los dominios ingleses. Sería interesante revisar también, a este respecto, la institución de la *encomienda* en los territorios iberoamericanos, que aunque tenía el propósito de anticipar dinero a cuenta de tributos futuros de la población indígena, ello no se hacía asumiendo riesgos posibles de traspasar a la corona. En muchas partes de América hispana la encomienda devino una suerte de organización forzada del trabajo indígena.

Cuando se desarrolla la Revolución Industrial, la nueva actitud frente al dinero y a la temporalidad social ya se ha consolidado, de tal suerte que a través del mismo sistema monetario se calculan y anticipan los riesgos. Con ello, se pueden desagregar o parcializar en miles de distintas operaciones económicas y sociales independientes, sin poner en peligro todo el conjunto. Las recordadas políticas pro-inflacionarias que llevaron al colapso a los populismos latinoamericanos, coincidentes con los programas revolucionarios que incluían la supresión del dinero, no son una muestra de aversión al riesgo ni a la aventura innovativa, sino una inadecuada manera de plantear el riesgo en relación a la temporalidad social, aumentando en forma desproporcionada e innecesaria lo que hoy día se llama "costo de oportunidad", es decir, el costo del tiempo.

Cabe todavía la pregunta: ¿Hay algo en la herencia religiosa y cultural del catolicismo que impide a nuestra mentalidad barroca adaptarse a un

tiempo no determinado por la naturaleza, sino por la productividad del trabajo y la circulación monetaria? No me atrevería a dar una respuesta muy asertiva, pero no cabe duda de que para la Iglesia ha sido un problema todavía no resuelto. Como me hacía notar un amigo uruguayo, a propósito de la expansión de las radioemisoras evangélicas, las emisoras católicas suspenden por la noche sus transmisiones a la misma hora en que comienzan las evangélicas. Puede que haya también razones propiamente teológicas: el olvido relativo, o el paso a un segundo plano del misterio de la Encarnación de Dios en la historia, le quita urgencia a la misma y la suspende en un horizonte atemporal. Cualquiera sea la respuesta, sin embargo, no parece que podría haber una razón de principio para persistir en una temporalidad que se ha vuelto progresivamente ajena al modo concreto como funciona el intercambio monetarizado de la sociedad actual, aunque debamos reconocer que la visión sobre el dinero continúa siendo una proyección del diezmo o del tan sugerente nombre de "dinero del culto", más cercano a la tradición cúltica indígena que a la de la sociedad moderna.

2) El segundo elemento que quisiera mencionar es la actitud frente a la tecnología. En el mundo católico no existe un rechazo global a la tecnología. Antes por el contrario, puede decirse que ella prosperó de un modo inmensamente innovativo en la tradición de los monasterios, aunque no con la misma fuerza entre las órdenes mendicantes. La cuestión fundamental sigue siendo todavía si acaso la tecnología es un instrumento al servicio de la persona, la que no se constituye en el ámbito tecnológico sino en los vínculos personales o, por el contrario, la tecnología aplicada al trabajo y al consumo es el ámbito donde se constituye lo humano y los vínculos personales pasan a ser preferentemente un medio para su desarrollo. Esta es la diferencia entre considerar a otro como cliente, o como pariente o amigo. Tengo la impresión que la tecnología, que no se ha desarrollado con independencia de la industria bélica, sino muy fuertemente ligada a ella, ha ido progresivamente subordinando la vida humana a su propio desarrollo, y ello ha provocado una cierta resistencia en el ámbito de la cultura barroca. No se trata de una resistencia al uso de los medios tecnológicos, a su consumo, diríamos hoy, sino a la subordinación funcional de la persona y de sus espacios de sociabilidad. La frase que cita Claudio Véliz de Unamuno "¡Que lo inventen ellos!" es muy elocuente. Pero no se puede interpretar como un rechazo a la invención como tal, sino más bien a esta jerarquía de valores.

En este plano me parece muy oportuna la interpretación de Claudio Véliz de la relación entre los conceptos de comunidad y sociedad (*Gemeinschaft-Gesellschaft*) de la sociología alemana. Los países barrocos quisieran

mantener un adecuado equilibrio entre ambas formas de organización, sin sacrificar una a la otra y reconociendo la primacía de la comunidad, con sus vínculos interpersonales y familiares, sus lealtades, etc. El caso más elocuente y dramático, que representa un costo oculto del desarrollo de los países anglosajones, es el debilitamiento y progresiva destrucción de la familia que, en algunos países, es casi total. Todavía no vemos la consecuencia de este fenómeno en todos sus aspectos, puesto que recién comienza a adquirir la continuidad histórica necesaria para juzgarlo, pero ya hay suficientes estudios en Estados Unidos bastante alarmantes respecto a esta situación. La familia es, por naturaleza, un espacio-temporalidad de la sociabilidad humana que está substraída a la monetarización y a la organización según el criterio de la productividad del trabajo. No es un espacio substraído al trabajo y a la producción, sino a la organización funcional del mismo y, en este sentido, creo que cabe esperar que los países que por priorizar la productividad en desmedro de la familia la han puesto en situación precaria o en extinción, buscarán pronto las medidas adecuadas para corregir esta tendencia. Creo, en suma, que la tecnología ha llevado al extremo la observación de Grouytheussen sobre la naciente cultura burguesa: mientras las sociedades anteriores trabajan para ordenar la vida, la sociedad burguesa ordena la vida para trabajar. La *Gemeinschaft*, la familia, muestra la necesidad de llegar a un equilibrio en esta contraposición, en la que tal vez los zorros y los erizos pueden haber ocupado los extremos.

Pues bien, son muchos los comentarios y observaciones que quisiera todavía hacer y que no puedo por falta de espacio. El espléndido trabajo de Claudio Véliz constituye un importante estímulo intelectual para apreciar las macrotendencias de la evolución de la sociedad y de la cultura occidental. Como él mismo lo reitera, ha ofrecido nada más que una hipótesis de trabajo, extremadamente sugerente, que espero muchos quieran tomar en serio para trabajar sobre ella. □

ZOROBABEL RODRÍGUEZ, CATÓLICO LIBERAL

Sofía Correa

INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XlX un hombre de enorme talento intelectual, novelista, poeta, filólogo, economista, "diarista", profesor universitario, parlamentario y dirigente político, intenta con inusitada perseverancia elaborar una síntesis programática entre liberalismo y catolicismo, y al mismo tiempo persuadir a moros y cristianos de la impecable lógica de dicha construcción intelectual, contra viento y marea, es decir, a pesar de las insistentes condenaciones de las encíclicas de Pío IX y León XIII, *Quanta Cura, Syllabus, Libertas*.

Zorobabel Rodríguez nació en Quillota en 1839, en una familia de mediano pasar. Entre 1850 y 1852 cursó los primeros años de humanidades en el colegio de los Padres Franceses de Valparaíso. Luego se trasladó a Santiago para estudiar en el colegio de San Luis, que dirigía el presbítero Orrego, quien años más tarde sería obispo de La Serena. A la usanza de entonces, su socialización política fue precoz: la sociedad literaria de San Luis reunía en casa de Miguel Cruchaga a jóvenes que luego tendrían destacadísima actuación en el Partido Conservador y en la Iglesia chilena: Zorobabel Rodríguez, Abdón Cifuentes —profesor suyo en el Colegio de San Luis—, Mariano Casanova, entre otros[1].

Sofía Correa. Doctora en Historia, Universidad de Oxford. Profesora de la Universidad de Santiago de Chile.

[1] *El Porvenir*, editorial del 1 de octubre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre a la memoria de don Zorobabel Rodríguez en el primer aniversario de su fallecimiento* [en adelante citado como *Corona fúnebre*] (Santiago, 1902), pp. 219 y siguientes.

Luego siguió la carrera de derecho, donde fue discípulo de Courcelle Seneuil, de quien recibió una influencia sólo comparable con la de su formación católica. Siendo estudiante universitario, a los 21 años, contrajo matrimonio. A los 22 años publicaba su novela, *La cueva del loco Eustaquio*, primero como folletín en *El Bien Público*, luego en forma de libro; la que pronto fue traducida al italiano y reeditada en 1877. Rodríguez terminó sus estudios e hizo su memoria sobre la condición jurídica de la mujer, que se publicó un año más tarde, en 1865, en los *Anales de la Universidad*; sin embargo no se tituló de abogado. Su pasión por el "diarismo" absorbía sus energías[2].

El Bien Público fue el primer periódico que tuvo el Partido Conservador. Fundado en 1863 por Manuel José Irarrázabal, contó con la permanente colaboración de Zorobabel Rodríguez. Pero este diario tuvo corta vida, menos de un año, y dio paso a *El Independiente*, que a su turno también fue el vocero del Partido Conservador desde su fundación en 1864 hasta la guerra civil de 1891, después de la cual no volvió a editarse. *El Independiente* fue el espacio literario de Zorobabel Rodríguez durante décadas.

En el último tercio del siglo XIX la prensa había llegado a ser la tribuna intelectual por excelencia, y en ella el editorial era el espacio de la polémica doctrinaria. Entre los "redactores" estaban Zorobabel Rodríguez en *El Independiente*, Justo Arteaga Alemparte en *El Ferrocarril*, Isidoro Errázuriz en *La Patria*, Manuel Blanco Cuartín en *El Mercurio* y Miguel Luis Amunátegui, cada vez que caía de algún ministerio[3]. Y dentro de ese magnífico grupo descollaba Zorobabel Rodríguez: fue, a juicio de Luis Orrego Luco, "uno de los diaristas más eminentes de los países de habla castellana"[4]. El público llegó a identificar a *El Independiente* con Zorobabel Rodríguez; sabemos que sus editoriales eran el comentario obligado de cada día para amigos y adversarios[5].

Era Rodríguez un hombre de constantes lecturas, tanto de libros como de revistas, a través de las cuales estaba al día de la producción

[2] Enrique Fuenzalida, "Biografía de don Zorobabel Rodríguez", publicada en *Corona fúnebre, op. cit.*, pp. 125 y siguientes; Abdón Cifuentes, "Introducción", *ibid.*, p. 13.

[3] Véase Arturo Ruiz de Gamboa, "Don Zorobabel Rodríguez. 1839-1901", en *Zorobabel Rodríguez. Homenajes* [citado en adelante como *Homenajes*] (Santiago, 1912, p. 142); *La Tarde*, editorial del 30 de septiembre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre, op. cit.*, pp. 195-198; Joaquín Walker Martínez, carta publicada en "El Semanario Ilustrado" de *El Tiempo*, México, 3 de febrero de 1902, reproducida en *Corona fúnebre, op. cit.*, pp. 267 y siguientes.

[4] Luis Orrego Luco, "Don Zorobabel Rodríguez", publicado en *El Ferrocarril* del 7 de mayo de 1903 y reproducido en *Homenajes, op. cit.*, pp. 152 y siguientes. Una opinión semejante manifiesta Benjamín Vicuña Subercaseaux en *Gobernantes y literatos* (Santiago, 1907), pp. 219 y siguientes; y *El Ferrocarril*, en editorial del 1 de octubre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre, op. cit.*, pp. 226 y siguientes.

[5] Véase Arturo Ruiz de Gamboa, "Don Zorobabel Rodríguez. 1839-1901", en *Homenajes, op. cit.*, p. 141; y Joaquín Walker Martínez, "Carta", *op. cit.*, pp. 267 y siguientes.

intelectual, científica y literaria mundial; "ninguna publicación de importancia dejaba de ingresar en su valiosísima biblioteca", nos relata Darío Urzúa[6]. Persona poco sociable, incluso huraño, severo en sus costumbres, modesto, sin pretensiones, austero y probo; trabajador, metódico y tenaz; valiente para sostener sus convicciones al mismo tiempo que flemático, de pocas palabras e impenetrable; ha sido descrito también como franco, justo y bondadoso[7]. Luis Orrego Luco decía de él que era "uno de esos espíritus lentos, mesurados y sólidos que se forjan a sí mismos con su propio esfuerzo, golpeando constantemente el yunque de un trabajo abrumador, estudiando sin cesar, sumidos en los libros"[8].

Sus intereses intelectuales fueron diversos y su talento, multifacético; tanto así que el *Diccionario de chilenismos* que publicó en 1875, en el cual demostró sus conocimientos de las lenguas mapuche, quechua y aymara, le valió, años más tarde, ser acogido como miembro de la Real Academia Española[9].

Por la fuerza de sus artículos periodísticos en defensa del catolicismo, sus contemporáneos lo compararon con Luis Veuillot, "diarista" francés ultramontano y antiliberal, con el cual sólo tiene en común su estilo satírico y su sólido razonamiento lógico. Pero sin el contenido liberal de sus escritos, el paladín criollo de la causa católica se vuelve incomprensible.

En efecto, en su columna editorial, que escribió diariamente en *El Independiente* desde 1867 hasta 1884, y en su tribuna parlamentaria en la Cámara de Diputados, que ocupó desde 1870 hasta 1891 (excepto por un período legislativo en el cual el Partido Conservador se abstuvo de participar en las elecciones en protesta por la intervención electoral del Ejecutivo), durante todo este tiempo Zorobabel Rodríguez realizó una intensa campaña en pro de las libertades individuales y en contra de la expansión de las atribuciones del Estado. En esta lucha no estuvo solo; en compañía de hombres como Manuel José Irarrázabal logró llevar al Partido Conservador a una postura liberal lejana de su antiguo autoritarismo. No son pocos los contemporáneos de Rodríguez que le reconocen este enorme triunfo políti-

---

[6] Darío Urzúa, "Discurso" en *Homenajes, op. cit.*, pp. 27-28. Véase también José Ramón Gutiérrez, "Discurso", *ibid.*, pp. 44-45; y Abdón Cifuentes, "Introducción", *Corona fúnebre, op. cit.*, pp. 47-48.

[7] Véase Angel Custodio Vicuña, "Juicio crítico", en *Homenajes, op. cit*, p. 38; Vicente Grez, "Juicio crítico", *ibid.*, p. 41; José Ramón Gutiérrez, "Discurso", *ibid.*, pp. 43-46; Rafael B. Gumucio, "El gran diarista", publicado en *El Porvenir* el 15 de febrero de 1903 y reproducido *ibid.*, pp. 133 y siguientes; Justo y Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes de 1870*, en *Biblioteca de Escritores de Chile*, Vol. II (Santiago: 1910), p. 126; Abdón Cifuentes, "Introducción", *Corona fúnebre*, *op. cit*., p. 120; Enrique Fuenzalida, "Biografía", *ibid*., p. 140; *El Porvenir*, editorial del 1 de octubre de 1901, *ibid.*, pp. 219-225.

[8] Luis Orrego Luco, "Don Zorobabel Rodríguez", *Homenajes*, *op. cit.*, p. 153.

[9] Arturo Ruiz de Gamboa, "Zorobabel Rodríguez", *Homenajes*, *op. cit.*, p. 145.

co: hacer del Partido Conservador chileno un partido que lucha por conquistas liberales, por el voto acumulativo, por las incompatibilidades parlamentarias, por la comuna autónoma, por la libertad electoral[10].

También logró comprometer al Partido Conservador con el liberalismo económico, al menos durante la segunda mitad del siglo XIX. En la primera convención del partido, la de su organización y estructuración, en 1878, se adoptaron como parte del programa conservador las posturas económicas de Zorobabel Rodríguez[11].

El liberalismo de Rodríguez arrancaba de su concepción de la economía. Concebía a ésta como la ciencia social por excelencia. Y como tal, capaz de reconocer las leyes naturales que regían la sociedad. Leyes que, en su afán de síntesis, identificó con las de Dios. De su liberalismo económico nacía su liberalismo político, el cual llevó hasta sus últimas consecuencias, lo que le significaría el ostracismo en su propio campo político. En efecto, desde el derecho común y con el ideario liberal, Zorobabel Rodríguez combatió las leyes laicas impulsadas por el gobierno de Santa María y cuando su postura se vio derrotada con la aprobación de dichas leyes, abogó por la separación pacífica de ambos poderes. Ello le costó su puesto como redactor principal de *El Independiente*[12].

La lucha que Zorobabel Rodríguez había dado en la década anterior por restringir las atribuciones del Ejecutivo, tanto en materia electoral como educacional y económica, había sido funcional también a los intereses de los conservadores antiliberales. Por eso recibió entonces el aplauso unánime en el campo católico. Sin embargo, cuando la estricta consecuencia de su raciocinio liberal culminó en la opción por la separación de la Iglesia y el Estado, entonces lo combatieron y lo silenciaron. El poder del conservadurismo antiliberal era muy fuerte porque contaba con el respaldo de la Iglesia. Ya en 1834 Gregorio XV había condenado a Lamennais, y con él a los católicos liberales que en Francia impulsaban la separación de la Iglesia y el Estado. El ataque papal al liberalismo adquirió nuevo impulso después que las revoluciones del "48" afectaron directamente a Pío IX y su poder temporal, y sobre todo después de la pérdida de los Estados Pontificios en 1860. De 1864 es la condenación contenida en la encíclica *Quanta Cura* y en el *Syllabus*, listado de los errores de la civilización moderna. El golpe final contra el catolicismo liberal, que había florecido en Francia y en Italia, vendría a caerle a Zorobabel

---

[10] Véase Luis Orrego Luco, "Don Zorobabel Rodríguez", *Homenajes, op. cit.,* p. 154; *El Heraldo*, editorial del 30 de septiembre de 1901, reproducida en *Corona fúnebre, op. cit.*, p. 191; Joaquín Walker Martínez, "Carta", *ibid.,* pp. 271-272.

[11] Enrique Fuenzalida, "Biografía", *Corona fúnebre, op. cit.,* p. 129.

[12] Sofía Correa S., "El Partido Conservador ante las leyes laicas, 1881-1884", en Ricardo Krebs *et al*., *Catolicismo y laicismo. Las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile, 1875-1885* (Santiago, 1981), pp. 75-118.

Rodríguez veinte años más tarde. Y, para que no quedaran dudas al respecto, la Iglesia chilena, en una pastoral colectiva de 1886, condenó ya no sólo al liberalismo —que podía ser cómodamente identificado en los miembros de dicho partido— sino a los católicos liberales mismos[13].

Su forzada salida de *El Independiente*, en 1884, lo llevó a concentrarse en tareas más privadas. Así, veinte años después de haber egresado, se tituló de abogado. Ese mismo año se presentó al concurso público a que llamó la Universidad de Chile para proveer la cátedra de Economía Política que había ocupado Courcelle Seneuil. Desde entonces desplegó su influencia de economista librecambista entre los jóvenes universitarios, uno de los cuales fue Arturo Alessandri Palma, de cuyos apuntes de clases hemos transcrito algunos párrafos en la selección de textos que adjuntamos a continuación.

Pero su labor de "diarista" no habría de concluir aún. Un grupo de conservadores fundaron en Valparaíso, ese mismo año 1884, el diario *La Unión*, que tenía la ambición de competir con *El Mercurio*, misión poco menos que imposible en la que habían naufragado todos los intentos anteriores. La redacción del nuevo periódico le fue encomendada a Zorobabel Rodríguez, que llevó a cabo esta empresa con éxito total. Sin embargo, ya no sería el mismo polemista punzante de *El Independiente*. De hecho la mayor parte de sus editoriales fueron dedicados a temas económicos[14]. Entre 1884 y 1891, Zorobabel Rodríguez fue el gran difusor del liberalismo clásico, el de Adam Smith, Bastiat —de gran influencia sobre el economista chileno— y Courcelle Seneuil, a través de las columnas de *La Unión*, en la *Revista Económica*, de la cual también era el principal redactor, y en la cátedra universitaria.

Como diputado y dirigente del partido, le cupo contribuir a la redacción del acta de deposición del Presidente Balmaceda, que le costó la prisión y el posterior destierro al Perú. Sin embargo, paradójicamente, la gran derrota de Zorobabel Rodríguez no le fue infligida por el balmacedismo sino por sus mismos correligionarios, y también por los nuevos rumbos del siglo que se aprontaba a asomar. Después de la guerra civil, sus "amigos" le pidieron que se acogiera a un descanso. Joaquín Walker Martínez, entonces Ministro de Hacienda, lo nombró Superintendente de Aduanas, con sede en Valparaíso. Zorobabel Rodríguez, que nunca había aceptado de

[13] Véase Guido de Ruggiero, *The History of European Liberalism* (Oxford, 1927), cap. 2 y 4; Anne Fremantle, *The Papal Encyclicals in their Historical Context. The Teachings of the Popes from Peter to John XXIII,* (Nueva York, 1963); Duncan Townson, *Dictionary of Modern History, 1789-1948* (Londres, 1994); Ricardo Krebs, "El pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile, 1875-1885", en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo*, *op. cit.*, pp. 12-17.

[14] Véase Raúl Silva Castro, *Prensa y periodismo en Chile 1812-1956* (Santiago, 1958), p. 283.

los gobiernos liberales cargo alguno de carácter diplomático, político o administrativo que le significara dejar de batallar con sus escritos, esta vez hubo de someterse y, en consecuencia, abandonar la redacción periodística y la cátedra universitaria para siempre[15].

Paradoja enorme la de este intransigente librecambista que tiene que aplicar en su nuevo cargo la tarifa aduanera proteccionista de 1897. Pero Zorobabel Rodríguez no se deja vencer. En 1893 publica *Estudios económicos* y al año siguiente el *Tratado de economía política*, que recibió un elogioso comentario en el *Journal des Economistes*, y que fue acogido como texto de cátedra en la Universidad de Chile. Aunque no en la Universidad Católica, pues sectores eclesiásticos y conservadores llegaron a considerarlo herético, dada su aceptación de la ley de población de Malthus, y su preferencia por la separación de la Iglesia y el Estado[16].

Zorobabel Rodríguez murió a los 62 años, cuando se iniciaba el nuevo siglo. Estaba entonces abocado a preparar la segunda edición de su *Diccionario de chilenismos*. La prensa de todo el país se enlutó y editorializó elogiosamente sobre su persona, haciendo hincapié en la influencia que había tenido en la difusión de las ideas liberales. La Junta de Accionistas de *El Independiente*, que no salía a luz desde enero de 1891, decidió publicar una *Corona fúnebre* que recogiera todos esos homenajes y su biografía. El Partido Conservador vino a manifestar su reconocimiento en la Convención de 1909, el que se materializó en una publicación, *Homenajes*, que salió a luz en 1912, más de una década después de su muerte. Años antes, la prensa católica había comenzado a atacarlo, justamente por su liberalismo, y el único que salió en su defensa fue su hijo Simón Rodríguez Rozas, quien por ese entonces era un científico sin fe religiosa[17].

¿Qué tipo de lectura ha de hacerse de los textos de Zorobabel Rodríguez que transcribimos a continuación? A pesar de la actualidad de algunos de sus conceptos, hemos de leerlos como la producción intelectual de enorme calibre de un hombre del siglo XIX, que aún tiene fe en el progreso, que no ha conocido de guerras mundiales, de bomba atómica, de holocaustos ni de hambrunas. Hemos de ver en sus escritos al intelectual católico que intenta infructuosamente la conciliación entre su fe religiosa y su fe liberal. Podemos ser testigos del titánico batallar de un hombre de libertad intelectual contra el autoritarismo estatal y de su derrota, no por obra de los políticos liberales que él tanto combatió sino por el silencio a que lo sometieron su Iglesia y su partido.

[15] Véase Abdón Cifuentes, "Introducción", *Corona fúnebre*, *op. cit.*, p. 119; Enrique Fuenzalida, "Biografía", *ibid.*, pp. 139-140; y Joaquín Walker Martínez, "Carta", *ibid.*, p. 269.

[16] Véase Simón B. Rodríguez, *Malthus, Z. Rodríguez y el socialismo cristiano* (Quillota, 1906); y Enrique Fuenzalida, "Biografía", *Corona fúnebre*, *op. cit.*, pp. 137-138.

[17] Simón B. Rodríguez, *Malthus*..., *op. cit.*

SELECCIÓN DE ESCRITOS

1. Zorobabel Rodríguez, católico liberal

La Economía y la Moral son hermanas, y a estrechar sus lazos, y a demostrar sus armonías, y a popularizar sus altísimas enseñanzas y sus salvadores preceptos deben dirigir sus esfuerzos los que, ni olvidadizos del pasado ni temerosos del porvenir, tengan en el alma, como no hemos dejado de llevar nosotros, la fe de nuestros padres y el espíritu de nuestro siglo, para levantar sobre los macizos cimientos del pasado el gallardo edificio del porvenir. ("La economía política y la moral", en *Revista Económica*, Nº 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

Pidiendo que la autoridad social deje de injerirse como un estorbo en el campo de la actividad individual, reclamando para cada hombre la plenitud de su libertad, de su iniciativa y de su responsabilidad, ¿qué otra cosa hacemos que mostrar nuestra fe en la Providencia Divina, en la sabiduría de sus leyes y en la bondad de sus designios? Entonces somos radicales, mucho más audaces, mucho más lógicos, mucho más trascendentales que los que se tienen por corifeos del radicalismo.

[...]

Luego nuestra teoría es a un mismo tiempo radical y conservadora. Radical porque tiende a suprimir radicalmente las causas de los trastornos violentos; y conservadora porque el medio más seguro de que la sociedad se conserve y conserve todo aquello que le convenga, es dejarla completamente libre delante de su propia responsabilidad. (*El Independiente*, enero 19 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social. Polémica con *La República*", en Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Parte Política. Tomo I. Santiago: Imprenta de *El Independiente*, 1876, pp. 139-141.)

Sin ocultar nuestras convicciones religiosas hemos impugnado todas las doctrinas despóticas y resistido todos los atropellos contra las libertades personales, municipales o religiosas, no en nombre de nuestras creencias particulares ni de los intereses de nuestra Iglesia o de nuestro partido, sino en nombre de los sanos principios políticos. (*El Independiente*, 5 de agosto de 1883, citado por Sofía Correa S., "El Partido Conservador ante las leyes laicas, 1881-1884", en Ricardo Krebs *et al*., *Catolicismo y laicismo, las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile, 1875-1885*. Santiago, 1981, p. 101.)

2. Naturaleza y sociedad

a) Conocimiento científico

[L]a verdad científica es una especie de revelación natural de la sabiduría divina [...] ("La economía política y la moral", en *Revista Económica*, Nº 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

Sin duda que el método de observación puede aplicarse con buen éxito al estudio de los fenómenos sociales; pero no el método de observación tal cual los materialistas lo entienden y practican. Para ellos sólo existe la materia y nada más creen que es posible observar que los fenómenos que ofrece y las leyes fatales que los determinan. Siendo ello así ¿no es claro que el mundo del derecho, de la moral, de la libertad, de la sociología, en una palabra, es para el positivismo un mundo no descubierto aún, más que eso, un mundo cuya existencia declaran absurda, cuyo descubrimiento tienen por imposible?

En el orden social no faltan ciertamente fenómenos y leyes en que ejercitar la observación; pero ésta tiene por objetivo algo más que los movimientos, las fuerzas y los diversos aspectos de la materia, los actos humanos, esto es, producidos por una fuerza inmaterial, libre y consciente: no faltan tampoco leyes que determinen y rijan esos actos dándoles consecuencias que guarden consonancia con su carácter; pero éstas que son mucho más de admirarse que las que rigen el mundo de la materia difieren esencialmente de ellas, porque mientras las físicas gobiernan el mundo material con una inflexibilidad matemática, las económicas y sociales, se inclinan respetuosamente ante la libertad del hombre, contentándose con incitarlo al bien con el estímulo de los felices resultados de la sumisión y con apartarlo del mal mediante el temor de los daños que le acarreará la rebeldía.

Aclaremos nuestro pensamiento con un ejemplo. Un químico, analizando el agua repetidas veces observa que se descompone en oxígeno e hidrógeno. Cuando eso ha observado y cuando reconstituyendo por medio de la síntesis el compuesto que había tomado por objeto de su observación, se ratifica en su juicio, tiene derecho para decir que el oxígeno y el hidrógeno son los elementos de que se compone esa especie de materia que llamamos agua.

¿Podría ese mismo químico analizar y recomponer por el método experimental, la justicia, el derecho, la libertad o alguna de las otras ideas capitales de la ciencia política? Es evidente que no.

Pero, como lo hemos ya notado, la dificultad de aplicar a la sociología el método de observación en el sentido positivista pasa más adelante; porque no sólo los objetos sometidos a la observación son de distinta naturaleza, sino que también las leyes que determinan los fenómenos obran de diversa manera.

Así un naturalista competente podrá decirnos, en presencia de un animalillo recién nacido, cuál será, dentro de cierto tiempo, el número de sus muelas y dientes, el color de su pelo, sus alimentos, sus costumbres, etc. Tampoco le sería difícil, en presencia de un árbol despojado de sus hojas, dibujarnos la figura de éstas, o darnos a conocer el gusto de sus frutas, o el color de sus flores. Pero ¿podrían todos los sabios del mundo reunidos describirnos anticipadamente las obras que ha de ejecutar en su madurez el niño A, o la población que llegará a tener el Estado B, o el máximum de la vida del pueblo C, o el precio que en cinco años tendrá en Chile un voto o una fanega de trigo? Imposible.

Y eso ¿por qué? Sencillamente porque en todos estos últimos problemas hay una incógnita que no puede ser despejada; la libertad humana, que es la causa de que estos problemas sociales sólo puedan resolverse de un modo condicional y relativo. El economista sabe de cierto que la población de Chile, por ejemplo, ha de guardar relación con los medios de subsistencia: sabe que a una disminución de éstos, ha de corresponder una disminución de aquélla y vice versa; pero no puede pasar más adelante, porque ignora si el Gobierno o los particulares comprenderán la ley y procurarán obedecerla, o si extraviados por pasión o ignorancia se estrellarán contra ella. En uno y en otro caso la ley permanecerá invariable premiando a los sumisos y castigando a los rebeldes; pero lo que vendrá no puede anunciarse incondicionalmente, porque ello depende de la libre voluntad del hombre.

No se deduzca, sin embargo, de lo expuesto, que la sociología sea una ciencia sin base ni importancia, porque es lo cierto que ni en solidez ni en utilidad cede (y al contrario aventaja en mucho) a las ciencias físicas y matemáticas. Tratándose, en efecto, de arreglos sociales, las clasificaciones y las profecías importan poco; lo importante es saber a ciencia cierta que la sociedad está regida por leyes naturales, conocerlas y persuadirse de que, si es posible violarlas, a nadie es dado violarlas impunemente. Entonces hay ya una luz que muestre a los pueblos y a los Gobiernos el camino del progreso. Entonces es posible, cada vez que se toma una medida, prever sus resultados buenos o malos, según que aquélla se ajuste o no a la ley. (“Política positiva y política racional. Juicio crítico de las ‘Lecciones de política positiva’, por D. José Victorino Lastarria. Julio 5 de 1875”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 27-30.)

b) Leyes naturales

Si la humanidad es un todo armónico y viviente, "que obedece a leyes naturales que no ha inventado"; si su progreso o retroceso son consecuencias necesarias de la exactitud con que las obedezca o de la temeridad con que las viole, ¿hay otra cosa que hacer que dedicarse al estudio de esas leyes para, una vez conocidas, procurar por cuantos medios estén a nuestro alcance, vencer las preocupaciones, los errores, los intereses, en una palabra, los obstáculos que impiden el libre juego de aquéllas y esterilizan o debilitan cuando menos su benéfica acción? ("Política positiva y política racional", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 24-25.)

[L]os verdaderos intereses económicos de los países [...] se subordinan a las leyes uniformes y armónicas que imprime el principio motor de la creación, y no a las arbitrarias de un gobernante que sólo es en el tiempo lo que una molécula de aire en el espacio. (*"Apuntes de 'Economía política'. Tomados en clases del señor don Zorobabel Rodríguez por el alumno Arturo Alessandri"*. Santiago, 13 de mayo de 1889. Manuscrito conservado en Fondo Reservado de la Biblioteca del Congreso.)

c) Progreso

[L]as leyes eternas que regulan el progreso, en vez de ser ciegas e inexorables como las que rijen el mundo de la materia, son suaves, elásticas y en cierta manera sensibles, como las que rigen el mundo moral. La planta no es libre para crecer más ligero o despacio, inclinándose a derecha e izquierda; mientras que, ya que no en absoluto, relativamente el hombre lo es. Puede inclinarse ante la ley o atropellarla, y según el partido que tome, acelerar o retardar la marcha del carro del progreso. Sujeto a las múltiples influencias de la atmósfera material y moral que respira, no lo está más que hasta cierto punto; y si la corriente obra sobre él siempre y en la generalidad de los casos lo arrastra, a veces también, nadando aguas arriba, a fuerza de brazos, demuestra que lleva en sí una fuerza propia, personal, independiente de cuanto le rodea y superior a ello.

[...]

El progreso es una evolución, pero una evolución moral; hay fuerzas que obran y leyes que las gobiernan; pero esas fuerzas son susceptibles de aumento y disminución según nuestra voluntad, y esas leyes están con sabiduría infinita dictadas para regir la actividad humana, sin suprimir la

libertad. (*El Independiente*, enero 19 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social", en *Miscelánea litararia, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 138-139.)

[...] Como manifestaciones inequívocas de esa ley de progreso, podrían citarse, entre otras, la elevación moral de la mujer, la abolición de la esclavitud, la atenuación de los horrores de la guerra, el descenso constante del interés del dinero, el alza no menos constante de los salarios, la difusión de las luces, los progresos en la moralidad pública y privada, y el aumento asombroso de la riqueza y del bienestar entre los hombres. (Zorobabel Rodríguez, *Tratado de economía política*, Valparaíso, 1894, pp. 19-20.)

Es imposible que la humanidad retroceda; pero eso, lejos de importar una negación de la libertad y de la responsabilidad humanas, no es más que su efecto. El hombre, abandonado a sus propias inspiraciones, tiende a desarrollarse en el tiempo y en el espacio, tiende, para servirnos de las exactísimas palabras bíblicas, admirable definición de la ley del progreso, a *crecer y multiplicar*, y por eso la libertad es condición de todo adelanto, y el progreso se verifica *natural y seguramente; pero no fatalmente*.

Nuestra tesis podría pues formularse en un sencillo silogismo:

Progresar es crecer y multiplicar. Es así que el hombre abandonado a sus propias inspiraciones tiende a multiplicar y a crecer. Luego el progreso es seguro; luego la condición del progreso es la libertad. (*El Independiente*, enero 24 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 153-154.)

[L]as sociedades, abandonadas a su propio impulso, tienden al bien, como estamos ciertos de que el agua, abandonada a su propio impulso, tiende a nivelarse.

Y racionalmente el hombre puede estar tan convencido de que la tendencia de las sociedades es al progreso, como lo está de que la tendencia de los líquidos es a nivelarse, porque ambas leyes tienen un origen idéntico —la experiencia— y son enseñadas por la física y por la economía política, dos ciencias hermanas nacidas de la observación.

[…]

Podría, en efecto, haber ocurrido en el curso de la lectura de este artículo al lector bastante paciente para seguirnos hasta aquí, preguntar: Todo está muy bien; pero ¿qué papel desempeña la moral en vuestro sistema? Si los pueblos deben ser emancipados, porque creéis que tienden naturalmente al progreso en todos sentidos, ¿no es claro que religión y moral están demás?

La objeción es grave; pero bastará una brevísima consideración para destruirla.

Cuando se afirma que la sociedad humana, abandonada a sus propios impulsos, *tiende al progreso*, no se declara *impecable*; ni menos aún se quiere decir que su marcha progresiva ha de ser *uniforme*, *constante* y *universal*.

Cuando se afirma que el agua abandonada a las leyes de la gravedad *tiende a nivelarse*, ¿se niega por eso la posibilidad de las corrientes, de las cascadas, de las olas, de las marejadas y de los remolinos?

No: desgraciadamente, aun realizado nuestro ideal, el mal subsistiría siempre. El hombre continuaría siendo como hoy falible en sus juicios y en sus cálculos, violento en sus pasiones, injusto en los medios de proveer a su bienestar o a sus placeres. No: la doctrina de los economistas está tan lejos de pretenderse una panacea, como está lejos de aspirar a la supresión de los Gobiernos. Gobiernos y males son términos correlativos que subsistirán sobre la tierra mientras el hombre no cambie de naturaleza; mientras el hombre, violando la ley a que el Creador lo sometió, a diferencia de todos los demás seres inanimados y animados de la creación, lleve sobre su frente desde donde la luz de la inteligencia irradia, como el sol sus manchas, la indeleble señal de la primera caída.

Pero si nuestra doctrina no suprime el mal, lo disminuye en tanto cuanto el que actualmente existe es debido a la acción perturbadora de los Gobiernos; y echando la responsabilidad del que subsistiese como inevitable, siempre sobre sus causantes, tendería constante a disminuirlo. ("José Eusebio Caro. Publicista", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, p. 113, 118-119.)

3. Fe y ciencia

Vea, pues, sin más explanaciones, el lector atento cuán importante papel desempeña la moral religiosa en el sistema social a que nos adherimos.

Rey de sí mismo y de sus cosas rey, el hombre, tomado en general, tenderá siempre al progreso, porque siempre obedecerá al aguijón de su propio interés, y porque siendo armónicos los intereses, tendiendo cada hombre *a sabiendas* a su interés individual, tienden todos, *sin saberlo*, al interés público. Sin embargo, como en su marcha hacia el progreso el hombre, considerado aisladamente, puede retroceder, echarse en tierra o desviarse a la derecha o a la izquierda, ya porque viendo el interés común y

el suyo propio, la pasión o el vicio se le sobrepongan; ya porque, corto de vista, no descubra el lazo que une su interés al interés común y viole la justicia buscando la personal conveniencia; ya, en fin, porque se trate de actos que por su naturaleza subjetiva escapen a toda represión gubernativa y social, es necesario de toda necesidad que brille a suficiente altura sobre el camino que el género humano recorre, una luz que no sufra ni mudanzas ni eclipses, a cuyo resplandor puedan marchar seguros los que vayan por el buen camino y orientarse los extraviados.

Esa luz no es ni puede ser otra que la que echa de sí la ley moral, basada sobre el dogma religioso, tan sólida y brillantemente defendida por Caro contra el utilitarismo de Bentham: ley que si no está reñida con la utilidad, que, aun cuando siempre la produce como una consecuencia, no puede confundirse con ella, porque está mucho más alto que ella. Esa luz, lejos de hacerse inútil en el régimen de la libertad, llega a hacerse indispensable e irreemplazable [...] un pueblo de hombres libres de elegir su camino no podría caminar a oscuras, sin correr gravísimo riesgo de extraviarse. Es lo que explicó con su incomparable elocuencia Donoso Cortés, en su conocido discurso sobre la dictadura; es lo que con su habitual profundidad observó Tocqueville, notando que para ser libre el hombre es preciso que crea, como no tiene más que resignarse a la esclavitud si quiere ser incrédulo.

De más de lo dicho, si la Política y la Economía Política tienen por objeto encontrar, perdónesenos lo vulgar de la consideración, una cabalgadura que lleve al género humano con seguridad y ligereza hacia su destino, nunca debe echarse en olvido que el hombre ha sido creado para algo más que para ser un veloz y gallardo jinete por los caminos del progreso. Luego, pues, si no caminamos por caminar, si más allá y más arriba de la vida está el fin de la vida, y si las ciencias políticas y sociales no tienen, digámoslo así, jurisdicción más que sobre el camino por donde hemos de pasar y sobre la cabalgadura o vehículos que ha de llevarnos, la religión y por lo tanto la moral quedan brillando con la luz que les es propia en la altísima esfera de lo final, de lo infinito y de lo perdurable. ("José Eusebio Caro. Publicista", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit*., pp. 119-121.)

No sabemos si en la rapidez y brevedad de estas líneas habremos acertado a exponer con precisión nuestro pensamiento: no sabemos si habrá visto el lector como nosotros vemos a la noble y desgraciada prole de Adán cruzando el espacio y el tiempo con majestuoso vuelo, a veces describiendo círculos inmensos sin remontarse un punto, a veces subiendo en espiral gigantesca, a veces lanzándose hacia el sol en derechura con ímpetu valien-

te, y siempre sostenida en sus dos alas eternas e inmortales: la religión y la libertad.

¡Ah! los que vivís empeñados en hacer de esas dos alas dos implacables enemigos, los que las declaráis incompatibles, los que malgastáis los dones de que os enriqueció la Providencia en cortar la de la derecha o la de la izquierda, poned término a vuestra obra impía. No hace mella al diamante el acero mejor templado, y son de diamante, —como él duras y como él espléndidas— las alas que sustentan a la humanidad en su carrera. Y despues, aun suponiendo que el éxito coronase vuestra insensata empresa, ¿qué habríais alcanzado? Una bien triste cosa: convertir al águila real que Dios echó a volar por los insondables abismos del espacio y del tiempo, en rastrera y mísera tortuga.

Si tanto os gusta la sopa de tortuga, seguid. A nosotros nos gusta más ver volar las águilas, y mucho más aún que verlas volar, nos gustaría subir hasta el cerco del sol sobre sus alas voladoras. (*El Independiente*, enero 24 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 156-157.)

4. Ciencia económica y religión

[M]uévenos también [...] la muy antigua y arraigada convicción que abrigamos de que los que como él, deseosos de servir la causa de la Religión, hacen guerra a la Economía Política, con las mejores intenciones del mundo van directamente contra el fin que se proponen alcanzar.

Ni puede ser de otra manera desde que la Economía Política Católica es una ciencia, esto es, un conjunto de leyes naturales inducidas de la observación.

En este carácter de ciencia no puede haber ni una Economía Política Católica, ni una Economía Política anticatólica como no hay una Aritmética atea, ni una Física protestante ni una Química mahometana.

Toda ciencia debe ser en sí misma desinteresada, inflexible, sorda aun a las sugestiones de los más nobles sentimientos y de los propósitos más elevados. Da testimonio de lo que ve, afirma lo que es, y mientras no se la convenza de haber observado mal o de que sus asertos no concuerdan con los hechos, no hay razón para formular contra ella cargo alguno ni para cerrar a sus enseñanzas los oídos.

[...]

Porque es ése el concepto que tenemos de las ciencias en general y de la económica en particular, hemos mirado siempre como insensatos y deplo-

rado casi como impíos los esfuerzos de algunos creyentes, más fervorosos que reflexivos, para presentar como enigmas o cuando menos como sospechosas de hostilidad contra la fe a las ciencias que en el campo de la observación puramente humano tratan de conocer los hechos y relaciones, los fenómenos y su encadenamiento, las leyes naturales por que están regidos y sus inevitables efectos. Como insensatos, porque nada hay que prevalezca contra la verdad bien observada o plenamente comprobada; y como casi impíos, porque, no siendo las leyes naturales sino manifestaciones de la voluntad soberana, de la infinita sabiduría y de la bondad inefable del Creador, hay irreverencia en desconfiar de ellas y locura en pretender reemplazarlas por otras más perfectas emanadas del pobre entendimiento humano.

En vez de emplear sus talentos en empresa tan estéril y temeraria deberían, a nuestro humilde juicio, los publicistas católicos emplearlos en adelantar el majestuoso edificio de la armonía entre la Religión y la Ciencia probando que [...] son ciertamente dos hermanas que, bajando la una del cielo y subiendo la otra de la tierra, se unen en la región de la luz para manifestar, proclamar y alabar en sus obras la infinita sabiduría del Autor de todo lo creado.

[...]

El economista que estudia y expone las leyes naturales que rigen la producción, circulación, distribución y consumo de las riquezas no podría meterse a moralista para calificar de virtuosos o pecaminosos los actos, o para proponer en reemplazo de las leyes naturales que son, otras preferibles inventadas por él, sin salir del terreno que le es propio y cuyos lindes no le es permitido transgredir.

De que el hombre trabaje movido casi siempre por su propio interés y con frecuencia por dar satisfacción a sus sentidos y apetitos no puede deducirse que cuantos señalan el hecho lo justifiquen o aplaudan. No justifica las crueldades de las fieras el naturalista que describe sus costumbres sanguinarias, ni se goza en los estragos que causan los terremotos el geólogo que trata de descubrir las causas que los producen y de formular las leyes que los rigen. Hacer cargos al economista porque prescinde de la moral en sus investigaciones y porque no trata de predicar la virtud y de combatir los vicios, es hacerle cargos por haber elegido como objeto de estudios, en vez de la Ciencia de la Virtud, la Ciencia de la Riqueza: es como hacer cargos al agricultor porque, en vez de pasar la vida labrando la tierra, no la pasa como los astrónomos mirando al cielo para observar en él el curso de los astros.

[...]

Nosotros reconocemos que existe una Ciencia del Bien y que ella está unida a la Ciencia de la Riqueza por muy estrechos lazos. Demás de

que las fronteras de ambas se tocan y en partes llegan a compenetrarse y hasta borrarse, mutuamente se auxilian y sostienen. Así nadie negará la superioridad de un pueblo honrado, sobrio y virtuoso en la obra de la producción y conservación de la riqueza, sobre un pueblo disipador, sensual y corrompido. Pero si nadie sería osado a negar la benéfica influencia de la Moral en la prosperidad económica de los pueblos, no es menos evidente la que la Ciencia Económica ha ejercido y está llamada a ejercer en los progresos de aquélla y en la morigeración de las costumbres. Para probarlo, bástenos recordar la luz que los economistas han derramado sobre la teoría del interés del dinero y, por consecuencia, sobre la justa apreciación moral del contrato de mutuo; y las dificultades casi insuperables con que luchan los que afanan por moralizar familias condenadas por la miseria al libertinaje y al crimen.

Como economistas consentiríamos de buen grado que los moralistas nos dijiesen: sin moralidad no hay trabajo productivo y asiduo, ni ahorro perseverante, ni base sólida para las transacciones, ni mesura en el consumo de las riquezas; con tal que los moralistas reconociesen por su lado que, sin ciertas condiciones materiales de bienestar y sin cierta instrucción que sólo a favor de aquéllas puede adquirirse, la práctica de la virtud es poco menos que imposible.

En resumen, pensamos que la Moral y la Economía son dos ciencias distintas aunque conexas, llamadas a prestarse mutuos e importantes servicios; y por lo mismo que las consideramos como hermanas, rechazamos en nombre de los altos intereses vinculados a su buena armonía, la pretensión de someter la una a la otra imponiendo, en nombre de la Moral, a la Economía el criterio de la virtud y la ley del sacrificio, que son exclusivos de aquélla y que ésta no podría admitir sin ponerse en contradicción abierta con los hechos y minar los fundamentos mismos en que descansa.

[...]

Es decir, que mientras los economistas afirman que el móvil del trabajo es el deseo de satisfacer las necesidades o sea el interés personal, el autor de los *Estudios Católicos* sostiene que él debe ser reemplazado por el de abnegación o en otros términos, por el del interés del prójimo.

Antes de apreciar en sí misma la tentativa que esa afirmación envuelve para dar a la Economía una nueva base, observaremos que, mientras los economistas al decir que es el aliciente del interés propio el que mueve a los hombres al trabajo, toman nota de un hecho universal, los que hablan de reemplazarlo por la abnegación no hacen más que expresar una aspiración o formular un *desideratum*.

Ahora bien, como la ciencia no es otra cosa que el conocimiento de los hechos y de sus relaciones, los economistas, so pena de dar en los dominios de la hipótesis, por católicos que sean, no pueden volverles la espalda y silenciarlos para afirmar, contra lo que siempre y en todas partes se ha visto y estamos continuamente viendo, que el aguijón que incita a los hombres al trabajo, no es el interés propio sino el ajeno.

Tan clara es la verdad que acabamos de apuntar que los mismos inventores de la Economía Política Cristiana ó Católica la reconocen implícitamente en los esfuerzos que hacen para persuadir a la humanidad a que, abandonando el antiguo principio del interés individual, adopten el nuevo del sacrificio que ellos proponen.

Para estimar como imposible un semejante intento basta observar que su realización implicaría nada menos que un cambio radical en la naturaleza humana. Sería, en efecto, preciso hacer al hombre de nuevo para que en su ánimo, como incentivo al trabajo, pudiera más el interés del prójimo que el propio. En el caso que consideramos la empresa es tanto más irrealizable cuanto que no se trata de combatir ningún vicio, ni de desarraigar ninguna perniciosa costumbre peculiar a algún país o a algún tiempo, sino de transformar la naturaleza humana en lo que tiene de más general y constante, de quitar, por decirlo así, de la faz de la tierra al hombre que hasta ahora la ha habitado para reemplazarlo por otro nuevo fundido en el molde de una teoría que puede ser tan hermosa como se quiera, pero que tiene el capital defecto de ser nada más que una teoría.

Sobre ese defecto, ya gravísimo, de ser sólo una teoría que se quiere levantar sobre un hecho que no se quiere reconocer porque desagrada, tiene el llamado principio de la abnegación el no menos grave de ser irrealizable o a lo menos el de que no podría realizarse sin producir en las sociedades los más espantosos trastornos, la postración más profunda y el más lamentable retroceso.

Si pudiera conseguirse que los hombres nos interesáramos más por la suerte de los demás que por la propia y que la satisfacción de las necesidades no dependiese de lo que uno produjera sino de lo que para uno produjesen todos los demás, la producción se paralizaría como por encanto, los cambios serían una Babilonia, la distribución una merienda de negros y los consumos una iniquidad que clamaría al cielo.

[...]

De suerte que lo que se pretende, so capa de religión y con las más sanas intenciones del mundo, es destruir el régimen natural —obra de Dios— de libertad y de responsabilidad en que el premio sigue de cerca al mérito y el castigo a la culpa, por otro en que la distribución de las recom-

pensas y de los castigos se haga al caso o al capricho, en que los trabajadores suden para que los ociosos engorden y en que, contra lo que Dios manda y la naturaleza impone, queramos más para la casa del vecino que para nuestra propia casa.

Y lo que en todo esto hay de más extraño es que semejantes teorías se prediquen en nombre de la moral y se recomienden como un preservativo contra el socialismo que llevan gritando en las entrañas.

Para combatir al socialismo hacen como los socialistas: niegan la existencia, o cuando menos la sabiduría de las leyes naturales, que tratan de reemplazar por otras de su gusto e invención. ("La economía política y la moral", en *Revista Económica* Nº 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

No niegan los economistas la sabiduría de la Providencia; pero ¿por qué les había de estar vedado que, como los que cultivan otras ciencias, se empeñasen en darse cuenta de algunos de sus designios? Sí, Dios no ha criado, ciertamente, a los hombres para que mueran de hambre, como no los ha criado tampoco para que se abandonen a los vicios; sino que, criándolos libres, les ha impuesto bajo severas penas el deber de valerse de su razón y de su previsión para ponerse ellos y poner a sus descendientes a salvo de la miseria y de los males que comúnmente engendra. La Providencia nos ayudará; pero como dice el proverbio, es preciso que, para alcanzar su ayuda, hagamos lo que de nosotros dependa. (*Tratado de economía política*, *op. cit*., p. 95.)

5. Ciencia económica

a) Definición

Es formada la Sociología o Ciencia Social por el grupo de las que antes se designaban con el nombre de Ciencias Morales y Políticas, que tienen por objeto de estudio, según queda dicho, al hombre, considerado como un ser sociable, moral, inteligente y libre, grupo que comprende:

1º. La Economía Política, llamada también por algunos autores, según los especiales puntos de vista en que se han propuesto considerarla, Ciencia de la Riqueza, Ciencia del Bienestar, Ciencia del Trabajo o de la Industria, Ciencia de los Cambios, Ciencia de lo Útil, Ciencia de la Libertad, etc.;

2º. La Moral [...].

3º. El Derecho [...].
4º. La Historia [...].
5º. La Religión [...].
6º. La Estadística [...].
7º. La Política [...].

"Todas las enunciadas ciencias tienen entre sí estrechas relaciones, tan estrechas que, confundiéndose y compenetrándose a veces, sería muy difícil demarcar con exactitud los términos de sus respectivos dominios.

Todas ellas también se prestan mutuos y preciosos auxilios.

[...]

Aun cuando la Economía Política fuese una ciencia puramente especulativa, no susceptible de aplicaciones provechosas, siempre su estudio ofrecería un interés muy vivo. La constitución de la Sociedad, la descripción y funcionamiento de sus diversos órganos, las leyes naturales porque está regida, las causas que influyen en su bienestar o miseria, en su progreso, estagnación y decadencia, ofrecen un campo tan vasto como interesante a la noble curiosidad de la inteligencia humana. Ese estudio descubre a sus ojos nuevos y espléndidos horizontes, revelándole como la existencia de un nuevo mundo en que resplandecen, con mayor magnificencia aún que en el mundo sideral, la variedad, el orden, la armonía. Porque si es admirable el espectáculo de la armonía producida por la sujeción inconsciente de las fuerzas ciegas de la materia a las leyes de la naturaleza, ¡cuánto más lo será la que ofrecen los fenómenos económicos, producida por seres racionales y libres, que, persiguiendo cada cual su propio interés y ejerciendo su personal iniciativa, tienden, sin embargo, a que el bien general se produzca mediante el obedecimiento a leyes no menos constantes, y universales y científicas que las que gobiernan la materia, sus fuerzas y sus ciegos impulsos!

[...]

¿Cómo considera la Economía Política al hombre? Lo considera como a la única fuerza racional y libre de la creación, como a una actividad espontánea servida por órganos, como a un agregado de materia, de inteligencia y de sentimiento.

Estos elementos constitutivos de su ser, combinados por medios aún ocultos a la razón humana, para desarrollarse y conservarse exigen una renovación continua, que la naturaleza reclama con la voz de la necesidad y que se opera por medio del consumo que la acalla. (*Tratado de economía política*, *op. cit.*, pp. 3-4, 7, 16.)

b) Leyes económicas

[A]l presente todo intento de cambio en las leyes económicas nos parece tan absurdo como nos parecería cualquier intento de cambio en las leyes que rigen el mundo moral o el mundo físico. Así no encontraríamos diferencia entre sacar el dinero de arcas fiscales para gastarlo en acarrear a Chile inmigrantes y repatriados, y sacarlo para acarrear agua de la bahía de San Francisco o de la bahía del Callao a la de Valparaíso, con el objeto de levantar en ésta el nivel del mar.

En la materia de que tratamos lo mejor que puede hacer un Gobierno es no hacer nada, que es también lo mejor que podemos hacer los que escribimos para el público. El único caso en que a Gobiernos y escritores les es dado salir de esa actitud pasiva es cuando el equilibrio natural no puede restablecerse porque tropieza con algunos obstáculos creados por la autoridad. Entonces Gobierno y prensa deben remover esos obstáculos a fin de dejar a todo hombre expedito el camino para que atienda como mejor le cuadre a sus propios intereses, con la certidumbre de que el bien de la comunidad será el resultado preciso de la libertad, de la independencia y del bien de cada uno. ("Lo mejor es no hacer nada", *El Independiente,* abril 2 de 1872, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.,* pp. 242-243.)

[L]a competencia origina una lucha tenaz entre los productores, lo cual los hace esforzarse para producir la mayor cantidad y de mejor calidad con el menor trabajo posible y se esfuerzan de esta suerte para ver modo de tener el mayor número de compradores y ganar mucho.

Y vimos que ya ésta es una ventaja del productor por cuanto aplicando todos los esfuerzos de su inteligencia llega a descubrir métodos fáciles de producción, y se estimula poderosamente la industria y puede decirse que a la competencia y únicamente a ella se debe el gran adelanto industrial de nuestros días. [...]

[...]

Tenemos pues que la competencia es un poderoso estímulo para el fabricante; para la industria es el gran principio de su progreso y adelanto; garantiza a los consumidores la buena calidad de los productos y les proporciona los objetos a un precio más reducido. Por el contrario, del monopolio, que es la prohibición de la competencia, resulta la inacción y pereza del industrial que sabe nadie le ha de estorbar en su venta; la industria se mantiene estacionaria o retrógrada; el consumidor no tiene garantía alguna a las arbitrariedades del productor para pagarle lo que él pida; pues éste está seguro de que nadie le impedirá la libre salida a sus productos.

[...]

El monopolio, en la acepción propia de esta palabra, puede ser natural o legal. El primero es aquel que se funda en la naturaleza misma de las cosas, en la diversidad de facultades y es justo y no es tan perjudicial por cuanto puede ser limitado por su abuso, descubriendo materias que lo sustituyan.

El monopolio legal no debe existir por cuanto es una limitación de la libertad humana, en cuanto por la propia naturaleza de las cosas tiene derecho a aspirar cada cual a unas mismas ventajas que otros, y la ley positiva no debe jamás contrariar los dictados de la naturaleza y por el contrario debe aceptarlos y aplicarlos a los casos especiales. (*Apuntes de "Economía Política". Tomados en clases del señor don Zorobabel Rodríguez por el alumno Arturo Alessandri.* Santiago, 13 de mayo de 1889, *op. cit.*)

Los mismos principios que me obligan a oponerme a cualquiera traba contra la industria libre, me obligan a aceptar la fiscalización de la industria monopolizada. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 32 ordinaria, 19 de agosto de 1875.)

c) Aplicaciones de la ciencia económica

[...] Si las conclusiones de éstas [las ciencias de la observación] son siempre de una veracidad indiscutible, y si siempre y más o menos cabe disputa sobre la veracidad de aquéllas [las ciencias morales, metafísicas y políticas], es cordura resolver por Economía Política todas las cuestiones políticas y sociales a que sean aplicables las leyes de esta ciencia y que caigan bajo su jurisdicción. Es lo que por nuestra parte hemos tenido cuidado de hacer siempre sosteniendo las soluciones de la Economía Política, no sólo en materias de hacienda y de comercio, sino también en la enseñanza, en la colonización, inmigración, obras públicas, etc. ("José Eusebio Caro. Publicista", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, p. 114.)

[E]s tan difícil discurrir con exactitud en política cuando falta el conocimiento de la Economía, como hacer cálculos astronómicos o cosmográficos, cuando no se han saludado las matemáticas. (*El Independiente*, 12 de agosto de 1883, citado por Sofía Correa, "El Partido Conservador ante las leyes laicas", en Ricardo Krebs *et al*., *Catolicismo y laicismo*, *op. cit.*, p. 81.)

6. Aplicaciones de la ciencia económica: Límites del Estado

La misión del Estado se reduce a velar por la libertad de los ciudadanos, porque se cumplan las leyes, porque cada cual pueda ir y venir, entrar y salir libremente. Es así como se progresa. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 29 extraordinaria, 25 de noviembre de 1875.)

Recórranse uno a uno los progresos de que se enorgullece el siglo en que vivimos, y se tendrá que confesar por fuerza que ellos se deben a la iniciativa individual, libre de las trabas de la intervención gubernativa. [...]

Imaginémonos, si no, que subsistiese aún la injerencia que en los siglos pasados tenían en la industria y en el comercio para fijar, por ejemplo, la calidad, el color y las dimensiones de una pieza de paño, o de bayeta, para señalar los precios de las mercaderías y fijar los requisitos necesarios para que una persona pudiese abrir una tienda, trabajar en un taller, hacer zapatos, curtir cueros, etc., y dígasenos si en tal hipótesis, comercio e industria habrían salido de mantillas y llegado a la asombrosa prosperidad en que se encuentran. ¡Prueba evidente de que el principal obstáculo que se oponía al desarrollo de esos ramos de la actividad humana, era el perjuicio que les causaba la pretendida protección de los Gobiernos! ¡Fenómeno propio para hacer meditar a los que se empecinan en atribuir a la autoridad la misión providencial de dirigir, educar y enriquecer a los pueblos! ("José Eusebio Caro. Publicista", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 109-110.)

He ahí como, para el filósofo que trata de penetrar hasta el fondo del problema político, no hay otras soluciones posibles que la negación del progreso o la división del trabajo que el progreso demanda en la forma propuesta por los economistas: al Gobierno, mantener el orden, la justicia, la libertad, la paz en el interior y en las fronteras: a los individuos, a su iniciativa, a su interés, a su fuerza separada o libremente asociada, todo lo demás.

[...]

¿[Q]ué importa al individuo víctima de una injusticia que ella se cometa por una mayoría inventada o por una mayoría verdadera? ¿qué le importa que el victimario sea uno o sean muchos? ¿qué le importa, en fin, que el atentado se cometa en nombre del pueblo soberano, más aún, que en el momento de cometerse sea aplaudido por millares y millones de manos?

Todo eso importa nada. Lo que importa es que el atentado no se cometa: lo que importa es que no pueda cometerse por nadie, ni bajo ningún pretexto. Lo que se busca es que una minoría y hasta un solo individuo, armados de su derecho no tengan nada que temer ni de leyes, ni de decretos, ni de mayorías, ni de pueblos, ni de Presidentes ni de Congresos. Y eso no lo conseguirán jamás los manipuladores políticos; porque eso sólo puede conseguirse tirando valientemente la línea divisoria entre el campo de acción de la autoridad y el campo de acción del individuo, y diciendo a aquélla: Tu misión es realizar la justicia: lo demás no es de tu incumbencia.

Tirada esa línea y consagrada por la convicción general de sus benéficos efectos, habría llegado el caso de dar por concluida la tantas veces secular campaña que el individuo viene sosteniendo contra las arbitrariedades del poder. Entonces en todos los puntos de la línea de su actividad, el hombre se sentiría tan seguro como hoy se siente en aquellos en que felizmente existe el deslinde.

[...]

Por fortuna el *laissez faire* no significa eso. No significa ni Gobiernos suprimidos, ni Gobiernos-vigas, ni impunidad de los malvados, ni libertad de atentar contra la vida o propiedad ajenas. Significa algo que por muchos aspectos es lo contrario de eso: Gobiernos exclusivamente contraídos a velar porque nadie atente contra el derecho ajeno, a mantener la paz y la seguridad y el orden en el interior y en las fronteras, a administrar los bienes de la nación y a recaudar los impuestos que el desempeño de aquellas importantísimas tareas demande. Significa todavía el *dejad hacer*, hombres dueños de hacer su negocio, su gusto o su capricho según su voluntad y sin otra valla que la que separe su derecho del derecho ajeno. *Dejad hacer*, equivale a decir: Dejad que los hombres que hayan llegado a la mayor edad y estén en su sano juicio trabajen o descansen, economicen o malgasten, hagan negocios brillantes o ruinosos, hablen o escriban, se muevan o se aíslen, se asocien, dispongan en suma de sus personas y haberes como se les antoje. Mientras no haya violencia o fraude, lo mejor que los Gobiernos pueden hacer, lo que deben hacer para mantenerse en el terreno que les es propio es: ponerse al balcón y dejar pasar.

[...]

[S]i en virtud de la doctrina de los economistas, debe la autoridad dejar hacer a toda persona que haga de su capa un sayo, en virtud de ella debe cuidar también de que nadie haga un sayo de la ajena. (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa op. cit.*, pp. 105-108, 115-117.)

El primero que partió en dos aquel imperio en que jamás se ponía el sol de la majestad imperial fue nada menos que el Divino autor de la máxima*: Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* [...].

Siglos transcurrieron y torrentes de sangre inocente se derramaron antes de que César empecinado reconociese la soberanía de los que en nombre de la conciencia religiosa rehusaban inclinarse para adorarlo; pero al fin, la revolución iniciada en Jerusalén fue un hecho consumado, y César quedó reinando tranquilamente en los inmensos dominios de la industria, de la ciencia, del trabajo, de los contratos, etc. Pero he ahí que aparecen unos cuantos utopistas extravagantes que predican la necesidad de quitar nuevas provincias al colosal imperio. Los Fisiócratas, con su teoría escandalosa del *dejad hacer*, pretenden quitar al Estado para devolver a los particulares la libertad de celebrar contratos, y Turgot, llamado al ministerio, sin temor al diluvio que los rutineros predecían como infalible, disolvió los gremios y las corporaciones y proclamó la libertad del trabajo. El ministro temerario cayó; pero la libertad por él proclamada permanece y permanecerá.

El Estado resistió con la energía de la desesperación; pero aún conservaba mucho de lo que había malamente usurpado en el transcurso de los siglos, y nuevos insurgentes llamaron a otras provincias amenazadas su atención.

Smith, apoyado en la experiencia, se puso a estudiar las causas de la riqueza, de la prosperidad y del empobrecimiento de las naciones, y conquistó el campo de los cambios internacionales para la libertad, dando un golpe de muerte al proteccionismo que agoniza: Malthus, estudia los problemas de la población, y quita al coloso otra provincia: Bastiat viene en seguida, y mostrando que la prosperidad social no es más que la prosperidad de los individuos, y que los intereses de éstos no son antagónicos sino armónicos, y que el medio más seguro de que el mayor número prospere, es dejar a cada cual la gestión y responsabilidad de los negocios que le conciernen, completó la obra secular encerrando al Estado en los dominios en que es lícito el empleo de la fuerza, esto es, en el de la defensa de la vida, de la fortuna y de la paz de los ciudadanos; y poniendo frente a frente de la soberanía del Estado así definida, la soberanía de los municipios en los asuntos locales, y la del indidividuo en los de naturaleza personal.

Allí acosado en sus últimos atrincheramientos, el Estado defiende lo que aún conserva de su presa con la poderosa fuerza que tiene a sus órdenes y con los auxiliares fieles que en todas partes le suministran la rutina, la ignorancia y los individuos, corporaciones y clases interesadas en la subsistencia del antiguo orden de cosas. Pero, a pesar de las fuerzas de que dispone y de la energía digna de mejor causa con que se defiende, su derrota

definitiva parece inevitable. Aumenta de día en día el número de sus enemigos, y el ejército de los sitiadores cuenta cada día con más hábiles y prestigiosos capitanes. No todos llegan por un mismo camino al campamento; pero todos llegan animados de un común deseo, armados de buenas armas, y dispuestos a no deponerlas mientras el enemigo no consienta en suscribir la capitulación honrosa que en nombre de la ciencia y de los derechos de la humanidad le presentan.

[...]

¿Cuál es el origen de las facultades del Estado, cuál la definición precisa de éste, cuál el punto en que su acción no puede ejercerse sino en menoscabo de los derechos individuales, cuál la regla que ha de servirnos para fallar con acierto todos los litigios de competencia que ocurran entre el Estado de una parte y los municipios o individuos de otra?

Este problema es el gran problema político de la edad presente; porque si bien se miran todas las más arduas cuestiones que se tratan en la prensa, y en los parlamentos, se reducen a cuestiones de competencia entre el Estado y los particulares, a cuestiones de límites entre la autoridad que pretende ensanchar siempre los dominios de sus facultades y el individuo que reivindica la plenitud de su soberanía en la esfera de lo que individualmente le atañe.

Cuestión de límites es la promovida por los que reclaman la libertad completa de enseñanza, cuestión de límites la de la libertad de profesiones, cuestión de límites la de la libertad comercial, la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la de la autonomía municipal, la de la inmigración por cuenta del Estado, la de la protección a ciertas industrias, la de las manos muertas, la de los votos monásticos, la del patronato, la de los recursos de fuerza, etc., etc., etc.

[...]

Esto fue lo que hizo Bastiat, cuando a la luz de su genio buscó el origen de las facultades del Estado para medir su alcance, y cuando, con el auxilio de su encantador estilo demostró que el poder social no era en buenos términos otra cosa que la organización común del derecho individual de la propia defensa. Él, haciendo abstracciones y metáforas a un lado, vio que los funcionarios públicos no tienen otro título que los autoriza a obrar (por la fuerza como ellos obran siempre) que la delegación que los ciudadanos les hacen de sus facultades naturales. Ahora bien, como es evidente que nadie puede dar lo que no tiene y como sólo en el caso de propia defensa un hombre tiene derecho para usar de la fuerza contra otro, se sigue que los únicos servicios que pueden ser legítimamente hechos por vía de autoridad son “aquellos que tienen por objeto mantener la libertad, la

propiedad y todos los derechos individuales; en una palabra, cuantos conciernen a la pública seguridad". En otros términos, el Estado "no es más que la fuerza común sustituida, no para ser entre los ciudadanos un instrumento de opresión y de expoliación recíproca, sino para garantir a cada cual lo suyo y hacer reinar la justicia y la seguridad".

[...]

Bástenos apuntar que nuestra doctrina es la misma de Bastiat y que su fórmula nos parece sólidamente deducida de un principio inconcuso, y muy propia para resolver con facilidad y acierto los más graves e importantes problemas que preocupan a los políticos y publicistas.

[...]

Repitámoslo, ya que nunca será repetido lo bastante: donde quiera que no haya una libertad que proteger, un derecho que hacer respetar, un delito que castigar, el Estado no puede intervenir sin perturbar las leyes naturales que gobiernan la vida y determinan el progreso de las sociedades. Por consiguiente, guardemos cada cual nuestras opiniones sobre las órdenes religiosas y sobre las logias masónicas; pero así como nosotros condenando éstas, negamos al Estado la facultad de hostilizarlas mientras no atenten contra el derecho ajeno cometiendo verdaderos delitos, así también y con muchísima mayor razón los que blasonan de liberales y de tolerantes, deberían abstenerse de provocar, de ejecutar y de aplaudir las injusticias y atentados que en nombre de la libertad cometen los Gobiernos contra hombres y aun contra mujeres a quienes no es dable imputar otro delito que el de las creencias que profesan, del nombre que llevan y del traje que visten. ("Política positiva y política racional", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 40-43, 48-49, 52-53, 81.)

[...] En cuanto a nosotros, los que negamos al Estado la competencia para difundir ideas, poner trabas a la enseñanza, monopolizar ciertas profesiones, limitar la libertad de los contratos, estamos en la verdad; y si el porvenir nos pertenece, como se reconoce con laudable franqueza, fuerza será reconocer también que sólo en virtud de una injusticia se nos niega el presente. Lo que es verdadero no puede ser perjudicial ni en el presente ni en lo porvenir. El error no ha sido nunca ni será jamás un elemento de progreso. (*El Independiente*, enero 16 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, p. 131.)

Si se demuestra teóricamente que el Estado no tiene por misión hacerlo todo y que cada vez que se entromete en lo que no le corresponde, lastima la libertad y los intereses de los particulares, ¿podrá ser que su

injerencia indebida sea, sin embargo, lícita y provechosa en ciertos casos y en determinados países?

Desafiamos a los señores, que dándose humos de hombres prácticos, muestran un tan soberbio desdén por la teoría, a que nos citen un caso en que la práctica real se encuentre en oposición con la teoría verdadera, uno sólo y nos daremos por vencidos. (*El Independiente*, enero 20 de 1875, reproducido en "Nuestro sistema social", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, p. 142.)

7. Aplicaciones de la ciencia económica: Iglesia y Estado

[D]os cosas nos parecen indudables. La primera es que la unión, la buena armonía y la independencia recíprocas de la sociedad religiosa y política, es en tesis general lo más justo y lo más verdadero y conveniente. Y es la segunda, que vale mucho más la separación y el desconocimiento de la Iglesia por el Estado que la persecusión y la esclavitud de aquélla, disfrazada de protección.

Todo quedaría por lo tanto reducido a saber si en Chile las ventajas que la Iglesia saca de la pretendida protección del Estado compensan los inconvenientes que de ella se origina, o no. Cuestión, que como se ve, no es de doctrina sino de aplicación, y que cada cual puede resolver según sus propias luces sin exponerse a incurrir en los anatemas que *La República* desea para nuestra cabeza.

Sobre esta cuestión de apreciación, nosotros tenemos formado nuestro juicio. Creemos que el sistema de unión entre el Estado y la Iglesia, tal cual se practica y entiende en Chile, y tal cual se practicará y se entenderá en adelante, da a ésta por toda protección una sombra, mientras que le quita el elemento más indispensable de su propaganda, el más precioso de sus tesoros: la independencia de su gobierno, la libertad de sus actos y sus palabras.

Por eso [...] vería sin disgusto ni espanto venir la separación con tal que ella no se verificase como en México, sino llevándose cada uno de los asociados lo que en justicia le correspondiese. (*El Independiente*, 23 de noviembre de 1873.)

[E]l Ministerio que ha negado al país las libertades políticas, no ha querido o no ha sabido darle tampoco las libertades teológicas. Ha sido

espléndido en promesas y cortísimo en actos; y cuando un día, cansados, hostigados por las amenazas teatrales que se nos dirigían nos alzamos, el Honorable señor Irarrázabal en el Senado, y el que habla en esta Cámara, para provocar al Ministerio a fin de que de una vez para siempre se atreviese a abordar de lleno la dificultad proponiendo la separación de la *Iglesia* y el Estado, el señor Ministro retiró sus cartas. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 3 extraordinaria, 7 de septiembre de 1875.)

[L]o que el *Syllabus* reprueba como pernicioso y erróneo es *la tesis* general de que *el régimen de la separación* sea más conveniente a la sociedad y a la Iglesia que el *régimen de la unión*, mientras que lo que en Chile se impone a nuestro estudio es *un caso concreto [...] es la forzosa elección entre el régimen de la separación y otro que está muy distante de poderse llamar con verdad* RÉGIMEN DE LA UNIÓN. Más claro: mientras que lo que el *Syllabus* condena es sostener como doctrina, como ideal, como tesis, que el régimen de la separación es más conveniente que el de la unión, lo que aquí nos toca resolver es si, dadas las circunstancias en que los enemigos de la Iglesia han puesto las cosas, aquí en Chile, hoy día, conviene más a la Iglesia *la separación, que la opresión sistemática, que el tutelaje* de sus embozados enemigos.

[N]o estando, como no está, en manos de los católicos restablecer el régimen de la unión en la recíproca independencia y benevolencia, y puestos en el caso de elegir entre una Iglesia perseguida, acechada, acosada, injuriada y atropellada por los que, siendo sus enemigos, pretenden regirla indirectamente, designando los pastores que han de gobernar, y una Iglesia separada del Estado, extraña a él y, si se quiere, expoliada y perseguida, todos los que vemos y oímos nos indican que optan por lo segundo.

[...]

No queremos que a la facultad que, si no legalmente, de hecho tienen los presidentes de Chile de nombrar senadores y diputados, intendentes, gobernadores y municipales, ministros del despacho y enviados diplomáticos y, en una palabra, todos los empleados militares y civiles, entre los cuales se reparten los millones del presupuesto, venga la de añadirse la de nombrar arzobispo y obispo y, por medio de ellos, canónigos para las catedrales, curas para las parroquias y directores para las conciencias de los chilenos. (*El Independiente*, 30 de enero de 1883, citado por Sofía Correa S., "El Partido Conservador ante las leyes laicas", en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo*, *op. cit.*, p. 91.)

8. Aplicaciones de la ciencia económica: Libertad de enseñanza

Ocioso parece, advirtamos, que a la luz de la regla formulada por Bastiat y la mayor parte de los economistas modernos, la solución se presenta de suyo resplandeciente con los resplandores de la evidencia. El Estado no puede imponer una enseñanza, porque su primer deber es respetar la libertad de los individuos, e imponiendo una cualquiera la violaría; ni puede tampoco fomentar ninguna, porque su misión no consiste en hacer el progreso sino en dejar que los individuos lo hagan, despejando al efecto el camino de las violencias e injusticias que son los únicos estorbos que podrían detenerlo. El derecho de cada hombre, ante el poder civil, para enseñar y para aprender, para ofrecer y aceptar los servicios profesionales, es idéntico al que todo hombre tiene para escribir y publicar lo que piensa, para moverse, vestirse, contratar, trabajar, divertirse, etc., mientras no atente contra la libertad ajena. De donde se sigue que la libertad de enseñanza es tan respetable como la libertad de pensar de donde se deriva, y que la de profesiones no puede negarse sin negar al mismo tiempo la de contratar y trabajar, de las cuales no es más que un caso determinado.

[...]

Mal que pese a los que quisieran acomodar la lógica a las exigencias de sus preocupaciones e intereses, la libertad de la enseñanza y de profesiones tiene que seguir la misma suerte de las demás libertades que el liberalismo predica y exige. Vienen de la misma fuente y van a su fin por el mismo lecho; y no hay coladera capaz de separarlas para dejar a éstas libre paso y hacer retrogradar aquélla hasta su origen. O proclamamos el panteísmo político aceptando al Estado ilimitado, omnipotente y absoluto, o ponemos lindes racionales a sus dominios. En el primer caso cantemos el *requiescat* a todas las libertades; en el segundo, nos agrade o disguste, nos convenga o perjudique, tenemos que resolvernos a dejar fuera del alcance de la autoridad la enseñanza. (“Política positiva y política racional”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.,* pp. 62-63, 69.)

La Cámara sabe que hay en materia de enseñanza tres sistemas posibles. El del monopolio, en que el Estado se atribuye exclusivamente la falcultad de examinar, de conferir grados y de dar permiso para el ejercicio de las profesiones liberales. El mixto, que consiste en permitir que al lado de los colegios, profesores y títulos del Estado coexistan en igualdad perfecta de derechos y prerrogativas, los colegios, los profesores y los títulos de los particulares. Por último, el sistema científico y verdaderamente liberal

que niega al Estado el derecho de dirigir la enseñanza y que sostiene que ésta debe ser dada y costeada por la iniciativa individual. De estos tres sistemas, el primero, el del monopolio, fue el sustentado por los señores liberales del Gabinete; el segundo fue el patrocinado en nombre del Partido Conservador por el Honorable señor Cifuentes; y el tercero, el que siempre en esta Cámara y en la prensa ha sostenido solo o acompañado, pero en nombre de profundas convicciones personales, el Diputado por Chillán [Zorobabel Rodríguez]. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 3 extraordinaria, 7 de septiembre de 1875.)

No creo que entre las atribuciones del Estado esté la de dar la instrucción segunda y superior. A mi juicio, hay en este gasto que estamos discutiendo una mala inversión de los caudales públicos, un ataque a la libertad individual y un perjuicio para el país; por consiguiente, creo que lejos de producir un bien, causará males inmensos, siendo por lo tanto más conveniente votar a la calle lo que se invierte en el Instituto Nacional y liceos provinciales.

Estas ideas que sostengo no son bebidas en la teología sino tomadas de los más hábiles economistas, como lo he manifestado latamente en otra ocasión. Entre los sostenedores de estas ideas figuran hombres tan notables como Adam Smith, Bastiat, Courcelle Seneuil. Todos ellos dejan la enseñanza a los particulares. Yo entiendo así la libertad de enseñanza, creo estar en el buen camino.

A pesar de que he procurado prestar la mayor atención, no he podido comprender qué es lo que algunos señores Diputados entienden por libertad de enseñanza, la que para mí consiste en dejar que cada cual enseñe lo que quiera y como quiera, sin el visto bueno ni patente de nadie.

Comprendo perfectamente la teoría, que no acepto, del Honorable señor Cobo. Su Señoría acepta en materia de enseñanza la intervención del Estado, no como monopolizador sino como cooperador.

Pero fijándonos bien, llegaremos a demostrar hasta la evidencia que el Estado no puede proteger una instrucción dada sin inferir perjuicios a otra instrucción, no puede fomentar un colegio sin dejar de peor condición a los demás colegios: la libertad es incompatible con el privilegio.

[...]

Por lo demás yo reconozco con toda lealtad y sinceridad que esta campaña por la libertad de enseñanza que yo he tenido el honor de iniciar y en la cual fundo mi verdadera gloria, ha dado ya, a pesar de las derrotas sufridas, resultados que no pueden menos de ser satisfactorios, porque comparando la situación de los colegios particulares hoy día con la que

tenían ahora cinco años, no puede menos de reconocerse que algo se ha conseguido.

[…]

En la vida de la concurrencia mercantil a cuyas leyes no escapan los colegios, sucede lo que en el mundo físico, animal y vegetal, en que perecen los individuos más débiles y de mala organización para ser reemplazados por los más robustos y bien organizados. Lo mismo sucede en el campo de la libertad a los establecimientos de educación que tienen mucho de mercantiles por más que se diga que este carácter o este fin sea desdoroso para los colegios, cosa que yo no acepto, porque no es desdoroso sino honroso todo medio honrado de ganar la vida, y el enseñar es uno de los medios más decorosos y dignos. Los colegios que sucumben son precisamente los que hacen menos falta y sucumben únicamente porque no son bien regidos y pierden la confianza del público. Los que más prosperan, aquellos que reciben más protección del público, son siempre los más dignos de ser protegidos, son siempre los mejores. Pero estos últimos tienen de sobra con la protección del público y no necesitan la particular de nadie, mucho menos a costa de su independencia.

Ahora bien, ¿qué va a resultar? Que solicitarán el auxilio del Gobierno y se someterán a su tutela aquellos colegios mal arreglados, que no tienen alumnos, porque no han merecido la confianza de los padres de familia y que para poder prolongar su vida artificial acudirían al Gobierno a pedirle sus escudos. De manera que vamos a estimular, a dar un premio a establecimientos que debiéramos más bien desear que sucumbieran.

Yo, por estas razones, me hago un deber de negar mi voto a la partida y de pedir a la Cámara la rechace. (*Sesiones de la Cámara de Diputados.* Sesión Nº 32 extraordinaria, 5 de diciembre de 1875.)

9. Aplicaciones de la ciencia económica: Inmigración y emigración

a) Inmigración

[N]uestro país todavía no tiene necesidad de la inmigración que con tanto empeño se busca.

Yo creo que el número de habitantes del país debe guardar relación con su riqueza; por lo tanto me parece que es inútil empresa aquella de pretender aumentar artificialmente la población, porque sería lo mismo que

querer introducir cierta cantidad de líquido en un vaso que esté completamente lleno.

Es notorio que nuestros conciudadanos emigran al extranjero espontáneamente, llevados naturalmente del deseo de mejorar de condición; luego, hay un exceso de población con relación al estado de riqueza del país.

Por otra parte, digo yo, ¿tenemos terrenos que entregar a la colonización? No. Por lo que hace a la frontera norte de la Araucanía, creo que no hay una sola hectárea que colonizar, porque esos terrenos no tienen agua y son sumamente pobres, más pobres aún que los situados al norte de la República.

Estos terrenos no se prestan sino para el cultivo del trigo, de la cebada y de la arveja; y siendo como son de secano, el cultivo no puede hacerse por más de dos o tres años.

Los colonos que vayan a cultivar estos terrenos no hallarán con qué mantenerse durante el tiempo en que se hacen las siembras y la cosecha. Ésta es la razón por qué han fracasado y tendrán que fracasar todas las colonias que se establezcan al norte del río Malleco.

Con estos antecedentes, yo soy de opinión de que la colonización no debe figurar en nuestro país entre los ramos de gastos sino en los de entradas. De manera que en vez de estar presupuestando anualmente 50.000 pesos para gastos de colonización, deberíamos tener 50.000 ó más pesos por entradas de colonización.

[...]

[E]l Gobierno debería apresurarse a tomar este camino, poniendo en venta estos terrenos de colonización, entregándoselos al que dé más por ellos en remate público; sin preocuparse de que sean nacionales los que los tomen, porque es un error creer que las nociones de agronomía que puedan traer los extranjeros sean un elemento que pueda impulsar el progreso y desarrollo de estos terrenos, puesto que no son susceptibles de otro cultivo que el que se les da por nuestros compatriotas en la actualidad. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 29 extraordinaria, 25 de noviembre de 1875.)

En varias ocasiones hemos tenido oportunidad de manifestar nuestras ideas respecto de la importante cuestión de inmigración. Siempre hemos sostenido que lo que Chile necesita son colonos católicos; siempre sostendremos que la uniformidad de creencias entre los chilenos y los que vienen a buscar en Chile una nueva patria, es exigida por consideraciones de un interés superior.

[...]

Antes de pensar en traer colonos, decíamos hace algún tiempo, pensemos en arrebatar a la muerte el inmenso número de párvulos que diariamente desaparece. Esos párvulos serán un día hombres que reemplazarán con ventaja a los colonos extranjeros.

Antes que pensar en traer colonos, decíamos más tarde, pensemos en repatriar a aquellos de nuestros compatriotas que yacen en el extranjero sumidos en una espantosa miseria. Cien chilenos repatriados pueden reemplazar con ventaja a cien colonos extranjeros.

Antes que pensar en traer colonos, trabajemos porque los especuladores extranjeros no arrebaten a la industria nacional los pocos brazos de que dispone. Demos a nuestros compatriotas ocupación en nuestro suelo para no obligarles a ir a buscar el pan en tierra extraña; y si conseguimos, por medio de esfuerzos constantes, detener la emigración chilena, habremos hecho más que si hubiéramos facilitado una numerosa inmigración extranjera.

[...]

Si necesitamos inmigrantes, que vengan en buena hora, pero que sean católicos. Con ellos se podrá colonizar y se conservarán al mismo tiempo los bienes inestimables a que antes hemos hecho referencia: la tranquilidad de las familias y la paz de la nación.

De esta manera encontraremos reunidos en un consorcio feliz los intereses morales y los intereses materiales. Protegeremos los últimos sin detrimento de los primeros que, para nosotros, sea dicho de paso, son los más altos y sagrados. ("La inmigración y el matrimonio civil", *El Independiente*, mayo 27 de 1868, reproducido en "La colonización y las creencias religiosas" en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 168-171.)

b) Emigración

Es cierto también que la emigración de peones al Perú, más que una emigración es una verdadera exportación, que no se van sino que se les arrea, que no se les persuade sino que se les engaña, y que siguiendo esta exportación humana su marcha progresiva, Chile podría en pocos años más llegar al grado de poder, de riqueza y de población que tenía cien años después de aquel en que fue descubierto y conquistado por don Pedro de Valdivia [...]. ("La libertad de locomoción", *El Independiente*, agosto 1 de 1871, reproducido en "Emigración chilena", *Miscelánea, política y religiosa*, *op. cit.*, p. 212.)

Para no caer en esta contradicción mostruosa es preciso tomar su partido. O se afirma que la emigración de peones chilenos es efecto de las leyes económicas y como tal un bien para todos, o se afirma que la emigración es resultado del engaño, de la ignorancia y de la avidez de especuladores sin conciencia; y en tal caso no hay para qué devanarse los sesos buscando las causas científicas y naturales de un fenómeno que no tiene que ver nada con las ciencias ni con las leyes de la naturaleza. ("La emigración y el sistema de inquilinaje", *El Independiente*, agosto 2 de 1871, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit*, p. 220.)

Fundándose el fenómeno social de que tratamos, antes que todo, en la crasa ignorancia de los gañanes que no les permite descubrir todo lo que hay de aparente y de pérfido en las promesas de los enganchadores, es evidente que el medio más lógico de evitar el mal sería instruir al pueblo a fin de que éste fuese capaz de usar de su libertad en su propio provecho. Pero si este medio es el más lógico, dista mucho de ser el más eficaz o siquiera el más practicable. [...]

Pero ya que no es posible emprender la educación de los que están listos para engancharse, ¿no se podría al menos ilustrarlos, descubrirles las perfidias de los contratantes y hacerles comprender todo lo que hay de ilusorio en las ventajas que se les brindan? No falta quien lo diga. Lo que es nosotros, estamos convencidos de que este medio, aun cuando no debe excusarse, daría muy mezquinos resultados. En efecto, los hombres que emigran, por su ignorancia, por sus hábitos y por su manera de ser, están fuera del alcance de la prensa y hasta de las amonestaciones de los párrocos, no son capaces de leer ni de reflexionar, son por lo común gente sin hogar, sin afecciones de familia, capaces de vender su alma a Satanás, si Satanás se presentase a comprárselas despues de haber tenido la precaución de haberles dado algunos vasos de aguardiente, haciendo sonar a sus oídos algunas tentadoras promesas y haciendo brillar ante sus ojos unas cuantas monedas de oro. Enviar por la prensa consejos a hombres que se hallan en tal estado y que llevan semejante género de vida, es lo mismo que enviarlos a los habitantes de la luna. Consejos que todos han de oír menos los interesados, son consejos perdidos.

Si, pues, la emigración de nuestros peones es un mal gravísimo para el país y para ellos mismos, y si fuera de las restricciones que la ley puede imponer ningún otro remedio se divisa ni se propone, es preciso aceptar el recurso legal o sostener que para no violar la Constitución Chile está condenado a morir de hambre y de inanición. ("Las teorías y los hechos", *El*

Independiente, agosto 3 de 1871, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 225-227.)

Desde luego, nosotros negamos que la emigración sea una calamidad para Chile; porque el efecto natural e inmediato de ella es el aumento de los salarios, o lo que es lo mismo, una mejora en la condición material y moral de todos los trabajadores. Es cierto que este aumento importa algún sacrificio de parte de los propietarios y capitalistas; pero no lo es menos que sin ese sacrificio, todo aumento de salarios es quimérico. [...]

[...]

Reclamar la intervención del Gobierno para impedir que los que van a buscar fortuna en los ferrocarriles del Perú encuentren allá las enfermedades y la muerte, es como pedir que el Gobierno intervenga en la salida de todo hombre que deje el país para ir a buscar fortuna en los minerales de Caracoles o en los viajes de mar, porque algunos mineros han enfermado y muerto, o porque muchos navegantes han naufragado.

Dejémonos de lamentos que no tienen razón de ser, y de devanarnos los sesos buscando cataplasmas para salvar la vida a quien goza de perfecta salud. Los hombres circulan buscando su bienestrar como las aguas se agitan buscando su nivel, como circulan el aire, los capitales y las ideas. En vez de esforzarnos por detener artificialmente esa circulación, esforzémonos por dejarla completamente libre, haciendo desaparecer todos los obstáculos creados por la ignorancia y perpetuados por la rutina. Acostumbrémonos a respetar las leyes del mundo económico, a estudiarlas atentamente, no para pretender modificarlas, sino para descubrir la admirable sabiduría de su autor, y confesemos una vez por todas que las soluciones de esas leyes, no sólo son necesarias e ineludibles sino que son también las más ventajosas. ("Siempre las cataplasmas", *El Independiente*, abril 14 de 1872, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit*, pp. 249-251.)

10. Aplicaciones de la ciencia económica: Colonización de la Araucanía

El que habla, señor, tiene la íntima convicción de que mientras no se entreguen a la industria, al cultivo y a la actividad de los particulares los terrenos que vayan quedando a la espalda de nuestro ejército, todos los sacrificios de éste serán estériles: la línea de frontera avanzará tal vez

algunas leguas; pero no podrá decirse que hemos dado un solo paso hacia la solución definitiva del problema.

No pierda de vista la Cámara que nada hay tan favorable a la barbarie como el desierto y note después que no es otra cosa que el desierto lo que con el sistema actualmente seguido estamos haciendo en torno de las tribus rebeldes. ¿Cómo se quiere entonces que éstas adquieran los hábitos de la civilización y que comprendan sus ventajas? ¡Imposible!

[...]

El Honorable Diputado por Freirina [Ramón Francisco Ovalle] decía: ¿Con qué derecho vamos a meter la mano en la propiedad de los indígenas? ¿Con qué derecho podría exigírseme el título que me acredita dueño de la casa en que vivo? Le preguntaría a mi vez a Su Señoría: ¿qué sería de su título y de su casa si una ley declarase ésta de utilidad pública para abrir una calle, por ejemplo? Por cierto que no correría mejor suerte que la que, si se aprueba el proyecto, correrá la choza del último de los araucanos.

Ahora bien, ¿cómo calificar de inicua y de atentatoria contra los derechos de los indígenas una ley que va en sus escrúpulos hasta equiparar la morada de un representante del pueblo con el albergue de un pobre salvaje?

La verdad, señor, es que este proyecto de ley no se diferencia de los que con frecuencia se presentan para expropiar a los particulares, sino en la extensión del territorio que va a expropiarse y en las razones de justicia y de conveniencia pública que aconsejan su aprobación. Se procede con los araucanos, no según el Código Civil, porque en tal caso no habría necesidad de dictar una ley; pero sí con arreglo a la Constitución. Lo que se quiere es hacer expedita la venta de los terrenos baldíos, impedir los fraudes que se cometen con los indios y que nunca pueda privarse a éstos de su propiedad, sino mediante una indemnización previa y por razones de conveniencia pública.

El Honorable Diputado por Caldera [Ramón Barros Luco] que se opone tan decididamente a que se dicten leyes especiales para los indígenas, comprende muy mal la igualdad, si se imagina que ésta consiste en aplicar una regla general y absoluta a personas y cosas que se encuentren en diversa situación. Así no se llega a la igualdad, sino a la más monstruosa desigualdad; y según esa moción de Su Señoría, el Código Civil, prescribiendo reglas especiales para la enajenación de las propiedades de los menores o de la mujer casada, habría cometido una verdadera iniquidad. Por fortuna, el autor del Código Civil no tenía, según parece, las mismas ideas sobre la igualdad que el Honorable Diputado por Caldera.

[...]

Recuérdese que se trata de propiedades que no son tales ni según el derecho natural, ni según el derecho civil; recuérdese que esos supuestos propietarios son en su mayor parte enemigos actuales y tradicionales de la República; téngase presente que en rigor el indio no es, según el derecho natural, dueño sino del terreno que haya hecho suyo por el cultivo, y dígase después ¿qué tiene de absurdo, de inicuo y de inhumano una ley que da a esos propietarios y propiedades garantías idénticas a las que tiene cualquier propietario de Santiago o de Valparaíso? ¿Dónde está el país que haya ido hasta estos extremos por el camino de la generosidad? Yo no lo conozco. Sé como se trata en la gran República del norte a sus pieles rojas, sé demasiado como tratan los ingleses a los indígenas del Indostán y de la Nueva Zelanda y podría tal vez revelar a la Cámara la condición en que viven los indios más pacíficos, más dulces, más inofensivos de la América, en el Perú; pero creo excusado hacerlo.

Y cuando esto sucede en los países más adelantados, ¿cómo no he de tener razón para decir que el proyecto que discutimos, en que se considera al indio como al ciudadano, en que no se le quita un palmo de tierra sino por motivos de utilidad pública y con una indemnización previa, es un espléndido testimonio de nuestra cultura y de la generosidad de nuestra política?

[...]

Tenga presente la Cámara cuál es la situación en que se hallan, más o menos, todos los terrenos que por unos y otros motivos han sido abandonados por los indios. Esta situación puede caracterizarse diciendo que se hallan al mismo tiempo abandonados y con multitud de dueños. Consecuencia que hace de todo punto imposible que se pueblen y civilicen. Mientras todos se pretenden dueños, nadie se considera lo bastante para invertir sus capitales en cultivarlos y cerrarlos.

El medio de poblar y de civilizar el territorio indígena es entregarlo a la actividad de los particulares, y para que esto último suceda es indispensable que ese territorio sea declarado de utilidad pública, a fin de que, dividido en hijuelas, pueda ser puesto en subasta pública y adquirido por los interesados.

[...]

Yo apoyo el proyecto, obedeciendo al ardiente deseo que abrigo de que desaparezca cuanto antes de nuestro mapa esa fea mancha que le imprime la barbarie, y de nuestro territorio ese Mar Muerto a cuya orilla nos vemos obligados a hacer una eterna guardia y en cuyo fondo arrojamos todos los años centenares de miles que pudieran invertirse en bien del pueblo que los paga y que los gana con su trabajo.

Yo acepto el proyecto, porque no puedo aceptar, porque no estaré dispuesto a inclinarme jamás ante esas dos fatalidades de nuestra existencia social —una frontera en medio de nuestro territorio y la barbarie en el centro de nuestra civilización. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión Nº 35 ordinaria, 25 de agosto de 1870.)

11. Aplicaciones de la ciencia económica: Salarios

[...] Para éstos, reconociendo como causa única de la emigración la escasez de nuestros salarios y la miseria en que viven nuestros campesinos, el remedio expedito y único también sería el aumento de los salarios, realizado por la voluntad de los capitalistas. ¡Buenas gentes, que a pesar de sus pretensiones científicas, están creyendo todavía que la tasa de los salarios depende de la cicatería o desprendimiento de los capitalistas! ¡Como si hubiera algún poder bastante fuerte para modificar, ya sea en el sentido del aumento o de la disminución, la tasa de esos salarios! No, no podría un hacendado, ni una reunión de hacendados, ni una liga de todos ellos, alterar ni en cinco centavos el jornal que ganan nuestros peones. Más aún, si alguna tentativa estrafalaria se hiciese en el sentido de aumentar los salarios, esa tentativa traería por consecuencia precisa el hacerlos descender del nivel en que actualmente están. Los que atribuyen la baja tasa de muestros salarios a la cicatería de nuestros capitalistas y los que se proponen seriamente que éstos se reúnan para recompensar mejor a los trabajadores, no comprenden que el nivel cuya modificación se pide es tan independiente de la voluntad del hombre como el nivel del mar. ("La emigración de los peones chilenos", *El Independiente*, julio 12 de 1871, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit*, pp. 203-204.)

Nosotros afirmamos que en Chile ni la injerencia de unos cuantos particulares ni aun la injerencia del Estado podrían modificar la tasa de los salarios. Esa injerencia no produciría otros resultados que perjudicar a los que la tomasen, y lo que es peor, a los mismos trabajadores, haciendo bajar más todavía su jornal después de algunas artificiales y efímeras alteraciones.

Y la cosa es clara. Ni el patrón contrata trabajadores para servirlos, ni éstos se comprometen a trabajar por hacer un beneficio al patrón. Cada cual va a su negocio y persigue su interés. Mientras el propietario encuentre quien le trabaje por treinta, no pagará cuarenta por igual trabajo; como tampoco el agricultor que se viese en la alternativa de perder ciento por falta

de trabajadores o de gastar cincuenta pagando a sus peones diez centavos más que su vecino, necesitaría del consejo ni del mandato de nadie para gastar los cincuenta y sacar los otros cincuenta de provecho.

Y si no, dígasenos ¿en virtud de qué leyes, de qué acuerdos o compromisos han venido subiendo los salarios hasta el estado en que actualmente se hallan? ¿No es cierto que esa alza ha sido del todo independiente de la voluntad de los capitalistas y de los trabajadores? ¿No es verdad que ella se ha impuesto a todos con la misma fuerza con que se impone una ley física o una demostración matemática? ¿No es evidente que no habría en Chile ningún poder, ni público ni privado, capaz de hacer volver los salarios al nivel que tenían cincuenta años ha? Ahora bien, las mismas dificultades que se opondrían a la baja se opondrían a la alza artificial. Tan imposible es que los salarios retrocedan a 1810, como que sean hoy lo que serán en 1900.

El alza que se desea vendrá indudablemente; pero vendrá a su tiempo y por sus cabales: ella vendrá traída por el aumento de los capitales y por el progreso del arte industrial que, exigiendo más trabajo y pudiendo utilizar mayor número de brazos, tenderá a recompensar mejor a los trabajadores; vendrá, si se quiere, determinada en parte por la emigración de los peones, que haciendo escasear los brazos, disminuye la oferta de trabajo y produce un aumento en los salarios.

[...]

[S]i queremos producir en Chile un alza seria y benéfica para todos en el jornal que ganan nuestros peones, no hay más remedio que esforzarnos por perfeccionar los cultivos, las industrias y las artes, por abrir nuevos horizontes a la actividad de las clases trabajadoras, para ilustrarlas a fin de que su trabajo sea más productivo. Ya que no sería ni patriótico ni prudente buscar el alza en el fomento de la emigración, busquémosla en la mayor demanda de trabajo. Todo lo demás es salir del terreno de los hechos para vagar por el mundo de las ilusiones.

Si la marcha natural del tiempo y de las estaciones nos parece lenta, si queremos apresurar la llegada del día en que nuestras clases pobres puedan recoger abundantes y sazonados frutos de su trabajo, no pretendamos apresurar el tiempo violentando la naturaleza, produciendo una madurez raquítica, artificial y de embeleco; trabajemos la tierra, reguemos, cultivemos con inteligencia y perseverancia, que eso es lo que la razón aconseja, lo que la experiencia enseña y lo que la misma naturaleza indica. ("Los salarios", *El Independiente*, febrero 20 de 1872, reproducido en "Emigración chilena", en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 229-234.)

12. Aplicaciones de la ciencia económica: Conservación de la naturaleza

Los Estados, si no son eternos, son de duración indefinida y mucho más larga que la de los individuos. De ahí la necesidad de que el poder público provea a la conservación de aquellos bienes que, aun siendo apropiables, no pueden ser destruidos sin que su destrucción ocasione perjuicios graves y difíciles o imposibles de reparar a la sociedad toda; como, por ejemplo, los peces, las aves y los animales silvestres, los bosques que purifican el aire, defienden de los vientos, conservan las humedades en el suelo, protegen los manantiales y prestan otros servicios importantísimos a las poblaciones, las ruinas venerables y los monumentos; la protección por medio de diques u otras obras de las tierras bajas litorales contra las inundaciones del mar, etc.

Así, es de lamentar que en Chile, para proteger la caza y la pesca, los bosques y los manantiales, apenas se hayan dictado unas pocas disposiciones que no se observan, y que serían ineficaces aunque se observaran. Las aves mayores de caza se van poco a poco extinguiendo —y no hablamos de los animales de caza porque pueden considerarse virtualmente extinguidos—; apenas si se encuentran camarones, pejerreyes y truchas en ríos que los llevaban antes exquisitos y en grande abundancia; ya no hay en las provincias del Norte y del Centro bosques que basten a suministrar la leña necesaria para el uso de las poblaciones, y hasta en las australes los cerros y faldas de las cordilleras van quedando yermas, y haciéndose más escasas y difíciles de extraer maderas o productos forestales, como el alerce, el ciprés, el raulí, el lingue, el maqui, la cáscara de quillay y otros que son de grande utilidad para las construcciones, la industria y la ebanistería. (*Tratado de economía política*, *op. cit.*, pp. 416-417.) □